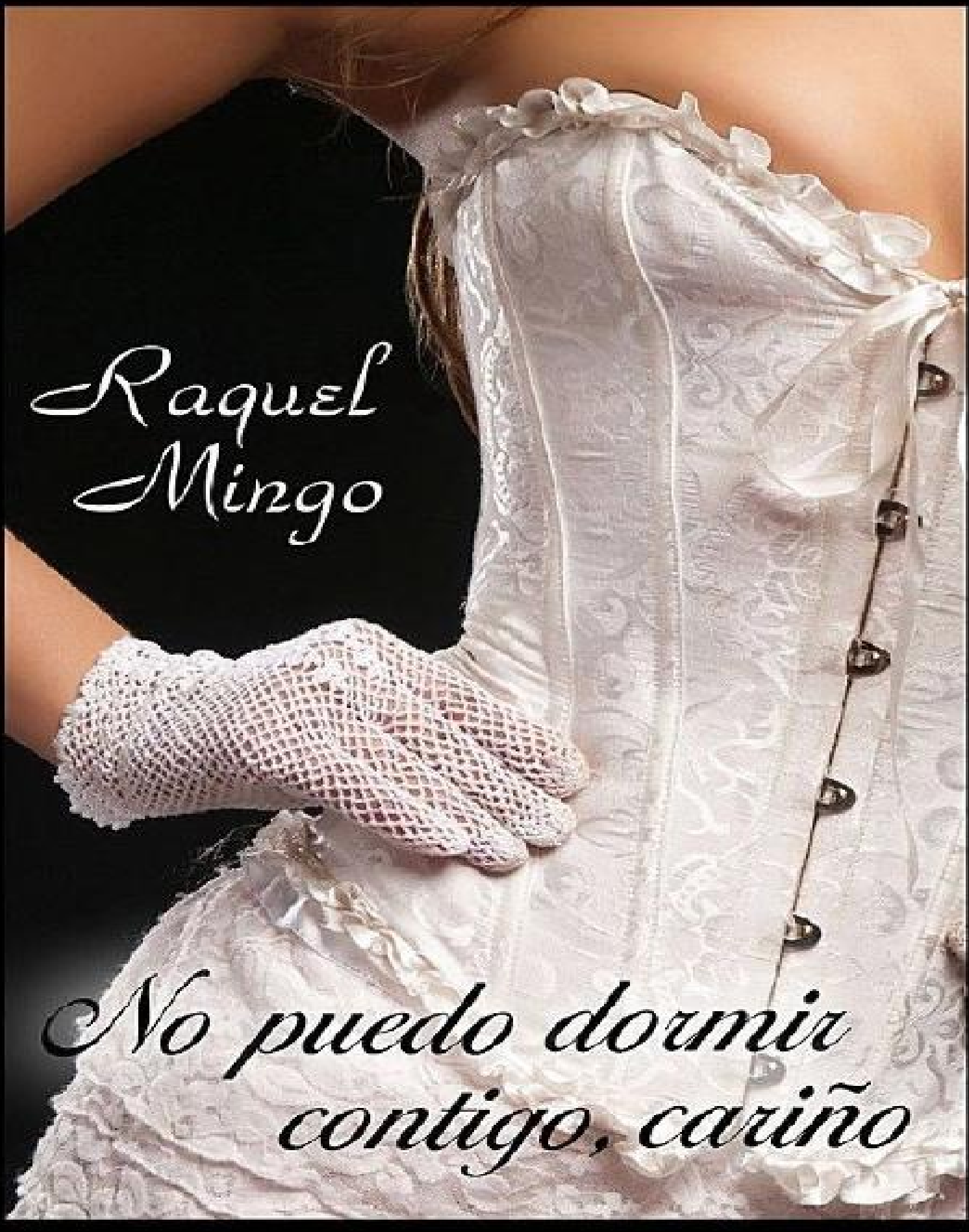
Selecta



Raquel Mingo

# No puedo dormir contigo, cariño

# No puedo dormir contigo, cariño

## Los peligros de enamorarse de un libertino II

*Raquel Mingo*

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para el hombre de mi vida.
Dueño de mis sonrisas, cómplice de mis travesuras,
heredero de mi humor.
No hay mirada más parecida a la mía,
ni lazos que unan tan fuerte como los nuestros.
Para mi Pablo.

# Prólogo

Keylan no estaba prestando atención al camino polvoriento que recorría; de todas formas, llevaba en él interminables días y, aparte de parecerle todo igual, estaba molido desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Claro que aquello era enteramente culpa suya, ya que no se había permitido parar en ninguna posada a pasar las noches, ni siquiera se había detenido lo suficiente como para tomar una comida sustanciosa y caliente en los últimos diez días. No era de extrañar que estuviese de tan pésimo humor. La alimentación era una de sus necesidades más primarias, y se había mantenido a base de la carne seca, las galletas rancias y el pan duro que había llevado consigo al salir. Bueno, en aquel entonces no se encontraban en ese estado, reconoció, pero tampoco habían mejorado mucho con los escasos conejos flacuchos que había conseguido cazar en aquel inhóspito paraje. Su estómago rugió desesperado al pensar en comer, pero no le apetecía nada otra ración fría de su última captura.

Tampoco le mejoró mucho el talante cuando pensó en su otro gran apetito, mucho más importante y aún más abandonado en esos días. No era que en aquellas tierras dejadas de la mano de Dios abundasen las féminas de pestañas caídas. Y a él no lo llamaban el Insaciable por nada.

Aun así, no era todo eso lo que lo mantenía distraído, sino la irrevocable resolución que había tomado en las últimas horas, muy a su pesar, admitía, debido a sus enormes ansías de independencia y a que detestaba dar explicaciones de sus actos. La decisión estaba tomada, no obstante, y se

mantendría fiel a ella, aunque siguiera quemándole en lo más profundo de su mente, supuso que hasta que se hiciese a la idea por completo. Esperaba que fuese durante los próximos años.

Fue por eso que, cuando el tiro le dio de lleno en el pecho –lo que le provocó un dolor indescriptible y lo desmontó de su caballo por el impacto–, no supo lo que había pasado y, para cuando pudo reaccionar, era demasiado tarde porque estaba tirado en el pedregoso suelo, rodeado de un charco de su propia y oscura sangre, sin sentir ya nada.

# Capítulo 1

Helailla cabalgaba por el límite sur de la finca sintiendo cómo el sol rozaba su cara y sus manos, pero no se preocupó demasiado por no haberse puesto un sombrero y unos guantes, de nuevo. Los paseos nunca eran tan largos como para que cogiese color, considerado tan poco favorecedor, aunque a ella le diese igual de todas formas.

Escuchó el tronar de los cascos de los caballos un poco por detrás de donde se encontraba y se apresuró a ocultarse, ya que una banda de ladrones parecía acampar a sus anchas por Oscuridad. Sonrió con cinismo al pensar en el nombre de su inmensa propiedad, en cariñoso recordatorio de su cuñada, que tenía propensión a ponerle los nombres más extraños y variopintos a sus posesiones. La sonrisa se borró con rapidez de su rostro, pensando que aquellos malditos salteadores siempre se habían amparado en el anonimato que les proporcionaba la noche para cometer sus maldades y en aquel momento eran las diez de la mañana, aunque prefería no arriesgarse y averiguar primero si había motivos reales para preocuparse.

Los jinetes pasaron de largo por su lado sin reparar en ella, escondida entre los árboles. Contó cinco y tenían una prisa endiablada, casi como si acabasen de desplumar a algún incauto. Cuando el polvo del camino se asentó de nuevo en el suelo, se atrevió a salir y dio la vuelta a su caballo, con el ceño fruncido.

Algo no iba bien, lo presentía. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Y de dónde venían? Reconoció con una ligera aprensión que, en situaciones así, debería

hacer caso de Dariel y no salir sin la protección de los guardias. Pero aquel atisbo de libertad era lo único que le quedaba.

Su montura relinchó nerviosa y se detuvo en medio de la nada. Sintió la extraña quietud, el silencio opresivo, y su corazón latió frenético, sospechando algo.

Sin pensarlo –porque, si lo hubiese hecho, habría azuzado a la yegua marrón anaranjada y galopado rauda hasta las puertas de casa–, desmontó y empezó a caminar muy despacio, aguzando el oído, procurando percibir algún indicio que le indicase que verdaderamente algo estaba mal, y giró la cabeza sobre su hombro izquierdo cuando escuchó un sonido indefinido entre la maleza.

Fue entonces que tropezó con algo grande en el suelo y se desplomó todo lo larga que era. Gritó de dolor, pues se había caído de bruces, y se había magullado las manos y las rodillas. Cuando recuperó el aliento se sentó en la tierra y tocó el cuerpo masculino que la había hecho trastabillar. Por supuesto, sin necesidad de mirar, supo de inmediato lo que era la sustancia viscosa y caliente que le impregnaba los dedos.

Con un suspiro tembloroso se incorporó por encima de él y puso el índice y el corazón en su cuello, rogando por encontrarle el pulso.

«Dios mío, que no esté muerto, Dios mío, que no esté muerto…», repetía como una letanía mientras dejaba de respirar ella misma en su afán por detectar las pulsaciones, por muy débiles que estas fuesen, que le dijeran que no todo estaba perdido.

Entonces notó los pequeños latidos, lentos y frágiles, pero que demostraban que seguía vivo de momento. La cuestión era ¿cómo iba ella a subir a un tipo de ese tamaño a su yegua y llevarlo a casa?

Estaba claro que no sería capaz de semejante hazaña, el hombre debía rondar el metro noventa y pesar algo menos de cien kilos, mientras que ella, en comparación, tan solo rozaba el metro setenta, y sus cincuenta y siete kilos compuestos de huesos finos y elegantes no alcanzaban para cargarlo sobre su cabeza y subirlo a la montura.

Maldición, aquel forastero estaba agonizando y ella no podría hacer nada por evitarlo.

—¡Helailla! —Giró la cabeza con brusquedad al oír su nombre. También escuchó a lo lejos al grupo montado que avanzaba con rapidez. Se puso en pie, pero no se movió del lado del herido.

—¡Aquí! —gritó aliviada. Sus salvadores se detuvieron, intentando averiguar su localización—. ¡Estoy aquí! —repitió procurando darles más pistas con su voz. Ellos volvieron a emprender la marcha y minutos después aparecieron a su lado.

—Dios, muchacha, ¿qué ha pasado? —preguntó uno de los hombres mirándola a ella y al hombre tendido a sus pies con preocupación.

—Oh, Dariel, es una historia complicada, que además no estoy segura de conocer. Pero no importa, tenemos que sacarlo de aquí de inmediato o morirá. —El jefe de su guardia, autodesignado para ese puesto desde que ella se había impuesto aquel destierro, era también su primo. Con rapidez y eficiencia valoró la situación, y detectó la inmejorable calidad de las ropas masculinas, el aristocrático rostro y la gravedad de la lesión. Observó con aprobación que la muchacha ya estaba taponándole la herida con parte de su enagua. Cuando acabó, ayudó a la joven a subir a su yegua y, cogiendo al desconocido con cuidado, se montó en su propio caballo, no queriendo arriesgarse a dejarlo en el de él –el cual habían recuperado unos minutos antes– pues sabía que era cuestión de tiempo que se cayera.

—Vamos, entonces, es probable que muera en el camino de todos modos.

—No si yo puedo evitarlo. —Y saliendo al galope, obligó a los curtidos guerreros a seguirla.

La siguiente semana fue horrible. El forastero estaba muy mal, la bala se había alojado en el pecho, no alcanzando el corazón por los pelos.

Dariel se encargó de sacársela, pero una vez conseguida semejante proeza

fue tarea suya el salvar al pobre diablo. Así lo decidió la joven, aún en contra de los deseos de su primo. Ni siquiera ella entendía por qué se involucraba de aquella manera con aquel extraño, pero *sentía* que debía salvarlo, era como tener un objetivo por primera vez en mucho tiempo, algo que la motivaba a seguir adelante, y se dedicó a ello con ahínco.

La enorme pérdida de sangre no ayudó mucho, lo dejó débil e indefenso para que la tan temida fiebre se lo comiese sin dificultad.

Ya no recordaba en cuántas veces había estado a punto de perderlo durante esos siete días y cuántas lo había recuperado a base de tesón, constancia y cuidados continuos.

Ni una sola vez recobró el conocimiento, tan solo los continuos delirios rompían el silencio de la habitación del enfermo. No consiguió averiguar si eran recuerdos o fantasías lo que lo acosaban en esas horas de oscuridad, ni entendió la naturaleza de sus pesadillas, pero de lo que estuvo segura fue de que aquellos días el hombre vivió un infierno en más de un sentido.

Por suerte para su propia salud, consiguió devolverlo al mundo de los vivos cuando estabilizó su temperatura y la leve infección de la herida comenzó a ceder, lo que permitió que esta comenzase el lento proceso de sanación sin más contratiempos.

Keylan se sentía como un viejo, desgastado y muy aporreado saco de boxeo, igualito al que él mismo tenía en su mansión para entrenarse cuando no estaba en la ciudad y no podía acercarse una hora o dos al cuadrilátero de su viejo amigo Krein.

Le dolía absolutamente todo, en especial el tórax, que le quemaba como el mismísimo demonio; la cabeza le martilleaba hasta hacerle desear arrancársela él mismo y, si hubiesen gritado fuego, no habría sido capaz ni de retirarse la sábana que cubría su mísero cuerpo desnudo y desvalido.

Recordó con bastante vaguedad el eco de un disparo repartido por el tosco

páramo instantes antes de que una bala desgarrara su carne, y después ya nada más. El resto lo podía imaginar, viéndose tirado en esa cama. La puerta se abrió con suavidad y con bastante esfuerzo dirigió la mirada hacia allí. Observó al hombre que entró cuando se percató de que estaba despierto.

—Bueno, parece que podemos afirmar que la muchacha lo ha salvado, al fin y al cabo. —El enfermo solo le dirigió una mirada interrogante—. Está hecho unos zorros, ¿no es así?

—Me temo que sí —susurró con esfuerzo—. ¿Dónde estoy?

—En Oscuridad.

—¿Qué?

—Es el original nombre que mi señora le puso a nuestro hogar.

—Ah. Supongo que le debo a usted vida.

—Pues no. A no ser que sacar la bala cuente. Incluso ella se habría encargado de eso de haber podido —admitió con una sonrisa cariñosa aunque incomprensible para el hombre.

—¿Ella?

—Helailla. Es quien lo ha cuidado durante toda la semana. —Los ojos verdes se abrieron con asombro.

—¿Llevo inconsciente siete días?

—Ha estado a punto de morir, varias veces, pero la muchacha no tenía intención de permitírselo, así que se rindió a lo inevitable y vivió. —Keylan no sabía qué pensar, pero al menos tenía curiosidad por conocer a la mujer que lo había atendido con tanto celo.

—¿Puedo agradecérselo ahora?

—Me temo que no. La hija de la lavandera se ha puesto de parto y está teniendo complicaciones, así que ha ido a echar una mano. De otro modo, no se habría movido de la cabecera de su cama. ¿Hay algo que necesite?

—Agradecería mucho un buen baño.

—Por supuesto. Lo prepararán de inmediato. —Empezó a salir.

—Hum.

—¿Sí?

—¿Sería posible una comida caliente, también? Hace más de quince días que necesito algo sustancioso. —Su anfitrión sonrió afable. Por su altura y su complexión física, que eran impresionantes, debía de entenderlo bien.

—¿Después del aseo? —aventuró con una ceja alzada.

—Gracias. Por todo. —Se vio obligado a añadir.

—No ha sido nada. A propósito —dijo mientras volvía con lentitud a su lado y lo observaba con atención—, reconozco que la ocasión ha diluido un tanto las formalidades, pero realmente me agradaría conocer su identidad. —Los dos hombres se miraron unos instantes y luego el herido hizo una mueca. A decir verdad, había intentado que fuese una sonrisa, pero a su modo de ver seguía agonizando, así que no se le podía pedir mucho.

—Lamento no poder practicar mis reverencias. —El otro hizo un gesto socarrón con la mano, quitándole importancia al asunto—. Soy Keylan Drane Lorian, duque de Storncrass. —Curvó los labios ante el silbido bajo del otro.

—Y yo Dariel Crone, conde de Brangor —se presentó alzando su mano, la cual él se apresuró a estrechar con un gesto de dolor—. Me encargaré de que esté cómodo. O mi damita me descuartizará cuando regrese. —Y saliendo de la habitación, lo dejó confundido ante la importancia que aquella señora parecía tener en aquella casa.

Helailla se sentía agotada. Tras días de velar al desconocido sin apenas pegar ojo, y después de pasarse doce horas ayudando a la partera con el bebé de Lucye, solo el relajante baño con esencia de melocotón y lavanda, y el posterior tazón de sabrosa sopa de pescado, que engulló mientras caminaba por el largo corredor hacia la habitación del duque, consiguieron que siguiera aún en pie.

Meneó la cabeza con incredulidad, un maldito duque en las puertas de su casa. Imaginaba que sería un pomposo de los pies a la cabeza y que empezaría

con desmesuradas necesidades y alarmantes peticiones en cuanto se recuperase lo suficiente como para formularlas. Se enderezó frente a su puerta, iba a deshacerse de él tan rápido como le fuese humanamente posible. Llamó con suavidad, borrando el ceño ante su último pensamiento. Escuchó unos pasos amortiguados por la alfombra y, antes de que se abriese, ya sabía que su primo estaba cuidándolo.

—Deberías haber descansado un rato más —la reprendió mientras la dejaba pasar.

—¿Cómo está? —preguntó obviándolo mientras se acercaba al lecho del enfermo.

—Dormido —contestó, malhumorado. Ella le dedicó una mirada dura por encima del hombro—. Bastante perjudicado, querida. Le han dado un tiro muy feo a escasos centímetros del corazón, por no hablar de la infección y la fiebre que lo han acosado todos estos días. Pero tú ya sabes todo esto —dijo en tono aburrido—. Tiene buena disposición, no es un dandi ni un maldito enclenque… Vale, vale —dijo con una sonrisa contrita al pescar su expresión —. Quiero decir que es un hombre joven, alto y fuertote como yo, no sé si me entiendes…

—Lo capto, Dare —lo cortó, seca.

—Está dolorido y muy débil. He tenido que ayudarlo a bañarse y hasta darle de comer, como si fuese su nana. —En el fondo, los dos sabían que no le había molestado gran cosa echarle una mano—. Imagina quién le ha dejado esa carita suave como el culito de un bebé —se jactó con ojos malignos. A Helailla no le quedó más remedio que sonreír. Era incorregible.

Keylan estaba siguiendo aquella curiosa conversación con muda fascinación, fingiendo que seguía dormido. Aún no había podido echarle un vistazo a la esposa de aquel hombre con pinta de guerrero, pero le sorprendió su voz, pues parecía de una muchacha muy joven. No era que su anfitrión fuese mayor, calculaba que rondaba la treintena y, con sus cabellos negros y sus ojos azules, que tiraban a grises, su considerable altura y su complexión fuerte y

musculosa, imaginaba que no habría tenido problemas para encandilar a su dama.

—Bueno, ahora puedes irte a descansar. Ya me encargo yo. —El aire festivo había desaparecido.

—¿Estás segura?

—En absoluto. Eres demasiado protector. Anda, ve a jugar a lo que sea que los hombres hagáis en vuestro tiempo libre.

—Oh, cariño, de verdad no me puedo creer que me estés invitando a buscar a alguna moza descarada y… —Keylan abrió los ojos a tiempo de ver volar una almohada por la habitación.

—¡Sal de aquí, pedazo de bárbaro descarado! —La puerta se cerró antes de que el objeto impactase en ella, pero aún pudo escucharse la risa masculina al otro lado.

—Son un matrimonio un tanto atípico. —Helailla se giró con brusquedad ante la voz grave, sorprendida de encontrar al enfermo despierto.

—¿Qué tal se encuentra? —«En el cielo. En verdad, esa bala me tocó el corazón y me mató, y ahora estoy frente a un ángel rubio de pómulos altos y boca jugosa y sensual». De momento, se negó a sí mismo la oportunidad de evaluarla por debajo del mentón. Ella le había salvado la vida, así que le debía respeto. Además, no estaba seguro de poder afrontar una erección en su estado. Lo único que no encajaba en aquel cuadro perfecto eran las extrañas gafas de pequeña montura metálica con los cristales casi negros, que estaba seguro de que no eran de ver, porque esa tonalidad tan oscura no serviría para tal propósito. Al menos a él le impedía comprobar el color de sus ojos, y reconoció con una chispa de inquietud que le interesaba bastante ese dato. Ella seguía frente a él, con los brazos cruzados frente al pecho, esperando una respuesta.

—Eh, como un trapo, señora, pero imagino que notablemente bien dadas las circunstancias. Y me han comentado que debo agradecérselo a usted.

—No se moleste, Excelencia, cualquiera lo hubiera hecho. Ahora, si me

permite, debo comprobar la herida, no sea que vuelva a infectarse.

—Mi nombre es Keylan y sería un honor si me llamase así. Su Excelencia es demasiado formal para alguien que me ha visto en paños menores, ¿no cree? —intentó bromear, pero no consiguió ni un amago de sonrisa por parte de la beldad. Ella se sentó en la mullida cama y con ademanes cautos le quitó la venda, que tenía algo de sangre fresca. Tocó los bordes de la herida, que ya no supuraban, la limpió, le puso un ungüento con un extraño olor y volvió a vendarlo. Si bien era eficiente y se notaba que sabía lo que hacía, sus movimientos eran comedidos, estudiados, poco fluidos, pero el duque no pensaba con mucha lucidez mientras aquellas pequeñas manos recorrían su torso desnudo. Parecían quemar cada centímetro que tocaban y pensó, no sin cierto cinismo, que al final sí iba a saber lo que era que se le empinase estando medio muerto.

—¿A quién se refería cuando mencionó a una pareja irregular? —preguntó la joven para aliviar un tanto la tensión que se había apoderado del cuarto.

—¿Hum? —musitó distraído mientras movía las caderas en un desesperado intento por ocultar la protuberancia que alzaba la sábana—. Oh, a lord Brangor y a usted, por supuesto. —Las manos que terminaban con su vendaje se detuvieron de inmediato, así que sus ojos volaron al hermoso rostro, que se mantuvo impasible. Pensó que no le contestaría y que se limitaría a acabar la tarea y marcharse, como pareció que sucedería cuando terminó el nudo y se levantó. Entonces ella miró hacia la ventana y concedió en voz en baja.

—Dare es mi primo y mi guardián más aguerrido, aunque yo no lo quiera. —Se dio la vuelta y tropezó con la silla que el conde había dejado fuera de lugar sin darse cuenta. El hombre se estiró por inercia, sin poder ocultar el grito de dolor que subió por su garganta, pero consiguió cogerla de la muñeca antes de que se desestabilizara del todo y cayera. Helailla corrió hasta él y utilizando toda su fuerza volvió a tumbarlo en la cama, rezando porque no se hubiera causado daños graves—. Maldito idiota, ¿por qué ha hecho eso?

—Porque soy todo un caballero. O al menos eso decía mi madre —contestó

con los dientes apretados mientras trataba de tragar las náuseas provocadas por la angustia y un grandísimo tormento.

—Podrían habérsele saltado todos los puntos, y estaría desangrándose otra vez sobre mis sábanas.

—Le compraré media docena de juegos de cama. De seda —refunfuñó, a todas luces contrariado porque su gesto de ayuda no solo no fuese convenientemente agradecido, sino que a aquella desagradable mujer lo único que le importase fuera que le estropease las puñeteras sábanas.

—No es eso, diantres. No vuelva a hacer algo tan estúpido, ¿de acuerdo? A pesar de lo que crea que pueda ocurrirme, sabré arreglármelas, pero no… se… exponga… de… nuevo… por… mí… —Escuchó la fuerza, incluso la advertencia, impresas en cada palabra y se quedó mirándola del todo confundido.

—¿De qué está hablando, muchacha? —Entonces ella comprendió que no se había dado cuenta, y por un loco momento pensó ocultárselo, pero hacía mucho tiempo que ya no soñaba.

—Soy ciega. —Y con esas dos palabras dichas casi con desenfado, pero que martillearon su cerebro ducal, salió en línea recta por la puerta. Si no hubiera sido porque algún malnacido lo había dejado ya fuera de combate, esa señorita lo habría hecho con una efectividad pasmosa.

Helailla apenas había dormido esa noche. Tenía la cabeza hecha un lío y aquella era una desagradable novedad en su pacífico mundo, que la ponía nerviosa y, por qué no admitirlo, también la asustaba.

Habían pasado doce horas desde su triste confesión y ese era el tiempo que llevaba sin asomarse por la habitación del enfermo. Si hubiese sido más floja de carácter, se habría dicho que necesitaba aquel merecido descanso, cosa que era cierta, pero la verdadera razón de su deserción era que no podría soportar la pena y la compasión que aquel hombre derramaría sobre ella dada su nueva

*condición*.

Ciertamente, era ciega, pero en los días que había pasado cuidando de él, también se había encargado de su higiene, tocando todo su cuerpo en el proceso y, admitió para sí misma sintiendo cómo se ruborizaba hasta la raíz del cabello, curioseando un poco mientras tanto.

Al fin y al cabo, el tacto para ella era su forma de verlo todo, su sentido más desarrollado, seguido del oído. Y, aunque en aquel momento le pareció que estaba vulnerando en cierta medida su intimidad, habida cuenta de que él estaba él inconsciente, procuró aliviar su conciencia diciéndose que de igual modo alguien tendría que asearlo y, con bastante seguridad, la criada que lo hiciese tendría menos escrúpulos que ella a la hora de plantar sus codiciosas manos en ese premio. Después de todo, aquel forastero era demasiado viril, recordó con un profundo suspiro, más propio de la antigua Helailla que de la mujer amargada en la que se había convertido.

Aquel cuerpo duro como el granito, repleto de firmes músculos y sin duda conseguido con una gran disciplina y mucho entrenamiento, estaba hecho para el delito, y la joven estaba convencida de que él había pecado mucho.

Poseía un físico poderoso y un rostro perfectamente tallado, de rasgos cuadrados, cejas pobladas, nariz recta y una mandíbula firme, que denotaba una fuerte voluntad. Tenía la completa certeza de que era una cara de una belleza absoluta. En resumidas cuentas, en lo que tenía que ver con su apariencia, era igualito a su hermano Reskan.

Recordó cuantas veces había soñado con conocer a alguien como Res, pero llegaba a destiempo. Era demasiado tarde.

—¿Intentas arrancar las malas hierbas o acabar con todo el jardín? —La irónica voz de Dariel llegó hasta ella desde atrás, a pocos pasos de distancia, señal inequívoca de su ensimismamiento, ya que era capaz de oír acercarse a cualquiera mucho antes de que consiguiera alcanzarla.

—Aún no lo he decidido.

—Un poco pronto para estar de tan mal humor, incluso para ti.

—Harías bien en apartarte de mi camino, entonces. —El hombre alzó una ceja ante la suave amenaza, pero la ignoró de todos modos.

—¿Es la ociosidad lo que te perturba… o nuestro ilustre invitado? —La cabeza femenina se giró con brusquedad hacia él, y estuvo seguro de que tras las oscuras gafas sus bonitos ojos echaban chispas—. Bueno, si lo pregunto es por tu nueva e inesperada reticencia a visitarlo —se justificó.

—Si tu intención es enfadarme antes de desayunar, he de decirte que estás haciendo un trabajo admirable —dijo con voz dura.

—¿Por qué? ¿Por unas inocentes preguntas?

—No hay una sola molécula inocente en todo tu cuerpo —atacó ella.

—Me ofendes —admitió en tono dolido.

—Tampoco eso es fácil.

—Que muchacha tan impertinente —comentó con humor—. Y, hablando de comer, ¿vas a subirle algo al pobre enfermo, o le has salvado la vida para terminar matándolo de hambre?

—Llévaselo tú —contestó malhumorada.

—De eso nada. Ese hombre es tu responsabilidad, así lo decidiste, querida. Además, en diez minutos salgo en una partida. Con un poco de suerte nos toparemos con la condenada banda y, si no, al menos regresaremos con una buena reserva de carne.

—Entonces dile a una de las criadas que lo haga —dijo con obstinación.

—¿Por qué? —preguntó a su vez, con voz acerada—. ¿Qué ha ocurrido para que te dé miedo acercarte a él?

—¡No me da miedo! —Entonces el significado completo de sus palabras penetró en su mente—. ¡Y, por el amor de Dios, si está postrado en la cama, ¿cómo te atreves a insinuar que ha intentado algo indecoroso?! —Estaba preciosa, con la melena suelta hasta la cintura, arrastrada por la brisa, las manos en las caderas, los exuberantes y jóvenes pechos ofrecidos por aquel escote debido a lo acelerado de su respiración. Hacía tiempo que no demostraba tantos signos de emoción, fuera la que fuese.

—Simplemente no entiendo que te hayas pasado una semana sin separarte de su lado y ahora lo eludas como si fuera un apestado. Nunca has sido una cobarde —añadió y clavó el cuchillo hasta la empuñadura.

Ella pareció no acusar el golpe, pero su primo la conocía muy bien y supo que aquel encuadre de hombros, la tremenda rectitud de su espalda y la barbilla tan levantada que debían de dolerle los tendones del cuello eran síntomas inequívocos de sufrimiento. Sin una palabra más salió de entre el estropicio que había causado en el jardín y se adentró en la mansión.

Dariel no sintió remordimientos por herirla, pues la joven necesitaba un potente revulsivo que la sacase de aquel peligroso estado de ánimo, y en ese momento el estímulo se llamaba Storncrass. Como gran seductor de mujeres que era desde hacía quince años, intuía que su huésped podía significar problemas para la joven, pero mientras estuviese tirado en una cama no representaba una amenaza. Al menos para la virginidad de la muchacha, pensó mientras recordaba su extraño comportamiento y veía, por primera vez en un año, una muy leve fisura en las magníficas defensas que había erigido a su alrededor.

Sí, era indicutible que aquel gallardo duquecito iba a suponer algunos cambios en los próximos días y estaba deseando verlos desde el palco de honor.

Keylan estaba tremendamente dolorido, como si llevasen días apaleándolo. Se sentía cansado hasta el agotamiento, a pesar de no hacer nada en todo el día aparte de estar acostado en aquel mullido lecho, razón por la cual le dolía tantísimo la espalda que estaba seguro de que iba a partírsele si no se levantaba pronto de allí.

Lo intentó, de veras, con todas sus fuerzas, pero estas parecían ser tan pocas que, cuando solo hubo conseguido sentarse en el borde de la cama –lo cual ya le había supuesto un soberano esfuerzo–, el mareo y el dolor lo habían

obligado a dejarse caer de nuevo hacia atrás, vencido y sangrando a través del vendaje.

Le horrorizaba su propia debilidad, porque lo convertía en un ser vulnerable y dependiente, y era la primera vez que se encontraba en aquella situación. Y para más inri, quien lo cuidaba era una jovencita… ciega. Meneó la cabeza con incredulidad, quién lo hubiera pensado. Aparte de las extrañas gafas, nada denotaba su invalidez, pues actuaba y se movía como una persona normal. Se recriminó sus propios pensamientos, no había duda de que la ceguera suponía una discapacidad, pero, al recordar tanto la orgullosa postura como el tono de desafío de la muchacha al darle el notición, estaba bastante seguro de que se sentiría muy molesta si la palabra «normal» salía a colación en alguna de sus conversaciones.

Lo que ocurría era que aún no se hacía a la idea de que una mujer de una belleza tan arrebatadora, y además tan joven, estuviese privada de semejante don. Durante un rato intentó imaginar lo que sentiría él al no ver. Levantarse por la mañana y tener que afeitarse en la más completa oscuridad, comer, bañarse, vestirse… Miró hacia la ventana y pensó en no disfrutar de más días de bonitos amaneceres, no salir a cazar, ni a pescar, no practicar boxeo o esgrima con sus amigos… Con seguridad, muchas de sus amistades le darían la espalda, incómodos ante su nueva situación, aunque sus verdaderos camaradas se mantendrían a su lado, por supuesto. Y lo que quedaba de su ruinosa familia.

Al pensar en ello se preguntó si su anfitriona estaba tan sola por ese motivo. Tal vez el primo era el único ser querido que había aguantado firme tras la adversidad. Lo cual trajo una nueva cuestión a aquel enigma que estaba empezando a obsesionarlo. Demasiado tiempo libre, supuso. ¿Ella siempre habría sido ciega y desconocía toda la belleza que la rodeaba, o alguna tragedia era la culpable de su situación? Se le ocurrió que entonces quizá era peor, ya que de esa manera sabía lo que estaba perdiéndose, lo que resultaba mucho más cruel.

El estómago le rugió de hambre. Muchos habrían diagnosticado una clara mejoría ante la evidencia de su apetito, pero él siempre tenía hambre. Aquella hermosura estaba tomándoselo con calma esa mañana, pensó mirando con ojos entrecerrados el cielo, pues la hora del desayuno hacía rato que había pasado. En ese momento la puerta se abrió y la visión de rizos rubios y cuerpo de Venus entró en el cuarto cargando una gran bandeja que rezó porque fuese su almuerzo.

Se acercó con pasos lentos pero seguros hasta una mesa auxiliar, cerca de la cabecera de la cama, y depositó la fuente allí. Se preguntó cómo sabía la disposición del mobiliario y comprendió que era probable que todos tuvieran instrucciones de dejar las cosas exactamente en el mismo lugar a fin de que ella no tropezase. El incidente del día anterior con seguridad fue debido a que su primo olvidó poner la silla en su sitio. Se dio cuenta de que no podía ver que estaba despierto y la estudiaba, y le pareció feo observarla a hurtadillas.

—Buenos días —saludó con voz suave. Ella dio un leve respingo, pero siguió con la comida. El hombre inspiró los sabrosos aromas que despedían los diversos platos y la contempló trajinar con eficacia mientras acercaba una silla a su lado. Imaginó cuántas veces habría repetido todas las cosas básicas de la vida diaria para que le saliesen con aquella soltura y meditó lo triste que aquel pensamiento resultaba.

—¿Cómo se encuentra hoy, Excelencia? —Consiguió, con cierto esfuerzo, suprimir un gruñido ante el tratamiento que insistía en otorgarle.

—A riesgo de parecer un enclenque, confesaré que débil como un bebé. —Aquello casi le sacó una sonrisa. Casi.

—Es normal. La herida ha sido de extrema gravedad, la pérdida de sangre muy abundante y apenas han pasado unos días desde entonces. Dese tiempo y todo quedará en un triste recuerdo.

—Me da la impresión de que pasará bastante antes de que pueda reírme de esta anécdota —contestó de forma irónica.

—Bueno, seguro que a lo largo de su desenfrenada vida le habrán ocurrido

una o dos cosillas interesantes. —Él alzó una ceja en actitud inquisitiva antes de comprender que no podía percatarse de ello.

—¿Qué le hace pensar que llevo una existencia tan… emocionante? —La joven detectó la nota punzante contenida en sus palabras y dudó. Quizás se trataba de uno de esos duques aburridos que únicamente se encargaban de sus propiedades y jamás le pasaba nada digno de mención hasta que se moría. Entonces recordó su poderoso cuerpo, todo hierro caliente y exuberante seda, conseguido a base de un durísimo programa de ejercicios, y supo que no se equivocaba con ese hombre.

—Me decepcionaría en caso contrario —dijo en cambio, y algo en su tono de voz hizo que él quisiese ser un célebre pirata, un aguerrido guerrero o un feroz bandolero—. ¿Tiene hambre? —preguntó cambiando de tema. Keylan desvió la mirada hacia el valle entre sus senos, apenas visible en el escote de su ajustado vestido.

—Mucha. —Los dedos femeninos se crisparon en torno a la cuchara que sostenía. No supo por qué, pero se sintió desasosegada ante aquella simple palabra, y notó una sensación extraña en los pechos que la desconcertó por su novedad.

—¿Café? —susurró. Él asintió. Entonces puso los ojos en blanco y lo repitió con voz constreñida.

—Solo, muy fuerte, con una cucharada de azúcar. —Se fijó en que había dos tazas—. ¿Usted no ha desayunado?

—No he tenido tiempo, pero bastará con un café. —El enfermo echó un vistazo a la fuente.

—Aquí hay muchísima comida, incluso para mí. Puede escamotearme un par de salchichas y un *croissant*. Incluso giraré la cabeza para que birle una tostada —dijo con ánimo juguetón.

—No se preocupe. No será la primera vez que me salto una comida, sin embargo, será mejor que empecemos. Tengo cosas que hacer.

—Vamos, *milady*, ¿se trata de pudor o de escrúpulos? ¿Por eso rehúsa

compartir los cubiertos conmigo? —Ella apretó los labios. Por supuesto, no era correcto que comiesen del mismo plato, apenas eran unos extraños. Pero, aparte de que se le hacía la boca agua con solo oler las delicias que la cocinera había preparado para que el «invitado» recuperase fuerzas, el tonillo socarrón de este la impulsaba a hacer justo lo que él sugería. Se sirvió el café, muy parecido al suyo, y dio un sorbo al líquido oscuro y caliente.

—No crea que me manipulará con sus jueguecitos mentales, señor. —Keylan esbozó una enorme sonrisa, muy complacido. Aquella damisela era lista. Bebió de su propia taza cuando se la acercó a los labios y luego probó la deliciosa salchicha con salsa de arándanos. Se sintió decepcionado cuando ella no la tocó, pero entonces, después de degustar un estupendo jamón con guarnición de zanahorias y champiñones, observó con gran satisfacción cómo la joven, con cierta timidez, pinchaba una minúscula porción y se la comía.

—Está bueno, ¿eh? —la animó.

—Oh, cállese —lo regañó, metiéndole en la boca un enorme trozo de chuleta de cordero con espárragos verdes fritos que, en efecto, lo obligó a estar mudo durante un minuto entero, en el cual ella untó una tostada con mantequilla y mermelada de grosellas y la repartió entre ambos. Mientras masticaba con fruición, volvió a pensar en lo cómoda y hábil que se mostraba realizando todas aquellas tareas y en que, a pesar de lo vapuleado que estaba, en esos momentos se sentía relajado y muy a gusto.

—¿Se sabe algo de quién me disparó? —preguntó para prolongar aquel interludio lo máximo posible.

—Suponemos que se trata de una banda de ladrones que lleva operando por Oscuridad durante las últimas semanas. Hasta ahora siempre habían cometido sus robos de noche y nunca habían agredido a nadie, pero parece que se están volviendo más audaces.

—Yo no utilizaría esa palabra exactamente. —Helailla detectó el tono duro de su voz y alzó la cabeza—. No intentaron robarme —explicó—. Al menos, no mientras respirase. Estaba montado en mi caballo y lo último que recuerdo

es el tiro en el pecho.

—Pero… no tiene sentido —dijo ella, con cara de perplejidad—. Vieron la funda de la espada que llevaba encima y aún conservaba el rifle en la silla. Creímos que usted se había defendido y por eso lo atacaron.

—Admito que estaba distraído y no me percaté de nada. Supongo que me tendieron una emboscada. Ni siquiera tuve oportunidad de desenfundar —contestó en tono cansado.

—Está exhausto. —Recogió las sobras, que básicamente eran migas a pesar de la ingente cantidad de comida que había subido.

—¿Me ofrecería otro excelente café? —pidió con voz suplicante. Ella se rio.

—Se ha bebido tres.

—Soy un adicto, lo reconozco. —Se lo sirvió y lo ayudó a beberlo.

—Voy a revisar la herida.

—Muy bien. —Cuando acercó las manos a la venda, él escuchó su jadeo.

—¡Está chorreando!

—Sí, intenté levantarme…

—En nombre de Dios, ¿por qué? —preguntó enfadada.

—Llevo días metido en esta cama y me duele muchísimo la espalda.

—¿Así que decidió que era más importante saltarse todos los puntos y abrirse la herida? —gritó.

—Señora…

—¡Y un cuerno!

—¿Eh? —La miró pasmado, al fin y al cabo, era un hombre correcto hasta el extremismo. Sus amigos se reían de él, aduciendo que jamás se apartaba de las buenas maneras y la corrección, y aquella sirena estaba gritándole como una verdulera y maldiciendo como el mejor pescador. ¡A él! ¡Un duque!

—Debí dejarlo morir. De todos modos, es lo que va a conseguir con su estupidez, pero entonces podría haberme ahorrado ocho días de hacer de enfermera las veinticuatro horas. —Un silencio absoluto siguió a sus palabras —. ¿Ya se ha muerto desangrado? —preguntó, mostrándose una clara

esperanza.

—Tiene suerte de que esté postrado aquí.

—¿Ah, sí? —lo provocó, examinándose una uña en actitud desinteresada.

—Porque, si pudiese moverme, la cogería de ese delicioso cuello suyo y no pararía de apretar hasta que escuchase el inconfundible sonido que revelase que se lo he roto. —La levísima sonrisa femenina lo turbó, porque eran escasas y porque aquella descarada y malhumorada mujer nunca se dejaba intimidar. Claro que en ese momento se hallaba medio inválido y sabía que no podía cumplir su amenaza, pero se prometió que se vengaría cuando estuviese recuperado. La muchacha trabajó en silencio y de manera eficaz revisando el estado de su herida y cambiando el vendaje. Cuando estuvo de nuevo encorsetado con aquel montón de vendas limpias, lo recogió todo, dispuesta a marcharse.

—Por favor, no se vaya. —Por supuesto ella detectó la súplica que había intentado ocultar. Se giró hacia él, sin decir nada—. Yo… eh… —Suspiró de forma audible—. Está bien, ya no soporto más esta inactividad. Las horas parecen siglos sin nada que hacer, ni nadie que me haga compañía, y la columna se me va a partir de mantener esta postura un minuto más. Me voy a volver loco si continuo así más tiempo —dijo en tono quejumbroso. Helailla se quedó allí, muda, y él rechinó los dientes. Le había abierto su corazón y ella, insensible como era, lo pisoteaba como un campo de margaritas. Era una hermosura, pero fría como el río Orian, que fluía a través de Storncrass.

—Le conseguiré alguna distracción y, cuando pueda desocuparme, volveré y lo entretendré un rato. —Aunque el tono fue bastante cortante, Keylan sintió un calorcillo en el pecho.

—Muchas gracias, señora —aceptó con humildad. Ni siquiera pudo borrar la estúpida sonrisa de su cara cuando ella salió sin contestar.

Al poco rato tres jóvenes soldados que no estaban de guardia aparecieron por

su cuarto cargados de juegos.

Entre los tres, y bajo órdenes muy precisas de la guardiana del castillo, consiguieron sentarlo en un sillón sin que sangrase una pizca, y pasaron las siguientes horas en un divertido interludio, jugando a las cartas, leyendo poesía y, como no, contando chistes verdes que a punto estuvieron de hacerle saltar varios puntos. Cuando al fin llegó la diosa rubia con la comida para relevarlos, los cuatro hombres protestaron.

—Vamos, muchachos, todos fuera. Vuestras propias viandas ya están servidas. —La mención del alimento fue suficiente para que saliesen, pero prometieron que volverían al día siguiente, ante la gratitud de su nuevo amigo —. ¿Lo ha pasado bien? —preguntó con amabilidad mientras empezaba a disponer las cosas.

—Mucho. Son buenos chicos.

—En efecto. —Acercó una silla y se sentó a su lado—. Han de serlo para aguantarlo. —Una sonrisa apareció en la boca masculina.

—¿Va a comer conmigo? —preguntó mientras observaba el juego extra de cubiertos y vajilla.

—Claro. Es mi turno de niñera —dijo fingiendo un tono ofendido—. ¿Se ha resentido su herida? —se interesó mientras lo ayudaba con la sabrosa sopa de marisco—. Porque, como haya vertido una preciosa gota de su sangre, le prohibiré las visitas —le advirtió de forma tajante.

—No se preocupe. Mi sangre azul no se ha desperdiciado en el damasco de su lujoso sillón —refunfuñó todavía dolido por su comentario del día anterior.

—Me alegro. Aún me debe seis juegos de sábanas —le recordó con malicia, lo que evidenció que tampoco ella lo había olvidado. Aunque en verdad era insufrible, reconoció que no era posible estar enfadado con ella mucho rato.

—A este paso le adeudaré medio ducado de aquí a que me recupere —dijo intentando parecer indignado, algo difícil con la boca llena.

—Entonces es un hombre muy pobre —aventuró ella.

—En absoluto. Se me considera uno de los mejores partidos de Dragarian —

comentó muy ufano—. Las mamás me tiran a sus hijas casaderas a los pies cuando paso por su lado. —Ella se mantuvo en silencio un momento, y luego le ofreció la trucha rellena de jamón y acompañada de verduras.

—No sé si intenta decirme que está soltero, o se pavonea de lo solicitado que está —comentó con sequedad—. Aunque ninguna de las dos informaciones me interesa en lo más mínimo.

—Ambas suposiciones son correctas y si se lo cuento es porque ha puesto en entredicho mi economía. Le aseguro que es muy estable.

—Bien por usted.

—Hum, este estofado es estupendo, ¿no le parece? —preguntó cambiando de tema con habilidad.

—Lo que creo es que es un maestro en el arte de la evasión.

—Hay que saber moverse por el fangoso mundo de la diplomacia —concedió, en una muestra más de sus habilidades.

—Supongo que me he oxidado —admitió ella en voz baja.

—Quería preguntarle…

—No lo haga —lo cortó con voz muy dura mientras troceaba un grueso bistec de ternera. Keylan se moría por mirarla a los ojos, pero aquellas condenadas gafas que llevaba a todas partes como si fuesen un maldito escudo se lo impedían. Probablemente lo eran, pensó, negándose a creer que sus ojos estuvieran dañados de alguna forma y que las necesitase para ocultarlos de la vista. Miró en cambio sus delicadas manos, con los nudillos blancos de tanto apretar los cubiertos. Le extrañó que el filete no estuviese hecho puré.

—Todo el mundo tiene derecho a sus secretos, supongo —concedió pensando en sí mismo.

—O a conservar su intimidad —contradijo ella.

El opresivo mutismo que mantuvieron durante el resto de la comida estropeó los deliciosos platos preparados con tanto esmero, pero ninguno encontró el ánimo para romperlo. Cuando por fin terminaron con todo lo que había traído, como se había hecho costumbre, recogió con eficacia y lo dispuso de nuevo en

la bandeja.

Se acercó despacio a la ventana y se quedó allí, de pie y sumida en el silencio.

Keylan intentó encontrar el modo de volver a conectar con ella, pero, viéndola a escasos metros y de espaldas a él, parecía tan impenetrable como un muro de hormigón. Supuso que en verdad aquella indómita mujer era tan inexpugnable como una ciudadela fuertemente protegida por el más feroz de los ejércitos. Y no por primera vez en aquellos días se preguntó, disgustado, qué terrible desgracia la habría empujado a ser así.

Unos suaves golpes en la puerta los salvó a ambos de aquel desagradable momento y, ante el permiso de la mujer, dos sirvientes entraron. El primero llevaba una bandeja con dos tazas y una jarra que su infalible olfato le dijo que era café, y el segundo retiró los platos con los restos de la comida. Cuando el criado hubo servido las bebidas, ambos se retiraron y los dejaron de nuevo solos. Escuchó el leve suspiro antes de ver cómo erguía los hombros y, dándose la vuelta, se dirigía a la mesa donde echó una cucharada de azúcar a la taza y se la acercó a los labios para que pudiese beber.

—Gracias.

—No me agradezca a cada rato, se lo ruego.

—Discúlpeme, soy un hombre educado —contestó contrariado.

—Lo sé, pero es algo tedioso e innecesario. De momento, usted está incapacitado para hacerlo por sí mismo y yo lo ayudo. Sé que me lo agradece y con eso basta, ¿de acuerdo? —Muy a su pesar, él asintió, después lo hizo en voz alta.

—Está bien. Veo que se está aficionando a este brebaje inmundo.

—Reconozco que no está mal —concedió a regañadientes.

—Deme algo de tiempo y veremos de qué otras maneras puedo pervertirla —dijo con suavidad. Fue una delicia verla sonrojarse.

—Mumm. ¿Y cómo podemos entretenerlo en las próximas horas? —preguntó para sí misma, obviando su tonto comentario.

—A mí no me pregunte —ronroneó en tono sugerente. Los colores se acentuaron en esas mejillas de porcelana. Una suave carcajada, porque en su estado no era capaz de una expresión de regocijo mayor, escapó de la boca de Keylan—. Me parece que bajo sus tiernos cuidados voy a recuperarme muy pronto —musitó risueño.

—¿Le apetece que le lea un rato? —Un silencio sepulcral recibió sus palabras. De inmediato el cuerpo femenino se tensó.

—¿Usted… puede? —cuestionó el joven con cautela.

—¿Quiere o no? —le preguntó con brusquedad.

—Claro.

—¿Con qué libro estaban antes?

—Con *Los Poemas de Crosier* —contestó dubitativo.

—Lo conozco. ¿En qué parte se quedaron?

—Terminamos el número veintitrés.

Después de una pausa, ella comenzó a recitar un nuevo poema como si en verdad estuviese leyéndolo de las páginas del usado volumen, pues repetía cada estrofa palabra por palabra.

—Hoy la he visto por primera vez y he sentido que toda mi existencia iba a cambiar. He dejado de ser un mero espectador de la vida para formar parte del todo que la conforma. Es la criatura más exquisita que he conocido y, aunque jamás la podré tener, su esencia, la inocencia que aún conserva, me perseguirán mientras viva, atormentándome día y noche, recordándome cuán malvado y mediocre soy en comparación. Hoy, sentado en este parque solitario, en este día claro y soleado, apenas un rato después de que ella se ha marchado, puedo ver en mi mente exacerbada y peligrosamente cerca de la locura más absoluta, su risa cristalina, sus ojos azules límpidos, mientras me mira con candidez. Ella es la pureza donde yo represento la corrupción. Ella desprende ingenuidad cuando yo solo significo maldad. La veo como a una quimera, como a algo inalcanzable porque sé que es intocable. Hoy me he enterado de que mi amada está casada.

Tenía una voz dulce y suave cuando se relajaba, que bastaba por si sola para hipnotizar a una boa constrictor. Cerró los ojos mientras la tranquila cadencia penetraba su consciencia y se quedó agradablemente adormilado. Se despejó cuando ella le puso una almohada tras la cabeza, por el ángulo del sol, supuso que varios versos después.

—Descanse. Volveré después.

—No —dijo, quizá con demasiada firmeza—. Solo disfrutaba escuchándola, pero, si está aburrida, quizá podríamos hacer otra cosa —sugirió esperanzado. Helailla quiso sonreír, pero, claro, se contuvo.

—¿Qué más trajeron los chicos?

—Mumm… Hay un montón de libros, un tablero de damas, dados… —Descartó los puzles y la baraja de cartas, ya que debido a su ceguera ella no podría utilizarlos—. Un ajedrez…

—Eso podría resultar divertido. —Una ceja masculina se levantó con interés.

—¿Juega?

—¿La pregunta correcta es si mi intelecto da para tanto? —El duque se rio, encantado.

—Estoy seguro de que me dará una paliza —concedió magnánimo, puesto que era un maestro en ese juego.

—Puede apostar a que sí —contestó, arrogante.

—¿Ah, sí? Pues hagámoslo más interesante —propuso con un brillo malicioso en su mirada que, aunque ella no pudo ver, sí fue capaz de sentir en todos sus huesos. Pese a que luchó con todas sus fuerzas, no consiguió abstenerse de preguntar:

—¿Qué sugiere? —Una lenta y lobuna sonrisa apareció en los labios masculinos.

—Si yo gano, obtendré un beso. —Por supuesto, no le sorprendió el jadeo indignado de la joven.

—¿Cómo se atreve?

—Creí que estaba segura de ganar, *milady* —la retó a sabiendas.

—Pero su comportamiento es escandaloso, de igual modo —lo reprendió. Él siguió en silencio, manteniendo su postura, jugándoselo todo en una baza, la de la curiosidad—. ¿Y qué gano yo si pierde? —preguntó al fin.

—¿Qué quiere? —La cabeza rubia se alzó de pronto.

—¿Qué? —preguntó asombrada.

—Le estoy dando carta blanca. Simplemente, ponga un precio. —Ella lo miró boquiabierta por primera vez desde que la conociera, sin saber qué decir, y Keylan disfrutó esa sensación contra el paladar, degustándola a placer—. ¿Y bien? —la instó con suavidad.

—Bueno… Ahora mismo no se me ocurre nada. —El hombre se divirtió con su turbación.

—¿Y si le digo que a cambio le ofrezco enseñarle algunos de los muchos placeres físicos a los que una señorita como usted no tiene acceso? —susurró con voz aterciopelada, observando con atención su reacción. Cuando esta llegó, segundos más tarde, al comprender con exactitud sus palabras, su cara se puso roja como la grana y se levantó de un brinco de la silla.

—Maldito cabrón… —Keylan parpadeó, asombrado. Habría esperado una bofetada, ciertamente se la merecía, pero aquel insulto le escoció mucho más que el sopapo no recibido.

—No pretendía ofenderla —se disculpó.

—Pues lo disimula condenadamente bien, se lo aseguro.

—Y usted tiene un lenguaje de lo más variopinto —contraatacó ceñudo.

—Reminiscencias de convivir con ocho hombres. Discúlpeme si al ultrajarme pretendiendo mi virginidad saca lo peor de mí.

—No soñaba con ir tan lejos. Al menos no en voz alta —admitió en un ataque de sinceridad, lo que le valió una mirada furiosa que supo interpretar aún a través de las oscuras gafas—. Helailla, ¿nunca se ha hecho preguntas? ¿No siente curiosidad por cómo es la pasión entre dos personas, el deseo físico por un amante? ¿Lo que ocurre entre un hombre y una mujer en la

intimidad? —La respiración femenina se había vuelto irregular, sus manos apretaban los pliegues de su vestido a ambos lados de su cuerpo y su encantador rubor había subido dos tonos.

—Ha dicho que no… haríamos el amor —susurró con una vocecilla tan baja y mortificada que casi sintió pena por ella, pero no podía retroceder o la perdería para siempre, y de repente se dio cuenta de lo importante que era aquello para él.

—Y la mantendré intacta, pero hay numerosos y encantadores pasos previos que podemos saborear antes de ese momento. Le mostraré lo que es el placer más sublime, *milady*. Le enseñaré a disfrutar de su cuerpo y, si así lo quiere, también del mío —prometió como el pecador que era, y ella recordó ese magnífico cuerpo suyo, expuesto en una cama para su goce, y un sentimiento de avaricia empezó a recorrer sus venas ante la posibilidad de poseerlo—. Al fin y al cabo, ¿para quién se reserva aquí escondida? —atacó él sin piedad. Helailla se mantuvo en silencio durante una eternidad, perdida en sus pensamientos. Desde su posición, Keylan no podía ver su rostro, y esperaba con una ansiedad por completo desconocida para él su trascendental respuesta. Al fin, se giró y lo enfrentó.

—No puedo —susurró y el mundo pareció derrumbarse a los pies del duque —. No puedo decidirlo atropelladamente. Esto es… demasiado importante para mí. Necesito tiempo para pensarlo —concluyó algo perdida. Pero ni por asomo tanto como lo estaba el joven que la observaba aturdido y mudo. No lo había rechazado, repetía su cerebro sin cesar.

—Por supuesto, querida —obligó a decir a su lengua de trapo.

—Le contestaré mañana, entonces —dijo mientras se dirigía a la salida.

Solo cuando escuchó el suave sonido del resbalón de la puerta al cerrarse tras ella, se permitió llenar por completo de aire sus pulmones.

Un rato después llegó un animoso Dariel a pasar el rato con él, lo que le hizo

suponer que su primita no le había referido nada de la escandalosa apuesta que le había ofrecido. Respiró aliviado, con lo débil que estaba no aguantaría ni el toque de la campana que anunciara el primer asalto con aquel terrible pariente.

Después de contarle que no se habían encontrado con los salteadores, aunque sí habían llegado a un pueblo en el que habían robado a varios de sus habitantes, y de relatarle las numerosas piezas de carne cobradas en la cacería que habían organizado, terminaron jugando a las cartas.

Keylan levantó la vista de su inmejorable mano y descubrió que el otro hombre lo observaba. Alzó una ceja como único comentario.

—¿Qué le has hecho a mi niña? —indagó en tono risueño. Hacía rato que habían dejado atrás las formalidades y comenzado a tutearse. El duque se echó a temblar. ¿Así que se lo había dicho? Se sintió muy decepcionado.

—¿Yo? —preguntó con aire inocente.

—Claro que tú. ¿Quién más puede alterarla tanto entre estas cuatro paredes? —Aquel calorcillo tan familiar se extendió por todo su cuerpo.

—¿Está… alterada? —cuestionó en tono neutro.

—Mucho. Como si hubieses agitado un avispero delante de su cara. —Keylan pensó que era bastante probable que fuera justo eso lo que había hecho —. Se ha marchado en su yegua como un vendaval y me ha ordenado que te haga compañía y me quede hasta que hayas cenado y te encuentres instalado en tu cama. —Imaginaba que después de prometerle una respuesta al día siguiente no aparecía por allí, pero no pudo evitar la desilusión que sintió al confirmar que no volvería a verla aquel día. Miró a su nuevo compañero a los ojos y una idea tomó forma de repente.

—Es una mujer… complicada —se atrevió a decir.

—Veo que eres todo un caballero —ironizó su anfitrión. Keylan frunció los labios para evitar reírse—. Y tu repertorio de eufemismos es ilimitado —añadió, lo que lo obligó a soltar la carcajada finalmente. Sujetándose el pecho, dolorido, echó en la cama sus cartas y aguardó a ver las de su adversario, que como esperaba fueron peores—. No nos jugamos nada —

comentó este pellizcándose los labios. El duque alzó apenas los brazos.

—No tengo *nada*, ¿recuerdas? Esos bastardos me robaron todo cuanto llevaba encima después de darme por muerto. Si aún conservo a Talos es porque salió huyendo tras el disparo. —Una mirada calculadora apareció en los ojos grises—. Ni lo sueñes, amigo. Ese purasangre vale una fortuna, y no pienso jugármelo en un par de partidas amistosas.

—Pero es que así es tan aburrido… —se quejó, mohíno.

—Bueno, ¿y si intercambiamos información? —sugirió, intentando que pareciese que se le había ocurrido de manera fortuita.

—¿Oh?

—Podemos contarnos nuestras vidas, como un par de borrachos. —Alzó su copa de brandy en un gesto elocuente mientras el conde lo miraba con fijeza.

—Bien. Has ganado —concedió—. ¿Qué quieres saber? —Durante un segundo Keylan pensó seguir fingiendo, pero el día había sido largo y extenuante dado su estado de agotamiento, y reconoció para sí que sus ansias por entender ciertas cosas eran demasiado grandes para demorarse dando un rodeo cuando las respuestas estaban frente a él. Dejó que su vista se deslizara hacia los ricos tonos verdes y naranjas que el paisaje exterior le ofrecía.

—¿Por qué está tan… enfadada? —Dariel no necesitó que le aclarase a quién se refería. Aquellos dos estaban tan centrados el uno en el otro que no parecía que existiese nada más a su alrededor. Sonrió para sí.

—No siempre fue así —reconoció con una voz teñida de pena y dolor. Keylan desvió su mirada hacia su interlocutor de inmediato al detectarlo, pero el hombre también observaba el atardecer, perdido en los recuerdos—. Helailla era una muchachita a punto de presentarse en sociedad, burbujeante, encantadora y llena de vida. Ya la has visto, es hermosa hasta decir basta, se suponía que iba a causar furor y, con su actitud abierta hacia la vida, su carácter intrépido, su eterna bondad y su sinceridad irreverente, iluminaba tu existencia solo con estar allí. —El duque lo miraba extasiado, intentando conciliar la imagen de esa hada con la fría e inconmovible mujer que había

conocido. Esperó con impaciencia que el conde continuase la detallada descripción, pero pareció que le faltaban las palabras.

—¿Y qué ocurrió? —lo urgió. Los ojos grises pestañearon y lo observaron con malicia.

—Esa, amigo, es otra pregunta. —El enfermo se apoyó en el respaldo del sillón, decepcionado.

—Reparte, pues —murmuró entre dientes, escuchando a la perfección la risilla socarrona del otro. La mano fue reñida, aunque le costó una barbaridad concentrarse mientras rumiaba todo lo que le había contado hasta ese momento, pero al final logró salir vencedor también en esa ocasión. Consiguió suprimir a duras penas un gesto de triunfo y en cambio alzó una ceja con soberbia—. ¿Y bien? —lo acicateó al ver que se mantenía tercamente callado.

—No puedo contestar a eso, querido muchacho, solo ella puede.

—¡Oh, vamos, me prometiste respuestas y he ganado! —contestó furioso.

—Sí, pero Lalla es demasiado sensible respecto a ese día, y me descuartizaría vivo si se enterase de que te he hablado de ello. Lo único que puedo decirte es que, después del… accidente, rompió con su familia, con la que estaba muy unida, y con toda su vida anterior, consiguió que le comprasen este sitio y se aisló aquí, según ella, para siempre —terminó en tono tormentoso.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó al caer en la cuenta de que no era ciega de nacimiento. Dariel alzó una ceja.

—No has contestado a mi primera pregunta —se justificó antes de que el otro se negase. Y recibió una media sonrisa sesgada en reconocimiento a sus esfuerzos.

—Un año. —Su anfitrión comenzó a barajar de nuevo, abriendo un nuevo abanico de posibilidades a su febril mente. Pero el maldito no estaba dispuesto a ponérselo fácil y le ganó las siguientes tres partidas, puesto que además de ser un excelente jugador, él estaba hecho polvo—. ¿Quieres algo para el dolor? —ofreció solícito, adivinando lo que le ocurría. Supuso que su

estado debía de ser deplorable. Negó con la cabeza.

—Estoy bien. Sigamos. —El astuto hombre ya le había sonsacado acerca de su situación familiar, sobre la cual pasó bastante por encima sin que resultase muy evidente que no quería dar detalles, y su estado financiero. Ahí sí se explayó, hablando de sus propiedades, sus ingresos y sus inversiones para que le quedase claro que era inmensamente rico, quizá anticipando la pregunta que sabía que tarde o temprano terminaría haciéndole.

—De acuerdo. Mi siguiente interrogante es ¿hay una futura duquesa a la vista? —Keylan soltó una carcajada ante lo acertado de su anterior suposición. Aunque era normal que le preocupara que un hombre soltero viviera en la misma casa que su prima, quien además pasaba muchas horas a solas con él, le parecía un poquito presuntuoso por su parte esperar que pusiese sus ojos en la joven para casarse con ella. Además de no tener muy clara su posición social, no podía pasar por alto su ceguera, la cual era indiscutible que supondría un claro hándicap en el desarrollo de sus deberes como duquesa.

—Bueno, no hay una en particular, pero la decisión está tomada —afirmó. Los ojos grises brillaron sobre la copa de brandy que degustaba en esos momentos.

—No pareces muy contento.

—Porque no lo estoy, supongo. Pero la resolución es firme. Ahora he de elegir entre el montón de candidatas —dijo con un gesto de sufrimiento que no era en absoluto fingido. Ambos sabían a lo que se exponía si las damas de la aristocracia se enteraban de sus intenciones. Seguirían su estela, allá donde fuese, como hienas tras la carroña. Su vida sería un infierno hasta que hiciese su elección, y como no iba a conformarse con una sosaina recién salida de la escuela, con poco cerebro y toda rubores y risillas tontas, tardaría un tiempo en encontrar a alguien compatible con sus gustos y necesidades. Por otro lado, tampoco debía ser muy inteligente, se recordó con el ceño fruncido, o podría averiguar más cosas de las que estaba dispuesto a desvelar.

—Sí, para alguien como tú elegir esposa debe ser un cometido muy peligroso —adujo risueño.

—O como tú —dijo señalando al conde con el dedo.

—Oh, yo estoy a salvo. No tengo ninguna intención de caer en las garras sanguinarias de una *femme fatale* —aseguró del todo convencido.

—Pero ¿y tu título? ¿Los herederos?

—Al diablo con ellos —contestó enojado. Keylan lo estudió durante unos instantes, evaluando su aparente despreocupación.

—No lo dices en serio.

—¿Por qué? No todos hemos nacido para ser unos devotos maridos como tú. —Le escupió en tono socarrón.

—No es el caso —murmuró entre dientes.

—¿Oh? ¿Cuántos años tienes, muchacho? —El enfermo entrecerró los ojos y le lanzó una mirada asesina, pero era toda la amenaza de la que era capaz en esos momentos. Dariel esperó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Veintitrés —soltó al fin.

—¿Ves? Parece que tienes prisa por ponerte los grilletes.

—Soy un duque, por todos los santos, es mi deber perpetuar mi linaje y proteger al resto de mi familia. Además —admitió muy a su pesar—, me gustan los niños. —Una aristocrática ceja se alzó ante aquella afirmación, pero sin ánimo de ofender, tan solo ofrecía cierta curiosidad, por lo que se vio impelido a continuar—. Siento que ha llegado el momento de llenar Stormcrass de pequeños diablillos que correteen por los enormes pasillos de la mansión, y de verlos deslizarse por el pasamanos de la interminable escalera hasta el vestíbulo, de cambiar pañales, secar lágrimas, curar raspones y contar cuentos de hadas y dragones… —De repente se percató de la mirada asombrada de Brangor y se apresuró a ocultar su ansiedad por vivir todos aquellos momentos con la mujer adecuada.

—Es un bonito cuadro el que has pintado —dijo con voz grave. La llegada de la cena lo salvó de contestar, y esta pasó en un apacible silencio.

El conde cumplió su promesa y lo ayudó, junto con dos criados, a volver a la cama, que por una vez fue muy bienvenida, pues estaba tan agotado que apenas consiguió corresponder al «buenas noches» del otro hombre antes de quedarse dormido.

Dariel lo observó pensativo, apoyado en una de las columnas del lecho. Aquel joven ocultaba algún que otro secreto, lo presentía, pero había podido darse cuenta de que era un buen tipo, y andaba nada más y nada menos que tras… una esposa. Sonrió despacio. Qué casualidad que su desolada primita estuviese al alcance de su mano y que ambos contasen únicamente con él como carabina, porque como que era el conde de Brangor que aquellos dos iban a terminar limpiando los mocos de los mozalbetes con los que el duquecito soñaba.

# Capítulo 2

Helailla temblaba como una hoja, abrazada a sus rodillas, su pálida melena caía sobre sus brazos y muslos, y ocultaba su rostro. Sus gafas estaban en el mullido suelo cubierto de vegetación, como siempre que estaba sola. En verdad las odiaba, pero detestaba más la idea de que los demás pudiesen observarla a placer sin ellas, rebuscar en su mirada desenfocada sin que se percatase de ello. Eso la horrorizaba. Aquellos cristales tintados eran su barrera contra el mundo, una más de todas las que había erigido a su alrededor. Y funcionaba tan bien como el resto.

A veces echaba de menos a la jovencita que había sido hasta hacía no tanto, lamentaba tanto haberse visto obligada a perderla… Sobre todo, ese día.

Ese día, cuando un hombre de ensueño con un cuerpo magnífico le proponía iniciarla en las artes del amor, enseñándole a gozar del placer físico y si, como había dejado claro, era lo bastante valiente, a satisfacerlo a él.

Por supuesto, si le hacía aquel ofrecimiento era precisamente porque ya no era esa muchacha. Tenía muy presente que de seguir conservando su visión podría aspirar a mucho más. Habría tenido su tan ansiada presentación en sociedad y disfrutado del galanteo de los jóvenes más poderosos de los mejores reinos. Nada habría sido poco para ella. Reskan y su padre se habrían encargado de que así fuera, al igual que sus seis primos.

Suspiró y una lágrima caliente y solitaria, la primera en diez meses que se permitía derramar, resbaló por su perfecta mejilla hasta perderse en alguna

parte. Qué desconcertante que fuese a causa de un perfecto desconocido, pero él le importaba, le… llamaba la atención como la llama de una vela a una polilla, reconoció con honestidad.

Y a su corazón desbocado y a su entrepierna inquieta le importaban un rábano que su mellada condición actual solo le dejasen el papel de amante de alguien como él, se dijo escandalizada incluso ante ella misma.

Porque aquel era el único papel que podría interpretar en la vida de un hombre. Ni siquiera creyó que sería posible. ¿Quién desearía llevarse a la cama a una maldita ciega?

Pero *él quería*, repetía su mente sin cesar.

Decía que tan solo deseaba jugar un poco, pero había admitido que lo ansiaba todo. Y quizá aquella fuera su única oportunidad para vivir una gran pasión. Cuando él se recuperase, lo cual no tardaría en ocurrir, dada su excelente condición física, se marcharía para proseguir con su vida y la oferta expiraría.

¿Por qué dudaba entonces? ¿Qué era lo que la tenía paralizada de miedo desde que lo había dejado el día anterior? Había prometido darle una respuesta ese día y a falta de dos horas para la cena seguía allí sentada en el claro, escuchando el apacible sonido del agua del lago, dándose fuerzas… ¿Para qué?

Se apartó el pelo de la cara con un movimiento furioso y con una inspiración profunda cogió las gafas y se levantó.

Fuese lo que fuese lo que le iba a contestar a ese apuesto granuja, pensaba presentarse ante él con el mejor aspecto posible, así que se dispuso a usar el tiempo que le quedaba para llegar armada hasta los dientes.

Keylan estaba que se subía por las paredes. Todas sus visitas, entre las que se incluían sus jóvenes amigos del día anterior y otro par nuevo que se añadió a mediodía para sustituirlos, así como un divertido y exasperante conde, se

habían afanado por hacerle la jornada más llevadera, pero nada podía desviarle de su obsesiva idea de que aquella moza maliciosa no había aparecido en todo el maldito día.

Estaban a punto de subirle la cena y se imaginaba que su anfitrión se quedaría a ayudarlo y a acostarlo. ¡Si tenía que levantarse por su cuenta y salir a buscarla a rastras por toda la maldita casa, por Dios que lo haría! Aunque se abriese el pecho en canal, pero aquella noche tendría su contestación como le había prometido, para bien o para mal. Se negaba a creer que fuese una cobarde, sin embargo, a la vista estaba que no parecía tener intenciones de aparecer y los nervios se lo estaban comiendo vivo.

Entrecerró los ojos con furia. Parecía que el canalla de Dariel se olía algo, podía ver cómo estaba disfrutando de lo lindo. Claro que la deserción de su prima era evidente para cualquiera y supuso que también su propio malhumor.

Cuando por fin se encontró acostado y el puñetero de Brangor se despidió, prácticamente echaba espuma por la boca y creía que se le iba a fracturar la mandíbula de tanto apretar los dientes aguantando las chanzas en apariencia inocentes del otro, referentes a la ausencia de la dama.

Con cautela apartó la sábana, preparándose mentalmente para el esfuerzo que iba a tener que hacer tan solo para poder sentarse, y se preguntó, furioso consigo mismo, si sería capaz de hacer lo que aquella noche se proponía. Cogió una bocanada de aire y tensó el cuerpo, dispuesto, y entonces escuchó el movimiento del picaporte y vio cómo la puerta se abría y… todo, absolutamente todo, dejó de existir salvo la deslumbrante visión de oro y borgoña que atravesó la estancia con una gracia y una elegancia innatas, y se quedó a escasos pasos de la cama, donde la luz que él había pedido que mantuviesen encendida iluminaba su artístico recogido, el cual dejada aquel esbelto cuello tan a la vista, tan tentador, y que remarcaba ese perfecto rostro nacarado. El delicado y precioso vestido del color de un rico vino, con un escote de vértigo que le enseñaba los maduros y opulentos senos que se moría por acariciar, delineaba cada curva de su deliciosa figura, y la joven tenía

muchas. Su mirada hambrienta volvió a ascender por ese cuerpo de escándalo hasta la suculenta boca entreabierta. Tragó saliva con dificultad, parecía un melocotón maduro listo para comer, y deseó con toda su alma hundir su lengua en ella para degustarla a placer.

—Ha venido —consiguió decir, con gran esfuerzo.

—Le dije que lo haría.

—Sí, pero… —«Cállate tonto, no irás a admitir que pensaste que se había rajado, ¿no?»—. Es tarde —fue todo lo que se le ocurrió, pues aún no podía creer que de verdad estuviese allí, y vestida para matar. ¿Qué significaba aquello? ¿Era una buena señal o un mal augurio? Dada su vasta experiencia con el sexo femenino, se enorgullecía de conocer sus reacciones, pero aquella en particular le traía por el camino de la amargura porque entre otras cosas era del todo impredecible.

—Es todo el tiempo que he tardado en encontrar el valor —musitó en una admirable muestra de coraje.

Keylan sintió que algo se derretía en su interior. En sus ansias por conquistarla había perdido de vista un enfoque importante, aquella muchacha no solo era virgen, también era inocente como un corderito en cuanto a hombres se trataba, y había sido criada bajo normas del decoro y la virtud tan estrictas, que solo haber sacado a colación ese tema se consideraba una infracción grave de las leyes del universo. Era consciente de cuánto le estaba pidiendo y también de que era un completo canalla por hacerlo, pero la propuesta había surgido sin pensar, y una vez que salió de su boca fue incapaz de retirar su oferta, por lo atrayente y seductora que le resultó la idea. Nada le impediría tenerla, nada, se juró mientras la observaba una vez más con mirada ardiente, ni siquiera su aire vulnerable a pesar de su barbilla alzada y sus hombros erguidos, ni tampoco pese a su deslustrada caballerosidad, pues en esos momentos quien clamaba satisfacción no era el tranquilo y refinado duque, sino alguien más primario, más humano en sus necesidades y extremadamente salvaje, una especie de cazador que desconocía que se

mantuviese oculto en su interior hasta que descubrió a la que sería su presa. Y una vez olfateada no tenía escapatoria.

—¿Para negarse el gusto o para darse la satisfacción? —preguntó a bocajarro. Porque el predador había asomado la cabeza y ya no estaba dispuesto a retirarse y, además, si esperaba un segundo más su respuesta, le iba a dar un infarto.

—Para decirle que esta apuesta no me parece justa. —Los pulmones del hombre se quedaron sin aire y por un instante se sintió aturdido y perdido.

—¿Perdón?

—Bueno, si gana, recibirá un beso por mi parte —recordó ella con impaciencia.

—Hablando de eso. Las condiciones de ese beso las detallaremos ahora, si no le importa.

—¿Con… diciones?

—No pensará que me conformaré con un simple roce, como haría una niñita buena, ¿verdad? Quiero un beso como Dios manda. En la boca, por supuesto, con lengua, húmedo, sensual, ardiente, embriagador… Debe durar al menos tres minutos y tiene que dármelo usted. Yo tan solo me dejaré hacer. —Las mejillas femeninas estaban encarnadas y se retorcía las manos con nerviosismo virginal.

—Pero eso es… escandaloso —susurró desfallecida.

—Pues imagínese cómo será lo que le haré yo si usted gana —prometió con voz sedosa. Helailla retrocedió un paso, pero volvió a su lugar de inmediato. «Bien por ti», admiró él.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? *¿Realmente, milady*? —La acicateó con malicia, y también de forma bastante estúpida, pensó. Si la asustaba en ese momento podría negarse. Pero aquello era preferible a que dijese que sí y luego se arrepintiese en el peor momento. Mejor que supiese a qué se enfrentaba desde el principio.

—Sí, mi hermano me lo explicó hace dos años.

—¿¡Qué!? —preguntó pasmado.

—Res me ofreció una educación igual a la suya salvo en un aspecto y cuando un día se lo eché en cara él… subsanó mis lagunas de manera muy eficaz. —El duque pensó que era mejor no seguir preguntando cuando se percató de lo colorada que se había puesto tras su extraña confesión, pero la curiosidad lo mataba.

—¿Y exactamente de qué manera la… iluminó? —Aunque se esforzó por mantenerse serio ante su evidente bochorno, no pudo evitar que una ligera sonrisa le tironeara de los labios.

—Bien, lo primero que hizo fue despejar de forma gráfica mi mayor incógnita.

—¿Que sería? —inquirió siguiéndole el juego.

—Cómo es el cuerpo masculino. —Hizo una pausa para crear efecto—. Desnudo —Y lo consiguió, la maldita. Todos y cada uno de sus músculos se pusieron rígidos ante la pregunta de en qué forma le había enseñado aquel descerebrado un espécimen en cueros a su inocente hermana. «Que haya sido en un libro», suplicó.

—¿Cómo? —exigió entre dientes.

—Bueno, claro, Res me mostró su propio cuerpo —adujo risueña. Keylan la miraba estupefacto. Por todos los demonios, su hermano se había desnudado para ella… Entonces suspiró aliviado, al menos así desconocía que había cierta parte que se erguía con insolencia ante la presencia de una mujer, siempre que esta no fuera de tu familia…

—Entonces aún hay cosas que ignora.

—¿Se refiere al asombroso aumento de tamaño de su…?

—Sí, a eso —la cortó, casi tartamudeando. Dios, no recordaba cuándo una mujer le había hecho ruborizar por última vez, si era que alguna lo había conseguido—. ¿Es que su hermano se excitó en su presencia? —preguntó primero incrédulo y después furioso. Si aquel tipo era de esos, se encargaría de él, juró.

—Por supuesto que no. En aquel entonces ya estaba enamorado de la que hoy es mi cuñada y bueno, una cosa llevó a la otra y… al final resultó que la clase fue más provechosa para mí de lo que él había previsto, lo cual fue un alivio, porque en un principio quedé bastante decepcionada. —Keylan soltó una carcajada, imaginando la escena que le había retratado. Definitivamente, aquella familia era bastante atípica—. Después, Res me explicó la teoría —remató ella, acabando de golpe con su risa.

—¿La… teoría?

—Um-hmm. Todos los… pasos previos a la culminación, y también el propio acto en sí. Con todo lujo de detalles. —Notaba que tenía la boca abierta de par en par, y con seguridad la expresión más estúpida que hubiese mostrado nunca, y por primera vez dio gracias porque ella no pudiese verlo. Al final no le quedó más remedio que cerrar la boca y preguntarse si no era el hombre más afortunado de la Tierra, ya que debía de ser la primera virgen que sabía con exactitud por lo que iba a pasar, pasito a pasito, durante todo el proceso de seducción. Si era que se decidía a ser seducida, se recordó con el corazón encogido.

—Volviendo al tema que nos ocupaba… Si no he entendido mal, usted se estaba quejando de nuestro acuerdo.

—Ah, sí. Bueno, verá, ya hemos discutido su precio en caso de que usted venza, pero, si soy yo la que gana, me mostrará algunos de los… eh… deleites sensuales de los que una pareja puede disfrutar junta.

—En efecto —contestó para animarla a continuar, aunque una sonrisa ladeada jugueteaba en su boca al escuchar cómo ella había llamado a lo que pensaba hacerle, que era ni más ni menos que volverla loca de placer para que le suplicase que la poseyera una y otra vez, en todas las posturas y lugares conocidos por el hombre. Incluso tal vez se inventase un par nuevas, pensó ansioso por ponerse manos a la obra.

—Pero en ese caso usted también saca provecho de mi triunfo —afirmó con los brazos cruzados en actitud desafiante. Keylan parpadeó, descolocado.

¿Qué pretendía, que no disfrutase acariciándola? ¿Que no se excitase llevándola a la culminación? ¿Pensaba que era de piedra?

—Ejem. Bueno, *milady*, la cuestión es que invariablemente algunos de los beneficios serán mutuos, sí, pero el fundamento de todo esto es que será usted la única que aprenderá a conocerse a sí misma. Y como muestra de buena fe, subiré la apuesta y le prometo que le proporcionaré grandes cantidades de placer en cada ocasión. —Era obvio que la joven estaba avergonzada, pero no retrocedió, inspiró con fuerza y giró la cabeza en su dirección.

—¿Habrá alguno de esos orgasmos de los que me habló Res? —preguntó en un quedo susurro. El duque se mordió el labio, dispuesto a no reírse. Oh, Señor, aquello iba a ser memorable.

—Le proporcionaré cuantos pueda manejar, cielo —prometió con voz sensual.

Ella se movió hasta la ventana y Keylan gruñó para sí, aquella zona estaba a oscuras y la muchacha quedaba fuera de su vista. Permaneció allí algunos minutos, inmóvil y en silencio, inaccesible y en apariencia inalterable. Inalcanzable. Sentía todo el cuerpo rígido por la tensión, esperando su respuesta como una sentencia. Ella no podía rechazarlo, no debía negarles a ambos aquello.

Si hubiera estado en plenas facultades, se habría levantado y en dos zancadas habría estado a su lado, y le habría hecho olvidar con sus manos y su boca sus fragmentadas reticencias, tachándolas de absurdas por la descarnada necesidad que aún desde la cama podía sentir en ella. Pero seguía preso de su débil cuerpo y tenía que conformarse con permanecer tumbado esperando las tan ansiadas o temidas palabras.

—Hela… —Ella se encogió ante el cariñoso apelativo, pero al fin se giró hacia él y con un revoloteo de faldas volvió a su lado—. Necesito una respuesta. Por favor —se obligó a suplicar. De momento, ella repartía las cartas, aunque él sabía que pronto se cambiarían las tornas. Entonces, sin previo aviso, la joven le lanzó algo. Con una mueca de dolor cogió el pequeño

objeto al vuelo y abrió la mano. Lo observó durante unos segundos, incapaz de reaccionar, y después su aturullado cerebro se despejó lo suficiente como para recordar su propio nombre. La exquisita reina de jade verde lo miraba entre sus propios dedos, desafiante e incitante, como la mujer que se la había arrojado con tanto descaro. Meneó la cabeza. Tenía que tener cuidado porque esa muchachita tenía todas las papeletas para convertirse en un gran problema para él—. Traiga el tablero —pidió con suavidad.

—¿Ahora? —preguntó, mitad sorprendida, mitad horrorizada.

—¿No es un buen momento? ¿Quizá tenía otras cosas que hacer? —preguntó mofándose de ella, pues eran más de las once.

—No, pero… no creí que querría empezar en este momento… —«Cariño, lo que de verdad desearía sería dejarnos de tonterías y terminar justo ahora», pero, si admitía eso, saldría corriendo y no pararía hasta que se hallase sana y salva bajo el techo de su querido hermanito, el de ideas progres, como mostrarse como Dios lo trajo al mundo y en estado de máxima excitación para instruir a una inocente muchachita en temas sexuales, se recordó molesto. ¿Qué tipo de educación le habría brindado aquel descerebrado? Ella había dicho que se había equiparado a la de un hombre, y aquel pensamiento bastó para que se echase a temblar.

—¿Y ha venido armada con ese vestido tan solo para decirme que acepta nuestro juego? —Había en su pregunta un matiz de diversión que la perturbó, pero como sus palabras eran un fiel reflejo de sus propios pensamientos lo dejó pasar. Se mantuvo indecisa un momento, no obstante, la realidad era que se moría por recibir su primer beso, o su primera lección de seducción. Cualquier de los dos acontecimientos le parecía igual de excitante.

—¿Dónde… dónde está?

—A su derecha. Encima del chifonier.

Poco después ambos estaban instalados con comodidad en la cama, él medio incorporado con ayuda de la mullida almohada y de unos cuantos cojines y ella, deliciosamente seductora sentada sobre sus piernas recogidas, mientras

sus delicados y preciosos pies asomaban entre los pliegues del vestido. Hacía rato que, quitándose con gesto distraído los zapatos, los había dejado caer sobre la alfombra, tan concentrada en el juego que no se percataba del efecto que tenía en él cada vez que se inclinaba sobre un codo, meditabunda, y le ofrecía otra ración extra de pechos cremosos, o jugueteaba nerviosa con un pálido tirabuzón cuando él se comía una de sus preciadas piezas. Y ay si era ella la que le arrebataba una de las figuritas, entonces tenía que agarrarse del borde de la cama para observar codicioso cómo se mordía el carnoso labio inferior antes de obsequiarle con una deslumbrante sonrisa de presunción. Era todo un espectáculo, tan lejano de la imagen de mujer fría y estoica que le había brindado en los últimos días que lo tenía por completo hechizado. Y entre eso, tener que comentarle cada movimiento, y mover las piezas de ambos, su concentración estaba sufriendo un duro revés. Quizás por eso ella ganó la primera partida. O fue lo que se dijo para aliviar un tanto su negra conciencia, pues al fin y al cabo estaba plenamente decidido a pervertirla. De la cabeza a los pies, se burló el conquistador recién descubierto. Aunque también admitió que era muy buena, como había asegurado.

—He… ganado —dijo un tanto insegura.

—Así parece —concedió en ningún caso ofendido por la derrota—. Y es hora de reclamar su premio, ¿no cree? —Un espeso silencio se apoderó de la habitación y el hombre se temió que una vez llegado el momento de la verdad se fuera a echar atrás, presa del pánico.

—¿Qué… qué tengo que hacer? —preguntó en un ligero susurro. Volviendo a respirar de nuevo, el duque se permitió una leve sonrisa de admiración.

—Tú, nada, *chérie* —le aseguró mientras acariciaba su delicada muñeca para luego coger su mano y tirar con delicadeza, de modo que se fuese tendiendo a su lado, pero ella, aunque no se zafó del agarre, tampoco cedió. El hábil cazador podía oler su miedo y eso era lo último que deseaba despertar en aquella mujer—. Únicamente concéntrate en disfrutar. Y, si en cualquier momento deseas parar, tan solo házmelo saber, me detendré en el acto. Te doy

mi palabra de honor.

Con mucha suavidad hizo un segundo intento de acercarla a él y esa vez sí se deslizó por su cuerpo hasta quedar tumbada de costado, sin embargo, estaba tan rígida como una tabla. Estaba preparado para eso; aunque jamás jugaba con vírgenes, sabía que cada lección le costaría un triunfo. No obstante, tenía la absoluta certeza de que los esfuerzos bien valdrían las recompensas. Delineó los contornos de su perfecto rostro hasta que llegó a las detestadas gafas e hizo el amago de quitárselas, pero la muchacha echó la cabeza atrás en el último momento.

—No —susurró asustada.

—No pasa nada, cariño, déjame verte —pidió con voz dulce.

—Déjalas —dijo apartando la mano que volvía a acercarse a la pequeña montura.

Keylan suspiró, quería comprobar el color de sus ojos, y se negaba en redondo a preguntárselo, pero según estaban las cosas era mejor no seguir presionando en ese punto. Ya habría otra ocasión para librar esa batalla. Como seguía inclinada hacia atrás aprovechó la oportunidad para besar ese suave y casi infinito cuello de cisne. Le dio pequeños besos a todo lo largo y ancho, y cuando no le quedó ni una porción de piel sin tocar sacó la punta de la lengua y lo degustó a placer. Aquel pequeño juego tan sensual sirvió para que su dama se relajara, y sonrió apenas cuando escuchó el dulce y femenino suspiro de deleite que escapó de sus labios.

Teniendo tan cerca esas dos poderosas razones que tanto lo habían atormentado en los últimos días, no pudo contenerse más. Como la parte superior del vestido era tan escasa, solo tuvo que dar un tirón seco al corpiño y después meter las dos manos en el escote para sacar sus maduros pechos, sin necesidad de desabrochar ni uno solo de los botones de su espalda. Helailla jadeó ante la osada maniobra, y él se apresuró a tranquilizarla tomando sus pezones entre los dedos índice y pulgar, y frotándoselos con delicadeza con movimientos circulares. Sus pezones eran grandes y rosados, igual que las

rosas con las que compartían el color, y mientras él los convertía en capullos duros y rugosos, pequeños guijarros listos para algo más, ella encorvaba la espalda, ofreciéndose desinhibida. Y aquella era una invitación que él no pensaba declinar. Así que mientras con su enorme mano abarcaba uno de sus senos y lo masajeaba con fruición, acercó la lengua al otro y, lamiendo el tenso botón, arrancó un gemido de gozo de la mujer que se derretía entre sus brazos. A continuación, lo succionó como si quisiera tragárselo y ella lo cogió del pelo con fuerza, y acercó su cabeza aún más, animándolo a continuar. Como si él necesitase que lo alentasen, pensó irónico, preguntándose con inquietud cómo sería capaz de detenerse cuando llegase el momento. Estaba terriblemente excitado, tanto que el dolor de su entrepierna era insoportable, y solo podía pensar en enterrarse en ese cálido cuerpo que se abrazaba con abandono a él, pero las líneas de su juego, como las de la partida de ajedrez, estaban trazadas, y tenía que jugar todas las manos antes de dar el último paso, o lo echaría todo a perder. Dedicó toda su atención al otro pecho, deseando tenerla desnuda y obligándose a ser paciente.

Helailla se sentía mareada de placer. Jamás en su vida pensó que las desvergonzadas explicaciones de su hermano sobre las relaciones amorosas en realidad significaran aquello. Reconoció, no sin una pizca de fastidio por su inocencia, que una cosa era la hipótesis y otra muy distinta la práctica, pero, que Dios la perdonara, sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, sin embargo, le importaba un maldito comino. Se sentía tan bien, tan pletórica, tan… encendida. Tan viva. Por primera vez en un largo y aciago año se veía como la superviviente de una tragedia y no como la pobre tarada a causa de un accidente. Aquel imponente macho la hacía vibrar porque era deseada, una mujer completa, y, si no se andaba con cuidado, podía ser que le diera todo cuanto le pidiera.

Se quedó sin respiración cuando sintió su mano caliente descender por el valle entre sus senos, atravesar su vientre y detenerse sobre su acalorado monte. El vestido de satén, sin enaguas que dificultaran su caminar, no era

obstáculo alguno para esa mano errática e investigadora cuyos dedos se arremolinaron buscando el centro de su ser. De hecho, en dos segundos la tela se había mojado con su propio rocío, dado su estado de enardecimiento. Escuchó junto a su oído el gemido del hombre, y supo que le agradaba su muestra de pasión, aunque ella estuviese tan mortificada por ser tan obvia.

—Estás tan húmeda, cielo…

—Lo siento, no…

—¿Sentirlo? Estoy encantado. Significa que lo estoy haciendo bien —dijo en tono jocoso. Ella sonrió ante lo presumido que se mostraba siempre. Notó que acercaba su cara a la de ella y en respuesta se echó hacia atrás—. Vamos, preciosa. Quiero probarte —rogó ansioso y cuando al volver a intentarlo obtuvo los mismos resultados, frunció el ceño ante su rechazo—. ¿Por qué? —preguntó irritado—. Hasta ahora no me habías negado nada.

—Oh, pero es que tú no has… ganado el privilegio de besarme, Excelencia. ¿Recuerdas? —Él parpadeó, confundido por la marea de deseo que lo embargaba. Entonces comprendió y se sintió sorprendido porque aquella criatura arrebatada de placer tuviese la suficiente lucidez aún y el descaro de coquetear con él. Se prometió que acabaría con su cordura en un santiamén.

—Pero soy yo el que va a besarte hasta dejarte extasiada, dulzura. Ni siquiera voy a exigirte que estés consciente —dijo en un alarde de vanidad. Helailla soltó una carcajada de regocijo y Keylan sintió que aquel sonido celestial, que no le había escuchado hasta entonces, se colaba por su pecho hasta el mismo centro de su corazón, donde ni siquiera la traicionera bala había logrado llegar. Ella hizo un gesto de pena, pero negó con la cabeza de todos modos.

—No con nuestro primer beso, Storn. Ese te lo daré yo —prometió con voz sensual, y su asta dolorida corcoveó como un potro salvaje. Sus ojos se encendieron en respuesta, deseaba, no, necesitaba hundir su lengua en aquella tentadora cavidad húmeda. «Y otra parte en otra cueva igualmente empapada» pensó amargado mientras su mirada hambrienta bajaba hasta el vestido

mojado.

—Que así sea, entonces —concedió mientras sus dedos regresaban al lugar y apretaban con desvergüenza, trazando círculos alrededor del botón que la diáfana tela calada ya no lograba ocultar y mucho menos proteger de él. Las caderas femeninas se alzaron en respuesta, una muy explícita que se moría por aceptar, pero por su dilatada experiencia sabía que, precisamente, dada la inocencia de ella, no sabía que estaba ofreciéndose. Dios, le dolían los riñones de contenerse, pero aquello merecía la pena, solo por ser testigo del placer de ella, por estar ahí para verla volar, supuso que, en unos instantes, con unos cuantos movimientos más… Helailla gemía y se retorcía, presa del delirio e ignorante de lo que le ocurría, por mucho que su querido hermano hubiese intentado ilustrarla al respecto. Nadie estaba preparado para eso, hombre o mujer, para su primer orgasmo. Sintió cómo los músculos femeninos se tensaban y supo que había llegado el momento, le besó la sien y el lóbulo de la oreja, mientras su afanosa mano no dejaba de trabajar, y susurró en su oído palabras de aliento—. Vamos, pequeña, esto es bueno, muy bueno, ¿verdad? Deja que venga, no te resistas. Solo estamos tú y yo. Es nuestro juego, *mon amour*, disfruta de tu victoria. —Y entonces su boca volvió a uno de sus senos y mordió el pezón con algo de fuerza, sin llegar a hacerle daño, pero la obligó a contraerse, incluidos unos músculos vaginales que ella desconocía que tuviera, lo que provocó que el tan ansiado desahogo llegara al fin, trayendo consigo un gran arcoíris que atravesó todo su mundo y lo puso patas arriba.

El largo y angustioso gemido estuvo a punto de hacerle perder el control, que ya era muy escaso. Despacio, fue disminuyendo la presión y el ritmo de sus dedos en la inflamada carne femenina y, tumbándose a su lado, atrajo el inerte cuerpo entre sus brazos. Dios, cómo necesitaba poseerla, su rígida verga se lo exigía con un rugido feroz y él no podía hacer oídos sordos porque jamás en su vida había deseado tanto a una mujer como la quería a ella en esos momentos. Estaba desconcertado y preocupado porque su dilatada vida sexual era

legendaria. Su apodo, el Insaciable, se lo había ganado a pulso, ya que desde que descubrió los misterios del amor carnal, a los catorce años, raras habían sido las ocasiones en las que había pasado un solo día sin compañía femenina, a menudo con más de una mujer. Suponía que no era un buen ejemplo de caballero andante, pero nunca había sido su intención parecerlo, y mientras se mantuviera convenientemente apartado de las vírgenes… Miró de reojo a su actual compañera, que de momento seguía medio desvanecida. «Entonces ¿qué estás haciendo, cabeza de chorlito?», se preguntó sin mucha convicción. Era incapaz de resistirse a ella, lisa y llanamente. Había tomado su decisión, pero le estaba costando aceptarla, y además había algunos detallitos de extrema importancia que debía solucionar. Una pequeña mano se filtró con delicadeza por su camisa y rozó como alas de mariposa la parte de su pecho que estaba libre de vendas. Su estómago se contrajo en respuesta y cerró los ojos un segundo, degustando la sensación. La traviesa mano bajó con una lentitud agónica hasta su abdomen, tenso como un arco a punto de dispararse, y allí se detuvo, misericordiosamente.

—¿Hay algo más que desees enseñarme, milord? —preguntó sugerente. Keylan parpadeó, anonadado. No era posible que se estuviese ofreciendo a complacerlo. La miró y maldijo por centésima vez la barrera que se interponía entre sus ojos y él.

—¿Qué… qué quieres decir? —tartamudeó alborozado como un colegial frente a las imágenes que su calenturienta mente conjuró ante su sugerencia.

—Res me contó que un hombre también necesita… terminar de gozar cuando acaricia a una mujer —susurró avergonzada y ruborizada hasta la raíz del cabello.

—¿Y te estás ofreciendo? —preguntó con un graznido. El hombre vio como ella temblaba de la cabeza a los pies ante el pensamiento de realizar semejante hazaña. Una vez que había obtenido su placer, los efectos de la pasión se habían disuelto y con seguridad la conciencia y los remordimientos empezaban a reconcomer su intachable moralidad. Era una tentación enorme aceptar su

propuesta, pero sabía que era demasiado pronto, y aquel paso podía hacer que la perdiera, así que mantuvo presos a los demonios que le gritaban que aceptara y la besó en el pelo, volviendo a colocarle el corpiño en su sitio. Con una gran pena, acarició sus labios con el pulgar y suspiró—. Aún no has ganado ese premio, moza, no intentes cobrarlo por adelantado. —Y por si se sentía ofendida por sus groseras palabras, que no tenían otro cometido que tranquilizarla, la abrazó con fuerza durante unos minutos, aspirando su perfume e intentado aquietar su mente y su cuerpo tan solo sintiéndola a su lado. Por fin se obligó a soltarla—. Lamento mucho no poder acompañarte, *milady* —dijo apesadumbrado.

—No te preocupes, conozco esta casa como la palma de mi mano.

—Aun así, procura que nadie te vea salir de aquí.

—Tranquilo, no pienso arrancarte una propuesta de matrimonio. —Por supuesto la joven no pudo ver la mirada penetrante que le dirigió, porque se habría echado a temblar.

Tan solo le dijo adiós con la mano y se dirigió hacia la puerta. Una vez allí, la abrió, escuchó con atención y, cuando parecía que iba a salir sin más, giró la cabeza por encima del hombro y le tiró un dulce beso. Keylan lo atrapó al vuelo y, aun cuando la puerta ya se había cerrado y oía sus ligeras pisadas por el pasillo, depositó el beso imaginario en sus labios y sintió que los de ella, carnosos y pícaros, estaban sobre los suyos.

Helailla bajaba las escaleras dando saltitos. Se sentía como en una nube, presa de una burbujeante felicidad y un poco avergonzada por su deserción a la hora de desayunar en la habitación del duque, ya que temía el momento de volver a encontrarse con él después de lo que le había permitido hacerle la noche anterior. En cambio, se dirigía con resolución y un hambre canina hacia la sala del desayuno, perdida en un mundo de caricias y ronroneos sensuales, de alientos cálidos y palabras escandalosas susurradas con pasión. Oh, cuánto

placer encerraban aquellos abrazos compartidos, y qué recuerdos pensaba atesorar para su solitario futuro. Si había tenido alguna duda sobre aquella escandalosa aventura, la apasionada noche anterior las había borrado todas de un plumazo.

Se detuvo de golpe en la entrada de la luminosa estancia. Había varias personas que ocupaban algunos de los asientos, todos hombres, y pudo sentir cómo sus miradas se dirigían hacia ella para de inmediato hacer amago de levantarse. Hizo un gesto para que siguieran sentados y frunció el ceño. Él estaba allí, sentado entre los demás, podía… olerlo. El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Buenos días, Lalla, entra, por favor —dijo Dariel—. Espero que no te importe, pero he invitado a algunos de nuestros oficiales a desayunar —comentó mientras mencionaba sus nombres y estos la saludaban respetuosamente—. También Su Excelencia se ha reunido con nosotros —anunció cambiando de tono. Cuando la joven estaba ocupando su sitio acostumbrado, el duque le dio la bienvenida y se encontró con que estaba sentado a su lado—. ¿Lo habitual, querida? —preguntó su primo.

—Por favor.

Keylan había seguido las palabras del conde con interés, comprendiendo que tenían la finalidad de que ella supiese quiénes componían la mesa y dónde estaban situados con exactitud, para que le fuese más fácil dirigirse a ellos. La verdad era que una vez que uno se metía en la piel de alguien invidente comprendía que todos esos detalles, en apariencia inocentes, servían para hacerle la vida más llevadera, como el hecho de no cambiar nunca nada de sitio para evitar que chocara contra algo, o el repetir infinidad de veces las cosas cotidianas para poder hacerlas con agilidad sin necesidad de verlas, lo que le permitía que llevara una existencia muy parecida a la del resto de las personas. Lo que lo llevó a considerar cuán condenadamente valiente era aquella mujer que había sufrido un duro revés en la vida y seguía luchando a su manera por seguir adelante, sin ayuda de su familia ni de ningún hombre.

La observó y sonrió para sí; por supuesto, ya había anticipado que intentaría darle esquinazo a primera hora. Era una virgen, después de todo, y algunas de las cosas que le había hecho la noche anterior habían sido bastante pecaminosas para un alma inocente como la suya. Aunque sabía que había disfrutado de todas y cada una de ellas, al igual que él. Incluso lo había sorprendido, admitió, porque a pesar de su predecible pudor, advertía en ella una fogosidad que, una vez que floreciese, la convertiría en una mujer ardiente y desenfrenada, y él tenía plenas intenciones de regarla tan a menudo como se presentase la ocasión.

Rememorar los deliciosos pasatiempos a los que se habían dedicado hizo que le empezasen a apretar los de por sí ajustados pantalones e hizo una mueca, contrito. Si no se desahogaba pronto, algo terrible iba a ocurrir en aquella casa.

Pinchó otra suculenta salchicha y la añadió a su plato, necesitaba recuperar fuerzas con rapidez. Entre las secuelas de su apasionamiento del día anterior y el esfuerzo de bajar todo aquel maldito tramo de escaleras estaba molido. Y solo eran las nueve de la mañana. Por supuesto no pensaba volver a su habitación cuando acabara el desayuno, porque estaba convencido de que su presa se escabulliría una vez más e intentaría darle esquinazo durante todo el día. Con toda certeza hasta que llegara el momento de la nueva partida, si es que aparecía, se dijo sombrío, porque aunque estaba completamente seguro de que la experiencia le había gustado, y mucho, cabía la posibilidad de que todas aquellas intensas emociones también la hubiesen asustado, y decidiera abandonar el experimento. Había mujeres a las que era mejor no dejarles opciones.

—Veo que se encuentra mejor —dijo ella, cauta.

—Así es, gracias. Me voy recuperando día a día. —La muchacha giró la cabeza en su dirección de golpe y, si no hubiera sabido que no era posible, habría dicho que tras los oscuros cristales sus ojos lo taladraban, observando sus oscuras ojeras y su rostro fatigado.

—¿Está… seguro? —inquirió, y el hombre pudo apreciar el atisbo de preocupación en su tono, el cual era tan preciado e inesperado que no supo qué hacer con los sentimientos encontrados que le provocaron. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien se había inquietado por él.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Le parezco enfermo? —Ella se mantuvo en silencio un momento, sopesando sus palabras.

—La herida es muy reciente todavía. Quizá se ha apresurado levantándose tan pronto —adujo con sutileza. «Demasiada», pensó Keylan con socarronería. O estaba terriblemente avergonzada por lo que había ocurrido la noche anterior, o el hielo se estaba derritiendo en aquel duro corazón. Por supuesto, se decantó por la primera opción.

—Me pareció la única manera de poder verla esta mañana —admitió sin problemas. De vez en cuando uno tenía que arrastrarse un poquito en el juego de la seducción, sobre todo cuando la pieza valía la pena. Además, fue bueno ver el respingo que dio al escuchar sus palabras.

—Yo… también me debo a los demás. No es justo que acapare todo mi tiempo, milord. —«Es rápida», admitió. Y lista.

—Tan solo las noches, ¿humm? —La joven volvió a alzar la cabeza en su dirección como un cervatillo que oliera el peligro.

—Sé bueno, Keylan —dijo mientras registraba las conversaciones de los demás, intentando averiguar si alguno podría estar escuchándolos. La regañina fue como seda caliente que acariciaba su vientre, y se le puso tenso al instante. Pensó que de vuelta al mundo real Hellaila regresaría a las formalidades, pero le agradaba sobremanera descubrir que no sería así, que las murallas de aquella jovencita se iban desmoronando poquito a poco, muy probablemente sin que ella se diera cuenta. También apreciaba un fino sentido del humor debajo de aquella pátina de educación y elegancia, y se preguntaba con curiosidad cómo sería la mujer que se escondía tras todos aquellos muros. Pese a la inquietud que aquella pregunta le producía, no podía esperar a

conocer la respuesta.

—Pero sé que te gusto mucho más cuando soy infame —susurró en su oído izquierdo. Un escalofrío de placer recorrió su cuello y el hombre sonrió cuando advirtió su piel de gallina.

—¿Sabes? —dijo ella con una voz aterciopelada que alertó todos sus sentidos—, hubo un tiempo en el cual nunca rechazaba una buena pelea —afirmó mientras uno de sus pequeños pies descalzos se deslizaba con un descaro total por su muslo hasta su entrepierna y comenzaba a frotarlo despacio, pero con la precisión de un buen cirujano, a la vez que con toda despreocupación untaba una rebanada de pan con queso fresco y la degustaba con fruición, incluso se atrevió a lamerse los dedos con delicadeza, una vez que se la terminó.

Keylan se ahogó con el café, que estaba sorbiendo complacido cuando esa desvergonzada niñita empezó a restregarse contra su ingle, del todo envalentonada cuando comprobó con cuánta eficacia sus movimientos conseguían enardecerlo. Cuando dejó de toser, siguió mirándola, pasmado e incapaz de salir de su asombro, y entonces una lenta y enorme sonrisa empezó a formarse en sus labios, precediendo a una estentórea carcajada del más absoluto deleite.

Mientras todos los presentes se giraban para observarlos, curiosos, y ella comenzaba a retirar el pie, Keylan, con los ojos brillantes de lágrimas se apresuró a interceptar su retirada con su mano derecha y a masajearlo de manera delicada y juguetona.

—¿Cuál es el chiste, Storncrass? —preguntó Dariel en tono risueño, al parecer sin percatarse de las mejillas arreboladas de la joven.

—Tu prima —contestó aún riéndose entre dientes— está asegurándose, de manera inequívoca, de que estoy recuperando mis fuerzas. Parece creer que sigo débil como un bebé. —Los demás comensales se quedaron mirándolo, quizá preguntándose qué demonios tenía eso de gracioso.

Brangor, en cambio, entrecerró los ojos, advirtiendo, a pesar de que la joven

tenía la cabeza baja, la sonrisa traviesa que perfilaba sus labios.

Por otro lado, se preguntó con recelo si no eran unos pequeños dedos sonrosados los que le parecía ver sobre el muslo del duque mientras este los acariciaba con aire distraído.

Quizá su joven y viril huésped estaba recuperándose más rápido de lo que él había pronosticado, pensó intentando sofocar una risotada.

Terminado el desayuno y mientras la sala iba desocupándose, Helailla dobló su servilleta y se dispuso a levantarse, preparada para afrontar una nueva jornada.

—No irás a abandonarme a mi suerte el resto del día, ¿verdad? —preguntó en voz baja y lastimera su compañero de mesa, aunque al echar un vistazo al semblante de la joven frunció el ceño.

—Me temo que sí —fue todo lo que dijo.

—¿Por qué? —pregunto desalentado.

—Mis deberes en esta casa son muy numerosos, Excelencia, pero estoy segura de que será capaz de encontrar entretenimiento adecuado que lo mantenga debidamente ocupado. —Y dicho esto se levantó y se marchó.

Keylan meneó la cabeza, intentando salir del estupor que lo embargaba. ¿Qué había ocurrido para que regresase de repente la dama de hielo y lo atacase con furia y desdén? ¿Y cómo demonios iba a conseguir que le dedicase un rato si apenas era capaz de levantarse de esa silla por sí mismo? Echó una mirada furibunda a la solitaria estancia para descubrir a Dariel repanchingado en su asiento, mirándolo con fijeza por encima del borde de su taza de café. «¿Qué?», quiso gritarle, amargado, pero se contuvo porque estaba casi seguro de que no solo ese cretino conocía a la perfección los apuros por los que estaba pasando con su primita, sino que se reiría con ganas de ellos si le diese la posibilidad.

—¿Quieres salir a la terraza, Storn? A estas horas se está fresco, y

podríamos dedicar unos minutos a pasear para que empieces a recuperarte. Tanto tiempo sentado y tumbado te está destrozando. Y no solo físicamente. —El duque le lanzó una mirada venenosa que fue correspondida con un levantamiento altivo de cejas. Suspiró.

—Por favor. La verdad es que me siento enjaulado. Y tienes razón, ya es hora de que vuelva a ponerme en forma —dijo con determinación.

—Con calma, ¿eh? —propuso el conde cuando vio cuánto le costaba ponerse en pie y mantener una postura que pareciera erguida. Hizo una seña con la cabeza a dos de los lacayos que seguían en la sala, que se apresuraron a ponerse a su lado. Él se acercó despacio y, encajando su hombro en la axila del otro, soportó parte de su peso—. Adelante, amigo. Encarguémonos de volver a poner duro este cuerpo. —Keylan hizo una mueca de dolor y luego sonrió. Once días de inactividad forzosa no eran suficientes para estropear ese físico perfecto conseguido a base de años de férreo entrenamiento, pero la broma lo ayudó a superar la humillación de ir remolcado por ambos lados hasta la terraza como el inválido que todavía era. Al menos *ella* no podía verlo en tan indigna situación, se consoló.

—Te echo una carrera —retó mientras casi jadeaba por el esfuerzo. Brangor se rio entre dientes.

—Pero dame algo de ventaja, ¿eh?

—Por supuesto, viejo. Contaré hasta cien y luego saldré yo.

Las chanzas sirvieron para que no pensase tanto en el dolor mientras llegaban a la amplia y bonita galería. En aquel momento daba la sombra, lo que hacía que la temperatura fuera estupenda, pero aquello no evitó que Keylan estuviera sudando y tuviera la camisa empapada un rato después.

Dariel estaba preocupado. Lo que había sugerido era un ligero ejercicio, no aquella maratón que se estaba imponiendo. Llevaban una hora recorriendo sin descanso el largo perímetro. Si no paraban, aquel cabezota se iba a reventar. ¿Qué intentaba demostrar? O, lo que era más importante, ¿a quién?

En ese instante finalmente no pudo soportarlo más y cayó de rodillas al

suelo, ya que el muy idiota había desistido de su ayuda y la del sirviente unos minutos atrás.

Prohibió a sus hombres que lo ayudaran a levantarse con un gesto seco de la mano y lo dejó allí tirado, apoyándose con las palmas en la pulida madera. Observó impávido cómo el aire se le escapaba a bocanadas y supo que en ese momento era incapaz de alzarse por sí solo.

Helailla corría por el jardín con desesperación, estrujando su memoria como nunca y procurando no tropezar con las plantas y con las malditas faldas del fino vestido de mañana que había elegido hacía unas horas. Agradeció ir cogida de la mano de Soiria, su doncella, que era quien había ido a avisarle y quien volaba a su lado, guiándola. Por supuesto conocía el camino, pero dada la velocidad que llevaban era mejor contar con su ayuda extra.

Tenía los nervios de punta desde que su joven criada había llegado, ansiosa y preocupada, a contarle que Su Excelencia se había desplomado en el suelo. En ese momento, a punto de llegar, mil posibilidades se extendían ante ella, cada una más aterradora, y sintió miedo. Y aquella negra emoción que la había acosado hacía un año regresó con tanta fuerza y contundencia que experimentó un golpe físico en el pecho.

Keylan la sintió llegar a pesar del bombear de su corazón en los oídos. Levantó la cabeza para buscarla, lo cual le resultó de por sí agotador, y cuando la vio acercarse corriendo, arrastrada por una muchacha, otro dolor diferente se apoderó de él.

Dios, era tan joven, estaba tan indefensa, y necesitaba tanto a alguien que cuidase de ella…

Intentó con desesperación incorporarse, pero ya no le quedaban fuerzas. Entonces, ella aterrizó a su lado y tanteando llegó hasta su hombro. Aliviada al comprobar que no estaba inconsciente, soltó un suspiro entrecortado.

—¿Keylan? —susurró, su voz constreñida por el pánico. Él alzó su mano

para coger la suya, que temblaba un poco.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Qué ha ocurrido?

—No es más que otra estratagema para poder verte, tontita. —Supo que no había conseguido tranquilizarla y decidió admitir la verdad—. Me temo que me he forzado demasiado, eso es todo.

—¿En qué estabas pensando? —«En ti». Alzó la mirada hacia el conde, que lo estaba taladrando con sus perspicaces ojos azules, con seguridad cuestionándose lo mismo, a la vez que reparaba en la familiaridad con la que se estaban tratando. Tendría suerte si solo lo retaba a duelo o, como mínimo, lo sacaba a rastras de la propiedad.

—Estoy harto de sentirme débil. No es mi condición habitual —refunfuñó.

—¿Y crees que presionándote hasta caer agotado es la mejor manera de restablecerte? —rebatió con suavidad.

—Supongo que no —concedió—. Pero no quiero seguir siendo una carga.

—Aquí nadie se está mostrando poco hospitalario. ¿O sí? —preguntó su anfitrión, quien, levantándose con aire despreocupado, le tendió la mano. Keylan la miró, indeciso, para nada seguro de ser capaz de volver a una posición digna tan solo con esa ayuda. Aun así, la cogió y entonces la mano izquierda del otro hombre rodeó su brazo y lo izó con delicadeza, pero con firmeza, aceptando su mirada de gratitud con elegante impasibilidad.

—En absoluto. No era mi intención insinuar algo así. Pero es indiscutible que estoy interfiriendo en vuestra rutina.

—Me parece que la rutina de algunos habitantes de esta casa era un fiasco antes de que tú llegaras —murmuró entre dientes lo bastante alto como para que su prima lo escuchara mientras ahuecaba solícitamente los cojines tras la espalda del duque en la cómoda butaca en la que lo habían sentado. El agotado herido soltó un suspiro de alivio.

—De todos modos, ¿por qué no te has limitado a un pequeño paseo? —insistió, tozuda, esforzándose por no contestar nada a la pulla que le había

lanzado su entrometido familiar.

—Los hombres nos creemos invulnerables, jovencita —contestó el conde irónico.

—Los hombres sois unos necios, Dare.

—Sí, eso también —convino en actitud obediente, lanzando una mirada divertida a su compañero, que alzó la vista al cielo. Por supuesto ella no se dejó engañar por aquellos granujas y chasqueó la lengua, exasperada.

—Bien, tendrás que descansar el resto del día —decretó tenaz. Los dos escucharon el gruñido de advertencia del enfermo.

—En la cama, no. —Ella guardó silencio y luego asintió.

—Donde sea, pero no más esfuerzos hoy.

—¿Y cómo vas a asegurarte de que sea bueno? —indagó arrastrando las palabras, lo bastante recuperado como para jugar un poco con ella.

—Eso podría resultar un problema —coincidió el conde, cruzándose de brazos.

—Te voy a vigilar de cerca.

—¿Cómo de cerca? —preguntó su primo al otro, arqueando una ceja. Helailla ya sabía que había caído en una trampa, pero estaba empeñada en cuidar de él, sobre todo habida cuenta de que ese tonto parecía incapaz de hacerlo por sí mismo.

—Así —aclaró la joven, dejando medio centímetro entre su índice y su pulgar.

—Humm —susurró el duque en tono sugestivo.

—Bien, entonces, yo me retiro. Te dejo en buenas manos. —Y antes de permitirles ver lo que estaba pensando, salió de allí.

Las horas pasaron con asombrosa rapidez y todo debido a la mujer que lo acompañó durante aquella maravillosa mañana. Hablaron en la fresca y perfumada galería, donde aprendió que era una persona muy culta y

extremadamente inteligente y, aunque esto último lo fascinaba, no le extrañó. Se podía hablar con ella de todo, desde política, moda, arquitectura, fiestas, decoración, niños, cosechas, deportes… Cuando le preguntó sobre ello, intrigado, le recordó que su hermano le había facilitado una educación idéntica a la suya, además de proporcionarle los conocimientos adecuados de una dama, como bordar, bailar, cantar y por supuesto tocar algún instrumento, comentó en tono cáustico, con lo que quedó claro que esas no fueron sus asignaturas favoritas.

En cuanto a las fastuosas fiestas y los chismes de la alta sociedad, o incluso los nombres y detallitos de suma importancia que estaría dispuesta a confiarle sobre las jóvenes casaderas de aquella temporada en ciernes, se mantenía al día gracias a los contactos del hermano, el primo y la nada desestimable ayuda de su cuñada.

Él la miraba embelesado, puesto que se había permitido aflojar un tanto la coraza, como si de los lazos del corsé que él estaba siempre dispuesto a quitarle se tratara, casi con toda probabilidad a causa del susto que se había llevado por su desplome de un rato antes. Así que estaba disfrutando de ella cuanto podía antes de que se diera cuenta de su desliz y volviera a ponerse la máscara de fría indiferencia una vez más, y lo aislara en el exterior como al resto del mundo.

A la hora de comer se reunieron una vez más con Dariel, que por una vez se mantuvo callado y taciturno. Keylan lo miró de reojo, inseguro sobre si su actitud tenía que ver con la relación entre ambos, y pensó que quizá debía mantener una conversación con él. Era probable que se sintiera decepcionado porque esta aún no había tenido lugar, a raíz de cómo estaban desarrollándose las cosas, y quería que el conde tuviese muy claro que ella estaba tan intacta como antes de su llegada. Bueno, casi.

Brangor pareció detectar sus ojos puestos en él porque levantó la vista y, sonriendo en respuesta, lo tranquilizó un tanto.

—Me temo que no podré acompañaros un rato esta tarde. —El brillo de sus

ojos desmentía el pesar de su voz mientras sostenía su mirada. «Estoy seguro de que sabrás aprovechar el tiempo, muchacho», parecían decir esos pozos azules.

—¿Ocurre algo? —se obligó a decir, sintiendo un ligero calor en la nuca.

—Hay noticias de esa maldita banda. Anoche atacaron un carruaje y les robaron hasta los calzones… —Sus palabras se apagaron mientras observaba a la única señora presente en la mesa, la cual hizo un gesto desdeñoso con la mano. Se aclaró la garganta—. Voy a salir con un destacamento. Ya es hora de que los atrapemos. A fin de cuentas, estas son nuestras tierras.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó la muchacha con decisión. La mirada del duque se dirigió hacia la mujer con incredulidad.

—Nadie conoce cada palmo de Oscuridad como tú —afirmó Dariel. Los ojos desorbitados de Keylan volaron hacia el hombre.

—Subiré a cambiarme, entonces. —La masculina cabeza giró de nuevo hacia ella, con la boca abierta de par en par, como en un maldito partido, para encontrar que le estaba sonriendo al jodido sirviente que le estaba corriendo la silla.

—Pero qué demonios… —maldijo mientras tiraba sobre su plato a medio terminar la blanca servilleta. La joven se detuvo al escucharlo—. ¿Qué… se supone que estás haciendo? —Se volvió hacia el conde—. ¿Qué se supone que está haciendo, por el amor de Dios?

—Bueno, Lalla es la dueña legítima de la propiedad —explicó.

—¿Y? —Keylan gesticuló con las manos como un poseso, sintiendo que era el único cuerdo en aquella habitación. Brangor apretó los labios, sabiendo que, si se reía, aquel joven terminaría de explotar.

—¿Cuál es el problema, Storncrass? —preguntó la aludida, su voz acerada como el filo de una espada, algo que su invitado no fue capaz de apreciar en ese momento, o no quiso.

—Sí, ¿cuál? —acicateó su primo.

—¿De verdad estáis pensando que *ella* salga a perseguir a un número

indeterminado de ladrones, posiblemente asesinos?

—¿Y por qué no? ¿Piensas que no soy capaz porque estoy… ciega? —«Cuidado amigo, eso es terreno pantanoso». Keylan escuchó la advertencia en su cabeza, pero estaba más allá de toda prudencia.

—Porque, señorita, eres una mujer. Pero sí, ahora que lo mencionas, ese es un claro hándicap —admitió, imparable ante el temor de que pudiera ocurrirle cualquier cosa.

El silencio que siguió a su declaración le dejó claro todo cuanto necesitaba saber, pero, por si necesitaba más pistas, su postura rígida y los puños apretados a los costados de su cuerpo, así como la mirada maligna de su anfitrión mientras negaba con la cabeza una y otra vez, le dijeron que estaba como mínimo hasta el pecho metido en el fango y ninguno de esos dos dementes iba a acercarle una ramita.

Sin una palabra más Helailla salió del comedor. Dare se dispuso a seguirla. Viendo que era su última oportunidad de detener aquella locura, abrió la boca, pero la cerró cuando vio la expresión del hombre. Este posó su mano un segundo en su hombro al pasar por su lado sin detenerse y, cerrando con suavidad la puerta al salir, lo dejó solo e impotente.

Una hora más tarde seguía allí, en el mismo sitio, mirando con fijeza el mantel de damasco con los restos fríos de la comida que ninguno se había molestado en terminar y que los criados no se habían atrevido a entrar a retirar, dado su espantoso estado de ánimo. También era la primera vez que él recordara que no tenía apetito, un hecho extraordinario, a su entender.

Intentaba no pensar, no imaginar a esa amazona desquiciada, aventurera, valiente y más ciega que un topo mientras se enfrentaba a criminales armados que al parecer primero descerrajaban un tiro en pleno corazón y luego te desvalijaban… Sintió que un sudor frío se apoderaba de él y una rabia atroz lo quemaba por dentro, dirigida más que ella a sí mismo, por no poder coger su

caballo y salir a galope tendido a defenderla del mundo.

Entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos meras rendijas brillantes. ¿Qué demonios le ocurría con esa muchacha? ¿Por qué esa ansia por todo lo que tuviese que ver con ella? Anhelaba protegerla de cualquier mal, a costa de lo que fuese. Sabía eso. Codiciaba su cuerpo como el de ninguna otra mujer que hubiera conocido. Reconocía aquello también. Quería su mente porque despertaba su propio ingenio, a pesar de que una inteligencia como la suya suponía un riesgo enorme para él, para mantener sus secretos ocultos, su vida en orden. Podía solucionar hasta eso. Pero lo más sorprendente era que también deseaba su corazón. Dejó de respirar cuando lo comprendió. Se cogió la cabeza con las dos manos, ya que sentía que se le iba a fracturar pues la revelación fue como un mazazo. Aspiraba a su amor.

Y él sabía por qué. Iba a ser su esposa. De repente, se sintió mareado. Hizo amago de coger su copa de vino, pero no calculó bien y la tiró sobre el prístino y blanco mantel. Juró por lo bajo y agarró la de Helailla, a su derecha, que aún estaba llena, y se la bebió de un solo trago. Sí, era ella. ¿No había decidido poco antes de «dejarse caer en la Oscuridad», se dijo en un singular juego de palabras, que había llegado el momento de contraer matrimonio? «Pero su linaje es muy inferior al tuyo», le gritaba una molesta vocecita interior. «Pomposo arrogante», le contestó, al fin y al cabo, él tenía suficiente sangre azul por los dos. «¿Y qué me dices del detallito de que es ciega? ¿También eso es insignificante?». Keylan se gruñó a sí mismo, o a su conciencia. Sabía que se enfrentarían a numerosos problemas en el camino, y que ciertas personas lo condenarían por casarse con alguien como ella, incluso los darían de lado, pero su estatus social, su poder, su título y sus conexiones los mantendrían a salvo. Pocos se atreverían a insultarlo no aceptando a su señora.

Además, reconoció, la elección estaba hecha antes de esa noche. Jamás le hubiese puesto un dedo encima si no hubiese tenido intención de hacerla su mujer. Libertino y todo, era un caballero de los pies a la cabeza, y nunca se

había metido con vírgenes inocentes. El cazador había elegido a su presa y estaba poniendo a su alrededor las trampas necesarias para capturarla, de ahí la apuesta, solo que el civilizado duque no se había percatado de ello en un primer momento. Ella era tan arisca, tan inaccesible, que subyugarla a base de orgasmos le pareció la única manera de atraerla y atraparla. Después, hacerle la propuesta sería coser y cantar.

Siempre y cuando no la matasen los malditos salteadores, gruñó.

Helailla permanecía atenta en la puerta desde hacía un rato, consciente de su estado trastornado por su respiración alterada y sus gruñidos. También reconoció el sonido de una copa al volcarse y lo escuchó vaciar el contenido de otra con impaciencia.

Así que estaba preocupado… Bien, aunque Dariel había conseguido convencerla de que no saliese con la partida y se las había ingeniado para borrar su enfado con el autocrático duque, aún estaba ligeramente molesta con él.

Su primo le había hecho ver que el visitante desconocía sus extensas capacidades tanto cabalgando como en su propia defensa, aun a pesar de su falta de visión, por lo que no podía reprenderlo con excesiva severidad por su comportamiento en la comida. Además, dijo en tono melodramático, había hombres imprudentes que pensaban muy en serio que una mujer era un ser débil al que había que proteger a toda costa, y al parecer Storncrass era uno de *esos*. Helailla no pudo menos que desternillarse de risa ante la actuación del bribón, y olvidó toda su irritación, pues reconocía que la mayoría de las féminas se comportaban de ese modo. En su caso, dado que Res le había enseñado defensa personal, esgrima, natación, tiro con arco, a disparar e incluso boxeo, por no hablar de lo que su querida cuñada había añadido a su colección de trucos, estaba versada en una cantidad de artes. Pero claro, aquel obtuso hombre de las cavernas no lo sabía. E incluso en su enfado inicial

reconoció que su motivación era una desmesurada preocupación por ella. Lo cual le produjo un calorcillo en el bajo vientre… En ese momento, mientras lo escuchaba en silencio, sentía cómo esa inquietud aumentaba con cada minuto que transcurría, y se convertía en una furia creciente, como lava ardiente de un volcán a punto de explotar. Adelantándose, se acercó, aunque no sabía si sería capaz de apagar el fuego.

# Capítulo 3

Lo primero que sintió fue su perfume, de melocotón y lavanda. Miró por encima de su hombro y allí estaba, flotando hacia él, con un cuenco de porcelana en las manos. Cuando llegó a la mesa y, sentándose en su silla, a su derecha, dejó el gran bol entre los dos, vio asombrado que estaba hasta arriba de helado de fresa y chocolate a partes iguales.

A pesar de lo disgustado que estaba momentos antes, se pasó la lengua por los labios, expectante. Adoraba el helado, especialmente de aquellos dos sabores.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó sin quitar la vista de la golosina. Helailla sonrió, detectando su deleite.

—Un hombre no puede guardar sus secretos durante mucho tiempo —dijo satisfecha. Por supuesto, se le escapó el respingo que le provocaron sus palabras. Se repuso de inmediato y le dedicó una sonrisa afectada.

—¿Y piensas sacarme más con… esto? —Mientras preguntaba tomó dos cucharas de postre limpias de los restos de la mesa y le pasó una, esperando con educación que empezase primero.

—Adelante —lo animó. Lo escuchó hundir la cucharilla y luego el gemido de satisfacción al saborearlo—. ¿Qué has probado?

—El chocolate —contestó arrastrando las palabras, utilizando un tono ronco y sensual que se filtró por su escote y, acariciando sus pezones, se los puso duros. Se ruborizó, segura de que lo estaba viendo todo.

En efecto, Keylan tenía la mirada fija en sus pechos, observando cómo la fina tela del vestido dejaba a la vista los diminutos botones. Quería tocarlos y ponerlos más duros aún, y sobre todo quería metérselos en la boca, con la lengua congelada como la tenía, y que ella sintiese aquella sensación. Se lo dijo y casi reventó los pantalones cuando observó cómo sus senos se hinchaban y ella jadeaba buscando aire.

Se metió otra cucharada de helado, esa vez de fresa, suave y menos amargo, e, inclinándose en la mesa, la cogió de la nuca y atrapó su boca en un beso lento. La mujer se resistió, recordándole su promesa, pero él tan solo quería que compartiesen el helado juntos. Cuando la joven lo comprendió, bebió de él y él de ella, y fue la experiencia más estimulante que Keylan recordase haber vivido.

—Ven aquí —pidió tirando de sus caderas para colocarla de frente. Desabrochó su corpiño con sus diestros dedos—. Súbete a la mesa —ordenó con voz ronca. La joven lo hizo y entonces, abriéndolo, dejó sus pechos al descubierto—. Ahora voy a hacerte lo que te he prometido.

—Keylan, no hemos jugado nuestra partida… —protestó.

—Lo haremos luego —prometió mientras le masajeaba los pezones con fuerza.

—Pero aún no hay un ganador… —insistió ella tras un gemido.

—Pues asegúrate de ganar, cielo, porque ya te estoy dando tu premio —dijo mientras enterraba la cabeza en uno de sus guijarros, con la boca llena de helado. Helailla gritó por la impresión, y a continuación empezó a retorcerse y a gemir de forma entrecortada, presa de la agitación.

—Te gusta, ¿eh? —preguntó en tono juguetón un rato después.

—Oh, Key… —susurró, nerviosa.

—Lo sé, mi vida. Necesitas más. —Posó una mano por debajo de su vientre —. ¿No es así? —Ella no dijo nada. La mano se mantuvo inmóvil. Asintió. Keylan sonrió, satisfecho—. Pídemelo.

—¿Qué? —Silencio. Se mordió el labio, indecisa. Reconocía, aun a pesar

de su inexperiencia, que no se trataba de dominación. Era tan simple como que aquel hombre era tremendamente sexual y le encantaba jugar, provocar, hablar con descaro—. A… acarícíame —suplicó.

—¿Dónde? —Helailla se armó de valor y despacio llevó su mano hasta su entrepierna, por encima de la ropa. Los ojos masculinos refulgieron—. Algún día querré que te masturbes para mí —prometió con voz densa. Se sonrojó hasta la raíz del cabello. Sabía lo que significaba aquella palabra y, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo, pensar en realizar aquello delante de él le pareció imposible—. Lo harás, cielo. Y te gustará horrores, como a mí —prometió, leyéndole el pensamiento. Mientras volvía a succionar sus tensos pezones, sus manos agarraron su vestido y, tirando de él hacia arriba, desveló sus tobillos, sus pantorrillas, sus rodillas, sus muslos… La joven lo detuvo en ese momento, atemorizada por lo desconocido. El hombre levantó la cabeza de entre sus pechos—. ¿Quieres que pare, cariño? Tan solo dilo y lo haré. —Besó su frente con ternura, esperando su respuesta, con el corazón desbocado por el deseo contenido. Sin embargo, aquellas pocas palabras bastaron para calmarla. Aflojó el agarre de sus manos y, relajando su cuerpo, se arqueó en una muda invitación. Pero las cosas no serían así, él quería una plena aceptación—. Muéstramelo —susurró en su oído. Una sacudida como una corriente eléctrica atravesó el cuerpo femenino ante la petición. Volvió a ponerse rígida entre sus brazos—. No hay nada más excitante que una mujer que le ofrece su cuerpo a su hombre —le dijo a la vez que con delicadeza llevaba la femenina mano hacia su verga hinchada. Ella no la retiró, pero se quedó por completo inmóvil, sin saber cómo actuar—. ¿Ves lo que solo la expectativa de lo que vas a hacer provoca en mí? Imagina si lo hicieras realmente… Tranquila, *chérie*. Te prometí que no te haría el amor. —Helailla reconoció que su lenguaje explícito la excitaba muchísimo y también que ya no estaba tan segura de que no desease llegar hasta el final. Un ronroneo de lo más seductor y sensual se filtró en sus pensamientos y fue entonces cuando se dio cuenta de que sin querer había empezado a acariciarlo… allí. Retiró la

mano con brusquedad y él soltó una risilla entre dientes—. No sé si suplicarte que sigas o alegrarme de que hayas parado —admitió mientras esperaba dolorido su decisión. Al fin ella subió los pocos palmos de su vestido que aún quedaban sin recoger hasta destapar su delicioso pubis rubio. Keylan aguantó la respiración, hipnotizado—. Hasta la cintura —graznó. Y ella lo hizo. Con rapidez, porque no podía aguantarse más y también porque temía que la muchacha se echase atrás, situó sus hombros entre sus piernas abiertas y acercó su cabeza a la parte interna de su terso muslo, sabiendo cuán sensible era esa zona para una mujer y lo que iba a disfrutar mientras la besaba, lamía y trazaba delicados círculos con la punta de su húmeda lengua. Los pequeños escalofríos que recorrieron el femenino cuerpo se lo confirmaron mientras su sinuosa lengua serpenteaba por la invisible línea que delimitaba su triángulo, al final de su muslo. Frente a aquel delicioso fruto prohibido no pudo resistir la tentación de frotarse contra esos claros rizos, que parecían llamarlo a gritos y que le hicieron cosquillas en la nariz, y los labios, tan suaves como la mejor marta cibelina. La muchacha se movía agitada, intentando acercarse más a él. Conocía los pasos, pero las sensaciones eran nuevas para ella y empezaba a sentirse inquieta, necesitando más. Él lo sabía y lo estaba provocando con precisa deliberación. Sonrió mientras sus manos se deslizaban por sus muslos, abarcaban sus prietas nalgas, la levantaba de la mesa y abría sus labios con los dedos.

Mirando con gran satisfacción durante un segundo su cara arrebolada, se dispuso a darse el mayor banquete de su vida, dado que se había quedado con hambre a la hora de comer, y sin asomo de clemencia pasó su lengua de arriba abajo por su vulva. Su espasmo, parecido al restallar de un rayo, lo atravesó de lado a lado y le puso el falo tan tieso y duro que sintió un ramalazo de dolor.

Buscó con desesperación su clítoris, que estaba apretado e hinchado, y, sorbiendo con los labios, cerró los ojos al escuchar el agudo grito de angustia de la joven.

Dios, estaba tan excitada, su sexo ardía, estaba chorreando su propia esencia y claramente pedía más atención. Y él estaba decidido a dársela. Metió su lengua con fuerza en su interior y comenzó a penetrarla con rapidez, como desearía estar haciendo con otra parte de su cuerpo.

Hellaila se retorcía con ferocidad, jadeando, incapaz de soportar lo que estaba sintiendo. Le arañó la espalda con violencia, sintió la quemazón de los arañazos aun a través de la camisa, le tiró del pelo, arrancando algún fino mechón en su frenesí, y sollozó su nombre una y otra vez, impotente frente a la tormenta de sensaciones que había despertado en ella.

Keylan levantó la cabeza buscando aire, embriagado de su aroma, colapsado con su sabor y a punto de perder todo control y raciocinio humano.

Desvió la vista del delicioso y embrujador espectáculo que tenía ante sí con la vana esperanza de calmar sus demonios y resolló, intentando meter aire en sus pulmones y aclarar su mente. Pero no era su mente lo que palpitaba exigente contra sus pantalones, pensó furioso mientras sus ojos reparaban en el olvidado bol y especialmente en la bola de helado rosa que aún no se había deshecho y que tan apetecible le resultaba en esos momentos de acaloramiento.

Con una malvada mirada introdujo dos largos dedos en lo más profundo de la abrasadora vagina de su mujer, aguantó con estoicismo las contracciones que los envolvieron como una caricia caliente, y con la mano libre cogió la cuchara y se metió en la boca una gran bola de fresa, para luego enterrar la cara de nuevo entre los muslos de la joven.

Restregando con entusiasmo la fría crema entre los labios y el clítoris, procedió a comérselo después y, salvo su boca y su mano, el resto de él se quedó rígido como el hierro cuando ella gritó y se convulsionó una y otra vez por lo que le estaba haciendo, por la cantidad de placer que le estaba proporcionando. Podía sentir cómo se fragmentaba, cómo el orgasmo, al acercarse, la tensionaba, a la espera de aquello que todo su ser ansiaba con desesperación.

Incapaz de aplacar su propio ardor, sacó los dedos de su interior y los cambió por los de su mano izquierda, abrió con urgencia su propia bragueta, extrajo su inmensa verga de los pantalones y comenzó a acariciarse con fuerza y rapidez, hacia arriba y hacia abajo, con lo que los gemidos de ambos se mezclaron en el silencio del comedor.

Helailla tenía la firme creencia de que iba a morirse. Ya no se veía capaz de seguir soportando aquella exquisita tortura ni siquiera un segundo más. Y ella, que creía que la lección de la noche anterior había sido reveladora… En ese momento le parecía una pálida sombra de lo que estaba sintiendo.

En medio de aquella vorágine notó que él participaba de forma más activa buscando su propio placer, y al imaginar vívidamente la escena, que aquel maravilloso ejemplar la penetrara con fuerza con los dedos, lamiéndole el sexo con ansia y masturbándose frente a ella como le había dicho que le gustaría verla hacer algún día para él… Fue lo que la impulsó al codiciado cataclismo.

—Ya viene, ¿verdad? —adivinó mientras incrementaba la presión de su boca y sus dedos se introducían más a fondo en su canal. También sintió que la mano con la que se tocaba aumentaba la velocidad—. Es mío. Dámelo, cielo. —Su voz apenas se entendía, tan ronca la tenía. La joven apoyó los pies en los musculosos muslos de él y, haciendo palanca, casi se puso de pie por la tensión que soportaba. Él la siguió con su boca, sin romper el contacto físico, y cuando escuchó los agudos gritos de placer se puso rígido, sabiendo que iba a correrse con ella. La habitación recogió su ronco gruñido de satisfacción, profundamente erótico a oídos de la mujer, largo y estremecedor, como lo fue el clímax que lo atenazó entero, y lo dejó agotado y estupefacto. Cuando consiguió volver a la vida, recogió a la desmadejada muchacha de la cintura y, bajándola de la mesa, la sentó a horcajadas sobre él—. ¿Cómo estás? —preguntó aún con voz pastosa.

—Sobrecogida. —Dejó escapar una risilla muy masculina.

—La teoría se deja muchas cosas fuera, ¿eh?

—Lo malo de las explicaciones es que les falta un poquito de picante —admitió la joven. Keylan soltó una carcajada. Se sentía eufórico, capaz de comerse el mundo. Bueno y unas pastas con un café cargado para merendar, admitió. Suspiró mientras acariciaba las largas y sedosas guedejas de pelo rubio, preguntándose qué estaría pensando su diosa del amor en un momento como aquel.

—¿Siempre es… así, o se atempera con el tiempo?

Sonrió, nunca tendría que temer no saber lo que rondaba por esa cabeza. Ella era directa como una flecha al corazón, pero la pregunta era difícil. Nunca había tenido una misma amante el tiempo suficiente para saberlo. Se echó hacia atrás en la silla e hizo una mueca de dolor. Demasiados esfuerzos para su dolorido cuerpo. Aunque algunos excesos bien valían la pena.

—Quítate esta maldita cosa. —Con un gesto de fastidio tendió la mano hacia sus gafas y se las quitó de un manotazo, antes de que pudiese reaccionar.

—¡No! —Ella hizo un ademán defensivo e intentó recuperarlas, pero no sabía hacia dónde dirigir sus esfuerzos, así que desistió y, bajando la cabeza, se ocultó.

El duque tiró la montura metálica hacia la mesa con repulsión, asegurándose de que quedara fuera de su alcance, y cogiendo su barbilla con suavidad la obligó a alzarla con firmeza, ya que ella hacía bastante fuerza en sentido contrario.

Cuando por fin sus ojos quedaron a su misma altura contuvo la respiración, aturdido.

Eran grandes y luminosos, enmarcados por unas larguísimas y espesas pestañas color miel y rematados por unas encantadoras y finas cejas rubias. Cuando los miró fijamente se perdió en ellos, en aquel gris azulado como el del agua agitada, tempestuosa, embravecida, así como estaban en ese instante sus emociones. Eran unos ojos expresivos. Vivos. En ningún caso tenían la mirada vacía y gracias a Dios no estaban dañados, como él había llegado a pensar.

Soltó su barbilla y subió hasta su mejilla, por donde paseaba sin prisa una lágrima perdida, tan sola como debía de sentirse ella. La atrapó con el pulgar, pero, cuando una segunda la siguió, acercó su boca y la sorbió con dulzura, queriendo con ese gesto llevarse todo el dolor que él sabía que guardaba dentro. Y por segunda vez en su puñetera vida sintió una impotencia absoluta ante la futilidad de su fortuna, poder y título. Porque él no podía devolverle la vista.

—¿Por qué te ocultas tras esas horribles gafas? —preguntó con un dejo de enfado, más dirigido a la situación que a ella misma.

—No me oculto —contestó levantando el mentón en un ángulo casi imposible.

—Sí que lo haces —insistió. La joven intentó levantarse, pero no le fue permitido, así que se cruzó de brazos en actitud retadora, sin percatarse del corpiño abierto y de que esa postura echaba sus pechos hacia delante. Keylan se removió, inquieto, intentando no bajar la mirada de su barbilla. Nunca había reparado en cuánto le atraían los pezones grandes y rosados. «Barbilla», se dijo alzando la vista—. Creí que tus ojos estaban lastimados y que por eso los tapabas.

—Las heridas físicas curaron —susurró apenas con un hilo de voz. «Pero las emocionales no, ¿verdad?», quiso preguntar, pero no lo hizo porque ya conocía la respuesta. Por eso había dos Helaillas, la que exhibía ante el mundo desde el accidente y la que apenas vislumbraba en contadas ocasiones, aquella que había enterrado aquel fatídico día y que él estaba resuelto a recuperar.

—¿Entonces? —la atosigó—. Eres demasiado valiente para esconderte tras unos cristales ahumados. —Sabía que estaba siendo cruel, pero alguien tenía que sacarla de ese pozo de autocompasión en el que se había sumido y parecía que su familia no estaba teniendo mucho éxito. Al fin, encorvando un tanto los hombros, ella admitió uno de sus más grandes temores.

—Siento la mirada escrutadora de los demás fija en mí y no puedo

defenderme. —El hombre al que ya casi nada impresionaba digirió eso, intentando asimilar a lo que la muchacha se enfrentaba cada día.

—No vuelvas a usar esa aberración conmigo. Por favor —pidió con voz suave y firme—. Quiero poder ver tus ojos cuando estás enfadada, cuando ríes, cuando te sientes triste y, sobre todo, cuando tiemblas de pasión entre mis brazos. —Se acercó para besarla y entonces recordó su pacto. Chasqueando la lengua ante la sonrisa de ella, que lo había adivinado, se echó hacia atrás —. Y por todos los demonios, quiero ganar una dichosa partida para que me beses como Dios manda. —Helailla percibió el deseo reflejado en su tono y suspiró por dentro. No era el único que se había quedado con ganas—. No te escondas de mí, Hela, no te parapetes tras tus murallas otra vez. —Y antes de que hiciera exactamente eso, la abrazó con fuerza y aspiró el olor de su pelo, negándose a perder aquel momento.

—¿Qué hora crees que es? —Con mucha pereza echó un vistazo al ventanal de enfrente.

—Calculo que las seis. —La muchacha dio un brinco, se pisó la parte posterior del vestido y, volviendo a caer contra él, rebotó en sus muslos y en su todavía hinchado miembro, que se clavó contra su sensible sexo. Los dos gimieron, doloridos, aunque en ningún caso por el golpe—. Sigue así y en esta clase aprenderás mucho más de lo que teníamos previsto, *chérie* —dijo con los dientes apretados, mientras la cogía de la cintura para separarla, pero sin saber cómo se encontró frotando la delicada y húmeda carne contra su dura asta.

—Key… Key… —susurró la joven, perdida en una nube de éxtasis.

—Sí… Dios, es tan bueno… —jadeó mientras aumentaba el ritmo. Unos suaves golpes en la puerta lo obligaron a abrir los ojos, sujetando las caderas femeninas con fuerza para quedarse inmóvil. Los dientes le rechinaron cuando la pequeña adicta se contoneó, intentando reanudar el movimiento de vaivén —. Estate quieta —siseó —. ¿Sí? —contestó más fuerte, aunque detectó la ligera estridencia en su tono.

—Disculpe, Excelencia, quería preguntarle a *milady* si deseaba que sirviese el té. Se ha hecho un poco tarde, pero como lo toma todos los días… —La voz se perdió tras la madera, insegura. Helailla pareció recordar dónde se encontraban, porque volvió a bajarse de entre sus piernas y débil aunque estabilizada, con sus faldas de nuevo en su sitio, luchó por cerrarse el corpiño, tanteando de vez en cuando en busca de sus gafas. Mientras él se abrochaba los pantalones con una mirada pesarosa, echó mano de la pequeña montura y se la guardó en el bolsillo.

—Por supuesto. Tráigalo aquí en quince minutos. Y café y… algo para acompañarlo. Gracias.

—Sí, señora. —Los pasos del mayordomo resonaron fuera y la joven se apresuró hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A cambiarme, claro. Llevo el mismo vestido desde esta mañana y debo de tener un aspecto horrible. Así que, si me disculpas, tengo que estar de vuelta en un cuarto de hora. —Y sin esperar respuesta salió corriendo de la estancia. Literalmente.

Keylan sonrió. No podía dejar de enseñar la dentadura como un tonto. A él le parecía que estaba preciosa con su largo pelo amarillo suelto y salvaje, las mejillas arreboladas, los ojos brillantes, el vestido todo arrugado de haber estado jugando juntos… Pero, claro, las mujeres eran muy pejigueras en cuanto a esas cosas.

Los escasos minutos que le habían dado de margen al sirviente se le pasaron volando mientras se arreglaba lo mejor que podía, dadas sus limitadas posibilidades. Se peinó con los dedos el desordenado cabello, que ella le había revuelto de manera magistral mientras empujaba su cabeza hacía sí, exigiéndole que se aplicase más… Inspiró con fuerza, rememorando el más que agradable rato que habían compartido.

Infierno y condenación, aquella mujer era una tigresa, agresiva, seductora, participativa y apasionada. Ningún hombre podía pedir más.

Intentó no pararse a pensar en su propia reacción ante esa joven inexperta y virginal, pero era imposible fingir que había sido como con las demás.

Él disfrutaba inmensamente con el sexo, de ahí su apodo, porque nunca tenía suficiente, pero se vanagloriaba de no perder nunca el control, de mantener las riendas de la lujuria bien sujetas por muy excitado que estuviese, y bien sabía Dios que muchas de sus mujeres habían sabido llevarlo al límite…, pero nunca más allá.

Sin embargo, ese día… en el comedor de una opulenta casa donde lo habían recogido y cuidado, con una mujer –que casi era una niña y que le había salvado la vida en sentido literal– sentada sobre la mesa donde servían las sabrosas comidas a la familia, desnuda y abierta solo para su goce, él había disfrutado del más suculento de esos platos allí ofrecido nunca y había tenido que recurrir al viejo truco de masturbarse para no tumbarla sobre aquella dura superficie de la mejor madera y hundirse en ella hasta el fondo de una poderosa embestida y no parar de clavar sus caderas en ella hasta haberse vaciado por completo en su interior. Y el orgasmo que sintió tan solo acariciándose mientras le ofrecía a cambio todo el placer que podía había sido tan arrollador que lo dejó anonadado. Y ni siquiera la había hecho suya aún. Temblaba solo de imaginar cómo sería cuando al final lo hiciese.

Estaba meditando todo eso, jugando de forma inconsciente con las pequeñas gafas entre sus dedos, cuando la puerta se abrió y la dueña de sus pensamientos cobró forma en una nube celeste que atravesó el espacio hasta su asiento como una exhalación. De hecho, le faltaba el aliento, según reparó con regocijo mientras se ponía la chaqueta y metía su nuevo amuleto dentro.

Apenas la dama se sentó, un ejército de sirvientes hizo acto de presencia, recogió los restos de la comida y colocó la merienda tardía sobre un mantel limpio y planchado.

—Por los pelos —le susurró, por lo cual se llevó una mirada muy ceñuda. Qué maravilloso era no perderse sus expresiones, parapetadas antes tras los oscuros cristales.

—Compórtate, ¿quieres? —lo reprendió, aunque su tono no sonó severo. Keylan se percató entonces de que el ambiente en la sala había cambiado y miró alrededor. Los criados parecían absortos en algo, habían ralentizado su ritmo y echaban miradas de soslayo a… Cuando advirtió la dirección de estas observó a la joven y apreció lo rígida que estaba y la aparente inexpresividad de su rostro. Se preguntó cómo lo sabía y admiró su perspicacia, pero al momento se puso furioso. «Siento la mirada escrutadora de los demás fija en mí y no puedo defenderme». Sus palabras parecieron quemarle el corazón, al igual que las gafas que guardaba en su chaqueta. Aquello era culpa suya. Cuando iba a barrerlos a todos con una mirada furibunda, descubrió que una de las sirvientas tenía los ojos húmedos y varios de los hombres sonreían con disimulo, y comprendió que no solo aprobaban la ausencia de las lentes, sino que intuían el cambio que aquello suponía. Era la propia Helailla la que debía entenderlo. Cuando por fin se encontraron solos, cada uno con una humeante taza en sus manos, ella siguió sumida en sus pensamientos.

—Estaban sorprendidos, Hela, eso es todo —dijo en voz suave. Vio cómo se tensaba aún más.

—Volvían a acecharme, como entonces. Y yo se lo permití —contradijo en tono quedo.

—Ven aquí. —Ella siguió donde estaba—. No me obligues a levantarme, que después del sobreesfuerzo de esta mañana y de nuestros placenteros entretenimientos de hace un rato, estoy hecho papilla. —Por supuesto, sabía cómo manipularla y, aunque era consciente de que estaba haciéndolo, se levantó y fue hasta él. La cogió de la cintura y la sentó en su regazo con extrema delicadeza—. Piensas eso porque estás asustada, pero yo también estaba aquí y he sido testigo de sus expresiones de alegría y hasta de sus lágrimas porque se han dado cuenta de que ese cambio implica que te estás recuperando, y ellos te quieren, cielo.

—Lo único que significa es que me has quitado mis gafas —contestó enfurruñada, pero ya no había dolor en su voz. Nadie hasta ese instante le

había explicado la reacción de los demás frente a ella.

—Sí, eso también —admitió sin ningún arrepentimiento, lo cual la hizo sonreír—. ¿Las quieres? —se arriesgó a preguntar, sin saber qué haría si le decía que sí.

—No —respondió sin titubear, y una ancha sonrisa apareció en el rostro masculino—. Tengo otros tres pares en mi dormitorio, lo que ocurre es que con las prisas no he podido coger otras. —La sonrisa se esfumó.

A la hora de la cena, Keylan y Dariel disfrutaban de una copa de excelente vino mientras esperaban a la anfitriona, que se estaba retrasando, aunque no demasiado.

Mientras el conde lo ponía al corriente sobre la pérdida de tiempo que había supuesto la búsqueda de los bandidos, ya que desde hacía dos días no se tenía noticias de ellos por ninguna parte, el duque dejaba vagar la mirada una y otra vez hacia la entrada, ansioso porque llegara su dama para alegrar la estancia.

Cuando al fin lo hizo, cinco minutos después, se levantó con gran esfuerzo, dispuesto a rendirle homenaje. Porque sabía que ella se daba cuenta de esas cosas.

Como también de que su primo se había interrumpido en mitad de una frase, y había dejado la habitación en silencio.

Keylan lo miró de reojo y se tragó una carcajada, aun a riesgo de ahogarse. El conde estaba inmóvil, con el brazo derecho en mitad de un movimiento, la mandíbula desencajada y los ojos, normalmente de jugador de póquer, a punto de salirse de sus cuencas, fijos en la joven que avanzaba hacia ellos.

—¿Dare? —interrogó ella, pues era obvio que algo lo había dejado patidifuso. Al fin, el hombre reaccionó, para alivio del duque, que empezaba a preocuparse.

—Lalla. ¿Has perdido tus… gafas? —preguntó en voz baja y cauta.

—Supongo que podría decirse así… —contestó en tono contrito—, si

retorciéramos mucho la verdad. —Keylan dejó escapar una sonora risotada llena de placer, y con un descaro total cogió la femenina mano y la posó en su brazo, para guiarla hacia la mesa. Eso sí, con mucha lentitud, pues el día había sido largo y sus fuerzas comenzaban a mermar.

—Hablando de retorcerse, querida… —musitó en su oído, aunque Brangor lo oyó, al igual que se percató del respingo de la joven. Los siguió más despacio, aún asombrado.

Poco después del accidente, ella se había mandado hacer aquellas lentes y nunca más consintió en quitárselas, a pesar de que toda la familia había insistido. Aquel gallito llevaba cuatro días relacionándose con ella y había obrado un milagro. Se preguntó suspicaz que más habría ocurrido durante la tarde en cuestión porque la recuperación parecía ir viento en popa y, con seguridad, había partes del muchacho que iban más adelantadas que otras y que ya iban precisando atención. Con un suspiro de cansancio se dijo que de ahí en adelante tendría que vigilarlos más de cerca y no darles tanta manga ancha. Si le desplumaban la paloma delante de sus narices, Res lo castraría… Claro que después que al pichón, se burló Aunque por otro lado sería una manera rápida de asegurarse una boda… Pero su primo le cortaría las pelotas de todos modos. Demonios, estaba muy viejo para esas cosas.

—¿Vendrás a mi habitación esta noche? —le susurró Keylan durante el segundo plato.

—¿Qué? Yo pensé que hoy ya no… Es decir, después de lo de antes… Imaginé que ya tendrías bastante… —tartamudeó, sin saber con exactitud cuál era la pega, ya que se moría por ir.

—Por supuesto. Discúlpame por incomodarte —dijo el hombre con voz tensa.

—¡No! —Bajó la mano hasta su muslo y, apretándolo, notó cómo se agarrotaba bajo su contacto. Ya tenía la suficiente experiencia como para saber que era el deseo lo que lo provocaba, lo cual la ayudó a terminar la frase—. Iré en cuanto me deshaga de mi doncella —acordó, con un dejo de

ansiedad y una pizca de promesa sensual que hizo que el enfado del duque se esfumase como por ensalmo y la expectación corriese por sus venas.

Estaban tan concentrados el uno en el otro que ninguno se percató de la expresión de Dariel, que los miraba por encima de sus manos unidas, colocando mentalmente sus tropas de ataque.

Dare se había empeñado en ponerla al día sobre la banda de ladrones, en conocer su opinión sobre el duque y en saber por qué, justo entonces, se decidía a dejar de usar las sempiternas gafas. Le escuchó pacientemente a lo primero, le contestó con mucha cautela a lo segundo y se exasperó bastante con lo tercero, cuando él no aceptó que simplemente había admitido que los demás verían lo que quisieran y que era hora de dejar de esconderse.

Cuando logró zafarse de él y luego de Soiria, que se mostraba inusualmente lenta y habladora, pasaba la medianoche. Aun así, ahogando un bostezo y sin molestarse en volver a vestirse o habría terminado tirando la toalla y faltando a su promesa, se dirigió por el largo corredor en bata y camisón hacia la guarida del dragón. ¡Pero qué dragón, Señor!

Girando la cabeza a ambos lados del pasillo, escuchando cualquier posible ruido, abrió la puerta despacio y se coló en el dormitorio.

Le extrañó el tranquilo silencio que se respiraba en el cuarto mientras llegaba hasta la enorme cama.

—¿Keylan? —susurró, sin obtener respuesta. Suspiró, sabiendo que su bello durmiente estaba agotado sin necesidad de verlo.

Los esfuerzos de aquel día con seguridad le habían pasado factura, y encima ella lo había hecho esperar una eternidad. Así que no podía sentirse defraudada.

Se aseguró de que estaba tapado y esbozó una sonrisa cargada de tristeza cuando encontró el tablero de ajedrez extendido junto a él. Lo recogió y lo guardó con cuidado de no despertarlo.

Al salir olió las flores del jarrón que ordenaba que le enviaran todas las mañanas y se le ocurrió dejarle un detalle en la almohada, para hacerle saber que había estado allí. De nuevo a su lado, sin poderlo evitar, depositó un levísimo beso en sus labios. Se apartó de él tocándose los suyos, sorprendida por la miríada de sensaciones que aquel breve roce le había provocado, deseando con un ansia febril más, mucho más.

Y se prometió que la noche siguiente, si él no era tan bueno en aquel juego como alardeaba, violaría uno o dos de sus principios y lo dejaría ganar.

Porque tenía que catar a aquel hombre costara lo que costara.

Keylan se despertó sin ninguna gana de levantarse. En cuanto su cerebro se puso en funcionamiento se dio cuenta de lo que había ocurrido la noche anterior, y la perspectiva de enfrentarse a un nuevo día, y sobre todo a la señorita de ojos grises, con la ignominia de haberse quedado dormido, le resultó bastante desalentadora. Solo de pensar en la reacción de ella al encontrarlo casi roncando, en lugar de agradablemente excitado ante la expectativa de volver a tenerla en su poder, le erizó el vello de la nuca. Con toda probabilidad nunca lo perdonaría. Las mujeres eran así de rencorosas.

Fue entonces cuando se le ocurrió que quizá ella no había aparecido y se había salvado de la más completa humillación. Recordaba haberla esperado durante lo que le pareció una eternidad, mientras los párpados se le cerraban a cada momento y hacía verdaderos esfuerzos por volver a abrirlos. Era probable que al final se hubiese entretenido y, viendo lo tarde que era, hubiese desistido. Una débil esperanza que empezó a crecer en su pecho alivió su maltrecho ego. Girando la cabeza hacia la ventana, empezó a ver el resplandeciente sol con otros ojos, pero su mirada se vio atraída por el objeto que reposaba sobre el espacio desocupado de la almohada. Supo que aquella flor, cuyo rosa pálido le recordó los orgullosos pezones de la joven y encendió de inmediato su sangre, simbolizaba que había estado allí y había

comprendido que el agotamiento lo había superado. Ella lo había perdonado.

Cuando una hora más tarde, bañado y vestido de forma impecable, llegó al comedor, le sorprendió encontrarlo vacío. Muy desagradablemente, cabría decir.

Escuchó a sus espaldas unas pisadas fuertes que por supuesto no podían pertenecer a su diosa dorada. Aun así, se giró, como dictaba la educación.

Brangor ojeaba el periódico mientras entraba en la sala, distraído. Era obvio que acababa de llegar de cabalgar, pues aún tenía la cara sonrojada y el pelo un tanto revuelto. Cuando estaba acercándose a su silla, alzó la vista y lo vio.

—Storn, buenos días —saludó arrastrando las palabras. El duque se limitó a asentir en respuesta, echando una mirada furtiva hacia la puerta—. ¿No te sientas? —preguntó su anfitrión, suspicaz. Lo hizo.

—¿Has ido a montar? —Incluso él pudo apreciar una nota de nostalgia y una leve envidia en su tono. El otro le dedicó una mirada comprensiva.

—Sí, Lalla y yo solemos hacerlo cada mañana. —Keylan se enderezó.

—Hum. ¿Y se reunirá con nosotros para desayunar? —inquirió como al descuido.

—Oh, lo hicimos hace dos horas. Yo solo vengo por el café —contestó mientras daba un buen sorbo del amargo y oscuro líquido, mirándolo con fijeza mientras tanto—. Cuando nos separamos se detenía en el pueblo a encargar provisiones. Por mi experiencia, antes de llegar a su destino, la pararán media docena de buenas señoras solicitando su consejo para una u otra cuestión, por lo que no la espero en toda la mañana. Así que eso nos deja a ti y a mí para entretenernos mutuamente. —Keylan detectó el tono malicioso en su voz, y se preguntó si acaso su interés por la muchacha no estaba resultando demasiado obvio—. ¿Cómo te encuentras hoy? —Cambió de tema, lo que le dio un respiro.

—Mejor, aunque sigo siendo un maldito inválido.

—Tranquilo, todo a su debido tiempo —intentó calmarlo. Aquel joven potro empezaba a sentirse terriblemente inquieto de tanta inactividad forzosa y mientras dejaba resbalar su mirada perezosa por ese cuerpo atlético y musculoso no le costó adivinar por qué. Estaba seguro de que el muchacho se sometía a riguroso ejercicio para mantenerse en tan buena forma, algo que personalmente apreciaba, ya que también se entrenaba duro para no perder su excelente físico—. ¿Qué te apetecería hacer?

—Coger un semental veloz y galopar como alma que lleva el diablo, golpear un saco de boxeo hasta despellejarme los nudillos, agarrar con fuerza un florete y lanzar una estocada tras otra hasta que los brazos ya no me respondan, enzarzarme en un buen combate cuerpo a cuerpo… —Suspiró, pasándose la mano por el pelo en actitud contrariada. Dariel sonrió.

—Me temo que aún no podemos dedicarnos a tales menesteres. Aunque reconozco que me agradaría sobremanera enfrentarme a ti en cualquiera de esas lides.

—Apuesto a que sí —musitó entre dientes, recordando la mirada meditabunda que le había pillado el día anterior, en la terraza.

—Entonces, ¿qué va a ser? —le preguntó, obviando su comentario anterior, aunque un brillo burlón le iluminaba la mirada.

—Más cartas no, por favor, ni más versos ni juegos de mesa —suplicó en tono quejumbroso. Brangor soltó una risita divertida.

—¿Te apetece un puro? —Keylan lo miró asombrado.

—¿Hela te permite fumar en la casa? —El conde entrecerró los ojos ante el diminutivo, pero se contuvo de hacer comentarios, para alivio suyo.

—Diablos, no, me cortaría cierta parte muy estimada para las damas locales si me atreviese a enviciar el limpio aire de los preciados salones de su hogar con mi apestoso tabaco —dijo, imitando con voz chillona los ademanes afeminados de su prima. Su amigo se partió de risa a su lado, olvidando por el momento el desayuno—. Podemos disfrutar de un buen cigarro de camino a los establos. Allí una de las yeguas está de parto y quiero supervisar el proceso.

Al fin y al cabo, será el primer potrillo de Oscuridad —anunció con orgullo —. De hecho, la madre es una potra salvaje, una belleza orgullosa y testaruda que no quería dejarse dominar por el semental. —Keylan sostuvo la mirada llena de elocuencia y diversión de su anfitrión, quien parecía estar comparando a la yegua con alguien a quien ambos conocían—. Pero al final, cómo no, claudicó, y henos aquí ahora, a punto de parir a su potrillo. Aunque el bravo caballo aún conserva una o dos marcas de amor. —Se jactó.

—¿Has apareado a un pura sangre con una yegua salvaje? —preguntó, atónito.

—Sí —admitió, esbozando una sonrisa condescendiente ante la estupefacción del otro—. Mi primo tuvo la idea hace año y medio, y me convenció de intentarlo. Dio la casualidad de que Lalla tenía la yegua, ya que se la regalaron él y su mujer. El resto ha sido relativamente fácil. —Su tono dejaba traslucir que el trato con la parte femenina de la pareja equina no había resultado un camino de rosas, y empezó a sentir curiosidad por conocer a aquella hembra—. Espero que el experimento salga igual que en el caso de Res. Su potro tiene la planta del padre, pero el fuego y el coraje de la madre. Es magnífico, de veras.

—¿Vamos? —apremió el duque, lo que arrancó una carcajada a Dariel, que apuró su taza y se levantó evaluándolo con ojo crítico.

—¿Estás seguro de que podrás? Las cuadras están a buena distancia de aquí.

—¿A más de una hora? —interrogó, aduciendo a su locura del día anterior, cuando forzó su débil cuerpo más de la cuenta y casi lo rompió.

—No, amigo mío —contestó sonriendo, mientras pasaba un brazo por su hombro con camaradería. Keylan apreció el gesto, reconociendo que también se trataba de una forma sutil de cargar con algo de su peso durante el largo trayecto—. Además, cuando hayas probado mi excelente tabaco, querrás que traslade las caballerizas más lejos para poder disfrutar de un segundo cigarro.

—Al final vas a pegarme todos tus malditos vicios —se quejó sin ninguna fuerza.

—Entonces quizás empieces a gustarle a las mujeres, muchacho —ronroneó.

Cuando por fin llegaron a los establos, a Keylan le temblaban las rodillas y reconoció que sin la ayuda de Brangor le hubiese costado horrores conseguido. Antes de entrar, y ante la proximidad del heno y la abundancia de madera, tiraron las colillas y se aseguraron de que quedasen apagadas.

—En efecto, uno de los mejores puros que he probado —alabó.

—Te lo dije. ¿Quieres descansar un momento? —preguntó consciente de su palidez.

—Maldita sea, cómo detesto sentirme tan indefenso —acabó admitiendo mientras se detenía agotado.

—Ten un poco de paciencia. Estás haciendo grandes progresos de un día a otro, aunque no lo creas. —El duque le echó una mirada de reojo, aún ofuscado. Inspiró con fuerza.

—Vamos ya, o a esa yegua le dará tiempo a parir antes de que lleguemos.

—No se atreverá —aseguró Dare, y ante la extrañada mirada del otro, explicó—. Se lo he prohibido. —Keylan bufó como única respuesta. La arrogancia era una característica genética en esa familia.

—Me extraña que Helailla se lo esté perdiendo —comentó mientras reemprendía el camino.

—La potranca lleva seis horas de parto, pero se estancó esta mañana, así que no vi necesidad de contárselo o se habría apalancado en el box hasta que hubiese tenido al potrillo entre sus brazos.

—¿Y no se molestará porque la hayas mantenido al margen?

—¿Bromeas? —dijo mostrando indiferencia—. Se pondrá furiosa —aseguró, con los ojos repletos de regocijo y anticipación—. Y ese, mi querido Storn, es un espectáculo digno de presenciar.

Como también lo fue el nacimiento del potrillo. Aquel animal indefenso de larguísimas patas, que de inmediato intentó una y otra vez ponerse de pie, lo tenía subyugado. Cuando al final lo consiguió, a fuerza de tesón, casi lo aplaudió, orgulloso como un padre primerizo. Su madre, en verdad una

preciosidad blanca de ojos casi negros, le dio un empujón cariñoso con la cabeza y lo tiró de nuevo al suelo, con lo que le había costado alzarse. Keylan soltó una carcajada de placer.

—Al parecer te va a gustar esto, ¿eh? —le preguntó el conde, sin duda percibiendo su entusiasmo—. Reconozco que tiene su encanto —admitió, sin percatarse de los restos de placenta y sangre adheridos a su camisa y pantalones, ya que el parto había sido complicado dada la posición del feto, que no era la correcta, y tanto él como Dariel habían tenido que echar una mano al veterinario, pues la yegua, al ser primeriza y tan condenadamente obcecada y nerviosa, tampoco lo había puesto muy fácil. Pero ellos lo habían disfrutado de lo lindo, a pesar de todo su encumbrado linaje. De vez en cuando, ensuciarse las manos tenía su aquel—. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó, el apasionamiento reflejado en cada plano de su rostro. Brangor lo evaluó con aire distraído, sabiendo que debía encontrarse cansado pues, aunque le habían designado las tareas más suaves, también había trabajado lo suyo.

—¿Te apetece echarles un vistazo a los otros caballos? Los van a ejercitar ahora en el circuito. —Keylan levantó una ceja.

—¿Circuito?

—Algunos de nuestros equinos son bastantes veloces, por lo que los entrenamos para las carreras y, al resto, simplemente los ejercitamos. —Saliendo del recinto, dejaron que el recién nacido tomara el calostro o primera leche, tan necesaria en esos momentos. La mañana se les pasó volando y cuando quisieron darse cuenta se les había echado encima la hora de comer. Se giraron al escuchar los cascos de un jinete que llegaba a galope tendido y Keylan se sintió aterrorizado al reconocer a Helailla que cabalgaba a toda velocidad—. La primera vez acojona un tanto, ¿verdad? —comentó el primo, intentando contener la risa. No le contestó. Estaba mudo de la impresión. Y también embargado de admiración, reconoció. Por Dios, se suponía que esa mujer era ciega. Y lo era, pero había conseguido dotar a su

vida de una normalidad tan completa que costaba recordar ese detalle. Cuando llegó hasta ellos, desmontó de un salto de la elegante yegua y se detuvo.

—¿Dare? —llamó en un tono que advirtió a los hombres que se avecinaba tormenta, a pesar de que el cielo no mostraba ni una sola nube. El duque dejó vagar su mirada con pereza por la chaquetilla corta y entallada para después bajar a la desconcertante falda del mismo color verde azulado. Pero él la había visto montando a horcajadas, algo imposible con esa prenda… Ella cambió el peso del cuerpo al otro pie y la falda, que se abrió ligeramente, reveló que en realidad se trataba de unos pantalones muy anchos.

—No preguntes. Mi prima política es una reformista y está contagiando a esta tontuela con todas esas estupideces. —La cabeza femenina giró como un rayo hacia ellos, aunque estaba bastante lejos y la voz del conde apenas había sido un susurro. Con paso resuelto se dirigió a su posición. El conde se bajó de la valla de un brinco, mientras que Keylan se levantaba del banco de madera que había a su lado—. Te has tomado tu tiempo, querida. ¿Encontraste al menos todo lo que precisábamos? —se interesó en tono dulce.

—Todo menos a mi embarazadísima Avalancha en su box —dijo de forma tan cortante que el duque sintió la tentación de mirar de reojo el pecho de su amigo para asegurarse de que no tenía la camisa rasgada y un corte sangrante que le atravesara el tórax.

—La hemos sacado para que se airee, preciosa.

—¿Y a su retoño gris también? —preguntó con voz sedosa.

—Caray, niña, si aún no has puesto un pie en las cuadras. ¿Cómo te has enterado?

—¿Olvidas quién es la dueña y señora de esta propiedad? ¡Cómo has podido, Dare! —lo acusó.

—El nacimiento no parecía inminente. Yonas dijo que aún pasarían horas, no tenía sentido…

—¡No te correspondía a ti decidir si contármelo o no! ¡Simplemente, no debiste privarme de ello! —Era obvio que estaba furiosa y muy dolida con él,

y este se sentía crispado y contraatacaba como un toro.

—Las caballerizas son mi territorio y yo decido todo lo concerniente a ellas. Tienes exceso de trabajo con todas las cuestiones de la finca sobre tus hombros, cuidar de nuestro huésped, la compra de los suministros…

—¡Maldito seas…! —susurró ella, a punto de desmoronarse. Sin atreverse a añadir nada más, se giró con brusquedad y salió corriendo hacia la casa. Keylan dio un paso hacia ella, pero Dariel le agarró el brazo con suavidad y meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Déjala, ahora mismo necesita estar sola. —Él no estaba tan seguro de eso, pero podía ver que el hombre también precisaba de alguien que lo consolase. Brangor sacó su pitillera y le ofreció otro de sus preciados puros, el cual cogió con agradecimiento. Ninguno de los dos fumaba más que de forma ocasional, de hecho, era la segunda vez que lo hacía desde que estaba allí, contando el que había disfrutado hacía un rato, pero el estrés era un buen motivo para agarrarse a cualquier vicio. Mientras ambos aspiraban con fruición sumidos en sus respectivos pensamientos, el pequeño potrillo se acercó a su lado de la valla, seguido de cerca por su madre, buscando una caricia con su diminuta cabeza gris oscuro. Su acompañante esbozó una sonrisa triste y le rascó entre las orejas—. Muchacha testaruda —musitó Dariel, observando cómo el animal se frotaba contra su mano.

—Los dos lo sois —terció el duque, intentando defender a la joven.

—Lo sé, pero esa tonta lleva un año enterrada en este desierto, matándose a trabajar para todos nosotros desde que sale el sol hasta que se pone. Nadie escapa de sus manos amorosas, ni los residentes de la mansión, incluidos todos y cada uno de los criados, ni la centena de soldados, ni los habitantes al completo del pueblo. Hasta la última maldita oveja, joder. —Se apretó el puente de la nariz en un vano esfuerzo por tranquilizarse—. Sabía sin lugar a dudas que, si le decía que Avalancha iba a dar a luz, se quedaría toda la noche en vela y después la mañana entera, encargándose de la yegua, y aunque entiendo lo que habría disfrutado con esa experiencia, tan solo pretendía no

añadirle una carga más cuando yo podía ocuparme perfectamente de ello. —Keylan siguió su mirada atormentada hasta la potranca blanca como la nieve, tan orgullosa y altiva, aunque era obvio que estaba cansada—. ¿Sabes? Admiro a esa muchacha, cómo se ha rehecho de aquella maldita catástrofe, pero a veces… desearía que fuese una de esas jóvenes dependientes de sus familiares masculinos, necesitadas de su protección y consejos. Al menos mientras dure el latido de un corazón.

Helailla no se presentó a comer, y el mayordomo les informó de que había aceptado varias reuniones sociales y no llegaría hasta bien entrada la noche. Ante la pregunta del conde, el criado le aseguró que *milady* se había marchado acompañada de dos lacayos y cinco guardias, lo cual pareció apaciguarlo.

Al final la tarde resultó entretenida a pesar de la ausencia de la joven pues el marqués de Treston y el barón Lessgar, propietarios de haciendas cercanas, se dejaron caer a saludar, ya que eran buenos amigos de Dariel y, al final, ante la sugerencia de este, se quedaron a cenar con ellos.

La velada fue muy agradable y, para cuando Helailla regresó, los cuatro estaban cómodamente arrellanados en la biblioteca, con una copa de excelente *brandy* entre las manos. De inmediato se levantaron para presentar sus respetos. La joven se entretuvo saludando a los dos hombres, a los que conocía bien. Keylan entrecerró los ojos al advertir las miradas apreciativas que le dirigían los malditos dandis, recorriendo su hermoso rostro, su estrecha cintura y sus exquisitos pechos, que aquel despampanante vestido color aguamarina realzaba sin pudor. Apretó la mandíbula, tratando de no enseñar los dientes, como un perro al que intentaban arrebatarle su hueso. Miró de refilón a Brangor cuando sintió su blando codazo en las costillas.

—Lo que hace deshacerse de unas simples gafas, ¿hum? —lo acicateó el maldito, leyéndole el pensamiento y entendiendo a la perfección las expresiones lascivas de sus amigotes.

—¿No te importa? —le preguntó, irritado.

—¿El qué? —Levantó una ceja en gesto inquisitivo—. ¿Qué ellos la codicien, o que lo hagas tú? —Aquello lo dejó sin palabras durante un momento. Al final, lo miró a los ojos y asintió.

—Mañana —prometió y no tuvieron necesidad de decirse nada más. El conde hizo un leve gesto con la cabeza y desvió la mirada para que su huésped no advirtiese el brillo de triunfo en sus ojos azules.

# Capítulo 4

Keylan miraba sin ver por la ventana de su habitación, apoyado con ligereza en el elegante bastón de madera de ébano y marfil que Brangor le había prestado. Aun sin comprobarlo, sabía que, de haberlo hecho, habría encontrado un afilado y largo estoque escondido en su interior, tan habitual entre los hombres de su posición. Él mismo disponía de media docena como aquel, con su secreto debidamente guardado en sus entrañas. De momento, ese le servía para aguantar un rato levantado, torturándose con imágenes de su deidad rubia subyugada por el placer que hasta entonces solo él le había proporcionado, y preguntándose si sería lo bastante insensato como para buscarla en su propio dormitorio y ofrecerle una o dos clases más de aquella asignatura que a ambos tanto les gustaba.

Sopesó las posibilidades de que lo rechazara, pero como no la había visto más que unos breves minutos en la biblioteca desde el episodio en los establos y allí, con su primo y las visitas, no había podido valorar su actual estado de ánimo, no se atrevió a hacer apuestas.

También estaba el asunto de que al ritmo que caminaba era muy probable que alguien acabara descubriéndolo por los interminables pasillos y, si el que lo pillaba terminaba siendo Brangor, el minúsculo agujero de su pecho sería una nimiedad en comparación con lo que el fiero guerrero pretendería hacerle.

Suspiró porque se moría por sentir su cálido y apetecible cuerpo aferrado al suyo, temblando de la misma necesidad que lo aquejaba a él en esos

momentos.

Estaba tan concentrado en esos pensamientos que se sobresaltó hasta la médula cuando vio su reflejo en el cristal, detrás de él, pero nada dejó traslucir su conmoción.

Ella estaba junto a la puerta, intentando detectar su presencia. No las tenía todas consigo, apreció, a pesar de haber llegado hasta allí. Como al hacerlo había demostrado más agallas que él, no quiso ponérselo difícil. De hecho, él era un tipo facilón en cuestiones de sexo. Golpeando el suelo de madera con el bastón, emitió un golpe bajo y sordo que atrajo la atención femenina hacia sí de inmediato.

—Estoy aquí, cielo —ronroneó con voz aterciopelada. Ella bajó las pestañas mientras un ligero rubor cubría sus mejillas de manera encantadora. Se acercó despacio y, cuando estuvo junto a él, tan cerca que bajo la plateada luz de la luna llena –ya que donde se encontraban no había encendida ninguna luz– pudo apreciar que su enfado había desaparecido de las profundidades de sus grandes ojos.

—Hola —susurró tímida como un cervatillo.

—Hola —la acompañó él, tierno y seductor.

—He venido…

—¿Sí?

—Ya sabes a qué he venido —admitió acongojada.

—¿A jugar una partida de ajedrez? —sugirió risueño. A ella se le escapó una risita nerviosa.

—En efecto, milord. Y déjeme decirle que tengo unas ganas enormes de descubrir a qué sabe, así que haga el maldito favor de exprimir ese cerebro suyo y ganar de una buena vez. —Los ojos masculinos refulgieron en la oscuridad, y con un gesto brusco la cogió entre sus brazos y, dejando caer el bastón, que se estrelló contra el suelo, la apretó contra él. Dios, qué bueno era sentirla de nuevo, blanda y femenina. Y cuántas ganas tenía de besar esa boca grande y roja. Definitivamente, tenía que ser el vencedor en la siguiente ronda.

—Vamos allá, princesa. —Una mirada traviesa atravesó sus lindos ojos antes de seguirlo hasta la mullida cama, donde se pusieron cómodos.

—Hoy estás mucho mejor —observó satisfecha.

—Gracias a tus tiernos cuidados.

—Ha sido un día complicado —se disculpó contrita.

—Me refería a tu regalo de esta mañana.

—Oh, quería asegurarme de que sabías que había venido, aunque reconozco que era bastante tarde cuando conseguí llegar.

—Querida, soy yo el que debe disculparse. Jamás me había ocurrido una cosa así, te lo aseguro —adujo avergonzado.

—Vamos, no ha pasado nada, suenas como si te hubieses dormido mientras… bueno, durante el acto —tartamudeó.

—Más o menos. Solo puedo decir que este disparo ha menoscabado mi hombría hasta límites insospechados —gruñó taciturno.

—Ah, ¿sí? Puede que esta noche tengas oportunidad de demostrarlo. —Parpadeó con sensualidad y Keylan se quedó mirándola embobado. Así que ella conocía el arte del coqueteo. Ah, Señor, estaba perdido.

—¿Eso es una invitación? —Incluso a él le sorprendió lo ronca que le salió la voz.

—En toda regla. —La lujuria explosionó en sus venas y se las calentó hasta el punto de ebullición. Y supo, con absoluta certeza, que *aquella* sería la noche.

—Tú sales, bonita —dijo con dulzura, mirándola con intensidad en lugar de a las treinta y dos figuras dispuestas en el tablero colocado entre ambos. Le pareció que ella estaba turbada por algo, porque solo le costó unos pocos movimientos derrocar a su rey—. Jaque mate —sentenció. La muchacha sonreía, complacida, por lo que terminó frunciendo el ceño—. No habrás perdido a propósito, ¿verdad? —La sonrisa se amplió y lo confundió.

—¿Tú qué crees? —lo provocó con voz acariciante. La estudió con detenimiento unos instantes.

—No me importa. Ven aquí. —La joven gateó seductora hacia él y le provocó una lenta sonrisa de anticipación. Cuando estuvo a su alcance, la cogió de las axilas y la sentó a horcajadas sobre su incipiente erección—. Bésame —ordenó exigente.

Helailla apoyó la mano izquierda en su hombro y con la derecha acarició su mejilla, mientras se acercaba despacio. Keylan se lamió los labios, expectante, y fijó su mirada ardiente en aquellos profundos pozos grises que siempre le recordaban a un mar tormentoso. En ese instante casi podía ver las altas olas que rompían en la playa, tan grande era la emoción que contenían. Al fin, para alivio suyo, esos apetitosos labios con los que tanto había soñado durante los últimos días se posaron con suavidad e incertidumbre sobre los suyos. Escuchó el tenue suspiro de complacencia que ella emitió y disfrutó de la ligera presión que hizo, intentando ahondar más profundamente en la sensación. Los pequeños dientes se abalanzaron sobre su labio inferior con desmesurado anhelo, jugando con él, tentándolo. Cuando ya no pudo soportar más aquella tortura, abrió la boca y le metió la lengua hasta la garganta, devorándola como llevaba queriendo hacer desde hacía una eternidad. Ella jadeó, sorprendida, y él gimió, excitado al máximo, entrando y saliendo en su húmeda cavidad como deseaba hacerlo en su cuerpo. Comprendió que perdía el control que se jactaba de mantener en cualquier circunstancia y, separándose un poco, observó agitado sus turbulentos ojos y sus carnosos labios hinchados y húmedos. La mujer lo siguió, buscando su boca de nuevo, ansiosa. Travieso y también deseoso de saber lo que haría, volvió a alejarse de ella.

La muchacha le cogió las solapas de la chaqueta, se las estrujó en sendos puños y, apretando su boca con fuerza contra la de él, lo obligó a abrirla e, introduciéndole su propia lengua, la movió en un ritmo frenético, como acababa de enseñarle. Keylan gimió, mitad escandalizado, mitad encantado. Ella era muy buena interpretando el papel de agresora, y aquella actitud desinhibida y ardiente lo ponía tremendamente cachondo. Abarcando con sus

manos sus prietos glúteos, los apretó con fuerza y la forzó a apoyarse por completo sobre su verga endurecida y necesitada de mimos. Helailla ronroneó mientras se balanceaba contra ella, restregándose con lujuria, y el hombre pensó desesperado que podría correrse en unos pocos minutos si no la detenía de inmediato.

—Para —susurró—. ¡Para! —Enganchó su cintura, aunque no pudo evitar alzar su pelvis una vez más, siguiéndola como a una perra en celo. Después la descabalgó de sus caderas y exhaló con fuerza—. Dios, cielo, me va a dar algo. —Ella soltó una risita malvada e intentó volver a subírsele encima—. ¡Hela!

—¡Vamos, Key, has ganado este beso! —protestó.

—Esto es, sin lugar a dudas, mucho más que un simple beso —contestó adusto.

—¿Te estás quejando? —preguntó dolida por su rechazo.

—Claro que no. Pero quiero ser justo contigo. Si te pongo un solo dedo más encima, no me detendré hasta estar enterrado en lo más profundo de ti.

—¿Quieres decir…?

—Que serás mía antes de que salga el sol. Probablemente, varias veces —juró con total convicción conteniendo la respiración en espera de su reacción.

—¿Lo prometes? —preguntó juguetona.

—Hablo en serio.

—Lo sé —dijo volviéndose formal—. Asegúrate entonces de que gane la siguiente partida.

—No más juegos. La decisión es tuya. —El silencio fue ensordecedor. Ella mantenía los ojos bajos, velando su expresión. Por fin alzó su mirada, limpia e inocente, y también provista de una firme resolución.

—No más juegos —susurró con un hilo de voz.

—Dilo, Hela. Quiero escucharlo.

—Oh, Key… Siempre por el camino más pedregoso. Está bien, será a tu manera esta vez —aceptó. Cogió aire y lo soltó despacio, como si necesitara

un momento más para aceptar lo que iba a ocurrir—. Hazme el amor, por favor.

—Sin favor, cariño, será un inmenso placer… para los dos —prometió mientras se incorporaba y, arrodillándose junto a ella, volvía a sumergirse en su tierna boca. La degustó a la vez que sus manos volaban a su corpiño y ahogaba su impaciencia por tenerla desnuda.

Intentaba recordar que la mujer que tenía entre sus brazos era una virgen novata en esas lides, pero era condenadamente difícil cuando ella se mostraba tan entusiasta por desvestirlo a él. Su pañuelo ya había salido volando por los aires, y su chaleco azul marino estaba a punto de correr la misma suerte. Dejó de pensar en el posible destino de la fina prenda cuando pasó las manos por los elegantes hombros y deslizó el precioso vestido azul verdoso por sus brazos hasta dejarlo caído formando un charco en la cama. La joven levantó apenas las rodillas y, arrojándolo al pequeño montón que empezaba a apilarse en un rincón, él lo sacó de escena.

Notó los tirones en su camisa, lo bastante fuertes como para sacársela de los pantalones, y acto seguido el calor abrasador de las pequeñas y femeninas manos le quemó el pecho y lo hizo exhalar entre dientes.

Con la presteza que le habían dado los años de experiencia, se deshizo del delicado corsé y durante unos breves instantes observó la erótica imagen de la mujer de sus sueños, vestida tan solo con su camisola hasta medio muslo, tan diáfana y transparente que podía ver los rosados pezones, duros y tiesos, que empujaban contra ella, y más abajo, aquel triángulo cautivador que lo llamaba cual canto de sirena, instándolo a acercarse y reclamarla.

Entonces ella lo sorprendió una vez más cuando se encogió para llegar al borde de la camisola y, con un movimiento fluido y en extremo sensual, se la sacó por la cabeza, lo que alzó sus senos casi presentándoselos en bandeja, frente a sus famélicos ojos.

Sintió que la sangre le bullía y el pulso le martilleaba en las sienes, frenético, cuando al fin la tuvo a la vista completamente desnuda. Su lasciva

mirada recorrió muerta de hambre los generosos y altivos pechos, la pequeña cintura, el liso abdomen, las redondas y seductoras caderas, y ese pubis cuyo olor y sabor lo volvían loco. Dios, tenía una erección tan grande que los estrechísimos pantalones se la estaban estrangulando.

—Cariño, dime que no estoy soñando… —Fue consciente de que ella había estado reteniendo el aliento. Pequeña tonta. ¿Acaso no era consciente de su deslumbrante belleza?—. Una hermosura tan gloriosa, tanto esplendor reunido… solo para mí —susurró muy cerca de sus labios mientras las puntas de sus dedos rendían pleitesía a su implorante cuerpo, pasando por su sensible cuello y sus delicadas clavículas, rozando la curva inferior de sus pesados pechos, pellizcando con suavidad sus pezones duros, provocándole escalofríos al bajar por sus costados, hundiendo su índice en su seductor ombligo, clavando los diez dedos en sus caderas en clara dominación, acariciando con adoración sus nalgas y pasando la yema de su dedo corazón entre los pliegues de su sexo mojado y caliente—. Dios, ya estás lista para mí —jadeó con esfuerzo. Ella respiraba de forma entrecortada, su pecho subía y bajaba con esfuerzo intentando encontrar aire para llenarlo.

—Oh, Key, haz algo… —suplicó. Él soltó una risita.

—¿No te parece que lo estoy haciendo?

—No lo bastante, o al menos no lo suficientemente deprisa —se quejó, retorciéndose ante sus caricias íntimas. Por supuesto, él sabía lo que necesitaba. Una liberación rápida. También él, maldita sea, pero como era su primera vez no podía permitírselo, así que tendría que aguantar como un campeón. Solo que no estaba acostumbrado a pasar tres semanas en completa abstinencia. Lo que era peor, a estar calentorro perdido seduciendo a la mozuela, pero sin consumar el acto, así que no estaba muy seguro de que no fuese a hacer el papelón de su vida aquella noche crucial.

—¿Quieres correrte? —le preguntó con dulzura, en contraposición a sus palabras. Ella se puso como un tomate, pero asintió con vehemencia. Keylan sonrió, satisfecho con su sinceridad. Era una de las cosas que más le atraía de

aquella mujer, tan refrescante después de las putas mentirosas de la alta sociedad con las que llevaba relacionándose toda su vida—. Túmbate, preciosa, voy a mostrarte el cielo con todas sus estrellas y constelaciones. Por si has olvidado cómo es. —Helailla tuvo que cerrar los ojos un momento antes de hacer lo que le pedía por dos motivos: en verdad, apenas recordaba cómo era el firmamento, aquella bóveda negra repleta de brillantes puntitos de luz, y estaba segura de que aquel hombre sería capaz de devolverle la memoria con una claridad meridiana hasta tal punto que era muy probable que en un rato fuera capaz de tocar los astros con las manos. Cuando se sintió capaz, se dejó caer en las sensuales sábanas de seda y se estiró, provocativa.

Keylan inspiró, subyugado. El tono morado de la ropa de cama contrastaba vívidamente con su piel blanca y su largo cabello rubio. Se inclinó y, cogiéndolo a puñados, lo desparramó por la almohada, a su alrededor, y reforzó el efecto. Después, sin poder resistir la tentación, enterró la cabeza entre sus colinas gemelas y succionó sus pezones tensos, colmándolos de atenciones. Sus dedos exploradores friccionaron su carne resbaladiza, mojada con sus flujos de mujer. Acarició su hinchado clítoris con movimientos rápidos y circulares, disfrutando de los gemidos ahogados que ella intentaba disimular a través del puño que tenía medio enterrado en su boca. La joven estaba rígida y arqueaba la espalda y las caderas para que siguiese rindiendo homenaje a todo su cuerpo. Keylan sintió que el momento crucial estaba cerca y, con conocimiento de causa, penetró en su cuerpo con dos dedos. Gozó con intensidad del sonido chapoteante de su vagina encharcada, sabedor de que pronto él mismo estaría ahí dentro. Los espasmos del intenso orgasmo llegaron con apenas una docena de certeros empujes, y los estimulantes gritos femeninos lo sacaron de sus casillas. «Calma —se dijo—, solo un momento más». Pasó el índice una vez más por el hinchado clítoris, de arriba abajo, dio un último beso a sus doloridos senos y, sacando con cuidado los empapados dedos de su interior, se los metió en la boca para limpiarlos mientras miraba a la muchacha, tirada con lujuria, aún medio inconsciente.

—¿Sigues conmigo, pequeña? —preguntó con voz dulce, acariciándole el pelo con movimientos lentos y relajantes.

—Claro que no —contestó soñadora—. Aún estoy pidiendo mi deseo.

—¿Eh? —preguntó con desconcierto.

—Es lo que suele hacerse cuando ves una estrella fugaz —le explicó con el mismo tono que utilizaría para hablarle a un niño. Keylan esbozó una lenta y muy maligna sonrisa, como la de un malvado pirata.

—Yo siempre cumplo mis promesas, *madame*. —Ella rio con ganas.

—Ven aquí. Esta vez vas a disfrutar. Se acabó ser un mero espectador. —Agarró su camisa y, tirando de él, lo obligó a caer sobre ella. Él apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo y mantuvo los brazos rectos para no hacerle daño, lanzando un gruñido de dolor por el esfuerzo—. ¿Vas a tomarme ahora? —preguntó dudando por primera vez.

—No, aún no, primero voy a desvestirme para que podamos disfrutar de la sensación de sentirnos estando desnudos, y luego podemos jugar a toquetearnos un poco. —Sus ojos resplandecían al mirarla—. Me encantaría que me acariciases un ratito. Mi cuerpo mendigo precisa desesperadamente de tus pequeñas manos. Déjalas vagabundear a voluntad, *chérie*. Por todo él —añadió, por si necesitaba aclaración. Helailla fue consciente de que el hombre se sacaba la camisa y, sin prisa, pero sin ceremonias, se despojaba también de los pantalones y la ropa interior. Aunque le apetecía mucho hacer lo que le pedía y sabía que él se moría porque empezara de inmediato, se mantuvo tensa e inmóvil, pues encontrarse de repente ante un espécimen tan magnífico sin nada encima, cuyo calor corporal la quemaba viva aún sin necesidad de llegar al contacto físico, la abrumaba un poco—. Tócame —susurró con voz desgarrada. Al fin, Helailla entrelazó las manos tras su cuello y, atrayéndolo hacia sí, buscó su boca en otro beso devastador para ambos. A medida que este se volvía más profundo, ella avanzaba por sus enormes bíceps, asombrándose de la fuerza contenida que poseían. Rozó su gigantesca y musculosa espalda, sus caderas estrechas y sus glúteos suaves y redondos,

duros como si estuviesen hechos de mármol. Dios santo, todo en él era de proporciones descomunales. ¡Si sus muslos parecían jamones! Tocarlo era lo más excitante que había hecho en su vida. Por su parte, él recompensaba con creces cada uno de sus esfuerzos, acariciándola con un ansia que saltaba a la vista. En el silencio de la habitación, tan solo se escuchaba la respiración agitada de la pareja, tan concentrada en darse placer que apenas eran capaces de asimilar lo que recibían el uno del otro—. Diablos, niña, tengo que poseerte ahora —confesó, apoyando su frente en la suya mientras cerraba con fuerza los ojos. La joven le acarició la mejilla.

—Ahora es un buen momento —estuvo de acuerdo, lo que aligeró la tensión que ambos sentían. Él sonrió aliviado. Sosteniéndose en las manos se cernió sobre ella y cogiéndose el miembro lo guio entre sus resbaladizos muslos. Cuando tuvo la punta dentro, retuvo el aliento, preparado para romper la frágil barrera que la convertiría de manera definitiva en su mujer. Poco a poco fue introduciendo parte de su tremenda longitud, observando con detenimiento su expresión para no fallarle en un momento como aquel. Dios, la sensación era exquisita. Toda entera era exquisita. Apretó con fuerza los dientes para no correr, para no empujar con ímpetu y hundirse de una sola embestida, como todo su ser le reclamaba que hiciera. Entonces notó la membrana delgada y frágil. Había llegado el momento. Todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión. Hela supo que no podría hacerlo. De repente, los nervios, la ansiedad, el pudor y el temor ante lo que no podía ver pudieron con ella y la ahogaron en un mar de terror. Lo empujó con todas sus fuerzas, apretando las caderas contra el colchón en un intento desesperado porque saliese de ella—. ¡Para! ¡No quiero seguir! —Keylan se quedó paralizado. La miró con ojos incrédulos, pero la joven seguía empujándolo, procurando apartarlo.

—Hela, basta, no es necesario…

—Apártate. ¡Deseo que te detengas! —Empezaba a sonar como una histérica. Él se retiró un poco, pero no salió de su interior.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Nada. Por favor, lo prometiste… —Se le fue apagando la voz mientras dos gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas. El hombre comenzó a sacar su hinchado falo muy poco a poco, costándole horrores, pues lo único que deseaba hacer era el movimiento contrario.

—Por supuesto, tranquilízate. Te aseguré que, si cambiabas de opinión, me detendría en el acto y voy a hacerlo. Nunca he forzado a una mujer. —Era obvio que estaba dolido, enfadado y frustrado a partes iguales.

—No es eso —musitó.

—¿Entonces qué pasa? —preguntó muy confuso.

—Yo… no puedo hacerlo. —Su delgado cuerpo comenzó a temblar de manera descontrolada y reveló la enorme tensión que soportaba. Una vez más intentó por todos los medios sacárselo de encima. Keylan sujetó sus manos y, apoyando todo el peso de su cuerpo en ella, la inmovilizó.

—Explícamelo.

—¡Dijiste que pararías!

—No te estoy obligando. Solo quiero entenderlo. Cuéntamelo. —Y esa vez fue una súplica que hasta ella, con los nervios destrozados, entendió. Dejó de luchar y se quedó laxa entre sus brazos.

—No puedo ver —susurró como si eso lo explicase todo. El duque parpadeó, sin entender adónde quería llegar.

—¿Y? —la animó.

—Para mí este es el momento de mayor intimidad compartida con un hombre. Jamás en toda mi vida he estado más expuesta, y debido a mi ceguera no soy capaz de valorar tus reacciones, tus sentimientos. En cambio, tú puedes verme, observarme a placer, sin perderte ni uno solo de mis parpadeos. Si tuviese mis gafas, podría…

—¿Esconderte? —sugirió con suavidad.

—Quizá, pero no puedo soportar sentirme tan vulnerable en una ocasión como esta. Ni siquiera contigo. Sobre todo, contigo —añadió casi para sí misma.

Storn estaba desconcertado. Tantas emociones diferentes estaban pasando por su atontado cerebro en esos momentos… En un primer instante no había podido creer que, después de estar metido dentro de su apretada vaina y envuelto en su abrasador calor, ella le fuese a negar la culminación final. Después sintió que las terribles garras del rechazo hacían presa en su corazón. Conmoción, fastidio y una lacerante furia cuando comprendió que ella tenía sus dudas sobre si la obligaría a continuar o no. ¡Como si él fuese violando a jovencitas inocentes por ahí! Ahora, un tanto más calmado ante su explicación, se tomó su tiempo para meditar sobre ella, y reconoció a regañadientes que la entendía, pero tenía que encontrar una solución porque no iba a pasarse la vida sin acostarse con ella y se negaba rotundamente a devolverle las odiosas lentes y que terminasen convirtiéndose en una barrera contra el mundo, como había ocurrido hasta entonces. Pero esa noche, reconoció con un suspiro resignado, aquella muchachita acomplejada iba a necesitar una ayudita extra para pasar el trago. Y parecía que el trago era él mismo.

Se sentó en el borde de la cama, dispuesto a levantarse.

—¿Key? —preguntó con voz insegura.

—Dame un momento, cariño. —La joven lo oyó trajinar por la habitación, supuso que estaría vistiéndose y se dispuso a enfrentarse a un macho insatisfecho y cabreado, bastante nerviosa al respecto. Entonces lo sintió de nuevo a su lado. Él cogió su mano y la guio hasta su rostro. Hellaila se sorprendió cuando encontró que una suave banda de tela tapaba sus ojos y de inmediato supo lo que era. Había estado demasiadas veces allí, cuidándolo, como para no reconocer el cinturón de su bata verde de seda, obsequio de su primo. La cuestión era ¿qué pretendía? Abrió la boca para preguntárselo, pero él se le adelantó—. Igualdad de condiciones —adujo—. Ahora los dos estamos igual de indefensos. Me muero por mirarte a los ojos cuando te llene por completo con mi verga, y cuando te corras por primera vez conmigo dentro, pero tu tranquilidad y bienestar es lo más importante para mí. Eso siempre y cuando quieras seguir adelante con esto —terminó con humildad.

Helailla sentía fluir las lágrimas una tras otra. Incluso en el silencio que se hizo tras sus palabras, pudo escucharlas rebotar en las sábanas antes de que estas las absorbieran. A veces la sorprendía cómo aquel hombre la comprendía y actuaba en consecuencia. Entonces sí, sin reservas, volvió a tumbarse y lo atrajo hacia ella.

—Hazme mujer.

No tuvo que repetírselo. Los dos estaban tan preparados que cuando acercó su falo solo tuvo que deslizarlo por su lubricado canal y meterlo hasta el fondo con una profunda embestida que desgarró su himen con rapidez y precisión.

Lalla jadeó por la impresión, tanto por el fogonazo de dolor repentino como por la desconocida sensación de tener ese enorme aparato en su estrecho pasadizo. Keylan se quedó estático, pensando en todas las cosas que tendría que solucionar en el ducado cuando finalmente volviera al cabo de unos días y retomara sus enormes y numerosas responsabilidades. Era lo único que se le ocurría hacer para no ponerse a corcovear como un semental que cubría a una yegua en celo. Le acarició el pelo, le besó la sien y le susurró palabras amorosas para ayudarla a tranquilizarse, y poco a poco fue recompensado cuando ella se relajó entre sus brazos. Pero entonces la joven lo echó todo a perder cuando empezó a contonear las caderas y a frotar sus senos contra el torso masculino, emitiendo pequeños suspiritos de placer.

—Hela, por Dios, estate quietecita —ordenó con la mandíbula encajada.

—¿Por qué? Esto me gusta.

—Y a mí, pero estoy esperando a que te acostumbres a la invasión… —Se detuvo al escuchar la risita divertida y le dedicó un ceño amenazador, a pesar de la venda—. ¿Qué?

—Cómo os gusta a los hombres dominarnos en todas las cuestiones y, si no se da el caso, pues os lo inventáis.

—Hela… —«¿Es que tenemos que discutir de tamaña tontería en *este* momento?».

—Nada, nada, invádeme, Excelencia. —La joven escuchó con toda claridad

el rugido grave, como el de un tigre, que salió de la garganta del duque. Era eso o estrangularla. Y ahogarla mientras le hacía el amor apasionadamente estaría feo.

Ella alzó la cabeza y, buscando su boca, compartió su aliento con él y ya no hubo más pensamientos humorísticos. Keylan comenzó a moverse con embates lentos, siguiendo el mismo ritmo que su lengua, y el juego fue tan erógeno que temieron que no tardarían mucho en alcanzar la cima del placer.

Estaba claro que aquel hombre sabía lo que hacía. Minutos antes había colocado una almohada bajo su trasero, de forma que sus caderas quedaran más altas y la penetración fuera más profunda. En ese momento, al retirarse apenas dejaba la punta dentro, sacando toda su longitud, y luego se sumergía con una potente embestida para salir de nuevo casi por completo y volver a empezar. Helailla creía que se iba a volver loca. Sobre todo, cuando le ordenó que envolviera las piernas en torno a su culo y se lo apretara cada vez que la penetraba. Estaba segura de que le iba a llegar al alma con su gran pene.

Sumergida en la blanda nube de éxtasis tardó un rato en percatarse de las señales que de otro modo le habrían hablado del estado de él. Se tensó de forma visible y Storn, siempre atento, se detuvo, solícito.

—¿Te hago daño?

—No. Pero tú no estás bien. —El hombre se quedó inmóvil, sorprendido de que lo hubiese notado. Sobre todo, porque se había esforzado por ocultárselo.

—No es nada. Relájate, cielo.

—Nada de cielo, Key. Te duele, y bastante, así que piensa cómo arreglarlo. Probablemente se te ocurren uno o dos modos… —La mujer no percibió más que silencio y empezó a inquietarse. Con seguridad no existía solo una forma, ¿no? Notó que él se retiraba de encima suyo, saliendo al mismo tiempo de su interior. «Oh, no». A continuación, sintió su peso en la cama, a su lado, y se sorprendió cuando tiró de ella y la subió a sus caderas. Aquello le resultó familiar.

—¿Te haces una idea de lo que quiero? —le susurró al oído, alargando las

palabras y dándoles un significado mucho más siniestro del que debían tener.

—Creo… creo que sí.

—¿Y a qué estás esperando, amor?

—¿Qué? ¿Yo? —preguntó un poquito escandalizada. Bueno, mucho.

—Creí que tu intención era ayudarme para que no haga esfuerzos.

—Sí…, claro.

—Entonces cógela y llévala a casa. —Decir que estaba colorada sería ser muy sutil, su rostro estaba un tono por debajo de las sábanas. Si acaso. Y Storn hacía tiempo que no se divertía tanto —. Vamos, cariño, valora las posibilidades. Ahora las riendas están en tus manos. Decides la profundidad, el ritmo, lo que puedo o no tocar, y si me dejarás besarte. —Helailla no lo había pensado, claro, pero apenas las palabras penetraron en su cerebro se sintió tremendamente poderosa, y la sensación corrió por sus venas como la pólvora.

Con manos trémulas agarró aquel garrote caliente y aterciopelado, fuerte y delicado a la vez, y con deleite se lo metió todo en su agradecida vagina. Keylan gimió. ¿O fue ella? Despacio al principio se meció hacia delante y hacia detrás, hacia arriba y hacia abajo. Cuando se sintió lo bastante segura con su papel, empezó a moverse más rápido. Decidió darle acceso a sus pechos, porque los tenía hinchados y le dolían, así que buscó sus manos y las colocó sobre ellos. Después se inclinó para que los besara, los lamiera y chupara, porque lo único que había conseguido era que el sufrimiento se acentuara.

Como si presintiese su necesidad, él llevó su pulgar a su enfebrecido botón, núcleo de su feminidad, y acariciándolo con un ritmo regular, arrancó unos lastimeros quejidos de su constreñida garganta.

Keylan estaba perdido en un mar desconocido de sensaciones. Por primera vez en su vida sabía lo que era estar privado de uno de sus sentidos y veía cómo los restantes se agudizaban en contraposición. Con los ojos vendados verdaderamente podía entender las palabras de la muchacha, pues el enorme

sentimiento de indefensión que lo embargaba solo le parecía superable porque sabía que ella tampoco podía verlo. Pero de no haber sido así, su orgullo, entre otras cosas, habría sufrido un duro revés.

Así que sin sus ojos para guiarlo, debía prestar atención a sus manos y sus oídos en primer lugar, y a su gusto y su olfato después, lo que multiplicaba las sensaciones que experimentaba por diez. En verdad era algo que acojonaba. No le extrañaba que ella se hubiera echado atrás, más teniendo en cuenta que se enfrentaba a su primera experiencia sexual, ya bastante apabullante en un entorno normal.

A pesar de que la joven era una excelente amazona que se ejercitaba a diario a lomos de un caballo, sintió que estaba empezando a cansarse. A decir verdad, en una galopada común era el caballo el que hacía todo el trabajo, cuando aquí se lo había dejado a ella, para que probase lo que era dominar la situación, *controlarlo*. Como hombre seguro de sus capacidades físicas en esa materia, no tenía ningún problema en cederle las riendas a una mujer. Pero hasta ahí habían llegado. Teniendo en cuenta que la vanidad femenina era muy frágil, con el pretexto de besarla, cosa que deseaba hacer hasta robarle por completo el sentido, la obligó a dejarse caer sobre su pecho deslizando sus rodillas hacia atrás y le arrebató el mando sin que se enterase. Agarró sus caderas con fuerza, inmovilizándola, y se la clavó una y otra vez, perdido en la necesidad de dejarse llevar por la fuerza del clímax.

—Dios, Hela, no puedo aguantarlo, cariño, tengo que… —Intentó parar para durar más, pero ella cogió su cara y reclamó su atención.

—Ni se te ocurra. Déjate llevar. Yo te seguiré. —Y él ya no pudo luchar más. Llevaba mucho tiempo sin gozar de una hembra, y esta era demasiado mujer para combatirla, además de a la marea de sensaciones inexplicables que le provocaba.

Arqueó la espalda y con un rugido feroz disfrutó de un sobrecogedor orgasmo que lo partió por la mitad, como si lo hubiese alcanzado un rayo. Aturdido y agotado, sintió que la mujer que todo su ser reclamaba ya como

suya llegaba a su propia culminación intensa y arrolladora, cumpliendo así la promesa que le había hecho momentos antes.

Cuando consiguieron volver a meter sus erráticos corazones de nuevo en sus respectivos pechos, apenas tuvo fuerzas para tumbarla a su lado, y de quitarse la venda de los ojos, antes de quedarse profundamente dormido abrazado a su diosa dorada, que ya no existía para el mundo de los vivos.

Keylan regresó a la realidad con la placentera certeza de encontrarse en el único lugar donde quería estar. La deliciosa sensación de miembros entrelazados y sábanas revueltas, y el ligero aroma a sexo que impregnaba la habitación terminaron de despejarlo, y lo hicieron del todo consciente de la femenina mujer que dormía encima de él, con su torso pegado a su pecho y su muslo derecho doblado sobre su ingle, la cual respondió de inmediato a la oferta accidental.

Fue entonces, cuando la imagen completa de ambos llenó sus retinas y la horrible verdad se dibujó con claridad en su mente, que el cuerpo se le puso rígido de la impresión. Bastante tiempo después fue capaz de pensar por encima del palpitar atronador de su corazón, se obligó a respirar de forma más pausada, con inhalaciones largas y lentas hasta que la sensación de mareo desapareó.

Dios bendito, verdaderamente había *dormido* con ella. Un temor oscuro y profundo, nacido de recuerdos que lo perseguían desde hacía muchos años, apareció para apresarlo.

Miró a la hermosa mujer que abrazaba con todas sus fuerzas, confiada bajo su protección, y la apretó aún más. Sabía lo que tenía que hacer. En contra de cómo pensaba proceder hasta hacía tan solo unos momentos, iba a abandonarla. Aquella muchacha era peligrosa. Sus sentimientos por ella eran alarmantes y arriesgados, pero estaba claro que a su lado además dejaba caer su propia coraza, y se quedaba desprotegido y quizá desvelaría sus siniestros

secretos. Y aquella joven era lo bastante inteligente como para arrancárselos todos, uno a uno, sin que él apenas se diera cuenta. Era algo que no podía permitir. Demasiadas cosas estaban en juego. Su nombre, su reputación, que tanto valoraba, junto a la de toda su familia. Y solo Dios sabía qué más.

Pero la mera idea de separarse de ella para siempre, de no volver a verla jamás, le destrozaba el alma, sobre todo habida cuenta de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. No quiso detenerse a pensar en lo primero, pero en cuanto a lo segundo… Él era todo un caballero, y no iba desvirgando a muchachas inocentes a su paso, por mucho que estas se lo suplicasen entre jadeos entrecortados, recordó con un estremecimiento. Era inconcebible para su concepto del honor dejarla a su suerte una vez que se había apropiado de su doncellez, y la única manera de restaurarlo significaba pasar por el altar. De otro modo, él nunca la hubiese tocado.

«¿Y ahora qué?». En términos ajedrecistas, meditó con sarcasmo, se hallaba en tablas, pero en ese tema en concreto tenía que tomar una decisión.

La joven se tensó, y Keylan pensó que se había despertado, pero ella se limitó a susurrar algo en voz muy baja y a mover la cabeza de un lado a otro, nerviosa. Tenía los ojos apretados con fuerza y bajo la luz de la luna llena observó la tensión que marcaba sus facciones. Ella siguió murmurando incoherencias mientras su expresión se volvía tormentosa, para luego cambiar al más puro pánico. El hombre intentó no reaccionar cuando los dedos como garras de ella se le clavaron en los hombros y sintió que la carne se rompía y empezaba a sangrar. Con cuidado y una paciencia infinita, comenzó a acariciarle el pelo y a cuchichearle palabras de consuelo, hasta que poco a poco se fue relajando y cayendo otra vez en un sueño profundo.

Keylan la miraba en silencio, atormentado. Las cartas estaban echadas y lo sabía. El destino había vuelto a barajar en esos últimos minutos y su mano era diferente esa vez, y estaba más que conforme con las cartas que le habían tocado.

Si antes había estado seguro de deshacerse de ella, entonces estaba decidido

a quedársela. Hela lo necesitaba, y esa era una sensación nueva, apabullante y extraordinariamente deseada para alguien solitario e independiente como él. Podía ser valiente y orgullosa, hacer una vida normal como todos ellos, pero en realidad, en el fondo, estaba tan asustada y perdida como él mismo. Porque la cruda realidad era que él también la necesitaba a ella. A pesar del enorme riesgo que supondría casarse con Helailla, sabía, con una certeza que nacía desde lo más profundo de su corazón, que una vez que la había conocido en todos los aspectos posibles, sería incapaz de contraer matrimonio con ninguna otra. Tan solo debería extremar las precauciones. Alzar alguna que otra barrera adicional, levantar sus defensas, poner distancia emocional con ella. Al final todo resultaría bien, se aseguró dando carpetazo a aquel engorroso asunto.

Con un rápido vistazo a la oscuridad que la ventana sin cortinas le mostraba, calculó que quedarían un par de horas para el amanecer, tiempo suficiente para perderse de nuevo en aquella gruta estrecha y húmeda, pasadizo hacia un placer infinito y desconocido para él, a pesar de las incontables veces que había disfrutado de deleites parecidos con tantas mujeres. Ninguna era como ella, ni tampoco otro interludio amoroso podía compararse con el que habían disfrutado juntos.

La profundidad de lo que había sentido, tanto a nivel físico como emocional, lo había dejado anonadado y paralizado.

En lo tocante al sexo, había sido el mejor revolcón de su vida.

Emocionalmente se había sentido desnudo, desprotegido, vulnerable. Pero a la vez, unido a ella de un modo tan íntimo y profundo que costaba asimilarlo. Casi… enamorado. Desechó esa idea estúpida y romántica con un movimiento de cabeza. Aquella era una tontería momentánea, producida sin duda por un orgasmo incomparable. Al fin y al cabo, no recordaba haber estado sin compañía femenina durante tantos días seguidos desde que era un jovenzuelo.

Suspirando y con el pene rígido y ansioso por otra larga liberación, acarició con la nariz su cuello, aceptando que tenía una misión mucho más importante

que otro dulce apareamiento. Por desgracia, no tenían tiempo para ambas cosas.

Ella se frotó contra él, aún dormida, y la rodilla se clavó con insistencia contra su entrepierna, lo que le provocó un gruñido. Su mano derecha buscó su adorable trasero y, como si no le supusiese esfuerzo alguno, la desplazó hasta que sus sexos encajaron y pujó con insistencia contra su vello rubio. Aquello definitivamente sí la despertó. Abrió sus bellos y somnolientos ojos grises y sonrió con descaro.

—¿Otro? —sugirió seductora. Sacó la punta rosada de su a veces viperina lengua y lamió sus labios con descarnada sexualidad, mientras clavaba sin piedad su pelvis primero y después, con un movimiento diestro que desmentía su falta de práctica, se introducía su miembro entre las piernas. Keylan tragó saliva con esfuerzo, y con una sonrisa pesarosa y un giro experto de caderas, salió de su acogedor interior. Ahogó con un beso abrasador sus enérgicas protestas y con una fuerte palmada en la nalga se escurrió de la cama. Barrió la estancia con la mirada en busca de sus pantalones y se los puso todo lo rápido que pudo—. Vuelve a la cama, milord. —El duque soltó una risita baja entre dientes y, sentándose a su lado en el lecho, acarició distraídamente la cara interna de su marfileño muslo.

—Tenemos que hablar.

—Oh, oh. —La mano masculina siguió trazando dibujos abstractos sobre la sedosa piel, en apariencia concentrado en la fascinante tarea.

—Cuando esa gentuza me atacó —comenzó, sin apartar la vista de lo que hacía—, me dirigía hacia Storncrass con el objetivo de hacer llamar a mi familia para informarles de mi intención de tomar esposa. —Sintió la leve tensión que embargó a la muchacha y eso le dio ánimos para continuar—. Es evidente que mi título y mi fortuna me colocan en la tesitura de tomar esta decisión en algún momento y… bueno, quiero ser padre en un futuro cercano —admitió en un murmullo grave.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Keylan?

—Porque quiero que tú seas esa mujer. —Los ojos grises se abrieron de golpe, anonadados.

—No seas cruel —lo acusó.

—No es mi intención.

—Pues déjate de bromas. —Se levantó de la cama de un salto y comenzó a buscar su ropa sin éxito, pues se encontraba en el otro extremo del cuarto. Con un suspiro de resignación ante la inminente pérdida visual de su magnífico cuerpo, atravesó el dormitorio y recuperó su vestido, el cual le tendió con delicadeza. Ella se lo arrebató de las manos y comenzó a ponérselo con movimientos rígidos, muestra de su creciente mal humor.

—No me estoy burlando, Hela —afirmó a la vez que la ponía frente a él para cerrarle el corpiño con manos diestras, fruto de muchos años de práctica en muy diversas circunstancias. Cuando todos los botones estuvieron abrochados y ella decentemente cubierta, aunque sin corsé ni camisola –ya que dada la hora que era, tendría que volver a su habitación en breve y quitárselo de nuevo para fingir que había pasado la noche allí–, le cogió la barbilla con firmeza y la obligó a escucharlo—. ¿Me harías el inmenso honor de convertirte en mi esposa? —preguntó en voz baja y queda.

—No digas tonterías —contestó intentando zafarse de su férreo agarre.

—¿Eso es un no?

—Por supuesto que lo es.

—¿Por qué? —quiso saber, su cara una máscara de granito.

—Tengo mis argumentos. Varios, a decir verdad.

—Y son… —ronroneó él, irónico.

—Que los únicos motivos que te impulsan a casarte son la continuidad de tu linaje y tu fortuna…

—¿Los únicos? ¿No te parecen razones lo bastante importantes?

—Para comenzar a planteártelo, quizás. Para proponérselo a alguien a quien hace cinco días que conoces, no. Lo que me lleva a mi segunda objeción.

—Ah, sí, la segunda. Ilumíname, por favor.

—Personalmente, no tengo ninguna intención de casarme, pero, en el caso improbable de que alguna vez lo hiciese, te aseguro que no sustentaría una relación de por vida en valores tan poco profundos.

—¿Y en qué lo basarías? —preguntó con suavidad, empezando a entender a donde quería llegar, aunque apenas pudo creer las palabras que escuchó en respuesta.

—En cientos de risas tintineantes, sueños compartidos, besos robados, miradas cómplices, recuerdos imborrables, promesas inquebrantables, esperanzas cumplidas, lealtad y fe ciegas, afecto y devoción…

—¿Amor? —preguntó, inexpresivo. Ella levantó la barbilla y un brillo acerado apareció en su mirada.

—Así es. Nunca me conformaría con menos.

—Te creía una muchacha realista, no una cría fantasiosa, admiradora de las novelas románticas —dijo con marcado desprecio.

—Mófate si quieres. No has vivido gran cosa si no tienes ni idea de lo que estoy hablando.

—¿Y tú sí? ¿Acaso has vivido un gran amor? —preguntó con voz peligrosamente calma.

—No —susurró—. Por desgracia, nunca tendré oportunidad de hacerlo. Pero mis padres sí tuvieron esa suerte. Y Res y su esposa se aman con locura. Es… aterrador imaginar un matrimonio que excluya por completo ese sentimiento. —Keylan no supo qué decir, tan diferente había sido su propia experiencia—. Haces mal despreciándolo sin más, Keylan. No deberías excluirlo de tu lista —le aconsejó.

—Ya. Agradezco tu preocupación, pero te aseguro que no es necesaria. La lealtad, la obediencia y la continuidad del título son bases sólidas para sostener un buen matrimonio.

—Pues espero que caliente tu negro corazón, y sobre todo tu cama en las frías noches de invierno, ya que preveo que tu esposa no tardará en ausentarse de ella. De todos modos, esta conversación nada tiene que ver conmigo, ya

que, aunque estuviese interesada, cosa que reitero que no estoy, bajo ninguna circunstancia soy una candidata aceptable. —Storn frunció el entrecejo, intrigado.

—¿Por qué no? —Ella levantó las manos, exasperada.

—¿Quizás has olvidado el detallito de que soy ciega?

—¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió como un loro, casi tartamudeando de asombro—. ¿Quieres aparecer ante la sociedad colgado de mi brazo, y presentarles a todos a tu esposa, la invidente?

—Bueno, Hela… En realidad, serías tú la que colgarías de mi brazo —matizó él, bromista. Solo que ella no se rio—. Creo que le das demasiada importancia a esto. —«Uf, menudo patinazo», reconoció. No había querido que sonase así, pero obviamente era demasiado tarde, a juzgar por la mirada glacial y los puños apretados a sus costados—. Eres inteligente, divertida, una anfitriona eficaz y envidiable, una jinete intrépida, un ama benevolente y misericordiosa. Destacas por tu valentía, lealtad, sinceridad y afán de superación. Eres una de las mujeres más hermosas que he conocido, y en la cama eres participativa, apasionada y generosa. ¿Qué más puedo pedir de la mujer con la que pretendo desposarme? ¿Que haga magia?

—Que pueda ver por dónde camina —musitó Helailla apenas sin voz pues, aunque sintió todos aquellos elogios como caricias, la dura realidad seguía ahí al abrir los ojos. Sobre todo, entonces.

—Tú ves más que mucha gente que tiene el sentido de la vista intacto —aseguró con fervor—. Y te has asegurado de que tu vida sea prácticamente igual a la de todos nosotros. —La cogió en sus brazos y enmarcó su rostro con ternura—. Quiero que seas tú, querida, quien haga arder mi lecho durante todas las estaciones del año, y quien se proponga sangrar mi perverso corazón para quizá hacerme ver lo equivocado que estoy en mis planteamientos respecto al amor y el matrimonio.

—Lo siento, milord, pero eso no será posible —negó; soltando sus manos de

su cintura, se alejó de él—. No voy a casarme contigo —aseguró y salió de la habitación en silencio.

Keylan no se atrevía a respirar, apenas digiriendo su rechazo, que de forma incomprensible dolía como mil demonios.

Su mirada se perdió en las sábanas moradas, y se quedó clavada en la mancha oscura, casi negra al secarse, que le gritaba que esa hembra ya le pertenecía.

—Por supuesto que lo harás —juró convencido.

No mucho rato después los dos hombres estaban instalados en el estudio del conde, como habían acordado la noche anterior.

Dariel tamborileaba con paciencia con las yemas de sus dedos sobre su escritorio de caoba, preguntándose por qué le costaba tanto a su huésped confesar su propósito; unas intenciones que eran tan transparentes como el cristal de la ventana por el que el hombre estaba mirando a su prima, la cual cortaba flores del extenso jardín y las guardaba en una cesta con el fin de alegrar y perfumar todas las estancias de la casa. Al final decidió echarle una mano.

—En el corto tiempo que llevas aquí te he cogido cierto… afecto —admitió con clara incomodidad muy masculina. El duque le echó una ojeada sobre el hombro, alzando una ceja, socarrón. Después le dirigió una sonrisa seca.

—Sabes que es mutuo.

—Entonces permite que sea franco.

—Que novedad tan… refrescante —ironizó. Brangor le lanzó una mirada fulminante, pero los dos sabían que estaba fingiendo.

—Tenía la impresión de que esta conversación era una mera formalidad. —El otro se limitó a asentir, con los labios apretados en una fina línea—. ¿Qué te detiene, entonces? —Storn se giró de nuevo hacia la ventana y reparó en que, cuando el sol daba de lleno en el pelo de la joven, este parecía casi

blanco.

—Me ha rechazado.

—¿¡Qué!? —El grito le provocó una sonrisa involuntaria, a su pesar. Suponía un alivio para su maltrecho orgullo saber que contaba al menos con un aliado en aquella causa—. Dime que lo estoy entendiendo todo mal, compañero.

—Me temo que no. Le he pedido que se case conmigo y se ha negado.

—¿Y por qué ha hecho algo tan estúpido?

—Por caprichos pasajeros como el amor, la devoción constante, la prosa y el cortejo… Yo que sé. No ha resultado muy pragmática en este tema.

—Dime que no le has revelado tu escepticismo en tales términos —pidió con un gemido angustiado.

—No recuerdo las palabras exactas, pero el fondo sería más o menos ese —admitió, cauto—. ¿Por?

—Joder, Storn, ahora sí que la has fastidiado —se quejó levantándose de un salto de su sillón para pasear por la estancia como un león enjaulado. De repente, se detuvo y lo miró con fijeza.

—¿Qué?

—Ella merece que la quieran.

—¿Tú también con eso? No puedo creer que te tragues toda esa mierda del amor. —Dariel se contuvo, el duque era el *summum* de la corrección, así que si empezaba a descuidar su lenguaje significaba que estaba bastante alterado.

—Mi prima ha estado rodeada de él toda su existencia, y es normal que no quiera renunciar a vivir una gran pasión. La de sus padres fue una trágica historia de amor que nos marcó a todos, en especial a los dos hermanos. Y fue precisamente a causa de ello que Res conoció a Kana y…

—No lo digas, fue una unión por amor. —El conde sonrió, comprensivo ante la creciente aprensión de su amigo.

—En efecto. El accidente de Lalla ocurrió mientras se fraguaban esos sentimientos entre ellos, pero ella tenía muy claro que estaban hechos el uno

para el otro y ayudó a salvar la vida de su cuñada. —Keylan le prestaba toda su atención, muy interesado.

—Cuéntamelo —pidió en actitud implorante, necesitado de entender para poder llegar hasta ella.

—¿El qué? —preguntó el otro en actitud cansada, pues aunque ya en una ocasión se había negado a ser él quien desvelase información sensible de la muchacha, en ese momento, tras su negativa a cambiar el rumbo de una vida mediocre e insuficiente, temía que aquel estupendo tipo al que no le preocupaba cargar con una mujer que sin duda no era como las demás, no solo por ser invidente, sino porque aquella ceguera la había hecho ser mucho más valiente, independiente, atrevida y orgullosa que ellas, terminase echándose atrás, retirando su oferta. Al fin y al cabo, incluso el más obstinado de los hombres podía tambalearse un tanto cuando le restregaban por las narices una oferta de matrimonio. Sobre todo, si se trataba de un duque.

—Todo —exigió sin vacilación.

# Capítulo 5

Helailla se reía de las payasadas de los doce niños más pequeños de la mansión.

Sentada sobre una de las mantas esparcidas en la fresca hierba, bajo las protectoras ramas de un enorme roble que les proveía de sombra, los entretenía contándoles fantásticas historias de hermosas princesas, valientes caballeros y feroces dragones o malvados piratas, encantadoras sirenas y divinos tesoros escondidos.

Les había prometido a sus padres que se encargaría de los pilluelos durante un par de horas para que pudiesen disfrutar de ese tiempo a solas como pareja, ya que, entre las innumerables faenas de la casa y el constante cuidado que aquellos pequeños necesitaban, apenas tenían tiempo para ellos y, cuando este finalmente llegaba, estaban demasiado extenuados para utilizarlo en algo más que dormir. Así que una vez cada quince días, más o menos, hacía de niñera de los chicos, sin que nadie supiese que era una de las tareas de las que más le encantaba ocuparse.

Adoraba a los niños. A todos, de cualquier edad y sexo. Esa era la única pega de no casarse, reconoció para sí, recordando por milésima vez la propuesta del duque, la cual había despertado sentimientos dormidos que hubiese preferido que siguieran «hibernando» de forma indefinida.

Por supuesto, ella no podía casarse con él, eso estaba fuera de toda duda. Pero mientras disfrutaba de la bulliciosa compañía de los mocosos, rodeada

de sus risas y bromas y testigo de su inocencia, impregnada en aquella estupenda tarde del mes de mayo, la certeza de una vida estéril, sin la calidez de una criatura propia, la sumía en un terror profundo y asfixiante, difícil de digerir. Sobre todo, cuando mecía entre sus brazos a un bebé de seis meses, como en esos momentos. Nashka, pequeña y calentita, recién comida e instalada con comodidad en su regazo, se encontraba a las mil maravillas siendo tan mimada; enroscaba sus diminutos deditos en sus largos tirabuzones dorados y tiraba con insistencia de los lazos y cintas de su fresco vestido de algodón.

Durante un momento se permitió sentir una añoranza terrible por la vida que había dejado atrás, recordando la niña vivaracha y desenfadada que un día fue, segura de la multitud de cosas maravillosas que aún le esperaban, de las oportunidades que la vida iba a ofrecerle en cuanto se presentase en sociedad. Y entonces ocurrió el accidente y todo su mundo se desmoronó. Su vida de color de rosa se volvió oscura y fría, una cáscara vacía, pálida sombra del ayer. En ese momento, los débiles recuerdos solo servían para hacerla sufrir. Y para recordarle lo que ya nunca podría tener, como al magnífico duque y a ese bebé.

Keylan caminaba sin rumbo fijo por los exuberantes jardines que poblaban los alrededores de la gran mansión. El gusto exquisito con que habían sido diseñados y el primoroso cuidado al que eran sometidos eran evidentes hasta para el más neófito en la materia. Los ricos y diversos colores, la variedad de plantas y flores, la exhaustiva planificación de los proyectos elegidos, la perfección con que habían sido ejecutados… El conjunto en sí era impresionante. Aunque él mismo estaba orgulloso del trabajo de sus jardineros, envidió un tanto aquel edén perfumado y lujurioso, y de inmediato le recordó a su dueña, razón por la cual estuvo seguro de que aquella obra de arte era en gran medida creación suya, pues una vez que la idea había surgido, podía ver su mano por todas partes.

Con un suspiro que podría haber barrido la mitad de los rosales, se metió

una mano en el bolsillo y clavó la punta del bastón en la tierra, taciturno.

Aquella muchacha quería amor en su vida. Y no se conformaría con otra cosa que no fuese aquel sentimiento esquivo y doloroso que había destruido a su familia hacía toda una vida. Esa emoción traicionera que él había jurado desterrar de su existencia para siempre, recordó mirando con furia el cielo, queriendo gritar de frustración e ira reprimida durante tanto tiempo.

Esa joven pedía demasiado, pero, si no se lo daba, si no le prometía algo lo suficientemente parecido a cambio, la perdería. Y tampoco deseaba eso. Ella le provocaba sentimientos encontrados, emociones que no estaba seguro de querer desentrañar, pero lo hacía sentirse vivo como ninguna otra mujer en el mundo. Y eso valía cada moneda que poseía.

¿Pero sería suficiente para ella?

Brangor le había contado la estremecedora historia de los padres, y él apenas había sido capaz de parpadear mientras lo escuchaba relatar cómo la madre había huido, despechada y herida de muerte por la traición de su marido –ya que este había cometido el imperdonable pecado de la infidelidad–, llevándose consigo en su escapada a su primogénito. Después de más de tres años de infructuosa búsqueda y angustiosa incertidumbre sobre su destino, el hijo perdido había regresado medio muerto debido a los largos meses que había tardado en volver, sin recursos económicos ni conocimientos del terreno que atravesaba. Apenas era un muchacho y durante las primeras semanas había tenido que esconderse de una partida de soldados que lo buscaban por el asesinato de la señora del lugar donde había estado residiendo todo aquel tiempo.

La alegría que el padre y su hija sintieron por poder abrazarlo de nuevo se vio tristemente empañada cuando recibieron la terrible noticia de la muerte de la madre a manos del siniestro anfitrión, quien a su vez había perpetrado el sangriento crimen de su propia esposa y se lo había endosado a Reskan para tapar sus maldades.

Aquella desgracia devastó al progenitor de los dos muchachos, que se

culpabilizó durante el resto de sus días, pues ese estúpido desliz de su juventud le había arrebatado al amor de su vida. Aquel hombre fuerte y orgulloso nunca se recuperó del golpe, y tampoco volvió a enamorarse o a casarse. Tan solo con la boda de Kana y Reskan, y la llegada del hijo de ambos, parecía haber salido de su estupor y recobrado la esperanza.

Y la historia de esos no era menos dramática, reconoció con un gruñido. Amigos de la infancia, pues fueron compañeros inseparables durante los años que el chico pasó viviendo en la casa donde se habían refugiado su madre y él; enemigos acérrimos durante diez años, ya que Kana lo había considerado el asesino de su madre; aliados forzosos, puesto que se vieron obligados a casarse para poder enfrentarse, cada uno por sus propios motivos, al monstruo de su padre, y amantes que se idolatraban, unidos para protegerse cuando un segundo enemigo atacó con ferocidad a la joven y secuestró al heredero en el proceso.

Keylan maldijo con rabia; con unos antecedentes familiares así, no era de extrañar que la muchacha quisiera su propia dosis de sentimentalismo, pero, para alguien cínico y mundano como él, aquellas eran dos pruebas más del sufrimiento y la debilidad que conllevaba encariñarse con otro ser humano.

Por otro lado, él desconocía lo que era el amor, y no estaba seguro de poder sentirlo jamás. Solo tenía vagas reminiscencias del dolor y la humillación que este acarreaba, de muerte y destrucción. Sacudió la cabeza, tratando con todas sus fuerzas de olvidar, de guardar todo aquello bajo llave como llevaba haciendo los últimos once años. Solo que desde que estaba allí parecía más difícil.

Aun así, si la promesa de intentarlo le servía, lo haría. Aunque fuese posible que aquello lo aniquilase también a él, cometería el mismo error con tal de no perderla. Lo cual supuso que indicaba bastante bien la profundidad de sus recién adquiridos sentimientos hacia ella.

Con una colleja mental que se autoinfligió él mismo, volvió a echar a andar, esa vez hacia un lugar específico al que lo había mandado Dariel.

«¿Quieres ver algo verdaderamente impresionante?», le había preguntado con una chispa diabólica en sus ojos azules, y luego le había dado indicaciones para encontrar eso tan extraordinario, que Keylan supuso que era ni más ni menos que la joven en cuestión dedicada, por supuesto, a algo que no debería. Desde su conversación con el conde parecía que este pensaba que se había amedrentado y que se contentaría con la rotunda negativa de la moza. ¡Como si él fuese un pusilánime totalmente falto de ánimo y de valor para soportar las desgracias o hacer frente a grandes empresas! Mientras caminaba con paso ligero hacia su destino, frunció con aire amenazador el ceño y entrecerró los ojos. Quizá sus modales finos y educados, y su extrema corrección habían dado a entender a ese par de primitos que era un dandi timorato y blandengue. Y, en concreto, Hela podía haber llegado a pensar, dada la excesiva paciencia y delicadeza con la que la había tratado, que podía aprovecharse de esa generosidad típica de un buen caballero. Pero que lo colgaran si no iba a darle la vuelta a la tortilla y a poner los cojones sobre la mesa. Y qué cojones, pensó malhumorado, sintiéndolos pesados y llenos cuando cayó en la cuenta de que hacía una eternidad que ni siquiera le robaba un beso a su princesa de hielo y que, una vez probada la fruta prohibida, no tenía intención de pasar una sola noche más a solas en su habitación.

Cuando llegó al punto indicado parpadeó varias veces, intentando hacerse a la idea de que lo que veía era verdad y no una fantasía creada por su estimulada imaginación.

Su futura esposa –porque eso estaba fuera de toda duda– estaba tirada en el suelo, cubierta por un montón ingente de niños de varias edades, en una maraña de brazos y piernas. Cuando pudo recuperarse lo suficiente de la sorpresa, comprendió que aquellos diablillos se habían aliado para hacerle cosquillas y que ella, entre jadeos indignados y nobles intentos de proteger algo con su brazo izquierdo, trataba con todas sus fuerzas de devolver cada

ataque, pero estaba claro que la superaban en número.

Con gran esfuerzo, ya que los chicos no se estaban quietos, contó once. Frunció los labios, pensativo. ¿Quiénes eran todos esos mocosos?

Cuando se quedó sin energías, la muchacha procuró poner orden, sin embargo, era difícil una vez desatado el caos. Ellos querían seguir jugando y la incitaban a continuar, pero la mujer no podía con su alma. Jadeaba sin parar y tenía la cara congestionada de tanto reír. Al fin, y ante la imposibilidad de hacerles entrar en razón, arrugó el ceño y, metiéndose el pulgar y el índice en la boca, lanzó un silbido tan fuerte y agudo que todos los chavales se detuvieron y, tapándose los oídos con las manos, lanzaron gemidos de protesta. El duque alzó las cejas ante el masculino gesto.

Hela aprovechó el desconcierto momentáneo para salir de debajo de la pila de cuerpos y, sentándose de nuevo sobre la manta, recuperó su preciada carga, que resultó ser ni más ni menos que una hermosa y babeante beba que reía sin parar, con seguridad disfrutando de lo lindo del disparatado juego.

Keylan sentía el corazón desbocado. Verla con todos esos chiquillos le había hecho mella, pero la imagen de la joven con el bebé en sus brazos le tocó el alma como pocas cosas en la vida habrían podido hacerlo. Su recalcitrante cinismo quedó reducido a cenizas mientras la observaba acunarla con dulzura e innegable cariño. Y un ansia desmedida, junto a un anhelo oculto, le robó el aliento al imaginarla con los hijos de ambos. Y por si tenía alguna duda al respecto, esa imagen valía más que mil palabras: aquello era lo que quería y pensaba conseguirlo con esa mujer cabezota y maravillosa.

Helailla detectó la presencia del duque al mismo tiempo que un silencio espeso embargó de tranquilidad el momento. Como una ráfaga de refrescante viento, percibió su aroma varonil y limpio, tan característico de él. Supuso que nunca podría oler esa colonia sin que le recordara a ese hombre en particular.

La pequeña Nashka volvió a tirarle del pelo con insistencia. Con un gesto de impaciencia se lo echó hacia atrás y remetió un bucle rebelde por detrás de la

oreja. Aquel gesto encantador consiguió una sonrisa del hombre. Los chicos, al verla y muertos de curiosidad por conocer al alto y distinguido desconocido al que apenas habían vislumbrado en los días que llevaba allí, relajaron sus expresiones alertas.

Los más valientes se arriesgaron a acercársele y se quedaron a pocos pasos de él, observándolo de reojo. Con las manos embutidas en los bolsillos y dando patadas a los guijarros del suelo, parecían los pilluelos que verdaderamente debían ser. Hasta las niñas, descaradas princesas con las coletas torcidas de tanto saltar y correr, le echaban miradas de ojos caídos, suspirando unas y soltando risitas tontas otras.

Los observó en silencio, calculando que rondarían desde los cinco o seis meses de la chiquitina que sostenía Helailla hasta los dos, tres, cuatro, seis y siete años de los más mayores.

Keylan evaluó la situación como un jefe militar, aunque inseguro y sin saber muy bien cómo actuar, ante su total inexperiencia en el trato con niños. Inclinándose hacia las curiosas cabecitas, clavó una rodilla en el suelo.

—¿Estáis atacando a mi dama? —preguntó con fingida seriedad. Los alarmados ojos de los once chicos se abrieron como grandes faros y se giraron para recibir confirmación de su cuidadora. Lalla se sintió indignada de que la considerase de su propiedad, pero sentía curiosidad por ver adónde quería llegar aquel arrogante y se limitó a permanecer callada, supuso que otorgando. Los chiquillos debieron de pensar lo mismo, porque volvieron la vista hacia él.

—¿Y si así fuera, milord? —preguntó con valentía uno de los más grandes, a pesar de que le temblaba el labio inferior y de que se lo mordía para evitar que se le notase. El duque tosió para no sonreír.

—Tendríais que enfrentaros a mí, por supuesto —advirtió con un ceño feroz —. Nadie osa meterse con lo que es mío —amenazó soltando un teatral gruñido—, y vive para contarlo. —Los niños se rieron a carcajadas cuando comprendieron que se trataba de una broma, incluso a Lalla le costó disimular

la sonrisa de placer que sintió extenderse hasta su pecho—. Tú —dijo, señalando con el dedo al atrevido muchachito que lo había retado y que aún reía, con las manos en las caderas. El pequeño se calló de golpe—. Como uno de los mayores del grupo, y dado que aquí se ha mancillado el honor de mi señora, creo que es justo que sea a ti a quien desafíe a un duelo. —La cara del mocoso estaba blanca como el papel y parecía que iba a desmayarse. El resto no se encontraba mucho mejor.

—¿Manci… mancillar? —tartamudeó el renacuajo.

—¿Y eso qué es? —preguntó una niña rubita de unos cuatro años a otro de los chavales.

—No sé, pero Jova lo va a pagar caro —musitó este en respuesta. El aludido echó una mirada dura sobre un hombro, aunque estaba muerto de miedo. Y se puso peor cuando aquel gigante, ancho como un armario, le hizo señas con una mano para que se acercara.

—¿De verdad quiere que nos enfrentemos con pistolas al amanecer? A mi mamá no le gustará nada que esté levantado a esas horas —dijo compungido y a punto de echarse a llorar. Keylan soltó una fuerte carcajada.

—No, hijo —lo tranquilizó revolviéndole el pelo con ternura—. Me bastará con que consigas encajarme un golpe. —El chico lo miro, boquiabierto.

—¿Quiere que lo atice, milord?

—Sí. Pero te lo advierto, solo te daré una oportunidad. Aunque estate tranquilo, yo no voy a golpearte a ti.

—Eso es un alivio, señor —admitió soltando el aire de sopetón.

—Lo imagino. Vamos, inténtalo. La primera será de prueba.

—¿No ha dicho que solo tendré un intento?

—¿Ves lo blando que soy? —El chiquillo, de forma instintiva, separó las piernas, flexionó las rodillas y cerró los puños. Después lanzó un puñetazo directo al estómago del duque. Este, inclinándose a la derecha, lo esquivó.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Eso se llama reflejos. —El niño asintió dispuesto a intentarlo de nuevo.

Keylan le dijo que parara y le dio una rápida sucesión de instrucciones para cambiar por completo su postura y movimientos, mientras que, para su sorpresa y regocijo, el resto de los niños, sin importar su sexo, los imitaban. Cuando el muchacho lo hizo exactamente como él quería, dio su aprobación—. Bien, esta es la buena. Apunta a la cabeza, Jova.

El siguiente derechazo, mucho más fuerte, parecía que iba a dar de lleno en el blanco, pero en el último instante, el hombre alzó una de sus grandes manos y, cogiendo el pequeño puño, lanzó al crío por los aires, por encima de él, y lo hizo aterrizar en la mullida hierba, a su espalda.

En el silencio de la tarde, tan solo se escuchó el jadeo angustiado de Helailla, que había seguido toda la escena gracias a uno de los muchachos, el cual le había ido narrando los acontecimientos paso a paso.

—¿Lo ha matado, Prinley? —susurró con un gemido estrangulado. Keylan abrió la boca para espetarle a aquella señorita que él no iba despatarrando criaturas sin ton ni son, pero el propio niño se le adelantó. Se levantó de un salto y, corriendo alrededor suyo, emocionado, se frotó el resentido trasero.

—¡No seas tonta, Lalla! Estoy bien. —Y dirigiéndose a su nuevo ídolo, entre saltitos, le preguntó con ojos desorbitados—. ¿Podemos repetirlo, señor? ¿Por favor? —Este dejó salir una suave carcajada. Mientras se reía de la burbujeante excitación del jovencito, se frotó el pecho, un tanto dolorido.

—Por supuesto que no —se negó en redondo la mujer, adelantándose a su respuesta.

—Eh... ¿No vais a la escuela o algo así? —preguntó con tacto Storn, decidido a ignorar a la aguafiestas.

—Claro. En la casa hay un aula para todos los chicos. Y nos obligan a asistir a clase de lunes a viernes —informó Jova, mirando de reojo a la muchacha. La noticia de que Helailla hubiese acondicionado una estancia en la propia mansión para educar a los hijos de los criados no le sorprendió en lo más mínimo.

—Hagamos un trato. Si tus informes diarios son buenos, por la tarde te

enseñaré algunos trucos para defenderte —prometió al excitado muchacho.

—¿Y yo?

—¿Y a mí? —Una multitud de voces y cuerpecitos ansiosos rodeó al hasta hacía unos momentos temido duque, que los miraba con una enorme sonrisa de satisfacción, encantado de haber sabido conectar con ellos.

Lalla se mordía el labio, indecisa. No era que le pareciese mala idea que alguien les diese unas nociones básicas de autodefensa, suponía que todos los hombres debían aprenderlo en algún momento. Su padre, su hermano y sus primos dominaban todas las artes de lucha. Lo que le parecía tan desconcertante era que él quisiese molestarse en hacerlo. Dare se ocupaba de que los hijos de los soldados recibieran entrenamiento, pero, por supuesto, no perdía su valioso tiempo con unos simples sirvientes.

De todos modos, dado que prácticamente estaba recuperado de su herida, suponía que pronto se marcharía, ya que llevaba mucho tiempo ausente de su casa y un ducado conllevaba demasiadas responsabilidades que no podían ser postergadas de manera indefinida. Y eso era lo que le preocupaba, que les lanzase el anzuelo y al cabo de un par de días se marcharse sin acordarse siquiera de decirles adiós.

—Os enseñaré a todos, siempre que os apliquéis en los estudios.

—¿A las niñas también? —preguntó una nenita de unos tres años, un bellezón pelirrojo con su carita blanca llena de pecas y sus enormes ojos verdes abiertos de par en par. El hombre la alzó sin esfuerzo y, sentándola en su rodilla, le acarició con dulzura los hermosos cabellos rojos mientras le dedicaba una mirada risueña.

—*Sobre todo* a las chicas. Aunque es responsabilidad de vuestros familiares varones, y después de vuestros maridos, el defenderos, puede que haya ocasiones en que os encontréis desprotegidas, por lo que considero necesario que sepáis cuidaros solas. —Lalla soltó el aliento que había estado reteniendo, orgullosa de él, y pensó que, dos días o dos semanas, estaba segura de que sería una buena influencia para todos ellos. Se tapó los oídos

con las manos, juguetona, cuando los pequeños comenzaron a aplaudir y a lanzar vítores de alegría, y saludó con la mano, despidiéndose, mientras los primeros padres se acercaban con recelo a recogerlos. Keylan se levantó y, saludando a los adultos conforme iban llegando, les pidió permiso para las clases que pensaba iniciar al día siguiente. La mayoría aceptaron encantados, mudos de asombro no solo de que Su Excelencia los tratase como a iguales, sino de que fuese a encargarse de entrenar a sus hijos. Otros, más reacios porque de quienes se hablaba era de sus tiernas hijitas, claudicaron frente a las explicaciones del duque de los innumerables peligros que acechaban a las damiselas en apuros y a la insistencia de esas damitas, que amenazaron con un berrinche de órdago si no se les permitía asistir a las clases.

Cuando el último de los niños se marchó de la mano de sus progenitores, Keylan se acercó contento y se sentó a su lado. En el amigable silencio que reinaba en el atardecer, se inclinó para coger una barrita de caramelo de las que habían sobrado. Con ella en la boca alzó la vista al cielo, extasiado ante la visión que contemplaba.

—¿Cómo es? —quiso saber ella a medio voz. La miró de reojo y comprobó que también tenía el rostro alzado, pero por si acaso se cercioró.

—¿El qué? —preguntó con suavidad.

—La puesta de sol. Ya casi no me acuerdo. —La tristeza que advirtió en sus palabras le rompió el corazón, y el nudo que sintió en la garganta casi le impidió hablar.

—Es preciosa. El cielo es una amalgama de oscuros grises e intensos naranjas. Parece que está ardiendo. —Se giró para observarla y su mirada soñadora lo cautivó. Sin darse cuenta de lo que hacía se inclinó y capturó sus tentadores labios en un beso dulce y colmado de promesas. Ella abrió la boca de inmediato, dispuesta a su suave asalto, y él incursionó con todo su armamento, pues de esa ciudadela no pensaba marcharse hasta obtener la victoria. Cuando minutos después, del todo reacio, se obligó a romper el contacto, hasta él mismo se sorprendió al descubrir que tenía a la joven subida

en su regazo, pero en su arrebatado rostro no encontró ningún signo de protesta, así que se limitó a abrazarla, aguantando estoicamente las ganas que tenía de continuar.

—Me pregunto... —empezó ella, dudando. Lo cual ya era extraño.

—¿Sí? —la animó.

—¿Con cuántas mujeres tiene que estar un hombre para alcanzar tal grado de maestría? —La estruendosa carcajada la hizo temblar de la cabeza a los pies, tan fuerte fue su risa. A su pesar, Lalla sonrió, su coronilla acurrucada bajo el mentón masculino. Cuando Keylan al fin pudo parar, estaba limpiándose los lagrimones de los ojos.

—Muchacha transgresora... Aaay… —suspiró con exageración—. ¿Así que te parezco un experto? —preguntó orgulloso como un pavo real.

—Estoy segura de que no necesitas halagos, milord.

—Pero tú sí quieres saber con cuantas, eh... señoras he practicado cierto deporte, ¿no? —la interrogó en el mismo tono arrogante.

—Claro que no. Era una pregunta retórica. Dudo que recuerdes un dato como ese —contestó bastante agria.

—Lo que debería importarte es que a partir de ahora la única cama que visitaré será la tuya. —Se quedó paralizado ante sus propias palabras, incapaz de creer que las hubiese dicho, pero una vez que salieron de su boca supo que eran irreversibles. Ella sería la única, en todos los aspectos. La muchacha lo miraba con un asombro absoluto.

—¿Estás diciendo que, si nos casásemos, me serías fiel mientras durase nuestro matrimonio? —preguntó en voz queda.

—Querida, en mi familia un matrimonio se mantiene hasta que uno de los dos muere —aseguró con voz dura, poniendo de manifiesto que el divorcio, bajo ningún concepto, sería una alternativa—. Pero sí, en síntesis, tienes mi palabra de honor de que no habrá otras mujeres en esta relación.

—No he querido insinuar...

—Sé lo que has querido decir, Hela. No voy a marcharme de aquí si no es

con mi esposa de la mano, y te advierto que hay ciertos asuntos que requerirán pronto mi atención en Storncrass.

—Alto ahí. Ya hemos mantenido esta conversación y, por si te falla la memoria, te he rechazado...

—Lo recuerdo con una claridad meridiana, *milady*, pero me subestimas si crees que lo aceptaré sin más. Con independencia del montón de razones lógicas y perfectamente válidas que te he expuesto para que nuestra boda tenga lugar, existe el detallito, quizás nimio para ti, de que me he apoderado de tu virginidad, y la única conclusión lógica a la que puede llevar ese acto es a que nos desposemos.

—¿Crees que echaré a perder mi vida por haber sucumbido a un momento de lujuria? —preguntó horrorizada, recordando que eso mismo le había ocurrido a Kana con su hermano.

—¿Echar a perder? —Keylan estaba anonadado, a la vez que una rabia sorda e intensa le subía por la garganta—. ¿Pero sabes con quién estás hablando, pequeña ignorante? ¡Soy un puñetero duque! ¡Y te estoy ofreciendo mi nombre, mi escandalosa y casi infinita fortuna, mi ilustre posición y todo cuanto tengo que, modestamente, es muchísimo! ¿Y tú no solo me desprecias sin más, sino que consideras que desperdiciarías tu vida a mi lado, criatura desagradecida? ¡Deberías besar mis malditos zapatos! —graznó indignado y ofendido hasta la médula. Tan dolido por su rechazo que habría preferido que lo apuñalase en la reciente herida de bala. Y Helailla, de haber tenido con qué, lo habría hecho. Se levantó con rigidez y se soltó de su agarre cuando él intentó ayudarla.

—Imbécil. —Y, marchándose como si fuese una princesa, dejó tras de sí una estela de gélida rabia.

Al día siguiente por la tarde, Keylan y los chicos esperaban con creciente impaciencia a que las niñas se unieran a ellos para la primera lección de

autodefensa. Cuando fue evidente que no iban a aparecer, un furibundo duque entró a zancadas en la mansión, lo que atrajo la atención de Dariel, que lo siguió por los silenciosos pasillos en busca de aquella traidora de ojos grises. Cuando vislumbró a su doncella personal, que salía de una de las salas, la interceptó sin ceremonias y le preguntó por el paradero de su señora. La joven, intimidada por sus modales bruscos, tartamudeó que *milady* se encontraba en la estancia que ella acababa de abandonar. Con pasos largos se dirigió allí y sin llamar abrió la puerta. Se detuvo de golpe cuando diez pares de ojos se dirigieron hacia él. Había siete niñas, dos criadas y, cómo no, la susodicha reina de los hielos, que se había comportado con excesiva frialdad y distancia desde su discusión del día anterior.

Claro que, en su femenina cama, en su propio dormitorio de tonos blancos y rosas, donde él había tenido que ir a buscarla la pasada noche, había sido toda fuego y sensualidad, una vez superada la reticencia inicial, prueba que le costó apenas el minuto que tardó en atravesar la habitación y envolverla en sus brazos. Ella estaba tan desesperada como él por entregarse a la pasión que los consumía, pero la perdía el orgullo. En cambio, él no era tan remilgado cuando se trataba de sexo. Y había valido la pena cada minuto robado a las horas de sueño. Ahora lucía unas ojeras verdosas muy poco favorecedoras, pero la sensación de saciedad aún lo embargaba. Parpadeando, borró los eróticos recuerdos y entrecerró los ojos hacia la arisca mujer que revolvía entre una pila de telas.

—¿Por qué no están mis reclutas en el campo de entrenamiento, donde las emplacé ayer? —atronó, pensando que, si les había prohibido asistir, definitivamente la estrangularía. Lalla siguió seleccionando tejidos, sin girarse siquiera, provocándolo.

—Porque no pueden. —Todos los presentes escucharon el gruñido amenazador, algunos incluso lo vieron enseñar los dientes. El conde, a su espalda, se apoyó en el marco de la puerta abierta y sonrió a Soiria, la doncella de su prima, cuando pasó de lado por el espacio que había junto a él.

—¿Por qué?

—Porque no están correctamente vestidas —contestó un tanto exasperada, como si fuese obvio para todo aquel con un mínimo de inteligencia. Se oyó un bufido de exasperación.

—Hela, por Dios, van a entrenar, no es un desfile de moda. Siento ser yo el que lo diga, pero se van a caer, a ensuciar, a sudar...

—Las damas no sudan, milord —le espetó ella, indignada, y él no supo qué contestar a eso sin resultar grosero. Detrás suyo escuchó una risita ahogada y por encima del hombro vio a su amigo, el judas.

—Como quiera que sea, me las llevo como están —aseguró, haciéndoles señas a las pequeñas para que fuesen con él.

—Me temo que no. —Keylan se dio la vuelta, de nuevo de cara a ella.

—¿Qué diantres quieres, mujer?

—Las niñas no participarán hoy con vosotros. Su nueva ropa no está lista. Pero podéis contar con ellas mañana. —El duque abrió la boca, dispuesto a presentar batalla, pero algo atrajo su atención.

—¿Podemos? ¿Quiénes?

—Dare y tú, por supuesto. —El aludido se despegó de la puerta, frunciendo el ceño—. Si tiene tiempo para entretenerse con nuestra pequeña discrepancia, bien puede gastarlo en ayudarte con los muchachos.

—Un momento... —Pero Keylan ya había vislumbrado las oportunidades y pensaba echarle el lazo antes de que pudiese escabullirse.

—Amigo mío —lo engatusó, pasando el brazo por sus hombros—, qué bueno que te ofrezcas. El número de participantes ha aumentado entre las filas de los chicos y, por lo que veo, también aquí, y tus capaces manos serán muy bienvenidas, sobre todo teniendo en cuenta que yo aún no estoy en plenas facultades.

—Estoy seguro de no haberme brindado para nada. Sea esto lo que sea.

—Pero lo harás, querido, lo harás —aseguró la joven.

—Ni hablar. De todos modos, Lalla, también yo siento curiosidad por saber

para qué necesitarán las chicas vestidos nuevos. —La expresión risueña del duque se borró de un plumazo ante el mero recordatorio de la vestimenta.

—Ah, qué obtusos podéis ser los hombres. Las faldas no son muy apropiadas para practicar ningún tipo de ejercicio. Además, las dejarían en inferioridad de condiciones frente a los niños, que así mismo cuentan con mayor fuerza física. —Ambos asintieron, animándola a continuar. De inmediato demostraron su acuerdo con una afirmación verbal—. Por eso estamos cosiendo blusas y pantalones para todas —terminó. Brangor y Storn no movieron un solo músculo, ni siquiera parpadearon mientras la contemplaban con fijeza. Luego se miraron entre sí, preguntándose en silencio cuál de ellos iba a cantarle las cuarenta a aquella desvergonzada. Tomada la decisión, cometieron el error táctico de contactar visualmente con las chiquillas, que los observaban con los ojos brillantes, llenos de expectación y esperanza. Dos pares de hombros se hundieron e idénticos suspiros de derrota rebotaron en las paredes. Helailla fingió un femenino bostezo para ocultar una sonrisa de triunfo—. Aunque estamos dándonos toda la prisa que podemos, la ropa no estará lista hasta mañana. —Los dos hombres se giraron y, sin decir una palabra más, salieron de la estancia y cerraron con suavidad tras de sí.

A partir de aquel incidente, los días pasaron en una sucesión de pequeñas guerras frías entre la pareja y acaloradas treguas nocturnas repletas de sexo duro y rápido, o suave y desquiciantemente lento, con penetraciones cortas o embestidas profundas, que la tenían a ella como protagonista o donde él controlaba cada movimiento, pero todas con un denominador en común: el más completo y sublime placer para ambos.

Aunque aquellos momentos lo llenaban de una gran satisfacción, y la joven se rendía a su gran sabiduría con absoluto abandono, durante las horas diurnas no conseguía avanzar ni un palmo en su determinación por ponerle un maldito anillo en el dedo. Aquella cabezota seguía negándose en redondo a convertirse

en su mujer y había llegado a un punto en el que casi la única esperanza que le quedaba era dejarla embarazada, por muy deshonroso que eso le resultara. Y ni aun así creía tenerlas todas consigo.

La situación estaba llegando al límite, sobre todo porque no podía seguir desatendiendo sus propiedades por más tiempo o corría el riesgo de sufrir algún percance importante. Confiaba en sus administradores, pero creía que uno mismo debía vigilar las cosas en persona para evitar desastres. Nada escapaba a su control. Salvo esa niña testaruda.

Y, si no se avenía a razones con urgencia, pronto iba a subirla sobre su montura y a arrastrarla hasta su finca, donde la llevaría derechita a la imponente iglesia familiar en la que se habían casado todos sus antepasados, y no descansaría hasta obtener un categórico sí de sus hermosos labios y luego un rotundo beso de confirmación.

Pero no deseaba llegar a esos extremos. Quería, no, necesitaba una aceptación incondicional por parte de la dama. O sería un comienzo aciago para ambos.

Con un suspiro de cansancio y resignación, a los que tanto se había aficionado en los últimos tiempos, dio unos lametazos a su barrita de menta, casi tan rica como la de mora, su preferida.

Así lo encontró Dariel, que le echó una mirada de conmiseración ante su evidente estado apático. Sacó su pitillera y le ofreció uno de sus estimados puros.

—¿Quieres cambiarlo?

—No sé, amigo. Está bueno de verdad. —El conde alzó una ceja, altivo.

—¿Y mis cigarros no? —Se rio entre dientes, tocándose el bolsillo de la chaqueta donde guardaba una preciosa tabaquera, otro regalo. Pensó que quizá debería mandar a buscar algunas de sus propias cosas a casa. Al principio no lo había hecho porque la carta con la que las solicitara tardaría un mes en llegar, pero al ritmo que iban las negociaciones con *milady* probablemente cabría replanteárselo. Iba camino de acabar con el guardarropa de su anfitrión.

Volvió a ponerse serio.

—Voy a tener que marcharme pronto, Brangor.

—Estaba esperándolo. —Su amigo exhaló una voluta de humo que formó un perfecto círculo—. ¿Y Lalla?

—Ella no quiere venir conmigo, ya lo sabes.

—Sí, es una tonta testaruda. Pero no creí que te conformaras.

—Y no lo hago, pero, aparte de secuestrarla y obligarla por las malas, ¿qué otra alternativa me queda? La verdad, no quiero recurrir a eso.

—Reconozco que estás siendo paciente.

—Lo que estoy siendo es idiota. Soy un duque, uno de los más influyentes del reino, para ser más exactos, y me estoy dejando dominar por una muchachita romántica. ¡Maldita sea, Dariel, estoy ofreciéndole un ducado!

—Disculpa que no nos sintamos debidamente impresionados —canturreó el otro, riéndose.

—A eso me refiero. ¿A qué está esperando, a un maldito príncipe? ¿Es eso lo que quiere, un príncipe azul?

—Se lo merece. De hecho, su hermano tiene una lista de candidatos para cuando ella se decida.

—Apuntáis un poco alto, ¿no? —se mofó con sorna y recibió una risilla entre dientes del conde.

—Nunca has oído el apellido de Lalla, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó receloso y alerta.

—La chica se llama Helailla Cetriar. —El apellido le resultaba vagamente familiar. Un escalofrío premonitorio le recorrió la espalda—. Su hermano es Reskan Cetriar. —Los ojos del duque se abrieron… La sonrisa lobuna del conde se amplió—. Veo que sabes echar cuentas. Res es el rey de Traguian y el heredero al trono de Vadia. Helailla es la hija del actual rey y, por lo tanto, es…

—Una princesa de sangre real —terminó Keylan por él, sintiendo que el mundo se desplomaba bajo sus pies.

Helailla se paseaba inquieta por la sala de música, esquivando los muebles e instrumentos por puro instinto, pues en su estado de agitación era incapaz de recordar su ubicación. Por suerte había estado tantas veces allí que no tenía necesidad de hacerlo.

Keylan había pasado del acoso y derribo a una indiferencia total. Apenas le dirigía la palabra cuando se encontraban y, si lo hacía, su actitud era cortante y casi maleducada. No sabía qué le pasaba. El colmo de los males era que había dejado de buscarla por las noches. ¡Cinco días de absoluta soledad en su enorme y vacía cama! Y eso después de malacostumbrarla a sus mimos nocturnos durante tanto tiempo… Era un bellaco.

Estaba… desorientada. Se sentó en una silla de respaldo alto y apoyó ambos antebrazos en la rodilla derecha, en actitud meditabunda.

Sonaron unos discretos golpes en la puerta y, ante su orden, se abrió y dio paso a un lacayo.

—¿Sí? —murmuró en tono lacónico.

—Su Majestad está aquí. —Se levantó como un resorte, sintiendo algo más que una leve inquietud.

—¿Mi padre? —susurró.

—No, señora. Su hermano. —¿Qué? ¿Reskan? «Ay, Dios mío». Ahora sí que la habían hecho buena. Su padre era malo, pero Res… El aludido entró como una tromba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz estrangulada.

—Él está contigo. Eso narices hago aquí. Y Kana y los niños estarán a punto de llegar. Mi mujer está furiosa por quedarse atrás. Por cierto, buenos días a ti también, hermana. —La joven se sonrojó hasta la raíz del cabello, recordando sus modales de pronto. Se acercó presurosa y lo besó en la mejilla. Reskan se dejó abrazar. Después de un rato de disfrutar del contacto del pequeño cuerpo de su princesita, a la que veía de tarde en tarde, la cogió por los hombros y la separó un poco—. ¿Dónde están tus gafas?

—Eh… ya no las uso.

—Válgame Dios, qué alegría para todos. —Ella reflejó su sorpresa.

—Nunca me dijiste que te disgustaran tanto —le recriminó.

—¿Que no? Hasta hartarme, como el resto de la familia, pero no nos hiciste ningún caso. Al igual que te suplicamos que no te enterrases viva aquí —refunfuñó de nuevo enfadado—. Y ahora explícame con todo lujo de detalles qué haces viviendo desde hace un mes bajo el mismo techo que ese duquecito sobreexcitado. —La mujer soltó una fuerte carcajada por el adjetivo elegido.

—Reskan, no seas malo…

—¿Yo? Soy un angelito comparado con él.

—No exageres.

—Exagerar, ¿eh? ¡No pensarás que voy a creerme que le pusieron ese apodo a los dieciséis años sin ganárselo a pulso! —Lalla puso cara de no saber de lo que estaba hablando—. Cariño, lo llaman el Insaciable —dejó caer subiendo y bajando las cejas repetidamente en un gesto dramático para que ella captase la insinuación, antes de darse cuenta de que no podía verlo. De todos modos, no habría hecho falta. Su recién adquirida experiencia le proporcionó con rapidez el entendimiento para saber a qué se refería. La lenta y conocedora sonrisa femenina lo dijo todo, y Reskan, como hombre de mundo que era, supo lo que esa sonrisa significaba. Maldijo con rabia en varios idiomas—. Joder. Voy a castrarlo —juró—. Por cierto, ¿dónde está ese cabrón?

—¡Res!

—¿Qué? Te acuestas con el mayor libertino que ha parido la historia en los últimos veinticinco años, ¿y tengo que cuidar que mi lenguaje no resulte vulgar? ¡Storncrass! —rugió sintiendo que su carácter se desmadraba por completo. La puerta se abrió de golpe y el rey se giró abruptamente para enfrentarse a ese violador de niñas—. ¡Tú! —gritó lanzándose a por el hombre. Dariel tragó saliva y clavó los talones en el suelo, dispuesto a una buena pelea con su primo, su líder, ya que él era miembro de su guardia personal. Aquel solo era un destino temporal, uno que había solicitado él mismo.

—¡Reskan Cetriar, sabes que esta decisión, como todas las demás, la he tomado sola! —Su hermano se detuvo a escasos dos metros de Brangor. Cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Sí, pero Dare estaba al tanto de todo —aseguró mirándolo a los ojos.

—Por supuesto que no —contradijo ella con rapidez, pero el conde mantenía su mirada enganchada a la azul grisácea, tan parecida a la suya.

—Estaba tan claro como el agua —confirmó.

—¿Qué? —preguntó ella, con voz ahogada. Reskan lo observó un momento más y luego asintió, sin pronunciarse. El ruido de las ruedas de un coche que llegaba a toda velocidad los distrajo.

—Me temo que mi señora esposa nos está honrando con su presencia en el patio —dijo con voz cargada de resignación, pero el brillo de sus ojos desmentía del todo sus antipáticas palabras.

Cuando salieron, el duque se encontraba en el exterior quitándose los guantes de montar, el asombro reflejado en su cara.

Una mujer de deslumbrante belleza, vestida de los pies a la cabeza como un hombre, con una fina camisa blanca, pantalones ajustadísimos beige y unas lustrosas botas marrones hasta las rodillas, que hacían juego con los guantes de piel que en esos momentos envolvían las riendas de los cuatro purasangres del más puro blanco que él hubiese contemplado nunca, detenía a las bestias a pocos metros de ellos, con una sonrisa de satisfacción en sus llenos y hermosos labios.

Quitándose el masculino sombrero, desparramó su increíble cabellera negra azabache hasta sus maravillosas caderas y los aún más subyugantes ojos violetas brillaron con picardía. Keylan fue incapaz de cerrar la boca.

—Un poco finolis, ¿no? —adujo Reskan al observarlo.

—Caballeroso, arrogante, fuerte, hermoso, seductor, educado… —rebatió Lalla.

—Humm. —Su hermano permanecía distraído, observando a su esposa, que saltaba de un ágil brinco del alto pescante y se dirigía al carruaje para sacar a

los pequeños del sofocante interior. Entonces giró la cabeza con brusquedad hacía ella, con ojos incrédulos—. Oh, maldita sea, un condenado héroe, ¿no?

—No sé por qué te ofuscas tanto, Res, es igualito a ti.

—Y una mierda. —Y acto seguido fue a ayudar a su mujer, que bregaba con cuatro niños nerviosos y cansados, y dos criadas mareadas.

Las presentaciones fueron un tanto tensas, con Reskan apoyado en el deslumbrante coche negro, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas por los tobillos, en esa postura tan típicamente masculina que tanto irritaba a las mujeres. Su furiosa mirada podría haber carbonizado a Keylan, que intentaba no fijarse en él mientras sus ojos no perdían detalle de su esposa, con mucho respeto, cabría añadir, pero aún no había conseguido salir del estupor y la impresión que aquella beldad debía dejar impresos en cada hombre que se cruzaba en su camino. Tenía un aire de… peligro y osadía que lo obligaba a seguir mirándola para ser testigo de lo que haría a continuación, aunque viéndola allí, rodeada de cuatro bulliciosos niños, con el más pequeño cargado en brazos, cualquiera diría que no tendría tiempo para diabluras.

Kana, no obstante, no tenía problema alguno en ignorar la falta de educación de su marido, y desplegaba sus enormes encantos, que eran muchísimos, hacia su familia y el invitado de honor. Se veía a la legua el enorme cariño y la complicidad que se tenían los tres, y el hombre sintió una vaga sensación en el pecho, cerca de la herida. Se rascó con suavidad, identificándola: envidia.

Lalla se medio giró hacia él y le tocó el brazo. En sus ojos pudo apreciar su preocupación.

—¿Te encuentras bien? —Todavía lo desconcertaba que pudiese darse cuenta siempre de lo que le ocurría sin necesidad de verlo.

—Sí, de vez en cuando tira un poco, nada más —la tranquilizó. Bajo ningún concepto podía explicarle la soledad que anidaba en su corazón, pues ¿cómo hablarle del rechazo de su gente sin contarle también los motivos?

—¿Pasamos y tomamos algo fresco? A los niños les vendría bien, y reconozco que yo me tomaría una limonada —sugirió Kana. Sin molestarse en mirar a su esposo hizo un gesto con la mano indicando a los demás que la precedieran—. Res, ¿piensas entrar o tienes intención de desenganchar tú los caballos? —La risa socarrona de Dariel era contagiosa, pero los demás aguantaron con estoicismo.

—Id pasando. Storn y yo nos encargaremos de tus corceles. Al fin y al cabo, es todo un entendido en sementales —atacó sin piedad.

El duque se envaró, pero se mantuvo en silencio. La reina, por otro lado, entrecerró los ojos mientras echaba una mirada de advertencia a su marido por encima del hombro, el cual respondió con una sonrisa inocente, sin variar su postura indolente ni un milímetro. La mujer enlazó su brazo con el de su cuñada, que empezaba a protestar, y entre ella y Brangor la metieron en la casa, junto con los chicos.

Keylan volvió su atención al monarca, que dobló varias veces el índice hacia sí, indicándole que se acercara. Después empezó a desabrocharse los botones de los puños de la camisa en actitud despreocupada, por lo que se dio cuenta de que ya se había deshecho de la chaqueta azul marino.

—Muy a mi pesar, vas a tener que casarte con ella, chico —le advirtió mientras seguía el mismo proceso con la otra manga y se la arremangaba hasta el codo. Su mirada dura le dijo que utilizaría cualquier método para conseguir su consentimiento.

—Nadie lo desearía más que yo, pero la dama no colabora —dijo como al descuido, con indiferencia, apoyado en la ornamentada fuente, con una rodilla flexionada sobre la estructura redonda y cruzado de brazos. Casi sonrió al detectar la expresión de sorpresa del rey.

—¿Ya se lo has ofrecido? —El muy canalla de Dare había omitido ese detalle en su carta cuando lo sacó a rastras de Traguian. Quizá no habría salido tan corriendo después de recibirla de haber sabido que al menos existía una propuesta de matrimonio sobre la mesa.

—No se emocione aún, ha dicho que no. Varias veces, a decir verdad.

—¿Tan malo eres en la cama? Nunca lo habría dicho con la reputación que tienes —lo pinchó, todavía cabreado porque se había beneficiado a su hermanita. Key se limitó a sonreír.

—¿Y cómo sabe de mi… popularidad?

—Vamos, hombre, a fin de cuentas, Dragarian es uno de los países vecinos de Vadia, y Storncrass está tan solo a quince días. Baste decir que me muevo en muchos y variados círculos, al igual que tú.

—Ya —comentó, seguro de haber entendido bien. No solo compartirían amistades, sino probablemente en el pasado, antes de casarse, hasta alguna amiguita. Además, era cierto que su fama lo precedía dondequiera que fuera. Incluso su excelsa Majestad, sin haber sido el Insaciable, había sido famoso por sus devaneos, entonces ¿de qué se extrañaba él?

—¿Así que la quieres como esposa?

—Por supuesto, mis intenciones son honestas, Majestad —dijo en tono digno.

—Oh, cómo detesto eso.

—¿Preferiría que no lo fueran? —preguntó asombrado ante la mirada sombría del otro.

—Me refiero a Majestad por aquí, Majestad por allí… Llámame Reskan. —El duque asintió, conforme—. ¿Y por qué, exactamente, se niega esa estúpida a casarse? —En ese punto Keylan creyó conveniente sacar un par de puros. Dariel ya le había dicho que su primo también fumaba de forma ocasional, y sería una manera más agradable de pasar por el largo monólogo sobre las altas expectativas de la joven acerca de cómo debía ser un matrimonio. Cuando acabó, Reskan lo miraba con intensidad.

—¿No estás dispuesto a darle todo eso? —«Otro que cree en el amor». Lo había olvidado. Se preparó para otra lucha de voluntades.

—No sé si puedo —dijo mirando el humo de su cigarro con la mirada perdida—. Ella es importante y representa cosas que me asustan. —Se

enfrentó a los ojos azules con sinceridad en los suyos—. Solo sé que me necesita, aunque nunca lo admita, y que yo la necesito a ella. —El monarca lo observó en silencio y, al cabo de lo que pareció una eternidad, cuando creyó que se le acababa el aire que tenía atascado en los pulmones porque aquel tipo tenía el poder de arrancarle a su diosa dorada de los brazos, le dio una última calada al puro, lo tiró lejos y meneó la cabeza.

—Supongo que debería valer con eso para empezar, ya que el daño está hecho, pero es de mi hermana de quien estamos hablando. Y ella ya ha vivido su gran catástrofe, no soportaría más dolor. —Storn sintió que le extirpaban un órgano vital a lo vivo, sin anestesia ninguna. Iba a quitársela.

—Voy a cuidar bien de ella —le garantizó.

—Hasta ahora lo has hecho muy bien, sí. Primero seduces a una niña inocente y luego no consigues arreglar la situación.

—No fue exactamente así —gruñó entre dientes, recordando lo incitante y participativa que se había mostrado la muchacha en todas sus incursiones por el mundo erótico. En cuanto a inocencia… Tal vez lo habría sido más sin las explicaciones subidas de tono de su querido hermanito, allí presente.

—Ahórrame los detalles, o conseguirás que la deje viuda antes de la boda —prometió, echando espuma por la boca—. No puedo dártela, amigo.

—No vas a arrebatármela —juró a su vez. Reskan se rio.

—¿Y qué harás para impedírmelo? Si no puedes amarla como se merece, ten al menos la decencia de dejar el camino libre para otro con la valentía de hacerlo —le espetó.

—¡Hela es mía!

—¿Hela?

—Fue mía desde el momento en que respondió con pasión y abandono a mis besos, cuando jadeaba extasiada entre mis brazos mientras susurraba mi nombre apretándome en sus entrañas. Es mía porque todas esas cientos, miles de putillas caras que han pasado por mi lecho rogando que las use, dejándome usar por ellas, se disolvieron en un torbellino de imágenes y recuerdos difusos

con el simple roce de su aliento en mi nuca. Es mía porque me hace sentir que no estoy hueco y podrido por dentro, que el sol puede calentar mi negro corazón y volverme bueno. Y será mía para siempre porque te juro que te mataré si te atreves a separarla de mí. —Su respiración era agitada cuando acabó su furiosa diatriba, sus ojos dos meras rendijas desafiantes. Aunque Reskan tenía los puños cerrados, en respuesta silenciosa a algunas de las cosas que había tenido que escuchar sobre su hermana, no mostró signos de violencia ante la amenaza del duque.

—Bueno, muchacho, solo tenías que decir que sí que la quieres. —Una expresión de pasmo se instaló en el rostro del duque—. Una vez aclarado ese punto, solo resta una cosa. —Keylan alzó una ceja en gesto inquisitivo. Reskan le lanzó un tremendo derechazo, su puño directo a la mandíbula. El hombre se apartó con agilidad, pero solo gracias a los años de duro entrenamiento en el cuadrilátero con su entrenador Krein. Cetriar perdió el equilibrio durante un segundo por la fuerza que pensaba descargar, se estabilizó y lo miró alzando las cejas con sorna mientras echaba la pierna derecha hacia delante y después hacia detrás en una zancadilla perfecta y rastrera, y lo tiraba al suelo—. Aunque hay que matizar ciertas cuestiones financieras, tenemos un acuerdo, Storn. —Y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Keylan entendió que le estaba diciendo de forma sutil que debía haberle pedido permiso para desposar a la dama; bueno, oficialmente era al padre a quien tendría que haberse dirigido, ya que era el tutor de la joven, pero parecía que era ese hombre el que manejaba los asuntos familiares. Cogió la mano, aceptando el gesto amistoso, y dejó escapar una mueca cuando el tipo lo izó con demasiada fuerza. Pareció que este sabía de su reciente herida porque esbozó una sonrisa de disculpa—. Por cierto, mi padre estaba con nosotros en Traguian y ya debe de venir de camino. Te encantará conocerlo. Sus gritos aún se escuchaban cuando me fui. —Y la siniestra carcajada de su futuro cuñado también se oía cuando entró en la mansión, su espalda acribillada por su mirada asesina.

# Capítulo 6

A partir de ese momento, comenzó la verdadera guerra.

Reskan esperó a que su esposa y sus hijos estuviesen cómodamente instalados en sus habitaciones para hacer llamar a Lalla a su presencia.

La joven contaba con que la presión sería tremenda, pero, cuando supo que su padre llegaría de un momento a otro, se preocupó de veras. Cinco personas decididas a casarla eran una fuerza considerable. Su situación se parecía cada vez más a la de su cuñada, solo que ellos se querían con locura, aunque en aquel entonces fueran incapaces de verlo.

Negándose a dejarse dominar en esa cuestión que afectaría al resto de su vida, se quedó de pie, esperando a que él hiciese el primer movimiento.

—Olvidaste mencionar que te había hablado de casamiento —la acusó de sopetón.

—Y que he cambiado las hortensias de sitio, y que Lycye ha tenido un bebé precioso de tres kilos... Ah, y que Avalancha ha parido por fin. El potrillo se llama Tizón.

—Helailla, no me provoques —advirtió.

—¿Qué? Es mi vida, me he desenganchado de la familia, ya no podéis imponerme vuestras normas. —Su hermano se acercó despacio y, cuando estuvo encima de ella, le clavó el dedo en el pecho.

—No te equivoques, jovencita, el que te haya permitido enclaustrarte aquí para lamerte tus heridas y autocompadecerte hasta la saciedad no implica en

ningún caso que puedas hacer lo te dé la real gana y nunca, repito, nunca, que ya no pertenezcas al clan. —El dedo se hincó un poco más en su tierna carne —. Respondes ante mí, ya que papá te dejó a mi cargo hace años, y de forma temporal ante Dare. Y por Dios que tu tiempo aquí se ha terminado, Lalla.

—No —susurró, espantada.

—Iba a hacerlo de todos modos, cariño. Cuando me dijiste que necesitabas estar sola para encontrarte a ti misma entre esta nueva oscuridad y te decantaste por este sitio tan apartado de nuestros dos países, te di un año de margen para que sanases por ti misma, no obstante, me lo callé para que no te sintieses presionada.

—Pero...

—No puedes esconderte para siempre, cariño —la regañó con afecto.

—No es eso lo que he estado haciendo.

—Tú sabes que sí. Aunque eso es solo una parte, lo reconozco. También te has rehecho de la catástrofe. Eres más fuerte, más independiente y valiente. Has conseguido muchos logros, y estoy tremendamente orgulloso de ti. Sin embargo, echo de menos a mi hermana. —El comentario golpeó con fuerza a la muchacha, que retrocedió por el impacto de las palabras.

—Soy tu hermana —afirmó con vehemencia.

—Solo una pálida sombra. Pero podrías volver a serlo. Dariel me dijo en su carta que ese hombre te está cambiando, desenterrando de nuevo a mi niña. —La joven se envaró.

—Le das demasiada importancia.

—Humm. ¿Así que solo es sexo?

—¡Reskan! —gritó colorada como un tomate.

—¿Te acuestas con él o no? Porque, si aún estás intacta, esta conversación puede acabarse aquí y ahora. —Helailla estaba tentada, taaan tentada de mentirle y salir airosa de aquel embrollo, pero no estaba en su naturaleza engañar a su hermano. Además, bastaba una palabra en contra del propio Keylan para desbaratar su plan. Pero detestaba sentirse acorralada.

—No solo le he permitido que me posea en todas las habitaciones de esta casa, sino que yo misma me lo he beneficiado, probando todas y cada una de las posturas que conoce, que son incontables. —El hombre entrecerró los ojos y afinó los labios, obligándose a respirar hondo durante un momento.

—No sé por qué te empeñas en que mate a ese muchacho, Lalla. No creo que sea tan malo casarse con él.

—Seguramente, no. Si una no es ciega y no le importa una larga vida sin amor —terció con amargura.

—Entiendo lo del amor, cielo, y con sinceridad creo que, si en esta casa hay dos personas más predestinadas a quererse, sois vosotros dos.

—Por favor.

—En serio. Ya he hablado con tu romeo, y estoy seguro de que su afán posesivo, sus ansías por ti y la manera especial que tiene de ver en tu interior revelan unos sentimientos más profundos y significativos que linaje obliga. ¿Eso es amor? Chiquilla, apenas hace tres semanas que os tratáis, pero hay oportunidades en la vida que uno debe apresurarse a coger al vuelo porque no se repetirán. No es que no vayan a volver a pedir tu mano. Tengo una lista de candidatos en mi escritorio si la quieres, que espera un gesto tuyo desde hace un maldito año, pero pregúntate esto. ¿A cuántos hombres has estado tentada de regalarles tu virginidad? —El silencio se instaló en la habitación, recordando el eco de sus palabras—. ¿O es tan simple como que estabas caliente y él era el único tipo decente que tenías a mano? —añadió con crueldad.

—¡Claro que no! —negó dolida. El rey ahuecó la palma de su mano en la pálida mejilla, suave como el pétalo de una rosa, en un gesto consolador.

—Por supuesto aún nos queda un punto. —Ella cerró los ojos, cansada—. Siempre serás ciega, Lalla. Es un hecho desafortunado al que aún no te has acostumbrado. Ninguno lo ha hecho. Jamás sabrás la culpa con la que cargo... —dijo en tono duro y amargo.

—¡No!

—Por no haber llegado antes —continuó como si no la hubiese escuchado—. O la de Kana, porque el ayudarla te destruiste tú. Aún la atormentan las pesadillas algunas noches, sueños en los que no es capaz de llegar hasta ti...

—Res, para... —Las lágrimas caían, silenciosas, una tras otra—. No fue culpa vuestra. No fue culpa de nadie. Ahora lo sé. Entonces condené a todo el mundo, yo la primera, porque era más fácil de entender. Pero el tiempo me ha ayudado a comprender que por eso se llaman accidentes.

—Entonces eres más sabia que nosotros, pequeña —susurró él con los ojos húmedos—. Pero de igual modo deberías saber que tienes que continuar con tu vida, y vivir significa conocer a alguien, parir sus hijos, convertirlos en hombres y tener la suerte de ver crecer a tus nietos. —Lalla apoyó la cabeza en su fuerte hombro como había hecho tantas veces a lo largo de los años. Dios, cuánto lo había echado de menos durante esos meses—. Ahora bien, ¿es Storn ese hombre? —«Sí» le gritaba todo su ser, pero un miedo cerval paralizaba su lengua y le impedía decir las palabras que la atarían para siempre a él. Reskan la cogió con suavidad de la barbilla y hurgó a conciencia en sus ojos, rebuscando sin piedad. Nunca la tenía cuando deseaba algo, y él la conocía mejor que nadie. Al fin la soltó y dejó que un suspiro de exasperación llenase la estancia—. Tienes hasta que llegue nuestro padre. Calculo que dos días como mucho. —Se detuvo delante de la puerta, con el picaporte en la mano—. Pero los dos sabemos que la decisión ya está tomada, ¿no es así?

Keylan contemplaba a aquella familia bulliciosa y extraña con un dolor opresivo en el pecho.

Lo primero que atrajo su atención hacia la sala de juegos, que nunca había visitado desde que llegara, fueron las risas y las estridentes vocecitas de los niños. No fue intencionado, pero cuando quiso percatarse estaba en la puerta entreabierta, asomándose al interior.

Lo siguiente que lo sorprendió fue que los pequeños no se entretenían solos o con sus niñeras, el propio padre y Helailla estaban tirados en el suelo con los cuatro niños, jugando con ellos con los juguetes de madera, entre los que distinguió un precioso velero rojo y blanco, una peonza amarilla, una espadita azul, varios magníficos animales perfectamente tallados, un estupendo coche con caballos, media docena de soldaditos y hasta una armónica pequeñita.

Estudió a los muchachos, sorprendido por la mezcolanza de rasgos, haciéndose un montón de preguntas. Estaba claro que los tres mayores no podían ser hijos biológicos del matrimonio, ya que eran demasiado mayores.

La niña rubia y de ojos azules, que parecía tener alrededor de cinco años y que le habían presentado como Ivener, era tímida y retraída, pero con una sonrisa capaz de derretir el mismísimo Polo Norte.

El chico de pelo rubio muy claro y ojos grises como el acero sí que se parecía muchísimo a Reskan, tanto en físico como en carácter, pero calculó que tendría ocho años, con lo cual pensó que era probable que se tratara de un hijo bastardo del rey.

Adele, la preciosa pelirroja de rizos rebeldes y mejillas pecosas, con unos enormes ojos verdes que dejaban entrever que habían visto cosas que a su corta edad de nueve años no debería comprender, llevaba firmemente agarrada, como siempre, su sempiterna ristra de lujosos muñecos de trapo. Parecía que nada ni nadie conseguiría separarla de ellos.

Y por último estaba el benjamín, Drano Atrian. De este no cabía duda de su procedencia. Tenía tan solo un año, con lo cual había nacido dentro del matrimonio. De cabello castaño oscuro y ojos violeta idénticos a los de su madre, era tan vivaracho y dicharachero como todos los bebés de su edad. En esos momentos babeaba sobre la cabeza de su adorado perro de peluche marrón, con sus grandes orejas y su gracioso rabito corto.

Mientras los observaba, taciturno, el pecho parecía empequeñecérsele, restringir su entrada de aire y asfixiarlo.

Qué diferente era la infancia de esos niños a la suya propia, donde las risas

y los gritos estaban prohibidos, y los padres no jugaban ni pasaban tiempo con sus hijos. No había amor ni cariño, no se respiraba en el ambiente ese sentimiento de unión inquebrantable, de unidad. Aquello era una familia y ay de quien osara amenazarla.

Y qué solo se sintió en ese momento, no formando parte de nadie. Miró a Helailla, tan cómoda allí, junto a su hermano y sus sobrinos, y comprendió que, aunque en la cama se llevaban a las mil maravillas, entre ellos no existía una comunión así.

Y él quería aquello con toda su alma.

Una femenina mano sobre su brazo en un suave gesto de consuelo lo sobresaltó. Giró la cabeza hacia ella.

—Pareces enormemente perdido y aislado aquí, separado del resto. —El duque se encogió de hombros, evasivo.

—Solo estaba observando.

—Sí, pero ¿por qué? —La miró con sorpresa.

—¿Perdón?

—¿Por qué estás en el vano de la puerta limitándote a contemplarlos, cuando podrías estar allí dentro, con ellos?

—Porque todos conforman una familia mientras que yo soy un extraño. —Kana lo miró con fijeza.

—¿Intentas engañarte a ti o a mí?

—¿Qué quieres decir?

—Que prefieres ver que son los demás quienes no te dejan entrar en sus vidas, cuando lo más probable es que seas tú el que no desea interactuar con ellos. La razón, solo tú la sabes. —Y dicho eso lo cogió con firmeza de la mano y lo arrastró al centro del grupo, donde lo obligó a sentarse en el suelo y le colocó al pequeño Drano sobre las rodillas, ordenándole que no le permitiese llevarse a Rugidos, el perro, a la boca.

Después de comer Keylan desapareció. No pudo soportarlo más. Estaba experimentando demasiadas cosas nuevas y necesitaba pensar. La casa era un hervidero de personas y ruidos, así que cogió su caballo y los dos se dejaron llevar en una alocada cabalgada que mitigó en parte su tensión. Cuando tanto el caballo como él necesitaron un descanso, se bajó y se sentó en una gran roca, con una rodilla doblada, donde apoyó el codo y después la barbilla en la mano. Toda una postura para un cuadro romántico, pensó irónico.

Y hablando de emociones...

Sentía que durante toda su vida había sido un barco con un rumbo siempre fijo y, desde que había recalado allí, iba a la deriva, perdido entre tormentas.

Reconocía que los dos eran personas fuertes y complicadas. Recordó que Dariel le había contado cómo Helailla, ayudando a su cuñada a escapar de la casa donde su propia hermanastra la tenía secuestrada y mientras buscaba medicinas para detener la gran hemorragia que tenía tras el parto, destapó una botella de éter que, junto a la llama de la vela que sostenía, provocó la explosión que la dejó ciega. De hecho, era un milagro que estuviese viva, puesto que además la casa pronto se vio envuelta en llamas y apenas consiguieron sacarla por los pelos. Pocas jovencitas a punto de cumplir los dieciocho habrían tenido el arrojo de hacer aquello, y su dama era una de ellas.

Además de una maldita princesa, pensó con ánimo sombrío.

Gruñó como un toro que quería embestir y no encontraba nada rojo a lo que dirigir su atención.

¿Cómo iba a saber él que era una princesa si en aquella casa nadie se dirigía a ella como tal?

Claro que le había extrañado que contasen con cien soldados en la finca, como si de la maldita familia real se tratase, recordó haber pensado en alguna ocasión. Él mismo era un duque y en Stormcrass contaba con cientos de sirvientes, pero ni un solo guardia. Solo que, entre recuperarse de su herida, perderse en aquel dulce cuerpo cada noche y sus planes para casarse con ella,

aquella sensación insidiosa de que algo no encajaba se había disuelto dentro de la marejada de sensaciones que lo abrumaban, o quizá en su tremenda arrogancia solo había querido ver el enorme favor que le hacía a la chica casándose con ella, confiriéndole su rancio abolengo y su ducado.

Sea como fuere, entonces entendía mucho mejor su comentario de que casarse con él sería tirar su vida por la borda. Al fin y al cabo, las tornas se habían vuelto y, a pesar de ser un duque, estaba por debajo de una princesa, que podía aspirar incluso a un rey. Por eso la había evitado cuanto había podido esos últimos seis días. Se sentía en inferioridad de condiciones y era algo a lo que no estaba habituado.

¿Y si en realidad ella no lo rechazaba por su ceguera, sino porque lo consideraba demasiado poca cosa? Aquella idea era espeluznante.

Y, aun así, no podía renunciar a esa mujer. Los últimos días alejado de ella se lo habían confirmado, así como la persistente imagen de la familia en la sala de juegos, donde predominaban las risas y el amor.

Amor, qué palabra tan curiosa. Oírla daba pánico, pronunciarla hacía rechinar los dientes, y sentirla seguramente destrozaba el alma. Pero vivir sin conocer su significado te dejaba vacío y yermo por dentro.

Por su parte no paraba de darle vueltas a la declaración de Kana. Ella sostenía que no era que el mundo le hubiese cerrado las puertas, sino que era él quien le daba la espalda a los demás, tal vez por miedo a que lo rechazasen. Al principio, cuando la había escuchado, se había quedado anonadado, pero a medida que recapacitaba, cuando pensaba en su propia hermana y en su tío, reconocía que quizás había algo de verdad en ello. Mucho, admitió. Sabía que era un camino escabroso, pero que tendría que recorrerlo pronto. Aunque no antes de solucionar su futuro matrimonio. Algo harto difícil cuando toda la bendita familia de ella pululaba alrededor a todas horas. Por si no era suficiente con Dariel, Reskan y Kana, nada más llegar ellos había aparecido su escolta, compuesta por dos docenas de soldados armados hasta los dientes, entre los que se incluían, cómo no, los restantes cinco primos que conformaban

la guardia personal del rey desde que eran jóvenes. Según habían ido casándose, y habida cuenta de que todos eran aristócratas con propiedades de las que ocuparse, habían «dejado» el servicio activo para encargarse tan solo de misiones importantes y habían quedado solo los miembros célibes. Pero la casualidad quiso que en esa ocasión todo el dichoso clan estuviese en Traguian. Incluidas las esposas de dos de ellos, que los habían acompañado, pues los otros cuatro benditamente seguían solteros.

Y ese maldito padre estaba por llegar.

Cuando regresó a la casa los entrenamientos de la tarde con los hijos de los sirvientes habían comenzado con la supervisión del conde, que le lanzó una mirada glacial. Reskan también estaba allí, echando una mano, mientras las dos damas daban apoyo moral a los niños.

—Te has saltado las clases, chaval —le recriminó Brangor de muy mal humor—. Y te recuerdo que esta es tu responsabilidad. Yo solo me he dejado arrastrar como extra.

—Solo llego un poco tarde. Tenía asuntos que resolver —se justificó. Res echó una breve pero penetrante mirada a su primo, que no insistió. El duque se puso a su lado, observando a los entusiastas participantes, y descubrió a los tres hijos mayores del rey mezclados entre los diversos grupos. Después de estudiarlos durante varios minutos, le desconcertó darse cuenta de que tenían unos conocimientos muy avanzados, incluida la pequeña Ivener—. Los niños saben luchar —murmuró en voz baja. Por el rabillo del ojo atisbó la sonrisa de satisfacción del otro, y escuchó la risita entre dientes de Dariel.

—Kana los entrena durante una hora todas las mañanas —informó al estupefacto Keylan—. Y por la tarde pasan por mis manos, donde soy un poco más duro.

—¿Tu esposa los instruye?

—Sí. Tiro con arco, defensa personal, montar a caballo, manejo de

pistolas... Ya sabes, cosas simples.

—Claro —contestó del todo irónico. Echó otro vistazo a los chicos—. Son buenos.

—Por supuesto. Son todos hijos míos. —Algo en la mirada del duque debió delatarlo—. Los cuatro, Storn, son mis hijos. Aunque Drano será el próximo rey, espero que comparta las responsabilidades de los dos reinos con sus hermanos, pero de todos modos los otros tres recibirán una sustanciosa herencia como mis descendientes, lo permita la ley o no.

—Sobre todo Gilles —canturreó Brangor entre risillas, lo que confirmó la hipótesis de Key de que era hijo ilegítimo.

—Basta ya, Dare, con esa broma familiar. —Y dirigiéndose a él—. El muchacho llegó en un barco junto a otros cincuenta huérfanos, incluida Ivener, que solo tenía tres añitos. Los metieron en una casa de acogida que mi hermana me obligó a visitar para cubrir las primeras necesidades de los pequeños. Al final, Kana salió de allí con Ivener, y Lalla y yo, con Gilles. En cuanto a Adele, la hermanastra de mi mujer asesinó a sus padres mientras huía con Drano, con apenas unas horas de vida. La pequeña lo vio todo y, aun así, tuvo el valor de coger al bebé y esconderse en el establo. Lo llamaba su muñeco porque nunca había visto uno de cerca y se imaginó que debían de ser así de bonitos y perfectos. —Reskan miraba a la niña de cabellos rojos, sus largos tirabuzones recogidos en una coleta—. Cuando la llevé a casa y le cambié a Drano por cuatro bonitas muñecas nuevas, su cara expresó tal asombro y reverencia... —Volvió la vista hacia ellos—. Y gratitud. Nunca ha vuelto a separarse de ellas. Y cada vez que sumamos otra a la colección, la arrastra consigo por todas partes. —Le dirigió una mirada dura—. Estos son mis hijos. Y retaré a quien diga lo contrario.

—No seré yo —afirmó Keylan, haciendo un gesto conciliador con las manos a la vez que el respeto que sentía por ese hombre aumentaba considerablemente—. Veo que no te ha sorprendido mucho la nueva indumentaria de las niñas —dijo fijándose en que también ellas se habían

sumado a la cómoda camisa y los holgados pantalones. Los otros dos se miraron y casi se doblaron en dos por la fuerza de sus carcajadas.

—¿Quién crees que creó la moda, criatura? —le contestó Dariel, risueño.

Al final, tanto jolgorio atrajo a las damas, para satisfacción de los caballeros. Y los chicos terminaron quejándose porque ninguno de sus profesores les estaba prestando la más mínima atención. Menos mal que la promesa de unos bollos de canela y unos pasteles de almendra y limón, acompañados de un buen vaso de leche fresquita, borró sus caras largas. Así que adultos y pequeños se dirigieron con paso resuelto a la terraza, mientras Lalla se preguntaba si tendrían dulces suficientes para veintidós golosos niños, tres hombres siempre hambrientos y ellas dos, por supuesto. Rezó para que sus primos no hiciesen gala de su infalible olfato, y para que sus mujeres siguieran echándose la siesta.

Al día siguiente, cuando Reskan y Keylan, que habían coincidido bajando las escaleras, entraron en la sala del desayuno, se encontraron, ni más ni menos, con el mismísimo Eidrian Cetriar, que disfrutaba de un rebosante plato de salchichas, bacón, puré de patata, judías y huevos.

El parecido era tan notable que al duque no le quedó ninguna duda de la identidad del recién llegado y maldijo entre dientes.

Riéndose por lo bajo y palmeándole en el hombro con aire jocoso en muestra de solidaridad, el otro se dirigió hacia donde estaba sentado su padre.

—Viejo, te has adelantado un día a mis expectativas. No podías aguantar las ganas de echarle el ojo al mozo, ¿eh? —lo provocó, mirando de soslayo al joven, divertido. Key frunció el ceño.

—¿Es este? —preguntó Eidrian poniéndose de pie y fulminándolo con la mirada.

—En carne y hueso. Antes de que se los partas todos —añadió con malignidad.

—Ya basta —lo regañó el duque.

—Sí, hijo. La situación no puede ser tan drástica si estás tan contento.

—Storn y yo ya hemos aclarado nuestras posiciones, pero eso no borra que haya arrancado la flor antes de ser dueño del jardín. —Keylan lo miró con fijeza. En cuanto a su padre, se puso rojo como la grana y se giró hacia él.

—Muchacho, dime que no es cierto o no llegarás vivo a la boda —amenazó.

—Póngase a la cola, Majestad, y, cuando haya acabado con el resto de sus familiares, le haré un hueco a usted —dijo malhumorado. Este alzó una ceja mirando a su hijo.

—Un poco presumido este gallito, ¿no?

—No creas, tiene un derechazo tremendo, y es ágil, el condenado. Ayer tumbó a Struan y a Noa en unos pocos asaltos. —Keylan tuvo la satisfacción de ver cómo el hombre mayor abría la boca, sorprendido. Al fin y al cabo, sus sobrinos eran todos unos luchadores magníficos.

—Sentaos entonces. Esperaremos a tener el estómago saciado para llenarnos la cara de cardenales —concedió no muy dispuesto a perderse la diversión.

—En la cara no, papá, ya sabes que a Kana no le gusta verme marcado.

—Esa mujer te tiene amariconado —le dijo guiñándole un ojo a Keylan—. Y a ti te hará lo mismo mi pequeña si se lo permites. —Entrecerró los ojos—. Porque habrá boda, ¿verdad?

—Con eso tenemos un problemita —admitió en tono hosco. Eidrian se levantó de un salto, quitándose la chaqueta.

—No ese, papá. Pórtate bien y te lo contaremos.

Y cuando pudieron calmarlo lo suficiente como para convencerlo de que se sentase, le expusieron los hechos, que le gustaron aún menos que liarse a mamporros con su futuro yerno. Porque a una hija no se le debía pegar, ¿no?

Cuando Helailla entró media hora más tarde, advirtió que estaba en dificultades. Por los olores y sonidos supo no solo que su padre había llegado,

sino que su hermano, Kana, Dare y Keylan estaban sentados a la mesa, esperándola. El tenso silencio que espesaba el ambiente le confirmó que para nada bueno.

«Bien, ahí vamos», se dijo uniéndose a la fiesta.

Keylan se levantó y se dirigió hacia ella. Su andar firme y seguro la tranquilizó en gran medida, a pesar de que parecía un jefe militar dispuesto para la batalla. Cogió su mano con delicadeza y le besó la palma con galantería.

—Sé que aún no has desayunado, pero ¿te apetece que demos un paseo por el jardín? —ofreció en voz baja. Era obvio que quería hablar con ella antes de que sus parientes la abordasen. Asintió. Él colocó la mano en su brazo y se giró con ella hacia la puerta.

—¿A dónde diablos os creéis que váis? —ladró Eidrian ofuscado.

—A tener una conversación privada. En un ratito estaré lista para saludarte como corresponde. —Y le dijo adiós con la mano por encima del hombro mientras salía de la habitación con el duque.

—Niña irreverente —musitó el rey, chasqueando la lengua—. ¿Cuánto os apostáis a que no logra convencerla?

—¿Qué tal tu castrado negro? Le doy una hora a Storn —calculó Reskan.

—Me gusta ese caballo —terció Dariel—. Yo digo que lo consigue en media.

—Hombres —exclamó Kana con cara de disgusto—. Ese hombretón lo va a conseguir, pero no antes de esta tarde —vaticinó ella, estudiándose las uñas mientras los tres la miraban con la boca abierta—. Ese caballito va a ser mío, señores.

Keylan esperó a que ella se sentase en el banco de piedra para dejarse caer con elegancia a su lado.

Al instante, Lalla se levantó y se paseó nerviosa frente a él. El hombre no se

movió de su sitio, intentando apaciguar su propio temperamento, pues estaba comenzando a hartarse de sentirse una piltrafa. Al final, la joven se detuvo y bajó la cabeza en actitud triste.

—¿No podéis simplemente dejarme tranquila? —musitó.

—¿Tanto te desagrada casarte conmigo, entonces? —preguntó con voz seca. Pero ella percibió el dolor tras sus palabras graves.

—¿Desagradar? ¿Cuándo he dicho algo así?

—Cada vez que me rechazas. —Ella se sentó a su lado y cogió su mano, y el duque aprovechó para entrelazar sus dedos con los cuyos.

—Key, no te rechazo *a ti*. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho estos días?

—Cada palabra —aseguró.

—Entonces acepta que no puedo permitir que alguien de tu categoría se degrade casándose con una mujer defectuosa como yo.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Estoy cansado de asegurarte que no hay ninguna tara en ti y, en cuanto a estatus, me temo que, en comparación con una princesa, mi título, aunque poderoso y antiguo, se queda un tanto corto.

—Lo sabes —susurró pálida.

—¿Por qué me lo ocultaste, Hela? ¿Era tu macabra manera de burlarte de mí?

—Claro que no. Aquí es de dominio público porque los criados y los soldados pertenecen tanto a Vadia como a Traguian, pero preferí dejar el título en casa para tener una nueva vida. Nadie me llama Su Alteza desde hace un año, y no lo echo de menos.

—¿Y lo de echar a perder tu vida? —le recordó en tono amargo.

—Hablaba de mi decisión de casarme por algo más que para perpetuar un linaje y mantener mi posición.

—Ah, sí, el dichoso amor —concluyó él con ligereza, pero al interceptar la mirada de ella todo toque humorístico desapareció. Aquella conversación debía cerrarse de modo satisfactorio de inmediato—. Hela, basta de excusas.

Ha llegado el momento de tomar una decisión, una que, estoy seguro, te asusta a morir, pero que no puedes postergar por más tiempo.

—Keylan…

—Déjame hablar, por favor. No sé si puedo querer, si soy capaz de darme a alguien tan completamente como para que pueda destruirme si así lo desea. Hasta hace unos días te habría asegurado rotundamente que no. Ahora… solo puedo asegurar que me siento atraído de un modo feroz por ti. Te deseo a todas horas del día y de la noche, en todos los lugares y en cualquier postura imaginable. El sexo contigo es el mejor que he tenido jamás, y te aseguro que mi experiencia es bastante extensa. En el plano intelectual, me atraes como nadie, ya que contigo puedo hablar de cualquier cosa, sin restricciones. Incluso tu descaro y la manera que tienes de desafiarme a cada instante me encantan. —Se detuvo, sin saber cómo seguir.

—Todo eso está muy bien, pero…

—Maldita sea, Helailla, pónmelo un poco fácil, para variar —se quejó, nervioso.

—Estoy asustada —admitió. Eso lo sorprendió. Aquella fiera nunca se dejaba intimidar por nada.

—Yo también —reconoció él—. Nunca me ha importado nadie tanto como tú, su bienestar, su felicidad… Deseo protegerte a cualquier precio, llegar a conocer tus más íntimos pensamientos, cubrir todas tus necesidades… Pero sobre todo necesito formar un todo contigo, una unidad familiar como la que tenéis los Cetriar. —Desvió la vista hacia la casa, indeciso, y después apretó los dedos que aún mantenían entrelazados—. Estoy cansado de estar solo, Hela. Te necesito —susurró con desesperación y pena. Y ambas retorcieron el que antaño fuera el tierno corazón de la joven, tan aislada en su propio mundo como él. Y fue en ese preciso momento, bajo la nueva luz de aquella asombrosa confesión, que comprendió que aquel imponente hombre la necesitaba de veras, y que todo ese batiburrillo de intensos sentimientos, junto con los suyos propios –también en extremo desconcertantes–, podían sentar las

bases para un matrimonio. ¿Amor? Posiblemente ya estaba ahí, entre los dos, como Reskan afirmaba, pero tenía que crecer a través del tiempo y la convivencia. Y ella sabía que Key era el hombre elegido. Si además él decidía obviar su minusvalía, ¿qué más pegas podía inventar por miedo a intentarlo?

—Que así sea, entonces —susurró. Él se giró de golpe hacia ella, sin atreverse a creerlo.

—¿Qué has dicho? —La joven respiró hondo.

—Hagámoslo. —Keylan cerró los ojos mientras una sensación de victoria recorría todo su ser, como un potente licor que se extendía por sus venas. *Por fin suya*. Intentó que la euforia no se le subiese a la cabeza.

—Dios, no puedo creer que lo hayas dicho. —Ella soltó una risita nerviosa.

—Ni yo.

—No vas a arrepentirte, ¿verdad, preciosa? —La muchacha esbozó una sonrisa triste.

—Probablemente sea al revés.

—Nunca —juró y selló su promesa con un ardiente beso que arrasó, de momento, con todas sus dudas.

Al final, el magnífico castrado terminó en manos de Kana, pues cuando la pareja consiguió quitarse las manos de encima y volver a la casa para anunciar la tan esperada noticia, un carruaje se detuvo frente a la entrada principal y tres bulliciosas muchachitas junto a su acicalada madre se estaba bajando con ayuda de un lacayo.

Helailla reconoció de inmediato a *lady* Hatar y a sus hijas, y suspiró para sí. Aquellas chiquillas de dieciséis y diecisiete años estaban demasiado ansiosas por pescar un marido, aunque no tanto como su mamá. Compadeció a sus primos, que estarían en su punto de mira hasta que pudiese despacharlas sin resultar insultante. Aunque quizá tuviera que serlo, se dijo con maldad cuando las mellizas pasaron a la acción en cuanto les presentó al guapo y supuesto

soltero duque.

Al parecer, según le informó la orgullosa mamá mientras todos iban hacia el interior, se habían encontrado con la reina el día anterior y ella, siempre tan amable, las había invitado a comer en Oscuridad.

«Diablos», pensó malhumorada, le apetecía que el almuerzo hubiese sido algo familiar para festejar el compromiso, y no pasarse las siguientes horas espantando los moscones a sus familiares masculinos y a su prometido. Cuando se reunieron con los demás, a ella se le escapó la taimada sonrisa de su cuñada, al igual que las miradas penetrantes y los entrecejos fruncidos de tres de los hombres presentes, fruncidos ante las expresiones confusas de las huéspedes, que sintieron la leve hostilidad de los caballeros a pesar de que la cubrieron con una perfecta educación. La llegada de los restantes primos salvó la incómoda situación y alborotó a las muchachas, que vieron abrirse un abanico de posibilidades muy interesante.

Cuando por fin terminó la comida, tenía una ligera jaqueca y unas tremendas ganas de zarandear a aquellas coquetas mocosas y a su codiciosa madre, que miraba con evidente interés comercial a los cinco hombres solteros, en especial a Alan y a Keylan, ya que ambos ostentaban el título de duques.

Al final, toda la familia hizo un frente común y, de manera educada, pero con firmeza, despidieron a las mujeres, que hubieran deseado quedarse otro buen rato en tan ilustre compañía.

Una vez que se deshicieron de las invitadas, se acomodaron en la confortable sala, esperando la llegada de los niños, que habían sido relegados a otro comedor por deferencia a las visitas.

—Uf, por fin solos —se quejó, aliviado, Dariel.

—Ni que lo digas. No es que las señoritas no fueran una hermosura, sobre todo las mellizas, pero, si los volantes de sus vestidos hubieran rozado un poco más mis lustrosas botas, estoy seguro de que su mamá me habría obligado a ofrecer una propuesta de matrimonio. Probablemente a ambas. —Todos estallaron en carcajadas, puesto que el comentario de Álathan había

estado bastante cerca de la verdad.

—Hablando de eso… —Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación, y todas las miradas convergieron en la pareja, anhelantes. Keylan disimuló una sonrisa y apretó con ligereza el hombro de su prometida, que estaba sentada en una cómoda butaca mientras él permanecía de pie, a su derecha.

—Ya sabéis que Keylan me ha pedido que me case con él. —Varias cabezas ansiosas asintieron en silencio, sin darse cuenta de que no podía percatarse del gesto, aunque sí escuchó el par de bufidos masculinos ante la sutileza de su comentario—. Y he decidido aceptar. —Los vítores no se hicieron esperar, seguidos de cariñosos abrazos y palmadas de felicitación.

—Hija, me alegra que por fin hayas entrado en razón. —La muchacha ahogó las palabras cortantes que le vinieron a la lengua—. Aún tengo mis dudas, pero tu hermano asegura que es un buen tipo.

—Y lo es —afirmó el aludido, apartando a su padre para envolver a su hermana entre sus formidables brazos—. En el fondo la decisión no era tan complicada, ¿verdad, mi niña? —le susurró al oído.

—No, Res. Ese era el problema, que es condenadamente fácil caer rendida a sus pies. —Reskan dejó aflorar una sonrisa conocedora y, enlazando su brazo en su cintura, se dirigió a su futuro cuñado.

—Storn. —El duque se giró hacia él, con los ojos chispeantes de diversión ante un comentario de Dariel—. ¿Dónde va a ser la boda?

Aquella pregunta lo hizo parpadear. «¿Cómo que dónde? Pues en Storncrass, claro», estuvo a punto de contestar. Entonces se percató del silencio y de las expresiones expectantes de todos. Buscó a su novia con la mirada y lo supo al instante. Aquello no iba a ser tan fácil. Siempre había pensado que se casaría en la mansión familiar, en la grandiosa iglesia donde lo habían hecho sus padres, sus abuelos y tantos otros de sus ancestros. Era una certeza tan arraigada en su subconsciente que nunca había sopesado otras opciones. En ese momento, en cambio, había que tener en cuenta que Helailla debía empacar todas sus cosas, además de cerrar la casa, y que el viaje, que

normalmente duraba un mes, se demoraría con la montaña de equipaje y con el mobiliario que suponía que ella querría llevarse consigo, por lo que calculó que tardarían dos meses en llegar a su propiedad y poder llevar a cabo la boda. En ese tiempo podían ocurrir infinidad de cosas, como que su prometida se echase atrás media docena de veces.

Por otro lado, toda su familia política estaba ya allí para apoyar a la joven, mientras que su hermana se encontraba en el internado y su tío con toda probabilidad seguía en el extranjero. Suspiró, aceptando lo inevitable. Ya sabía que la vida de casado iba a conllevar algunos cambios, así que era mejor que lo aceptase cuanto antes.

—Supongo que a mi radiante dama le agradaría una boda sencilla con toda la familia presente —dejó caer como al descuido, en una muda pregunta. La mirada resplandeciente y la tímida sonrisa de ella fueron recompensa suficiente por su sacrificio.

—¿Será aquí, entonces? —preguntó Reskan.

—Sí —confirmó la muchacha, avanzando hacia el duque, que estiró el brazo para cogerla de la mano cuando estuvo a su alcance. Depositó un ligero beso en su sien mientras una cacofonía de voces los envolvía. Todos deseaban aportar ideas para la preparación de la fiesta, contribuyendo en lo que podían.

—Por cierto, ¿cuándo será el gran día? —preguntó Kana. De nuevo el silencio. Keylan también esperó, impaciente por contestar que al día siguiente, pero se negó a evidenciar sus prisas por hacerla suya. Esa vez decidiría ella.

—No sé. ¿Mañana? —sugirió con timidez la joven. Él bajó la cabeza para permitirse la sonrisa maligna que tiraba de sus labios. Cuando volvió a alzar el rostro, sus ojos se cruzaron con los de su casi cuñado, que brillaban como acero líquido.

—Un poco prematuro, pequeña —dijo en tono jocoso su padre. Entonces frunció el ceño—. A no ser que las prisas sean realmente necesarias. —Helailla se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—Por supuesto que no. Es solo que ya que me he decidido quiero hacerlo

cuanto antes. Además, Keylan debe regresar a su casa.

—Con mi flamante esposa en brazos —dijo cogiéndola de la cintura en gesto posesivo.

—Eh, las manos quietas hasta que de verdad lo sea —advirtió Briadan, y al menos cuatro sonoras carcajadas rasgaron la estancia, de aquellos que sabían a ciencia cierta que ya era un poco tarde para eso.

—¿Qué tal dentro de tres días? —ofreció la reina.

—¿Dará tiempo? —preguntó el duque, escéptico. Aunque desconocía todo el proceso, sabía que existían multitud de detalles para llevar a cabo una boda y quería que su futura esposa tuviera un hermoso día para recordar, ya que iba a carecer de la pompa y el boato que tanto por su rango como por el de él debieran de tener en un acontecimiento como aquel.

—Claro. Somos muchos y, si todos echamos una mano, podremos conseguirlo.

—¿Y el vestido? —preguntó Marga, la esposa de Struan. La sonrisa de Helailla flaqueó un poco, pues no tenía ninguno apropiado para tal evento y no había tiempo para confeccionarlo.

—En realidad no importa…

—El traje de novia de mamá está en el desván —la cortó con voz dulce su hermano. Helailla perdió el hilo de sus pensamientos, con el aire atascado en los pulmones.

—¿Cómo…?

—Papá y yo pensamos que debíamos guardarlo para cuando llegase este momento, así que en una de mis visitas lo traje y se lo di a tu doncella para que lo guardase con el debido cuidado. —Miró con aire socarrón, aunque en extremo cariñoso, a su mujer—. Al fin y al cabo, uno nunca sabe cuándo una caprichosa mujer puede decidir dar caza a un pobre hombre. —Kana le dio un codazo en las costillas que él encajó con un fingido gesto de dolor.

Luego prestó atención a su hermana, que tenía los ojos anegados de lágrimas. Acarició su hombro con ternura. Eidrian se acercó con cierta torpeza y abarcó

a ambos en un abrazo de oso. Kana se unió a ellos y cogió la mano de su cuñada. De inmediato todos los primos, mujeres incluidas, se cerraron en un círculo alrededor de los cuatro, y crearon una fuerza de energía invisible aunque palpable.

Keylan tragó saliva, emocionado hasta los cimientos de su cínico corazón. Para él aquella imagen era en extremo abrumadora y envidiada. Deseó con todas sus fuerzas ser incluido en el gesto de consuelo y apoyo, y no quedarse simplemente mirando, como llevaba haciendo toda su vida. Entonces Dariel levantó la vista hacia él y alzó su mano indicándole que se acercara. Dubitativo y a trompicones lo hizo, no pudo evitarlo, necesitaba, por primera vez, estar ahí, formar parte de ello y no ser un mero observador. Cuando llegó a su altura el conde pasó su brazo por encima de su hombro, en gesto de amistad, sin pronunciar palabra.

Un momento después la pequeña mano de Helailla buscaba la suya por detrás de sus familiares mientras seguían consolándola en silencio. Y supo que ya no tendría que mirar desde el quicio de la puerta nunca más. Desde ese momento tenía una familia. Y, lo más importante, había encontrado una mujer asombrosa que lo cuidaría y protegería para siempre.

Se sintió feliz. Y terriblemente asustado.

El caos reinó en la hasta entonces apacible casa durante las siguientes setenta y dos horas. Los preparativos parecieron interminables, pero al fin el gran día había llegado y los nervios de algunos estaban a flor de piel, en especial los de la novia, que se paseaba por su recámara preguntándose, por enésima vez, si estaba haciendo lo correcto.

Unos suaves golpes en la puerta anunciaron la llegada de su acompañante. Cuadró los hombros y respiró hondo.

«Dios mío, no dejes que arruine su vida», suplicó en silencio y abrió a su padre, que la cogió de las manos y lanzó un silbido de admiración.

—Caray, hija, ese sinvergüenza se lleva el premio gordo. Eres la joya más deslumbrante de la corona, y estoy muy orgulloso de poder ir a tu lado por ese largo pasillo. —Se agachó para depositar un tierno beso en su mejilla—. Tu madre estará llorando a moco tendido desde su palco en el cielo, alardeando de su niña bonita. —Las lágrimas se agolparon en los ojos grises, nublados de dolor—. No llores, cielo, hoy es un día de gozo.

—Sí, papa —aceptó con el corazón lleno de incertidumbre.

—Entonces vamos. No queremos que el novio piense que has huido por la puerta trasera.

—Quizá debiera hacerlo —masculló con voz débil mientras permitía que tirara con suavidad de ella. Llevaba la enorme cola del deslumbrante vestido nupcial de color beige recogida alrededor de su brazo izquierdo porque desplegada medía cuatro metros de largo. El amplio escote con forma de ondas dejaba al descubierto su largo y frágil cuello y sus elegantes hombros. Estaba confeccionado en un delicioso encaje tupido y semitransparente que formaba parte de las mangas que llegaban justo por encima de los codos. El cuerpo del vestido hasta las caderas era ajustado como un guante; marcando cada curva sensual de esa figura perfecta, se abría después en una vaporosa falda que por detrás terminaba en aquella espectacular cola. Todo el traje estaba cubierto con un fino encaje de figuras grandes, tan hermosamente bordado que casi daba miedo tocarlo. Luego, solo unos minúsculos guantes abrochados a sus finas muñecas, que dejaban gran parte de sus brazos al descubierto, completaban el conjunto y creaban una imagen en extremo sensual. Mientras se enrollaba una vez más la cola, cansada por el peso, pensó que habría sido mucho más sencillo aceptar la oferta de sus tres damas de honor y dejar que ellas se encargaran de sujetarla tras de sí, pero prefería con creces recorrer el camino hasta la hermosa capilla acompañada tan solo por su padre, ya que sentía que ese momento era solo de ellos.

—¿Sigues teniendo dudas? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Me pregunto si seré una buena esposa —admitió.

—¿Y por qué no ibas a serlo? Te hemos educado para ello —comentó indignado por su falta de confianza.

—Papá, soy ciega. —Él la miró con fijeza. Al rato alzó una ceja, confundido.

—Humm. ¿Y? —preguntó desconcertado.

—¡Pues que no van a aceptarme así como así! —exclamó enfadada.

—¡Cielo santo, niña, no seas boba! Aunque vieses tampoco te aprobarían todos. Ya sabes que el mundo es cruel. Pero tú eres más fuerte que todo eso. Y además a ese muchacho le haces falta.

—¿Tú crees? —Él se detuvo al llegar frente a la puerta abierta de la capilla. La música comenzó a sonar y anunció a los asistentes que la novia había llegado.

—Pequeña, es tu corazón el que está ciego. Ese chico está tan solo y perdido como un cachorro recién destetado y separado de su madre. Y te necesita a ti para que le proveas de una familia. —Alzó las manos y le bajó el delicado velo—. Tengo entendido que ya os habéis puesto con ahínco a la tarea, así que no tardes en dársela. —Por fortuna la diáfana tela ocultó un tanto su rubor, pues era vergonzoso que su padre le restregase el día de su boda que se estuviese acostando con su prometido.

—Papá…

—Nada, nada, cariño. Qué le voy a hacer si tengo dos hijos de sangre caliente. Por supuesto, es culpa de Nadina. Ella siempre fue muy fogosa. —La joven estaba pasmada, intentando cerrar la boca. La música nupcial terminó, y con cierto nerviosismo los músicos empezaron la melodía de nuevo, ante la expectación de los invitados, que se rebullían en sus asientos, intentando atisbar lo que ocurría en la entrada.

—No creo que quiera conocer esos… detalles —aseguró atribulada. Eidrian comenzó el largo recorrido por el pasillo alfombrado en color champagne para esa ocasión, tirando de ella con delicadeza.

—Entonces dedícate a fabricar los tuyos propios. Supongo que con el infame

Insaciable no te será difícil. —La sonora y melodiosa carcajada de la joven reverberó en los altos techos del edificio, y provocó sonrisas disimuladas. A mitad del recorrido ambos se detuvieron, y Reskan salió del lateral donde había estado esperando. Eidrian levantó levemente el pálido velo y, dándole un ligero beso en los labios, procedió después a intercambiar su puesto con su hijo. Así lo habían decidido entre los tres, las dos personas que más quería en el mundo la llevarían al altar. Cuando Helailla estuvo de nuevo agarrada al brazo de otro de los hombres de su familia, procedieron el lento avance hasta su destino final: su futuro esposo.

—Estás espléndida —susurró su hermano con admiración. Ella sonrió con cariño—. Es un hombre afortunado —aseguró mirando hacia el frente, donde el duque esperaba con aparente paciencia la llegada de su novia. Aunque, si uno se fijaba bien en su postura alerta, podía imaginarse que estaba muy dispuesto a salir corriendo tras ella si decidía echarse atrás en el último momento. Ese hombre no iba a dejar escapar a semejante milagro y lo respetaba por ello.

—Oh, sí, una esposa invidente es un regalo caído del cielo —musitó ella con sarcasmo.

—Una mujer hermosa, inteligente, divertida, generosa, valiente, apasionada, orgullosa e independiente, entre otras muchas virtudes. —Apretó su brazo con suavidad—. Lo malo es que es estúpida —dijo en tono malhumorado. Helailla tropezó, pero, sujetándola de inmediato, él impidió que perdiera el paso—. Y no es capaz de reconocer que ese hombre bebe los vientos por ella tanto como ella se desvive por él. Gracias a Dios, el destino se ha confabulado para juntarlos porque si lo deja en tus manos… —Por fin habían llegado, y el rey la depositó junto a su prometido.

Keylan la miró de reojo, impresionado por su serenidad cuando él estaba a un paso de la histeria. Estaba deslumbrante con aquella maravillosa creación de encaje y organza de seda, y el liviano velo de tul sujeto por una fastuosa diadema cuajada de diamantes solo contribuía a darle un toque exótico lleno

de misterio. En esos momentos sentía tal orgullo por estar a punto de ser el poseedor de tan tremendo tesoro que pensó que podría reventarle el pecho. Su princesa. Prefirió no analizar cómo aquella muchachita se había apoderado de todos sus sentidos y opacado con su luz el resto de su existencia. Ella sería el centro de su vida, supuso, hasta que desapareciese la novedad. Pero mientras llegase ese momento, tenía la firme resolución de disfrutarla plenamente. Se obligó a prestar atención a las palabras del sacerdote o terminaría perdiéndose por completo la ceremonia.

Cuando esta finalizó convirtiéndolos en marido y mujer, una sensación de irrealidad invadió a la joven, sin apenas poder creer que hubiese dado el paso que juró que jamás llevaría a cabo.

Sintió los brazos de su esposo deslizarse por su cintura y atraerla hacia su duro torso, y se dispuso a recibir su primer beso como mujer casada. Pero nada podía haberla preparado para el tumulto de sensaciones que aquel hombre posesivo y dominante le provocó con su abrasador, juguetón y subyugante beso, carente de clemencia, que pretendía marcarla a fuego con sus iniciales, reclamarla como suya ante todos, hacerle saber, de manera inequívoca, que a partir de ese momento era su dueño y señor.

Todo su ser se rebeló ante aquel dominio, no le gustaba ser capturada como una esclava, aunque fuese en las garras de la pasión. Quería reivindicar su derecho a ser una persona individual, independiente de ese bruto arrogante y despótico, pero sus besos ardientes no le permitían pensar. El hecho innegable era que después de diez días de absoluta privación en materia de sexo, ardía porque llegase la noche de bodas.

Algo así estaba cavilando Keylan mientras sumergía su lengua una vez más en la dulce boca de su esposa, solo que sus pensamientos eran algo más obscenos y vulgares que los de la muchacha. Se había contenido durante las tres últimas noches en parte porque la casa estaba llena hasta arriba de familiares políticos que lo vigilaban con ojos de halcón, precisamente para que no tuviese ocasión de colarse en ningún dormitorio que no fuese el suyo.

Además, también había querido mostrarle a la joven un tonto respeto, probándole que era muy capaz de esperar a estar casados para volver a hacerla suya. Y ahora prácticamente iba a hacerlo en el altar sagrado de la pequeña capilla, mientras el sacerdote escupía agua bendita y todos los invitados miraban indignados. Sin embargo, no era capaz de despegar su boca de aquellos deliciosos e incitantes labios de coral. Unos toscos golpecitos en su brazo llamaron su atención, aunque los ignoró con tenacidad. Pero el susurro furioso en su oído fue más difícil de obviar.

—Contente un poco, desgraciado, al menos hasta que estéis en algún rincón donde no podamos veros ninguno. —Keylan suspiró para sí y comenzó a separarse con mucha renuencia porque, si no lo hacía, sabía que su cuñado se abalanzaría sobre él y lo separaría de su hermana, aunque fuese a puñetazos. Respondió con una sonrisa ladeada a la mirada asesina de todos los parientes masculinos de su mujercita, y a la de breve reproche mezclada con regocijo de Kana.

—Haciendo amigos, ¿eh? —le recriminó su princesa dorada. La miró, toda rubores y labios hinchados, y como siempre sintió aquel familiar calorcillo apoderarse de su corazón.

—Ya sabes que por ti haría cualquier cosa, cielo. Incluso aguantar a tu detestable familia —respondió irónico.

—Ya. Vayamos a la casa a tomar algo, a ver si conseguimos calmar los ánimos —comentó en tono seco tendiéndole la mano, que él se apresuró a colocar sobre su brazo. Con una sonrisa que aún le tironeaba de los labios, precedió la marcha con su dama a su lado, seguidos por los demás.

Un rato después, las copas de *brandy* y *whisky* consiguieron que los ceños fruncidos comenzasen a desaparecer y el ambiente se distendiese, con lo que pareció más la fiesta que era. El incidente del incendiario beso se había disipado, y las palmadas de felicitación y las risas se escuchaban por doquier.

El aviso de la comida llegó y todos se dirigieron al comedor dispuestos a disfrutar de la fastuosa sucesión de platos elaborados con maestría para la

feliz ocasión.

Helailla se sumó a la algarabía general con prudencia, pues sabía que la burbuja de felicidad solo era temporal, ya que cuando abandonara aquel refugio empezaría lo difícil, pero poner cara larga poco después de celebrar la ceremonia tampoco parecía muy apropiado, así que compuso una sonrisa forzada y picoteó un poco de cada plato que le sirvieron.

Keylan la observaba distraído, consciente de su aire frío y distante. Su actitud lo picaba más que si estuviese revolcándose entre ortigas. ¿Tan desdichada se sentía que nada más pronunciar el «sí, quiero» ya se mostraba taciturna y pesarosa? Maldición, aquello iba a ser más difícil de lo que había supuesto, pensó, sintiendo cómo su ánimo se ensombrecía mientras la imagen de un funesto futuro junto a una esposa renuente llenaba cada rincón de su corazón.

—Tan solo está asustada y nerviosa —escuchó por encima de su cabeza. Echó una mirada sobre su hombro y vio pasar a Reskan por detrás suyo, dirigiéndose al aparador a servirse otra ración de tarta de limón, ya que al terminar con los platos fuertes habían prescindido del servicio para darle a la reunión un toque más informal e íntimo. Con el plato en la mano, y metiéndose una cucharada del delicioso postre en la boca, le dedicó una mirada fija, llena de elocuencia. Keylan captó el mensaje al vuelo y, dejando la servilleta sobre la mesa, se disculpó con su mujer y se levantó en busca de uno de sus ansiados cafés, para acaparar después otro buen trozo de pared en una postura idéntica a la de su cuñado, tan típicamente arrogante entre los hombres.

—¿Por qué crees que se siente así? —preguntó a bocajarro sin comprender.

—No seas necio —contestó el otro, lacónico.

—No serán nervios virginales —comentó en tono socarrón. El rey entrecerró los ojos ante el desatinado comentario.

—Es de suponer que no —aceptó hosco.

—¿Y entonces? —insistió.

—¿De verdad que no lo imaginas? —El duque abrió la boca para decirle a

ese idiota que se dejase de adivinanzas, pero Kana apareció frente a ellos con actitud de fingida sospecha.

—¿Qué hacéis aquí, tan serios? —Reskan se deslizó, sinuoso, por su cintura, y olisqueó su cuello con fruición.

—Salvando al mundo, querida.

—Sí, pero ¿de quién? —preguntó alzando una ceja burlona.

—De nosotros mismos, claro —contestó adelantándose a las palabras de la joven, que sonrió satisfecha; metiendo un dedo en la tarta amarilla, lo lamió con expresión dulce mientras sus ojos no se despegaban del semblante ansioso de su esposo. Keylan pudo escuchar con claridad el gruñido insatisfecho del hombre mientras los sagaces ojos azules grisáceos descendían por el atrevido escote que apenas escondía los esplendorosos senos femeninos. Cuando volvieron a subir, brillaban como relámpagos en la noche—. Si nos disculpas, Storn, mi esposa y yo vamos a jugar a la criada y el amo en nuestro dormitorio. Siempre y cuando consigamos llegar hasta allí —graznó con voz espesa.

—¡Reskan! —gritó Kana, con seguridad muy avergonzada, a juzgar por su rostro arrebolado—. ¡Esta vez me toca a mí ser la señora y a ti el mozo de cuadra! —se quejó e hizo sobresaltar al duque, que se atragantó con el café. El rey le dio una palmada en el trasero a su mujer, a lo que ella respondió con una sonrisa traviesa.

—Cielo, seré todo lo que tú quieras si nos vamos ahora mismo. —Y guiñándole un ojo a su cuñado la pareja se marchó de allí rauda y veloz, sin preocuparse demasiado por el hombre que se quedó pasmado junto al aparador. Cuando se recuperó un poco, sintió una envidia sana y buscó con la mirada a su dama, que mantenía una animada conversación con Vinetta, la esposa italiana de su primo Osian. Debía reconocer que el amor traía consigo ciertas ventajas si era recíproco, recapacitó para sí, aunque conseguir el equilibrio que aquella pareja tenía era lo realmente complicado. Pero mientras observaba el rostro sonrosado y la sincera sonrisa de su mujer, se juró que no

se conformaría con menos. Quería que su esposa lo amase.

Las siguientes dos semanas resultaron ser un torbellino de actividad. Recoger todas las pertenencias de Helailla, así como los enseres y mobiliario que consideraba indispensables para su futura estancia en la residencia familiar, supuso un esfuerzo para todos. Por suerte, salvo los dos primos casados, que hacía tiempo que se habían marchado a sus respectivas propiedades, el resto de los Cetriar seguía en Oscuridad, echando una mano en todo cuanto era necesario.

Aunque estaba deseoso por llegar a Storncrass, debía reconocer que aquellos días extras le habían servido para conocer más en profundidad a todos sus nuevos familiares. De hecho, aunque le gustaban todos, se había hecho con un par de buenos amigos entre aquel variopinto grupo.

Por supuesto estaba Dariel, con el que había congeniado desde el principio y al que ya consideraba como el hermano que nunca había tenido. Además, su enorme finca se hallaba en Vadia, como las del resto de los primos, por lo que estaba bastante cerca de ellos y podrían seguir alimentando aquella fuerte amistad.

Otro de sus favoritos había resultado ser Briadan. Supuso que era inevitable, siendo el hermano pequeño del conde. Dio gracias a que su mujer fuese en realidad su prima, porque el hombre era un enamoradizo sin remedio y ahí donde ponía el ojo, ponía la… bala.

Y por último estaba el bueno de Álathan, Alan para los amigos. Quizá su primer nexo de unión había sido que compartían el mismo título, pero después su carácter bromista y risueño, y la chispa de buen humor que siempre embargaba sus ojos verdes obligaban a hacerle un hueco en el corazón.

También, de forma bastante sorprendente y contra todo pronóstico dado el mal comienzo que habían tenido, había terminado encajando con Reskan. Su carácter fuerte y autoritario, pero a la vez abierto y sin prejuicios, le causó una

rápida afinidad. Era un hombre leal y sin artificios, que te apoyaba hasta el final si te consideraba digno de su confianza. Todas cualidades que él sabía apreciar.

La verdad era que todos conformaban una familia asombrosa, y él estaba tremendamente agradecido de haber ido a parar entre ella y haber sido aceptado con tanta facilidad por todos sus miembros, sin excepción alguna.

Incluso su suegro lo miraba con otros ojos. Claro que llevaba más de quince días intentando congraciarse con el viejo cabrón, y si estaba funcionando era porque se había enterado de que tenía una mente ágil para los negocios y estaba compartiendo con él algunos de sus secretillos. Era un bastardo listo el rey, pero le caía bien y adoraba el suelo que pisaba su hija, así que supo que mientras la tratara bien se llevarían a las mil maravillas.

Despedirse de ellos fue harina de otro costal. A él le dio una pena tremenda decirles adiós a sus nuevos amigos porque sabía con exactitud lo que se encontrarían cuando llegaran a casa, pero Helailla… Inevitablemente le costó unas cuantas lágrimas separarse de todos, sin embargo, lo más duro fue cerrar por completo la propiedad. De hecho, una vez que llegó el momento de subirse al carruaje, siendo ya los únicos que quedaban en la mansión, aparte de un mínimo de criados para mantenerla, no pudo encontrarla por ninguna parte. Preocupado por dónde podía estar, volvió a subir las escaleras y fue abriendo las puertas de todos los cuartos sin hallarla. Cuando llegó a su dormitorio, se fijó en que las femeninas cortinas se balanceaban al ritmo de la suave brisa, evidencia de que la puerta de la terraza estaba abierta. Entró y, dirigiéndose hacia allí, vislumbró el volante rosa de su falda mientras se acercaba. Como siempre ella se percató de su presencia aún antes de que accediera al exterior.

—¿Estás bien? —preguntó al observar su tez pálida y la expresión seria y tensa que mostraba.

—Sí, solo estaba… despidiéndome —contestó con la voz endurecida. Keylan endureció el semblante. No era la primera vez que se daba cuenta de que en los últimos tiempos ella parecía estar cambiando, volviéndose más

como era cuando llegó él, y esa cuestión lo preocupaba mucho, pues no quería que su esposa fuera esa mujer, sino la muchacha cálida y alegre que le daba sentido a su vida.

—No vas a perderla, cariño. Podemos volver de vez en cuando, siempre que nuestras obligaciones nos dejen tiempo para ello.

—¿Me permitirás regresar? —La nota de asombro que tiñó su voz le escoció de veras.

—Por supuesto. Comprendo que le tienes un cariño especial a este sitio, y además yo no soy tu amo. Sé que el matrimonio anula casi por completo los derechos de una mujer y la deja bajo el dominio de su marido, pero cuando te ofrecí mi nombre lo hice sabiendo que alguien con tu carácter e independencia no podría vivir bajo esa premisa, y que debíamos sentar nuevas bases. —Los ojos femeninos mostraban con claridad su desconcierto y le alegró ser capaz de descolocarla. Supuso que el tiempo y la convivencia anularían esa capacidad algún día—. ¿Me equivocaba, señora? ¿Estás contenta con dejarte llevar? —dijo en tono monocorde.

—Y un cuerno —contestó tajante, como a ella se le daba tan bien. Su marido sonrió, encantado de ver su viejo espíritu. Ella enlazó su brazo con el de él y con suavidad lo forzó a dar la espalda al extenso paisaje que representaba su propiedad, dejándose envolver por la cantidad de recuerdos vividos allí antes de guardarlos para siempre en su corazón y dejar marchar la pena y el temor con un dulce beso, puesto que tan solo se trataba de un hasta luego.

# Capítulo 7

«Por fin en casa», suspiró aliviado. Después de casi mes y medio de un agotador viaje, repleto de pequeños percances y esperados retrasos, de nuevo pisaba suelo propio.

«Ah, no hay nada como el hogar», pensó con cinismo, pues con todas sus comodidades, que eran muchas, aquel mausoleo nunca había representado un verdadero hogar para los hermanos Lorian, razón por la cual Iriana siempre había preferido quedarse en el internado en lugar de visitarlo por vacaciones.

«Quién puede culparla», meditó sombrío, intentando no concentrarse en la cantidad de recuerdos dolorosos que allí se arremolinaban, así como en los oscuros secretos que se ocultaban tras los gruesos muros.

Frunció el ceño al rememorar las reacciones del servicio al presentarles a la nueva señora de la casa. El evidente desconcierto de unos, el leve reproche de otros, incluso el socarrón aire de superioridad de los más idiotas, lo desconcertaron en un principio y lo pusieron furioso después. Se anotó mentalmente reunirlos a todos en breve y llamarlos al orden prometiéndose que el que no colaborase iría de patitas a la calle.

Se cuestionó si ella lo habría notado. Supuso que sí, dada su increíble perspicacia, y, aunque no había mostrado ninguna evidencia de ello, lamentó que la hubieran herido.

En ese momento, mientras salía de la humeante bañera algo más relajado y tras enfundarse en su acogedora bata de grueso terciopelo negro, saboreaba

una copa de excelente vino tinto. Se preguntó si su dulce mujercita se estaría entregando a los mismos placeres que él, y su siempre dispuesta verga se alzó hambrienta ante la perspectiva de un poco de sexo fuera de horas. Se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta de comunicación entre ambos cuartos, pero se detuvo con el picaporte en la mano.

—¿Está la señora en su dormitorio? —le preguntó a Durin, su ayuda de cámara, por encima del hombro. El hombre bajito y delgado como un junco había sido uno de los pocos que se había mostrado realmente entusiasmado con la nueva duquesa y, cuando se enteró de que además era una princesa, no había cabido en sí de gozo. Había sido su fiel servidor desde hacía ya trece años, cuando empezó siendo su preceptor. En ese instante lo miraba un tanto afligido y supo que la respuesta no iba a gustarle.

—Sí, Excelencia. Ha dado órdenes expresas de que no se la moleste. —Keylan se preguntó si esa directriz también se le aplicaba a él. Después de un minuto entero mirando con intensidad el picaporte, lo soltó y se dirigió hacia su vestidor. Soltándose el cinturón, encogió un hombro en un gesto natural, de forma que la bata cayó con fluidez por su espalda y caderas hasta formar un charco a sus pies. El viejo Durin se apresuró a recogerla y a colgarla. Keylan se sentía disgustado, pero aplastó la irritación con decisión, ya que tenía demasiadas cosas de las que encargarse y no podía pasarse el día ocioso. Así que olvidó el tema con rapidez y se lanzó de lleno a los numerosos asuntos que requerían su atención.

Helailla lo escuchó salir y respiró aliviada. Había temido que quisiese verla, pero suponía que estaba demasiado ocupado para preocuparle si se encontraba cómodamente instalada. Aún le escocía el frío recibimiento del personal, que había estado muy lejos de ser servicial o siquiera cordial.

Por supuesto, se lo había esperado, ser criado de una señora ciega rebajaba la categoría de la servidumbre a ojos de esta, pero no hacía que doliese

menos. Por eso se había marchado a Oscuridad, para no tener que enfrentarse al rechazo de los demás mientras juntaba las piezas de su vida que el accidente había desparramado por doquier. Después, todo se había vuelto demasiado cómodo y conocido para querer cambiarlo.

Sin embargo, Reskan y Keylan la habían obligado a volver a empezar. Y se sentía acobardada y muy cansada para un cambio tan drástico.

Podría decirse que gran parte de la culpa era suya por sucumbir con tanta facilidad a los placeres de la carne, pero era muy consciente de que su hermano la habría sacado de allí con su himen intacto o sin él.

El problema era que no conocía en absoluto a su marido. En Oscuridad, en un entorno controlado por ella, le había parecido amable y educado, provisto de paciencia y sensibilidad. Alguien que la comprendía, aunque también había vislumbrado su arrogancia, su carácter y su determinación, tan propios de los hombres de su posición. Había pensado que podría vivir con alguien tan complicado como él, ya que ella misma era tremendamente compleja.

Pero estaban en sus dominios, donde todo era desconocido e inquietante, y ese era el mayor problema al que se enfrentaba en aquel momento. No solo tendría que plantar cara a un servicio descontento, sino también a una descomunal casa, dos veces más grande que la suya, con la que no estaba familiarizada. Había tardado meses en habituarse a su propia mansión, aprenderse sus medidas, su distribución, la colocación de cada mueble, cada maldita columna y pasamanos… Y eso con la ayuda del personal. Ahí no tenía a nadie. Ni siquiera a su esposo.

Se dejó caer en la silla que había colocado a tres pasos de la pared de la ventana y hundió los hombros, por un momento agotada y vencida. Recordaba con claridad lo desalentada que se había sentido cuando llegó a Oscuridad, perdida en un mundo repleto de sombras, carcomida por la incertidumbre y el miedo. Claro que entonces acababa de ocurrirle el accidente, un año después contaba con más experiencia y determinación para hacerse un hueco en ese lugar. A fin de cuentas, aquel iba a ser su hogar a partir de entonces.

Enderezando la espalda se levantó y con resolución empezó a contar los pasos que había hasta la puerta.

Después de dos semanas Keylan estaba exhausto. Parecía mentira lo que seis meses de ausencia podían ocasionar en su metódico y estructurado orden en Storncrass. Aunque su eficaz administrador se había manejado con diligencia, había un sinfín de cuestiones y problemas menores de los que ocuparse: aldeanos que discutían unos con otros, animales que se ponían enfermos o morían, casas que precisaban reparaciones urgentes, puentes que se venían abajo, vecinos con quejas varias o, al contrario, su propia gente que protestaba contra los habitantes de los alrededores, cosechas que corrían el riesgo de echarse a perder… Además de inconvenientes similares en el resto de sus propiedades.

Se tiró en su sillón favorito y se percató de que hacía falta tapizarlo de nuevo. Pasó los dedos por la piel desgastada y cuarteada por algunas partes, signos del uso frecuente que hacía de aquella pieza.

Suspiró, sin fuerzas para nada más. Realmente estaba agotado. No había parado desde el amanecer, cuando había salido con el capataz a valorar la reconstrucción de media docena de casitas donde vivían sus labradores. Cuando hubieron estimado los materiales y mano de obra necesarios, y estudiaron la forma en que estos iban a pagarle los arreglos –puesto que no disponían de dinero para afrontar dicha reforma–, su hombre se marchó a buscar todo lo que precisaban. Él se había quedado a echarle un vistazo a los extensos huertos y campos de cultivo, aceptando con gestos de asentimiento los consejos de los campesinos para mejorar las tierras y las cosechas.

El encargado regresó con media docena de tipos fuertes y varios carros cargados hasta los topes de herramientas y materiales, y él se deshizo del pañuelo y la chaqueta, así como del ajustado chaleco, se arremangó la camisa hasta los codos y se puso manos a la obra como todos los demás. Salvo una

leve parada para comer algo de queso y carne –eso sí, rociados de buena cerveza fría–, no descansaron hasta que el sol desapareció tras el horizonte y ya no pudieron verse la punta de las botas. Menos mal que para entonces la tarea estaba finalizada y las seis casas, como nuevas, con sus felices ocupantes tan reventados como él, pero con una enorme sonrisa de agradecimiento en la cara.

Aunque quiso volver a la mansión a darse un buen baño caliente que desentumeciese sus doloridos músculos, no pudo resistirse a las ansiosas miradas de los aldeanos, que lo invitaron a unirse a una cena al aire libre, como muestra de gratitud.

En ese momento, mientras sentía cómo las garras del agotamiento y el sueño tiraban de él hacia la inconsciencia más absoluta, se preguntó por un breve instante, como le ocurría de vez en cuando, dónde y qué estaría haciendo su esposa.

Suponía que ya tendría la casa bajo sus diestras y firmes riendas, y que estaría muy ocupada, puesto que apenas se había cruzado con ella un par de veces en las dos semanas que llevaban allí.

Recordó entonces su intención inicial de reunir al personal, pero con tantos frentes abiertos aquella idea había sido enterrada en su subconsciente, sin quererlo.

Seguro de que ya no era en absoluto necesario, se dejó arrastrar por el cansancio, dudando sobre cuándo había sido la última vez que le había hecho el amor apasionadamente a su encantadora mujer. No fue capaz de recordarlo.

A la mañana siguiente se levantó de muy mal humor. Debía reconocer que pasarse toda la noche durmiendo sentado en un sillón no era como para sentirse exultante. Habría preferido con mucho hacerlo abrazado al cuerpo calentito de Hela, después de una maratón sexual, pero parecía que esas «alegrías» habían quedado en el olvido. El Insaciable había muerto. Si llegaba

a oídos de sus amigos, no podría conseguir detener sus bromas en varios meses. Incluso le parecía escuchar ya sus risas por encima de su hombro.

Mientras con ceño sombrío se tomaba un segundo café a la vez que se ponía una chaqueta de ante marrón oscuro, atravesando a toda prisa un largo pasillo, se prometió que regresaría en un par de horas para llevarse a su dama de picnic. Realmente, la echaba de menos. Y debía restaurar su fama, ganada mediante años de duro esfuerzo por las camas de medio mundo.

Helailla estaba cuestionándose si debía rendirse de una dichosa vez.

Aquel mausoleo en el que estaba prisionera de su ceguera le parecía cada vez más enorme y apabullante, y se encontraba perdida en una maraña de habitaciones y salas, interminables pasillos y enormes salones, todo repartido en incontables plantas.

Llevaba días recorriendo aquel laberinto, intentando memorizarlo, pero a esas alturas los números ya no significaban nada para ella, se mezclaban unos con otros, al igual que las decenas de estancias por las que había ido pasando.

Se sentó en el suelo de una de ellas, sin importarle de cuál se trataba, sintiéndose más sola que nunca en su vida, incluso más que cuando ocurrió la tragedia. En aquel momento todos sus parientes se habían volcado en ella y la habían protegido del mundo e incluso de sí misma. La servidumbre la había ayudado en todo, pues llevaban años al servicio de una u otra rama de la familia, pero ahí estaba del todo desarraigada; salvo dos o tres criados que la trataban bien, incluido Durin, y los que había traído consigo de Oscuridad, el resto seguía mirándola por encima de la nariz.

Dios, cómo echaba de menos a Reskan, al cascarrabias de su padre, a Dare y al resto de sus primos. Suspiró, en medio de un sollozo entrecortado. Lo que daría por tener a Kana allí, y a Marga y a Vinetta. Así no se sentiría tan terriblemente desamparada.

Pensó una vez más en Keylan, aquel perro traidor que la había llevado allí

solo para dejarla tirada como un objeto viejo, ya olvidado. Apenas lo había visto en las dos semanas que llevaba viviendo en Storncrass. Se levantaba al alba y llegaba vete a saber cuándo. Ni siquiera aparecía en las comidas. Y del sexo mejor ni hablábamos. Ese hombre suyo, que tan solo unos días antes la había dejado baldada con jornadas interminables de lujuria y desenfreno, en la actualidad parecía haber perdido todo su interés por ella como mujer. Insaciable. ¡Ja! Si apenas la había buscado en dos ocasiones, ambos encuentros rápidos que, aunque la satisficieron porque era un amante experimentado, la dejaron con ganas de más. Pero él se había marchado nada más terminar, supuso que a su propia habitación, como si no quisiera compartir la suya salvo para saciar su apetito carnal.

Por supuesto, aquello no era lo que había esperado de su unión con Keylan.

Abrazándose las rodillas con manos temblorosas, al fin se permitió dar rienda suelta a la vorágine de sentimientos que invadían su alma rota, ganando la soledad, el sentimiento de traición, el dolor y el miedo. Las lágrimas que nublaban sus preciosos ojos grises cayeron sin freno por sus mejillas, y los gemidos angustiados habrían destrozado el corazón de más de uno si hubiese habido alguien para escucharlos.

Keylan azuzaba al caballo con ansiedad. Estaba impaciente por llegar a casa y darle una sorpresa a su mujer. Supuso que tendría que haber avisado de que volvería pronto y que pretendía celebrar un almuerzo íntimo al aire libre, pero, como no había estado seguro hasta el último momento de que podría conseguirlo, había preferido callar.

Cuando llegó, le extrañó sobremanera encontrarse los establos completamente vacíos, cuando siempre podía cruzarse con varios mozos que repartían heno, arreglaban arneses, limpiaban... e incluso al viejo Morley, el jefe de cuadras, que andaba de un lado para otro supervisando a los chicos o cuidando a los excelentes purasangres.

Le molestó tener que pararse a quitarle la montura a Talos una vez que lo instaló en su box, y proporcionarle avena y agua fresca, prometiéndose que averiguaría más tarde el porqué de la deserción de los hombres.

Recorrió a grandes zancadas la distancia hasta la mansión y casi chocó con la puerta cuando nadie se apresuró a abrirla a su paso. Miró la estructura rectangular de madera con absoluto pasmo, incapaz de creerlo. Pasados unos instantes, entrecerró los ojos en actitud amenazante, fijos en la aldaba negra. ¿De verdad iba a tener que llamar para entrar a su propia casa? Conteniendo un gruñido lo hizo, y el sonido metálico reverberó en el silencio extraño de la mañana. Nada. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, indeciso. Casi echando humo por la nariz, cogió el pomo y lo giró. Exhaló aliviado, la maldita estaba abierta. Entró como una tromba, dispuesto a poner al responsable en su sitio. ¡Pero allí no había nadie! ¿Qué estaba ocurriendo, por el amor de Dios? Empezó a recorrer las estancias de los criados, buscando una explicación a aquella locura, pero todo estaba desierto, la sala de costura, la lavandería… ¡Incluso las cocinas!

De repente pensó en Hela y salió disparado hacia la zona noble. En la planta baja no la encontró, a pesar de que entró en cada estancia, pero cuando subió a la primera planta se detuvo de golpe al final de las escaleras. Allí era imposible no escuchar los horribles sonidos procedentes de algún lugar del final del corredor. Supo de inmediato a quién pertenecían los desgarradores gritos. Su primer instinto fue echar a correr en su busca, pero estaba petrificado, con su mente paralizada de terror, desconociendo lo que iba a encontrarse cuando al fin la hallara.

Pudo convencer a sus piernas para que se pusieran en movimiento, un paso tras otro, mientras el lastimoso llanto proseguía, aumentando de intensidad según se acercaba a su origen.

Cuando localizó dónde estaba, él mismo dejó escapar un gemido de angustia, sintiendo cómo su corazón martilleaba con fuerza contra su pecho.

«No es posible que ella lo sepa», se aseguró atormentado mientras se

forzaba a llegar hasta la puerta que llevaba once años sin atravesar y la abría a pesar de haber cerrado los ojos en un esfuerzo por sellar también el paso a los recuerdos.

Las cortinas echadas cubrían de sombras y oscuridad la habitación que una vez había ordenado a todos no tocar. Aun así, pudo ver a Hela hecha un ovillo en una esquina, entre la cama de su madre y la pared. Sin mirar a su alrededor, con la vista siempre fija en el pequeño bulto que se estremecía sin control, dirigió sus rígidas piernas hacia su destino. Cuando llegó hasta ella, se quedó de rodillas a su lado, temeroso durante unos segundos de tensión extrema. Después, con un gesto de infinita pena, se sentó en el suelo y, cogiéndola en sus brazos, la sentó en su regazo y la abrazó con fuerza, cerrando los ojos en muda agonía. Podía sentir el sufrimiento de su mujer como propio, tan intenso y palpable era su dolor. Aunque la necesidad por saber lo que la había llevado a ese estado lo apremiaba, se limitó a sostenerla contra su cuerpo traspasándole parte de su calor, ya que estaba helada, y a acariciarle con ternura la espalda, los brazos, la cabeza y el pelo, en un intento desesperado por tranquilizarla.

Al menos estuvieron así una hora, hasta que los sollozos se convirtieron en afónicos gruñidos, pues se le había quebrado la voz y tenía la garganta en carne viva. Parecía un animal herido, caído en una trampa que no había previsto, y él no podía soportar verla así. ¿Qué había ocurrido para causarle aquello cuando todo parecía marchar tan bien? «¿Y cómo sabes tú qué va bien y qué no si has estado ausente durante dos puñeteras semanas?», lo acusó su conciencia, que de repente no dejaba de atormentarlo.

—Dime qué ocurre, Hela —susurró al fin, sin poder aguantar más. Ella no reaccionó, ni mental ni físicamente. Se limitó a permanecer allí, como si estuviese reuniendo fuerzas para alejarse de él. Aumentó la presión del abrazo para evitarlo.

—¿Ahora te interesa? —Su voz fue un ronquido apenas entendible.

—Siempre me ha importado. —Su mujer lo empujó del pecho en claro

rechazo, pero no le permitió marcharse—. ¿Qué ha hecho que te pongas así? —insistió.

—Nada, suéltame.

—Ni lo sueñes. No hasta que me lo digas. Necesito entenderlo…

—¿Tú necesitas? —lo cortó enfurecida. Su cólera prácticamente iluminaba el dormitorio—. ¿Has pensado en mí en estas dos semanas, Keylan? ¿En lo que *yo* podría precisar?

—Todo esto es tuyo. Y estás acostumbrada a manejar una casa con criados. Sé que estos al principio se mostraron algo sorprendidos por tu… condición, pero a estas alturas ya habrás sabido imponerte. —El opresivo silencio que siguió a su afirmación lo puso en guardia al momento—. ¿No? —preguntó dubitativo.

—No —contestó cortante—. Sobre todo, cuando mi marido, el amo y señor del castillo, no ha estado aquí ni un minuto desde que nos instalamos para apoyarme, y se ha limitado a dejarme en el vestíbulo junto a sus baúles. Eso es lo que ha visto la servidumbre, Key, aparte de un ama ciega, por lo tanto, con taras.

—¡No digas eso! —la amonestó furioso—. ¡A ti no te pasa nada malo! Yo… iba a reunir al servicio para advertirles que no toleraría ninguna falta de respeto hacia ti, pero… —Se pasó una mano por el pelo, en actitud contrariada.

—¿Se te olvidó? —le recriminó.

—Maldita sea, Hela, estoy dejándome la piel por cuidar de todo y de todos —se quejó ofuscado.

—Menos de tu esposa —lo acusó. Por fortuna, ella no podía leerle la expresión. Porque tenía razón. A ella la había abandonado a su suerte, creyendo que su fiera guerrera podría con un batallón de ignorantes sirvientuchos y una casa vieja, pero era obvio que no había sido así.

—Cariño, lo siento, de verdad. Entre antes de llegar a Oscuridad y el tiempo que he pasado contigo allí, he estado ausente durante seis meses. No sé cómo,

pero los problemas se han acumulado y apenas he tenido un respiro desde que pusimos un pie en la puerta. No obstante, siempre me ha importado todo lo concerniente a ti. Lamento de veras haber dado la impresión de que no es así. —Acarició su mejilla con dulzura, restregando las lágrimas que aún rastrillaban esa piel de porcelana.

—No importa. —Ella giró la cabeza para romper el contacto. Porque sí importaba, importaba mucho y él lo sabía.

—¿Dónde están los criados? —preguntó al fin.

—Les he dado el día libre.

—¿Qué? —Keylan no podía salir de su asombro, intentando comprender por qué haría una cosa así—. ¿A todos? —Su esposa se limitó a asentir con la cabeza—. ¿Incluso a los mozos de cuadra, al herrero, a los jardineros, a…?

—He dichos todos, ¿no? —se justificó enfadada. El duque dejó pasar un momento.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo en tono neutro.

—Supongo. Al fin y al cabo, se trata de tu personal.

—Nuestro servicio, querida. No lo olvides. —Ella hizo un gesto vago con la mano, pero se mantuvo en silencio—. ¿Y? —presionó cuando fue evidente que no tenía intención de contestar. Entonces la joven encorvó los hombros en una actitud muy diferente a la que solía mostrar de forma habitual y soltó un suspiro apesadumbrado.

—Me está costando mucho hacerme con la casa con ese enjambre pululando siempre por los rincones, así que los he mandado a hacer gárgaras para que me dejasen en paz, aunque sea por un día —admitió al fin con la cabeza gacha.

Keylan la miraba con fijeza. Después sus ojos se fueron aclarando, según entendía el significado de sus palabras. ¿Cómo había podido ser tan rematadamente tonto? El único ciego que había allí era él. En Oscuridad, Helailla se comportaba como una persona normal, que sabía en todo momento por dónde debía caminar para evitar chocarse, pero aquello le habría supuesto semanas, con probabilidad meses de entrenamiento. Aprenderse la

distribución de la casa, tomar medidas exactas de las habitaciones, saber cómo estaba amueblada cada sala, conocer los jardines, el invernadero, los establos, el pueblo, el camino de ida y vuelta hacia este… Por descontado, ahí todo era nuevo para ella y, si no contaba con la servidumbre, con ningún miembro de la familia ni con su marido… entonces estaba sola. Adivinó que era eso lo que había querido advertirle Reskan el día de la boda, algo que a su hermano le había parecido tan obvio, pero que él no había sabido ver. Reconoció que había tardado bastante en venirse abajo en aquellas circunstancias, y se maldijo por haberla sacado de su seguro refugio y haberla expuesto a aquello, con lo que ya había pasado. Storncrass y todas sus vicisitudes le habían supuesto una gran carga durante su llegada porque se habían ido acumulando durante meses, pero Helailla, como su esposa, se había convertido, como mínimo, en una de sus primeras responsabilidades, y debía cuidarla y protegerla como el tesoro delicado y precioso que era para él. ¿Acaso no había presentido que ella lo necesitaba y por eso la había escogido de entre todas las mujeres, aún a pesar de saber que sería peligroso convivir con aquella muchacha inteligente y curiosa, en lugar de con alguna otra cabeza hueca? Maldición, le había hecho daño de verdad, y debía encontrar una manera de solucionarlo o aquello podría crear una fisura en su recién estrenado matrimonio, y no estaba dispuesto a permitirlo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó con voz dulce—. Podemos empezar con las habitaciones que se utilizan. En este caserón hay docenas de salas que no se han usado en años y de las que no debemos preocuparnos…

—No, gracias, estoy cansada. Pasaré el resto del día en mi dormitorio.

—Hela…

—Lo haré a mi manera, Excelencia, siempre me ha funcionado. Dedícate a las responsabilidades de tu propiedad, que tanto te agobian. —Hizo amago de levantarse y él lo hizo por los dos. Con un movimiento fluido se puso en pie con ella en brazos. La depositó en el suelo y la sujetó de la cintura cuando se tambaleó presa del mareo y la debilidad. Helailla se soltó de un suave tirón y

se arregló el vestido y el pelo con gestos automáticos. El duque hizo un último y desesperado esfuerzo por traspasar los nuevos muros que su mujer estaba interponiendo con rapidez entre ellos y que en ese momento entendía que habían empezado ya en Oscuridad, con toda seguridad previendo aquello.

—Cariño, tengo tiempo. He terminado rápido para disfrutar de un pícnic al aire libre contigo —confesó en tono humilde.

—Qué atento —dijo la muchacha, acariciando su mejilla con suavidad—. El inconveniente de que no me informaras de tus planes es que he despachado a todo el personal, por lo que no disponemos de nadie para que prepare el almuerzo y las cosas necesarias. De todos modos, no tengo ganas y me siento algo… indispuesta, así que, si me disculpas… —Con rapidez, sin darle oportunidad de poner objeciones, se giró y caminó hacia la salida. Antes de que pudiese advertirle, ella chocó con el escabel rosa pálido que su madre solía utilizar a diario. Trastabilló y maldijo en voz muy baja, pero se rehízo de inmediato y abandonó el cuarto.

Key apretó los dientes no solo porque se había deshecho de él con la misma eficacia que con los criados, sino porque por primera vez tenía una prueba visual de a lo que ella se enfrentaba cuando no dominaba la situación. Paseaba la mirada por la habitación mientras meditaba cómo solventar ese nuevo problema cuando se dio cuenta de dónde estaba y un escalofrío le recorrió la columna.

Salió de allí en tres zancadas y dejó que un portazo cauterizara las heridas.

Keylan se paseaba furioso por su estudio, esperando la ocasión de descargar su rabia contra alguien y sabía que ese momento se estaba acercando. Le había dicho a Durin, el primero en llegar después de disfrutar de su día libre *extra*, que reuniese a toda la servidumbre de la propiedad en el enorme salón. Las cejas del ayuda de cámara se habían alzado, sorprendidas, ya que el servicio de la casa era muy numeroso, pero si a eso le añadían el personal del exterior,

la cuenta ascendía al menos a un par de cientos. Daba igual, todos cabrían en el salón. Y, si no, que se repartiesen por el vestíbulo, su voz se escucharía en toda la maldita casa.

Mientras miraba las sombras alargadas que el atardecer iba dejando a su paso, se preguntó, por enésima vez, qué estaría haciendo su esposa encerrada en su dormitorio. Había preparado con torpeza unos emparedados y un té que reconoció ante sí mismo que sabían a rayos y se los subió en una bandeja con una hermosa rosa rosada dispuesta con todo primor como ofrenda de paz. Pero no contestó a sus llamadas a la puerta ni a sus posteriores ruegos, horas después, cuando volvió a acercarse y comprobó que la comida seguía en el suelo. Se le ocurrió entrar por la puerta que comunicaba las dos habitaciones, pero prefirió no comprobar si también había atrancado ese acceso con algún inútil método de disuasión como una silla o similar. Eso lo hubiese sacado definitivamente de sus casillas.

Se giró cuando los suaves golpes anunciaron a su ayudante.

—Todo el personal se encuentra donde ha indicado, Excelencia.

—Ya era hora —gruñó mientras rebasaba al hombre y se dirigía como un caballo de batalla hacia sus trabajadores, que cesaron sus preguntas sorprendidas en el momento en el que lo vieron aparecer por la puerta.

Lo observaron mudos mientras se colocaba en el centro de la estancia, y nadie parpadeó ante la imagen de aquel gigante con la barbilla alzada en actitud insolente y autoritaria. Los ojos solo eran dos rendijas de pura cólera, la rabia se desprendía por cada poro de su ser y los brazos colgaban a sus costados, con las manos cerradas en dos puños de acero, como si estuviera planteándose a cuál de ellos iba a coger del pescuezo. En verdad parecía que lo estaba evaluando mientras repasaba a cada uno con su mirada acerada, cargada de ira y promesas de venganza. Helailla, escondida en cuclillas en lo alto de las escaleras, tampoco podía apartar su atención de su imponente marido. Todos sus sentidos –los que aún conservaba, concedió con amargura– estaban pendientes de su terrible estado de ánimo y supo, con toda certeza, que

estaba a punto de defenderla a capa y espada, como hacía un rato le había reclamado que no había hecho. Durante toda la tarde se había mantenido alejada de él y de sus súplicas para que comiese o le hablase porque se sentía rota y necesitaba tiempo para recomponerse, además de estar avergonzada por su cobardía. Y también estaba enfadada con él, qué demonios. Pero llevaba un rato escuchando el ruido amortiguado de numerosas voces en la planta inferior y la curiosidad pudo con su autoencierro.

Aunque se dijo que era demasiado tarde para aquel gesto grandilocuente y del todo innecesario, ya que ella no necesitaba que la defendieran públicamente, ni media docena de hombres robustos hubiera podido sacarla a rastras de allí en esos momentos, así que se encogió un poco más en su mísero escondite y esperó las palabras que azotaron de inmediato a los presentes como un látigo de siete colas, restallando sobre sus cabezas con un chasquido seco y amenazador.

—No lo diré más que una vez. —La frase fue dura como el granito, y sus ojos decían que la advertencia no era vana—. Su alteza real, la princesa Helailla Cetriar, ahora es una Storncrass. —Se detuvo cuando escuchó un levísimo jadeo procedente de fuera del salón y la vio allí, al final de las escaleras, de nuevo hecha un ovillo tembloroso. Sintió un ramalazo de dolor en pleno plexo solar al ver en lo que estaba quedando reducida su orgullosa y valiente guerrera, y por un momento consideró la idea de ir a buscarla y traerla a su lado para seguir con lo que estaba diciéndoles a aquellos merluzos ignorantes, pero en cuanto lo pensó lo descartó. Si ella quisiese estar allí, habría acudido por su propia voluntad. Con mucho esfuerzo, desvió la vista y arrasó a todos con la lava ardiente de su rencor—. Es mi duquesa y le mostrareis en todo momento el respeto que ese rango se merece. Si su Alteza tiene una sola queja contra alguno de vosotros, no dudéis de que seréis despedidos de inmediato, sin ninguna pregunta por mi parte. —Las exclamaciones de asombro y espanto corrieron por doquier. Él hizo un gesto con la mano y se callaron de inmediato—. Sé que muchos de vosotros lleváis

décadas a mi lado, y que el resto sois hijos o familiares, y os aseguro que os tengo en gran consideración, pero más os vale entender que mi esposa es… —Echó una mirada furtiva hacia la polizón mientras decía las últimas palabras para evaluar su reacción— mi máxima prioridad. Está por encima de todo y de todos y, si no podéis soportar trabajar bajo las órdenes de una señora que ha vivido una tragedia que la ha hecho más fuerte, valiente e independiente que todos vosotros juntos, no merecéis trabajar aquí, por lo que os pido que hagáis las maletas y dejéis la casa con las primeras luces del alba. Por supuesto, se os pagará el salario de tres meses de trabajo y recibiréis una carta de recomendación. —Nuevos murmullos recibieron esas asombrosas revelaciones, pero nadie se atrevía casi a respirar—. He preferido mantener esta conversación bajo el desconocimiento de la duquesa, ya que ella no aceptaría nunca que la defendiera de este modo, entre otras cosas porque es una mujer extremadamente fuerte. Los que os quedéis lo averiguareis muy pronto, pero os aseguro que también es buena, generosa y honesta. Mi deber es protegerla, aunque nunca se me pasó por la cabeza que tuviese que hacerlo de mi propia gente —acusó en un tono que denotaba su sentimiento de traición. Los presentes se removieron incómodos, y algunos bajaron los ojos, avergonzados. Keylan contuvo una sonrisa, su enfado aplacado. Ya tenía lo que quería—. Ahora dispersaos. Que cada uno vuelva a sus funciones y pensad en lo que se ha dicho. Esperaré noticias vuestras mañana. —Empezó a andar hacia la puerta, entre los sirvientes que se abrían en abanico para dejarle paso. Entonces se detuvo, con el ceño fruncido—. Y por el amor de Dios, que alguien haga algo de comer, me estoy mareando de debilidad. Quién puede subsistir a base de emparedados y té —murmuró airado, reemprendiendo la salida. Por entre las pestañas vio a Hela abandonar su puesto de escucha a toda velocidad, en un intento por que no la descubriese. «Aún no quiere hacer las paces», suspiró apesadumbrado. «O quizás el daño es más extenso, pedazo de alcornoque», le sugirió esa conciencia que tanto y tan a menudo lo molestaba últimamente.

Helailla se abrazaba con fuerza la cintura mientras se exponía a la brisa nocturna desde la acogedora terraza de su dormitorio. Había cierta desesperación en su gesto, como también en sus ojos, abiertos de un asombro que había comenzado abajo, en su escondite junto a las escaleras, mientras escuchaba boquiabierta a su abrumador y amenazante esposo, y que continuaba allí, en la protección de sus aposentos, incapaz aún de comprender del todo la magnitud de lo que él había declarado ante su gente.

En un gesto inconsciente de desfallecimiento, se apoyó en el marco de la puerta y, asegurando un tanto sus piernas temblorosas, acabó reclinando la cabeza también, demasiado cansada de repente, abrumada por el torrente de sensaciones que la habían consumido en las últimas horas.

Keylan, al presentarla ante toda la propiedad con su nombre de soltera, le había otorgado la fuerza y el poder que solo el nombrar el apellido familiar provocaba por doquier, además de haber elevado su estatus por encima del suyo propio.

Ciertamente, ella era una princesa, pero, al haberse casado con él, lo normal era que adoptase el título de duquesa en su casa… Al menos por esa vez, su orgulloso esposo se había humillado por ella, poniéndose en un escalón inferior para establecer su posición y, de paso, defenderla. Y además lo había hecho a sus espaldas, recordó tratando de enfadarse, pero sin conseguirlo en realidad, ya que lo único que intentaba aquel arrogante macho era preservar su dignidad, tan mellada en los últimos tiempos.

¿Pero por qué había hecho todo eso? El muy bastardo la había olvidado durante dos semanas y la había abandonado a su suerte… ¿De verdad había estado tan ocupado como para no acordarse de ella? ¿O cuando se la encontró tirada en el suelo como un guiñapo, perdida y destruida, se dio cuenta al fin de que existía? ¿Acicatearon entonces los remordimientos a su conciencia? ¿La tenía, siquiera? Cabeceó con fuerza, intentando encontrar respuestas a sus furiosas preguntas. Aquello era importante. No quería indagar por qué, pero necesitaba saberlo, solo que se tragaría la lengua antes que preguntárselo a él.

Escuchó los suaves golpes que anunciaron que estaba de nuevo allí, pidiendo permiso para reunirse con ella, probablemente queriendo entrar en algo más que en su cuarto y, aunque lo echaba mucho de menos y su traicionero cuerpo clamaba porque corriese y diese la vuelta a la llave para que ese espécimen hermoso y lujurioso crease esa magia especial con sus manos y su boca, que tan solo él sabía hacer, se obligó a quedarse donde estaba, presionando la espalda contra la madera hasta que se la clavó contra la columna, mientras él seguía insistiendo, pidiéndole con voz suave que le permitiese acceder. Cerró los ojos con fuerza, sintiendo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y solo cuando escuchó sus lentas y rígidas pisadas a lo largo del pasillo se atrevió a dejar de abrazarse y se dirigió con paso cansino y apenado hasta su enorme y solitaria cama, en la que ni una sola vez su marido había dormido. Se acostó vestida, con seguridad arruinaría la cara y adorable creación, pero le daba igual, como casi todo a esas alturas.

Esa noche el duque no supo que ella sí le había permitido colarse. A su corazón.

Verse despertado después de haberse echado al coleto dos botellas enteritas de excelente *whisky* y de haberse desplomado inconsciente con medio cuerpo en su sillón preferido y el otro medio sobre la mesa baja frente a este, no era buena forma de empezar el día.

Sobre todo, si el que lo hacía sin mucho miramiento era su nuevo cuñado, cuyos ojos entrecerrados brillaban como ascuas ardientes, mientras lo zarandeaba de un lado a otro apretando su hombro con su garra de acero, y le hacía perder el precario equilibrio que conservaba sobre la mesita.

Sintiendo que iba a vomitar de un momento a otro, lo apartó de un manotazo y abrió un ojo despacio para evaluar la situación.

Tenía la cabeza y el torso sobre el mueble auxiliar, los brazos colgaban a ambos lados, una mano apoyada en el suelo y la otra todavía cogida a la

última botella vacía. Sus caderas descansaban descuidadamente en el sillón, con las piernas abiertas a horcajadas de este.

Le sorprendió un poco encontrarse en esa posición tan indigna, pero supuso que no era tan extraño, teniendo en cuenta lo mal que se había sentido la noche anterior cuando ella le había negado una vez más la oportunidad de hablarle, de verla, de disfrutar de sus jodidos derechos. Cualquier cosa. No solo no le había abierto la puerta, ni siquiera le había dirigido la palabra. Después de todo lo que había dicho en el salón a favor de ella, de su humillación pública frente a sus subordinados, de su defensa… No había servido de nada. Ella no lo había aceptado.

Así que en una actitud infantil se había encerrado en la biblioteca y se había dedicado a beber, saltándose él también la cena, hasta que había terminado inconsciente.

En ese momento, la cabeza quería partírsele en dos, y las arcadas amenazaban con comérselo vivo, y para colmo su cuñado ya debía de haber hablado con ella porque lo miraba como si quisiera hacerlo pedazos.

—Das asco —fue lo primero que dijo, con cara de aversión.

—Gracias, yo también me alegro muchísimo de verte. De hecho, por eso mismo te invité —añadió con sarcasmo, recordándole que no lo había hecho. Al menos no en un futuro cercano.

—Me alegro de haberme adelantado. Si es esto lo que tenías pensado ofrecerles a los cerca de quinientos invitados dentro de mes y medio, te advierto que no lo toleraré. Tal vez a ti te resbale tu buen nombre, pero a mi familia y a mí, no. —Keylan gruñó, amenazante, y Reskan se permitió una leve sonrisa, puesto que veía que el joven reaccionaba—. ¿Qué coño está ocurriendo? —preguntó entonces, algo más calmado. El duque pensó en largarle con cajas destempladas, se sentía fatal y no tenía ganas de abrirle su corazón a ese perfecto desconocido, que además era el protector hermano de su mujer, pero entonces se sintió tan solo y perdido como siempre, y al encontrarse con la mirada gris detectó una chispa de compresión que lo

desarmó.

—No lo sé. Esto está resultando más complicado de lo que pensé —admitió en un susurro furioso, bajando la vista. Escuchó la risita socarrona del otro y lo miró, rabioso.

—¿Mi hermanita se está poniendo difícil? ¿No eres capaz de dominarla, es eso? —se mofó con suavidad.

—No. Ojalá fuera así, sabría cómo enfrentarme a ello. —La seriedad con la que lo dijo puso de inmediato en guardia al rey, que se enderezó de golpe de su postura indolente.

—¿Cuál es el problema? ¿Dónde está Lalla? —Keylan se puso sobrio de repente. La actitud alerta que había adoptado su cuñado en cuestión de segundos lo admiró y enorgulleció. Era asombroso cómo esa familia se protegía unos a otros de forma desinteresada. Sabía, sin género de duda, que todos darían la vida por los demás. Y aquella certeza aún lo sorprendía y desconcertaba.

—Se ha encerrado en su dormitorio —admitió al fin. Pudo ver cómo el hombre cerraba los puños, pero en su defensa cabía decir que se limitó a mirarlo con fijeza, a pesar de las evidentes ganas que tenía de saltar a su cuello.

—¿Por qué, Storn?

—Porque no sé cuidar de ella. —Lo había dicho con palabras. No había podido hacerlo hasta ese momento, ni siquiera ante sí mismo, pero una vez que lo había dejado salir sintió que se quitaba un peso enorme de encima y que podía volver a respirar. El rey inspiró hondo en un intento supremo por calmarse.

—Necesito algo, lo que sea —murmuró más para sí mismo, buscando con la mirada en la habitación.

—¿Una copa? —sugirió desacertadamente el duque, a juzgar por la mirada asesina que le dedicó. Esbozó una mueca a medio camino entre la ironía y la disculpa.

—Si vuelves a probar una gota, te descuartizaré. —Keylan asintió porque solo de pensar en echar un trago sintió que iba a vaciar el estómago, aunque lo tuviese pegado y limpio. Entonces Reskan detectó la caja de roble tallada y con un suspiro de satisfacción se dirigió hacia allí. Cuando regresó con dos puros en la mano, se percató de la cara verdosa que tenía su cuñado y casi se apiadó de él. Se acordó justo a tiempo de su dulce niña, atrincherada vete a saber por qué en su habitación y endureció el rostro mientras le daba una fuerte palmada en el hombro que por poco no lo tiró al suelo. Cuando inhaló el suave humo del exquisito cigarro, se relajó un tanto—. Ahora dime qué diantres ocurre para que la valiente y temeraria de mi hermana se haya escondido de ti. Y que sea bueno, Storn, porque, si no, me la llevo de aquí antes de que la colilla se haya apagado —lo amenazó con lo que más temía. No lo vio. En un segundo estaba tirado en el suelo y ese mastodonte lleno de músculos y una furia ciega lo aplastaba, encima de él. La sensación de peligro que emanaba de ese cuerpo entrenado durante años de dura disciplina era palpable. Igual que la promesa que esos ojos no se molestaron en ocultar mientras lo taladraban al tiempo que un brazo de acero le cortaba la respiración, obstruyéndole la tráquea.

—Por última vez te digo que ella es mía. Perdiste tu oportunidad cuando la cediste a mi control en la iglesia. Ocurra lo que ocurra entre nosotros, a no ser que te conste que la maltrato, no toleraré bajo ningún concepto que te entrometas entre nosotros. Y nunca, jamás, te la llevarás de mi lado. —El rey arañaba su brazo, en un angustiado intento por quitarlo de su cuello. Le desgarró incluso la camisa, pero Keylan no sintió las heridas en su carne –largos arañazos sangrantes causados por la desesperación–, solo lo miraba, frío y despiadado. Un momento después parpadeó, y su expresión se volvió asustada y horrorizada al comprender lo que estaba haciendo. Aflojó la presión y Reskan lo golpeó en las costillas y de un fuerte empujón se le quitó de encima, para rodar a un costado entre toses y jadeos, buscando el bendito aire para sus pulmones. Él se quedó allí, de rodillas, con las manos apoyadas

en la alfombra, la cabeza gacha y la expresión tapada por el pelo. Su cuñado estaba sentado en el suelo, a un par de metros de distancia, todavía con la respiración acelerada, mirándolo—. Lo siento —susurró el duque, avergonzado, sin variar su posición.

—¿Qué te pasa, Keylan? —preguntó con calma.

—Eso no importa. Pero debes entender que ahora es mi esposa y que no permitiré que nadie se inmiscuya. Al igual que tú no lo consentirías con Kana. —El silencio se instaló como una pesada niebla en toda la estancia.

—A mí me importa —dijo al fin el rey. Muy despacio Storn levantó la cabeza y lo miró, el dolor y la desesperación visibles en su amargada expresión.

—No estoy preparado, Cetriar. Ayúdame en cambio con Hela —pidió, una súplica silenciosa en sus ojos. El hombre asintió, concediéndole lo que pedía.

—Cuéntamelo. —Y lo hizo, observando que no parecía muy sorprendido por lo que oía, a pesar de que podía notar cómo se iba crispando. Cuando terminó, cerró los ojos un momento, sintiéndose un poco mejor por haber confiado en alguien—. Por esto nos hemos adelantado a la fecha prevista de nuestra llegada. Ya sabía que para ella sería muy dura la adaptación, lo fue en Oscuridad. Aunque cree que la dejé allí a su suerte, como pidió, recibía informes periódicos y me consta que, si no hubiese sido porque se lo planteó como un reto y por la inestimable ayuda de Dariel, no habría podido superarlo. Cuando empezó a recoger para trasladaros aquí, supe que ahora tendría que empezar de cero y supuse, acertadamente —dijo haciendo un gesto con la mano señalando la estancia—, que tu casa sería más grandiosa que aquello. Por desgracia, Kana y yo teníamos responsabilidades en Traguian que no podíamos desatender, al igual que mi padre en Vadia. Hemos hecho lo posible por zanjarlas cuanto antes para llegar en tiempo récord, y espero al resto de los miembros de la familia en los próximos días —vaticinó. Lo miró con una sonrisa maligna que iluminó sus ojos con el color del acero—. Me temo que tu luna de miel se ha terminado, Excelencia. —El duque gruñó, como

era de esperar, pero sus ojos mostraron gratitud… y esperanza.

Keylan no se atrevió a volver a sufrir la humillación de llamar a la puerta de su obstinada esposa para recibir de nuevo su condenado silencio, por lo que envió a Durin en su lugar, para avisar a la duquesa de la llegada por sorpresa de los invitados.

Un rato después, cuando Kana dejó instalados a los niños en sus respectivas habitaciones, disfrutando de un ansiado desayuno, bajó para reunirse con ellos, pero ella seguía sin aparecer, a pesar de haber asegurado su presencia a su ayuda de cámara.

En el momento en el que Helailla emergió por fin de las profundidades de su dormitorio, todos miraron preocupados y confundidos las oscuras y tan conocidas gafas metálicas que velaban su expresión al mundo.

—Oh, no —dijo en tono amenazador su marido mientras avanzaba hacia ella con paso decidido. Kana pensó en interceder para evitar el enfrentamiento seguro, pero su esposo la refrenó colocándole con suavidad una mano en el hombro, y cuando sus ojos se encontraron se limitó a negar con la cabeza en actitud tranquila y segura. Por esa vez se plegó a su voluntad, confiando en él. Mientras, Keylan había llegado junto a Helailla y de un manotazo le arrebató las detestadas lentes y las arrugó en su enorme puño como si fuesen de papel. El chirrido del metal fue fácilmente reconocible. La joven dejó escapar un jadeo de sorpresa e indignación.

—¿Cómo has podido? —lo acusó, echando chispas por los ojos.

—No volverás a esconderte tras ese muro, querida —contestó en tono duro.

—Maldito seas, haré lo que me plazca —lo contradijo entre dientes.

—Puedes intentarlo, por supuesto, pero entonces ocurrirán cosas como esta. —Abrió el puño, y el amasijo de metal y cristales se deslizó hasta el suelo. El sonido que hizo al chocar contra él fue como un insulto, y ella dio un respingo en respuesta—. Cualquier problema entre nosotros lo solventaremos juntos,

como pareja, pero no toleraré que retrocedas, asustada, y te pliegues en ti misma, o que dejes que el miedo te domine. Y por encima de todo se acabó cerrarme la puerta de tu cuarto. —Esto último lo dijo con un profundo rencor, y acto seguido salió de la sala, no sin antes aplastar con sus botas las malditas gafas, que se encontraban en su camino. El ruido de los cristales que terminaron de fragmentarse se pareció mucho al de su propia cabeza, que le latía dolorosamente, y no solo por el terrible resacón que arrastraba. Necesitaba una cafetera bien cargada. Si conseguía no vomitar. Cuando se fue nadie pareció querer ser el primero en romper el silencio que él había dejado a su paso.

—Maldito idiota…

—¿En serio? —dijo su hermano en un tono frío y duro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, de nuevo en guardia.

—¿Quién es el necio? —atacó con fuerza su amigo de toda la vida, quien mejor la conocía, su aliado unas veces, su oponente otras. Como esa, parecía.

—¿Estás de su parte? —acusó sorprendida y dolida por igual. Se giró hacia su cuñada—. ¿Tú también?

—Aún no he abierto la boca —advirtió sin dejarse intimidar por su furia helada.

—Sois un matrimonio. Aquí no hay partes —la regañó él con suavidad—. No sois los oponentes en un duelo, ni en un combate de boxeo, ni en una timba de cartas, o en una partida de ajedrez. —La miró con el entrecejo fruncido, sorprendido por su repentino sonrojo.

—Ejem, cariño, en cuanto a eso… Yo diría, por propia experiencia, que el amor entre dos personas apasionadas al principio sí es todas esas cosas. —El ceño del rey se fue despejando mientras los recuerdos de tiempos pasados iban cruzando su mente. Al final mostró una blanda sonrisa que iluminó su mirada mientras observaba a su esposa con desenfadado anhelo.

—Kana, querida, nosotros somos diferentes, nuestras circunstancias eran diferentes. Nada de lo que les ocurre a ellos es comparable —dijo en tono

autoritario, como si aquello lo solucionase todo.

—No seas bobo. —Sus ojos estupefactos volaron a los violeta—. La situación es mucho más compleja, *Res, querido* —parodió ella, como solía hacer cuando él utilizaba esa frase condescendiente que sabía que tanto detestaba.

—Yo solo veo una muchacha asustada por nuevos y grandes cambios en su vida, temerosa de que la rechacen porque ella misma se ve menos persona de lo que era antes. Incapaz de superar el pasado, aterrada por el futuro, y que vive anclada en un limbo que se afanó en construir para que nadie la dañase, y que yo he contribuido generosamente a aniquilar, por lo que supongo que también está furiosa conmigo, además de con su marido y con el resto de la humanidad. A fin de cuentas, estamos como al principio. —Su esposa lo miraba con asombro, extrañeza y enfado, apretando los labios en una dura línea para callar la réplica que tenía preparada.

Él echó una ojeada a su hermana y las garras del arrepentimiento se clavaron, lacerantes, en su corazón. Un dolor agónico embargaba sus grandes ojos grises, su rostro se había quedado lívido, tan blanco como la pintura del techo, y su cuerpo temblaba de pies a cabeza mientras su delicada mano descansaba en su pecho, como si no pudiese soportar la magnitud del golpe recibido. Pero no se retractó. Sus desgarradoras palabras tenían un propósito y, aunque herida de muerte, él sabía que podía con ello y pensaba presionarla hasta el límite para que no volviese a caer en el negro abismo que pudo haberla consumido un año antes. No obstante, reconoció que por el momento era suficiente, así que mirando con fijeza a su desafiante esposa se marchó en busca del duque, el cual imaginó que estaría ahogando sus penas en una nueva ronda de alcohol y suspiró, bastante contento ante la perspectiva de desfogar parte de su malhumor con algo de deporte pugilístico, pensó, mientras se frotaba la nuez de adán, enfurruñado.

Pero cuando lo encontró no estaba emborrachándose de nuevo, sino ahogándose en café, pues tenía tres enormes tazas vacías a su alrededor en la

mesa del desayuno y la cuarta iba camino de sus labios cuando alzó sus ojos inyectados en sangre hacia él en muda pregunta.

Supuso que tenía grabada la respuesta en la cara, porque de inmediato bajó la mirada y bebió, pero no antes de ver la decepción y cierto pesar y dolor en ella.

Casi sonrió. Esos dos eran tan transparentes como el mejor de los cristales, pero eran verdaderamente obtusos con los sentimientos del otro y, con seguridad, meditó con regocijo, también con los propios. Era mejor así; aunque cuando le atañía a uno mismo aquella situación era un maldito infierno, los mantendría ocupados el uno con el otro un tiempo y, al final, la recompensa valdría la pena.

Una mujer o un marido ganado con demasiada facilidad no se valoraba en su justa medida; en cambio, si había que luchar por ello, uno se aseguraba de mantenerlo a su lado a cualquier coste.

Echó una mirada de reojo a su cuñado y lo pilló con la taza número cinco. Si ese maldito brebaje no lo mataba antes, aunque reconoció que su aspecto había mejorado algo. Ya no parecía que fuese a desplomarse en cualquier instante, y el tono verdoso de su piel casi había desaparecido y pasado a uno solo algo más pálido del habitual. Aún no se había cambiado de ropa, pero se había peinado y puesto una chaqueta verde oscuro, obviando el pañuelo y el chaleco, lo que le confería un aspecto tan solo demacrado y salvaje. Un gran cambio, a decir verdad.

—¿Cómo va tu cabeza? —se interesó.

—Humm. Durin posee un proverbial mejunje antiresacas. Es realmente asqueroso, con huevo crudo, *brandy*, azúcar y leche fresca… —Hizo un gesto de repulsión, seguido de un genuino escalofrío mientras recordaba el desagradable sabor—. Pero muy efectivo. Ahora —dijo tocándose con extremo cuidado la sien con el índice— solo es un dolor sordo que pasará, con seguridad, cuando consiga ingerir algo de comida. —Reskan asintió, mostrando su empatía—. ¿Y ella, cómo está? —preguntó en tono grave y bajo,

con la vista clavada en el líquido marrón oscuro que removía con fingida concentración.

—Muy mal. —Keylan levantó la mirada como un rayo y la clavó en la suya —. Pero no te preocupes, esta vez es culpa mía. —Sus ojos además de preocupación mostraron un vivo interés—. Le he soltado unas cuantas verdades, de esas que duelen. —El monarca se sirvió un café y se arrellanó en la silla, evaluando los apetecibles platos dispuestos en la mesa en lugar de en el aparador, para que el señor de la casa, que no estaba ese día en sus condiciones más óptimas, pudiese servirse sin necesidad de levantarse—. Espero que esté meditándolas, con la inestimable ayuda de mi mujercita. Aunque no siempre resulta que es de utilidad, la muy pécora —murmuró frustrado—. De igual modo era necesario. Cuando todos nos calmemos, mañana a más tardar, deberemos empezar con este caserón. Es enorme, y tiene que memorizar el mayor número de habitaciones, primordialmente de aquí a la celebración de la fiesta por vuestro matrimonio. No hace falta que te recuerde que para eso queda mes y medio, y que es esencial que Lalla esté por completo establecida como señora de Storncrass si queremos que se integre entre tus vecinos y ocupe el lugar que le corresponde entre la sociedad de Dragarian.

—Por supuesto —acordó el duque.

—Entonces, si te parece bien, ya que tú y yo no somos santos de su devoción por el momento, dejaremos que sea Kana la que trate con Su Excelencia hoy. Mientras tanto podrías mostrarme la propiedad. ¿Tienes caballos? —preguntó como al descuido, casi como si se le acabara de ocurrir, como si él no supiese que en Traguian se estaba dedicando a experimentar con su cría. Se limitó a mirarlo con fijeza—. Bien, claro que debes tenerlos. He visto las cuadras desde fuera y su tamaño es impresionante. ¿Son buenos? —La mirada siguió clavada en él, aunque los ojos se entrecerraron un tanto. Supuso que la pregunta era un poco tonta, y que era normal que el duquecito se ofendiese por ella. Todo en aquella casa denotaba esplendor y opulencia, y por lógica sus

caballerizas no iban a ser la excepción. Si el caballo que le había visto montar en Oscuridad era una muestra de su gusto, cabía decir que este era excelente —. Hombre, qué quisquilloso estás —se quejó, aunque se obligó a esconder una sonrisa. Su cuñado tenía pinta de encontrarse fatal, aún no apostaría que no fuese a echar todo ese café que se había tragado. En un arranque de malignidad cogió tres lonchas de bacón, un par de huevos escalfados y una enorme trucha encharcada en una espesa salsa de fuerte olor avinagrado, además de un buen pedazo de salmón ahumado, y lo distribuyó todo en un plato, listo para darse un banquete. Por el rabillo del ojo atisbó la palidez mortal del hombre y la primera arcada, y tuvo que toser para cubrir la carcajada que se le escapó. Keylan apartó su taza con brusquedad y llamó a su hombre de confianza entre jadeos ahogados.

—Trae esa poción infame de nuevo. —Tragó repetidas veces, procurando a base de pura fuerza de voluntad no taparse la nariz ante el olor del pescado—. Apresúrate.

—El salmón es excelente, Storn, deberías probarlo. Ohh, ¿podrías pasarme las ostras, por favor? —El otro se agarraba el estómago con fuerza, intentando controlar los espasmos, mientras lo taladraba con sus ojos vidriosos, visibles a través de los mechones que caían sobre su frente húmeda y cetrina.

Un rato después, más restablecido una vez que retiraron los platos de la mesa y después de meterse entre pecho y espalda otro gran vaso de la pócima milagrosa de Durin, se dirigía junto a su malvado pariente hacia los establos. Mordisqueaba con aire distraído una galleta seca, intentando asentar las tripas, pensando en lo interesante que iba a resultar tener pululando por allí a toda la maldita familia durante todo un mes y medio.

Por supuesto era realmente necesario hacer esa fiesta e invitar a lo más granado de la alta sociedad de Dragarian para anunciar a los cuatro vientos su boda y presentar a todos a su flamante esposa. Pero maldita fuera si le hacía

ninguna gracia.

No quería tener que exponerla al escrutinio de todas aquellas bestias sedientas de sangre. Sabía que para ella sería una dura prueba, y detestaba obligarla a pasar por ello, pero no había otro modo. Si se limitaban a seguir con sus vidas, habría habladurías, murmuraciones maliciosas que sembrarían serias dudas sobre el porqué de su apresurado matrimonio. Sobre todo, teniendo en cuenta la… limitación de su esposa. Maldita gentuza. Por él podían irse todos al infierno. Pero era su orgullosa y a la vez frágil mujer quien sufriría las consecuencias de su impulsividad. Así que se sometería a las reglas una vez más y acataría aquella estupidez por el bien de ambos.

Los siguientes días fueron una marea contradictoria de emociones. Por un lado, pasaban volando, aprendiendo del brazo de uno u otro familiar todo lo que precisaba saber de su nuevo hogar. Su padre y todos y cada uno de sus primos fueron llegando como llamados a las armas durante esa primera semana, conocedores de la necesidad de afianzarse en aquella posición desconocida hasta el momento por ella. Todos se mostraban solícitos pero firmes y exigentes, de otro modo, Helailla se habría sentido abatida y embargada por el dolor y la humillación. Pero ni una sola vez pudo apreciar pena o misericordia en su trato. Ni siquiera en su marido.

Suspiró al pensar en él. Desde el día en el que le rompió las gafas, se trataban con extremo celo, cuidando sus palabras al máximo para que no saltase la chispa que volviese a encender el caldero de sus ya de por sí exacerbadas emociones. Tenían mucho por hacer hasta el día de la celebración y no querían malgastar su precioso tiempo discutiendo entre ellos. Además, reconocía que era difícil mostrarse enfadada con su espléndido esposo cada mañana, cuando se pasaba las noches agasajando su cuerpo con enloquecedoras caricias, deslumbrantes trucos lascivos y proporcionándole los más salvajes orgasmos que ella hubiera imaginado. Si apenas podía

obligar a sus temblorosas piernas a ponerse en marcha al llegar el alba, y estaba segura de que todos los arrogantes hombres de su familia lo sabían, dados los estúpidos sonrojos que mostraba a aquellas intempestivas horas y las risitas bajas y socarronas que emitían a su paso hasta que conseguía reponerse, normalmente nunca antes del desayuno.

Aunque contaba con un buen número de personas para ayudarla a familiarizarse con aquel nuevo entorno y sabía, por los comentarios casuales de todos ellos, que Keylan seguía enfrascado con la rutina de la enorme finca, cada día la buscaba para guiarla por alguna parte del recorrido, bien en la casa o en los exteriores, contándole la historia de Storncrass, compartiendo sus recuerdos, aunque ella creía que estaba adornándolos para que pareciesen mejores de lo que en realidad habían sido. Su tono, al hablar de su vida pasada, reflejaba amargura y soledad, y percibía un dolor profundo y lacerante, tan vivo en el presente, tantos años después, que a menudo se preguntaba qué le ocultaba en realidad.

Como en ese momento, mientras la guiaba con lentitud hacia los establos y ella contaba los pasos que distaban hasta la casa, y tomaba nota de que giraban ligeramente a la izquierda, apreciaba el rechazo instintivo que sentía él hacia el anterior duque, por mucho que intentara enmascararlo bajo una pátina de indiferencia.

—¿Cómo murieron tus padres? —preguntó de golpe, con lo que interrumpió su monólogo. Todo él se tensó como si fuera la cuerda de un arco. En ese momento, más que nada, deseó poder verlo, observar su expresión. Supuso que no tendría precio. Silencio, pesado, espeso, negro y envolvente. Pensó que no se dignaría contestarle, mientras seguían andando a un ritmo lento y estable. Tan solo el sonido de las hojas aplastadas rompía la tranquilidad de la tarde.

—Se fueron de excursión en barco una tarde, los dos solos. Era un pequeño velero muy manejable que solo precisaba de la pericia y experiencia del duque para gobernarlo. Pero aquel día no pudo, supongo. —Se quedó callado un momento—. El barco terminó hundido; mi madre, ahogada. —Tenía su

mano cogida y se la apretó con fuerza—. Y el cuerpo de mi padre no se encontró nunca. —Helailla gimió y se detuvo, incapaz de asimilar lo que él debió haber sentido en aquel entonces.

—¿Cuánto hace de eso? —susurró temiendo la respuesta.

—Tenía doce años —admitió con voz acerada intentando aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Dios mío, Key. —Acarició su mejilla con dulzura y él se permitió la debilidad de apoyarse en la suave palma que tanto consuelo le provocaba. Cerró los ojos, cansado y torturado—. Gracias por compartirlo conmigo, sé que no te ha resultado fácil volver a recordarlo todo. —Abrió los ojos de golpe y la sensación de alivio y comunión se evaporó. «Mentiras, todo mentiras».

El formidable hombre estaba precariamente sentado sobre el borde del acantilado, sin percatarse al parecer de que su pie izquierdo estaba suspendido sobre una vertical abrupta de doscientos treinta metros. Su postura indolente, con la pierna derecha doblada y el brazo apoyado en ella mientras fumaba un puro con total tranquilidad daba la impresión de que era solo un joven dandi temerario, pasado de copas quizás, a pesar de que eran solo las diez de la mañana.

Nadie que hubiese mirado sus ojos, sin embargo, habría podido sostener esa suposición.

Aquel era un hombre atormentado, herido en algún lugar invisible, acorralado por fieros enemigos que solo él podía ver. Sus ojos, enormes pozos de desesperación, estaban teñidos por el miedo, y sus rasgos, hermosos y patricios, arrasados por la tensión y el dolor.

Era difícil reconocer en ese momento al orgulloso y siempre correcto duque de Storncrass, y sabía que debía recomponerse antes de volver a la mansión y enfrentarse a las visitas. No, se reprendió, eran su familia, demasiado tiempo

sintiéndose solo… Costaba acostumbrarse a esa nueva rutina, como la de tener una esposa que rondaba por la casa haciendo preguntas indiscretas que él no deseaba contestar, y para las que debía inventar patrañas descaradas. Detestaba engañar a Hela, pero la verdad era impensable. Tantos años la había mantenido oculta para proteger a su familia y a él mismo… Aunque las mentiras se habían cobrado su buen precio, reconoció con amargura, pensando cómo su pequeño clan se había fragmentado a partir de entonces. Eso lo llevó a recordar que su hermana estaría allí en breve, la había convocado hacía días para que conociese a la nueva duquesa y la pusiese al día con la nobleza local, cosa que podía hacer él mismo, pero las mujeres siempre se las arreglaban para enterarse de esa clase de chismes que resultaban tan interesantes en momentos como aquel, y admitió para sí que albergaba la triste esperanza de que, si no con él, al menos Iriana pudiese llevarse bien con su diosa dorada.

También su tío debería llegar pronto. Había recibido noticias a través de sus amistades de que había vuelto de sus viajes y esperaba que se hubiese dirigido a su casa y hubiese leído la nota en la que le pedía que se reuniese en la mansión familiar con ellos.

Tirando la colilla ya extinguida por el límite del acantilado, miró cómo desaparecía en el vacío, inclinándose hacia delante de forma temeraria para seguir la infinita caída. La tierra de alrededor y algunas piedras pequeñas se deslizaron hacia abajo también, pero no se inmutó. Su ánimo no le permitía ser cauto. De hecho, una parte diabólica lo llevó a arrastrarse más hacia el extremo y dejó que sus muslos colgaran en el vacío, agarrándose tan solo con las manos en el suelo, que lo mantenían suspendido en el borde, y miró hacia el abismo, apretando los dientes por el esfuerzo supremo que suponía aguantar todo su peso con la única fuerza de sus poderosos brazos.

Entonces una mano grande lo agarró del hombro, con calma para no asustarlo, pero con el suficiente vigor como para pararlo si decidía tirarse. Giró la cabeza lo suficiente para encontrarse con los ojos azules grisáceos de su entrometido cuñado, que mostraban una expresión de profunda

preocupación. Sus miradas se quedaron enganchadas y Keylan escuchó el chasquido de algo que se rompía en aquel momento tan delicado para él, y supo que se trataba de su corazón. Por ese hombre se encontraba allí, roto y aterrado. Atemorizado de sí mismo de nuevo. Llevaba once años escondiéndole al mundo su verdadera personalidad, la de un monstruo sanguinario, agresivo, maligno. Era un cáncer que había que extirpar a toda costa y, como no era capaz de hacerlo él mismo, maldito cobarde, se había autoimpuesto una vida de disciplina: el siempre correcto duque de Stormcrass, que jamás perdía las formas, se jactó con ironía, recordando cómo había intentado estrangular a ese tipo honesto y justo, que tenía una esposa maravillosa y cuatro dulces hijos, además de dos reinos que gobernar. Por primera vez durante todos esos años su verdadero yo había salido a la superficie, tras la amenaza hueca de arrebatarle a la luz de su vida, y casi había matado a ese hombre, el amado hermano de su esposa. Quizás la única persona que podría salvarla de él. Porque ¿cómo podía mantenerla a su lado cuando era evidente que en un momento de locura como el que había padecido podía causarle la muerte? Vio su rostro mentalmente y pensó que no podría soportar perderla. Necesitaba su fuerza y valentía, su risa y espontaneidad, sus besos ardientes y su cuerpo complaciente. La necesitaba a ella, toda entera. Y tal vez estuviera ya embarazada, motivo más que suficiente para no apartarla de su lado. Además, una parte de su ser le gritaba que jamás le haría daño, ocurriese lo que ocurriese. Ella era sagrada.

Reskan seguía mirándolo con atención, el ceño fruncido, sin aflojar el apretón de su mano. Estuvo a punto de sonreír, era la primera vez que lo veía asustado.

—No voy a suicidarme —murmuró aún trastornado por sus emociones. El otro alzó las cejas.

—¿De verdad? —Como única respuesta Keylan se impulsó y volvió a sentarse, demasiado en el borde para el gusto del monarca, aunque lo soltó y dio un solo paso atrás. El duque miró hacia las grises aguas, revueltas, bravas

y agitadas como los ojos de su esposa cuando se enfurecía, pensó medio divertido, mientras las espumosas olas blancas golpeaban con furia contra las inamovibles rocas, igual que los sentimientos que ella le provocaba le acicateaban en las entrañas y lo dejaban exhausto a veces, pero pidiendo más siempre. Volvió los ojos hacia su cuñado—. ¿No vamos? —preguntó este en tono calmo a la vez que le tendía la mano. No se lo pensó porque, si lo hacía, podría girarse y tirarse por el acantilado. Se agarró de su brazo y se puso de pie.

# Capítulo 8

En efecto, la joven Iriana llegó esa misma tarde, seguida de cerca por su tío Rodan. Ambos se instalaron y descansaron un rato, por lo que no se presentaron hasta la hora de la cena. Helailla estaba bastante nerviosa a esas alturas, a pesar de estar rodeada de todos sus parientes. A fin de cuentas, esos eran los únicos familiares de su marido, quien desde que habían llegado se mostraba taciturno y retraído, casi pesaroso. Eso la preocupaba, pues había pensado que al ser tan pocos estarían bastante unidos.

Oyó el frufrú de las faldas femeninas solo unos segundos antes de un par de suspiros masculinos muy familiares. Con una sonrisa en los labios se giró hacia Dare.

—¿Es *tan* hermosa? —susurró en voz muy baja. Podía oír cómo saludaba a su marido, aunque no llegase a entender las palabras.

—Ni te lo imaginas. Cremosa piel de nata, enormes ojos verde esmeralda, un increíble pelo negro hasta las caderas… y qué caderas… —El conde silbó, sin disimular su apreciativo examen—. Señor, tiene un busto exquisito y es tan alta como tú —comentó admirado.

—Ya basta, me hago una idea —contestó malhumorada—. Si no recuerdo mal, Keylan me dijo que tiene diecisiete años.

—¿Y? —preguntó su primo distraído, obviamente todavía examinando a la muchacha.

—¡Pues que es una cría! —exclamó airada.

—A mí no me lo parece.

—¡Pero si tú tienes veintinueve! —Con mucha renuencia, el conde desvió su lánguida mirada hacia su prima.

—¿Estás, por casualidad, llamándome viejo? —preguntó con voz suave.

—Tal vez un poco mayor para ella —admitió sin tapujos. La aparición de los hermanos la salvó de una demostración de vanidad masculina herida.

—Iria, permite que te presente a mi encantadora esposa, Su Alteza, la princesa Helailla Cetriar, ahora también Su Excelencia, la duquesa de Storncrass. —Miró a Dare con el entrecejo fruncido—. El que no te quita los ojos de encima es uno de sus primos, lord Dariel Crone, conde de Brangor. Esta preciosa dama es *lady* Iriana Lorian, mi hermana pequeña. —Dariel cogió la mano de la joven y la besó con galantería.

—Habida cuenta de que no hay un solo hombre en la sala que no la esté observando en estos momentos, no sé de qué te quejas, Storn. Además, la belleza está para ser admirada, si no, qué desperdicio. —La joven se ruborizó de un modo delicioso, lo que provocó un nuevo suspiro colectivo entre sus recién cosechados admiradores.

—Ten cuidado, Iria, estos chicos tienen mucha labia, pero no te dejes engañar. Quieren lo mismo que todos.

—¿Que sería mi agudo ingenio, mi excelente conversación y mi gran inteligencia? —sugirió con un rápido parpadeo. Su hermano la miró furioso mientras que Brangor soltaba una ruidosa carcajada llena de placer. Lalla se tapó la boca con la mano para que su marido no viese cómo se mordía el labio inferior en un intento por no echarse a reír ella también. Por supuesto, a él no se le escapó el detalle, pero lo obvió, como al idiota de su amigo, y se concentró en aquella atolondrada que parecía haber espabilado mucho en los meses que llevaba sin verla.

—Bueno, veo que las cosas no han cambiado mucho por aquí —dijo una voz grave a sus espaldas. Con una ligera sonrisa Keylan se apartó un tanto para dejar hueco al recién llegado, que guardaba un gran parecido con él, aunque en

una versión más mayor.

—¡Tío Rodan! —gritó entusiasmada su sobrina, que se colgó de su cuello como una niña. El hombre la cogió de la cintura y dio varias vueltas con ella, riendo entusiasmado.

—Dios, pequeña, cómo has cambiado. ¡Pero si ayer eras una mocosa desgarbada y larguirucha! —La miró meneando la cabeza con asombro.

—Hace un año que no me ves —lo reprendió. Lord Rodan echó una mirada al duque cargada de significado.

—¿Ya? Como pasa el tiempo, pequeña. Pero mírate, eres toda una mujer. Solo hay que ver cómo te acechan todos estos pavitos, como aves de rapiña. —Entrecerró los ojos observando a Dariel, quien sonrió con insolencia, golpeando con suavidad su labio inferior con uno de sus dedos elegantemente cuidado mientras estudiaba la posibilidad de partirle la cara a ese carcamal. Una cosa era reírle la gracia a su amigo el duque y otra muy diferente permitir que aquel desconocido, por muy tío suyo que fuese, los insultase a él y a sus primos de manera gratuita. Cuando sintió la pequeña mano de la nueva señora de la casa posarse con suavidad sobre su manga supo que no obtendría diversión por ese lado, pues ella no permitiría disputas en su hogar. Suspiró. Una pena, le habría gustado devolverle el agravio al viejo. Su mirada recayó en la beldad que lo observaba por debajo de sus tupidas y negras pestañas, y casi sonrió. Quizás aquella prolongada estancia en el campo resultase más interesante de lo que habría esperado, siempre y cuando encontrase la manera de eliminar la competencia, que era mucha y más joven. Le dedicó a la muchacha una de esas sonrisas suyas, conocedoras y explosivas, imaginando algún que otro beso apasionado y no necesariamente robado—. Es un tremendo placer conocerla, señora. Y debo añadir que me alegro muchísimo de que haya conseguido envolver a mi sobrino en las redes del matrimonio, creía que iba a quedarse para vestir santos. —Al parecer el momento de las presentaciones había pasado y el conde no se había percatado. Mucho mejor, no le apetecía nada estrecharle la mano a ese tipo.

—Te aseguro, Rodan, que fue al revés. La estuve persiguiendo sin descanso hasta que capituló. Y me hizo sudar tinta.

—Humm. También eso sería una novedad para ti, muchacho. Estás acostumbrado a disponer de un harén para ti solo.

—Esa es la pregunta que me ronda por la cabeza desde hace tiempo —dijo Reskan acercándose al grupo—. ¿Será capaz el Insaciable de contentarse con una sola mujer? —Aunque fue dicho con ligereza, casi como una broma, la mirada del rey era afilada como una espada.

—¡Res! —Su hermano no le hizo caso, sus ojos clavados en los de su cuñado. El duque cogió la mano de Hellaila sin romper aquel contacto visual.

—Hay una diferencia abismal entre cualquier mujer y mi esposa. Ella es capaz de mantener la atención de un hombre durante el resto de su vida. —Lalla se ruborizó, Iriana suspiró de envidia sana y Reskan se apaciguó, aunque muy ligeramente.

—Eso espero —se vio impelido a advertir, a pesar de todo.

—*Res, querido*, quisiera comentar algo con Kana. —Un pequeño e incómodo silencio envolvió al pequeño grupo. El rey miró a su hermana con una sonrisa ladeada.

—¿Y por casualidad quieres que te acompañe? —preguntó solícito, aceptando portarse bien.

—Qué amable. Dare, sería bueno que tú también vinieras. Papá está con ella, y querría hablaros de algo. Si nos disculpan un momento… —Se excusó ante el trío y, cogiéndose del brazo de los dos hombres –que se dejaron arrastrar, sumisos por una vez–, consiguió que se quedaran solos para que se pusieran al día después de tantos meses sin verse. Era mejor separar a aquellos dos polvorines de allí, o cualquiera podría liarse a mamporros. Su hermano parecía querer lanzarse a la yugular de su marido, y su primo había desarrollado un rápido antagonismo por el tío, que personalmente le parecía encantador. Hombres, qué insufribles.

—La chica vale su peso en oro, el cual imagino que también has conseguido,

dado quiénes son su padre y hermano. Te felicito, muchacho. No solo regreso para encontrarme con la enorme y grata sorpresa de que por fin has sentado la cabeza, y nada menos que con un miembro de la realeza, sino que además pertenece a una de las familias más ricas e influyentes del mundo. —Rodan le dio una palmada afectuosa en el hombro—. Y encima es una beldad, sin ningún defecto.

—Algunos dirían que lo tiene —adujo el duque, mirando con atención a las dos personas que, a pesar de la cadena de acontecimientos pasados, más le importaban en la vida. Su tío frunció el ceño, y una ligera sombra atravesó los ojos de la joven.

—¿A qué te refieres? —preguntó el hombre. Keylan pensaba que era bueno que no lo hubiesen descubierto de momento, significaba que su esposa se estaba desenvolviendo bien, pero creía que era mejor que lo supiesen cuanto antes. Quería calibrar sus reacciones ante la noticia, además, necesitaban su colaboración. Esos dos conocían la finca como la palma de su mano y serían esenciales a la hora de mostrarle el corazón de Storncrass. Si es que lo tenía, pensó amargado. También ayudarían considerablemente con los criados que, aunque habían cambiado su actitud –en parte por sus amenazas, pero también porque eran conscientes del tremendo esfuerzo que estaba haciendo Hela para conocer su nuevo hogar y para ganárselos a todos–, no dejaban de mostrar un frío servilismo. Sabía que la querrían con el tiempo, cuando comprendieran su bondad y valía, pero su familia aceleraría el proceso y pensaba aprovecharse de ello. Los miró con gravedad y lo soltó sin más, dada la poca importancia que tenía para él.

—Es ciega. —Los dos lo miraron sin parpadear, al parecer sin comprender. Se obligó a añadir algo más—. No ve. —Su hermana, tan cándida, se giró para observar sin disimulo a su nueva cuñada, que paseaba por la estancia relacionándose con sus primos en animada charla. En ese momento llegó junto a un sofá, lo rodeó y terminó sentándose en otro gemelo que hacía una ele con el primero, al lado de Marga. Keylan sonrió orgulloso, aquella estancia estaba

del todo dominada.

—Ya sé lo que significa estar ciego —gruñó su tío, hosco, habiendo sido testigo mudo del discreto episodio—. ¿Pero me estás diciendo que tu señora lo está? —preguntó, el asombro y la inquietud mezclándose en su tono.

—Acabo de hacerlo —afirmó divertido.

—Cualquiera podría verlo como una tara descomunal, pero a ti parece hacerte mucha gracia —adujo el hombre mayor casi ofendido.

—¿Estás insultando a mi esposa? —Su tono de voz puso el vello de punta a su hermana, quien se apresuró a interponerse entre ambos.

—Por supuesto que no lo ha hecho, Key. Solo muestra preocupación.

—¿Por Hela? —inquirió sarcástico.

—Y por ti. No te muestres obtuso a propósito. La sociedad es cruel y su… limitación será vista como una deficiencia. Sabes que la despedazarán.

—Por supuesto que lo harán. Sobre todo, si mi propia familia empieza la carnicería; entonces, ellos llegarán como una jauría hambrienta —profetizó en tono sombrío.

—Oye, que no hemos dicho nada en su contra. Tan solo te advertimos de lo que ocurrirá si no nos movemos rápido. Tu di qué quieres que hagamos y cerraremos filas en torno a ella. —Su hermana asintió, en muestra de conformidad. Keylan suspiró para sí, una exhalación larga y profunda de intenso alivio. Por supuesto, eran buenas personas, pero su relación era tan distante y compleja que, con sinceridad, no había sabido cómo reaccionarían.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir, sintiéndose tremendamente humilde.

—¿Pensabas que te dejaríamos en la estacada? —preguntó su tío, comprendiendo lo que no decía y mostrando en su expresión lo dolido que se sentía. No dijo nada, ni para defenderse ni para pedir perdón. Ya apenas sabía cómo tratar con ellos. Pero ambos se limitaron a quedarse mirándolo, esperando su respuesta.

—La verdad es que me pareció una buena posibilidad. Bien podíais actuar como los demás.

—Los demás no son tu familia —contestó, indignado—. Y ella —cabeceó en dirección a su esposa— ahora es uno más de nosotros. Pero claro, olvidaba que para ti, seguramente, no hay un nosotros, ¿verdad?

—¿Qué insinúas?

—¿Insinuar? Está claro como el agua, chico. Te has deshecho de tu familia como de perros viejos, pero ahora nos necesitas y por eso nos has mandado llamar. Bien, aquí estamos, Excelencia, disponga de nosotros como tenga a bien, igual que hacía su padre. —La exclamación de horror de su hermana atrajo la atención indeseada de la familia política, que suspendió todas las conversaciones abiertas para observarlos con recelo. Keylan, con el rostro desencajado y pálido como la muerte, buscó con la mirada a su esposa y vio que ella se giraba hacia donde él estaba, repentinamente alerta, y se levantaba del sofá despacio. Dios, iba a ir a buscarlo, con toda seguridad a ofrecerle su apoyo moral en lo que fuera, sin saber aún de qué se trataba, y él no podría soportarlo. Con una mirada admonitoria a su tío, y antes de perder los nervios, salió de la sala como un huracán, pensando desesperado dónde recluirse en aquella maldita casa que tanto odiaba.

El resto de la velada transcurrió sin más incidentes. Pasado un rato de cierta tensión en el ambiente que todos intentaron suavizar, Keylan regresó con semblante impasible a la sala para escoltar a su esposa al comedor.

No participó gran cosa en la conversación, pero, aparte de su expresión algo tensa y crispada, todo en él parecía normal. Dado que tanto Rodan como Iriana permanecían igual de callados, los Cetriar hicieron su mejor esfuerzo por mantener un aire animoso, sin permitir que el incómodo silencio se impusiese. No obstante, fue un alivio para todos cuando la velada concluyó y pudieron retirarse a sus respectivas habitaciones. Pero algo iba muy mal más allá de una pequeña diferencia de opinión entre familiares. Porque aquella noche, después de una semana de visitas ininterrumpidas, su marido no hizo uso de su bien dispuesto cuerpo. Y ella estaba segura de que la necesitaba más que nunca.

Los días pasaron raudos y veloces para los habitantes de Storncrass, en un sinfín de preparativos, disposiciones varias y detalles de última hora.

Por fin había llegado el día de la celebración y la casa y los alrededores estaban a rebosar de invitados. Las personalidades más encumbradas se mezclaban con las docenas de sirvientes engalanados con sus mejores uniformes, que repartían refrigerios o bebidas frescas sin descanso.

Con tantísimos invitados –la lista ascendía a quinientos–, no había sido posible organizar una cena formal, por lo que se habían montado unas largas mesas en el salón y en el exterior, estilo bufet, controladas por eficientes criados que se encargaban de servir a quienes no deseaban hacerlo por sí mismos.

Helailla había estado prácticamente histérica desde el día anterior, pero, con tres o cuatro copas de vino encima, se sentía mucho mejor. También ayudaba que su ilustre esposo no se hubiese movido de su lado en toda la tarde, reconoció con una sonrisa tonta.

—¿De qué te ríes, pillina? —susurró en su oído, lo que le provocó un escalofrío de placer que recorrió su columna. Soltó una risita.

—Simplemente, me siento bien.

—No ha resultado tan duro después de todo, ¿no? —preguntó en tono liviano.

—Supongo que se ve mejor tras el velo del alcohol —admitió con otra risilla. Keylan sonrió. Su esposa achispada era una delicia.

—Sí, ya me he dado cuenta de que te deja suave y blanda, más dúctil. Tendré que explorarlo bajo otras circunstancias —prometió con voz sensual. Ella lo regañó con la mirada.

—Tú ya me has *probado* de todas las maneras, guapetón. —Él soltó una carcajada, disfrutando por primera vez en días.

—Aún no. Pero prometo que lo haré, pequeña. —Frunció el ceño cuando la vio dar otro largo trago a su copa—. No te emborracharás, ¿verdad?

—No me censures, mojigato. He soportado mucha tensión durante las

últimas semanas, y todos estos buitres que me sonríen con afectación, en realidad, están sobrevolando en círculos, esperando abalanzarse sobre mis restos a la menor oportunidad.

—¿Cómo sabes que te sonríen? —preguntó con curiosidad.

—Lo noto por su tono. La voz es un factor importante para alguien como yo.

—No hay un alguien como tú. Detesto que hables así. —Se pasó la mano por el pelo, nervioso, mientras ella miraba hacia él, divertida. En momentos como ese parecía que de verdad *podía* verlo, y le entraban unas ganas tremendas de poner una mano delante de su cara y moverla de un lado a otro para ver si reaccionaba. Pero no lo hacía, claro, sería una grosería, incluso si ella no lo veía—. De todos modos, será mejor que vayamos a comer algo. Si no es por bajar un poco todo ese vino, al menos para rendir homenaje a los cocineros. —Se dirigieron a las mesas, y entre bromas y risas se dieron de comer uno al otro, y avivaron la ilusión de que estaban enamorados y que no había razones ocultas para su impulsiva boda. Helailla se sentía bien, hacía mucho tiempo que su esposo no mostraba tan buen talante. Aunque después del incidente con su familia, la noche que llegaron, las cosas habían mejorado entre ellos, se había mantenido distante y apartado, como si esa vez guardase una parte más grande para sí. Ni siquiera Reskan o Dariel, quienes lo habían intentado varias veces, consiguieron traspasar la barrera invisible que había delimitado entre el mundo y él. Pero ahora parecía estar relajado y feliz, disfrutando de algo que en un principio todos habían considerado una prueba de fuego por la que había que pasar para poder seguir con sus vidas. Sabía que él la estaba observando, seguramente porque no podía borrar esa expresión tonta de expectación en su rostro. «¿Y ahora qué?», preguntaban sus traicioneros ojos.

—¿Vamos a bailar? —sugirió él en un tono que se filtró por cada poro de su piel. La mirada gris brilló de excitación ante la perspectiva de hacerlo *de verdad* en aquel momento. Lo habían practicado en varias ocasiones durante los últimos días en previsión de esa noche y no había sido difícil. Helailla siempre había amado bailar, pero no lo había hecho desde el accidente. La

primera vez se había sentido torpe y oxidada, pero cuando se encontró en los experimentados brazos de su esposo, que resultó ser un consumado bailarín, todas sus inhibiciones se esfumaron, y dejaron solo el placer de sentirse abrazada por aquel apuesto y elegante hombre suyo—. ¿Qué, te atreves? —la acicateó, con voz un tanto burlona, lo suficiente como para recuperar el coraje que tanta gente a su alrededor le había robado. Buscó su mano y se dejó llevar a la pista, con una sonrisa tranquila.

Disfrutó intensamente del baile con su esposo y cuando terminó estaba sonrojada y sin resuello. De inmediato su siguiente pareja reclamó su pieza, no era otro que Dariel; su carné de baile estaba lleno, y todos los nombres anotados eran los de sus primos, su hermano, su padre y su tío político. No habían querido arriesgarse en ese punto, evitando que un extraño le solicitase una danza.

Envuelta por el conocido y protector cuerpo de su padre en una tranquila danza, le preguntó si alcanzaba a ver a su marido.

—Lo raro sería que no chocara de frente con él, cariño. Si no estás cogida de su brazo, puedes estar segura de que invariablemente se encuentra dos pasos por detrás de ti. —La muchacha se ruborizó, encantada—. Ahora mismo está al borde de la pista, con un ojo puesto en ti y el otro en esa encantadora hermanita que tiene, y está haciendo heroicos esfuerzos por mantener una acalorada conversación con tu hermano y tu primo Dare. —Ella se tensó de inmediato y Eidrian se rio entre dientes—. No saques las garras, cielo, es una de esas charlas de hombres, no una discusión. Con seguridad, política, por la de gestos grandilocuentes que hacen con las manos y la de palmadas que se dan. —La joven se relajó y se dejó llevar por los ágiles pasos de su pareja.

—Parece que se está divirtiendo. —Hasta ella se dio cuenta de que parecía una pregunta.

—Nunca has sido una chica tímida o que dudase de sí misma.

—Nunca he sido ciega, papá —admitió con un susurro ronco.

—Lo eres más de lo que piensas. —La mirada femenina se alzó hasta la de

él, aunque no sirviese para nada—. Tu falta de visión radica en tu mente, en los obstáculos que tú misma te impones, algunos imaginarios, otros que simplemente podrían saltarse con un mínimo esfuerzo. La otra, la física, no le interesa a nadie. A nadie que de verdad importe —añadió con un frío matiz que ella supo interpretar. Por supuesto, a muchos de los invitados de aquella noche sí les molestaba, pero esos no contaban, y ella no debía permitir que le doliese.

—Gracias, papá —dijo alzándose de puntillas para besarlo en la boca. Él se ruborizó un poco, pero apretó los brazos en torno a su estrecha cintura.

—De nada. No fui muy buen padre durante los años que siguieron a la muerte de vuestra madre. Demasiado dolor. No pude ver que era el mismo que os embargaba a vosotros, tan pequeños y frágiles… —Se le cerró la garganta, al igual que a ella—. Pero ahora estoy y, casada o no, eres mi pequeña. Acude a mí siempre que lo necesites, Helailla, ya nunca más te defraudaré —le juró.

—Nunca lo hiciste —le aseguró mientras se detenían al final del baile—. Creo que mis pobres pies no me sostendrán más. Estoy agotada —protestó intentado disminuir el ritmo de su acelerado corazón. El rey esbozó una enorme sonrisa.

—Siempre es satisfactorio comprobar que uno aún puede fatigar a una joven criatura —dijo en tono seductor.

—¡Papá! —se quejó, sin fingir demasiado el tono escandalizado. Eidrian volvió a reírse.

—Anda, niña, ve a refrescarte. Tu marido aún está enfrascado en esa importante cháchara y no se dará cuenta si desapareces un minuto o dos en el tocador, y yo te estaré esperando justo aquí para llevarte de vuelta a su lado. —Lalla dejó ver su ansiedad por escapar, aunque fuese un momento, de aquel enjambre humano y prometió que no tardaría.

Se recogió la falda del vestido, y entre empujones y disculpas salió del atestado salón. En efecto, iba hacia el tocador, pero el camino estaba tan abarrotado que pensó que tardaría al menos otros diez minutos en alcanzarlo y,

una vez allí, la fila sería tremenda. Maldición, aquella era su casa, si no podía simplemente subir a la planta de arriba y huir un momento a su habitación, quitarse las sandalias un ratito, refrescarse el escote y la cara, retocarse el pelo y echarse unas gotas extras de perfume… Todo muy rápido, pero fuera de aquel bochorno, y sobre todo lejos de la marea de cuerpos sudorosos, ojos de halcón y comentarios malignos…

Cuando quiso pensárselo ya estaba sentada frente a su tocador, estirando los dedos de los pies, libres de las preciosas sandalias de ligero tacón.

Suspiró, qué placeres tan simples tenía la vida. Lo más rápido posible, hizo lo que se había prometido porque ya empezaba a echar de menos a su esposo, y más fresca y relajada cerró la puerta y se encaminó a las escaleras. Se detuvo. Abajo se escuchaba una multitud que apabullaba, y durante unos segundos jugó con la posibilidad de quedarse allí y no volver a bajar. Keylan no tardaría ni cinco minutos en darse cuenta de su ausencia y cuando fuese a buscarla podrían terminar la fiesta allí, en su cama. O en la monstruosidad de él. Pero aquello se llamaba cobardía, le dijo su insidiosa conciencia. De todos modos, la parte desafiante que había en ella la hizo darse la vuelta y elegir las escaleras traseras, casi nunca utilizadas, lo cual le otorgaría otro par de minutos de bendita tregua.

Justo cuando estaba a punto de sujetarse a la barandilla sintió una presencia a su espalda. Empezó a darse la vuelta, sonriente, segura de que era su marido, siempre tan impaciente, que había venido a por ella, pero el aroma a sándalo que la embargó mientras esa persona se le acercaba no provenía de su esposo. Su sonrisa se transformó en una máscara de simple cordialidad hacia el recién llegado cuando este apoyó una mano en su pecho y la empujó con una fuerza atroz hacia el hueco de las escaleras, y sobrepasándola empezó a bajar como si nada.

Helailla no pudo dejar escapar ni un leve grito de alarma, tal fue su horror y espanto. Sus pies ya no estaban en el suelo, tan solo los estrechos tacones de sus preciosas sandalias granates, del mismo tono que su elegante vestido,

tocaban aún el borde del primer peldaño mientras agitaba con frenesí las manos en busca de algún apoyo; el maldito pasamanos, por ejemplo. No lo encontró, en su lugar sintió el negro vacío a su espalda mientras caía sin remedio, y el lacerante dolor en su hombro cuando lo clavó contra uno de los escalones. Sí gritó, no obstante, cuando en el mismo movimiento su sien rebotó con el siguiente peldaño en un golpe seco que la dejó casi inconsciente, y emitió un gemido sordo y débil al sentir otro encontronazo con el duro mármol en sus costillas.

Misericordiosamente, el interminable tramo de escaleras finalizó, y se quedó allí tirada, sintiéndose rota y desmadejada, incapaz de mover ni un solo músculo, aunque fuera facial. Sintió que todo se movía alrededor, y supuso que estaba a puntito de vomitar, pero le era imposible afrontar nada en ese momento, salvo, quizás, el pensamiento de que el que la había lanzado escaleras abajo podía estar mirándola a uno o dos pasos de allí, decidiendo si la remataba o no. Bien sabía Dios que ella no iba a impedírselo.

Un sonido de botas que corrían presurosas la sacó del estupor que empezaba a apoderarse de su adormecida mente y supo que su guardia y custodio por fin la había encontrado. El miedo se esfumó.

—Lalla, cariño, ¿qué te ha pasado? —Sabía, por lo baja que sonaba su voz, que él estaba inclinado sobre ella y que estaba preocupado. La tocaba por todas partes, con mucha delicadeza, imaginó que verificando las lesiones. Escuchó otras voces, las de varios de sus primos, que hablaban entre ellos o dispersaban a los curiosos, la de su padre y la de la hermana de Key…

—¡Ay! —gritó cuando llegó a su brazo herido.

—Lo sé, cielo, lo siento. —La besó en la frente—. Está dislocado como mínimo —le dijo a alguien en tono duro y apagado. Reconoció a su hermano en la respuesta. Cuando ya no quedó un milímetro de su cuerpo sin revisar, sintió que la levantaba con la misma delicadeza que a una mariposa y bien segura entre sus brazos la subía por la maldita escalera hasta la habitación del duque. Hasta allí los siguieron Res, por supuesto, Eidrian, Iriana y Dariel. El

resto estaba dando por terminada la fiesta y sacando a los invitados de allí con toda la educación de la que eran capaces, salvo a los pocos –demasiados en esos momentos– que por su jerarquía o la lejanía de sus propiedades deberían pasar la noche en la casa, los cuales estaban siendo acompañados a sus respectivos dormitorios. También se buscaba afanosamente al médico de la familia, entre todo el barullo de asistentes.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —ladró Reskan al otro lado de la cama, contrario al que ocupaba su cuñado. Helailla abrió los ojos de golpe, impelida por esa voz autoritaria, y buscó su mano como tantísimas veces antes. La otra estaba entre las enormes de Keylan.

—Tropecé —fue todo lo que dijo, cerrando de nuevo los ojos. Los del rey se abrieron como platos.

—¿Qué? —dijo en tono monocorde.

—Trastabillé y rodé por las escaleras —admitió sin tapujos.

Su hermano se la quedó mirando con fijeza durante un buen rato. Después, con deliberada lentitud, soltó sus dedos de los de ella y se apartó de su cama, para dirigirse hacia Dariel, con quien se puso a hablar en susurros. Key los miró con el ceño fruncido, desaprobando su actitud.

El médico se presentó en ese momento, con un susto de muerte por la noticia. La examinó a conciencia y coincidió con el diagnóstico del duque: tenía el hombro dislocado y debía ser puesto de nuevo en su sitio de inmediato. Keylan sabía que estaba sintiendo mucho dolor y que sería infinitamente peor cuando se lo colocasen, pero, aparte de una evidente palidez y de las pequeñas gotas de sudor frío que le empapaban la frente, no emitía sonido alguno. Era una valiente.

—Cariño, tenemos que recolocarte el hombro lo antes posible —susurró detestando despertarla. Abriendo los ojos al instante, ella demostró que solo descansaba.

—Y me va a doler horrores, ¿no?

—Sí. —Era mejor no mentirle.

—Bien, hazlo, Key —se limitó a decir. Él parpadeó, sorprendido. Había esperado que se encargase el doctor, pero también acababan de entregarle una confianza que había pedido. Le hizo un gesto al médico para que se apartase y se dispuso a coger el delgado brazo. Alguien se lo impidió, poniéndole una mano en el hombro. Volvió la cabeza y se enfrentó a los ojos azules grisáceos de su cuñado.

—Yo lo haré. Tú abrázala. Te va a necesitar. —Se sostuvieron la mirada un momento más y al fin asintió y ocupó su posición a la espalda de su mujer, a la que incorporó ignorando los débiles gemidos que le destrozaban el corazón. Vio que Reskan también apretaba la boca en una fina línea. La cogió por la cintura con el brazo izquierdo y con el derecho la inmovilizó por la clavícula. Cuando estuvo listo le mandó un mensaje silencioso a Res, quien sin previo aviso tiró despacio pero sin tregua del hombro hasta que estuvo del todo encajado, acompañado de los angustiosos alaridos de la muchacha y de sus calientes lágrimas un segundo antes de caer benditamente en el olvido.

Sin mediar palabra, entre los dos le quitaron el vestido, y cuando iban a taparla el duque vislumbró una sombra extraña a través de la camisola. Al final, y teniendo en cuenta que todos los presentes era familiares, muchos de los cuales la habían visto nacer, y el propio médico, se decidió a quitárselo todo y aquello reveló el sinfín de hematomas que cubrían su cuerpo, incluido el tremendo moratón a la altura de las costillas. Apartándose para que el viejo doctor lo evaluase, se esforzó por controlarse porque el peligro ya había pasado. Pero no lo conseguía.

Era una maldita suerte que, salvo el feo magullón negro que empezaba a formársele en la sien y que podría haber sido mortal, no tuviese nada más. Dios, aquellas escaleras traseras formaban una especie de caracola, por lo que no eran tan empinadas como las principales, que sin duda la habrían matado, pero aun así… Él sí que empezó a sudar la gota gorda cuando comprendió que aquella delgada y frágil jovencita debería estar muerta.

—Diez —musitó con voz letal. Todos los presentes se giraron para mirarlo

—. Diez hombres hechos y derechos. Buenos soldados la mayoría, supuestamente, todos cualificados para defender a nuestras mujeres. ¿¡Y ninguno de nosotros ha sido capaz de cuidar de una muchacha invidente dentro de nuestra propia casa!? —rugió descontrolado, su furia abarcó a todos los que estaban en la habitación, rozándolos. Iriana retrocedió, tan poco acostumbrada a ese trato en el internado. Dariel acarició su espalda, en un gesto muy inadecuado aunque tranquilizador, que era de lo que se trataba.

—Storn… —empezó Reskan, pero no hubo clemencia, la rabia estaba desatada, acicateada por el miedo, mucho más primitivo.

—¡Y una puta mierda, Cetriar! ¡Ha estado a punto de romperse el cuello delante de mis narices, de la de todos vosotros, joder, mientras discutíamos acaloradamente si el próximo rey se acostaría con esa putilla a la que le ha echado el ojo, antes o después de la coronación! —Se mesó el pelo, intentando, *de veras*, controlarse, pero ¿a quién quería engañar? Quería agarrar algo y apretar fuerte hasta verlo desintegrarse. Se sorprendió bastante cuando vio que había destrozado un antiguo y carísimo marco de plata con una pintura de él cuando era niño. El otro se lo quitó de las manos, crispadas como garras.

—Conozco esa sensación, amigo, pero no te dejes dominar por ella.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¡Es tu hermana! —le recriminó.

—¿Crees que lo estoy? —bramó, dejando por primera vez que la furia latente que sentía saliera a la superficie—. Malditos necios, soy el único que no se ha creído la historia del tropiezo. Lalla es absolutamente metódica y se ha esforzado al máximo para este día. Así que nadie va a hacerme tragar la píldora de que se ha descuidado y caído por las escaleras, ni con un barril entero de *whisky*.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó su cuñado con una calma absoluta.

—Lo que mi querido hermano quiere decir es que me conoce demasiado bien —dijo una voz débil desde la cama. Al instante, todos se dirigieron hacia allí para conocer su estado—. Dios, cada vez que abro los ojos me siento peor

—musitó.

—Eso es porque tiene dos costillas fracturadas, Excelencia, y el golpe de la cabeza ha sido impresionante. Eso sin contar con las diversas contusiones que muestra en el resto de su encantador cuerpo. Y tendrá que llevar el brazo en cabestrillo durante unos días. A decir verdad, es una mujer muy afortunada —adujo el médico.

—Discúlpeme si en este momento no me siento así —se quejó enfurruñada.

—¿Desearía un poquito de láudano para cambiar esa opinión desfavorable? —ofreció solícito.

—Por supuesto que no. Ahora, por favor, déjenos solos para que pueda hablar con mi familia un momento. —Hubo un par de sonrisas disimuladas ante el tono autoritario que tan pronto parecía haber aprendido la duquesa, aunque en cuanto el profesional hubo salido los rostros volvieron a ponerse serios—. ¿Quiénes faltan? —Su padre iba a decírselo cuando tras un ligero golpe en la puerta, que no esperó respuesta, esta se abrió y en fila india todos los primos restantes fueron entrando hacia la cama ducal, con miradas ansiosas y caras largas, las cuales se relajaron un tanto al verla despierta. También Rodan se unió al grupo un segundo después, aunque él sí esperó a que lo invitaran a entrar.

—Bien, estamos todos —oyó decir a su marido, con clara exasperación. Aún no se acostumbraba a tener a tanta gente a su alrededor y menos en su cuarto, con su esposa toda magullada y desnudita bajo las sábanas. Volvieron a sonar unos enérgicos golpes y sintió que le chirriaban los dientes. El hombre más cercano fue a abrir y, cómo no, Kana, Marga y Vinetta aparecieron en el umbral y, entrando como una tromba, acapararon la cabecera de la cama—. O lo estamos ahora. —Entrecerró peligrosamente los ojos—. ¿Llamamos también a tu amante? —preguntó a Briadan, quien tuvo la decencia de sonrojarse—. Ahora estará ocupada recogiendo el salón, pero te juro que esperaré si con eso terminamos de una vez.

—No seas irónico, Key, y deja en paz al pobre Brian. Ven aquí. —Storn

miró un segundo más al joven, que recibía un codazo de su hermano, quien al parecer no sabía que se beneficiaba a una de las criadas, y después siguió la llamada de esa manita que lo reclamaba. Se sentó a su lado en la cama.

—¿Vas a contármelo, princesa? —pidió con voz suave. Ella sonrió por el apelativo, tan acorde.

—Bueno, cariño, me empujaron. A propósito.

Un silencio sepulcral se apoderó de todos los presentes, que se quedaron petrificados por la incredulidad. Struan hizo amago de salir, pero Reskan se lo impidió haciendo un gesto con la mano.

—No tiene sentido, Tru. Todos se han ido, y es poco probable que el culpable esté entre los que aún quedan aquí. —El aludido sabía que tenía razón, como todos los demás, por lo que volvió a su sitio, todavía aturdido por la noticia. Helailla estaba pendiente de la respuesta de su esposo, que permanecía impasible a su lado, como si no la hubiese escuchado admitir que habían intentado asesinarla. O como si no hubiese reaccionado aún.

—¿Estás segura de que no fue un accidente? —Todo su cuerpo se envaró y él lo notó.

—¿Quieres decir si no cometí la torpeza de trastabillar y me caí? Al fin y al cabo, soy ciega. —Le costó pronunciar las palabras, tan apretadas tenía las mandíbulas.

—No he querido decir eso. Lo que he preguntado es si esa persona que te arrojó escaleras abajo pudo hacerlo sin intención de hacerte daño, borracho, por ejemplo. —Su tono fue bajo y suave en la superficie, pero en el fondo estaba furioso porque hubiese malinterpretado sus palabras y por algo mucho más importante, pero el terrible dolor de cabeza que se le estaba creando le impedía dar forma a sus pensamientos.

—No —contestó tajante, segura de lo que había sentido instantes antes de caer, aunque no del resto.

—Cuéntamelo todo —exigió, aunque con voz dulce.

—¿Podría ser luego? —pidió—. Estoy muy cansada. —Por el rabillo del

ojo Key captó la mirada de su cuñado. Lo enfrentó y vio que negaba sutilmente con la cabeza. Detestó hacerle aquello, sin embargo, estaba de acuerdo con él.

—Lo siento, cariño, pero tiene que ser ahora, cuando tus recuerdos están frescos todavía. Mañana podría ser tarde. —Acarició su cara magullada con un cuidado infinito. A pesar de ello, la joven no pudo evitar un gesto de dolor.

—Está bien, lo entiendo. —Hizo una pequeña pausa para organizar sus destartalados pensamientos—. Subí para refrescarme y escapar del tumulto. Tan solo unos minutos. Decidí bajar por la otra escalera para disponer de un poco más de tiempo, entonces sentí que había alguien detrás de mí. Creí que eras tú —dijo en tono desvalido. Él apretó su mano, intentando infundirle fuerza—. Me giré para saludarte y olí su colonia. Sándalo. Entonces supe que no se trataba de ti, pero ya era tarde, puso su mano en mi pecho con toda tranquilidad y me empujó con mucha fuerza. Yo… —Keylan sentía sus palabras como un impacto físico contra su tórax, que le impedía respirar. No dijo nada, ya que de haberlo hecho habría revelado su pánico y su confusión.

—¿Sí? —la animó su hermano, mirando con ojos entrecerrados al duque.

—Sentí terror. Pero no solo por saber que iba a caer, sino por él. No se dirigió a mí, solo me arrojó, y en un único movimiento me sobrepasó y siguió bajando las escaleras como si nada, supongo que para mezclarse con los invitados. Me pareció frío y despiadado. Sin corazón. —Keylan la abrazó cuidando de no lastimarla más.

—Ya está. No te preocupes de nada. Alguien va a vigilar tu puerta por fuera hasta que yo regrese —le prometió.

—¿Adónde vas? —preguntó asustada.

—Voy a despedirme de la familia por esta noche mientras el doctor Viker le echa un último vistazo a tu hombro. Y como no has querido ningún remedio para el dolor te tomarás un vaso de leche con un chorrito de ron. —Vio que ella iba a quejarse—. Te ayudará a dormir. Yo volveré en un minuto, ¿de acuerdo?

—Está bien —asintió, más por agotamiento que por hacerle caso. Todos

salieron de la habitación con presteza, sin tragarse la historia de Su Excelencia. En la puerta, sentado en una silla que alguien había colocado para él, estaba el médico, echando una cabezada. Lo despertaron con cuidado.

—Dele el maldito láudano a mi esposa. Le duele horrores. Mézclelo con leche, ha aceptado tomársela. —El hombre se fue a buscar a una criada que le proporcionase la bebida sin molestarse por el tono brusco del señor, pues lo conocía desde que había nacido. De hecho, había sido él quien lo había traído al mundo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dariel dispuesto para la guerra, liberado de la máscara de seguridad y tibieza que había mostrado para tranquilidad de su prima.

—Ahora vamos a cazar a ese cabrón. —Miró de reojo a las señoras, dispuesto a disculparse de inmediato, pero Kana, con un gesto con la mano, le indicó que no se molestase en intentarlo. Las otras dos asintieron, conformes. A pesar de toda la furia que le invadía el cuerpo como una enfermedad corrosiva, sonrió, los primos no se casaban con damitas delicadas y quejosas —. Necesitaremos la lista de invitados —dijo, serio de nuevo.

—Nosotras te la proporcionaremos —ofreció la reina.

—Dios, eso supone quinientos sospechosos, sin contar a los sirvientes y a los guardias de Res —se lamentó el conde.

—De momento, creo que deberíamos centrarnos en los asistentes a la fiesta. En principio, los criados y soldados son de confianza y no tendrían razones para atentar contra Lalla. ¿Estamos de acuerdo en eso? —Reskan miró a todos, pero sus ojos permanecieron fijos en Keylan, que captó el mensaje. «Es tu esposa, tú mandas». Sabía cuánto le estaba costando concederle ese poder, no solo estaba acostumbrado a tomar decisiones importantes todos los días, sino que hasta hacía muy poco había sido el responsable absoluto de la joven.

—Nadie está descartado —dijo en tono duro. Su cuñado esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Ni siquiera los aquí presentes? —No lo dudó y aquello sí lo sorprendió.

—Exclusivamente, los aquí presentes. —Terminó sonriendo, a su pesar—. Pero tienes razón, en un principio, limitémonos a la flor y nata de la sociedad. Con frecuencia es donde suele esconderse la escoria.

—Lo que me lleva a la siguiente pregunta. ¿Tienes enemigos? —Todas las cabezas se volvieron con lentitud hacia él, en muda interrogación—. No me interpretes mal, amigo, pero está claro que mi hermana no ha despertado el odio de nadie, mucho menos cuando lleva un año recluida en su propiedad, así que la conclusión más lógica eres tú. —El duque sintió un escalofrío correr por su espalda, pero lo ignoró.

—No que yo sepa.

—*Oh, vamos* —dijo Briadan con las manos alzadas—. Eres el Insaciable. —Se percató de la mirada que le echó el hombre y rectificó—. Bien, *eras*. No me digas que en todos estos años ningún marido te ha amenazado con cortarte los… —Su voz se perdió en los bonitos ojos de las tres señoras presentes. Se escucharon algunas risillas entre dientes, probablemente de los maridos, que sabían que sus mujercitas no tenían los oídos tan sensibles como los demás pensaban.

—Hasta ahora ningún esposo me ha pescado entre los muslos de su mujer. Y ya no hay riesgo de que lo haga —añadió mirando a Reskan a los ojos—. También he procurado que, si la dama era casada, se mostrara discreta. Por supuesto, el asunto no está exento de riesgos, pero no lo creo probable —afirmó frustrado. En cierta forma, si se tratase de sus asuntos sexuales, tendrían un punto de partida, aunque uno muy escabroso, porque su lista de compañeras de cama era *infinita*.

—¿Y alguna prometida abandonada? —preguntó Briadan chasqueando los dedos como si le hubiese venido a la mente una idea de lo más ingeniosa. Keylan lo fulminó con la mirada.

—Estás muy ocurrente esta noche. —Este se limitó a alzar las cejas, la imagen misma de la inocencia, el muy bastardo—. ¿De verdad piensas que he ido dejando una estela de novias plantadas ante el altar? ¿O que, si hubiera

estado prometido, me habría casado con tu hermana, así sin más? ¿Estás afirmando, por casualidad, que no tengo honor? —preguntó acercándose a él.

—Keylan. —La orden fue dada en tono calmo pero firme. Porque fue una orden. Y, a pesar de que él no estaba bajo su mandato, se detuvo, aunque fulminó al joven, quien sonrió avergonzado.

—No iba en serio, Key, solo fue fruto de la desesperación. —El duque suspiró, dándole una palmada amistosa en el hombro.

—Lo sé. Estamos muy cansados, falta poco para que amanezca. Propongo que nos acostemos un rato y dentro de unas horas empecemos de nuevo. De todos modos, tengo que ir a ver cómo está Hela. —Todos asintieron y, despidiéndose, se dirigieron a sus habitaciones con paso cansado. Keylan tocó a su cuñado en el brazo y esperó a que este lo mirase.

—Quiero que sepas que daré mi vida por ella. —Reskan lo observó con atención durante un buen rato y acabó aceptando aquellas simples palabras como una realidad tangible. Asintió.

—Eso es bueno porque quizá tengas que hacerlo.

La visión de aquel hombre de físico poderoso y perfecto, completamente desnudo, estirado en estado abandonado en la cama, habría interesado y excitado a cualquier mujer, soltera o casada, casi incluso a una monja. No era el caso de la muchacha que dormía con placidez a su lado, ajena a las depredadoras sombras que lo acosaban sin piedad alguna en esos momentos.

Miró a su joven compañera, preciosa e incitante con aquel camisón verde intenso de transparente gasa, tan diferente de los pulcros, castos y anodinos que las damas solían usar, y que él había prohibido ver en su casa, acudiese a su dormitorio o no. Aquella prenda en concreto dejaba nada a la imaginación y ofrendaba aquel delicioso cuerpo para el sacrificio, uno que ella siempre estaba muy dispuesta a aceptar. Presentaba a la vez un aire de inocencia y vulnerabilidad tan patentes que supo que, si llegaba a descubrir quién había

intentado segar su vida, acabaría con él sin pensarlo, de la forma más lenta y dolorosa posible, y lo gozaría hasta el último instante.

Con cuidado de no despertarla se arrimó a ella, buscando quizá su calor, pero más probablemente necesitando sentir su energía vital, saber que seguía allí con él, que no la había perdido, como había estado a punto de ocurrir.

Y todo por su culpa, reconoció. No conseguía adivinar qué había hecho, ni a quién había molestado tanto como para querer vengarse en su esposa, pero estaba claro que aquella dulce muchacha no podía haberse granjeado un enemigo tan formidable. También era cierto que el ataque podía provenir de parte de Reskan o de Eidrian; como reyes que gobernaban extensos países, se habrían metido en situaciones difíciles, sobre todo habiendo participado en guerras.

Pero quedaba la irritante cuestión del sándalo…

Sabía que era imposible, una mera coincidencia; sin embargo, la desagradable sensación lo acosaba desde que la había oído pronunciar las palabras frente a todos, como un abejorro que zumbaba a su alrededor, molesto e insidioso. Y reconoció que unas virutas de miedo le atenazaban los pulmones. Aquello no podía ser cierto, muchas personas utilizaban colonia cuyo ingrediente principal era el sándalo.

Pero él solo había conocido a una.

Y gracias a Dios estaba bajo tierra.

Cuando Helailla se despertó, a media tarde del día siguiente, se sorprendió de haber dormido tanto y tan bien. Habría esperado que, con los tremendos dolores que la aquejaban, no hubiese pegado ojo, o que hubiese tenido pesadillas durante el sueño, pero parecía haber caído a plomo en la cama, igual que si hubiese aceptado el láudano del doctor Viker. Notaba como si tuviese una buena resaca después de una noche de juerga, pensó irónica, mientras unas afiladas cuchillas se le clavaban por todo el cuerpo. Dios, ese

nuevo día se sentía incluso peor que después de la caída, aunque entonces le había parecido imposible, y el hombro le palpitaba de forma insistente, con seguridad porque había dormido sobre él sin pretenderlo.

Dejó escapar un largo gemido de angustia, pensando en los días que le quedaban por delante hasta su recuperación, amargos y dolorosos, infinitamente largos.

La puerta se abrió de golpe, y escuchó los largos y apresurados pasos de su marido. Se preguntó si había instalado a alguien que escuchara tras ella para informarle de inmediato en el momento exacto en el que regresara al mundo de los vivos. El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó a su lado.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? —Detectó sin problemas la ansiedad en su voz, por lo que supuso que debía de estar hecha unos zorros. Recordó otro momento y otro lugar, parecía que hacía un siglo, pero en condiciones similares.

—Como un trapo, señor, pero imagino que notablemente bien dadas las circunstancias. —Aunque no podía verlo supo que recordaba sus propias palabras cuando se conocieron en Oscuridad, él tirado en una cama como esa, herido de bala, e imaginó que sonreía por su osadía a pesar de su patente sufrimiento. Keylan cogió su frágil mano con delicadeza y se la besó. Sus labios estaban calientes y ella se estremeció de placer al sentir la humedad de su dulce beso.

—Eres un tesoro, *chérie*.

—Un tesoro saqueado —admitió con voz rota por el dolor. La sonrisa se desvaneció, lo presintió.

—Iré a buscar al médico —dijo empezando a levantarse. Ella se lo impidió sujetando su mano.

—No hay nada que pueda hacer para mejorarlo, a no ser que me narcotice, cosa que sabes que no estoy dispuesta a tolerar.

—Sería aconsejable por unos días. Tan solo hasta que el dolor remitiese un poco. Yo no permitiría que te dejara aturdida, o que te acostumbraras a ello —

prometió esperanzado.

—¡No! —rechazó de plano, alejándose de él, horrorizada ante esas posibilidades.

—Hela…

—¿Tú consentirías que lo hiciesen contigo?

—No es…

—¿Lo mismo? ¿Porque yo soy una insignificante mujer? —La miró un momento, dudando, y después suspiró.

—Tienes razón, por supuesto. —Ella lo observó con desconfianza.

—Te lo prohíbo. ¿Me oyes? No lo harás a mis espaldas. —Una idea inquietante pasó por su mente como un rayo —. Ordenaste que me drogasen anoche, ¿verdad? —El silencio que obtuvo fue respuesta suficiente —. Oh, Dios.

—Cielo, estabas sufriendo mucho y necesitabas descansar. Sí, lo hice contra tus deseos, pero no estabas pensando con claridad en esos momentos. —Obvió decir que tampoco él—. Volvería a hacerlo y, si eso te enfurece, lo siento; no obstante, te juro que entiendo lo que quieres decir, y no volveré a dar la orden a no ser que empeores. E incluso entonces intentaré convencerte primero. — Seguía enfadada, y no era eso lo que quería, sin embargo, sabía que era lo máximo que obtendría y, si era sincera, tenía que reconocer que también ella comprendía sus motivos, por lo que asintió.

—Está bien. Pero como estamos jugando a ser sinceros, te aviso, marido mío, que, si osas sedarme de nuevo, utilizaré una espada en tu precioso pecho. —Por si acaso se estaba riendo, añadió—. Sé usarla.

—¿De veras? —preguntó el duque con una buena dosis de curiosidad.

—Por supuesto —contestó muy ufana.

—¿Y cómo habrías llegado a ese... conocimiento, exactamente?

—Me enseñó Kana.

—Cómo no —murmuró entre dientes, pensando qué mala compañía estaba resultando la maldita cuñadita.

—Y en Oscuridad Dare siguió con las lecciones.

—¿Qué? —preguntó mudo por la sorpresa.

—Pensó que estaba más indefensa con un sentido menos, así que me dio unas clases más… feroces.

—¿Qué significa eso?

—Nada en particular. A ser más agresiva, supongo. Tretas, puntos débiles, zancadillas…

—Juego sucio —dijo sucintamente.

—De algún modo tengo que compensar ser ciega, y qué mejor forma que dando donde más os duele. —Estaba claro que aquellas palabras eran del conde—. Tengo una espada especial, también, como la de Kana. Más pequeña y ligera, hecha para mí. Así puedo aguantar más tiempo una pelea.

—Humm. —La joven hablaba tan orgullosa que no se atrevió a contradecirla. Estaba claro que no tenía nada que hacer frente a la fuerza y la resistencia de un hombre.

Vio su gesto de dolor, los ojos entrecerrados por el cansancio y los signos de sufrimiento que se esforzaba por ocultar, y la maldijo por rechazar el láudano. Por un instante consideró volver a dárselo a sus espaldas, pero fue una idea loca que descartó de inmediato. Se lo había prometido, y la respetaba demasiado para mentirle otra vez. Ya lo hacía con demasiada frecuencia.

Sin saber qué hacer por ayudarla, se quitó la chaqueta y el chaleco y, mientras observaba ese cuerpo frágil que tan importante era para él, se deshizo el nudo del pañuelo. «¿Amor?» le vino a la mente. «Dios, no, todas las personas a las que he querido han muerto o han huido de mí».

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lalla, en tono cansado.

—Quitándome algo de ropa. —Hubo un momento de silencio y pudo percibir cómo se tensaba. Se detuvo con los dos extremos del pañuelo entre los dedos, aún alrededor de su cuello—. ¿Ocurre algo, cielo?

—Yo… eh… Key… Ahora no puedo… De veras me encantaría, pero… —La estruendosa carcajada de su esposo la detuvo. Menos mal, porque no sabía

cómo seguir. Él volvió a la cama y, tumbándose a su lado, la abrazó con cuidado.

—Mi vida, me siento verdaderamente encantado de que siempre estés pensando en el sexo. —Volvió a reírse cuando ella lo golpeó en el hombro, aunque lo hizo por mantener el ambiente bromista, pues con aquel gesto pudo comprobar las escasas fuerzas que le quedaban—. Tan solo quiero tenerte entre mis brazos y descansar un rato a tu lado. ¿Te parece bien? —Hellaila se relajó del todo cuando comprendió que no iba a exigirle sus derechos estando en ese estado.

—Me parece maravilloso. De hecho, no hay nada que me gustaría más. Aparte de encontrarme bien.

—Te duele mucho, ¿verdad? —preguntó con voz suave.

—Un poco —admitió con un hilo de voz y dejó ver así la magnitud real de su sufrimiento. Keylan acarició su espalda con movimientos lentos y regulares, una y otra vez, mientras le hablaba en susurros apagados de la de cosas que iban a hacer juntos cuando se recuperase, puesto que empezaba a estar más despejado de trabajo con los asuntos de la hacienda. Un cuarto de hora después ella se había quedado dormida, rendida a sus manos y su voz, y él dejó escapar el aliento, dando gracias por ese pequeño respiro.

Cuando volvió a abrir los ojos era de madrugada. La asombraba que pudiese pasarse todo el tiempo durmiendo, pero supuso que estaba tan agotada que lo necesitaba. Sintió el cuerpo cálido y macizo de su marido a su lado, y por su estado relajado y su respiración pausada supo que dormía tranquilo. Aquello sí que era inconcebible, pues él nunca lo hacía en la misma habitación que ella. Durante un momento se quedó sin aliento ante la enormidad de lo que aquel simple gesto suponía para ella, cuántas veces había ansiado que ocurriera. Estaba segura de que no lo había hecho de forma consciente, sino que el cansancio lo había superado y simplemente se había quedado

traspuesto. Sin embargo, en esos instantes le daba igual el motivo; él estaba allí, durante un rato todas sus barreras bajadas, y eso era suficiente.

Entonces se movió y pensó que el agradable momento había terminado, no obstante, se limitó a murmurar incoherencias en tono triste y a agitarse de un lado a otro. Parecía estar soñando y también… asustado. Eso la sorprendió, su magnífico esposo no parecía temerle a nada ni a nadie; al menos en ese mundo, añadió con una sonrisa socarrona entre otros gestos de dolor.

Keylan volvió a sumergirse en la pesadilla, porque estaba claro que lo era, sus gemidos de angustia y desesperación habían ido *in crescendo*, al igual que sus sacudidas por la cama, y la golpeó en varias ocasiones. Intentó alejarse un poco, y se quedó en el borde. Quería despertarlo, pero no se atrevía, en ese momento estaba muy inquieto, a un paso de ponerse violento, y ella apenas tenía fuerzas para acercarse a él. Tampoco sabía si quería. Jamás lo había visto así y estaba un tanto apabullada. Y un poquitín asustada, admitió. Se tocó la sien, le dolía terriblemente la cabeza, como en todo momento desde que rebotara con ella en las duras escaleras de mármol.

La cara de Keylan era una horrible máscara de terror, pena, sufrimiento y odio, emociones tan intensas que hicieron que todo él se convulsionara, mientras un desesperado lamento que no parecía pertenecer a ese mundo escapaba de entre sus labios resecos. Helailla, a pesar de su ceguera, sentía la violencia de los angustiosos sentimientos de su marido, y no pudo evitar soltar un jadeo de horror cuando los dedos masculinos, convertidos en garras, se arrastraron con lentitud por las sábanas de seda y las convirtieron en meros jirones. Al escucharlo, se giró hacia ella, los ojos semiabiertos, se abalanzó sobre su cuerpo inerte con un grito espeluznante, la cogió del cuello y apretó con fuerza.

Sin comprender lo que sucedía Helailla también chilló, un alarido de pánico e indefensión, pues contra esas tenazas no tenía nada que hacer. Esa pareció ser la señal para que su marido despertase. Terminó de abrir los ojos, desenfocados por la rabia, y poco a poco centró su mirada en la dulce y

aterrada muchacha a la que estaba estrangulando sin piedad. Su esposa. Herida y desvalida, roja por el esfuerzo de intentar respirar a pesar de las dos poderosas manos que estaban a punto de romperle el cuello. La soltó como si quemase y de un brinco huyó de la cama y de la habitación por la puerta que comunicaba con la suya, que cerró de un portazo.

# Capítulo 9

Keylan temblaba de la cabeza a los pies. Los estremecimientos eran tan fuertes que le sacudían el cuerpo entero, y al final lo hicieron caer de rodillas al suelo de madera, incapaz de sostener el considerable peso de su formidable cuerpo. Las arcadas llegaron inmediatamente después, largas, poderosas y profundas, como si naciesen desde lo más hondo de su alma. Estaba claro que iba a vomitar allí, en pleno suelo, porque no sería capaz de llegar a coger la bacinilla. A Durin le iba a dar un ataque. Cuando la bilis le subió por la garganta no intentó detenerla, y se preparó para soportarlo con indignidad. Justo entonces apareció una bonita palangana en su campo de visión. Levantó cuanto pudo la vista y vio a su mujer arrodillada a su lado, pálida como la cera, pero dispuesta a ayudarlo. Fue la sombra del miedo y la inquietud que embargaban esos hermosos ojos grises azulados y las grandes marcas rojas en su delgado cuello las que lo llevaron casi hasta la locura.

—¡Márchate! —gritó con furia. Ella se sobresaltó, lo que delató su falta de confianza en él, sin embargo, mantuvo su posición—. ¡Déjame solo, Helailla! ¡Vete de aquí! —ladró una vez más, empujándola aún a su pesar. La muchacha perdió el equilibrio, cayó hacia atrás sobre su trasero y emitió un fuerte quejido de dolor. Keylan también gimió, presa de una angustia tremenda, y al final le quitó de un tirón la jofaina y echó cuanto tenía en su interior. Los espasmos se sucedieron uno tras otro hasta que lo dejaron vacío y el horrible olor a vómito inundó la habitación. Por último, las náuseas desaparecieron y

se encontró algo mejor, físicamente al menos. A su lado, en el suelo, estaba tirada una pequeña toalla con primorosas flores bordadas. La recogió y se limpió la boca, que le sabía a rayos, y el sudor de la frente. Incorporándose, se puso de pie y se dirigió al lavamanos donde, hurgando entre los varios frascos que tenía, eligió uno, lo abrió y, echando un trago, se enjuagó varias veces, para escupir después. Entonces se volvió y la observó con una mirada salvaje y desasosegada. Qué bueno que no pudiese darse cuenta, pensó con talante sombrío, mientras se acercaba con paso felino. Cuando notó que se inclinaba hacia ella se encogió ligeramente, lo que fue como una cuchillada en el corazón—. Esta vez no voy a hacerte daño —prometió con voz rota, y fue su tono de desesperación y pérdida lo que la convenció de lo atormentado que estaba, no por la pesadilla en sí, sino por lo que le había hecho a ella. Cuando estuvo seguro de que no iba a rechazarlo, la cogió en brazos con extremo cuidado y la llevó despacio a su dormitorio, donde la depositó con ternura en la cama y la tapó con mimo. En ningún momento dejó de mirarla para evaluar su estado, tanto anímico como físico, y como le pareció que, aunque mellada en ambos, podía superarlo, se apartó para marcharse.

—¡Keylan! —Se giró con rapidez al detectar la nota de pavor en su voz.

—¿Qué ocurre?

—Por favor, no te vayas… —Él se la quedó mirando, pasmado. Se figuraba que lo último que querría en esos momentos sería tenerlo cerca. Apretó los dientes.

—No voy a quedarme —le aseguró.

—Lo sé. —Se mordió el labio, indecisa.

—¿Entonces?

—Llevo veinticuatro horas durmiendo y ya no puedo hacerlo más.

—Pues limítate a descansar —le contestó en tono impaciente. Estaba claro que deseaba largarse de allí a toda prisa. Una parte de ella pensaba que era importante que aclararan ese tema cuanto antes o se convertiría en una herida sangrante entre ellos, que era posible que nunca curara. Él no lo permitiría,

porque jamás se lo perdonaría. Pero, por otro lado, comprendía que en esos momentos estaba muy afectado y que necesitaba estar solo y calmarse. Suspirando para sí decidió no ser egoísta y dejarle ir.

—Está bien, Keylan —dijo en voz baja. Sintió cómo él se daba la vuelta y se alejaba, y reprimió las estúpidas lágrimas que ella nunca derramaba.

En el hueco de la puerta abierta de su cuarto el duque maldijo en un susurro rabioso y apretó los puños. Se giró para observarla. Parecía tan pequeña y frágil en esa enorme cama, y él sentía que la estaba abandonando después de que le había rogado que no se marchase. Con pasos muy lentos, como si alguien lo estuviese apuntando con una pistola por la espalda, volvió a entrar en la estancia y se acercó al maldito lecho y a su preciada ocupante. Supuso que lo habría oído llegar, pero cuando estuvo a medio metro se dio cuenta de que el llanto silencioso de su esposa lo había evitado. Se dejó caer de rodillas en la alfombra, a su lado, aunque sin atreverse a tocarla.

—Por Dios, Hela, te juro que no fue mi intención lastimarte y que yo nunca pretendí… Sé que estuve a punto de matarte, pero… —Un brazo tembloroso se izó para poner un dedo sobre sus labios e impedirle continuar. A través de sus ojos húmedos Keylan pudo ver la expresión de los de ella, horrorizada, y no era para menos. Había estado a punto de estrangularla. Bajó la cabeza, avergonzado y conmocionado, y dos pequeñas lágrimas cayeron sobre la mano de su mujer, que al sentirlas dejó escapar un sollozo angustiado.

—Cariño, sé que no querías hacerme daño y que fue solo porque estabas inmerso en esa terrible pesadilla que ocurrió esto. De otro modo jamás, repito, jamás, me habrías levantado una mano. Así que olvidémoslo para que podamos continuar con el resto de nuestra vida. —Y ya estaba. Él estaba pensando pegarse un tiro por la monstruosidad que había cometido y ella lo absolvía de todos sus pecados como si nada. A veces la mentalidad de las mujeres era tan simple… O sencillamente su corazón era capaz de perdonar cosas con una generosidad que escapaba a la comprensión de un hombre.

—No es tan fácil, Hela —contestó en tono duro aunque controlado.

—Claro que sí. Ahora estás despierto. Dime ¿me golpearías?

—¡Por supuesto que no! —contestó indignado y furioso.

—¿Aunque yo te provocase mucho?

—A veces me provocas mucho —manifestó en tono cortante.

—¿Y si hiciese algo… peligroso? —Notó que se rebullía a su lado.

—Entonces te daría una paliza, sí.

—¿De veras? —preguntó con mucha suavidad. Escuchó su gruñido de advertencia, aunque fuese muy tenue.

—No, pero te encerraría en las mazmorras. Tenemos, ¿sabes?

—¿De verdad? —interrogó con curiosidad.

—Seguramente no serán como los que tendrás en tu imponente castillo de Vadia, pero casan con el nombre. —Vio que ella fruncía el ceño y contestó a su muda pregunta—. De vez en cuando tenemos malhechores por aquí, y supongo que hace unos cientos de años, cuando todo estaba más distante, era mejor tenerlos bien custodiados. —Lalla hizo un gesto con la mano, desechando el tema.

—¿Y si te fuera infiel? ¿Me pegarías entonces? —cuestionó con ligereza. El tiempo pareció detenerse. Sintió la tensión que emanaba de aquel cuerpo fuerte y poderoso como si fuera algo tangible, que se pudiera tocar. De repente una mano grande y caliente atrapó uno de sus pechos, cogiéndolo con firmeza, pero sin hacerle daño. Se sobresaltó porque no se lo esperaba, y también se excitó, a pesar de todos sus malestares.

—Escúchame bien, princesa. Ningún hombre que no sea yo reclamará este cuerpo. —El pulgar de esa mano endemoniada empezó a frotarse contra su pezón, que se puso rígido al momento—. Y tú no se lo ofrecerás a nadie más que a tu esposo. —Entonces cogió el pezón con dos dedos y lo apretó.

—¿Y tú? ¿Harás lo mismo? —musitó con un hilo de voz. Él se mantuvo en silencio un momento, contemplando embelesado lo que estaba haciendo con su seno, después subió la mirada hasta su cara, arrebolada de placer.

—Sí, lo haré —juró por lo más sagrado, pero solo ante sí mismo. Entonces

se inclinó abriendo la boca y se metió aquel jugoso fruto a través de la fina gasa del camisón. Dios, cómo le gustaría poder abarcarlo todo, pero era imposible, era demasiado grande, tal y como a él le gustaban. Ella gimió, ansiosa, y por eso le dedicó unos minutos; porque, aunque la necesitaba con desesperación, en su estado y después de lo que le había hecho, era inconcebible que la tomara. Se detuvo con todo el dolor de su alma y comprobó con consternación que ella no quería que parara—. Tendrías que comer algo —dijo, entre otras cosas, para desviar la atención de ambos.

—No tengo hambre —contestó con voz sofocada. Él rechinó los dientes.

—Aun así. Llevas un día entero sin ingerir nada sólido. Así no recuperarás las fuerzas. Voy a buscarte algo.

—No, por favor. Me duele mucho la cabeza.

—Tal vez dejaría de dolerte si comieses algo —insistió, malhumorado.

—Solo de pensarlo me entran arcadas. Por la mañana, lo prometo. —Quería que lo hiciese en ese instante, pero aparte de obligarla por la fuerza, y no tenía energías para algo así en esos momentos, no se le ocurría qué hacer.

—Está bien. ¿Sigues sin tener sueño?

—No. ¿Por qué, tú sí? —Ni se le ocurrió mencionar que desde la noche anterior a la fiesta no había dormido y que, por eso, cuando había ido a verla un rato antes, se había tumbado a su lado para poder oler su característico aroma, para abrazarla mientras ella descansaba y para enroscar su hermoso y largo pelo en su mano, y relajado por primera vez en muchas horas había bajado la guardia y hecho lo impensable: quedarse dormido junto a ella.

—En absoluto. ¿Quieres que te lea un rato? —sugirió con voz seductora.

—¿Por qué haces que algo tan inocente parezca ilícito? —preguntó con una risita que le provocó nuevas cuchilladas en la cabeza. Él lo notó y frunció el ceño.

—Supongo que todo depende del tema de lectura. —Ella alzó las cejas.

—¿Tienes algo prohibido?

—No hay nada prohibido, amor, no entre nosotros. —Trazó una línea

descendente entre sus senos que le provocó un escalofrío. Él sonrió—. ¿Quieres que lo traiga o no?

—¡Pues claro! —La carcajada masculina la acompañó mientras iba en busca del controvertido libro. Regresó un momento después. Sintió su peso en la cama al acomodarse en el espacio sobrante—. ¿Qué es?

—*Enséñame lo tuyo y yo te mostraré lo mío* —leyó en voz alta con grandilocuencia. Helailla se quedó pasmada. Si tanto la sorprendía el título. ¿cómo podría soportar el contenido?

—¿En serio vas a leérmelo?

—Lo ha escrito una mujer. —La mandíbula femenina se desencajó. Keylan no pudo evitar reírse. Estaba encantadora.

—¿Qué?

—Bueno, admitiré que es una… dama de la noche, pero creo que el punto de vista femenino es el quid de la cuestión en todo esto, ¿no crees? La mayoría de los libros sobre sexo han sido escritos por hombres y están dirigidos a un público exclusivamente masculino, con lo que la mujer se queda con un palmo de narices. En este la narradora nos desvela no solo cómo satisfacer a un hombre –que te revelaré que es bastante fácil–, sino cómo complacer a una mujer. Incluso las anima y enseña a darse placer a sí mismas en la soledad de sus habitaciones, o bañeras, o carruajes…

—Vale, vale, lo he entendido —lo cortó con las mejillas encendidas y cierto sofoco en su voz, por no hablar de su respiración entrecortada… Estirando las piernas por encima de la colcha, su esposo las cruzó entre sí y se puso cómodo.

—¿Empezamos? —sugirió.

—Supongo que sí. —Ya no parecía tan segura como un rato antes, probablemente porque había comprendido la clase de tormento que les esperaba a ambos al excitarse sin poder satisfacerse.

Keylan comenzó la lectura con esa voz suya, grave y aterciopelada, que por sí sola ya le enviaba espirales de placer por todo el cuerpo. Eso sumado a las

palabras picantes y las frases lascivas que iba desgranando, provocó que el deseo se fuera enroscando como una serpiente en su estómago; lo que le permitió imaginar las escenas sexuales vívidamente en su cabeza, como si los dos protagonistas fuesen su marido y ella, mientras practicaban aquellas escandalosas posturas que tanto la intrigaban.

En algún momento se dio cuenta de que respiraba demasiado rápido, y tal vez fuese porque él le estaba acariciando los senos por encima del camisón, trazando líneas con el dedo índice, como dibujos invisibles que solo él reconocía. La fina gasa no hacía mucho por minimizar las sensaciones, y sí parecía resultar más escandaloso que el hecho de estar desnuda. Los pezones le dolían de la necesidad de ser acariciados y como si él lo supiese los frotó, al igual que había hecho antes, pero con mucha suavidad, primero uno y luego el otro. Después subió la mano hasta sus labios, le introdujo el índice y el corazón en la boca, y la incitó a que se los chupara. Ella lo hizo encantada, pues le pareció algo muy erótico, y tras haberle oído leer en aquel maligno manuscrito algo parecido realizado con el miembro masculino, sintió su propia esencia fluir entre sus piernas, enardecida hasta lo indecible.

En aquel momento «escuchó» el silencio y se tensó, preguntándose a qué se debía. Con seguridad, su esposo no estaba mirándola mientras ella le lamía los dedos como si fuera su… ¿Verdad? Durante una fracción de segundo estuvo a punto de detenerse, completamente abochornada, pero estaba tan caliente que lo mandó todo al diablo y continuó dando largas pasadas por sus largos dedos, pensando si algún día tendría el valor de hacer aquello mismo con el enorme pene de su marido.

Keylan observaba a su mujer con los ojos entrecerrados, preguntándose lo mismo, y obligándose a coger la colcha a puñados para no desabrocharse los pantalones y hacer precisamente aquello, ofrecerle a su diosa dorada su durísima verga para que se diese un banquete en su honor. Por Dios, ella era una seductora nata y autodidacta, además. Y, si no paraba en ese mismo instante, con toda probabilidad se correría sin que le pusiese un dedo encima.

Qué vergüenza. Pero, con los últimos preparativos de la fiesta, Hela había estado muy ocupada y se acostaba tarde y cansada, así que llevaba unos cuantos días sin hacerle el amor. Qué irónico resultaba que desde que tenía una mujer disponible las veinticuatro horas del día, suya para hacerle lo que deseara y cuando quisiera, sobre todo a ojos de la ley, le resultara más difícil fornicar que cuando estaba soltero, que tenía sexo en abundancia. Prerrogativas de la vida de casado, se dijo con ironía.

—Key… —Desvió su hambrienta mirada de aquella boca glotona y con mucho esfuerzo la dirigió a los llameantes ojos grises.

—¿Sí, amor? —Ella se quedó callada un rato, con expresión dubitativa. Al fin, se lamió los labios en un gesto tan seductor que su miembro hinchado dio un latido.

—Déjame complacerte esta vez. —Joder, dejó de respirar, quiso gritar que sí, subírsele encima y penetrarla con una fiera embestida que le rasgase el camisón en su trayectoria a ese horno ardiente que tanto necesitaba. Sabía que a ella le gustaría así. Pero debía cuidarla, era consciente de que se encontraba muy mal, aunque quisiese disimularlo. Tenía que tranquilizarse, no importaba que eso lo matase.

—Intenta dormir. Es tarde y… estoy cansado —mintió. Bueno, no era que no lo estuviese, pero, en ese momento y en el estado de excitación en el que se encontraba, no podría dormir en un buen rato. Muy, muy largo.

—No es cierto —contradijo, descubriendo su farol mientras alargaba la mano para cogerle el abultado miembro y apretárselo. No se mofaba, solo enfatizaba una realidad. Intentó retirarle la mano, pero ella lo estrujó más fuerte, y lo obligó a cerrar los ojos y morderse el labio para no gemir de gusto.

—Hela, déjalo —exigió. Por un momento la confianza femenina flaqueó, y la osada mano suavizó su agarre. Keylan dio las gracias a la vez que maldecía en silencio, dos caras de una verdad que no quería reconocer. Entonces ella, volviendo a comprimirlo, lo restregó con una nueva confianza. ¿Nacida de dónde?

—Sé que me deseas, esto no se encontraría en este estado de no ser así. —No quiso seguir engañándola.

—Por supuesto que te deseo. Como has dicho, es más que evidente, pero no voy a poseerte. Si tú no comprendes que no lo soportarías, yo sí, y nunca te lastimaré por un efímero rato de placer. —La joven notaba la voz ronca y la rigidez del cuerpo masculino, pruebas de lo que le costaba controlarse a pesar de sus palabras. Necesitaba desahogarse con urgencia porque era un hombre con grandes apetitos sexuales que llevaba días sin satisfacer. Por algo lo llamaban el Insaciable. Qué diablos, ella siempre había sido una mojigata y estaba más caliente que la fragua del herrero. Soltó una risita malvada, recordando haberle escuchado esa frase obscena a uno de sus primos hacía unos años sin tener ni idea de su significado. La vida de casada tenía sus prerrogativas, admitió.

—Vamos, Key, hasta yo sé que hay maneras de gozar sin necesidad de llegar hasta el final. Algunas las hemos hecho antes, otras me las has leído en ese libro, y con seguridad hay más que podrías mostrarme. Escarba en tu memoria y encuentra alguno de todos esos inmensos recuerdos que estoy convencida de que posees para esta ocasión. Alguna utilidad tiene que tener que seas el Insaciable, ¿no? —El duque se dio cuenta de que tenía la boca abierta. Se suponía que una señora, y más siendo la esposa de uno, no solo no debería saber esos detalles escabrosos de su marido, sino que tampoco tendría que comentarlos con él. ¡Y muchísimo menos estar animándolo a compartirlos con ella con el fin de disfrutar juntos de los beneficios de sus vastos conocimientos! Soltó una carcajada. Era eso o ruborizarse, y ya era muy mayor para eso. Sopesó la idea sin ser egoísta porque sabía que Hela lo necesitaba tanto como él a ella y pensó que, si iban despacio y podían contenerse, su descarada mujercita no resultaría dañada.

—¿Me permitirás guiarte? —preguntó en tono serio, aunque con el corazón a cien por hora. Una sonrisa espléndida fue su primera respuesta.

—¿Cuándo no lo hago? —Él bufó, sin embargo, se echó a su lado para besar

sus dulces labios, algo que ansiaba hacer desde hacía una hora.

Los brazos femeninos se lanzaron a su cuello con abandono, pero también con escasa fuerza. «Despacio», se dijo, obligando a calmar su ansia y prometiéndose que, aunque él no llegara a la culminación, ella disfrutaría, pues en realidad estaba seguro de que era eso lo que necesitaba para conseguir relajarse y volver a dormir. Y solo el sueño reparador lograría curar sus muchas heridas.

Sus manos volvieron a abarcar sus opulentos senos con delicadeza, y apretaron y friccionaron los tentadores pezones, que se convirtieron en pequeños y duros guijarros, y él sabía que absolutamente deliciosos. Condenación, tenía que tenerla desnuda. Se incorporó, y agarrando el borde del largo y precioso camisón tiró de él por sus largas piernas y descubrió aquellos tersos muslos blancos que le aceleraban la respiración. Cuando destapó su rubio pubis estuvo a punto de cerrar los ojos, extasiado, pero se dio una palmada mental para espabilarse, aquella visión era para disfrutarla. Se pasó la lengua por los labios resecos de repente y tragó saliva con fuerza, sacándole la prenda por la cabeza aún a riesgo de perder la suya cuando al fin los pechos quedaron a la vista y ella estuvo totalmente desnuda para él.

Su mujer. A pesar de que ya hacía unos meses de la boda, había veces en que le costaba creerlo, como esa, cuando todo aquel esplendor divino se desparramaba a su alrededor y se sentía incapaz de asimilar que pudiese ser un hombre tan afortunado.

—Estás muy callado. —Su osada señora parecía tímida, sin duda se sentía observada.

—Me maravillaba de tanta belleza —admitió sin problemas—. Y daba gracias por mi fortuna. —Ella se sonrojó un poco. En varias partes.

—¿Y bien? ¿Qué has pensado? —Él notó la urgencia en su voz.

—Dime lo que quieres —exigió. Helailla dio un respingo de sorpresa.

—¿Yo? —No hubo respuesta—. Se supone que tú eres el que maneja los hilos aquí.

—Y lo voy a hacer, pero presiento que hay algo que no te atreves a decirme. Y sabes que eso no me gusta. —Hela suspiró. Ya sabía que en la cama él apostaba fuerte y que no permitiría que ella fuera menos.

—Me encantaría estar un buen rato jugando, sin embargo, tengo que decirte que estoy impaciente por…

—¿Correrte? —terminó por ella, y sintió una gran satisfacción cuando el rubor le llegó a los pechos. Se los lamió con lujuria y ella se agitó, inquieta—. Yo también, princesa, ya no puedo aguantar más, así que vamos a ello. ¿Quieres?

—Oh, sí. —Keylan se rio ante sus evidentes ganas de empezar—. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó con preocupación, ya que pensaba que para ella sería difícil dado su deteriorado estado físico.

—Nada, vida. Solo túmbate y disfruta —le dijo con voz acariciante. Ella se incorporó sobre los codos, y su cara se transfiguró en un rictus de dolor.

—De eso nada, Storn —negó entre dientes, mascullando las palabras entre respiraciones entrecortadas. El hombre maldijo con fiereza y, empujándola con cuidado sobre la cama, la obligó a tumbarse de nuevo.

—Está bien, será como tú quieres, pero, por Dios, deja de forzarte. —Hizo varias inspiraciones profundas, fulminándola con la mirada.

—Key… —lo llamó, impacientándose.

—Aghrrr, verdaderamente eres insufrible cuando quieres algo, como un perro tras un hueso —dijo enfurruñado mientras tiraba con delicadeza de ella para centrarla en la cama, y colocaba una almohada bajo su trasero con el fin de alzarle las caderas—. A ver, vas a mantenerte en esta postura tan cómoda mientras yo me doy un banquete a tu costa. —Para que lo tuviese más claro pasó las puntas de sus dedos por los pliegues de su sexo húmedo y sonrió cuando contrajo de forma involuntaria los músculos pélvicos—. Te apetece, ¿verdad?

—Sí, pero ¿y tú? —Keylan cerró los ojos imaginando lo que ella le iba a hacer a él. Si se atrevía.

—¿Recuerdas lo que te he leído en el libro que luego has escenificado con mis dedos? —preguntó con voz suave. La joven tardó un momento en registrar las palabras, y cuando lo hizo se quedó completamente inmóvil. «Se va a negar», pensó sintiéndose muy decepcionado. Aunque era previsible, una diminuta parte de él esperaba que a ella le apeteciera hacérselo tanto como a él. Reconstruyó sus defensas, y modificó los planes para jugar de otras formas.

—¿Y cómo voy a darte placer de esa manera estando tumbada? —preguntó al fin, como si todo ese tiempo hubiese estado dándole vueltas a ese problema en cuestión. Keylan miró hacia la puerta, creyendo que llamaban, hasta que se dio cuenta con cierta gracia de que los fuertes golpes que escuchaba provenían de su corazón desbocado por la emoción.

—Hela, no tienes por qué…

—Déjate de tonterías, esposo, no he dejado de pensar en ello desde que lo leíste en ese escandaloso librito tuyo, así que haz el maldito favor de explicármelo. —«Ay, Dios proteja a un hombre de una mujer sexualmente activa con ganas de probar cosas nuevas», se dijo Key, casi atragantándose de la risa.

—Se llama felación y lo que vamos a hacer juntos tiene mucho que ver con ello. —Ella alzó las cejas, pero no preguntó, aunque era obvio que sentía curiosidad—. Es bastante sencillo, en realidad, tú te quedas donde estás y yo me pondré sobre ti. Cada uno colocará su cabeza frente al sexo del otro, de ese modo podremos estimularnos oralmente al mismo tiempo. —Vio que analizaba la información que le había facilitado y cuando completó el cuadro sonrió, soñadora—. Por la posición que adquiere mi miembro al excitarse, sería más fácil para ti si fuese yo el que estuviese tumbado, pero no podemos hacer nada frente a eso, así que nos lo tomaremos con calma y, si ves que no puedes, lo dejaremos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó con demasiada facilidad.

—Hablo en serio, Hela. Esto no merece la pena si no lo disfrutamos.

—Lo entiendo, cariño. Te avisaré si no me encuentro bien, te lo aseguro,

aunque espero que no llegue el caso. Esto parece prometedor.

—Lo será. Ambos alcanzaremos las nubes sin necesidad de esfuerzos. Pero también si ves que no te gusta… me lo dirás, ¿verdad? —preguntó inseguro.

—¿Y por qué iba a desagradarme? Tú me lo has hecho a mí unas cuantas veces. —No supo qué decirle. ¿Que en cuestiones sexuales los hombres no tenían ningún límite y, sin embargo, las supuestas damiselas le hacían ascos a casi todo? Prefirió disfrutar sin más de la generosidad de su esposa.

—Basta de palabrería —dijo besándola una última vez—. Comienza la diversión —prometió en tono maligno, lo que provocó una risita llena de esperanza de su compañera. El afamado amante fue deslizándose por su cuerpo, quemándola con besos ardientes durante todo el recorrido hacia abajo. Cuando llegó a su carne suave e hinchada se demoró unos momentos, demostrándole lo que estaba por llegar. Ella se retorció, inquieta y ansiosa, gimiendo entrecortadamente, agarrando su pelo a mechones. Levantó su cara de entre sus muslos con una sonrisa lobuna—. ¿Te gusta?

—Mucho. Pero yo también quiero jugar. —Incorporándose, él se puso de rodillas y se desvistió, pensando para sí que no creía haberlo hecho nunca tan rápido. Entonces, dándose la vuelta, se colocó de forma que ambas bocas cubriesen sus objetivos, y ayudándose con la mano rozó los labios de ella con su falo, hinchado de expectación.

—Soy todo tuyo, entonces —susurró con voz estrangulada. Ella sacó la lengua y la pasó con timidez por su glande, caracoleando por toda su extensión. El hombre maldijo mientras el pene pegaba un salto.

—¿Estoy haciéndolo mal? ¿Te he lastimado? —preguntó la joven compungida.

—No, cielo, es maravilloso. Por favor, no pares —suplicó con un gemido lastimero, a lo que ella contestó asiendo su enorme vara con la mano e introduciéndose una buena parte de ella en su húmeda boca—. Oh Dios, sí, sigue, amor, haz conmigo lo que quieras. —Helailla estuvo a punto de reír, pero se habría atragantado, así que continuó con lo que estaba haciendo, que

era ni más ni menos lo que su marido le pedía.

Al principio le pareció extraño; sin embargo, poco a poco fue cogiéndole el tranquillo, y reconoció que le gustaba. Tener aquella parte del cuerpo de su esposo, símbolo de su poder como macho, bajo su control le producía cierta euforia, casi como si estuviese bebiendo demasiado *champagne*. Así que mareada por las sensaciones nuevas utilizó su lengua viperina, famosa de las mujeres, para lamer la cabeza del pene –glande lo llamaba el libro–, que según afirmaba la autora era extremadamente sensitivo al tacto, sobre todo alrededor de su borde, dato que pudo confirmar de primera mano puesto que la respiración del duque era rápida y trabajosa, y su falo se había agrandado hasta su máximo exponente.

Keylan tenía los dientes tan apretados que le extrañaba no sentir el crujido de alguno al rompérsele. La leche, esa jovencita inexperta estaba haciéndole la mejor mamada de su vida, y reconocía haber pasado por unas cuantas, de unas muy sofisticadas bocas… Pero esos labios grandes, suaves e indecisos, aunque de lo más tentadores, inocentes y complacientes, sumados a esa lengua exploradora y viajera, dulce como la miel y ansiosa por satisfacerlo, lo devoraban como si fuese el plato más suculento que hubiese probado jamás. Entreabrió los ojos y solo entonces fue consciente de que él aún no había comenzado con lo suyo, que era apetecible en extremo. Qué desfachatez, perderse en su propio placer y dejar insatisfecha a su dama, se reprendió. Abrió los anhelantes pétalos rosas y pasó su lengua por entre ellos. Al escuchar con satisfacción su jadeo entrecortado, profundizó las acometidas mientras le acariciaba el interior de los muslos. Succionó su botón con fuerza, preparado para su reacción, que no se hizo esperar. Ella saltó hacia adelante, hacia su boca, y él aprovechó para besarla más profundamente, para clavarle los dientes con suavidad. Lalla emitía gemidos ahogados por tener la boca llena. De él, pensó, sintiendo un espasmo al imaginarse la escena, sensual y decadente.

Helailla no podía soportarlo más. Había olvidado todo salvo las maravillas

que su experimentado marido le estaba haciendo, y la durísima y rígida verga que tenía entre sus manos y que su boca degustaba como si fuese un riquísimo helado a punto de deshacerse. Había que comérselo pronto si uno no quería desaprovecharlo.

Sin ser muy consciente de ello al principio, empezó a masajearle con la mano derecha la gruesa base, hacia arriba y hacia abajo, al mismo ritmo que le engullía la cabeza. Se dio cuenta de que a él le gustaba más de aquella manera por la forma en que se le tensó el cuerpo y se le aceleró la respiración, y porque dejó escapar unos cuantos gemidos entrecortados muy masculinos que la hicieron mojarse aún más. Imitándolo, aumentó el ritmo y se atrevió también con la presión, apretando los labios y la mano en torno a él. La izquierda la dejó vagar por su espalda, rígida de tensión, después por su estrecha cadera, y finalmente por sus nalgas duras y sedosas.

¡Ah, cómo adoraba su culo prieto! Era atrayente y provocador, y la excitaba muchísimo. Con osadía y cierto nerviosismo, pasó su dedo corazón por la hendidura entre ambos globos perfectos, muy, muy despacio, y se mantuvo quieta en aquella entrada misteriosa, rozándola con la punta del dedo, ejerciendo una ligera presión. Storn se quedó inmóvil, incluso dejó de chuparla. «Humm, punto delicado». Qué pena, en el librito en cuestión decía que esa podía ser una zona «erógena» en el hombre, lo cual supuso que era bueno, y ella se sentía enardecida con el proyecto. Sin embargo, parecía que no era así en el caso de su marido.

Desechando la idea, *de momento*, deslizó la maliciosa mano por el resto de la grieta hasta que llegó a los testículos, que estaban grandes, pesados y muy duros, como cargados. La boca masculina volvió a sus quehaceres, y en suave reprimenda por su anterior abandono Helailla pasó las uñas con ligereza por ellos, como en una caricia, mientras se metía más dentro el anhelante falo, casi hasta tocarle la garganta. Era imposible capturarlo entero, por supuesto, por más que le hubiese gustado. Era tan enorme que, a pesar de haberlo tenido dentro en numerosas ocasiones, aún había veces que sentía cierta aprensión

cuando lo tenía en las puertas de su estrecho pasadizo. Ojalá estuviera ahí en ese momento. Lo que le estaba haciendo era asombroso, pero le faltaba sustancia, le necesitaba… a él, terminó con un suspiro.

Sintió que una gota caliente salía de su glande y sin dudarlo la cogió con la lengua y la degustó. Era espesa y viscosa, pero eso ya lo sabía, lo que la sorprendió fue su sabor, salado y con un ligero toque amargo. Decidió que le gustaba, así que siguió chupándolo, enardecida por la apasionada respuesta de su esposo, que no tenía reparos en demostrarle cuánto estaba disfrutando con sus atenciones.

Keylan estaba como loco, se aferraba a las rodillas de su hembra avariciosa y a los hilachos de su cordura como a desesperados salvavidas. Dudaba que pudiera aguantar mucho más. Qué carajo, siquiera un par de minutos. Aquella bruja hechicera lo estaba consumiendo en llamas, y el fuego, furioso y descontrolado, estaba a punto de devorarlo todo, su negra alma incluida, pensó con un jadeo desfallecido. Se apresuró a penetrarla con dos dedos y la obnubiló con grandes dosis de placer, en un intento por desviarla de su objetivo, por aturdirla y disponer de algo más de tiempo, pero no funcionó. Sorbiendo más adentro, aquella seductora extrajo otra de sus preciadas gotas, y la mano que lo machacaba con auténtica maestría marcó una velocidad endemoniada. Se forzó a penetrarla a un ritmo regular y tranquilo mientras su lengua, no obstante, devoraba su clítoris hinchado y rojo como el capullo en flor de una amapola, y tan adictivo como esta. Las caderas femeninas se alzaron, y el primer espasmo avisó de la inminente llegada del orgasmo de su mujer. Empujó con más fuerza en su interior, haciendo girar los dedos mientras la embestía, y la lamió con fruición cuando alcanzó el cielo con las manos, gritando su nombre una y otra vez, enroscándose alrededor de él, suplicando que la tomara, que le hiciera el amor de verdad. Sintió cómo sus testículos se elevaban, preparándose, y pensó que no lo soportaría.

—Dios, no puedo… —Ella lo entendió y apretó su boca en torno a él, dispuesta a todo. En esa postura no podía obligarla a sacársela, y ya estaba

absolutamente fuera de control. Necesitaba su culminación en ese preciso instante. Dejando caer la cabeza hacia delante entre las piernas femeninas, la apoyó en el colchón, y se agarró a los finos tobillos mientras arqueaba la espalda y se ponía rígido.

Helailla sintió todos esos avisos antes de que el chorro caliente le bañara el interior de la boca. No pensó en apartarse, quería sentir también aquello, le pareció placentero, y estaba segura de que a su marido le proporcionaba un goce adicional saber que lo aceptaba de esa manera. Empezó a tragarlo, ya que Key siempre era muy generoso en aquel tema, como en todo lo relacionado con el sexo, y disfrutó con el largo y desgarrado gemido de angustia y exquisito deleite que salió de la garganta masculina mientras se vertía en ella. Cuando por fin se quedó vacío, ella lo lamió un poco más, como mamá gata que limpiaba a su gatito, y solo entonces abrió la boca y la mano y le permitió escapar de su amoroso agarre.

El duque pasó una pierna por encima de su cuerpo y girándose ocupó una posición más digna junto a ella. Sabía que la estaba mirando con atención, podía «notarlo», y suponía que debía sentirse nerviosa y avergonzada. Sin embargo, una vez saciada, la verdad era que tan solo estaba contenta.

—Seguramente vas a decir algo… —lo animó, ya que parecía que no arrancaba.

—¿Estás bien? —Aunque había sincera preocupación en su voz, no creía que fuese eso todo lo que tenía en mente.

—No te preocupes. Te has esforzado por mantenerme muy cómoda —afirmó con una sonrisa traviesa.

—Pero…

—¿Sí, Key? ¿Qué es lo que te preocupa?

—¿Has hecho algo que no querías…? ¿Que te haya disgustado, quizás? —preguntó en un susurro tenso. Así que era eso.

—No —se limitó a contestar.

—¿Seguro? —Parecía vacilante, casi asqueado de él mismo. Al final se

echó a reír. «Dios nos guarde de los hombres sobreprotectores».

—¿Te ha parecido que he hecho algo obligada? —Él fue tan estúpido como para pensárselo un momento. Después negó con la cabeza.

—No.

—Bien, porque todo lo que ha ocurrido lo he hecho encantada, y me ha gustado muchísimo. Espero que repitamos esta curiosa postura bastante a menudo en el futuro, y ahora podrías contarme cómo has llegado a aprender algo tan escandaloso. —Key rio, satisfecho de no tener que pedir disculpas y de que no se hubiese esforzado demasiado. Le acarició la espalda con movimientos pausados y suaves a la vez que le peinaba el pelo con los dedos.

—Podría, sí, pero los dos sabemos que en realidad no quieres saberlo. —La miró para comprobar su reacción a sus palabras y vio que se había quedado dormida. Toda su expresión cambió, y se tornó dura y fría. La observó durante un minuto más, empapándose de su belleza etérea y su serenidad, deteniéndose en las marcas de dedos de su cuello, que empezaban a volverse verdosas. Apretó la mandíbula y, saliendo de la cama, cruzó la estancia cual dios griego, imponente, orgulloso, inalcanzable y desnudo, sin echar una sola mirada a la muchacha mortal que yacía entre las arrugadas sábanas.

Sentado en su siempre solitaria cama, con la cara cogida con ambas manos, soltó el aire muy despacio, pensando por primera vez en su vida si no debiera tirarse por el acantilado y acabar con todo de una vez.

Con el dolor que encerraba muy dentro de sí oculto bajo su apariencia siempre impecable y sofisticada, encarcelado bajo el peso de docenas de cadenas y protegido por pesados candados de hierro, cuyas llaves había tirado por ese mismo precipicio que entonces lo tentaba, para no verse nunca en la necesidad de dejarlo salir.

Con la desintegración de su familia, la cual era lógica, pero no por ello menos dolorosa.

Con la desidia que había embargado su vida desde hacía tiempo, hasta el bendito momento en que abrió los ojos y conoció a su diosa dorada, a la que había puesto en peligro de muerte por algún cobarde hijo de puta que lo quería a él, pero que prefería vérselas con muchachas indefensas que además eran ciegas.

Con la nueva amenaza que había cernido sobre ella sin pretenderlo: él, que había hecho lo impensable, le había puesto las manos encima a su esposa y con intenciones asesinas… No era de extrañar, supuso; no solo había heredado un ducado, también tenía genes malsanos, homicidas… Y sus manos ya estaban manchadas de sangre… Lo que lo llevaba a las pesadillas… Aquella locura que lo acosaba cada noche desde hacía once años…

Se levantó de un salto y fue a buscar el decantador, gran consuelo en momentos como ese, según su experiencia. Con él en la mano, y sin molestarse en coger un vaso, se tiró en el sillón y bebió a morro un trago tan largo que cuando paró le lagrimeaban los ojos.

Reconocía que estaba muy alterado, había conseguido disimularlo bien mientras estaba con ella, incluso frenarlo y olvidarlo bastante durante los juegos, y desde luego el sexo había contribuido a aplacar un tanto el desasosiego inicial, sin embargo, ahora que volvía a encontrarse solo y podía pensar con claridad y recordar el sueño, la turbación y la conmoción por lo que había estado a punto de suceder lo golpearon como una maza en el estómago, y volvieron a entrarle ganas de devolver. Echando otro trago del fuerte *brandy*, cubrió la hiel con el alcohol. Qué pena que no fuese tan fácil meter bajo la alfombra sus infernales pecados, pensó con una mueca cruel que junto a sus ojos febriles desfiguró su hermoso rostro, y le confirió la imagen de un bello y malvado Lucifer.

De nuevo se levantó abruptamente para hurgar entre los cajones en busca de un par de mudas sin soltar el decantador, del que echaba grandes sorbos mientras abría gavetas y armarios, y sacaba camisas, zapatos y ropa interior. Como era de esperar, terminó antes con el licor que con la ropa, y tiró la

botella de cristal encima de la cama. No le habría importado demasiado que se estrellase contra el suelo, de hecho, habría casado mejor con su peligroso estado de ánimo, pero por nada del mundo quería que Hela se despertara y lo pillase haciendo el petate. Lo reconocía, iba a escabullirse en mitad de la noche, y al diablo con las consecuencias. En ese momento no se sentía con fuerzas para evaluarlas.

Pero una parte de él, que procuró mantener oculta y muy callada, rezó porque ella pudiera perdonar también ese pecado.

Eso si era capaz de perdonarse él y no volarse la tapa de los sesos.

Helailla se despertó temprano, algo muy normal después de dormir durante más de un día. Como estaba segura de que nadie se había levantado aún, se regodeó un rato con los apasionados recuerdos de la noche anterior, preguntándose si había hecho bien mostrándose tan licenciosa. Sabía que a su marido le había gustado mucho su osadía, y ella había disfrutado plenamente de esa insólita faceta del sexo que abría nuevas y maravillosas posibilidades que estaba ansiosa por descubrir. Suspiró, suponía que tendría que esperar un poco para que Keylan se las mostrase, estaba bastante segura de que, si había accedido en aquella ocasión, había sido solo para que una vez saciada se relajase lo suficiente como para que volviera a dormirse y poder así seguir autocastigándose por haberla atacado. Se tocó el cuello y sintió de inmediato el dolor. Por supuesto tendría oscuros cardenales que delatarían la agresión, y su familia pediría la sangre de su esposo, con Res a la cabeza del grupo de linchamiento, sin importar las explicaciones que esgrimiese en su defensa. Que ella estuviese encamada, prácticamente inválida en esos momentos, solo añadiría más leña al fuego. Oh, Dios, lo iban a matar.

Necesitaba su ayuda, sin embargo, se sentía incapaz de levantarse e ir en su busca, como había hecho la noche anterior. Entonces no supo de dónde había sacado las fuerzas, pero la ocasión lo había requerido. «Como ahora», se dijo

con firmeza, no podía permitir que Soiria viera los moratones. Tenían la misma edad, y era su doncella desde hacía cinco años. La consideraba de extrema confianza y una amiga a pesar de la diferencia de clases, no obstante, por esa misma unión que existía entre ambas, si Sori pensaba que su marido la maltrataba, iría corriendo a contárselo a su hermano con el único propósito de protegerla.

Echó a un lado las sábanas y se incorporó con un largo gemido. Exhaló un suspiro tembloroso y se armó de valor durante unos preciosos segundos. Qué lejos parecía la habitación contigua, estando tan solo a unos pasos, y cómo parecía moverse el cuarto después de más de veinticuatro horas tumbada. Además, llevaba una eternidad sin probar bocado. «Deja de remolonear, dentro de nada se van a levantar todos». Sonrió con ironía por estar hablando consigo misma, y apretando los dientes se agarró al poste de la cama. «Como si esto fuese de mucha ayuda», maldijo para sí, sintiendo que le dolía cada hueso de su débil cuerpo. De todos modos, con pasos cortos e inciertos se fue acercando a su objetivo, y cuando tocó con la punta de los dedos el picaporte de la puerta sollozó de alivio, pues se encontraba tan mal que temía que su sentido de la orientación le hubiese fallado y se hallase en cualquier otro rincón de la estancia. Descargó cuanto se atrevió de su peso en aquel exiguo salvavidas y recuperó las energías mientras escuchaba su propia respiración acelerada. Más tranquila la abrió y entró en el dormitorio, llamándolo en susurros, pero sin obtener respuesta. Con gran esfuerzo se adentró un poco más y se golpeó la cadera con un cajón sin cerrar del chifonier.

Gritó de dolor, doblándose en dos por el impacto. Cuando se recuperó lo suficiente frunció el ceño, sabía que Keylan se había acostumbrado a no dejar nada fuera de lugar en deferencia a ella, y a ser cuidadoso en extremo para evitarle los accidentes, y no lo creía tan desconsiderado como para dejar ese cajón abierto de par en par. Bien era cierto que no esperaría que se levantara y deambulara por su cuarto, pero aun así no cometería una negligencia semejante. ¿Y cómo podía tener un sueño tan profundo, por el amor de Dios?

A tientas, algo que detestaba hacer, pero movida por la necesidad, ya que no sabía qué otras sorpresas podía encontrarse, se acercó a la cama; sin embargo, aún antes de llegar supo que no estaba, ni allí ni en el dormitorio. Era algo que había aprendido con la llegada de la ceguera, simplemente, no lo «sentía», aunque de todos modos fue hasta el lecho y, pasando la mano por las sábanas sin deshacer, sintió un escalofrío de premonición. Cuando la retiraba tocó algo frío y al cogerlo reconoció uno de los decantadores. Estaba vacío, y no dudó de dónde había ido a parar su contenido.

El desasosiego que estaba apoderándose de su corazón le impedía respirar. Sintió la tremenda tentación de tumbarse allí a descansar, pero, si cedía, era consciente de que no tendría fuerzas para volver a levantarse, así que con la última brizna que le quedaba se giró para volver a su cuarto.

Después del tercer y penoso paso las piernas se le doblaron solas y se desplomó en el suelo, calculó que en el mismo lugar en el que unas horas antes su esposo también se había rendido, presa de las arcadas. Un nuevo sollozo, esa vez teñido de desesperación por la sospecha, le atenazó la garganta, y lo dejó escapar sin querer evitar que sucediera. Entonces la puerta que daba al pasillo se abrió, y giró la cabeza en aquella dirección.

—¿Key? —preguntó esperanzada.

—Soy yo —musitó Iriana, quien, levantándose las faldas del vestido, corrió hacia ella—. ¿Qué haces aquí tirada? —dijo con voz cargada de preocupación. Lalla se había cubierto el cuello con la mano en cuanto se había identificado, y en ese momento se echó el pelo hacia delante—. ¿Por qué te estás tapando? —Su primera reacción fue negarlo en redondo, pero, si no encontraba a su esposo, tendría que recurrir a una criada o... a un familiar femenino. Suspiró y dejó su garganta a la vista. El jadeo ahogado que siguió a su gesto le dijo el estado en que se encontraba esta—. Dime que no ha sido él —rogó, presa de la angustia más absoluta.

—No es lo que piensas.

—¿No? —Había una nota de histeria en la voz de la muchacha—. ¿Esas

huellas no son de dedos, dedos que intentaban… estrangularte? —La última palabra fue dicha en un susurro tan bajo que la duquesa no sabía si la había imaginado, no obstante, el miedo que detectó en la habitación provenía de su cuñada. ¿De verdad le temía a su hermano?

—Ayúdame a llegar hasta mi dormitorio y a cambiarme el camisón por uno que cubra estas molestas marcas y prometo que te lo contaré todo.

—¿Molestas? —dijo en tono extraño.

—Por favor, Iriana, estas dos habitaciones pronto estarán invadidas por criados y no puedo permitir que ninguno vea los cardenales —la apresuró. Colgándose de su brazo para incorporarse, emitió un quejido cuando sus piernas protestaron. Aunque reticente, la muchacha colaboró y la sujetó, pero no se movió de donde estaba, para fastidio suyo.

—¿Piensas protegerlo después de lo que te ha hecho?

—¿Tú no? Es tu hermano. —El silencio se prolongó durante un instante embarazoso, y Helailla comprendió que no obtendría respuesta—. Cuando te lo explique cambiarás de opinión. Te lo ruego, danos una oportunidad. —De nuevo un mutismo hermético, pero sin la opresión de momentos antes.

Al fin, para gran alivio de Lalla, su cuñada pasó un brazo alrededor de su cintura y el otro sobre su hombro, y entre las dos se arrastraron hasta la bendita cama, en la que se negó a sentarse siquiera hasta que no tuvo puesto un feo camisón de algodón blanco con un cuello alto que tenía pequeños volantes que se cerraba con dos finas cintas y que le tapaba de manera eficaz la totalidad de la zona en cuestión.

Cuando se encontró tumbada, después de que Iriana cambiara amablemente las sábanas, puesto que todavía no había aparecido ningún sirviente y más tarde sería una canallada hacerla levantarse de nuevo, cerró los ojos un segundo para descansar. Al volver a abrirlos –le pareció que un buen rato después por cómo calentaba el sol–, la joven seguía allí, supuso que esperando una explicación convincente para mantener su silencio.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó con gentileza.

—Mucho mejor. Gracias por tu ayuda.

—No te preocupes. He pedido el desayuno, puede que no tengas hambre, pero aun así espero que comas un poco de todo. No vas a recuperarte nunca si sigues con el estómago vacío —ordenó en tono severo, pareciendo más mayor de lo que era.

—Tienes razón —admitió. De repente, sintió una tristeza tremenda porque estaba segura de que lo que presentía era cierto—. ¿Dónde está Key? —preguntó con un nudo en la garganta, sabedora de que lo formaban un puñado de lágrimas que pugnaban por salir.

—Se marchó anoche. —La confirmación de sus temores fue mucho más dura de lo que imaginaba y, si no hubiese estado ya tumbada, era probable que hubiese tenido que hacerlo entonces—. Todos han empezado a partir en busca de los invitados de la fiesta y sus posibles móviles para atacarte, a ti o a Keylan, quien parece ser el objetivo principal. Esa misión llevará tiempo y una cantidad ingente de recursos, pero para algo sirve estar emparentada con reyes y duques —afirmó, intentando mostrar plena confianza—. En un principio Keylan iba a quedarse aquí contigo, no solo para defenderte de cualquier amenaza, sino porque logísticamente era más fácil protegeros a ambos si os manteníais juntos. —Después de un silencio, añadió en voz baja —. Supongo que se ha dado cuenta de que el mayor peligro al que te enfrentas proviene de él mismo.

—¡No digas eso! —gritó furiosa, medio incorporándose en la cama, lo que le costó un nuevo acceso de dolor. La criada entró en ese momento con la bandeja del desayuno y mientras lo disponía todo se apretó las sienes con los dedos, rogando que ese insistente tormento que la acosaba en todo momento cesara de una vez para poder pensar con claridad. La puerta se cerró y volvieron a quedarse solas—. ¿Cómo puedes tener tan poca fe en tu hermano? Ya he notado cierto punto de fricción entre él y vosotros dos, pero no entiendo el motivo. Rodan y tú parecéis llevaron bien y, sin embargo, excluís a Keylan de vuestro afecto. Sé que apenas nos conocemos, no obstante, creía que eras

una muchacha dulce de buen corazón…

—Por favor, ahora no es el momento. Hay muchas cosas que tú no sabes, y es mejor que sigas en la ignorancia, créeme. Tan solo puedo decirte que es Key quien nos mantiene al margen de su vida. Pero en todas las familias hay oscuros secretos que conviene no sacar a la luz del día, ¿no? —dijo con ánimo alegre, intentando que ella dejase el tema allí—. Aunque, si él te pega, Helailla, lo siento, eso no podré ocultarlo. Por muy hermano mío que sea no toleraré que te maltrate. —Se calló, esperando la confirmación de ese deleznable hecho.

—Por supuesto que no es el caso —contestó indignada. Sin importar lo fracturada que estuviese esa relación no podía imaginar que la muchacha creyera a su hermano capaz de golpearla. Así que, aun sin saber si estaba traicionando la confianza de su esposo, le contó todo lo ocurrido la noche anterior. Bueno, no todo, la parte de la lectura erótica y de la maravillosa práctica del sexo oral se la guardó para sí, por eso de los oscuros secretos que no convenía sacar a la luz… Pero el sonrojo que se apoderó de su cara al rememorarlo fue muy evidente, ya que su cuñada le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre, aunque no hizo ningún comentario al encontrarla fresca.

—Dios mío, las pesadillas has continuado durante todos estos años… —Helailla no podía ver la palidez del rostro de la joven, ni el miedo cerval en los hermosos ojos verdes, pero podía «olerlo». Cuando empezó a levantarse se lo impidió cogiéndole la mano.

—Dime qué está pasando, Iria. —Utilizó por primera vez el diminutivo familiar para recordarle que ella también era una Storncrass. Nerviosa y aturdida, la muchacha se soltó de un tirón del agarre, y con pasos rápidos se dirigió a la ventana, a escasos metros de la cama.

—No es nada, Lalla —contestó, pasando también a acortar su nombre, como si fuesen amigas. «Pero a mí no me engañas»—. Pon todas tus fuerzas en recuperarte, eso es todo. Del resto se encargarán los hombres. —Helailla se

mantuvo callada, sintiendo una rabia atroz y abrazadora mezclarse por su sangre y fluir por todo su ser. Ira por estar inválida en una cama sin poder hacer nada para ayudar con lo de su atacante; por no saber qué demonios ocurría con los sueños de su marido que asustaban tanto a su cuñada y que habían obligado a Keylan a marcharse de Storncrass en mitad de la noche por miedo a hacerle daño físico; porque nadie parecía confiar en ella lo suficiente como para contarle un carajo y, sobre todo, una furia absoluta por ser una lisiada, una ciega que no captaba la mitad de las cosas y por lo que nunca nadie se apoyaría en ella en caso de problemas.

—Entiendo —dijo con toda la calma de la que fue capaz—. Ahora, si me disculpas, me gustaría estar sola. —Sintió que Iriana se daba la vuelta para observarla y mantuvo la fachada de serenidad que tanto había practicado durante el último año y que solo en los últimos tiempos, gracias a Key, había comenzado a fragmentarse. Se preguntó, mientras el silencio se extendía, si aquella joven podría ver entre las grietas que su amable y provocador esposo había ido abriendo en aquellos pocos meses, pero supuso que en los escasos días que hacía que se conocían no era muy factible. Como había supuesto, escuchó el frufrú de las faldas femeninas al alejarse.

—Por supuesto, querida, cualquier cosa que necesites, házmelo saber. —Notó la sinceridad en su voz, no obstante, estaba segura de que iría de inmediato a buscar a su tío para contárselo todo. Escuchó, sin prestar atención, la puerta que se cerraba.

Bebió otro sorbo del espeso y excelente chocolate, percibiendo con cada trago cómo iban llegando las fuerzas. Cerró los ojos ante otro nuevo fogonazo en la sien y los abrió cuando pasó y le dejó ese molesto runrún que se había convertido en una constante en su día a día. Se imaginó viviendo con aquello para siempre y sintió un escalofrío bajarle por la espalda cuando la terrible tentación del láudano flotó en el aire.

# Capítulo 10

Los días se sucedieron uno tras otro sin nada más que hacer que permitir que su cuerpo sanara. No ocurría lo mismo con su mente, la cual iba dando tumbos de una cuestión a otra, a veces embarullándolas a causa de los dolores de cabeza. Conforme pasaba el tiempo eran menos frecuentes, pero, cuando el dolor aparecía, tan solo unos pocos y fuertes pinchazos en las sienes lo anunciaban y, llegando como el restallar de un látigo, le rasgaba la conciencia y le partía el cerebro en dos. Era tan tremendo que la paralizaba y casi la obligaba a gritar. Se había acostumbrado a tener muy en cuenta aquellos aguijonazos previos y a desalojar su habitación de inmediato cuando los sentía, para que nadie se diera cuenta de su sufrimiento. Sabía que tendría que contarlo para que la viera el médico, pero estaba tan atemorizada por lo que pudiera encontrar al examinarla que no se atrevía.

Además, tenía otras preocupaciones. Como quién intentaba hacerle daño a su marido a través de ella. Eso consumía sus horas de vigilia y la mantenía despierta por las noches. Saber que a una la querían matar era desagradable, alarmante y un pelín atemorizante. Suponía que no estaba tirándose de los pelos, histérica, porque su hermano y doscientos soldados se habían quedado en la propiedad para defenderla. Todos los demás hombres se habían marchado ya en busca de pistas y posibles sospechosos, aunque aún no había noticias de ninguno. Pero comprender que en realidad iban tras Keylan le ponía los pelos de punta. Porque en el fondo de su alma sabía que no podría

seguir viviendo sin él. Sonaba a novela barata, y sin embargo era una realidad como un templo. El problema era que sospechaba que su esposo guardaba secretos que probablemente habían dado lugar a aquella situación, y también era bastante seguro que fueran esos misterios los que mantenían separados a los Storncrass, aun así, aunque lo había intentado durante toda esa semana, no había conseguido que Iriana soltara prenda. Solo sabía lo que le había revelado el primer día, que el distanciamiento lo había provocado él y que las pesadillas llevaban acosándolo desde hacía años.

Todo eso planteaba numerosas preguntas a alguien con demasiado tiempo por delante y sin nada en qué ocuparlo. ¿Desde cuándo soportaba esos espantosos sueños? ¿Y con qué soñaba que lo alteraba tanto que era capaz de matar a una persona, sumido en la turbulencia de la alucinación? ¿Qué terrible experiencia había soportado su admirable marido para que le provocara esas pesadillas que perduraban a través del tiempo y la madurez? ¿Y a qué le tenía miedo su siempre valiente y audaz duque? Maldijo en voz alta, furiosa e impotente frente a su odiosa limitación. Que fuese mujer no suponía un problema, su hermano la había educado igual que a un hombre, pero arrastraba consigo una tara que no podía ignorar. Ella sola no era capaz de proteger a su esposo porque él se había lanzado de lleno a un mundo que para ella era incierto y peligroso, y por donde no podía moverse con libertad. Recordó la terrible experiencia que supuso llegar a la finca hacía poco, apenas estaba habituándose a la casa y sus alrededores, y sintió un escalofrío de algo parecido al pánico al pensar en aventurarse a otro escenario desconocido, en especial uno como Crasia, la capital de Dragarian, el centro neurálgico de las artes, el entretenimiento, la moda, el comercio, la educación, la economía… Cabeceó con fuerza y decisión, negando desde el fondo de su corazón, ella no estaba preparada para adentrarse en una ciudad así de nuevo.

Evocó con nostalgia la casa que Reskan poseía allí, donde había pasado muchísimo tiempo disfrutando de los placeres reservados para los libertinos solteros cuando Eidrian no lo requería con asuntos del reino. Dada la

conveniente cercanía con Vadia, al príncipe le gustaba trasladarse al país vecino donde, por supuesto, no pasaba desapercibido, ni mucho menos; sin embargo, generaba algo menos de interés social que en su propia nación, aunque de todas formas era acosado por madres ambiciosas, hijas ruborosas, viudas complacientes y todo tipo de féminas, para horror y deleite del hombre, según el caso.

Helailla había estado en muchas ocasiones en aquella mansión, ubicada en una de las mejores calles del centro, incluso durante largas temporadas, siempre acompañada por Res, y había disfrutado enormemente de la vorágine y la actividad que siempre acompaña a una ciudad de ese calibre, pero en ese momento solo de imaginárselo le corría un sudor frío por la espalda.

Quizá fue por eso que cuando llamaron a la puerta de su dormitorio se sobresaltó. Esta se abrió ante su permiso, y las seguras pisadas de su hermano resonaron en la madera antes de que la gruesa alfombra se las tragara. Sintió su masculina y seductora colonia mientras se inclinaba a besarla en la mejilla.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó en tono amable.

—Bastante mejor aunque aburrida.

—Imagino. Tanto tiempo entre estas cuatro paredes podría volverte loca, dado tu carácter. Estaba pensando que después de una semana bien podrías comenzar a bajar y sentarte un rato en la sala conmigo. —Dejó pasar un instante antes de proseguir—. Si lo consideras conveniente, por supuesto.

—Me encantaría, Res —aceptó en tono alegre.

—Bien. Así podrás quitarte ese feo camisón. —Se hizo el silencio, y ella supo que la estaba observando—. ¿Por qué has comenzado a llevarlos, de todos modos?

—No creo que sea muy adecuado comentar mi ropa de dormir contigo. —Intentó mostrarse ofendida para que dejase el tema.

—Te recuerdo que me has visto desnudo y excitado para ampliar tus conocimientos sobre el físico masculino, y que después te mostraste bastante entusiasmada porque te diese una charla sexual en términos muy descriptivos.

Así que ahora no me vengas con que entre nosotros no se habla de camisones. Y este es particularmente horroroso. Tenía entendido que Storn te los había prohibido.

—Y yo que había cuestiones entre marido y mujer que debían quedar en la intimidad de la pareja —se quejó, esa vez disgustada de verdad—. En serio, no sé cómo estas cosas llegan a ser de conocimiento público.

—Todo se termina sabiendo en una casa tan enorme, debieras ser consciente de ello y soportarlo con dignidad. O guardar mejor tus secretos —terminó con voz pícara. A su pesar ella sonrió, era incorregible—. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué has vuelto a esos hábitos puros y fatigosos? —Por supuesto, se refería al maldito camisón, y por su tono estaba segura de que incluso estaba arrugando la nariz mientras lo miraba con desprecio.

—¿Debo colegir que tú tampoco se los permites a Kana? —No hubo respuesta y al final suspiró—. Keylan no está, el muy miserable, así que me pongo lo que me da la gana. Es un despilfarro utilizar gasas y sedas si no los va a valorar nadie.

—Nunca se me había considerado un don nadie —dijo en tono altivo el rey. Ella se rio.

—Sabes a lo que me refiero. —Otra vez ese silencio. Su hermano era letal cuando se quedaba callado, significaba que algo no le cuadraba y estaba buscando las incoherencias, y no pararía hasta encontrarlas. Empezó a ponerse nerviosa y, llevándose la mano al cabello, lo peinó con los dedos, en actitud aparentemente calmada, hasta que se desató el infierno.

—¡Joder! —gritó su hermano, con una furia descontrolada—. ¡Maldito hijo de puta! —Helailla se encogió en la cama. Estaba sentada con la espalda apoyada en el cabecero y deseó fundirse en la madera y desaparecer. ¿Lo había descubierto? ¿Cómo?

—¿Qué… qué ocurre?

—¿Qué te ha hecho ese cabrón? —Apreció que intentaba controlar la voz, pero la rabia era tan evidente que podría tocarla si estiraba la mano.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó con voz temblorosa.

—De tu cuello. —Rápidamente, con la agilidad de un leopardo, tiró del alto volante fruncido y, bajándolo de golpe, dejó su garganta al descubierto. Su brusca inspiración le dijo que las marcas aún debían ser muy visibles. «Ay, Dios mío». Se maldijo cien veces por haber sido tan estúpida. Al ponerse a toquetearse el pelo se había soltado la cinta que sujetaba el cuello alto del camisón, que se había resbalado y mostraba con claridad los moratones.

—Res, puedo explicártelo —se apresuró a decir.

—¿Sí? ¿En serio puedes justificar que tu marido haya intentado estrangularte pocas horas después…? —Los segundos de silencio que cubrieron la habitación casi la engulleron, presa del pánico, pues notó el momento exacto en el que se quedó rígido ante sus propias conclusiones—. ¿Fue él quien te tiró por las escaleras? —preguntó con voz tensa por el esfuerzo de pronunciarlas.

—¡Claro que no!

—No intentes protegerlo, Lalla —ordenó.

—¡Keylan no quiere matarme! —gritó enojada.

—¿Y cómo le llamas exactamente a esto, entonces? —quiso saber también cabreado, no obstante, la tensión anterior había desaparecido, clara prueba de que le había creído cuando afirmó que no había sido él quien la atacara la noche de la fiesta—. Si estos feos hematomas verdes que ya están desapareciendo tienen aún este aspecto después de una semana, no quiero imaginarme cómo estaban en pleno esplendor. —El filo amenazador volvía a estar ahí.

—Res, algo le pasa a Key… —decidió confiarle.

—Eso es evidente.

—Por Dios, escúchame. Nadie quiere contarme nada porque soy una maldita ciega. —El rey no la cortó, aunque se moría de ganas por hacerlo. Se limitó a coger su mano en un gesto de consuelo—. Pero sé que le ha ocurrido algo malo que lo mantiene separado de su hermana y su tío, y que lleva años

provocándole horribles y tormentosas pesadillas por las noches. —Se armó de valor para confesar lo siguiente porque era algo vergonzoso para una mujer admitir algo así, sin embargo, tras los nuevos acontecimientos entendía mejor el motivo, y de todos modos necesitaba ayuda—. No… no pasa las noches conmigo. Nunca —admitió en un hilo de voz. La mano que sostenía la suya se apretó más fuerte—. Es decir, compartimos la intimidad normal de un matrimonio, pero después… él se marcha. Al principio aquello me pareció un gesto de rechazo, y me dolió, aunque ahora comprendo que solo me protegía de sí mismo. La otra noche debió de quedarse dormido mientras me velaba y tuvo uno de esos sueños. Fue terrible, se revolvía como si sufriese mucho, estaba asustado, murmuraba incoherencias… y sí, en un momento dado se lanzó sobre mí y me agredió, pero en cuanto se dio cuenta de que era yo se detuvo. —Le contó el *shock* que le había producido a Keylan darse cuenta de que había arremetido contra ella, que se había encontrado tan mal que no había podido evitar vomitar, el cargo de conciencia tan grande que lo había embargado y que lo había obligado a emborracharse y marcharse esa misma noche. Se había lanzado al mundo para que el asesino fuera directo a por él—. Res, él nunca me haría daño. De hecho, siente unos remordimientos tan enormes por lo que pudo suceder esa noche, y porque piensa que por su culpa ese loco me ha elegido a mí como objetivo, que se ha colocado directamente en su punto de mira para desviarme de su atención. No puedes permitir que lo maten a sangre fría, no por unos cardenales que hizo presa del delirio. —Se dio cuenta de que estaba casi histérica, pero no le importó. Tenía que meter en esa dura cabezota que su esposo no era peligroso, sobre todo para ella, y que era su responsabilidad, como su mujer, cuidarlo si él era tan inconsciente como para ponerse en riesgo.

—Ya basta, niña. En cuanto me levanté y supe de su escapada mandé una docena de guardias tras él. Los quiera o no, estarán o bien repartidos por su casa de la ciudad o frente a las rejas de la entrada, pero siempre soplándole en el cogote en cuanto traspase las puertas de acceso, así que supongo que habrá

sido sensato y los habrá aceptado. —Helailla se relajó de forma visible.

—¿No han mandado noticias? —preguntó con ansiedad.

—Tenían instrucciones de hacerlo, por lo que imagino que los mantiene tan ocupados siguiéndolo de acá para allá que no han tenido oportunidad. Avisarán cuando sea oportuno —aseguró con una confianza tal que terminó contagiándole una pequeña parte. Su hermano se levantó y con gestos rígidos volvió a atarle las cintas del camisón—. Vendré a buscarte para comer con la familia. —Ella acarició esa cara tan amada que notaba embargada por emociones turbulentas.

—Sabes que me trata como si fuera de porcelana. —Se sintió obligada a defenderlo una vez más.

—Pues esta vez la porcelana casi se le quiebra entre los dedos. —Su tono era serio, duro, incluso frío. No podía dejarlo ir así.

—Res…

—Me aseguraré de que ese asesino no le haga daño, Lalla. Porque voy a descuartizarlo con mis propias manos. —Y esa misma mano grande y fuerte se deslizó con suavidad por su delicado cuello antes de salir silencioso del dormitorio.

Reskan buscó un lugar tranquilo donde sofocar su exacerbado y turbulento genio antes de encontrarse con su mujer, pero, claro, nunca tenía suerte en ese sentido. Como si la hubiese invocado, esta se materializó en mitad del jardín con paso mesurado y una mirada afilada que le alcanzó el alma. Se detuvo a su lado, procurando no mostrar su agitado estado de ánimo, aunque sabiendo que era una empresa inútil. Ella lo conocía y lo entendía como nadie en el mundo, y era por eso que su unión era tan fuerte.

La hermosa visión de melena negra azabache y ojos violeta intenso lo cogió de la nuca en un fuerte abrazo cargado de pasión y lo subyugó con un abrasador beso en el que mantuvo en todo momento el control. La femenina

lengua entró y salió de su hambrienta boca tantas veces como quiso y lo saqueó a conciencia, alimentándose de la tensión sexual que sabía que estaba provocando en la bestia que a veces era su marido. Cuando fue evidente que, si continuaban un segundo más, el límite sería la explosiva culminación que los liberaría de esa ansia corrosiva que sentían, la voluptuosa mujer se apartó y él, a duras penas, se lo permitió.

—¿Mejor? —preguntó con suavidad, aunque le temblara un poco la voz.

—Infinitamente —admitió en tono resollante, pero, aunque sorprendente, era cierto. La furia había desaparecido por el momento, para dejar un reguero de calma en su lugar, y ambos sabían quién era la causante de ese cambio. Cogió su mano y, apoyándola en su brazo, emprendió un lento paseo por el espléndido jardín, repleto de flores de diversos colores.

—¿Y bien? —preguntó a bocajarro. Él sonrió para sí, la paciencia no era una de las virtudes de Kana. De todos modos, pensaba contárselo, tenían un juramento que ninguno de los dos pensaba romper. Ni un solo secreto entre ellos, por muy pequeño que fuese. Ambos habían sufrido mucho en el pasado por ocultarse cosas. Así que le relató todo lo que sabía y lo que presentía también, incluidos los episodios de la biblioteca, cuando el duque lo atacó intentando asfixiarlo, y del acantilado, momento tenso donde los hubiese, en el que creyó que se tiraría sin más para acabar con su vida—. No parece un hombre capaz de suicidarse —dictaminó después de meditarlo un momento.

—Tampoco de matar a sangre fría y ya son dos los amagos —terció en tono hosco el rey.

—Bueno, el tuyo no cuenta —contradijo con ligereza—. Los dos sabemos que no es tan fácil deshacerse de ti. —Reskan recordó aquel garrote de hierro que le atenazó la garganta, inamovible pese a sus esfuerzos; la falta de aliento, que se le escapaba a chorros; el leve mareo que empezó a consumirlo, y no estuvo tan seguro. Era cierto que lo habían pillado desprevenido y que, sin esa ventaja, el resultado seguramente hubiera sido diferente, pero en aquel momento en concreto… Su mujer debió percibir algo en su expresión, porque

no insistió—. Helailla tiene razón, de todos modos, su hombre besa el suelo por donde pisa, aunque ninguno se dé cuenta todavía, y no le habría puesto un dedo encima si no fuese en condiciones extremas.

—¿Y esperáis que me siente a leer, confiando en que esas circunstancias no vuelvan a darse nunca más? —preguntó con incredulidad. Eso le valió una mirada penetrante, pero la ignoró.

—Deberemos averiguar qué ha motivado esas pesadillas para conseguir que desaparezcan y así eliminar el peligro potencial sobre Lalla —afirmó, convencida. Su marido la observó con intensidad un rato.

—¿Por qué demonios las mujeres siempre tenéis una solución perfectamente lógica y en apariencia muy simple para algo jodidamente complicado? —masculló muy perturbado porque ella le pedía que cabalgara hasta el cielo y trajese un puñado de estrellas, e incluso la luna para los niños, de cara a Navidad. No, se incluía en la excursión, como si fuera la aventura más excitante después del aburrido verano.

—Porque, si no, los hombres os pasaríais una eternidad complicándolo todo con vuestros juegos de estrategias y guerras inútiles. Nosotras nos limitamos a facilitar las cosas. De todas formas, ya sabemos que él se mantiene alejado de ella en ese sentido. Lo ocurrido ha sido puntual, debido a un accidente que se encargará de que no vuelva a suceder, por lo que lo más apremiante es descubrir quién anda detrás de él y, a través suyo, de Helailla. —Se fijó en lo callado que se había quedado—. ¿Qué piensas?

—¿A nadie se le ha ocurrido que puede que las dos cosas estén relacionadas? —Aquellos dos pozos morados se abrieron por la sorpresa.

—¿Los sueños y el homicida? Humm, es una posibilidad interesante. —De repente se encontró entre los musculosos brazos del rey, que besuqueaba con pericia y conocimiento su sensible cuello.

—Como tú —murmuró en tono sugerente contra su piel, enviándole un mensaje inequívoco.

—Oh, pero hay una diferencia. Yo no soy una posibilidad, Majestad, soy una

certeza. Como la certeza de que espero que vayas a llevarme al templete que veo un poco más allá, muy solitario e íntimo. —La carcajada masculina los acompañó durante parte del recorrido, que casi hicieron corriendo. A fin de cuentas, tampoco faltaba tanto para la hora de la comida. Los problemas seguían ahí, sin embargo, esos preciosos momentos eran necesarios para seguir al pie del cañón, listos para defender a su gran familia, de la que el maldito duque ya formaba parte.

Helailla estaba sentada sobre una gruesa manta, protegida de los rayos del sol por un frondoso árbol. Estos, aunque débiles por estar ya a primeros de noviembre, iluminaban el cielo despejado y le conferían al día una belleza añadida, repleta de paz. Podía notarlos si estiraba la mano, sentía que el calorcillo la tocaba con timidez, despidiendo un verano caluroso.

Sonrió, los niños acababan de marcharse después de haber pasado un rato muy agradable jugando a la pelota. A ella le había encantado escucharlos comentar los mejores pases, discutir como tontos entre ellos, y que la obligasen a hacer de juez imparcial. Se había negado en redondo a ser una jugadora más cuando se lo propusieron, ya que eran tres, pero sugirió en cambio que Gilles se enfrentara a las dos niñas, puesto que estaba más acostumbrado a practicar esa actividad considerada masculina.

En ese momento, sin la presencia de los pequeños, que habían suplicado inútilmente quedarse con la tía, aquel claro parecía vacío y solitario, sin vida. Aún se sorprendía cuando sus sobrinos la llamaban así, pensó con una genuina sonrisa de cariño, debido a su enclaustramiento voluntario del último año, pero esa palabra mágica le calentaba el corazón cada vez que sus dulces vocecitas se la regalaban. Y le parecía uno de los tesoros más preciosos que poseía.

Levantó la cabeza al cielo, aspirando el frío aire de la mañana, tan vigorizante. Aun así, agradecía la capa de ante forrada de piel y las gruesas

botas que había decidido ponerse. No era cuestión de cogerse un resfriado.

Cerró los ojos, dejándose llevar por la tranquilidad que el momento ofrecía, dispersándose como siempre que tenía ocasión al tema que ocupaba todos sus pensamientos. ¿Qué estaría haciendo su marido en esa mañana soleada? ¿Cómo se encontraría? ¿Se habría perdonado ya a sí mismo por el desafortunado incidente de aquella noche? ¿Y por qué no regresaba de una maldita vez?

Reconoció, aunque solo para sí, que al principio había temido que hiciese algo drástico y estúpido, como acabar con su vida por lastimarla. Él era sí. Para qué esperar a que algún familiar lo retase a duelo si podía solventarlo por sí mismo. Con seguridad él lo llamaría de justicia poética. Diría algo como «Yo te he dañado, así que lo lógico es que me encargue de impartirme el castigo», que, naturalmente, sería el más duro.

Cuando por fin llegó una breve pero tranquilizadora nota del jefe de la guardia que Res había mandado para vigilar su espalda, que decía que a regañadientes habían sido aceptados por Su Excelencia, la joven se secó los ojos con discreción, muy aliviada, no solo porque contaba con protección, también porque suponía que eso significaba que iba a molestarse en vivir.

Aunque aquello no quería decir que no estuviese furiosa con él. El muy sinvergüenza se había escapado en mitad de la noche como un ladronzuelo común, sabía que no por falta de valor, sino para evitar que ella le suplicase que se quedase, pero el canalla llevaba ya un mes en Crasia sin un maldito mensaje, y su paciencia estaba al límite. Si no regresaba pronto, era posible que hiciese una locura muy propia de la antigua Lalla y se armara una buena.

—Hola, princesa —murmuró una voz grave que conocía muy bien.

Abrió los ojos y de repente una luz cegadora inundó su campo visual. La sombra del contorno del cuerpo de su esposo se sobrepuso a esta, mientras un dolor lacerante, rápido como el rayo, explosionaba en su cerebro colapsado. Aturdida y asustada, se arrastró por el suelo, retrocediendo, y sus ojos mostraron todo el horror de lo que estaba sintiendo.

Keylan borró su sonrisa y se quedó inmóvil por la impresión, suponiendo que su mujer se alejaba de él por miedo a que la atacase, como la última vez. Nunca en su vida se había sentido más devastado, y supo que su matrimonio había terminado en ese mismo instante. Se dio la vuelta para marcharse, preguntándose cómo haría para sacar adelante Storncrass sin poner los pies allí jamás, negándose a tocar la cuestión más importante. ¿Cómo iba a soportar no verla a ella nunca más?

Un angustioso gemido lo hizo girarse de golpe, y corrió a su lado con las entrañas atenazadas por otra clase de miedo. Su esposa estaba sujetándose la cabeza con desesperación, los ojos cerrados y el rostro tenso. Respiraba de forma entrecortada y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas pálidas como la muerte mientras un sudor frío le empapaba la frente.

—Hela, ¿qué te ocurre? —Cuando se arrodilló a su lado y la abrazó, sintió los cortos y continuos temblores que embargaban un cuerpo que había perdido bastante peso durante su ausencia, y también él se estremeció—. Por Dios, dime qué puedo hacer. —Ella continuó en silencio y, aunque estaba totalmente acojonado, comprendió que en ese momento le era imposible contestarle, así que se limitó a permanecer a su lado, acariciándola y manteniéndola abrigada. Después de lo que le pareció una eternidad, la enorme tensión que la embargaba comenzó a disminuir, y poco a poco fue quedándose laxa entre sus brazos, como si el dolor hubiera soltado al fin sus garras de ella. Estuvieron allí, bajo aquel árbol, durante mucho rato, en silencio, aterrados y envueltos en el calor del otro. Helailla abrió los ojos de nuevo, muy despacio, temerosa de lo que iría a encontrarse, pero solo había oscuridad, su eterna compañera. Se preguntó si se lo habría imaginado todo, sin embargo, la sensación había sido tan intensa que fue lo que le provocó el temido dolor de cabeza, que esa vez había sido peor que nunca. Y Keylan lo había presenciado todo. ¿Qué le iba a decir? No quería pasar por interminables pruebas médicas que arrojarían escasa luz a su extraño problema. Ya la habían diseccionado suficiente cuando perdió la vista, por su habitación había desfilado una interminable procesión

de eminentes doctores que la examinaron sin piedad, ninguno de los cuales aportó solución alguna. Pensar en volver a pasar por algo semejante empezó a provocarle un nuevo dolor de cabeza. Se rebulló entre los fuertes brazos. Sintió que la boca de su marido se movía por su pelo y se tranquilizó al instante, como un caballo nervioso que se calmaba tras la palmada de su amo. Frunció el ceño ante la desafortunada analogía—. ¿Desde cuándo sufres esos dolores? —interrogó en voz baja y dulce, con seguridad preguntándose si conservaba alguna molestia residual del terrible tormento que la había asolado un rato antes.

—Key…

—Nada de eso, cie… Hela. —El corazón de la joven se saltó un latido, pues él nunca había dudado en demostrarle su cariño—. Esa caída ha tenido repercusiones más graves de las que suponíamos, y aunque aún no he visto a nadie en la casa estoy seguro de que te las has ingeniado para ocultárselo a todos. Pero quiero saberlo. Todo —añadió en tono duro, aunque aún sosegado. Helailla sopesó mentirle, pero, aunque había sido relativamente fácil escondérselo a Reskan, a Kana, a Iriana, a un par de sus primos y a su doncella, dudaba que pudiera convivir con Keylan sin delatarse de nuevo. Suspiró frustrada, el matrimonio tenía algunos detalles de lo más inconvenientes.

—Al principio los dolores de cabeza eran continuos, y creí que tendría que convivir con ellos para siempre, sin embargo, después de unos días se fueron espaciando hasta casi desaparecer. Supuse que, como el resto de mi cuerpo, también mi cabeza estaba sanando. Entonces llegaron estos fogonazos, virulentos y atroces, anunciados tan solo por unos intensos pinchazos en las sienes y después solo el sufrimiento más absoluto. —Se le fue apagando la voz y él la abrazó con más fuerza—. Apenas puedo resistirlo, no sé qué hacer para combatirlo, ni qué lo… activa. Tampoco sucede con mucha frecuencia, apenas un par de veces por semana. —No vio la cara de espanto de su marido. ¿Soportaba aquel infierno cada tres o cuatro días? No le extrañaba que

estuviese más delgada, debía de tener los nervios de punta esperando el siguiente episodio, lo que sin duda potenciaba que este llegase con más rapidez.

—Llamaré a Viker.

—¡No! —gritó mientras se levantaba de un salto y le golpeaba la barbilla con el ímpetu.

—¿Por qué, maldita sea? —preguntó enfadado y sorprendido a la vez.

—¡Eso es justo lo que intento evitar! No permitiré que me examine una y otra vez, que me haga una prueba tras otra y que, cuando ya lo haya intentado todo, mandéis a otro y después a otro…

—Estoy seguro de que Viker sabrá qué está ocurriendo —dijo con toda la confianza que fue capaz de imprimir a sus palabras.

—¡Y un cuerno! —Se frotó las sienes, distraída, y se sorprendió cuando él tocó su brazo con cuidado.

—¿Otra vez? —preguntó con preocupación.

—No, siempre me duele después. Desaparecerá en un rato —explicó cogiendo su mano—. No me hagas esto —suplicó.

—Hela, no me pidas que lo deje estar, podría ir a peor. O simplemente podrías… —Cerró los ojos antes de decirlo—. Morir. —Ella tragó saliva ante esa perspectiva que no había sopesado a causa de los dolores y de su inquietud por él.

—Está bien. Dejaré que tu médico me vea sin que se entere la familia. Y, si él no sabe qué hacer, lo dejarás ahí.

—No puedo…

—No volveré a ser un conejillo de indias, Keylan. El tiempo que pasemos juntos será de la mejor forma, no entre agujas y pociones. —El pánico comenzó a abrumarla y volvió a apretarse las sienes, en un movimiento automático.

—De acuerdo. Será como tú quieras, pero tranquilízate. —La joven inspiró hondo un par de veces y asintió cuando se sintió mejor—. Hace frío, volvamos

a la casa. —Se giró, buscando algo con la mirada—. ¿Dónde está tu yegua? —preguntó con extrañeza.

—He venido caminando. —Alzó la barbilla en gesto desafiante—. No me mires de esa manera. Los niños también lo hicieron. Te estás volviendo un perezoso. —A su pesar el hombre sonrió.

—¿Y tú qué sabes cómo te estoy te mirando? —preguntó quisquilloso—. Espera, no me lo digas. Lo *notas* —terminó fastidiado por ese sexto sentido del que él carecía mientras la cogía de la cintura y la sentaba en su caballo para momentos después montar detrás de ella. Helailla se dedicó a colocarse las faldas. Así él no podía ver su enorme sonrisa de complacencia.

Reskan estaba montado en su enorme semental negro, con una mano sostenía las riendas mientras su otro brazo se apoyaba con dejadez sobre su cruz, en actitud aparentemente relajada, pero nada más lejos de la realidad.

Aquel imbécil que le había tocado por cuñado estaba de nuevo suspendido en el maldito acantilado, como si pensase lanzarse al vacío de un momento a otro. Recordó que cuando le había conocido lo había llamado en broma héroe, en clara alusión a las fantasiosas inclinaciones de su hermana por tales tipos. Bufó con desprecio. ¡Y una mierda! Era más una piltrafa de hombre que no sabía qué hacer con su vida. «Sé justo», lo remordió su conciencia. Habían ocurrido muchas cosas en poco tiempo. Tenía a un asesino que lo rondaba, reconocía que bregar con Lalla no era cosa fácil, sobre todo cuando venía acompañada de todo el séquito Cetriar que le pisaba los talones, y estaba el detallito menor de su oscuro pasado. Estaba convencido de que una nube muy negra había hecho algo más que rozar el alto copete de los Storncrass, y que eso estaba ligado a los sueños que tenía el duque. La familia se mantenía unida en un hermético mutismo, con el obvio propósito de protegerse, pero pensaba llegar al fondo del asunto costara lo que costase, porque lo que en algún momento podía suponer era la vida de su hermana.

—Si vuelvo a verte en este lugar, es muy posible que sea yo el que te arroje de cabeza —amenazó de mal humor cuando llegó a su lado. Keylan alzó los ojos hacia el rey, muy sorprendido, y después le dedicó una sonrisa carente de todo humor.

—¿Sigues pensando que voy a suicidarme?

—¿Por qué no? Tu mujer lo cree. —El asombro aumentó, dio lugar a la decepción y terminó dejando paso a una simple aceptación. A Reskan lo irritó que ese hombre siempre aceptara que los demás pensaran lo peor de él.

—Debiera hacerlo —susurró en un hilo de voz—. Supongo que puedes añadir cobarde a mi larga lista de defectos. —Algo en su tono de voz hizo que se le erizara el vello de la nuca. Eso y lo cerca que estaba el borde, así que le tendió una mano. Otra vez.

—Ven. Quiero comentarte algo. —Su cuñado se quedó mirando la mano, pero no hizo amago de cogerla. Levantó la vista despacio.

—¿Tienes miedo a las alturas?

—Tengo miedo a los estúpidos —admitió sin ambages. El otro sonrió.

—¿Crees que estoy loco? —El monarca lo miró a los ojos sin parpadear.

—Sí. —Keylan suspiró con profundo pesar.

—Ya. ¿Te arrepientes de haberme dado a tu hermana?

—¿Tengo motivos para lamentarlo? —El silencio se prolongó, y hubo un momento en el que pensó que verdaderamente iba a arrojarse a las frías aguas que golpeaban las rocas abajo. Fue cuando vio esos ojos torturados y llenos de terror, que suplicaban un perdón inexplicable para él, ansiosos de comprensión. El instante duró lo que el latido de un corazón, sin embargo, fue suficiente para saber muchas cosas. Y para tomar decisiones.

—Unos cuantos —admitió en tono de derrota—. Pero la preciso para seguir respirando, y creo que ella me necesita a mí, por extraño que parezca.

—Lo sé —admitió el rey.

—¿Sí?

—¿Acaso piensas que no nos hemos dado cuenta de cuánto ha cambiado

desde que estás en su vida? Y la transformación ha sido para bien, claro. No entiendo por qué, pero eres una buena influencia para mi hermana. Y, a decir verdad, mi mujer me acusa todas las semanas de haber perdido la chaveta, así que lo tuyo no es tan grave. —Sintió cómo la tensión del cuerpo de su cuñado se aflojaba un poco. Volvió a ofrecer su mano y esa vez sintió un enorme alivio cuando él la cogió y, levantándose, se alejó del precipicio—. Esto… Storn… —El otro se giró hacia él y se llevó de lleno su tremendo puño, que se estrelló contra su mandíbula y lo despatarró en el suelo. Desde allí lo miró, sin asomo de sorpresa o ira, tan solo limpiándose el hilillo de sangre que le caía por la comisura de la boca—. Tendría que matarte por agredir a Lalla.

—Debieras —concedió sin moverse. Reskan lo evaluó desde su posición, las piernas abiertas, las manos en la cintura.

—Quiero saberlo todo —advirtió. El duque meneó la cabeza, negando.

—Me temo que eso es imposible. —Entrecerrando los ojos, su contrincante reveló con ese único gesto lo peligroso que podía resultar no obedecerlo.

—¿Qué? No lo entiendes, muchacho, si no dispongo de toda la información, entenderé que eres un peligro para mi hermana y la sacaré de tu influencia para siempre. De manera legal y total. —Supo que la amenaza, afilada como un estilete, se había clavado hasta el hueso, pero el hombre no retrocedió.

—No tengo nada que decirte, Cetriar —dijo empezando a incorporarse. La bota de caña alta se incrustó en su hombro y lo tiró de nuevo haciendo que gimiera de dolor. Key apretó los dientes y se enfrentó a su atacante con una mirada furiosa.

—Siempre puedo tirarte por ese despeñadero y acabar con esto rápido —advirtió el monarca echando una cabezada a su espalda.

—Siempre puedes intentarlo, claro —se burló su cuñado, demostrando que no lo intimidaba ni un poquito—. Pero no vas a sacarme nada, así que ahórrate el esfuerzo. No voy a volver a dañar a Hela, me aseguraré de que así sea, y cogeré al cabrón que la empujó escaleras abajo. Aunque más vale que te hagas a la idea de que es mi vida, y que hay partes de ella que están fuera de tu

jurisdicción. Y que nunca es una decisión sabia presionarme demasiado.

—¿O? —inquirió, demostrando que, aunque había tomado nota de su advertencia, seguía forzándolo.

—O quizá sea yo el que te separe de ella —prometió con voz calma. Al principio pareció que Reskan no lo había entendido, porque no reaccionó. Después, una carcajada, fuerte y socarrona retumbó en aquel lejano paraje.

—Nunca prometas algo que no puedas cumplir —aconsejó en tono de chanza, sin embargo, sus ojos grises parecían quemar todo cuanto tocaban—. Mi hermana y yo estamos unidos por un sentimiento tan grande y poderoso que es absolutamente irrompible. Por supuesto, tú no lo puedes entender, pero lo que es seguro es que nunca, jamás, serás capaz de alejarla de mi lado. Ni siquiera si te amase tendrías la oportunidad de mellar mínimamente nuestra relación. —Aquella confianza era tan aplastante que no le cupo duda de que su amenaza lo había dejado del todo frío. Además, en una guerra de poderes no hacía falta decir quién llevaría las de perder—. ¿Por qué estamos discutiendo? Ambos queremos lo mejor para ella. ¿No puedes simplemente contarme qué está pasando, hombre? Lo averiguaré de todos modos, no obstante, así ahorraremos tiempo y esfuerzo. Si lo que te preocupa es un escándalo, nada va a salir de aquí. De cualquier manera, en todas las familias se guarda algún que otro esqueleto en el armario. —Keylan se puso pálido tras esas últimas palabras y fue incapaz de sostenerle la mirada. Se puso en pie y utilizó los segundos que precisó para limpiarse los pantalones y acomodarse el resto de ropas para ajustar su expresión a una de tranquila indiferencia.

—En este caso no hay nada de eso, pero soy muy celoso de mi intimidad y considero que hay asuntos que los Storncrass debemos guardar para nosotros. En otro orden de cosas, en Crasia he contactado con unos cuantos de los invitados a la fiesta y he acabado eliminando a treinta y cuatro de ellos, más otros ochenta y cuatro que por su jerarquía y posición pública quedan excluidos de manera obvia. —El rey asintió, aceptando de momento el cambio de tema.

—Has aprovechado bien el tiempo. Dariel, Alan, Osian y Struan han vuelto también, y entre ellos suman cuarenta y nueve investigados. Aún faltan Noa, Briadan y tu tío, aunque han mandado sus informes. —Recalcó la última palabra, dando a entender que no se había sabido nada por su parte en todo un mes—. Descontando también a todas las asistentes mujeres, ya que Helailla afirma que la atacó un hombre, el recuento hasta ahora es de trescientos cincuenta y seis descartados. Lo cual es una bonita cifra, sin embargo, nos deja aún una buena cantidad por verificar —refunfuñó. Keylan también gruñó, porque hasta entonces se habían limitado a los alrededores, pero los ciento cincuenta interrogantes estarían vete a saber dónde a esas alturas, y no le apetecía nada volver a salir de caza.

—Me alegro de poder contar con vosotros —afirmó con humildad—. Gracias a todos hemos podido abarcar tanto en tan poco tiempo.

—Pero no confías en nosotros —apuntó con una mirada incisiva.

—No confío en nadie —admitió con un ligero tinte de autodesprecio.

—No es personal, ¿eh? —Por primera vez en aquel encuentro el rey sonrió, irónico.

—No. De hecho, hasta me caéis bien. —Con un movimiento fluido, repleto de gracia, Keylan saltó a su caballo y desde allí bajó los ojos hasta su cuñado, que los guiñó para protegerse del sol—. Sobre todo, tú —concedió el duque con una sonrisa maligna al tiempo que daba la vuelta a su montura y la espoleaba para emprender un ligero galope. Reskan lo observó inmóvil hasta que se perdió de vista.

—Maldición.

Helailla tenía la firme resolución de conseguir que aquellos tres se reconciliasen, fuesen cuales fuesen los motivos que los hubiesen llevado a ese frío aunque cortés distanciamiento que no engañaba a nadie. Valiéndose de eso había insistido en que lo mejor era que Iriana se quedase en casa y no

regresase de momento al internado, argumentando que la amenaza podría extenderse a todos los miembros de la familia. Protector hasta el extremismo como casi todos los hombres, Keylan aceptó de inmediato, y por supuesto Rodan permaneció junto a ellos para ayudar en cuanto pudiera. Todos se quedarían, salvo Kana y los niños, que pensaban marcharse al día siguiente, pues en Traguian, el reino del que era legítima soberana junto a Res, era necesario que se tomaran ciertas decisiones que el Consejo no podía asumir por ellos. Le había rogado a su hermano que se marchase con ella, pero no quiso ni oír hablar de ello, aduciendo que su esposa era muy capaz de gobernar el país con el dedo meñique de su mano, sin embargo, a nadie se le escapó la mirada apenada que le dirigió a la morena beldad de ojos violetas. Por suerte, Vadia estaba más cerca y su padre mandaba mensajes regulares para informar de las novedades, y tomaba pequeñas resoluciones desde la distancia, rogando que no ocurriera una crisis que lo obligara a marcharse también. Dirigir un país, sobre todo de las proporciones de estos, era una responsabilidad tremenda, y dejaba poco tiempo para uno mismo, no obstante, habían nacido para ello y nunca lo habían visto como una carga.

La joven siguió pasando el cepillo por su larga melena mientras fruncía el ceño. Hasta entonces el resultado no era nada halagüeño, si tomaba como ejemplo la cena de esa noche. La conversación había estado animada porque su familia se encargó de que así fuera –bendijo a sus primos por ser tan locuaces y tener esa reserva inagotable de encanto–, porque si fuese por esos tres… Aunque los sentaba juntos, ellos apenas se miraban. Bueno, eso no era del todo correcto, reconoció con enfado. Tío y sobrina hablaban entre sí muy animadamente, se trataban con cariño a pesar de que hacía bastante tiempo que no se veían, pero le hacían el vacío a su esposo y este, a cambio, levantaba una barrera invisible en torno a él para que no se acercaran si quisiesen hacerlo. Detuvo el brazo en mitad de una cepillada, sopesando todo lo que sabía de su esposo. Quizá alguna vez lo intentaron, meditó, y chocaron una y otra vez con ella hasta que terminaron desistiendo. Eso le encajaba más con la

forma de actuar de aquel cabezota, que cuando decidía que había hecho algo mal se aislaba de todos, castigándose antes de que lo hicieran los demás.

Como entonces, pensó malhumorada. Hacía tres días que había regresado y todavía no la había tocado. ¡Después de más de un mes de abstinencia! Y claro, eso disparaba todas las alarmas en una mente a la que le sobraba imaginación. ¿Ya no la deseaba? ¿Había encontrado a otra en su escapada a Crasia? ¿Seguiría con ella? ¿La habría traído consigo? ¿Se suponía que tenía que consentir de buen grado que tuviera una amante? ¿Cómo iban a engendrar un heredero si no la quería más en su cama? ¿La repudiaría? «¡Ahhhh!». Se frotó las sienes con fuerza, intentando frenar toda esa creatividad espontánea, regañándose por tirar del hilo de una madeja tan peligrosa sin saber realmente qué ocurría.

—¿Ya viene? —preguntó su marido en voz baja, cargada de preocupación, tocándola con suavidad en el hombro. Dio un brinco, sobresaltada. No lo había oído llegar, maldito fuera.

—No, es solo que estoy inquieta —admitió, con el corazón a punto de salírsele del pecho. A fin de cuentas, estaba en *su* cuarto y había venido por propia voluntad. ¿Significaba eso que quería… hacerlo?

—¿Qué es lo que te angustia? —preguntó arrodillándose a su lado.

Ella se giró un poco hacia él y notó que se quedaba rígido al instante. Entonces recordó que debajo de la fina bata de seda azul cobalto no llevaba nada, y para más inri la tenía abierta. Era culpa de aquel hombre, por supuesto. Él la poseía todas las noches y la dejaba tan exhausta que se dormía casi de inmediato, desnuda, así que durante aquel mes de ausencia, cuando por fin las marcas del cuello desaparecieron, le pareció lo más natural del mundo seguir prescindiendo de la ropa de dormir. La bata solo era una muestra de pudor frente a Sori, que se había retirado hacía unos minutos. Mientras el pulso le resonaba en los oídos se preguntó qué estaría pensando él.

*Él* no pensaba. Engullía esos grandes y suculentos pechos que tantísimo había añorado en las últimas semanas con la mirada de un hombre hambriento.

Saboreaba ese triangulo rubio y la carne tierna que quedó expuesta cuando ella abrió las piernas, invitándolo… Se dio cuenta de que estaba salivando y se relamió los labios, expectante. Sin darse cuenta puso ambas manos en sus suaves rodillas y, deslizándolas hacia el interior hasta casi rozar su sexo, le abrió los muslos para avanzar de rodillas hasta ella mientras se desabrochaba la bragueta de los pantalones con frenesí. Entonces metió las manos por debajo de ella, le agarró el trasero y la arrastró al borde de la silla. Con adoración, pasó los dedos por sus clavículas; retirando la suave y fresca tela de sus hombros, dejó expuestos sus hermosísimos senos, y agarrándose la tremenda y enhiesta verga la penetró sin contemplaciones, aferrando su cadera con fuerza. Helailla gritó, sorprendida y excitada, y por si acaso él lo entendía como una protesta se afianzó con brazos y piernas al cuerpo masculino, que era suyo por derecho, y le apretó las nalgas con los tobillos mientras él la embestía con intensidad una y otra vez, más fuerte en cada penetración. Keylan arqueó la espalda para tener acceso a sus pechos bamboleantes y los lamió con voracidad, como si no fuese capaz de saciarse de ella. Sus respiraciones eran tan jadeantes que temieron quedarse sin aliento, pero no les importó, solo el infinito placer que los embargaba tenía algún sentido en aquel momento. Fue un acto rápido y pasional, nacido de la necesidad de ambos, que los consumió por entero y los dejó reducidos a brasas cuando finalmente llegaron a la culminación. La de ella fue dulce pero avasalladora. La hizo gritar, y al abrazarlo con fuerza dejó escapar su nombre como una promesa de futuro seguro, de fe y esperanza. Aquello y los femeninos músculos vaginales que se tensaron con desesperación alrededor suyo lo obligaron a correrse a él, en una descarga desgarradora y no sin cierta dosis de miedo. La miró a los ojos mientras la inundaba por dentro, seguro de que el largo gemido ronco de satisfacción que salió de su propia garganta era a su vez un grito de angustia.

Helailla se sentía un poco magullada, pero a las mil maravillas. Todo iba a solucionarse…

—Joder —maldijo su esposo, saliendo de forma abrupta de su interior, y tras

ponerse de pie con un movimiento fluido, se largó a grandes zancadas de la habitación. La mujer tardó unos minutos en poder cerrar la boca. Después llegaron las lágrimas. No era dada a ellas, pero el dolor que su esposo acababa de provocarle era tan intenso que no pudo detenerlas. Dios mío, qué humillación. La había… ¿Cómo decían los hombres? Follado como a una prostituta barata, ahí despatarrada en la silla y, después de satisfacerse y arrepentirse, por lo visto, la dejaba tirada como a una colilla. Incluso en su ignorancia estaba segura de que a las amantes se las trataba mejor.

«Y a las putas».

Keylan se preguntaba si podía cagarla más.

En primer lugar no se le tenía que haber ocurrido acercarse al dormitorio de su esposa, de noche, habiendo escuchado cómo su doncella la dejaba sola un minuto antes, después de haberse bebido él solito una botella de vino en la comida, pese a las cejas alzadas de sus familiares masculinos, y haberlo rematado con otros dos vasos colmados de fuerte *whisky*. Y por si eso fuera poco, sumado a esa mezcla explosiva de emociones encontradas, el ardiente e insatisfecho deseo que inundaba sus venas y amenazaba con asfixiarlo. En definitiva, había sido una pésima idea colarse en aquella habitación apenas iluminada, habitada por el perfume de su mujer, que siempre lo hechizaba.

No sabía qué lo había llevado hasta allí, quizá su aire taciturno durante la cena, o lo poco que había comido… Era consciente de que se había percatado de su cambio de actitud hacia ella, que no había vuelto a su cama desde su regreso, y que había dejado de tratarla con actitud cariñosa, retirándole los apodos afectuosos que él sabía que tanto le gustaban. Pero había decidido que para evitar toda ocasión de volver a agredirla debía distanciarse lo máximo posible, aunque terminaran siendo un par de extraños. Era probable que con el tiempo se mostrara despiadado y volviera a convertirla en la mujer fría y dura que había conocido hacía pocos meses, pero si aquel era el precio que debía

pagar para mantenerla segura de él mismo, lo sufragaría sin dudarlo. Aunque le costase también su maldito corazón, que gritaba alocado en protesta.

También se había puesto como excusa mientras abría la puerta en silencio que quería ver cómo estaba, al fin y al cabo, distancia no significaba desinterés. Y, cuando vio que se apretaba las sienes, simplemente se encontró a su lado, pensando que otro de aquellos terribles momentos se estaba avecinando.

Pero, Dios, un hombre en pleno apogeo de la vida, un hombre que *verdaderamente* fuese un hombre, no podía jurar celibato y encontrarse a medio metro de una hermosísima esposa, despampanantemente desnuda bajo una fina capa de seda entreabierta que dejaba a la vista de sus necesitados ojos lo más esencial. Había sido tomarla o cortarse el miembro allí mismo, pero maldición, tomarla con aquella prisa e intensidad, él en el suelo y ella aún sentada en la silla, como a una fulana… Y después marcharse así, nada más acabar, dando a entender que detestaba lo que acababa de hacer… Lo cual era cierto, pero no de la manera en la que Lalla debía de pensar, a juzgar por los sollozos apagados que venían de la otra habitación.

La escuchó con los ojos cerrados y las manos aferradas a los brazos del sillón, como si aquello pudiese impedir que saliese corriendo a consolarla. Por supuesto, era lo que ansiaba hacer, no obstante, eso estropearía su plan. Ella debía llegar a la conclusión de que era un bastardo sin corazón, alejarse de él por su cuenta y así las posibilidades de lastimarla disminuirían hasta límites tolerables.

Cogió el decantador y se sirvió de nuevo, sintiendo un dolor en el pecho que empezaba a conocer muy bien, pero ignorándolo, como las otras veces a lo largo de los años. Había perdido a muchas personas importantes en el transcurso de su vida y había sobrevivido, ella solo era otra más. Pero no se lo creyó ni por un instante.

Bebió un trago tan grande del fuerte licor que, cuando apartó el vaso de sus labios, apenas quedaba líquido en él, deseando que le embotase pronto los

sentidos para que aquel llanto no le afligiese tanto.

Dios, a ese paso iba a convertirse rápidamente en un alcohólico.

# Capítulo 11

El bullicio lo sacó de la intoxicación etílica en la que el bendito alcohol lo había sumido durante las pocas horas en que se había dejado persuadir por la tentadora cama para tirarse en ella en un lío desmadejado de piernas y brazos sin coordinación ni fuerza. Personalmente, a él le parecía que hacía tan solo unos minutos que había caído derrumbado en aquel colchón tan familiar, pero ese sol molesto y mezquino, que se afanaba en infiltrarse en sus ojos hinchados, no debería estar ahí si en efecto acabara de acostarse.

Como tampoco toda esa gente que pululaba por su casa como si estuviese a punto de derrumbarse, por Dios. Si un hombre no podía darse el lujo de quedarse hasta tarde en la cama y dedicar un rato a descansar sin esperar ser molestado, ¿adónde iba a llegar el mundo?

Un ruido de voces masculinas singularmente altas al pasar por su puerta y perfectamente reconocibles lo hizo rechinar los dientes. Parecía que los primitos tenían ganas de jugar, y él estaba de un humor muy particular para ofrecerles una diversión sonada.

No obstante, se vistió sin prisa y sin llamar a Durin. Aún necesitaba unos minutos de privacidad para bregar con su maltrecho cuerpo y sus tormentosos pensamientos, que de forma irremediable lo llevaron a la habitación de al lado, demasiado silenciosa. No se acercó, evitando encontrarse con su mujer en el caso de que tampoco hubiese pasado una buena noche.

El inconfundible ruido de un mueble que golpeaba con algo en la planta de

abajo y la indignada palabrota de su tío lo hicieron reaccionar. Cogiendo su chaqueta de encima de la silla, se dirigió a grandes pasos hacia la puerta con un juramento entre los labios y un fuerte martilleo en la cabeza.

—Hombre, Briadan, presta un poco de atención. Este escritorio le encanta a la niña y ya lo has marcado, jo… lín —se quejó Rodan fulminando al joven con la mirada mientras ambos sostenían el mueble para pasarlo por el hueco de la puerta. Este lo inclinó un poco, cargando casi todo el peso sobre el hombre mayor, que gruñó por el esfuerzo. Después alzó la vista con una mirada del todo inocente.

—Solo ha sido un pequeño arañacito de nada. Se tapará con una pizca de cera y, de todos modos, a mi prima no le importará.

—Si no tuvieses los ojos enganchados a los pechos de mi sobrina, no habrías encajado esta pieza de incalculable valor en el marco de la puerta —insistió, furioso.

—Tienes razón, por supuesto. Podría arrancármelos para evitar la tentación, pero entonces me temo que habría hecho mucho más que rayar ligeramente el lateral —lo pinchó.

—Maldito bufón —susurró a cambio, y ambos consiguieron una sonrisa disimulada por parte de Iriana, que era por quien se peleaban en realidad. A decir verdad, ella era el foco de todas las discusiones de la casa desde su llegada. Convivir con tantos machos jóvenes y solteros, tan alejados de cualquier fuente de placer femenino, con ella como única receptora de toda su masculina atención era frustrante para los hombres y muy halagador para ella.

—¿Estáis redecorando mi casa? —preguntó con voz suave Keylan, apoyado en actitud relajada en la pared. Todos se giraron a mirarlo, todos salvo Helailla, que permaneció de espaldas y continuó con lo que estaba haciendo en la mesa, pero la rigidez de sus hombros expresaba a la perfección que lo de la noche anterior tendría consecuencias. Nadie habló, incluso Reskan se limitó

a mirarlo con fijeza. ¿Lo sabría? Sintió la premonición de que iba a ocurrir algo que no le gustaría un pelo. Se acercó despacio a ella, y cuando los separaban unos cinco metros se detuvo, impaciente. La maldita no se había movido, y él estaba a punto de hacer algo drástico. Con perros guardianes o no —. ¿Señora? —Al fin se dignó a mostrarse por encima del hombro y reveló un rostro ojeroso y triste, aunque lleno de fría determinación. Algo se paralizó dentro del duque, y supo que era su corazón. «¿No era esto lo que querías?». No, aulló su alma moribunda, en contraposición a su mente lógica, que se reía por el rápido triunfo. Se obligó a respirar hondo—. ¿Qué es todo esto? —Ella volvió su atención a la tarea que la mantenía tan ocupada, y él cerró los puños para evitar cogerla del cuello.

—Mañana a primera hora nos marchamos a Crasia. Como ves, estamos muy ocupados con los preparativos. —Hizo un gesto vago con la mano detrás de ella. Keylan estaba pasmado, literalmente. Habría esperado cualquier cosa después de lo de la noche anterior, pero nunca que ella lo abandonase. Porque lo estaba abandonando, ¿no?

—¿Qué quieres decir con *nos* marchamos? —preguntó con recelo.

—Mi familia al completo y yo. Y Rodan e Iriana han aceptado acompañarnos. La seguridad de todos estará a cargo de Res, pues cuenta con los medios necesarios. Por supuesto, entendemos que tú prefieras quedarte en la propiedad.

—Por encima de mi cadáver. —En dos zancadas se comió la distancia que los separaba. Entonces, en un segundo se escuchó un relámpago de acero, ella giró rauda y lo amenazó con una delgada y mortífera espada que colocó a la altura de su corazón, separada de este por escasos dos centímetros. De hecho, si se movía solo un pelín le estropearía la chaqueta de terciopelo, y ella lo sabía. No le temblaba el pulso, y en su actitud había algo que le indicaba que, aunque no le causaría un daño importante, deseaba lastimarlo. Estuvo tentado de provocarla a hacérselo, sabía que se lo merecía, sin embargo, él más que nadie era consciente de que había líneas que, una vez traspasadas, nada volvía

a ser igual, por mucho amor que hubiese. Así que dio un paso atrás, retirándose, y solo entonces fue consciente de la vestimenta de su esposa. Con una ceja alzada observó sus botas de caña alta hasta casi las rodillas, los ajustados pantalones también negros que moldeaban sus bien torneados muslos como si fuesen medias de seda, y no quiso imaginar el cuadro que representaría su adorable trasero con esa prenda tan irreverente. La camisa que completaba el atuendo era de lino en tono verde, estrecha y provocativa en su sencillez, pues rebelaba con claridad su delgada cintura y sus opulentos senos, ambos atributos resaltados por la ausencia de corsé. Cuando ella bajó la espada y se giró para coger de la mesa su vaina, finalmente pudo apreciar el increíble culo que aquel pantalón mostraba a todos, y a pesar de su enfado sintió que tenía una erección de mil de demonios.

—A mí me pasa siempre que mi mujer se pone ropa masculina. Claro que es un tanto desconcertante cuando ves a otro con tus mismos síntomas porque se está comiendo con los ojos a tu hermana pequeña —gruñó por lo bajo su cuñado. Keylan iba a preguntarle qué narices estaba ocurriendo cuando su esposa se le adelantó.

—Dare, date prisa —ordenó con voz dura. El conde no dijo nada. Tan solo apretó la mandíbula y cogió su propia espada, mucho más grande, y la precedió al exterior, donde, aunque no llovía, hacía bastante frío.

—¿Qué coño…?

—Me temo que tendrás que perdértelo, amigo. Tenemos que hablar de cosas importantes. —El duque sabía que era cierto. Tenía que parar esa locura de viajar a Crasia y, si alguien podía ayudarlo, era Cetriar. Echó un vistazo afuera. Se habían detenido todos a unos doscientos metros. Helailla se había hecho un recogido y movía el cuello de un lado para otro, igual que su primo, como si…—. ¿Qué ha ocurrido para que Lalla quiera hacer las maletas de un día para otro y largarse a la ciudad? Y para más inri, sin ti.

—Eso sería lo único con sentido de toda esta locura. Si yo no estoy cerca, no podré lastimarla. Pero marcharse a la capital… —En ese momento el ruido

de dos espadas que salían simultáneamente de sus vainas lo hizo girarse hacia ellos, y lo que vio lo dejó estupefacto. Un segundo después echó a correr con todas sus fuerzas hacia su esposa, con el corazón en la boca y rezando por poder llegar a tiempo.

—¡Storn! ¡Te estoy hablando! —ladró el rey.

Mientras avanzaba hacia los dos contrincantes veía, fascinado por el miedo, cómo el gigante de Dariel arremetía una y otra vez con su espada mortal contra su frágil mujer ciega, mientras ella se defendía con energía y valor en cada ocasión. Pero la sensación de que no llegaría a tiempo, que una de esas estocadas rasgaría la tierna carne de la muchacha, lo sofocaba. Cuando estaba a punto de alcanzarlos una mole de granito lo agarró del cuello y lo obligó a detenerse.

—¡Déjame, maldito seas! ¿No ves que va a hacerle daño? —Reskan apretó más el brazo en torno a él y le habló en el oído para que se percatase de sus palabras.

—¿Quién a quién? Míralos. —Keylan dejó de forcejear y los observó, todavía con un nudo en las entrañas, y no pudo creer lo que veía. Su dulce e inocente mujercita ahora estaba atacando, lanzaba mandobles con destreza y objetividad, percibiendo en todo momento la complejidad en el ataque de su adversario, anticipándose a sus rápidos e inesperados movimientos. Poco a poco fue aflojando cada uno de sus tensos músculos y el rey lo soltó, aunque no se dio cuenta, tan absorto estaba en la lucha que tenía enfrente. Por supuesto, comprendía que no era más que un entrenamiento, aunque Brangor no se andaba con medias tintas cuando adiestraba a sus soldados. Pero, maldito fuese, aquella despampanante y fiera guerrera a la que el sudor le pegaba la camisa a los deliciosos pechos que él mismo había chupado con fervor la noche anterior no era uno de los reclutas del conde.

—¿Por qué? —preguntó con voz queda, sin apartar la vista del ejercicio.

—Sobre todo, para enseñarle a defenderse. Helailla ha tenido una educación… atípica, podríamos decir. —Keylan le lanzó una mirada rápida,

cargada de elocuencia.

—Eso he oído —admitió con ironía.

—¿Lo desapruebas? —preguntó el monarca con sorpresa—. Pensaba que tú valorarías lo especial que es mi hermana. —El duque apretó los labios. Por supuesto que lo hacía, pero eso de jugar con espaditas ya no le hacía tanta gracia. Ante el silencio de su cuñado, el otro ocultó una sonrisa y prosiguió—: Naturalmente, la inicié yo —admitió con orgullo—. A fin de cuentas, no solo es una princesa heredera. Supongo que habrás hablado ya con nuestro padre y te habrá puesto al corriente de su dote. —Eidrian no había hecho aún tal cosa, no obstante, no iba a decírselo, no fuera que creyese que le interesaba en lo más mínimo el dinero de su mujer—. Por supuesto, sabemos que nadas en la abundancia, pero a nadie le amargan unos cientos de miles, ¿verdad? —soltó como si tal cosa. Keylan estuvo a punto de atragantarse. Abrió los ojos como platos, sin embargo, seguía mirando a la pareja, por lo que su desconcierto y estupefacción pasaron desapercibidos para el otro.

—Unos cientos de miles, sí —graznó en un hilo de voz. Si a Reskan le pareció extraño, probablemente pensó que era por el combate.

—Seiscientos mil, para ser exactos, y ella vale cada uno de ellos —afirmó con rotundidad. Keylan sentía que se estaba mareando, pero no tenía nada en lo que afirmarse salvo aquel bastardo que no paraba de hablar de miles como si fueran gotas de lluvia. Joder, su tío lo había felicitado por unirse a una familia tan ilustre, y antes de eso él ya conocía su fama, aunque nunca había imaginado que fuesen ricos como Creso. Dios, seiscientos mil… Eso superaba ligeramente su propia fortuna. La miró entrecerrando los ojos. ¿Esa maldita tenía que ganarle en todo?—. Como iba diciendo, además, Lalla está en la línea de sucesión. —Keylan giró la cabeza de golpe y lo fulminó.

—¿Qué?

—Si mi padre y yo muriéramos, aún quedaría Drano, por supuesto. Pero tras él, ella sería la siguiente en la lista, Storn —anunció con voz grave.

—¿No hay nadie más? ¿Tíos, primos…? —preguntó mientras media docena

de rostros pasaban veloces ante sus ojos, notando lo esperanzada que sonaba su voz.

—Lamento desilusionarte —negó intentando parecer compungido—. Pero la ley especifica que, antes de que el trono abandone una rama familiar, esta debe haberse extinguido por completo.

—¿Pero se permite en Vadia que una mujer gobierne?

—Por supuesto, al igual que en Traguian y, si tus siguientes preguntas desesperadas son si ella está capacitada o si los Vadianos la aceptarán, la respuesta a ambas es un rotundo sí, a pesar de su ceguera. Antes de eso ya llevaba el peso de ciertos asuntos porque mi padre se había desligado de casi todo, y el pueblo la ama. Pero no adelantemos acontecimientos que quizá nunca ocurran —se apresuró a tranquilizarlo cuando vio lo alterado que estaba frente a esa posibilidad—. La cuestión es que se le enseñó a defenderse con diferentes armas por su propia protección. Hay momentos en la vida en que uno debe valerse por sí mismo. Cuando tuvo lugar el accidente y ella se refugió en Oscuridad, le pedí a Dare que fuera con ella, y durante ese año siguieron los entrenamientos, pero desde otro ángulo. Entonces ella tuvo que aprender a luchar de nuevo porque su invidencia le hizo olvidar todo lo que había asimilado. Y este es un excelente momento para que retome las lecciones, cuando hay un hijo de puta que la quiere matar. De todos modos, lo de hoy presiento que es una forma de quemar adrenalina y rabia, no obstante, supongo que tú sabes más de eso que yo —terminó, mirándolo interrogante. Keylan no contestó, se limitó a desviar la vista hacia los dos contrincantes en aquel duelo de espadas. Por supuesto, Helailla estaba mucho más cansada que su primo. El agotamiento se reflejaba en sus finos rasgos, marcados por la tensión, en su respiración desacompasada, que se le escapaba entre jadeos entrecortados, y en la fuerza de su ataque, más corto y pesado en ese momento. El brazo que sujetaba la espada, y con el que paraba los tremendos embates de Dariel, debía de dolerle como el demonio, o puede que lo tuviese tan entumecido que ni lo notase.

—¿Por qué no la obliga a parar? —musitó con una gran pena en el pecho.

—¿Crees que tu enemigo tendrá piedad con ella si la coge? —preguntó Reskan a cambio. Keylan se tensó, los músculos agarrotados. No, no la tendría. Si la tuviese en su poder, acabaría con ella de una vez por todas. Cerró los ojos un segundo para tranquilizarse y abrió los puños deseando disponer de algo con lo que entretenerse. Ante el codazo del otro alzó la vista y lo miró agradecido mientras aceptaba el puro que le ofrecía, viendo reflejados en los ojos grises sus mismos sentimientos.

—Quizás algún día te apetezca contarme tu historia con Kana —sondeó mirándolo con curiosidad.

—Puede —contestó divertido—. Cuando tú me confíes el terrible secreto que ocultas. —Él sonrió apenas, aunque solo fuera por la insistencia del hombre. Los hermanos se parecían bastante en eso, obstinados y tenaces hasta el agotamiento.

—¿Estás de acuerdo con el traslado? —preguntó cambiando de tema.

—Humm, pregunta complicada. —Hizo un círculo con la voluta de humo mientras meditaba la respuesta—. No me gusta exactamente —admitió. Keylan se relajó, contento por primera vez desde que se levantara—. Aun así, nos vamos a ir. —Se volvió hacia él, furioso.

—¿Por qué, maldita sea?

—Porque sus razones son válidas. Y porque tú aún no me has dicho qué le has hecho para que actúe de manera tan precipitada.

—Ni tengo por qué hacerlo —le advirtió con voz acerada. Pero supo que había dado un paso en falso, admitiendo que sí le había dado motivos a su mujer para tomar una decisión tan drástica. Le dio una calada tan grande al cigarro que se lo terminó. Con los ojos cerrados mantuvo el humo dentro de sus pulmones, hasta que sintió que lo calmaba un tanto por dentro y luego, muy despacio, lo expulsó con la impresión de quedarse vacío. Su compañero no dijo nada, tan solo esperó hasta que estuviese preparado para contárselo. A veces le enervaba esa actitud paternalista de su cuñado porque, aunque él

siempre se encerraba en sí mismo, aquel tipo a menudo conseguía que se abriera y le contara lo que le preocupaba. Ni siquiera con Dare tenía a veces esa confianza, o con algunos de sus mejores amigos de juventud—. Solo intento mantenerme apartado de ella, eso es todo. Me aseguro de que esté bien cuidada, que no le falte de nada y que no corra riesgos, y aparezco cuando es necesario, pero, por lo demás, permanezco lejos para que sea Hela la que rompa lazos conmigo. Así no podré hacerle daño en ningún sentido. —Reskan entendió a la perfección las palabras que había omitido, el muy tonto desatendía a su hermana dentro y fuera de la cama, intentando crear una distancia que protegiera los corazones de ambos, y a la vez le impidiese la posibilidad de que por descuido volviese a quedar atrapado en una de sus pesadillas con ella cerca. Aunque esa eventualidad verdaderamente lo aterrorizaba después de haber visto los hematomas en el cuello de la joven, era consciente de que, si tomaban ese camino, sería el fin de su matrimonio, y deseaba que este funcionara. Por su hermana… y por ese cretino, pues, aunque desconocía la naturaleza del problema que lo aquejaba, en su fuero interno sabía que era el tipo de hombre que le convenía a Lalla. Fuerte, seguro, honorable y recto. Era independiente como ella, pero leal y cariñoso también. La trababa como a una reina, y se preocupaba por su bienestar como si… la amase. Sonrió con ironía porque él mismo había pasado por ese calvario no hacía tanto, y sabía lo despacio que se cocía uno en aquel maldito caldero del amor, lo enloquecedor que era ignorar los propios sentimientos, no poder luchar contra algo que se desconocía y, lo más frustrante, estar por completo perdido en cuanto a los afectos de la otra parte. Era desquiciante, pero la recompensa final, cuando llegaba, valía mil torturas como aquella. Miró de reojo al pobre diablo, negándose a facilitarle las cosas; si quería el cielo, tendría que pasar por el infierno primero. Su cuñado suspiró cuando se quemó los dedos con la colilla consumida; tirándola al suelo, la aplastó con el tacón de la bota—. ¿Crees que merezco que me abandone? —Le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Abandonarte? ¿Eso es lo que piensas que está haciendo?

—¿Cómo lo llamarías si no? —cuestionó con los dientes apretados—. Me levanto para descubrir que ha puesto la casa patas arriba en una mudanza a la ciudad sin mi conocimiento ni beneplácito y, por si no me ha quedado claro, se me informa delante de la mitad de la familia de que allí no es necesaria mi presencia. —Res ocultó una sonrisa. Así planteado sonaba muy feo.

—Lalla siempre ha pecado de orgullosa, y acabas de admitir que estás haciendo verdaderos esfuerzos por alejarla de ti.

—Pero ¿cómo voy a protegerla si no estamos juntos? —preguntó con una voz que hasta a él le pareció infantil—. Además, en Crasia será mucho más complicado encargarse de la seguridad —añadió intentando presionarlo en contra de aquella idea descabellada.

—He pensado en eso, pero la verdad es que también aquí tenemos ese problema.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con el ceño fruncido.

—Storncrass es demasiado grande. Kilómetros y kilómetros de bosques, pueblos llenos de gente, viajeros por todas partes, cientos de criados. Incluso habiendo doblado la guardia, con los doscientos soldados que tenemos es imposible contemplar todas las variables. —Lo miró a los ojos y Keylan los enfrentó, sopesando sus palabras con la gravedad que merecían. Sabía que tenía razón. La propiedad era inmensa y, si alguien tratara de colarse, no habría modo de evitarlo. Supuso que el único motivo de que su adversario no lo hubiera intentado ya era que en esa oportunidad no pensaba fallar, y estaba esperando el momento perfecto. Pero no estaba dispuesto a facilitárselo.

—Pero Crasia es aún más inmensa que esto, con miles de personas… —se vio obligado a añadir.

—La ciudad en sí, efectivamente; sin embargo, imagino que tu casa allí será algo menos… grandiosa que Storncrass, ¿no? —interrogó con aire irónico. Keylan alzó una ceja, altivo.

—Salvo los cisnes y los ciervos, no dista mucho de esto —afirmó cruzando

los brazos y mostrando su mejor porte ducal. El rey soltó una sonora carcajada, encantado, y le palmeó el hombro. A su cuñado no le quedó más remedio que unirse a su risa.

Helailla escuchó aquel sonido tan preciado por lo raras e inusuales que eran las ocasiones en que ocurría y se despistó. En lugar de llamarla al orden, Dariel aprovechó la oportunidad para atacar el punto muerto que ella había dejado en su flanco izquierdo y le asestó una estocada en el muslo. La muchacha gritó y las risas cesaron, y corrieron hacia ella mientras la pierna cedía y caía al suelo.

Keylan empujó al conde para acercarse a su esposa y, arrodillándose a su lado, vio de inmediato la sangre que corría por el pantalón negro. Agradeció el color oscuro que disimulaba la cantidad porque podría haberse puesto mucho más nervioso de lo que ya estaba. No era que fuese mucha, y apenas se trataba de un rasguño, sin embargo, levantó la vista con rencor hacia el causante, que se mantenía a unos pasos de distancia con el rey.

—Hijo de puta. ¿Por qué lo has hecho? —Era obvio de qué lo acusaba, de haberla herido a propósito. Los tres sabían que era más fuerte, más rápido, mejor y estaba entrenado para matar.

—Se distrajo. Le recordé lo que podría sucederle si le ocurría en una situación real.

—Cabrón de mierda… —Empezó a levantarse para ir a por él, pero Lalla lo agarró con fuerza del brazo.

—¡Key! —La miró, dispuesto a discutir con ella. Verdaderamente, su primo se había pasado. Cuando vio sus ojos, duros y fríos como el acero de su espada, se le cayó el alma a los pies—. No interfieras —le ordenó con impaciencia—. Dare. —Este se acercó, solícito—. Ayúdame a levantarme, por favor. —Su voz era mucho más suave esa vez. Brangor se puso al otro lado para no obligar al duque a apartarse y la puso en pie—. Volvamos a la casa, aún nos queda mucho por hacer si queremos salir temprano mañana. —La joven se apoyaba en el hombre, que la sujetaba por la cintura mientras

caminaban.

—No antes de que revise la herida, cariño.

—Siento haber sido tan torpe. No volveré a cometer la misma equivocación.

—Lo sé. Para eso sirven los entrenamientos. —Los dos se marcharon despacio. Keylan no dejó de observarlos hasta que entraron en la mansión y, aún después, siguió allí, arrodillado en el suelo con la mirada perdida en el vacío.

—Está asustada. No la culpes de nada más. Al menos de nada que no hayas provocado tú mismo. —Enfocó la vista y vio una muy familiar mano delante de sus marices. Alzó los ojos y se encontró con una mirada divertida que pensaba lo mismo que él: en la cantidad de veces que últimamente se la estaba ofreciendo para salir de algún tumultuoso momento, más mental que físico. Una vez más la cogió y se levantó.

—¿Asustada porque Dariel la hirió? —preguntó dubitativo.

—No, eso es solo un arañazo. Lo que en realidad la aterra es dejar otro de sus niditos y volver a empezar en un sitio nuevo. Estabas hablándome de tu casa de la ciudad, ¿recuerdas? —Keylan comprendió de repente. Trasladarse a Stormcrass había sido un infierno para Hela, y ahora iban a mudarse a Mohern, donde todo volvería a ser desconocido para ella, rodeada de extraños, con el bullicio que toda ciudad conllevaba, sobre todo siendo esta la capital. El dolor en el pecho se acentuó. ¿Por qué lo excluía entonces?

—Razón de más para quedarnos.

—A mí también me preocupa. De hecho, había pensado que quizá sería mejor alojarnos en mi casa. —Levantó una mano en actitud apaciguadora cuando vio que iba a posicionarse en contra—. Pero, aunque es espaciosa, no deja de ser una casa de soltero, con capacidad insuficiente para todos los soldados que pienso llevarme. Nosotros entraríamos, por supuesto, pero quiero que cincuenta hombres nos acompañen.

—¿Cincuenta? Aquí tenemos doscientos.

—Y no son bastantes para garantizar vuestra seguridad. En cambio, allí, con

una cuarta parte, en una residencia más pequeña… —Entrecerró los ojos mientras lo observaba con intensidad—. Te estás haciendo el remolón a la hora de describírmela. —Keylan esbozó una sonrisa presumida, a lo que el rey convirtió sus ojos en meras rendijas.

—No, en serio. Es grande, más que la tuya, por lo que puedo deducir, a no ser que pretendas que el medio centenar de guardaespaldas duerma cada uno en una habitación de la casa. —Reskan se permitió una sonrisa ladeada.

—No es el caso.

—Entonces está decidido. Tengo el placer de invitaros formalmente a mi mansión, que consta de cuatro plantas, quince dormitorios, salón comedor, tres salas de visitas, sala de desayuno, de música, de billar, de dibujo, cuartos de niños, biblioteca, estudio, invernadero… y, cómo no, un enorme salón de baile. —El monarca silbó por lo bajo con regocijo.

—Siento recordártelo, pero tu mujer ya ha hecho los honores. —El semblante del duque se volvió tormentoso.

—Por supuesto. Supongo que el único que no es bienvenido soy yo.

—No seas crío. La chica se siente atacada y se está defendiendo, eso es todo. Se supone que tú eres más inteligente.

—¿Ah, sí?

—No, pero es lo que los hombres nos decimos entre nosotros para sentirnos mejor cuando nuestras mujeres nos vapulean. —Keylan se mordió con fuerza el labio inferior para evitar desternillarse de risa, mientras que Reskan se puso una mano sobre la boca en actitud pensativa, aunque el duque pudo escuchar un sonido ahogado que se parecía a una risilla sofocada. Cuando ambos pudieron volver a aparentar normalidad se estiraron las chaquetas y se miraron—. ¿Y para los soldados? —preguntó el rey volviendo al tema del alojamiento.

—¿He olvidado mencionarlo? —comentó golpeándose con delicadeza los labios fruncidos con el dedo—. Al otro lado de un hermoso y bien cuidado jardín, disponemos de una agradable casa de invitados. —El otro alzó una

ceja, ante la extraña información—. A veces las… fiestas más famosas atraían a multitud de amistades y se precisó hacer algunas reformas para dar cabida a tanta demanda. —Reskan aplaudió la sutileza de su anfitrión. Hablando en plata, sus orgías captaban a tantos libertinos que había sido necesario ampliar el número de habitaciones. Como vio que su cuñado comprendía, Storn no tuvo reparos en añadir—. O para disponer de un lugar íntimo entre tanta depravación —bromeó.

—Qué duro tiene que ser que te echen de tu propia casa —ironizó el rey, sin sentir ni una pizca de lástima por el Insaciable.

—Duro, sí —confirmó con un brillo travieso en los ojos. El monarca casi se atragantó de la risa, echando terriblemente de menos a su mujer, que acababa de marcharse esa misma mañana. Aunque se consoló pensando que aquel tonto no lo tenía mucho mejor, con su hermana que echaba humo por la nariz.

A la mañana siguiente el duque se debatía entre el abatimiento y el mal humor. No le mejoró el talante el sabroso desayuno, ni la tercera taza de excelente café cargado mientras observaba con el ceño fruncido a su esposa. Era desconcertante no saber lo que le pasaba por la cabeza. Estaba tan acostumbrado a su refrescante franqueza que el cuidado hermetismo al que lo sometía desde su última experiencia sexual y su posterior abandono le quemaba las entrañas casi tanto como su desdén, su desapego y su rechazo en general. Por no hablar de que le había prohibido el acceso a su cama desde aquella fatídica noche. Aquello sí que lo sacaba de sus casillas, y reconocía que era la causa principal de su agitado estado de ánimo. ¿Podía una esposa renegar de su marido? ¡Claro que no! Una de sus obligaciones, la más sagrada, era estar dispuesta para él en todo momento y lo había estado, deliciosamente gustosa y participativa. Hasta entonces, que se le negó cerrándole la puerta en las narices, cuando lo único que había querido había sido comprobar que cuidaba su herida como correspondía, o eso se había asegurado a sí mismo

mientras se acercaba una vez más a su habitación, con el corazón a cien por hora. Pero una puerta cerrada con llave era muy elocuente.

Lo que en realidad lo enfurecía era que la entendía. La había forzado a actuar así, era lo que se decía que deseaba que ocurriera, aunque una vez que había sucedido estuviese arrepentido. La verdad, esa amarga ironía, era que le aterrorizaba que esa fuese a ser su realidad cotidiana, vivir con ella en una fría indiferencia día tras día, donde «pásame la leche, por favor» fuese la conversación más larga del día, en el mejor de los casos. Porque él pensaba hacer cuanto estuviera en su mano para fomentar esa distancia, aunque fuera muy probable que aquello lo matara. Las alternativas –que aquella diablilla lista como el demonio descubriera sus secretos por largo tiempo ocultos y saliera seriamente lastimada en el proceso, y por su propia mano, además– estaban descartadas.

Por eso, con un suspiro cargado de pena, tiró la servilleta sobre la mesa y con un chirrido de las patas de la silla sobre el suelo pulido se levantó de golpe, sin una mirada más a aquel sueño imposible vestido de amarillo suave.

—Disculpadme —masculló y salió a grandes zancadas, esperando que su marcha fuese imitada pronto por todos para poder iniciar el viaje de inmediato. Cuanto antes llegaran a la ciudad, mejor. Allí, las distracciones de la capital los separarían rápido y de manera definitiva.

Helailla dejó su tenedor con aparente despreocupación y dio un sorbo al zumo de arándanos, en un intento por deshacer el enorme nudo que tenía en la garganta.

Una vez libre de la presencia de su marido se sintió más capaz de respirar, simple gesto que en los últimos días le parecía sumamente difícil estando a su lado.

No sabía si su decisión de trasladarse a Crasia era correcta, pero necesitaba hacer algo diferente, tomar las riendas de su patética vida y alejarse de ese

malnacido que tenía por esposo. No había calculado que él los acompañase, esperaba que se quedara en su adorado Storncrass, recluido en su mundo de pesadillas y recuerdos atormentados; sin embargo, la vida daba un nuevo giro de tuerca y con su apresurada decisión tendría que enfrentarse al temido mundo de la alta sociedad y a la nueva mansión.

Sintió un escalofrío, solo de pensar en toda una legión de criados desconocidos le castañeaban los dientes de aprensión, imaginando que serían tan altivos como los que dejaban atrás en la propiedad. Pero no había vuelta atrás, lo había hablado con Res y Dare, y aquella era la mejor solución desde un punto de vista estratégico. En cuanto al esquivo duque… Si bien era cierto que la casa era infinitamente más pequeña, y en ella estarían abocados a encontrarse con mucha más frecuencia, ambos tendrían los días y las noches repletos de compromisos, cada uno de diferentes índoles, por lo que era factible que apenas se vieran, salvo en alguna que otra comida.

Sonrió afligida a algún comentario que le hizo Osian, del que no se enteró, y pensó en lo triste y vacía que iba a resultar su vida.

Y mientras se levantaba, empezó a erigir los cimientos de los muros con los que iba a protegerse para poder sobrevivir en aquel matrimonio sin amor, yermo y lúgubre.

La joven suspiró aliviada cuando traspusieron las rejas de la mansión ducal. Llevaban tres días viajando sin descanso, salvo lo indispensable para comer en alguna posada o para pasar la noche y, aún entonces, se detenían tarde y se marchaban temprano. Ya era bastante avanzada la noche y habían pasado muchas horas desde que hicieran un breve alto para almorzar. Dado lo poco que quedaba, habían decidido continuar hasta el final, y el cansancio y el agarrotamiento de los músculos, además del hambre y la tensión, eran patentes en los rostros de todos.

El matrimonio apenas si se había dirigido un par de frases en todo el

trayecto, lo que había favorecido que ella viajara calentita en un carruaje con sus primas y con Iriana mientras que él lo hacía a la intemperie, con el resto de los hombres, montando a Talos. Incluso por las noches se habían mantenido separados, pues eran un grupo tan numeroso que no habían encontrado habitaciones libres para todos, y las mujeres habían compartido un dormitorio mientras que los hombres habían tenido que arreglárselas con dos cuartos el primer día, y tres el segundo.

Esa mañana Keylan se había adelantado al grupo aduciendo que iba a abrir y acondicionar la casa y, tras aceptar el ofrecimiento de llevarse a media docena de soldados con él, se había alejado a galope tendido como si se dirigiese a extinguir un incendio que se estuviese comiendo medio bosque.

En ese momento la mujer se preguntaba si los estaría esperando en el interior, o se habría lanzado ya a la vorágine de la capital, quizá entre los amorosos brazos de alguna antigua amante, y la imagen mental fue tan nítida que se frotó las sienes, nerviosa, presintiendo la llegada de uno de aquellos episodios tan temidos.

En cuanto las ruedas se detuvieron frente a la entrada principal, el lacayo abrió la puerta del coche y la ayudó a bajar. Volvió a sentir los violentos pinchazos y le pareció imaginar que, entre la oscuridad de la noche, iluminada por fantasmales luces alargadas de color naranja, se alzaba una larga escalera blanca que llevaba hasta una puerta del mismo color. Todo eso se lo figuró, claro, porque ella era ciega, ¿no? Además, había sido tan solo un fogonazo, apenas lo que duraba un parpadeo. ¿Recordaba siquiera como era el naranja? Trastabilló hacia atrás por la impresión.

—Lalla, ¿qué…? —preguntó Reskan con el ceño fruncido, pero la joven no le dio opción a continuar, se levantó el borde del vestido y comenzó a correr hacia las escaleras que «creía» haber visto. La puerta se abrió cuando casi estaba llegando a ella y *supo*, como lo sabía siempre, que su marido aparecía frente a ella. Él la observó, indescifrable.

—¿Qué ocurre, cielo? —preguntó en voz baja y preocupada, sin percatarse

del desliz.

—Sácame de aquí —suplicó en un hilo de voz. En el acto cerró la puerta en las narices a sus familiares y cogiéndola en brazos subió al piso superior, a su propio dormitorio, donde se sentó en la cama con ella en su regazo. Se separó un poco para mirarla.

—¿Ahora? —Tan solo asintió, incapaz de hacer otra cosa, mientras las lágrimas resbalaban sin control por su pálido rostro. La abrazó con más fuerza con uno de sus brazos y con la mano libre le masajeó las sienes a la vez que le susurraba palabras tiernas llenas de cariño, pensadas para reconfortarla y calmarla. La muchacha sollozaba con fuerza, su cuerpo sumido en terribles espasmos, las manos crispadas en torno a la chaqueta masculina. Keylan mantenía los ojos cerrados para ahorrarse la visión de todo aquel sufrimiento, suplicándole a un Dios del que hacía mucho que había renegado que dejase de torturarla y que le traspasase a él aquel tormento. Cuando mucho tiempo después, se quedó inerte entre sus brazos, como una muñeca rota, supo que por esa vez había terminado. ¿Hasta cuándo? ¿Dos días? ¿Tres? ¿Y si en uno de esos «episodios» se le rompía una vena o una arteria por el esfuerzo y se moría? En Stormcrass ella había dejado que Viker la examinara, sin embargo, tal y como ella había pronosticado, el resultado había sido desalentador. El médico de la familia no se explicaba los espantosos dolores que la aquejaban de forma sistemática, y su recomendación había sido que hiciese reposo absoluto indefinido y que consultase con más especialistas, y después de ver el sufrimiento que suponía para su mujer aquel escrutinio por parte del hombre no tuvo valor para imponerle a otros que era muy posible que dijeran lo mismo. ¿Pero sufrir aquello por tiempo ilimitado? O, peor aún, ¿y si empeoraba? ¿Y si la perdía simplemente por no hacer nada?

—Me estás aplastando —se quejó con voz débil la joven. Al instante aflojó el apretón, sofocado por sus propios temores.

—¿Cómo te sientes? —preguntó solícito.

—Apaleada. La cabeza me estalla, pero siempre es así después. —Él besó

su coronilla con cariño, en un acto reflejo, y Lalla suspiró de placer, añorando caricias como aquella, que hacía una eternidad que no le prodigaba—. Tengo hambre. —Key alzó una ceja, de buen humor por primera vez en mucho, mucho tiempo.

—¿Humm? ¿Te has quedado con hambre después de la cena?

—No hemos cenado —admitió—. Teníamos demasiadas ganas de llegar. —Enderezándose de inmediato, la levantó de su regazo y la tumbó con delicadeza en la enorme cama. En dos zancadas se acercó al tirador, murmurando por lo bajo. Parecía descontento. Un momento después, tras recibir permiso para entrar, apareció un joven larguirucho muy encopetado.

—¿Excelencia? —preguntó con la nariz muy alta. La mujer se puso de lado, apoyándose en un codo mientras evaluaba el tono altivo del criado, y este recayó en su presencia. Parpadeó mientras la observaba, atónito. Luego pareció recordar sus modales—. Señora, es un gran placer tenerla en la casa. Esperamos que todo esté de acuerdo a sus gustos y que nos comunique cualquier cosa que necesite. —Entonces fue ella la que pestañeó, confundida, para luego mirar ceñuda a su marido, que se reía por lo bajo con socarronería.

—Le agradezco su… calurosa bienvenida…

—Sollier, Excelencia.

—Sí. Estoy segura de que llevan la casa a la perfección.

—Así es, *milady*.

—Ejem. —El ayuda de cámara del duque se volvió en el acto hacia él—. ¿El resto de huéspedes ha entrado ya? —preguntó con voz apagada.

—¿Milord? —dudó el otro. Keylan se pasó la mano por el pelo, contrariado.

—La última vez que los vi, les estaba estampando la puerta en los morros. —La risilla traviesa de su mujercita lo hizo sonreír también a él, imaginando la estampa de sus familiares en la calle a las once de la noche, cansados y hambrientos—. Avisa en la cocina de que todos necesitan un refrigerio consistente antes de acostarse. Propongo una cena fría tardía en la sala de desayuno —sugirió echando una mirada sobre el hombro a su esposa.

—Eso suena estupendo —acordó incorporándose y sentándose en la cama. Su marido observó con regocijo cómo su hombre volvía a babear por ella antes de sentir la picazón de su mirada fija en él. Incómodo, miró al suelo.

—Ordenaré que enciendan la chimenea de inmediato para que vaya caldeándose.

—Es una idea excelente. Muchas gracias, Sollier. —El ayudante tragó con fuerza cuando se enfrentó a la espectacular sonrisa de su señora y salió deprisa de la habitación, no fuese a tener problemas con el amo.

—Deja de coquetear con el servicio —la reprendió cuando estuvieron a solas. La sonrisa se esfumó.

—No hablas en serio.

—No. Pero eres tan hermosa y desbordas tanto encanto que los tendrás comiendo de tu mano mañana a más tardar.

—Lo dudo. Lo que ocurre es que aún no se ha dado cuenta de que soy ciega.

—Todos lo saben, Hela. Se lo he contado para que entiendan la importancia de dejar todo siempre en el mismo lugar. —No tenía por qué admitir también que si se había separado de ellos horas antes había sido para hacerlo bien esa vez, y no como en Storncrass. Por supuesto, la servidumbre estaba avisada de su llegada desde el día anterior, pero había querido mantener una muy seria charla con ellos sin testigos para afianzar la posición de su esposa y para explicarles su condición especial, asegurándoles que no toleraría insurrecciones ni faltas de respeto a la nueva señora. En esencia lo mismo que había hecho en su propiedad del campo solo que esa vez lo estaba haciendo en el momento exacto, así cuando ella llegara la recibirían como una balsa de aceite. Si sabían lo que les convenía.

—Entiendo.

—¿De veras? —preguntó con voz muy suave.

—Los has amenazado con echarlos a la calle si no me aceptan —afirmó con voz despectiva, sin embargo, ya la conocía bien y detectó en el fondo el dolor y la amargura que siempre viajaban con ella. Le pareció innecesario

aumentarlos hurgando en la herida.

—Por supuesto que no —negó rotundo, mostrándose en extremo ofendido—. Me limité a señalar que el tener esposa supondría algunos cambios en el manejo de la casa, y no vi manera de obviar que eras invidente, pues quería concienciarlos de que era prioritario que nada se moviera de su sitio. No quiero que tu adaptación aquí se parezca a lo que tuviste que sufrir en Storncrass, Hela —terminó en voz queda, arrepentido aún de su papel en aquel fiasco.

—Está bien —aceptó sin más. Su estómago emitió un sonido muy poco femenino, que arrancó una carcajada al hombre.

—Anda, princesa, vamos a picar algo o es probable que te desmayes.

—Yo nunca me desmayo —afirmó ofendida. Él la cogió en brazos y ella suspiró—. ¿Vuelvo a ser digna de elogios? —murmuró tan bajo que creyó que no la había oído. Pero sí la escuchó, y su corazón se contrajo de pena. Se detuvo al llegar a la puerta.

—Nunca has sido indigna, Hela, pero es mejor para los dos que vivamos un poco... distanciados. —La sitió tensionarse entre sus brazos.

—¿Puedes explicarme por qué?

—Puedo, aunque tampoco te gustaría esa respuesta. Simplemente, debes aceptar que hay que hacerlo así.

—¿Debo? —El tono afilado de su voz le advirtió que había elegido un camino equivocado, pero no tenía ganas de discutir. Aquellos tres malditos días habían consumido su capacidad de aguante, y precisaba con urgencia alejarse de ella si quería evitar explotar, o lanzarse a sus brazos y enterrarse de nuevo en su dulce y cálido cuerpo.

—Cariño...

—Oh, ahora soy cariño. Maldito seas, Key, me has ofrecido el cielo, y ahora quieres hacer de esto una pantomima sin sentido. ¿Y qué hay del sexo? —lo instigó sin piedad. Ya era bastante duro tenerla entre sus brazos y mentalizarse de que no podía tocarla.

—También tendríamos que evitar eso —murmuró entre dientes. La mirada de incredulidad de la joven le traspasó el alma.

—¿Pretendes obligarme a un matrimonio yermo, sin disfrutar de los placeres a los que me tienes acostumbrada casi a diario y...? —Le tembló de forma visible la voz en ese punto—. ¿Sin hijos?

—Bueno... tendré que hacer concesiones de vez en cuando para procurar un heredero al ducado...

—¿Concesiones? —preguntó con voz estrangulada. Se dio cuenta de que estaba repitiendo sus palabras como un loro, pero aquella inesperada conversación la estaba destrozando—. ¿Eso es lo que ahora supone para ti llevarme a la cama? ¿O hacérmelo en una silla? —acusó con lágrimas en los ojos que se negó a derramar. Keylan sentía que le faltaba la respiración, pero no se retractó. Cerró los ojos porque ella no podía darse cuenta, dejando que el dolor le inundase—. Bájame —ordenó. Los abrió y la miró, consciente de que la había roto por dentro—. ¡Bájame! —gritó empujándolo sin éxito. La depositó en el suelo de todos modos, sabiendo que era mejor no forzarla más. Al cabo de un momento se giró para observarla, tan solo para comprobar que tenía medio cuerpo reclinado contra la cómoda, como si no fuese capaz de sostenerse sin ese apoyo. Voló a su lado.

—Hela, por Dios, te aseguro que es lo mejor en nuestra situación... —El lastimoso gemido de angustia lo dejó pasmado de incredulidad—. Dime que no lo estás sintiendo de nuevo. —Ella perdió el equilibrio y se apresuró a cogerla y a llevarla hasta la cama—. ¿Es eso? ¿El dolor otra vez? —Apenas notó su leve gesto de asentimiento mientras los ya familiares espasmos atravesaban aquel cuerpo débil por el cansancio y torturado por el dolor más agonizante—. Dios, ¿qué puedo hacer? —preguntó con voz asustada, sabiendo que no obtendría respuesta.

Apenas era capaz de pensar de tanto miedo como tenía. Dos ataques en media hora. Sintió cómo se ponía a sudar solo de imaginar las consecuencias que aquello podría acarrearle a la joven. Estaba exhausta, por eso fue presa

fácil de una crisis de ansiedad cuando empezó a respirar de forma acelerada, intentando que el aire penetrase en sus obturados pulmones a causa del pánico, a la vez que se esforzaba por controlar unas arcadas que amenazaban con asfixiarla. El llanto descontrolado no ayudaba mucho a calmarla, así como tampoco a disminuir el dolor que parecía querer partirle el cráneo. Keylan observaba todo aquello presa de la impotencia más absoluta y de un miedo helador, sin saber qué hacer. Al final recordó que hacía muchos años, cuando Iriana era una niña muy pequeña, asustada y perdida, él solía tranquilizarla simplemente cantando. Nunca entendió por qué la pequeña abandonaba sus rabietas y se dejaba mecer como un bebé entre sus brazos, agotada pero tranquila. Como no sabía qué otra cosa hacer, y aunque sintiéndose bastante ridículo, empezó a tararear una música lenta y suave. Al poco su voz grave y profunda resonaba por la habitación, relatando la historia de dos amantes que obligados a vivir separados luchaban contra el mundo para volver a estar juntos y hacían de su amor algo fuerte, duradero y hermoso.

Ni siquiera sabía que recordara aún esa canción. Era una de las preferidas de su madre, y por eso se la cantaba a Iriana en aquellos momentos en los que la echaba tanto de menos que la pequeña parecía que no podría soportar su pérdida. En ese momento, al terminar la estrofa y mientras salía de entre los recuerdos, tardó un tanto en reparar en el silencio. Bajó la vista hacia su esposa, que tenía marcas de fatiga grabadas en su rostro; sin embargo, sus ojos cerrados le comunicaron sin palabras que de nuevo había vencido a su feroz enemigo. Quiso pensar que él había contribuido en algo.

La depositó con cuidado sobre la almohada, preguntándose si debía despertarla para que comiese algo y se desvistiese, pero descartó la idea de inmediato, no fuese que le sobreviniese otro episodio.

—Podrías ser cantante profesional —susurró con voz cansada. Keylan se perdió en aquellos ojos grises azulados que en momentos como aquel parecían verle el alma. Mostró una sonrisa sardónica.

—Sí, le vendría muy bien a mi insigne título nobiliario que hiciese algo así

—comentó con petulancia.

—Siempre me ha parecido curiosa nuestra forma de ver ciertas cosas. Por ejemplo, pagamos una fortuna por un palco en el teatro para ver una ópera o una obra, pero tachamos a los actores, las cantantes, etcétera, de prostitutas y arribistas.

—La mayoría de las veces los son, querida.

—Porque no les dejamos otras opciones. Los tratamos como gente de tercera categoría. ¿Cuál es tu mérito o el mío? ¿Haber nacido en la familia correcta? Pero hay que tener un verdadero don para cantar como tú lo haces. —El duque se ruborizó, algo muy difícil de conseguir. Ella malinterpretó su silencio, por lo que sus siguientes palabras fueron dichas con sequedad—. Tan solo digo que espero que llegue un día en que todos esos talentos se sepan valorar y que las personas que los poseen sean respetadas y no tratadas como basura.

—Yo también. —Al principio «lo miró» con desconfianza, pero después el agotamiento desinfló su indignación y le cerró los ojos de cansancio—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, aunque no iré a cenar al final. Quiero dormir un poco.

—¿Llamo a una criada o te ayudo yo? —se ofreció solícito.

—Déjalo, ahora le pediré... —En un segundo se había quedado dormida y su marido se quedó mirándola con el corazón encogido. Qué pequeña y frágil parecía en esa enorme cama. Y qué perdido se sentía él, incapaz de protegerla ni de cuidarla. Era dolorosamente consciente de que había sido culpa suya que se produjese el segundo ataque. La había puesto contra las cuerdas, renegando de ella, aislándola en aquella casa nueva, separándola de su lado, rechazándola como mujer y casi negándole el derecho a ser madre. Lo más normal del mundo era que lo que fuera que no estaba bien en su cabeza atacase con fuerza, y él no necesitaba estudiar Medicina para saber que, si esos episodios se repetían con esa frecuencia tan alarmante, tendría graves consecuencias para su mujer. Sintiéndose como un león enjaulado le quitó el vestido con sumo cuidado, después el corsé y la enagua, y la dejó con la

camisola. Cubriéndola luego con la ropa de cama, se aseguró de que estuviese bien arropada. Tras una última mirada pesarosa salió de su dormitorio, preguntándose dónde iba a pasar la noche.

Cuando entró en la sala de desayuno la familia seguía allí, poniéndose morada. No era de extrañar que hubiesen llegado en tiempo récord si no se habían detenido en todo el día. Reskan y Dariel levantaron sus atentas miradas al instante y buscaron detrás de él.

—Hela estaba cansada y se ha acostado —se disculpó. Los dos se lo quedaron mirando fijo. Los otros mostraban iguales signos de extrañeza, pero lo disimularon mejor.

—¿Por eso nos has dejado en la calle, muchacho? —preguntó su amigo el conde un tanto ofuscado, aunque más calmado que un rato antes gracias a la opípara cena que les habían servido y de la que ya había dado buena cuenta.

—Lo siento. La vi tan agotada que la llevé de inmediato a su habitación y os desatendí a vosotros. Os ruego me disculpéis. —Su gesto de humildad apaciguó a casi todos, pero no convenció a aquel par de incrédulos. Eran dos huesos duros de roer. De todos modos, se enfrentó a sus sagaces ojos y se sentó a la mesa, frente a ambos. Pinchó una gruesa loncha de jamón y cogió un trozo de pan. Estando él solo y con el humor tan sombrío que lo dominaba, no había considerado necesario que le prepararan nada, no obstante, con toda su numerosa familia ya en la mansión, se le estaba abriendo el apetito. Las mujeres terminaron de comer y manifestaron su deseo de acostarse también—. Los dormitorios están listos y asignados. El servicio os guiará y, por favor, pedid cuanto necesitéis. Por lo demás, esta es vuestra casa, así que actuad como tal. —Hubo gestos de agradecimiento y despedidas hasta el día siguiente. Cuando ellas salieron los hombres comieron en amigable silencio durante un rato. Después de la segunda taza de café, el duque levantó la mirada y se encontró con la del rey.

—¿No te quita el sueño ese brebaje? —La carcajada de su primo le hizo desviar su atención hacia él.

—Te aseguro que no. He convivido con él el tiempo suficiente para saber que, si fuera posible metérselo en vena, seguiría durmiendo como un bebé.

—Al menos por esto, sí —murmuró en tono seco el aludido.

—¿Qué te preocupa? —preguntó su cuñado. Estuvo tentado de contárselo, taaan tentado, pero ya era bastante que ese tremendo peso descansase sobre sus hombros. No tenía sentido cargárselo también a ellos. Con el tema del asesino ya había suficiente de lo que preocuparse.

—Enfrentarnos a la amenaza contra Hela en este ambiente incontrolable —contestó en cambio, guardándose sus propios demonios para sí mismo.

—Bueno, tu bonito pellejo también corre riesgos —terció Brangor.

—¿Estás proponiéndome algo? —preguntó batiendo las pestañas en actitud sensual. Dariel se lamió los labios y sonrió juguetón, se puso de rodillas en la silla y, subiendo la parte superior de su cuerpo a la mesa, apoyó con despreocupación los codos en ella.

—Bien, cielo, no estás nada mal, lo reconozco, y entre la escasez de mujeres de esta casa y que soy nuevo en la ciudad, quizá podría planteármelo... —Las carcajadas masculinas resonaron, burlonas, por toda la sala. Entonces los ojos del conde captaron el destello lavanda de la puerta y su rostro se inundó de color y se quedó mudo. Keylan, aún sonriendo, se giró para ver qué podía crear ese efecto en su amigo, y comprobó no sin asombro que la causante era su hermanita.

—Key, he... ido a ver cómo se encontraba Lalla y... no está en su dormitorio —dijo, también roja como un tomate.

—Está en el mío —informó con el ceño fruncido mientras lanzaba una mirada interrogante a su cuñado, el cual alzó una ceja, risueño.

—Ah... eso... lo explica todo. —Y se quedó allí plantada, contemplando al conde, que parecía querer esconderse bajo la mesa.

—¿Necesitas alguna otra cosa, Iria? —preguntó su hermano con tacto.

—No. Hasta mañana. —Los hombres se despidieron de nuevo y ella salió, después de dirigirle a Dariel una expresión extraña. Keylan lo observaba

intentando dilucidar algo. Incómodo, este se levantó.

—Tengo que fumar —anunció con voz neutra y, sin dejar opción a que nadie se sumase a acompañarlo, se marchó.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Una alta, morena y preciosa, diría yo. —Keylan observó con fijeza al monarca.

—Mi hermana tiene diecisiete años, por si no lo sabes.

—El que tiene que saberlo es él. —El duque empezó a levantarse para seguir a ese malnacido y dejarle unas cuantas cosas claras, a ser posible con los puños. Había hombres que entendían los mensajes mejor de esa manera.

—Déjalo. —Keylan se quedó a medio camino entre levantado y sentado, sin apartar sus ojos de los de Reskan—. Mi primo es un caballero de la cabeza a los pies, y además está el hecho de que es tu amigo. —Volvió a sentarse, sin apartar la vista.

—Dime una cosa. Para tranquilizarme, nada más.

—¿Sí?

—Imagino que tú eres un caballero de la cabeza a los pies. —Su cuñado alzó una ceja, aunque no perdió su buen humor.

—Me ofendería que lo dudases.

—No lo hago. Pero me pregunto… ¿sedujiste a Kana antes de casarte con ella? —curioseó con fingida inocencia, pues habida cuenta de las chispas que saltaban siempre que esos dos estaban juntos y habiendo sido él mismo un sinvergüenza de la peor calaña en cuanto a faldas se refería, podía muy bien imaginarse cómo se habían desarrollado los acontecimientos en aquel campo en particular entre la pareja real. Los ojos azules grisáceos brillaron con picardía antes de que los velase con sus tupidas pestañas.

—Mi querido amigo, un hombre nunca alardea de sus hazañas. —«O sea que sí», rumió para sus adentros, confirmando su teoría.

—No voy a consentirlo —se limitó a advertir. La mirada azul volvió hasta él.

—Y harás bien si Dare no va en serio.

—¿Y cómo va a hacerlo? ¡Le lleva doce años! —contestó ofuscado.

—¿Y eso te parece un problema tan insuperable? Matrimonios como esos son la orden del día, cualquiera diría que mi primo es un viejo decrépito, por Dios. Además, estamos adelantando mucho las cosas. De momento solo parece que se atraen.

—Ya, pero, si se atraen *demasiado*, habrá boda, te lo aseguro, me guste o no. —Y como se le había quitado por completo el apetito se levantó de un salto y salió, más cabreado que un mono. Por todo y por nada. Porque su vida se estaba convirtiendo en un infierno, especialmente desde que había conocido a la terca muchacha que dormía tan a gustito en la cama de su propio dormitorio, lo cual le recordó que no podía ir allí. Cambió de rumbo y se dirigió al de la duquesa, el cual ya se había pasado, y maldijo su suerte mientras se desvestía y acostaba, pensando que, por si sus problemas eran pocos, ahora se vería obligado a vigilar a esos dos para evitar tener otro cuñado indeseado dentro de su familia. ¿Qué más podía pasarle, por Dios, qué más?

Dariel no se sorprendió demasiado cuando entre las volutas de humo descubrió que el suave tono lavanda se cruzaba en su campo visual. Aquella atormentadora niña estaba resultando una distracción mayor de la que él supuso en un primer momento y, mientras la veía deslizarse por la terraza en la fría y húmeda noche, envuelta en una espesa niebla que confabulaba para confundirla con una ninfa de los bosques, suspiró regañándose a sí mismo, un poco despreciándose por ser tan tonto a su edad, porque admitía sin problemas que estaba cayendo bajo el canto de sirena de aquella brujita inocentona. Echándose hacia delante en la silla, hizo crujir las patas de madera y alertó a la joven de su presencia, quien se giró hacia él sin miedo alguno, lo cual lo llevó a preguntarse si no lo estaría buscando. Se limitó a mirarla en silencio, y al final fue ella la que tuvo que reunir el valor para acercarse. Lo hizo con

lentitud y el porte de una reina, y Dare se preguntó, mientras sus ojos la devoraban, si no estaría helada con ese fino vestido en una noche de noviembre. De hecho, cuando llegó a su lado, observó sus pezones erectos apretados contra la diáfana tela y se le tensó el vientre de necesidad. Sus ojos subieron con lentitud hacia su rostro, enmarcado por aquella melena larga y lacia, que debía haberse dejado suelta hacía unos momentos y que no había vuelto a ver así desde que el día de su llegada. Le parecía preciosa y ansiaba con desesperación hundir sus dedos en ella y atraerla hacia él para saborear esa boca roja y plena que seguro que sabía a miel. Se noqueó mentalmente.

—¿Qué haces aquí fuera a estas horas? —preguntó mostrando una simple curiosidad, aunque su voz sonaba a todas luces ronca.

—No puedo dormir.

—¿No estás cansada? —cuestionó con sorpresa, ya que el día había sido duro, reflexionando en cuánto le gustaría a él agotarla.

—Sí, pero me siento… inquieta —admitió. «Ya somos dos», pensó él, rebulléndose en la silla para que los pantalones no lo estrangulasen. Le dio una calada al puro y se fijó en que ella lo contemplaba con interés. Alzó una ceja. Aunque desvió la vista, al instante volvió a mirarlo.

—Siempre me he preguntado cómo es —susurró ruborizada. Él agrandó los ojos y dejó caer la mandíbula. «Ay Dios, ay Dios, ay Dios», rezó mientras su miembro se hinchaba aún más. «Contigo sería el cielo, cariño. Y daría un brazo por poder mostrártelo, pero aún me queda algo de honor en esta enmarañada mente»—. No podría pedírselo a nadie más… —Sintió que le fallaba la respiración. Se agarró con la mano libre al brazo de la silla, pensó en Keylan, su amigo… Apretó los dientes, creyendo que se rompería alguno —. Dariel… ¿Podrías mostrármelo, por favor? —En sus ojos había un deje de súplica, y supo que estaba perdido, no podía contenerse más, la deseaba demasiado. La deseaba desde el momento mismo en el que había entrado en la sala aquella noche en que la vio por primera vez, y cualquier excusa que se pusiera era en vano. La quería para él. Entonces, ella cabeceó hacia abajo

requiriendo algo y, siguiendo aturdido el movimiento, encontró su puro aún encendido. Volvió a mirarla, sin comprender—. Keylan nunca me ha dejado fumar, y tengo muchas ganas de saber qué se siente. ¿Me enseñas cómo se hace? —Debía de tener cara de lelo, porque se sentía verdaderamente estúpido. Él, que creía que la muchacha de sus sueños se le estaba ofreciendo para hacer realidad todas sus fantasías, que eran muchas y muy creativas, y ella lo que en realidad deseaba era darle unas caladas a su cigarro. Tuvo que inspirar varias veces para aclarar su mente.

—No estoy muy seguro de que una dama deba aprender a fumar —contestó demasiado hosco, pero se encontraba en un estado de excitación como mínimo muy desagradable. La joven también cambió de actitud.

—Disculpa. No sabía que eras tan arcaico como mi hermano. —Aquello sí tocó una fibra sensible porque prácticamente lo había llamado viejo, o eso le pareció y, como el llevarle doce años era un tema peliagudo para él, le sentó como una patada en el culo.

—Oh. ¿Quieres ser mayor y moderna? Quién soy yo para impedírtelo —dijo ofreciéndole el puro sin más. Los femeninos ojos se abrieron con sorpresa porque además le ofrecía su propio cigarro, pero a él le producía una satisfacción enorme saber que iba a chupar el mismo tabaco que antes había estado entre sus labios. Al menos tendría eso. En contra de todo pronóstico, Iriana aceptó y lo cogió con dedos trémulos. Entonces el hombre recordó el frío que hacía. Él estaba ardiendo. Con movimientos rápidos se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Sintió el estremecimiento que la recorrió por entero y sonrió con satisfacción a su espalda. Así que, al fin y al cabo, no era tan inmune a sus encantos. Aprovechó para aspirar el tenue aroma a lilas que emanaba su pelo inclinándose sin que lo notara.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella con voz queda. Abrió los ojos con resignación y se colocó frente a la joven.

—Ahora aspiras con delicadeza, lo mantienes unos segundos en tus pulmones y luego lo sueltas despacio. —Hizo lo que le dijo, pero acabó

tosiendo y con lágrimas en los ojos mientras él le palmeaba la espalda con cuidado y se reía de ella por lo bajini. Cuando pudo volver a respirar lo miró de soslayo con rencor. Intentó quitarle el cigarro, sin embargo, la mujer retiró la mano con rapidez.

—Aún no le he cogido el tranquillo. —Y volvió a intentarlo. Esa vez volvió a toser, pero menos, y la tercera se le dio mejor. Aunque en la cuarta comenzó a bambolearse y al final sí que se lo arrebató al tiempo que la sujetaba de la cintura—. ¿Qué me pasa? —preguntó con voz pastosa.

—Que no estás acostumbrada a fumar —explicó sin más. Terminó el puro de una larga calada y, tirándolo, la sujetó con más fuerza y la evaluó con mirada crítica—. ¿Estás muy mal?

—Mareada. Todo da vueltas, como si hubiera bebido demasiado. Eres condenadamente guapo —se le escapó sin más. Era difícil decir quién de los dos estaba más sorprendido con aquella revelación.

—¿Te gusto? —preguntó con voz suave y aterciopelada.

—Sí. ¿Y yo a ti? —se atrevió a interrogarlo ella.

—Mucho —confesó él bajando la vista a sus labios.

—¿Y por qué no lo noto? —susurró apenada.

—Porque eres una damita. Y muy joven, debo añadir.

—¿Me consideras una niña? —Dare sintió aquel cuerpo tan bien formado pegado a él y la clara respuesta del suyo a aquel leve contacto, y sonrió burlón.

—Nada más lejos de la realidad, bonita.

—¿Entonces? —lo apremió para que diera una respuesta que se resistía a ofrecer, pero al parecer era necesario.

—Entonces, como hermana de un duque, debes llegar intacta al matrimonio. —Vio que ella iba a replicar y además sabía qué, así que la atajó de raíz—. El cual en ningún caso será conmigo, pequeña. —La expresión de sus ojos lo dijo todo, y el conde sintió un ramalazo de algo parecido a preocupación y pena por el carpetazo que le estaba dando al asunto, sin embargo, una boda no

entraba en sus planes, aunque trajera consigo un premio como aquel—. Busca un muchacho que te merezca, cielo. Cásate con él, y solo entonces regálale tu paraíso. —Vio la gran desilusión en aquellos pozos verde esmeralda y algo más, como si la valiosa inocencia de ella se hubiera resquebrajado un tanto, y detestó aquello.

Supo, con meridiana claridad, que su relación a partir de entonces ya no sería la misma. «Añade una ofensa más», pensó mientras bajaba la cabeza con lentitud, convenciéndose a sí mismo de que era una despedida, su manera personal de cerrar un capítulo que ni siquiera había leído. Pero mientras apretaba sus labios sobre los blandos de ella, mientras la instigaba con dulzura a que abriera su boca para meterle la lengua hasta el fondo, solo era capaz de pensar que quería reclamarla como suya para siempre, que no podría soportar que otro hombre estuviera donde él en ese momento.

Por eso la marcó a conciencia, penetrándola con embates lentos y abrasadores, con su lengua ansiosa, experta, osada. Y aquella niña, maldita fuera, le echó los brazos al cuello, metió sus dedos indagadores entre su pelo suave y sedoso, y lo recibió con abandono y totalmente dispuesta a participar. Incluso cuando él se detuvo a respirar ella se internó en su boca, intercambiando los papeles, al principio con cautela, pero instantes después con hambre y voracidad, apropiándose de su propia lengua, la cual sorbió y mordisqueó sin piedad.

Dariel gimió, un gemido largo y profundo, nacido del fondo de su garganta, de sus ansias más desmedidas, de la angustia de querer más y no poder. Porque sabía que, si no paraba en ese instante, *ese*, perdería el control y la tomaría allí, en la terraza, ya que ni siquiera podría llevarla a un lugar más íntimo para terminar lo que de forma inconsciente había comenzado.

Así que se apartó de ella a trompicones. Buscando aire como un loco, la miró como al festín que era, toda despeinada, con la boca roja e hinchada, los ojos enormes y sensuales, para nada asustada o arrepentida, y cerró los puños para evitar cogerla otra vez entre sus brazos.

—Vete —susurró con la voz cargada de deseo.

—Pero…

—Esto era un adiós. Nunca me casaré contigo, Iriana. Nunca. —Lo dijo con toda la convicción que le fue posible, y los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Entonces se recogió el vestido y salió corriendo.

Dariel avanzó un paso, dispuesto a seguirla, aunque después se detuvo. Se mesó el pelo presa de una frustración absoluta y se encendió otro puro, volviendo a la silla que había ocupado un rato antes, sabiendo que esa noche no conseguiría dormir mucho. Su mirada recayó en la chaqueta tirada en medio del suelo, que se le había caído mientras huía, pero no la recogió a pesar del frío. Se sentía en llamas.

Tres días más tarde Keylan, con un largo suspiro de cansancio, estiró sus largas piernas en el escabel tapizado delante del sillón de mimbre en el que se había sentado. Se estaba bien en el cuidado y pequeño jardín de atrás en ese soleado día de otoño, o eso se dijo él mientras permanecía allí escondido. Era su primera parada en la casa desde que llegaran, salvo las escasas horas de sueño intranquilo que se había permitido. Las pesadillas habían aumentado, se habían vuelto diarias y más cruentas que de costumbre, y se preguntaba angustiado la causa. Si tan solo pudiese averiguarla quizá sería capaz de anularlas. Estaba harto de ocultamientos, y sobre todo de salir corriendo de su propio hogar para no encontrarse con su esposa, de la que estaba alejándose a propósito, con lo que se ganaba su indiferencia y su reproche silencioso, suponía. Y sobre todo estaba hasta las narices de la jodida abstinencia. Si no tenía sexo pronto, iba a explotar. Pero además los sueños le estaban dejando profundas huellas en el alma, levantando ampollas y atosigándolo con recuerdos demasiado dolorosos para seguir sobrellevándolos solo. Y ese era otro problema, reflexionó cabizbajo, después de tantos años en esa situación sin verse afectado en apariencia, los últimos meses rodeado de tanta gente que

a todas luces se quería con locura, de tener durante tanto tiempo seguido a su hermana y a su tío a su lado y de convivir con su mujer, ya no se sentía capaz de continuar estando solo. Se sentía vapuleado, desorientado y… débil. Inquieto. Asustado. Y ninguna de esas emociones le gustaba un ápice.

—Pareces un dragón a punto de echar fuego por la boca —musitó una voz familiar a su lado. Levantó la vista, y la visión que emanaba dulzura y perfección frente a él le pareció una extraña. Sintió un pinchazo en el pecho cuando comprendió que era cierto—. Cuando era pequeña creía que lo eras —admitió con una sonrisita traviesa. Él hizo un gesto con la mano, invitándola a acompañarlo, y tras un levísimo momento de duda lo hizo. Cuando volvió a mirarla apreció sin problemas las sombras que raras veces opacaban aquellos hermosos ojos.

—¿Me tenías miedo? —preguntó a su hermana con el corazón en un puño. Era una pregunta que llevaba años queriendo hacerle, once para ser exacto, y a esas alturas era imprescindible para él saber si le temía. Ella se perdió en aquella mirada que el tiempo separados no había conseguido borrar de su memoria, y al rato hizo un gesto de sorpresa por lo que encontró en ellos. Entonces mostró una gran pena, que borró casi al instante.

—Nunca, pero a menudo mostrabas esa expresión de furia y desasosiego, como listo para atacar, que tenías hace un momento —explicó sin dudar. Él rebuscó en los ojos esmeralda algo, cualquier cosa que pudiera contradecir sus palabras, sin embargo, pareció que no lo encontró. Su expresión se relajó un tanto, lo suficiente como para encenderse un puro. Advirtió que la joven lo miraba y alzó una ceja con resignación.

—¿Vas a seguir dándome la lata para que te deje probarlo? —preguntó con aire cansino.

—No, ya no —negó ella en tono raro. Él mostró su asombro ante su repentino cambio de opinión, además de por su evidente tristeza.

—¿Estás bien? —Se limitó a asentir y a desviar la vista hacia las dalias, aún magníficas en sus colores morados, rojos, amarillos y naranjas, entre otros.

—¿Crees que soy guapa? —preguntó de forma abrupta, todavía con la mirada fija en las flores, lo cual fue una suerte porque así se perdió la cara de estupefacción de su hermano. Como el silencio se extendió, al final ella se giró hacia él. Por suerte, le había dado tiempo a recomponerse—. ¿Me consideras una cría? —«Por supuesto que sí», quiso espetarle, pero no era tan estúpido como para no morderse la lengua. Mientras lo hacía, de forma literal, meneó la cabeza con energía. Ella pareció tranquilizarse un tanto, al contrario que él.

—¿Por qué? —No se atrevió a añadir más, no fuera que se descubriese.

—Key, sé que a tus ojos aún faltan siglos para que me veas casada y con hijos… Pero ya soy una mujer… Y tengo necesidades… Deseo conocer a alguien… —El hombre tragó con fuerza varias veces durante el monólogo, intentando no ahogarse con la bilis. ¿Casarse? ¿Hijos? ¿*Necesidades*? ¡Ay, Dios! Si todo eso era por Brangor, lo destriparía con sus propias manos…

—Cariño… ¿Tiene esto algo que ver con Dare…?

—¡No! —cortó con vehemencia, demasiada, lo cual le dijo todo cuanto necesitaba saber. Apretó los puños sin que se notase—. Él me ha dejado muy clara la situación, no te preocupes. —Giró la cabeza hacia ella con brusquedad.

—¿Qué te ha dejado claro, exactamente? —preguntó con voz suave. La muchacha se tensó, conociéndolo.

—Nada, Key, déjalo estar. —Se limitó a fijar su verde mirada en ella. Al final suspiró en clara muestra de derrota—. No quiere casarse, al menos, no conmigo. —La pena fue evidente en cada sílaba que pronunció, y el duque sintió que todo su cuerpo se paralizaba ante sus palabras.

—¿Y cómo habéis terminado hablando vosotros dos de matrimonio? —la interrogó con aparente calma.

—De la manera habitual, supongo. Se nos acabaron los temas usuales como el tiempo y los caballos —mintió con descaro porque a esas alturas ya se había metido ella solita hasta las rodillas de barro, y no podía contarle que el

conde la había besado hasta dejarla sin sentido o provocaría un duelo al amanecer entre dos excelentes amigos.

—Y entonces uno de los dos se puso a hablar de matrimonio como si tal cosa y el bueno de Dare te dijo que ni en un millón de años se casaría con la hermana de un duque. ¿No es así? —Su voz rezumaba sarcasmo y escepticismo, y sus ojos le decían con claridad que no le creía.

—Más o menos.

—Iria… —advirtió con voz dura.

—No ha pasado nada entre nosotros, si es lo que te preocupa. Supongo que para alguien de su experiencia fue fácil darse cuenta de que… me sentía… fascinada por él, y atajó la situación con rapidez informándome con tacto, pero con contundencia, de que no me hiciese falsas esperanzas. —Por supuesto, escuchó el dolor y el despecho, además de las palabras de su hermana. Apretó los dientes, furioso por un instante, pero después tuvo que reconocer que era la manera más caballerosa y juiciosa de llevar ese encaprichamiento juvenil. Encima tendría que darle las gracias al muy imbécil.

—¿Tanto te gusta? —se obligó a preguntar, a pesar de no querer saberlo. Era su hermanita pequeña, por Dios. Ella lo miró por debajo de sus largas y tupidas pestañas, no obstante, estaba preparado y su pétrea expresión no revelaba nada.

—¿Te enfadarás si digo la verdad? —Ah, qué terrible realidad que dos hermanos no pudiesen ser sinceros el uno con el otro, pero ¿qué esperaba? La había mantenido separada de él durante años, cuando consiguió recuperarse de la tragedia lo suficiente como para no desmoronarse.

—*Quiero* que me digas la verdad, Iria, siempre —le pidió con el corazón en los ojos por primera vez en mucho tiempo, y ella lo comprendió así, pudo verlo en su respiración agitada y en la incertidumbre de sus ojos esmeralda.

—A veces me parece que estás cambiando. —En su voz se reflejaba la incredulidad mezclada con la esperanza. Él cayó en la cuenta de algo.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Estuve hablándolo con Lalla, claro, y ella me aconsejó que viniera a ti. Cuando le pregunté por qué si ella ya me había ayudado, me dijo que no podía comprender una relación entre dos hermanos en la que no existiera la confianza. Me habló de que Reskan y ella se lo cuentan todo, y que ambos son el pilar del otro y… pensé que, si no me rechazabas, quizá algún día… podrías perdonarme. —En ese punto le falló la voz y un largo sollozo escapó de su garganta. Keylan tampoco las tenía todas consigo. Sentía que el corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas y el nudo en el estómago estaba claro que no era de hambre.

—¿Y… por qué tendría yo que perdonarte? —preguntó, con voz quebrada.

—Porque no pudiste contar con nosotros entonces, Key. —Otro penoso lamento, mezclado con un deje de histerismo alteró su voz, y la convirtió en un gemido angustioso—. Por eso nos alejaste de tu lado a tío Rodan y a mí hace años, ¿no? Porque no te ayudamos y tuviste que matarlo tú solo.

# Capítulo 12

Helailla se apretó contra la pared, tapándose la boca con fuerza en un intento desesperado por no dejar escapar el gemido de incredulidad que pugnaba por salir de su garganta contraída, pero nada podía hacer por acallar los alocados gritos de su corazón, que se negaba a creer en las tajantes palabras de su cuñada.

«No es cierto, no es cierto, no es cierto», se repetía una y otra vez, en una letanía destinada a infundirle fe en su marido y valor para enfrentarse a él en algún momento.

No escuchó su respuesta, no creía que hubiese podido soportarla entonces pues, además, los familiares aguijones que anticipaban un nuevo ataque empezaban a apoderarse de ella. Con todo el sigilo del que fue capaz se deslizó por el muro, tanteando con las manos la fría pared, conteniendo a duras penas el sollozo de angustia que se enroscaba en su pecho. El fogonazo de luz, rápido y contundente, que le mostró por un instante la masculina habitación donde se encontraba, la desconcertó tanto que tropezó con la falda del vestido. Cayendo de bruces en el suelo, soltó al fin un lastimero quejido de frustración e impotencia, y se cubrió la boca con rapidez para sofocarlo, pues el jardín estaba a tan solo unos metros de distancia.

Keylan se giró como un resorte hacia la habitación a su espalda, con todos los sentidos alerta, mientras hacía un gesto con la mano a su hermana para que permaneciese callada, y con fingida calma interpretó el silencio que inundaba

la mañana. Entonces, saltó de su asiento con la gracia de una pantera y, con pasos largos y rápidos, se internó en la casa y dejó a Iriana con cara de estupefacción.

Se quedó en medio del estudio, observando cada mueble, cada rincón, y su mirada se entrecerró, especulativa, cuando recayó en la puerta entreabierta. Se dirigió hacia allí y, abriéndola sin ceremonias, se asomó al pasillo, pero no encontró a nadie. Se obligó a relajar la postura, algo que le había resultado sumamente difícil desde que su hermana soltara las brutales palabras que llevaban acosándolo durante once larguísimos años y, respirando hondo al menos media docena de veces, volvió al vivo y perfumado paraíso floral donde lo esperaba su torturadora.

En cuanto escuchó que la puerta del despacho se cerraba, Helailla dejó de intentar confundirse con la pared, volvió a girar y subió por la escalera hasta su cuarto, sujetándose la cabeza sin poder controlar ya su respiración acelerada y el castañeteo de los dientes, claro indicio del avance del padecimiento que la atormentaba a esas alturas.

Cuando llegó a su dormitorio se dejó caer agotada en la cama, mientras las odiadas lágrimas rodaban sin control por su rostro crispado, el dolor en su punto más álgido. Al final no le quedó más remedio que coger la colcha y meterse un puñado en la boca para evitar soltar un alarido que alertase a la casa, pues era incapaz de soportar con estoicismo tanto sufrimiento.

Después de lo que le pareció una eternidad, y ya sin fuerza alguna, el calvario remitió y la dejó floja y demasiado débil como para hacer algo más que permanecer allí desmadejada, como una muñeca de trapo, atrapada en las terribles palabras de su cuñada.

Su marido un asesino. De primeras le parecía tan inconcebible que se habría echado a reír, sin embargo, no lo había escuchado negarlo. Claro que no se había quedado a oír su respuesta, pensó taciturna. No obstante, aquello explicaría algunas cosas… como las espantosas pesadillas que padecía, el secretismo que a veces mostraba, y quizás la razón por la que alguien quería

matarlo… Pero asesinato era una palabra que impactaba, y su mente la rechazaba de plano, negándose a aceptar que el dulce y atento Keylan pudiera haber acabado con una vida humana a sangre fría, porque si bien Iriana no había sido muy explícita, sí había dicho lo suficiente como para extraer que aquella muerte no había sido fortuita. «Ay, Dios, ayúdame», suplicó en silencio, sin saber qué hacer a continuación, pues, aunque indiscutiblemente no iba a denunciarlo, sobre todo teniendo en cuenta que en realidad no sabía nada, no tenía muy claro que pudiese quedarse a su lado con aquella verdad entre ellos. Se masajeó las sienes doloridas, intentando concentrarse, pero el agotamiento la venció, y al fin se quedó dormida con las manos aferradas al cobertor, en una muestra palpable de su confusión y temor. Esa vez fue a ella a quien acosaron los sueños, mezclando muerte, fuego y explosiones, sufrimiento y oscuridad.

Así la encontró Keylan un rato después, sumida en un delirio intranquilo, con marcas palpables de preocupación y sufrimiento en su hermoso rostro. El cansancio de la joven era más que evidente, y sin percatarse de ello el duque se sentó en el borde de la cama, buscando de forma inconsciente el calor vital de la muchacha, y con dedos trémulos acarició la suave mejilla. Estaba tan pálida que casi parecía traslúcida, y sus labios siempre rosados y jugosos habían perdido todo rastro de color, apretados en una fina línea, severa y a ratos aterrorizada. Se preguntó, taciturno, qué estaría torturándola de esa forma, e incluso pensó en despertarla, pero en aquel momento no se sentía con ánimo para enfrentarse a ella.

Retiró la mano de su rostro con un suspiro prolongado de pesar. No había duda de que estaba hecho trizas. Su querida hermanita se había encargado con una efectividad demoledora de dejarlo en aquel estado. Después de soltar a bocajarro el tema innombrable en la familia, él se había limitado a mirarla con fijeza unos segundos, intentando recuperarse del tremendo golpe, que había

sido como si un carruaje se le hubiese echado encima a toda velocidad. Ella se había deshecho en disculpas, claro estaba. Exteriormente, no había demostrado su caos emocional, era un maestro escondiendo sus emociones, pero aún con la brecha abismal que había abierto entre ellos, Iria lo conocía bien y lo había notado. Había percibido su dolor, un dolor que lo quemaba como ácido por dentro, y se comía cuanto encontraba a su paso aún a pesar de los años que hacía que trataba de superarlo. El que advirtiera sus emociones y además lo entendiera había sido lo peor, lo que encendió su rabia, y no que hablase sin tapujos del secreto que todos se habían esforzado en ocultar bajo toneladas de mentiras.

Así que una vez más se retrajo y se aisló en su mundo. Fue muy consciente de la pena en la mirada esmeralda de su hermana, sin embargo, estaba acostumbrado no solo a verla, sino a provocarla, así que desvió la vista y, dejándola sola, como de costumbre, buscó de nuevo un lugar para lamer sus propias heridas.

Y ahí estaba, en la habitación de su esposa, a la que rechazaba de un modo feroz y a la que buscaba con desesperación al momento siguiente. No se acostumbraba a la marea de emociones que esa niña valiente, testaruda e inocentona le causaba, y por encima de todo detestaba que tuviese tanto poder sobre él, pero nada de lo que probaba para alejarse de ella funcionaba. Hasta había intentado estar con otras mujeres, lo cual lo asqueaba incluso a sí mismo, pues le había prometido a Hela que eso se había acabado. No era que hubiese ocurrido gran cosa, intentó justificarse intranquilo, tan solo se había acercado al Club Fantasía, obviamente solo para caballeros, donde esperaba jugar unas manos de cartas. Pasó por alto, por supuesto, que la actividad principal del elegante y lujosísimo club era la de satisfacer las variopintas exigencias físicas de los socios –lo que él seguía siendo–, proporcionándoles hermosas y exóticas mujeres capaces de hacer perder a un hombre la cabeza y más de una fortuna. Prostitutas de lujo, excelente comida, abundante bebida, juego… ¡Cuantas noches había pasado allí en brazos de una experimentada

muchacha! O dos, o tres, o cuatro…

Se removió inquieto, arreglándose los pantalones, que le estaban muy apretados. El experimento había sido un fiasco. Las chicas habían estado entusiasmadas de verlo aparecer por allí, sin embargo, no fue su caso. Después de dos horas jugando y repasando la mercancía que insistía en exhibirse por las mesas para ver si se decidía, se resignó, derrotado, a volver a casa a dormir la mona, porque alcohol sí que había consumido como un poseso. Había recogido sus ganancias –por lo menos en eso sí que le había sonreído la suerte–, y se dirigía a la salida cuando la propia *madame* lo había interceptado. Aquello sí fue una sorpresa de las gordas. Era una de las mujeres más bellas que hubiese conocido jamás, y los rumores que circulaban por toda Crasia decían que era una amante insuperable que muy pocos hombres podían presumir de haber catado, pues era en extremo selectiva a la hora de elegir a sus conquistas.

Keylan apreciaba a Celestine, sobre todo admiraba su naturaleza apasionada, su viva inteligencia y su rápido ingenio. Y, aunque debía admitir que a lo largo de los años había suspirado por llevarse a la beldad de brillante melena castaña y ojos casi negros a la cama, le había sorprendido que eligiese ese momento en el que la noticia de su incipiente boda estaba en boca de todos para insinuársele. Pero mientras se dejaba besar por la que muy posiblemente era la mujer más deseada de la ciudad, sintiendo cómo todo su cuerpo iba despertando al deseo sexual bajo las caricias conocedoras de la más experta de las cortesanas, supo que esa noche iba a dormir solo. Porque no hubo duda alguna de que su anatomía respondía, había meditado socarrón mientras ella agarraba su falo enhiesto, libre de los pantalones, duro como una roca y grueso como un poste, pero su mente no había sentido absolutamente nada. Había sido como si hubiera estado viendo la escena desde muy lejos, desentendiéndose de todo.

Porque su corazón no había estado allí.

De regreso al presente, a la muchacha que dormía inquieta a su lado, pensó

que le debía mucho más de lo que le estaba ofreciendo, aunque no sabía cómo dárselo. Su oscuro pasado, el terrible secreto que ocultaba, hacían inviable cualquier forma de un matrimonio normal con ella.

Se levantó con los movimientos lentos y algo encorvados de un viejo, y se dirigió a su habitación. Con la puerta que comunicaba ambos cuartos ya abierta, se giró para observarla una última vez.

Sabía que ella lo abandonaría antes de aceptar menos.

Al día siguiente el duque se sorprendió solo en casa. Bueno, solo era una palabra demasiado amplia para describir la realidad, porque la mansión estaba llena de parientes, pero expresaba a la perfección el sentimiento infantil de abandono que lo embargó cuando se enteró de que su esposa había salido con su hermano y varios de los primos, incluido Dare. Por supuesto, no se había dignado avisar de su partida, ni tampoco dejar dicho adónde iba, pero salvo apretar los dientes con disimulo cuando escuchó la noticia de boca del mayordomo no pudo hacer mucho más, puesto que él mismo tampoco le daba explicaciones de ningún tipo. Pero que lo colgasen si le gustaba lo más mínimo.

Frustrado, furioso y agotado, porque había dormido poco y mal, se dirigió a su estudio, único refugio que nadie se atrevía a irrumpir, sin pasar siquiera por la sala de desayuno, a pesar del molesto rugido de su estómago. Se tiró en su sillón favorito y se pasó la mano en gesto cansado por los ojos hinchados. Había sido una larga noche, reconoció con pesar, pues la impactante mención de Iria del día anterior en la terraza había reactivado más si cabía sus pesadillas, que lo acosaron de forma implacable durante las interminables horas nocturnas con tortuosas imágenes que se esforzaba por olvidar a cualquier precio, puede que incluso de su propio matrimonio. Hasta le pareció haber gritado en un par de ocasiones, motivo por el que casi nunca invitaba a nadie a Mohern, y por el que había instalado a su familia lo más lejos posible

del ala ducal, aunque se preguntaba si su mujer lo habría escuchado. Sumado a eso, sus constantes preocupaciones relacionadas con Hela, que le robaron los ratos que no se quedaron los horribles sueños, la noche había sido toda una juerga, por lo que había estado impaciente por levantarse. Total para enterarse nada más bajar de que su señora ya había abandonado el lugar.

No era que pudiese reprochárselo, se dijo, aquella casa no había significado un hogar para nadie ni en sus mejores momentos. Iria y él siempre estaban deseosos de salir de allí cuando eran pequeños –lo seguían estando entonces– y, para ser justos, su esposa y él lo estaban convirtiendo en un verdadero campo de batalla. Además, él mismo no había parado de entrar y salir desde el mismo momento en que llegaron, evitando permanecer en su compañía tanto tiempo como le fuera humanamente posible sin causar habladurías entre la buena gente o un ojo morado por parte de su cuñado, y la propia Hela no había abandonado la casa desde que entrara por la puerta, seis días atrás, hasta esa mañana.

Aun así se sentía inquieto, como un león enjaulado, o más bien como un mono amaestrado, pensó irónico, que esperaba ansioso que su damita regresara, y eso enervó su mal carácter hasta límites insospechados.

Cuando unos enérgicos golpes en la puerta anunciaron a algún intruso indeseado se dirigió hacia allí con los ojos entornados y la abrió con vehemencia. Rodan mostró una expresión de sorpresa, pero después se limitó a alzar una ceja y a darse la vuelta con gesto arrogante.

—Pensaba invitarte a desayunar en Briltes, ya que Crobs me ha dicho que aún no lo has hecho, no obstante, es evidente que no estás de humor para sociabilizar, así que te dejo contigo mismo para que te aguantes. —Keylan vio alejarse a su tío con una mezcla extraña de emociones. No era que fuera algo nuevo, esa imagen de despecho en respuesta a su propio rechazo llevaba años repitiéndose, sin embargo, en esa ocasión le causó una picazón desconocida, algo sin nombre que le tocó ínfimamente el corazón. Se rascó el pecho, como para hacer desaparecer la sensación, pero no se fue, sino que se hizo más

intensa.

—Espera —susurró apenas, con la voz ronca. Rodan, que ya iba por el final del pasillo, lo escuchó y se giró despacio, con mirada impenetrable, muy probablemente dispuesto a recibir una de las patadas verbales de su sobrino, pensó este con tristeza.

—¿Sí? —preguntó en cambio con amabilidad. El duque inspiró con fuerza.

—Me gustaría acompañarte —accedió, sintiendo cómo en el acto la picazón disminuía y la opresión del pecho desaparecía, junto al malhumor y el sentimiento agobiante de abandono que lo embargaba hasta hacía un instante. Su tío no pudo ocultar su asombro, y una lenta sonrisa de placer se extendió por su atractivo rostro mientras le hacía un gesto para que se reuniera con él.

—Vamos entonces, a estas horas ya debe de estar a rebosar. Recuerda que es un club muy solicitado. Es una suerte que seamos miembros desde hace años, o lo tendríamos francamente difícil para conseguir una mesa decente, y me muero por su excelente café y un par de trozos de tarta de manzana. Son con mucho su especialidad… —Keylan salió al exterior ajustándose el cuello de su abrigo negro mientras una divertida sonrisa tironeaba de sus labios. Había olvidado lo agradable y fácil que era estar con Rodan, dejándose abrazar por su espontánea conversación. Incluso deseó con anhelo una porción de la famosa tarta de manzana del club Briltes.

Cuando regresaron a la mansión ducal, cinco horas más tarde, y después de una abundante y sabrosa comida, Keylan se sentía relajado por primera vez en mucho tiempo. Reconoció con sorpresa que el día se le había pasado volando, como solía ocurrir cuando uno disfrutaba y se hallaba en buena compañía. Y su tío siempre había sido para él como un padre, incluso cuando este vivía, y sobre todo después de su muerte. Pero luego se había visto obligado a echarlo de su vida, al igual que a su hermana, e inevitablemente los lazos se habían roto para siempre, lo que había destruido la relación existente entre los tres.

Sin embargo, por esas preciosas horas había sido como si los años de separación no hubiesen existido, y volviesen a ser tío y sobrino, no, padre e hijo y… no pudo evitarlo, fue egoísta un rato y lo disfrutó.

Así que cuando Crobs abrió la puerta a los dos caballeros que se reían a mandíbula batiente de algún chiste subido de tono que Rodan estaba contando, mientras le palmeaba con afecto el hombro a su sobrino, Helailla se quedó inmóvil, absorbiendo la armoniosa melodía de su risa, tan escurridiza en los últimos tiempos. Keylan fue el primero en reparar en ella, siempre predispuesto a detectar las señales que le indicasen su presencia, y se quedó callado, con lo cual alertó a su compañero a buscarla, que de inmediato captó la situación y junto al mayordomo se retiró de forma discreta.

Lalla casi podía imaginarlo con el pelo alborotado por el viento y la cara levemente enrojecida de frío. Los ojos brillantes aún de diversión y una ligera sonrisa por la broma, y no pudo encontrar en él sombra alguna de un asesino a sangre fría. ¿Crimen pasional? ¿Defensa propia? ¿Duelo de honor? Eran tantas las hipótesis que se mezclaban en su aturdido cerebro… Siempre había pensado que la fantasía superaba con mucho a la realidad, sin embargo, no se atrevía a preguntarle porque eso supondría, primero, admitir que había estado escuchando y, segundo, que no confiaba en él. Además, quería que fuera él el que acudiera a ella y se lo contara de *motu proprio,* pero ¿ocurriría eso alguna vez? Ya llevaban seis meses casados y no estaba más cerca de él que cuando se conocieron; al contrario, cada día se esforzaba por alejarla más de su lado. A ese ritmo, serían unos extraños dentro de nada, como lo era con su propia familia, a pesar de lo que acababa de presenciar. La noche anterior había oído sus desgarradores gritos, y aún en contra de toda lógica se había adentrado en su oscura guarida e impotente había observado cómo se retorcía en la cama, luchando contra unos demonios invisibles que solo él comprendía. Había querido tumbarse a su lado y abrazarlo con fuerza, pelear aquella guerra junto a él, pero sabía que no solo no se lo permitiría, sino que era peligroso para su integridad física, y que, si en esa ocasión volvía a lastimarla, terminaría

perdiéndolo para siempre, por lo que se había limitado a quedarse allí de pie, sollozando en silencio mientras él gemía y pataleaba, murmuraba palabras ininteligibles y suplicaba piedad.

Dudaba que un alma tan torturada pudiese haber matado de manera intencionada a alguien, no obstante, mientras su marido no confiase en ella tenía que alejarse voluntariamente de él, o de un modo u otro acabaría destrozándola.

Keylan desconocía los pensamientos de su esposa o se habría horrorizado, aunque era consciente de que algo iba muy mal. Podía leerlo en la expresión de su rostro, pero sobre todo en la solemnidad de sus ojos, que lo escrutaban como si pudiesen verle el alma. Era curioso y muy desconcertante que unos ojos sin vida pudiesen calarlo tanto. Casi sentía escalofríos de pensar lo que habría sido capaz de hacerle sentir cuando de verdad podía hacer uso de ellos.

—¿Ocurre algo? —preguntó con recelo, a su pesar.

—Dímelo tú —contestó a cambio.

—No estoy de humor para adivinanzas, Hela. Si quieres algo, te ruego que me lo hagas saber —sugirió con voz suave, dispuesto a no ser él el que prendiera la mecha.

—Pues parecía que tu estado de ánimo era bastante alegre hace un momento —comentó con socarronería mientras hacía un gesto obsceno con la lengua dentro de la boca y aumentaba de forma considerable el tamaño de una de sus mejillas, en clara imitación al chiste verde de Rodan. Keylan inspiró con fuerza, mitad escandalizado, la otra mitad claramente excitado por su actuación indecente.

—Tu comportamiento deja mucho que desear, querida.

—Sin embargo, el tuyo es ejemplar, *querido*, por eso tu conciencia te acosa de día y de noche —contraatacó presta y sin pensar. Se recogió el vestido con un gesto petulante y se dio la vuelta para marcharse, pero su marido la cogió

con fuerza implacable del brazo y la hizo girar de nuevo hacia él.

—¿Qué has querido decir? —Su voz era dura como el granito y afilada como una espada. Sintió que sus ojos la perforaban, como si fuesen un potente rayo de luz que quería llegar hasta el último rincón de su mente, en busca de una respuesta que se resistía a proporcionarle. Notó la primera y ya compañera punzada, sin embargo, se negó a demostrar debilidad, por lo que se agarró a los pliegues del vestido en lugar de llevarse la mano a la sien, como gesto instintivo. «¿Otra vez? El último episodio fue ayer», pensó desesperada pues cada vez eran más seguidos, y sabía que si seguía sufriéndolos con aquella alarmante frecuencia tendría alguna consecuencia desastrosa.

—Ahora no, Key —consiguió decir con voz normal, intentando desasirse de su garra de acero sin éxito.

—De eso nada, princesa. Querías guerra y por Dios que la vas a tener. —Apretó aún más el delgado brazo, y adelantándola comenzó a arrastrarla por las escaleras, y después por el largo corredor hasta que llegaron a la puerta del cuarto femenino, que abrió de un envite. Allí la empujó con fiereza dentro, hacia la cama, mientras cerraba con llave. Escuchó el jadeo entrecortado, pero no le prestó atención. En su lugar se deshizo de la chaqueta y del pañuelo mientras se dirigía hasta la puerta de comunicación y también la inhabilitaba. Entonces volvió hasta ella, que estaba medio tirada en el lecho, e izándola por la muñeca sin ceremonias la pegó a él, la cogió de la cintura para afianzarla y la sujetó de la barbilla para poder observarla. Entonces vio el dolor, los rasgos crispados, el rostro blanco como la cera y las detestables lágrimas que solo aparecían en aquellos momentos. Su agarre se aflojó al instante, manteniéndose lo suficiente como para que no se desplomase—. Dios, Hela. —Fue incapaz de decir nada más.

Con infinito cuidado se sentó con ella en la cama y comenzó a balancearla como si de una niña pequeña se tratara mientras los sollozos se convertían en angustiosos gemidos de sufrimiento. Como la vez anterior pareció haber funcionado empezó a tararear, y al rato se encontró cantándole la misma

canción de amor que entonces. Al finalizar, ella estaba más tranquila, presa del agotamiento, y él con el corazón en un puño, diciéndose una vez más que las probabilidades de que la perdiera en uno de aquellos ataques aumentaban día a día. ¿Y si le daba un derrame cerebral mientras soportaba una de esas torturas? se preguntaba mientras sentía el sabor salado de sus propias lágrimas. Se tocó los labios con sorpresa y comprobó que en efecto estaba llorando, y ya no pudo engañarse más, ni tampoco quiso. La amaba. Y no debería sentirse sorprendido, se dijo. A pesar de que se había pasado la vida renegando del maldito amor y de todo lo que aquello implicaba, al final había caído en sus redes, como había terminado comprendiendo que les pasaba a todos los hombres, buenos tipos o calaveras recalcitrantes, cuando encontraban a la mujer apropiada. Y él tenía a la suya encerrada entre sus protectores brazos en ese preciso momento, y sabía que nunca había tenido una mísera oportunidad porque simplemente ella era todo lo que un hombre podía desear: valiente, hermosa, apasionada, inteligente, orgullosa, independiente, vital, cabezota, generosa, leal y muchas otras cosas que cualquier marido podía apreciar. Y sabía que la estaba perdiendo poco a poco. Suspiró resignado a lo inevitable. Al menos con su silencio la mantendría a su lado.

Como la pobre se había quedado dormida la tumbó en la cama y la arropó, y cuando se inclinaba hacia ella para depositar un levísimo beso en sus labios entreabiertos se quedó inmóvil, paralizado de la impresión. Estaba recordando otra emoción que había descubierto en su expresión al enfrentarla justo después de encerrarlos en el dormitorio, que había pasado por alto debido a la preocupación por su estado, algo que ella nunca le había demostrado antes: terror. De repente la frase que le lanzara como un guante en el vestíbulo danzó ante sus ojos y empezó a cobrar forma, sobre todo si tenía en cuenta que cuando su hermana disparó aquella incauta afirmación a los cuatro vientos él había escuchado ruidos y, aunque no había encontrado a nadie, le quedó esa molesta sensación, ese picor en la nuca… Como de que algo no estaba bien…

Y de repente lo comprendió. Ella lo sabía. Conocía su secreto más íntimo y

oscuro y, lo más duro y difícil de soportar, tenía miedo de él. Lo cual era muy comprensible.

Su amada esposa sabía que era un asesino.

Habían pasado cuatro días desde su enfrentamiento con Keylan, y apenas le había visto el pelo desde entonces. Aunque había procurado no encontrarse con él, era más que evidente que este había redoblado sus ya patentes esfuerzos por evitarla a toda costa, pues ya nunca aparecía salvo para dormir, ni siquiera recalaba en la casa para cambiarse para los diferentes eventos, lo que hacía que se preguntase dónde y con quién lo haría. La idea de que se hubiese echado una amante, o hubiese retomado una relación anterior con alguna de sus muchas conquistas pasadas, le estrujaba el corazón como un puño de hierro a punto de hacérselo mil pedazos, pero no iba a suplicar migajas de su amor. ¿Amor? ¿Quién quería su amor? se preguntó malhumorada. Ese tipo probablemente fuera un homicida y dormía en la habitación de al lado. Encorvó los hombros, derrotada. ¿A quién quería engañar? Por supuesto que quería su amor, todas las mujeres deseaban que sus esposos las idolatraran, y estaba claro que no pensaba que fuese un criminal. Si lo había acicateado insinuándolo había sido para intentar despertar en él alguna reacción, lo cual había conseguido, sin duda. Justo cuando los primeros pinchazos en las sienes habían avisado del terrible dolor de cabeza que se le avecinaba, el leve fogonazo de visión que la atravesó le mostró la sombra de su marido que avanzaba hacia ella con los brazos extendidos como si fuera a atacarla. No pudo verle el rostro porque sus «visiones» eran demasiado cortas y no siempre en las mejores condiciones, sin embargo, había sabido que estaba furioso. Después él la había arrastrado escaleras arriba hasta el dormitorio y la había tirado sobre la cama, y cuando había vuelto a cogerla con fuerza, recordó lo que había sentido en el vestíbulo, la rabia que emanaba de cada poro de su piel, y se había preguntado si había sido aquella emoción

la que lo llevó a…

Se abrazó a sí misma, más para alejar aquellos pensamientos tontos que para consolarse. En realidad, en ningún momento llegó a temer que Keylan le hiciese daño de ningún tipo, él sería incapaz de lastimarla estando en plena posesión de sus facultades, lo cual eximía únicamente sus pesadillas. Y creía por completo en su inocencia. Si de verdad había matado a alguien en el pasado, estaba convencida de que fue un acto del todo justificado, pero que su testarudo marido no conseguía perdonarse.

Llena de una nueva determinación se juró que conseguiría desentrañar la verdad de aquel espinoso asunto para ayudarlo a salir del oscuro pozo que amenazaba con tragárselo y, con él, a su matrimonio.

Reskan leía el periódico en actitud relajada apoltronado en un cómodo sillón en la biblioteca en uno de los pocos días soleados de que habían disfrutado aquel mes.

Alzó los ojos con ligera curiosidad cuando la puerta se abrió y sonrió al ver aparecer a Dare.

—Que caro te vendes últimamente —comentó con jovialidad mientras el otro se sentaba en una pieza idéntica a su lado.

—La ciudad tiene sus atractivos —comentó con ironía. El rey alzó una ceja.

—Sí, pero yo más bien pensaba que esos encantos se encontraban en esta casa. —La sonrisa del conde se desdibujó un tanto y fue sustituida por un pronunciado ceño.

—Basta de eso, Res —advirtió, dando por terminada la conversación. Pero su primo lo miró con fijeza durante un buen rato, lo que lo puso incómodo a pesar de que eran como hermanos.

—Sería bastante fácil, en realidad, Dare —siguió con voz suave y baja, pasando por encima de la mirada de advertencia del hombre—. Tan solo tendrías que casarte para poder apoderarte de ella. —Dariel sintió cómo todo

su cuerpo se tensaba en respuesta a esa sugerencia, sin embargo, no era rechazo lo que sentía, sino ansia, un ansia depredadora por tenerla, y su primo lo sabía, maldito fuera. Le dirigió una mirada cargada de reproche—. Te aseguro que el matrimonio no es en absoluto doloroso, amigo. —Bragnor hizo amago de levantarse—. Está bien, dejaré que luches tus propias batallas, pero no te vayas. Sabes que no es mi intención lastimarte, solo quería ayudar. —Volvió a sentarse, mesándose el pelo en actitud pesarosa.

—Lo sé, y hasta te lo agradezco, pero no tiene sentido. De todos modos, venía a decirte que me marcho. —La actitud del otro cambió de forma radical. Se enderezó y lo miró atento.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A casa.

—¿Hay algún problema?

—No más de los habituales. —La mirada penetrante del rey lo evaluó, de nuevo reclinado cómodamente en el respaldo.

—Sé que acabo de prometer no meterme, sin embargo, huir nunca ha sido una solución muy inteligente y tampoco tu estilo. —El conde se puso rígido—. De todos modos, eres consciente de que te necesitamos aquí —presionó sin piedad.

—¿Para qué? ¿Para presenciar esta guerra silenciosa? —preguntó mientras hacía un gesto intentando abarcar la casa—. Ni siquiera necesitan un intermediario —añadió, rezumando amargura. Reskan frunció el ceño, por completo de acuerdo.

—Lo sé, esta situación es insostenible y va a estallar en cualquier momento. Y, si no lo hacen ellos, te aseguró que seré yo quien le rompa los dientes a ese necio que tengo por cuñado. ¿Qué coño le pasa? —murmuró casi para sí mismo.

—¿Te referías a esto cuando afirmabas que el matrimonio no es doloroso? —arremetió burlón su primo, con los brazos cruzados. Res lo miró con los ojos entrecerrados.

—Es obvio que no, cretino. Esos dos se quieren, no hay más que verlos, pero la ha repudiado de todas las formas posibles salvo públicamente. —Las cejas negras se alzaron sorprendidas.

—¿El Insaciable no se acuesta con su mujercita? —Su Majestad negó varias veces con la cabeza, y Dare no pudo soportarlo y estalló en carcajadas. El ceño de su primo se acentuó.

—De verdad, no le veo la gracia y dudo que tu prima tampoco lo haga —dijo con voz cortante. Pero el otro siguió riéndose aún un rato. Reskan hasta hizo una gran bola con algunas de las páginas que ya había leído y, tirándosela, le dio en plena cara, lo cual sí dibujó una ligera sonrisa en sus propios labios, al recordar a sus hijos.

—Ay. —Se enjugó los ojos, todavía risueño—. No me digas que has perdido tu sentido del humor, Res. ¿En serio te imaginas a nuestro legendario nuevo pariente a pan y agua? Es para morirse de ri… —Su voz se fue extinguiendo, al igual que la expresión jovial—. Dime que no tiene una amante. —Al rey le divirtió que confiase en que él se habría encargado de estar al tanto de aquel detallito.

—No la tiene —confirmó, terminante. Por supuesto, sí estaba enterado de ese asunto porque, casada o no, Lalla seguía siendo su hermana pequeña y la protegería a muerte, de un asesino o de un marido cabrón.

—Es un alivio. Me gusta ese tipo.

—No puedo imaginar por qué —dijo en tono seco.

—¿Qué te pasa? No es mal muchacho.

—Nooo, si te gustan los hombres que maltratan a sus mujeres, las hacen terriblemente infelices, y guardan algún que otro secretito bajo la alfombra que quizá podría destruir a su familia, a tu prima y, con bastante probabilidad, el buen nombre de los Cetriar… —La boca del otro se había ido abriendo según lo escuchaba hablar, y en ese momento lo miraba estupefacto.

—Supongo que me lo vas a contar todito ahora mismo —exigió.

—No hay mucho que decir porque el muy bastardo se niega a revelarme los

detalles, pero aquí tienes lo que sí sé. —Y le explicó todo lo que había averiguado. Cuando terminó Dariel movió la cabeza, atónito y dolido.

—¿Y por qué me estoy enterando ahora?

—Lalla no quería que lo supiese nadie, de hecho, algunas cosas las descubrí por mi cuenta, como que la atacó en el transcurso de una pesadilla.

—Eso me preocupa —dijo en tono cáustico.

—A él el primero, por eso se vino un mes aquí hace poco, para no hacerle daño.

—Y por eso evita su cama y su mera compañía —concluyó Brangor en su lugar.

—Es la conclusión más lógica —acordó el rey.

—Un poco extremista.

—¿Pondrías en peligro la vida de Iriana a propósito? —El conde le lanzó una mirada feroz por el recordatorio y por la pregunta en sí.

—Sabes que no.

—Eso demuestra que Storn aprecia a Lalla, a pesar de sus muchos defectos.

—Admite que no le encuentras tantos, aunque ciertamente es perturbador ese pasado suyo.

—Por eso no puedes irte. Os necesito a todos aquí, para protegerlos a los dos de ese malnacido, y en especial a ti, ya que eres el único al que le he confiado todo esto, para que me ayudes a desenmarañar este lío. De que no la lastime, ya se está encargando el propio Keylan —gruñó, malhumorado.

—Ya veo, la cuestión es si conseguirá que su matrimonio sobreviva en el proceso.

Al final y a regañadientes, Dare consintió en quedarse un poco más en Crasia. Y lo hizo con todo el dolor de su corazón. Necesitaba alejarse de allí a galope tendido o se arriesgaba no solo a mancillar a una joven inocente de buena familia, sino a comprometer su propio código del honor, arraigado con firmeza

en él, donde una damita como Iriana estaba del todo prohibida salvo para mirarla de reojo con anhelo si era interesante a la vista, a no ser que uno tuviera en mente el matrimonio, algo que no era ni de lejos su intención. Se mesó el cabello, presa de una frustración que últimamente iba en aumento y que sabía que solo conseguiría apaciguar si conseguía escapar ileso de allí. Pero se había comprometido a permanecer un tiempo más velando por la seguridad de su familia. En un principio había discutido con Reskan por ello, ya que ese hijo de puta no había vuelto a mover ficha, sin embargo, su primo lo había convencido de que era muy posible que aquello fuera lo que el tipo pretendía: que, tras haber fracasado y viendo lo fuertemente protegida que estaba Lalla, pensasen que se había echado atrás, pero Res estaba seguro de que seguía por allí, acechándolos, esperando el momento oportuno para volver a atacar. Solo que esa vez se aseguraría de no fallar.

La frustración estaba haciendo mella en todos ellos. Osian y Struan tenían a sus mujeres e hijos en la mansión ducal bajo la protección de los guardias, no obstante, con ese asesino rondando por allí el temor por sus familias prendía en sus corazones, como era de esperar.

También Reskan estaba inquieto, llevaba casi dos semanas separado de Kana y los niños, acontecimiento que no solía permitir que se produjera salvo por fuerza mayor, como en esa ocasión, y cada día que pasaba la tensión por la ausencia de la belleza morena se iba haciendo más evidente en él, pero como líder de los Cetriar aguantaba con estoicismo su propia privación, así que, para ser honesto consigo mismo, Dare entendía que su problema era menor en comparación y se resignaba a sufrirlo en silencio.

Aunque limitarse a sentarse a esperar nunca había sido el fuerte de ninguno de los hombres de la familia. A pesar del desorbitado número de invitados a la fiesta, casi habían descartado a todos los asistentes, y seguían sin tener una sola pista de la posible identidad del atacante, por lo que la teoría de Res de que este tenía que ver con el pasado de Keylan se veía reforzada.

Maldijo en voz baja dado que se encontraba en medio de una de las más

concurridas calles del centro de la ciudad, después de haber dado cuenta de un espléndido desayuno en uno de sus clubes. A decir verdad, aún no se había acostado, sino que había vagado de antro en antro, disfrutando primero en brazos de una complaciente y traviesa dama de la noche durante unas horas de increíble placer de su cuerpo dúctil y bien dispuesto, y después distrayéndose en las mesas de juego, con una copa bien llena siempre en su mano.

Supuso que debería sentirse al menos un tanto azorado por haber elegido a aquella mujer en especial, pues su físico, junto a su larga melena negra y sus ojos verdes, lo habían atraído de inmediato, y era muy consciente de por qué. Pero con las primeras luces de la mañana, reventado por el agotamiento y el alcohol que inundaba sus venas, reconoció que aquellos pechos que había lamido con tanto deleite durante la noche no eran tan plenos, que aquella melena no le parecía tan suave ni lujuriosa, que esos labios eran demasiado finos y translúcidos, que los ojos que lo habían mirado con tanta pasión mientras la embestía con fuerza no parecían los de una gata, ni eran del color de las ricas esmeraldas, que la piel que había acariciado durante horas hasta conocer cada rincón casi como propio no era como nata batida… Meneó la cabeza, enojado consigo mismo. Tenía que quitársela de la sangre de una buena vez.

Pero sabía que era una quimera, pues era a ella a la que había imaginado que estaba poseyendo en cuerpo y alma mientras se perdía en esa mujer tan solo parecida, y cuando no pudo soportar seguir mirando un rostro tan distinto al suyo, cerró los ojos con fuerza y permitió a su mente que siguiera engañándose, creando una ilusión momentánea que le permitiera terminar lo que había empezado.

Helailla esbozaba una sonrisa casi felina cuando salía por la puerta trasera de la afamada librería, mientras el alboroto causado por su criada entretenía a la media docena de constantes guardianes que no la abandonaban ni a sol ni a

sombra.

Imaginó la escena mentalmente y su boca se curvó aún más, saboreando su pequeña travesura y disfrutando de la sensación de libertad que aquella oportunidad le daría durante un breve momento. La emoción no duraría mucho, lo sabía, los soldados la encontrarían pronto y, si no lo hacían, irían derechitos a chivarse a su marido, quien sí daría con ella de inmediato.

La sonrisa y la percepción de bienestar desaparecieron de golpe. Su marido. Era por él que se había rebelado y urdido aquella tonta pero necesaria estratagema. Después de su última pelea, una de las muchas que habían protagonizado recientemente, sentía que ya no podía más. Había ocurrido esa misma mañana, antes de que él se dispusiera a salir, como de costumbre, pero cuando advirtió que ella también tenía intención de hacerlo, se había colocado frente a la puerta y se había atrevido a preguntarle a dónde iba.

—No recuerdo que tú me hayas informado de tus planes para hoy —había respondido con voz suave. Pudo apreciar cómo apretaba los dientes, porque los escuchó rechinar, no obstante, se había mantenido impertérrita.

—Eso no contesta a mi pregunta —había dicho alargando las palabras.

—En efecto, no lo hace —había admitido sin reparo. Keylan había cerrado los puños a los costados, en un esfuerzo hercúleo por controlarse y no zarandearla.

—Hela…

—No, Key —lo había cortado con voz gélida—. En las dos semanas que llevamos aquí has entrado y salido a tu antojo, sin rendir cuentas de ningún tipo de tu paradero, así que no tengas la desfachatez de pedirme explicaciones de a dónde voy. Entre otras cosas porque no voy a dártelas.

—Te recuerdo que me debes obediencia. *Entre otras cosas* —la había remedado con sarcasmo.

—No te debo una mierda —había contestado fuera de sí, rota la presa que mantenía en su sitio sus emociones más escondidas. El duque había parpadeado, sorprendido y con cierta expresión de alarma en su rostro—. Has

buscado esto con ahínco y por fin voy a dártelo…

—¿Qué quieres decir? —la había cortado, seguro de que no deseaba escuchar sus siguientes palabras—. Tan solo te estoy exigiendo que me informes dónde vas cuando sales. Te recuerdo que sigue habiendo un asesino que ronda tus talones.

—¿Me exiges? Maldito déspota arrogante y pretencioso… —La joven había cogido aire y vuelto a dirigir su mirada tormentosa hacia él, dispuesta para la batalla—. Se acabó, señor —había afirmado con vehemencia, su rostro una máscara impenetrable, su mirada totalmente vacía. Keylan había sentido un estremecimiento de temor, y había avanzado un paso involuntario hacia ella.

—¿Qué se acabó? —había musitado en voz baja y controlada, intentando no exacerbarla más. Reconocía que estaban en un momento en el que cualquier cosa que se dijesen podía ser crucial y terminante.

—Esta farsa de matrimonio. —Él se la había quedado mirando, incapaz de pronunciar una palabra, tan solo percatándose de cómo una serpiente de absoluto terror se enroscaba en su vientre y reptaba hacia su pecho, para encerrar su corazón hasta casi reventárselo. Había sentido que se asfixiaba.

—No estás hablando en serio —había dicho con voz queda.

—Por supuesto que sí. Me has estado empujando de manera inexorable a este momento. Pues bien, accedo a sus deseos, Excelencia. —Había hecho una burlona reverencia, impecable hasta la perfección, y cuando se había enderezado una sonrisa amarga se había dibujado en sus hermosos labios, aunque no había llegado a sus ojos, que parecían plata líquida, fríos y duros —. Te abandono. —Y golpeándolo en el hombro al pasar por su lado había salido de la casa, majestuosa como una princesa de sangre real.

Keylan se había quedado donde estaba, pálido y herido de muerte, sintiendo que su mundo se terminaba en aquel preciso instante con esas dos desgarradoras palabras y el tenue perfume de su mujer que envolvía sus sentidos.

Sí. En efecto, él había buscado aquello por todos los medios. Pero una vez

conseguido, el pánico, la desolación y un agónico dolor se habían entremezclado en las sombras del vestíbulo como fantasmas dispuestos a tragárselo vivo. Porque sin ella ya no tenía motivos para vivir.

Helailla había seguido el plan original de visitar la librería para comprar la conocida novela del momento, que Marga y Vinetta estaban tan deseosas de leer como ella, y quienes se turnarían para hacerlo en voz alta, siendo su propia aportación la de hacerse con el libro, pues se decía que era algo escandaloso y ninguna de las otras dos se atrevía a realizar la adquisición por temor a las reprimendas de sus maridos.

Pero una vez en el elegante establecimiento repleto de altas estanterías y demasiado concurrido a esas horas, se sintió sofocada tanto por sus confusas emociones tras su ruptura total con Key como por sus perennes guardias, que la seguían a todas partes a corta distancia. Ya nunca podía ir sola a ningún lado, le parecía que siempre era vigilada y no precisamente por el dichoso asesino. ¿Y quién le decía que todos sus movimientos no eran reportados después a su controlador esposo? De repente, ya no pudo soportarlo más, necesitaba un rato de soledad absoluta con sus pensamientos, elaborar planes para su futuro inmediato. Al fin y al cabo, si había dejado a su marido, tenía que decidir dónde iba a ir, qué iba a hacer con su vida a partir de entonces… Y no podía pensar con toda esa gente a su alrededor, por ello obligó a su criada a cambiarle la capa y el sombrero, y le dio instrucciones para que produjese un pequeño altercado tirando una gran pila de libros sobre varios caballeros, con el fin de crear el suficiente caos como para atraer la atención de todos los guardias sobre ellos. Mientras, aprovechó para huir por la salida trasera y, rodeando rauda el edificio, se metió sin ceremonias en su coche.

Suspiró aliviada una vez dentro, asombrada de que todo le hubiese resultado tan fácil, pues ninguno de los soldados se había quedado vigilando el carruaje. Sonrió una vez más, la sirvienta debía de estar haciéndolo verdaderamente bien para haber atraído la atención de todos hacia el interior. El coche se puso en marcha con un vaivén algo violento, pero estaba tan nerviosa que no lo

notó, preguntándose qué diantres iba a hacer ahora, sin ropa ni dinero. «No seas tonta, Lalla. No vas a escaparte como una chiquilla. Vas a marcharte a casa de Res hasta que te manden tus baúles, y después volverás a Oscuridad». Mucho más tranquila se arrellanó en el asiento. Y entonces lo sintió. El fuerte olor a sándalo impregnó sus fosas nasales, e hizo que todo su cuerpo se tensase en respuesta.

De inmediato un cuerpo grande y fuerte atravesó el coche desde el asiento de enfrente y, abalanzándose sobre ella, la inmovilizó con uno de sus brazos mientras que le tapaba la boca con la mano libre.

—Veo que ha desarrollado notablemente sus otros sentidos, Excelencia. Pero tengo entendido que es así cuando se pierde por completo uno de ellos. —El hombre acomodó su cuerpo al de ella, e hizo más íntimo el contacto—. De todos modos, es un error que he cometido ya dos veces, ¿no es cierto? Ahora veo que en la fiesta, como hoy, usted también detectó mi colonia. —No esperaba confirmación, porque no aligeró la presión que mantenía sobre su boca.

Helailla sentía el corazón desbocado. Albergaba pocas dudas sobre la identidad de su atacante, pero sus palabras corroboraban que era quien había tratado de matarla en Stormcrass, y sus posibles intenciones en ese momento dejaban poco a la imaginación.

Y ella se lo había servido en bandeja. Maldijo para sí, renegando de su estupidez. Aunque sus hombres hubiesen descubierto ya a la criada en su lugar, tendrían que ponerse a buscarla, y el coche avanzaba por la calle a buen ritmo. Estaba bastante segura de que ese día iba a morir y, de repente, pensar que iba a dejar al duque viudo, libre para que cortejase a otra dama y la convirtiera en su nueva esposa, le produjo más dolor que el simple pensamiento de morirse.

Pero la motivó para pensar en ponerse en acción. Como fuese tenía que conseguir salir de aquella horrible situación. La cuestión era cómo.

Keylan bajó de su carruaje con expresión impasible, aunque por dentro se estuviera desangrando. Pero había quedado con algunos conocidos influyentes para hablar de varias leyes que debían ser reformadas con carácter urgente y sus problemas personales tendrían que quedar en el olvido durante unas horas si pretendía concentrarse lo suficiente como para llegar a alguna conclusión lógica sobre los importantes temas a tratar en la reunión. Otra cuestión era cómo iba a conseguir semejante hazaña.

Estaba por llegar a la puerta del elegante y exclusivísimo club que habían escogido para tal fin cuando de él salió Rush Marlow, marqués de Eington, uno de sus más grandes amigos desde la niñez. Este comenzó a sonreír cuando lo divisó, aunque al percatarse de su semblante cambió radicalmente su expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó a bocajarro, sin molestarse en dar los buenos días.

—Nada —contestó hosco, deteniéndose a su lado y muriéndose por un buen puro. Pero claro, era impensable ponerse a fumar en plena calle.

—Ya —contestó el otro con una mirada afilada que demostraba su incredulidad—. ¿Vienes a desayunar o a pelearte con las fieras para levantar el país?

—Lo segundo —confirmó mirando con impaciencia la puerta que su amigo tenía a su espalda.

—Oye, pues con la tremenda elocuencia de que haces gala hoy seguro que te los metes en el bolsillo. —Los ojos del duque relampaguearon advirtiendo del peligro, sin embargo, Marlow lo ignoró con osadía y se cruzó de brazos impasible—. El horrible carácter del que haces gala esta mañana no tendrá nada que ver con tu dulce mujercita, ¿verdad? —No hizo falta que contestase. El músculo que se tensó en su mandíbula y la completa inmovilidad que lo embargó fueron indicios suficientes—. Dios, Keylan, cuando la vi subir a toda prisa al coche no pensé… —Se calló de golpe cuando su compañero de toda la vida lo agarró del pañuelo del cuello y, tirando de él, lo acercó a su cara

hasta que quedaron a escasos dos centímetros.

—¿A quién viste, Rush? —preguntó en un susurro acerado.

—A tu esposa, claro. Y suéltame antes de que te despatarre en el suelo de un merecido puñetazo, cretino. —Key advirtió que el marqués de momento mantenía los brazos laxos a ambos lados del cuerpo, no obstante, su mirada transmitía una promesa, y él sabía que tenía el entrenamiento y la fuerza como para cumplirla. A fin de cuentas, se ejercitaban juntos en varios deportes todas las semanas. Con lentitud se separó de él y esperó, simulando una paciencia que no tenía, a que se acomodase la ropa que le había desordenado. Cuando hubo terminado, este lo miró con seriedad y preocupación—. ¿Entramos y hablamos? —sugirió.

—No, prefiero que esto sea privado. —Echó una mirada sobre el hombro hacia el estrecho jardín que separaba los dos edificios. Lo señaló con la cabeza—. Necesito un cigarro —fue todo lo que dijo, y ambos se dirigieron prestos hacia allí mientras abrían sus pitilleras y se encendían sendos puros. Después de una profunda calada Keylan le echó una ojeada inquisitiva.

—Tu mujer ha salido de este mismo jardín con bastante prisa y se ha metido en tu coche, y luego el cochero ha partido como alma que lleva el diablo. —La mirada extrañada del duque coincidía con sus mismos sentimientos al presenciar la escena poco antes—. Yo había salido a fumar porque en el club el aire estaba muy viciado y hacía calor, y me extrañó tanto que utilizase la puerta trasera, como la tosca capa que llevaba. Además, los grandotes que siempre la acompañan acababan de entrar corriendo en tropel por la entrada principal…

—¿Se ha marchado sin protección? —preguntó incrédulo, mientras la preocupación le arañaba la boca del estómago.

—No si cuentas al caballero que la acompaña —contestó en tono cauto. Storn cerró la boca de golpe y sintió como si lo hubiesen apuñalado por la espalda. Probablemente dejó entrever parte de su dolor, porque la expresión de su amigo se volvió apesadumbrada—. Keny… —lo llamó por su apodo de

juventud.

—¿Lo reconociste? —inquirió con voz rasgada.

—No, se ocultaba bajó un gran sombrero, y se cuidó mucho de pasar desapercibido, así como de que su rostro no quedara nunca a la vista. Se metió en el coche minutos antes de que ella llegara. —Keylan levantó la cabeza.

—¿No la esperó aquí, la ayudó a llegar al carruaje y se fueron?

—Ni mucho menos. Se coló dentro, y cuando tu dama entró salieron disparados. —Los ojos del duque se entrecerraron. La duda, la sospecha y un incipiente miedo le apretaron las entrañas. «Dios mío, prefiero que me esté siendo infiel. Que no la tenga él, te lo suplico».

—¿Reconociste a mi cochero, Rush? —preguntó con un hilo de voz, aunque en su interior ya sabía la respuesta.

—Ahora que lo mencionas, no. ¿Qué pasa, Keylan? —Storn echó a correr hacia la calle y cuando llegó allí, se detuvo, indeciso. Se dio la vuelta para encontrarse a su amigo justo detrás de él.

—¿Cuánto hace de todo esto? —lo interrogó desesperado.

—Apenas unos minutos. Acababas de llegar cuando tu coche desaparecía de mi vista. —El duque oteó la atestada calle, donde coches de todos los colores se mezclaban.

—¿Por dónde?

—Por Rosand, en dirección a Benatr. —Por primera vez en aquel maldito día el destino se mostraba compasivo, Benatr era una calle enorme, pero sin ningún desvío posible hasta la salida de la ciudad. Volvió a desentenderse de su amigo—. Espera. No sé qué está pasando, pero voy contigo.

—No, necesito que me hagas un favor. —Vio que no le hacía gracia, aunque asintió—. Ve a mi casa y busca a Reskan Cetriar. Dile hacia donde nos dirigimos. Él sabrá qué hacer. —La cara de asombro de su amigo fue todo un poema, ya que pocas cosas conseguían impresionarlo ya.

—¿Esperas que intercepte al rey de Traguian? ¿Y cómo se supone que voy a pasar por encima de su interminable escolta de soldados, por no hablar de su

guardia personal?

—Siempre te he considerado un hombre de recursos. Y esta es una cuestión de vida o muerte. Confío en ti, amigo. —Marlow le dio la mano, asintiendo.

—Nos vemos en un momento, hermano.

Y cada hombre se marchó a acometer su importante tarea.

Helailla se estaba asustando por momentos y sabía que sus posibilidades de escapar eran cada vez más escasas. Acababan de dejar atrás el casco urbano y, por la velocidad que estaba cogiendo el coche, se podía adivinar que el paisaje se extendía ya, abierto, ante ellos, sin testigos que pudiesen presenciar lo que aquel maniaco pretendiese hacer con ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y casi pudo sentir la sonrisa maligna de su secuestrador al detectarlo. Había pretendido ser intrépida y no darle motivos para mofarse de ella en ese sentido, pero sus nobles intenciones se iban esfumando con cada kilómetro que la separaba de la civilización y la dejaba sola con esa mole de músculos e intenciones homicidas.

Quería preguntarle por qué, ansiaba con desesperación saber los motivos por los que ese día iba a morir a manos de un desconocido, pero, aunque ya nadie podría oírla, él seguía tapándole la boca, como si no quisiera que suplicara por su vida. Como si fuera a hacerlo. Al menos estaba segura de que no caería tan bajo, generaciones de reyes de sangre azul corrían por sus venas. Cualidades como la dignidad, el honor, el sacrificio o el orgullo estaban impregnadas en cada poro de su piel y, si debía morir, lo haría con valentía. De todos modos, él no había vuelto a abrir la boca desde que ella subiera al carruaje, por lo que no confiaba en sacarle mucho.

Un bache los hizo saltar bruscamente de sus asientos y como el hombre no iba agarrado, ya que tenía las manos ocupadas sujetándola a ella, pegó un bote tremendo y, golpeándose la cabeza con el techo, la soltó. Cuando se desplomaron en el asiento, Lalla ya no estaba sentada sobre sus muslos, sino

tirada a un lado, y volvía a ser libre. Tenía solo unos segundos y los aprovechó. Empujándolo con fuerza, terminó de desestabilizarlo, pues con el impacto en la cabeza se había quedado un tanto aturdido, y tanteó la puerta hasta que encontró la manecilla. Lo que iba a hacer era un suicidio, pero quedarse allí significaba una muerte segura, por lo que sin pensárselo dos veces la giró. La puerta se abrió de golpe y en unos instantes fue arrancada de cuajo por el efecto de la terrible velocidad que llevaban. Saliendo disparada, rebotó varias veces contra el suelo. Helailla tragó saliva, acongojada y temblorosa, escuchando el viento que aullaba por el hueco abierto.

Una mano enorme la aferró del hombro por detrás; haciéndola girar, agarró su frágil cuello como si de una ramita seca se tratase y apretó despacio, disfrutando del hecho de poder contemplar cómo poco a poco se iba quedando sin aire. La muchacha se esforzaba por no perder los nervios mientras asía las garras de aquella bestia e intentaba con todas fuerzas apartarlas de su garganta, pero sabía que nunca lo conseguiría. Siempre había reconocido que la fuerza de una mujer no era comparable a la de un hombre, por eso se había dedicado en cuerpo y alma a entrenarse con diferentes armas, para intentar compensar esa diferencia; sin embargo, solo entonces advertía que había estado engañándose. Impotente y apenas sin respiración, estiró las manos hasta el rostro masculino y, cuando lo halló, clavó las uñas con saña allí donde encontró carne y rasgó cuanto halló a su paso, con el único pensamiento racional de defenderse. El aullido de dolor se escuchó con claridad, aún a pesar del resoplar del viento que se colaba del exterior, y sorprendentemente se encontró libre. Tosió y buscó aire con desesperación, los ojos llenos de lágrimas.

Sin fuerzas fue gateando hasta la salida, sabía que no le quedaba mucho tiempo, por lo que se agarró con ambas manos al marco donde había estado antes la puerta e inspiró aire con fuerza, dispuesta a cambiar una muerte horrenda por otra.

De nuevo una mano asió su tobillo derecho y, empezando a tirar de él con

fuerza inexorable, volvió a introducirla en el coche. Dejó escapar un grito de terror, sabiendo que, si lo permitía, ya no habría salvación, aquel salvaje la asesinaría en segundos. Flexionó cuanto pudo la pierna libre y le dio una tremenda patada. Esperaba haberse roto algo ella misma, dado que sus zapatos eran tan suaves y blandos que no significaban protección alguna para sus pies y, por supuesto, entre su ceguera y las circunstancias extremas, no había tenido oportunidad de calcular su puntería, pero a juzgar por el terrible alarido que él profirió, reconoció el punto exacto donde le había acertado y supuso que no podía haber encontrado un sitio mejor. Su pie se vio liberado de inmediato, circunstancia que aprovechó para cerrar los ojos, murmurar en silencio el nombre de su marido y lanzarse al vacío.

Cuando Keylan vio a la mujer de cabellos rubios precipitarse del coche en marcha su corazón dejó de latir. Literalmente. El cuerpo femenino cayó con un golpe seco en el duro suelo, dio varios botes, en uno de los cuales su cabeza chocó con violencia con una enorme piedra y terminó tirado como un fardo en el camino, inmóvil. Como un cadáver. Keylan sintió arcadas mientras su mirada seguía febril el bulto desmadejado de su esposa, porque él sabía que era ella a pesar de la distancia que aún los separaba.

Había reconocido el coche ducal de ambos en la calle Benatr, incluso con el tremendo tráfico que había a esa hora y que entorpecía su propia captura. Los había seguido desde lejos todo el trayecto, maldiciendo el lento avance y los minutos perdidos charlando con Rush antes de saber lo que estaba ocurriendo, pero al fin habían salido a campo abierto y podía avanzar más rápido que ellos puesto que viajaban en coche y él a caballo. El problema era que le sacaban una buena ventaja, y le iba a costar un rato y forzar a Talos lo indecible para conseguir alcanzarlos.

Entonces observó asombrado cómo aquel enorme objeto volaba por los aires. Cuando llegó a su altura y comprobó que era nada menos que la puerta

del vehículo se quedó anonadado. Por Dios bendito, ¿qué estaba sucediendo dentro de aquel carruaje? se preguntó aterrorizado, hincando los talones en el semental.

Cuando llegó hasta el cuerpo inerte de su esposa se dejó caer de rodillas a su lado, sin tocarla por miedo a empeorar sus lesiones, que sabía que eran muchas, a juzgar por su terrible aspecto.

Toda su ropa estaba rasgada, aunque eso era lo de menos, claro estaba. La cara estaba llena de arañazos, y un ojo se le estaba hinchando. Había vuelto a dislocársele un hombro, por fortuna el contrario de la última vez, y estaba bastante seguro de que de nuevo tendría algunas costillas rotas, además de la muñeca izquierda, que formaba un ángulo extraño.

Eso si estaba viva. No se atrevió a comprobarlo, le faltó coraje. No se dio cuenta de que estaba llorando, ni escuchó sus propios gritos de angustia que espantaron a todos los animales de los alrededores. Simplemente cogió con infinita ternura el cuerpo laxo de su mujer y lo abrazó, suplicando morir con ella.

Cuando Reskan y los otros llegaron detuvieron sus monturas unos metros por detrás y caminaron despacio hacia la pareja, no queriendo creer la escena que tenían frente a sí. Los alaridos masculinos estaban llenos de un dolor agónico tan grande que todos tragaron saliva, atenazados por un mismo temor. Reskan cerró los ojos un momento cuando se situó a su lado y pudo ver el estado de su hermana. Según estaba su marido, supuso que su dulce y hermosa niña había fallecido, y sintió el escozor de las lágrimas que luchaban por salir. Al mirar a su alrededor comprobó que a sus primos les pasaba igual, todos iban a sucumbir a la pena y probablemente a la rabia, haciendo algo drástico, y aunque la venganza era una promesa que podía hacerles a sus seres queridos, de momento seguían sin saber hacia quién dirigirla, por lo que el camino más rápido sería interrogar al duque para sonsacarle lo que sabía, y en esos

momentos no serían muy amables con él.

—Dariel. —De inmediato se acercó a él. Cuando estuvo a su lado le señaló a su cuñado—. Sepáralo de ella o se volverá loco —dijo en voz baja, aunque era innecesario pues seguía gritando como si en efecto estuviese poseído por algún tipo de demencia.

El conde puso la mano en el hombro de su amigo a la vez que intentaba coger a su prima de sus brazos, pero Keylan rugió, feroz, y lo apartó de un manotazo tremendo que lo envió trastabillando hacia atrás unos metros. Ante una señal del rey otros dos hombres lo intentaron y, mientras que ellos forcejeaban con el enfurecido marido, Reskan se puso frente a él y de un tremendo derechazo le dejó noqueado.

El monarca se frotó los nudillos con un suspiro resignado y esperó a que Dare se uniera a él.

—Dios, Res, esto es una mierda. Hemos perdido a Lalla… —Se le quebró la voz por la emoción, y por un instante tampoco él pudo decir nada. Se abrazaron en silencio, compartiendo la pena.

—Lo sé —atinó a decir poco después—. No sé qué voy a hacer sin ella, primo. Kana es la mitad de mi corazón, pero mi hermana es… era la mitad de mi alma. —Brangor asintió, comprendiendo al punto lo que quería decir.

—Era el alma de todos nosotros —se lamentó.

—¡Chicos, no la enterréis todavía que este corazón sigue latiendo, aunque por los pelos! —Los dos se volvieron sorprendidos para ver al marqués de Eington inclinado sobre la joven, tomándole el pulso del cuello. Corrieron hacia ellos y se arrodillaron a su lado—. Las pulsaciones son muy débiles y escasas, pero está viva —dijo, mirándolos con una inconfundible alegría. Esa vez sí hubo lágrimas y risas de alivio.

—Gracias a Dios —murmuró Dariel mientras se secaba los ojos sin reparo. Struan se levantó e hizo frenéticas señas al carruaje, que se acercaba a lo lejos, para que se diera prisa. Todos sabían que era Noa con el médico de Reskan, al que habían llamado mientras preparaban el coche para trasladar a

la muchacha, puesto que ninguno dudaba de que la fueran a recuperar. La verdadera cuestión era si serían capaces de salvarla.

# Capítulo 13

Esa terrible incógnita los había acechado durante ocho interminables días y aún mantenía despierta a toda la casa, meditó Reskan dolorido y agotado en aquel nuevo amanecer.

Su hermana no había vuelto a la vida en ningún momento desde que la encontraran. Permanecía inerte, como si de verdad hubiese muerto, salvo las ocasiones en que aún inconsciente se ponía a gritar como una loca debido a los horribles dolores de cabeza que la atacaban. Keylan había admitido que estos llevaban acosándola desde la caída por las escaleras, dos meses atrás, y Res había sentido la tentación de romperle algo por ocultarle una información tan importante. En ese momento no tenía sentido discutir con él, el médico pronosticaba que Lalla podía no salir jamás de ese estado de inconsciencia.

Se pasó la mano por el pelo en un gesto nervioso a la vez que soltaba un taco. Lalla ya había sufrido bastante, primero en la explosión, mientras ayudaba a Kana, lo que dio lugar a que se quedara ciega. Y estaba seguro de que era gracias a algún pecado de su esposo que habían intentado matarla en dos ocasiones. ¿Cuánto más tenía que pasar la dulce y antaño dicharachera Helailla por culpa de los demás, antes de que el destino la dejara en paz?

—Debo… de encontrarme francamente mal… para que te muestres tan abatido, hermano. —Aunque fue un susurro nada más, la escuchó y levantó la cabeza de golpe. Cogió su mano y gruesas lágrimas rodaron por su hermoso rostro mientras se bebía sus conocidos rasgos, por fin vitales.

—¿Y cómo se supone que conoces tú mi estado de ánimo? —preguntó en un intento por serenarse, pues de sobra sabía que ella era consciente de esas cosas, aunque no pudiese verlas.

—Puedo sentir tu tristeza —admitió—. Incluso oigo tus lágrimas cuando caen sobre las sábanas.

—Menudo oído tienes —bufó con sarcasmo.

—¿Me voy a morir entonces? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Por qué dices eso? —inquirió a su vez, con voz queda.

—Sé que la caída fue atroz y que es probable que tuviera consecuencias. Sin embargo, no siento nada, solo laxitud y una agradable semiinconsciencia, pero tú estás terriblemente preocupado, y todo está tan silencioso, como si la casa estuviese de luto… ¿Es eso, Res? ¿Estáis preparando mi entierro?

—¡No digas estupideces! —respondió enfadado—. Claro que estábamos preocupados, llevas ocho días inconsciente. No sabíamos si despertarías o no y, si te sientes en el limbo es porque te mantenemos hasta las cejas de láudano, ya que no podíamos soportar tus angustiosos gritos de sufrimiento. —Esperaba su consabida diatriba acerca de narcotizarla, no obstante, se limitó a mirarlo inquisitiva, así que prosiguió—. Al caer te golpeaste brutalmente la cabeza contra una roca, lo que ha provocado una gran inflamación en tu cerebro que te causa alarmantes dolores. No puedes imaginar lo traumático que ha sido para todos nosotros ser testigos impotentes de la tortura que padeces, los sollozos, los alaridos desoladores… No pudimos soportarlo, y Keylan y yo autorizamos que te suministrasen la droga que tanto detestas. Aun así, solo minimizamos un tanto tu padecimiento —admitió con profundo pesar. Ella no dijo nada y la miró preocupado.

—¿Dónde está? —preguntó. No tuvo que aclarar a quién se refería.

—No se ha movido de aquí desde que te trajimos. No ha comido, ni dormido, ni hablado con nadie. Pensé que caería enfermo también. Incluso sopesé sacarlo por la fuerza, pero solo habría conseguido enfurecerlo aún más, no que se cuidase. —Se frotó la cara con cansancio—. Al final, esta

madrugada se ha desplomado, como era de esperar. —La joven abrió los ojos como platos e intentó erguirse, sin embargo, los músculos no le respondieron —. Estate quieta, ese tonto lleva cuatro horas durmiendo como un tronco, y mis hombres no lo dejarán abandonar sus habitaciones hasta que no se haya bañado, cambiado de ropa y comido en condiciones. Después podrá venir a verte o a retarme a duelo, lo que más le plazca.

—Estoy pensándomelo —contestó el aludido desde la puerta, contra la cual estaba apoyado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su mirada estaba dirigida a su esposa, a quien no quitaba ojo, evaluando su estado. Reskan advirtió que en efecto estaba aseado y ya no llevaba la misma ropa de la última semana, aunque se cuidó de mostrar su regocijo. De un empujón Key se separó de la madera y se acercó con lentitud a la cama por el lado contrario al del rey. Cuando quedaron frente a frente le dirigió una mirada penetrante y fiera, pero no tardó en volver a centrar su atención en la joven.

—Bienvenida al mundo, princesa.

Helailla sintió un tironcito en las entrañas y cierto calorcillo incómodo muy cerca del corazón cuando escuchó que esa voz profunda y aterciopelada se dirigía a ella con evidente preocupación y ternura. Además, saber que había estado al pie de su cama, desesperado por su bienestar, la intranquilizaba de manera inexplicable.

Era consciente de que su matrimonio estaba roto, de que ella misma había dado el paso definitivo declarándose independiente de él, y no pretendía echarse atrás. Sin embargo, el tumulto de sensaciones que se arremolinaban en su pecho por volver a encontrarse junto a su marido la golpeaban sin piedad como ráfagas de un intenso viento que azotaban su cara tras un día de intenso calor. Ella deseaba con algo demasiado parecido a la desesperación alzar el rostro al cielo para que la violenta tempestad hiciera con ella lo que quisiera.

Y eso tenía un nombre. Masoquismo.

Así que apuntaló sus defensas y se preparó para otra batalla feroz contra aquel formidable guerrero que era su marido.

Keylan se mostró impasible ante el silencio de su esposa, pero muy dentro de sí acusó el impacto de su rechazo, entendiendo a la perfección que ella se mantenía en sus trece en sus intenciones de separase de él. El miedo volvió a embargarlo, esa vez de una manera diferente, puesto que su seguridad estaba de momento garantizada; no obstante, el temor a perderla, a que saliera de manera definitiva de su vida, le atenazaba el corazón y le impedía respirar.

Sabía que había hecho cuanto había estado en su mano para llegar a ese punto, pero, por Dios, la necesitaba en su vida. Sin ella su existencia no era más que una cáscara vacía, un ver pasar los días, un mundo frío y solitario en el que nadie se preocupaba por él porque había echado a todos cuantos lo rodeaban, aquellos a los que en algún momento les podría haber importado.

Pero aparte de lo difícil que le resultaba expresar sus sentimientos aún había alguien empeñado en matarla, muy probablemente por su culpa, y las pesadillas seguían ahí, acosándolo con inusitada fuerza, por lo que, por más que lo deseara con desesperación, tenía que seguir alejado de ella por su propio bien. Aunque eso significara perderla para siempre.

—Sé que estás agotada, cariño —estaba diciendo su hermano—. Pero antes de que te dejes vences por el cansancio tengo que preguntarte por la traumática experiencia que has vivido. Justo ahora que te has despertado tu memoria está más fresca que nunca, y necesitamos que nos cuentes cuanto recuerdes —pidió con dulzura. Como si las palabras de su hermano fueran el pistoletazo de salida, los terribles acontecimientos que había padecido la asaltaron con impactante intensidad y claridad. Comenzó a temblar de forma descontrolada mientras las imágenes danzaban por su mente, como si todo estuviese repitiéndose de nuevo. Keylan cogió su mano con delicadeza y se la apretó con suavidad. No se atrevía a hacer nada más, como a abrazarla con fuerza,

como le habría gustado, por temor a que lo rechazase, pero ella ni siquiera pareció percatarse del contacto, tan perdida parecía estar en la bruma de pavor y angustia que la envolvía—. Lalla, sabes que estás a salvo en tu habitación, ¿verdad? —preguntó con voz queda el rey. El mensaje tranquilizador debió filtrarse en la mente aturdida de la joven, porque parte de la tremenda tensión que la embargaba se disolvió, y restituyó algo de sosiego a su debilitado cuerpo. Su mano aflojó el apretón que mantenía sobre la de su marido sin pretenderlo.

—¿Qué… qué necesitas? —preguntó en un hilo de voz, en parte por los traumáticos recuerdos, pero también porque tras más de una semana inconsciente estaba quedándose sin fuerzas con rapidez.

—En primer lugar, ¿por qué te encontrabas en la situación de enfrentarte sola a tu atacante? —Helailla gimió para sí, sabiendo que esa espinosa cuestión terminaría por llegar. Se salvó momentáneamente de contestar cuando la puerta se abrió tras unos suaves golpes y apareció Dare, con seguridad avisado de que se hallaba despierta por el competente guardia que custodiaría su puerta. El conde era el hombre de mayor confianza de su hermano, y no cabía duda de que querría contar con su opinión en el asunto, razón por la que lo habría invitado a unirse a ellos. Después de unos momentos en que su primo mostró su enorme alivio por su recuperación, Reskan insistió—. ¿Y bien, querida? ¿Puedes darme una razón plausible para que te hallases sin tu escolta, teniendo a un asesino tras de ti desde hace dos meses? —preguntó esa vez con voz más dura. La muchacha soltó la mano de su esposo, que no recordaba haber cogido, y suspiró con fatiga.

—Ahora puedo ver que fue un gesto estúpido, pero entonces estaba furiosa y dolida, y también harta de sentirme acosada en todo momento. Tan solo quería unos pocos minutos de privacidad para reorganizar mi vida, pensé que eso sería lo que necesitarían los soldados para darse cuenta de mi pequeño engaño. —Los ojos se le inundaron de lágrimas y se detuvo un momento para tranquilizarse y evitar que se derramasen. Supuso que el cansancio estaba

haciendo mella en ella, y por eso se sentía tan triste y pesarosa con la nueva perspectiva de futuro que se le presentaba.

Keylan cerró los ojos un instante, conmovido por la pena de su esposa. Además, tenía que apechugar con el cargo de conciencia de saber que ese último ataque había ocurrido por su culpa. Si no la hubiese obligado a abandonarlo, permitiendo además que saliese de casa en aquel estado mental, ella no habría sentido la necesidad de deshacerse de los guardias y exponerse a ese nuevo peligro que a punto había estado de costarle la vida.

Alzó la mirada para encontrarse los fríos ojos azules grisáceos de su cuñado fijos en él, con un profundo entrecejo que se marcaba entre ellos. Sabía lo que estaba pensando, y también fue consciente de que decidió dejarlo correr, por el momento, ya que era evidente que la duquesa se estaba quedando dormida.

—Ya hablaremos de eso. Ahora cuéntanos qué ocurrió, desde el principio. —Ella abrió los ojos por completo y procuró despejarse.

—Incorpórame, Res. —Aunque los tres hombres hubiesen preferido no hacerlo, puesto que tenía un cabestrillo en el brazo izquierdo, que protegía ese hombro, la muñeca de ese mismo lado rota y cuatro costillas reventadas, por lo que moverla mínimamente, a pesar de haber transcurrido ocho días, no sería agradable, sabían que estaba haciendo un intento desesperado por mantenerse despierta, así que con infinito cuidado entre todos la colocaron sobre una montaña de almohadas, procurando que estuviese lo más cómoda posible, haciendo muecas cuando los suaves gemidos de dolor rasgaban sus oídos. Cuando consiguió normalizar su respiración, les hizo un relato breve del intercambio de capa y sombrero con su criada, y cómo había conseguido llegar hasta su carruaje sin problemas—. Entonces, cuando se puso en marcha y yo estaba felicitándome por haber sido tan lista, noté el olor a sándalo. —Keylan se envaró, pero aparte de eso no dejó traslucir ninguna de las emociones que lo acosaban—. Él se dio cuenta y me inmovilizó. Fue la única vez que se dirigió a mí, y solo puedo decir es que era culto, de clase noble y mayor. No anciano, pero sí bastante más viejo que cualquiera de nosotros. Estaba segura

de que iba a matarme y que, si quería evitarlo, tenía que intentar sorprenderlo, pero no sabía cómo. Entonces cogimos un bache y se golpeó contra el techo… —Les contó de su primer intento de saltar del coche en marcha, y aunque no podía verlos supo con meridiana claridad que los tres mostraban idénticas caras de incredulidad y pavor, intentando decidir si sus actos podían considerarse heroicos o simplemente locos. Al final supuso que, como estaba viva, sería lo primero. Cuando pudo disminuir un poco los latidos de su corazón, siguió narrándoles que, después de conseguir que dejase de estrangularla, supo que arrojarse del coche era su única oportunidad, y que lo había hecho sin dudar.

Los tres hombres la miraban en silencio, consternados, mientras sus ojos repasaban las marcas negras que aún estropeaban el blanco níveo de su hermoso cuello, prueba fehaciente de que aquel cabrón sin escrúpulos de verdad la habría matado en cuestión de segundos si no hubiese tenido el arrojo de lanzarse por el hueco de la puerta, aún a pesar de la endemoniada velocidad que llevaba el coche tirado por los dos excelentes purasangres.

—¿Hay algún otro detalle que puedas recordar, cariño? —la apremió su hermano. Durante un momento no dijo nada, después abrió despacio los ojos y esbozó una ligera sonrisa.

—Lo herí. —La breve pero complacida carcajada de Res resonó en la habitación.

—Por supuesto que sí. ¿Dónde? —preguntó con curiosidad.

—Bueno, le acerté una tremenda patada en… cierto sitio de incalculable valor para un caballero. —A las suaves risas del rey se sumaron las de su primo—. Pero sé que le infringí un considerable daño a su rostro. Después de la sorpresa de tocar esa horrible cicatriz, le arañé ambos lados de la cara y fui muy concienzuda…

—¿Cicatriz? —graznó Keylan, quién, hablando por primera vez, interrumpió la explicación de su esposa. Incluso a sus oídos su voz había sonado tensa y ahogada, pero sentía como si fuese a desplomarse de un momento a otro.

—Eso he dicho —contestó ella en tono seco.

—¿Cómo era? —Moduló las palabras de modo que pareciesen tan solo curiosas.

—¿La marca? —preguntó extrañada. Cerró los ojos, intentando recordar las sensaciones al tocarla. Había sucedido en cuestión de segundos, y la falta de oxígeno y la seguridad de que iba a morir le habían restado importancia a la cuestión, pero intentó centrarse en ello—. Era irregular, larga, desde la mejilla hasta la sien, donde tenía lo peor, como si allí le hubiese estallado algo… — Keylan estaba mortalmente pálido, sentía que la habitación daba vueltas y que por primera vez en su vida se desmayaría. Aquello no podía estar pasando en realidad, su mente se lo estaba inventando. Sí, eso era, estaba inmerso en una de sus pesadillas, la peor de todas, a decir verdad, y no podía despertar.

Reskan había estado observando con atención a su cuñado desde que su hermana empezara a contar el espeluznante episodio por el que había pasado. Se levantó de la cama con disimulo y con un imperceptible gesto a Dare se retiró unos pasos con él, aunque no lo bastante como para no escuchar lo que la pareja hablaba.

—Busca a Osian y a Briadan. Diles que estén preparados. —Una chispa de sorpresa apareció en los ojos azules del conde, pero asintió y salió silencioso de la habitación. Res permaneció donde estaba, sus ojos entrecerrados clavados en el hombre que interrogaba a su sangre.

—¿En qué lado de la cara la tenía? —le estaba preguntando en ese momento con voz algo alterada, que fácilmente podía achacarse al peligro que su bien amada esposa había sufrido, pensó sarcástico el monarca.

—¿Por qué es tan importante esa cicatriz? —inquirió exasperada. «Sí, ¿por qué?», se preguntó en silencio el rey mientras sus ojos se achicaban un poco más, con aire calculador.

—Cualquier detalle es primordial, Hela. Nos ayudará a dar con ese canalla.

—Está bien. En el izquierdo —capituló. Estaba claro que se encontraba agotada. Reskan se adelantó, y quitando algunas de las almohadas la ayudó a

tumbarse de nuevo, diciéndole que no debía esforzarse más de la cuenta o podría recaer. Cuando terminaba de acomodarla y la tapaba hasta la barbilla, la joven había sucumbido a un profundo sueño.

Entretanto miró de reojo a su alrededor, y su sonrisa felina demostró que había estado en lo cierto. Su cuñadito ya no estaba en la habitación. Como él había esperado, había aprovechado su descuido para escabullirse. Solo alguien con algo turbio que ocultar actuaría de un modo tan ladino.

Con paso lento y mesurado salió del dormitorio, cerró con suavidad la puerta tras de sí, y se aseguró de que el guardia fuese en busca de una de sus primas para que cuidase de Lalla durante su ausencia.

A fin de cuentas, desconocía cuanto tiempo iba a llevarle ese desagradable asunto.

Cuando llegó a los alrededores de las cuadras, el familiar sonido del trino de un jilguero lo obligó a detenerse. Osian no solo era el mejor rastreador de los siete, además, se le daba muy bien imitar animales, y el segundo silbido, tan perfecto como el primero, le indicó que estaban tras unos árboles, a su derecha. Cuando llegó hasta ellos, una sonrisa de satisfacción dejó clara su complacencia por los cuatro caballos que los hombres sostenían de sus riendas.

—Está dentro, preparando su semental —informó Briadan en cuanto se acercó lo suficiente como para contárselo en voz baja. El rey asintió, pero no contestó. De momento no deseaba contarles nada, al menos hasta que tuviera una idea de en qué aguas se estaban metiendo. Le confiaría su vida a cualquiera de sus primos, de hecho, ya había tenido necesidad de hacerlo en unas cuantas ocasiones; no obstante, en honor al evidente deseo del duque de salvaguardar la intimidad de su propia familia, hasta que no calibrase la gravedad del asunto y las posibles repercusiones que este tendría en las vidas de todos, se guardaría para sí la escasísima información de que disponía.

Cruzó una mirada cargada de significado con Dare, el único que sabía tanto como él, y se giró en dirección a los establos cuando la puerta se abrió y dejó salir a su cuñado montado en el espléndido caballo que tanto apreciaba. De inmediato, espoleando al purasangre, lo puso al galope. Los cuatro subieron con agilidad a sus monturas.

—No lo atosiguéis, no quiero que se dé cuenta de nuestra presencia. Si lo perdemos, confío que Osian sea capaz de encontrar su rastro, aunque esperemos no llegar a eso. Este asunto es de vital importancia. —Los otros asintieron en señal de conformidad. Ninguno se movió durante un par de minutos, la quietud del día envolvía la mañana, y no parecía que estuviesen ansiosos o inquietos mientras se miraban unos a otros con ojos impenetrables; pero, cuando el líder dio la orden silenciosa, la marea de cascos que golpeaban el suelo salpicando tierra y piedras a su paso mientras se lanzaban a la carrera, como un solo jinete, dio toda la impresión de que el duque estaba a punto de encontrarse en serios aprietos, con independencia de lo que encontrase cuando llegase a su destino.

Lo que el duque encontró cuando llegó a su destino lo dejó helado hasta la médula de los huesos, incapaz de respirar durante unos angustiosos segundos y de pensar con claridad un tiempo bastante más largo.

Había llegado allí en tiempo récord, forzando a su montura mientras se repetía la misma frase como una letanía. «No es posible, no es posible, no es posible». Confiaba en que a fuerza de insistir conseguiría hacerlo realidad, aunque él había estado condenadamente seguro de ello durante once malditos años.

Apenas había frenado el caballo cuando se deslizó de la montura y atisbó el lugar, intentando recordar el sitio exacto, que por otro lado nunca había visto en persona. Dios, más de una década cambiaba mucho un paraje, aunque fuese uno que no había tocado la mano del hombre. Inspiró con fuerza y procuró

serenarse lo suficiente como para prestar atención a los detalles, detalles que le esclarecerían cuál era el punto exacto que estaba buscando.

Entonces lo vio. Ya no había un montículo de tierra que lo destacase, ni tampoco la piedra redonda a la derecha. Y el enorme sauce de detrás en ese momento estaba irreconocible. Supuso que probablemente le habría caído un rayo hacía mucho tiempo, porque quedaba más o menos la mitad, que estaba negra. Con razón le había resultado tan difícil encontrar la zona, a pesar de los minuciosos detalles que le habían facilitado en su momento.

Se puso manos a la obra de inmediato. De las alforjas sacó una gran pala y se acercó con pasos lentos y la respiración atascada en la garganta. El corazón le retumbaba en los oídos, junto con unos inconfundibles gritos que llevaban persiguiéndolo toda una vida, pero los desechó con contundencia y clavó la pala con determinación en la dura tierra. Esa palada fue la peor, después ya no sintió nada, salvo el apremio por terminar y salir de dudas.

Con el correr del tiempo se había quitado el abrigo, la chaqueta y el chaleco, además del molesto pañuelo. A pesar del frío que estaba seguro que hacía, respiraba agitado y el sudor le empapaba la fina camisa, que se le pegaba al cuerpo.

Se obligaba a no pensar, a no sentir, o no podría continuar, pero tenía que asegurarse, se dijo con convicción. Eliminar esa posibilidad no le devolvería la tranquilidad de espíritu, no detendría sus pesadillas, no obstante, aliviaría una tensión insoportable que había estado apoderándose poco a poco de su alma desde el día de la fiesta, cuando tiraron escaleras abajo a Hela.

«Hela».

Cerró los ojos con fuerza, haciéndose daño con el mango de la pala al apretarlo con toda la energía que poseía. Dios todopoderoso, su mujer estaba planeando dejarlo, iba a salir de su vida como si nunca hubiera significado gran cosa para ella, y él no podía hacer nada salvo una graciosa reverencia antes de apuñalarse él mismo en un intento de arrancarse el corazón para no sufrir ese tormento eternamente.

Un repentino olor a mojado le hizo abrir los ojos y volver a clavar la maldita pala con renovado vigor, alejando sus tormentosos pensamientos a algún rincón escondido de su mente para analizarlos en otro momento. De repente, el sonido de la herramienta al chocar contra algo le destrozó los nervios. Se tiró al suelo y comenzó a escarbar con las manos. Sí, no había duda de que estaba ahí. Con desesperación siguió retirando tierra a manotazos, a ciegas, hasta que lo dejó despejado. Entonces cogió la palanca que también había tenido la previsión de llevar, y haciendo presión comenzó a forzar los lados de la estropeada caja de madera.

Jadeante y con el corazón en un puño se dispuso a enfrentarse a un momento que nunca creyó que tuviera que vivir, y se preparó mentalmente para lo que iba a encontrarse allí. No solo para la revelación en sí, sino porque esos once años no habían afectado solo al paisaje, sino también al interior de la caja.

Sintiendo que no porque dejase pasar el tiempo iba a aumentar su valor, exhaló con fuerza y levantó la tapa de golpe. Lo que vio allí lo obligó a dejarla caer con igual brusquedad hacia un lateral, mientras se quedaba mirando el oscuro contenido con la boca abierta y una mirada de completa incredulidad, incapaz de asimilar lo que estaba viendo.

—¿Qué se supone que debería haber ahí dentro? —murmuró en voz baja alguien a su lado. Aún sin volverse supo que quien estaba arrodillado a su derecha era su cuñado, al igual que cuando alguien ocupó idéntica posición a su izquierda reconoció a Dare sin mirarlo. Echó un rápido vistazo por debajo del despeinado flequillo a los otros dos primos, que se habían situado frente a ellos, y dejó caer los hombros derrotado. Qué más daba que media Dragarian estuviese allí. Ya todo estaba perdido.

—Un cadáver —susurró, esperando ver reflejadas en sus caras idénticas expresiones de sorpresa, desconfianza y repulsión, sin embargo, no ocurrió así. Se limitaron a observarlo, esperando más. Después de un momento Reskan se levantó, seguido por sus otros primos.

—Empieza a hablar, Storn. Estoy harto de este secretismo tuyo. Y, si quieres

contar con nuestra colaboración, te informo desde ya que solo será a cambio de la más absoluta verdad. —Keylan parpadeó, pensando que había escuchado mal, o que ellos simplemente no entendían.

—Soy un asesino —se vio obligado a soltar a bocajarro.

—Ya me imagino que ese fiambre que esperabas encontrar pudriéndose ahí abajo es un trabajito tuyo, y que es muy posible que se trate del miserable que está acosando a Lalla, el de la bonita cicatriz. Supongo que recuerdo de la escaramuza que previsiblemente debió haberlo metido en esa caja. Lo que quiero que me cuentes es lo que no sé. —Keylan estaba anonadado. La perspicacia del rey era sorprendente, había descubierto él solito gran parte de la historia, tan solo atando cabos—. Vamos, Storn, está amenazando con tormenta y, aunque tu aspecto ya no puede empeorar mucho más, nosotros aún pretendemos llegar a casa como elegantes caballeros —se burló, aunque en su mirada se apreciaba un brillo despiadado que no se molestaba en ocultar. Pero antes de confesar tenía que saber algo.

—¿Estás dispuesto a ayudarme a pesar de lo que ya sabes?

—En realidad, aún no sé mucho, ¿verdad? Sin embargo, no me trago ni por un instante que hayas matado a alguien a sangre fría. —Keylan se apresuró a rebatir su afirmación, pero se contuvo y formuló otra pregunta que le interesaba más.

—¿Por qué?

—Porque entonces esas pesadillas que te están consumiendo no llevarían años torturándote —afirmó con convicción—. Un alma perdida no tiene conciencia, amigo —adujo con una sonrisa sesgada.

—Quizá solo sean remordimientos… —insistió.

—Oh, seguro que sientes remordimientos, todos los hombres atormentados los tienen. Pero presiento que están motivados más bien por el resto de la historia que te esfuerzas por no contarme. —El matiz duro que había vuelto a su voz le recordó que estaba perdiendo la paciencia. Como reafirmando su actitud, unas gotas sueltas comenzaron a caer, débiles y dispersas. El rey no se

inmutó y lo miró con intensidad desde arriba, esperando—. Dime, Storn, ¿a quién mataste… supuestamente? —preguntó, echando una mirada a la caja vacía que había junto a ellos. El otro apretó los puños, en un último intento de resistirse a contar su más oscuro y terrible secreto. Después, mientras se esforzaba por relajar los dedos, susurró con voz ronca:

—A mi padre.

Un silencio ominoso se extendió por el paraje mientras una ráfaga de aire frío pareció llevarse las graves palabras.

—¿Al duque? —preguntó con cierto escepticismo—. Sebarian Lorian se ahogó con su esposa cuando navegaban por el río Orian.

—Sí, esa fue una buena historia —concedió con cansado cinismo—. Desde luego se le ocurrió a mi tío, yo no estuve en condiciones de razonar durante unas cuantas semanas después de la tragedia de aquel día. De hecho, Rodan temió que perdería la cordura. Y quizá lo hice, en cierto modo —musitó casi para sí. Los acontecimientos de esa mañana de verano, once años atrás, lo asaltaron con la fuerza de un hacha sobre su blando cráneo, y lo golpearon con insistencia una y otra vez hasta amenazar con partírselo. Reskan podía ver la angustia y la desolación reflejadas en los ojos del hombre, y aquello terminó de convencerlo de que fuese lo que fuese lo que tuviese que contarle, su cuñado no era un asesino, sino un hombre atormentado y muy solo.

—Cuéntanoslo, Keylan. Te prometo que no te daremos la espalda, por muy horrible que te parezca lo que hayas hecho. Para eso está la familia. Ya no estás solo. —La mirada turbia y asustada se clavó en la suya, y poco después dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Mi padre era un cabrón borracho y putero. En algún momento de su juventud se arrancó el corazón, si es que lo tuvo. Nos trataba a todos con despotismo y absoluta crueldad, sobre todo cuando bebía. Engañaba a mi madre con cuanta falda se ponía a su alcance, y se jactaba de ello en su cara,

restregándoselo siempre que tenía ocasión. Ella lo amaba, pobre tonta, y sus dos hijos fuimos testigos silenciosos de su sufrimiento durante todos esos años. Supongo que también le pegaba, aunque no tuve constancia hasta aquel día. —Se detuvo un momento, intentando encontrar el valor para ponerle palabras a lo que había ocurrido esa trágica mañana. Una cosa era soñar con ello cada noche, pero decirlo en voz alta… Cogió aire y pronunció la primera palabra. Después, sorprendentemente, el resto salió solo, como si llevase mucho tiempo contenido, esperando aquel momento—. Mi madre y yo estábamos en la biblioteca, buscando un libro que necesitaba para cuando reanudase mis clases en el colegio, cuando el duque apareció hecho una furia y se enfrentó a ella. Creo que ni reparó en mí, porque le echó en cara que había descubierto que tenía un amante. Al principio ella se quedó lívida, sin embargo, supongo que algo se rompió en su interior, después de tantos años de traiciones y humillaciones, y terminó confirmándoselo. Le dijo que había encontrado a un hombre magnífico que podía darle lo que su propio marido le había negado, y que a cambio ella le había regalado su cuerpo y su corazón. —Keylan levantó la mirada al cielo, y una tenue sonrisa se dibujó en su rostro angustiado—. Al final, ese hijo de puta había conseguido lo impensable, perder el amor y la lealtad de su esposa, pero aquello acabó con la frágil pátina de cordura que le quedaba. La abofeteó con fuerza y la tiró al suelo mientras la llamaba puta, y le advirtió que no le permitiría que lo convirtiese en el hazmerreír de toda la sociedad, poniéndole los cuernos. Entonces fui en su defensa, sin embargo, de un manotazo mi padre me mandó al otro lado de la habitación. Me golpeé la cabeza contra el escritorio y me quedé aturdido durante un rato. —Tuvo que hacer otra pausa, en un intento por controlar su respiración, profunda y entrecortada—. Cuando me recuperé estaban en el suelo y él la estaba estrangulando. Mi madre intentaba con todas sus fuerzas apartar sus garras de su garganta, pero, aparte de que la superaba con mucho en fuerza física, el duque estaba completamente trastornado en ese momento. No recuerdo qué pasó entonces, solo que fui consciente de que él estaba

decidido a matarla, y cuando quise darme cuenta tenía su pistola en las manos. Sabía que la guardaba en el primer cajón de su mesa y que cuando estaba en casa nunca lo tenía cerrado y… tan solo apunté y le grité: «¡Padre, déjela o dispararé!». Me miró y sonrió de manera fría y socarrona, apretando sus manos aún más en torno a su cuello, como si estuviera seguro de que no tendría los huevos de hacerlo. Aún recuerdo cómo temblaba el cañón y el sonido de mi respiración jadeante. Tenía tanto miedo que temí que me desmayaría, pero apreté el gatillo sintiendo que, ocurriera lo que ocurriera en los siguientes segundos, mi vida acababa ahí. Y, prácticamente, así ha sido —terminó, agotado. Reskan lo miraba con compasión, pero borró esa expresión de su rostro para que su amigo no la viese. Le concedió unos minutos para que se serenase y después, en un gesto que empezaba a molestarle por su frecuencia, le ofreció la mano. Él no se dio cuenta, tan perdido en sus pensamientos estaba, por lo que con suavidad le tocó el hombro y volvió a mostrársela. Al encontrarse con ella una sonrisa amarga apareció en los labios del duque, pero la cogió y se levantó haciendo una mueca de dolor, ya que tenía las piernas entumecidas debido al rato que había permanecido de rodillas en el suelo.

—Terrible relato —concedió el rey mientras le invitaba a un puro, el cual aceptó agradecido, porque si en algún momento lo había necesitado era ese. Después le dio otro a Dare y levantó una ceja divertido hacia Osian, pues sabía que él lo había tenido que dejar a instancias de su mujer. Su primo lo miró con acritud, pero no hizo comentarios.

—¿Me crees? —Res se enfrentó a la mirada seria de su cuñado sin pestañear.

—Por supuesto —afirmó sin dudarlo. Storn volvió sus ojos hacia los otros tres, que asintieron al momento, y sus hombros se relajaron al instante—. ¿En serio has pensado que los demás no aceptarán tu versión?

—Nos inventamos una muerte conveniente, y once años después sacamos a la luz otra muy distinta. ¿Por qué iba a ser esta la buena? —preguntó con un

deje de desesperación.

—Porque en esta ocasión se trata de la verdad —simplificó el rey—. De todos modos, da igual, la realidad para el mundo es que tus padres se ahogaron. —Keylan lo miró con fijeza.

—¿Vas a ayudarme a mantener esa farsa?

—Bueno, ya se sostiene sola —argumentó.

—Pero está el detallito de que quien anda tras Hela muy probablemente sea mi padre, sobre todo, después de abrir esta tumba vacía —insistió con una gran dosis de ironía.

—Lo cual me lleva a querer saber la historia completa —comentó cruzándose de brazos, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, a pesar de que unas amenazadoras ráfagas de viento habían comenzado a soplar y, removiendo las hojas del suelo, avisaban de que la tan temida tormenta se acercaba, después de todo. Keylan le dio otra calada al puro, disfrutando de la sensación de retener el humo en su garganta. Cuando lo expulsó, con calculada lentitud, volvió a sumergirse en sus recuerdos.

—El sonido del disparo atrajo al mayordomo, que se dio de bruces con la dantesca escena. Mi padre estaba despanzurrado encima de su mujer, con una bala perforándole la sien, y mi madre… no lo había conseguido. El muy cabrón logró llevársela con él antes de morir. En cuanto a mí, estaba en estado de *shock*. Cradal mandó llamar al ama de llaves para que me cuidase mientras que encomendaba a Morley, el jefe de cuadras, que fuese en busca de mi tío para solicitar su ayuda. Prohibió al resto del personal que se acercase a la biblioteca, aduciendo que la pistola se había descargado por accidente y que Su Excelencia no estaba de humor, razón por la que era mejor desaparecer de su vista hasta que se calmase. Cuando Rodan llegó, se quedó lívido un rato, incapaz de apartar la vista de aquel dantesco escenario, pero cuando se repuso de la impresión se encargó de todo. Lo primero que hizo fue quitarme la pistola de las manos, nadie se había atrevido a intentarlo, y después de zarandearme para captar mi atención me miró a los ojos. Fue la primera

persona que me miró como a un adulto, no como al niño que había sido hasta hacía un rato. «Has hecho lo correcto, Keylan, lo único que podías hacer. Y el valor y la sangre fría que has precisado para llevarlo a cabo te honran, hijo. Lamento profundamente que no haya servido para salvar a tu madre, pero eso no estaba en nuestras manos, ni mucho menos en las tuyas. Es un terrible momento para ti, lo sé, sin embargo, acabas de convertirte en un hombre, y debes ser fuerte por el apellido Storncrass, por el ducado, por la familia al completo, y sobre todas las cosas por tu hermana, que aún no se ha enterado del horrible accidente en el Orian, donde tus dos padres se han ahogado». —Keylan se pasó la mano por el pelo y se frotó la nuca en gesto cansado, pero prosiguió de inmediato. Necesitaba terminar con eso cuanto antes—. Recuerdo mi cara de incredulidad, no obstante, él se apresuró a explicarme que la familia nunca se recuperaría de un escándalo como aquel, ni yo tampoco, y que como el único adulto que quedaba no iba a permitir que nada malo nos sucediera a Iriana ni a mí, así que inventó la historia de que ese mismo día, para hacer las paces, mis padres se habían marchado de excursión, pero horas después el pequeño velero había volcado, y ambos fueron arrastrados por las indomables corrientes que tan famoso hacen a aquel río. —Keylan estaba visiblemente agarrotado, los puños cerrados con fuerza, el rostro crispado. Dariel se acercó y le apretó el hombro en un gesto de amistad, carente de compasión, que ayudó a disolver parte de la tensión que lo atenazaba.

—¿Por qué terminó él aquí? —El interrogado le echó una mirada que indicaba con claridad que le diese una tregua, pero el rey se limitó a entrever una ligera sonrisa.

—Ya puestos a mentir, decidimos que no queríamos que ese asesino estuviese enterrado en suelo sagrado, junto a mi madre, así que dijimos que no se había encontrado su cuerpo. El doctor Viker nos ayudó, atestiguando que la muerte de la duquesa había sido por ahogamiento. En cuanto a ese bastardo, lo sepultamos aquí para que se le comiesen los gusanos —terminó el duque con evidente odio.

—Pues han hecho un excelente trabajo. No han dejado ni un huesito —comentó burlón Briadan. Reskan lo amonestó con la mirada.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Dos criados de confianza de mi tío.

—¿Se encuentran todavía a su servicio?

—No. Tenían esperanzas de volver a su país, así que eran los candidatos perfectos para llevar a cabo esa tarea. Rodan les pagó con generosidad por ello, y después debían desaparecer de la faz de la Tierra.

—Muy conveniente, sí —convino pensativo.

—¿En qué estás pensando?

—¿Confías en tu tío? —Keylan lo miró con intensidad.

—Por supuesto.

—¿En serio?

—¿Qué quieres decir?

—He observado que no te llevas demasiado bien con tu familia. —El joven se removió, incómodo.

—Eso es cosa mía.

—Ya no hay nada tuyo, Storn. Acabas de hacerlo de todos nosotros.

—Me refiero —explicó, alargando las palabras de manera intencionada— a que yo provoqué la fractura con ellos.

—¿Por? —insistió el tozudo de su cuñado.

—Porque no soportaba mirarlos a la cara, por eso. Porque era un asesino y ensuciaba sus nombres cada vez que respiraba. Porque ponía en peligro sus reputaciones, su buen nombre, su estilo de vida. Porque permití que Iriana se quedara sin madre a los cinco años y la dejé huérfana de un certero disparo, sin poder hacer nada más que cogerla entre mis brazos cuando lloraba y gritaba cada maldito día suplicando que volviera su mamá. —Al final de su diatriba estaba gritando, con lágrimas de frustración y profundo dolor en los ojos.

—En el fondo eres consciente de que la salvaste de vivir junto a ese

monstruo, aun suponiendo que no lo hubiesen condenado, cosa que dudo seriamente —lo consoló.

—¿Quién sabe? ¡Quizá él habría sido mejor que nada!

—Pero ella no tuvo *nada,* ¿verdad? Te tuvo a ti, cada día de su vida hasta que te aseguraste de que podía seguir sin ti y te apartaste de todos. —Keylan se volvió y se alejó unos pasos.

—No estamos aquí para una sesión gratuita de terapia, gracias. Si ya has terminado tu interrogatorio, me gustaría volver a casa, aún queda un largo y agotador viaje por delante.

—Una cosa más, si no te importa. —Storn se giró y, haciendo un gesto con la mano, lo invitó a seguir.

—¿Sí? —inquirió con evidente mala gana.

—¿Quiénes están enterados de la verdadera historia de la muerte de tus padres?

—Cradal, Viker, Mildra, que es el ama de llaves, los dos criados que supuestamente enterraron el cadáver, y Rodan. A Iriana terminamos contándoselo, después de que yo mismo me pusiese en evidencia en una pelea tremenda con nuestro tío. De todos modos, ya tenía ciertas sospechas debido a mis constantes pesadillas. En cuanto al resto del personal de la casa, es de suponer que nadie se tragó la historia del hundimiento, pero habían sido maltratados durante años por aquel dictador y no tenían claro qué era lo que había ocurrido, así que se mantuvieron callados para mantener sus empleos. Con el correr de los años, la generosidad de mi bolsillo y la bondad de Iriana, se han mantenido leales a la familia. —Los cuatro hombres sabían que las amargas palabras no eran ciertas, pues habían convivido con él tanto en Stormcrass como en la casa de la ciudad el tiempo suficiente como para poder apreciar que era un empleador justo, considerado, desprendido y preocupado por el bienestar de toda la gente que trabajaba para él, por lo cual habían sido testigos de numerosas muestras de gratitud y cariño de sus criados hacía él.

—¿Y los que conocen la verdad mantendrán esa fidelidad?

—Por supuesto. Ninguno podrá olvidar que, aun muerto, mi padre todavía tenía las manos alrededor del cuello de su esposa —musitó en voz muy baja, recordando la aterradora imagen como si la tuviese enfrente en ese instante.

—Bien, todo está claro para mí. Será mejor que nos vayamos de este desagradable sitio, aunque antes habrá que tapar ese agujero. No queremos que nadie que pase por aquí se haga preguntas innecesarias. O que a papá le dé por rememorar momentos pasados y se dé cuenta de que lo hemos descubierto. —Sin mediar palabra, Briadan y Osian se fueron a hacerlo—. Hay algo más. —Su cuñado suspiró.

—Siempre lo hay. —El rey sonrió, apesadumbrado.

—Supongo que sí.

—¿De qué se trata esta vez?

—Tendrás que contárselo a Lalla. —Los ojos del duque perdieron todo signo de vida, único indicio que demostraba que le había escuchado—. No puedes ocultarle algo así. Lo sabes —presionó con delicadeza, pero con firmeza—. Yo no puedo —insistió ante su silencio.

—Tienes razón. Pero no ahora, cuando está tan débil y la atacan esos dolores de cabeza tan espantosos. —Vio que el monarca iba a replicar—. He comprobado que cuando se altera estos se multiplican y son más virulentos, y no me arriesgaré a que muera por uno de ellos solo para aliviar tu conciencia. Te doy mi palabra de que se lo diré en cuanto su estado general mejore. —El otro vaciló, pero al final asintió.

Los otros dos hombres regresaron con los abrigos colgados del hombro, y los cinco montaron en sus respectivas monturas. Keylan se volvió y echó un último vistazo a la tumba vacía, de nuevo tapada por tierra fresca. En ese momento no significaba nada, tan solo un fracaso del pasado que volvía para atormentarlo en el presente, pretendiendo robarle el tesoro más preciado que poseía.

Y se juró que lo destruiría de una vez por todas antes que permitirle conseguirlo.

Y esa vez llenaría esa tumba con sus propias manos.

Cuando subían las escaleras de acceso a la mansión, un terrible alarido les heló la sangre. Los cinco intercambiaron entre sí sendas miradas conmocionadas antes de lanzarse a la carrera contra la puerta principal, que se abrió segundos antes de que llegaran, y devorar la larga escalera en apenas unos instantes. No había duda alguna de a quién pertenecían los agónicos gritos que provenían de la planta superior, y su propia ansiedad fue en aumento cuando el guardia que debía custodiar la puerta no se encontraba en su puesto y esta se hallaba abierta de par en par.

Una vez en el interior del dormitorio, les bastó un momento para calibrar la situación, y en verdad se sintieron aliviados al no encontrar ningún peligro que acechara a su ocupante, pero la impactante imagen de la joven sentada en su cama, rígida y pálida como la cera, con el rostro desencajado, y siendo sujetada por Marga y Vinetta para evitar que se tirase de la cama, presa de violentas convulsiones y espantosos y ya broncos rugidos, era desgarradora. Incluso el avezado soldado, endurecido a base de sangrientas batallas, mostraba una expresión compungida y ansiosa.

—Hela…

—Cariño… —Keylan y Reskan se acercaron a la vez, cada uno por un lado de la cama. La muchacha se tiró en brazos de su hermano en cuanto escuchó su estremecida voz, teñida de preocupación, y sollozó con angustia mientras se aferraba a él, desesperada.

—Por favor, Res, haz que pare, te lo suplico, haz que pare… —rogaba con vehemencia, pidiéndole un imposible. El rey miró a su cuñado con impotencia y una furia ciega dirigida al mundo en general.

—Dale el láudano —pidió con voz ronca por la emoción contenida. El duque cogió el frasquito que se había convertido en el compañero inseparable de su esposa durante los últimos días y, vertiendo la última cantidad recetada

por el médico en un vaso, se lo colocó a su mujer en los labios. Ella se lo tragó todo sin protestar, lo cual les demostró lo mal que se encontraba. Al cabo de unos minutos los gritos cesaron, y se convirtieron en lastimeros gemidos que finalmente también desaparecieron. Reskan sintió el cuerpo de su hermana semiinconsciente contra su pecho, la respiración aún agitada, y se le partió el corazón, como las veces anteriores que había tenido el infortunio de verla en esas condiciones.

—Voy a quedar atrapada en las redes de este narcótico —murmuró con voz pastosa.

—No seas tonta. La cantidad que te damos no puede provocarte adicción —la tranquilizó Res, intercambiando una sombría mirada con Keylan, pues la dosis que le suministraban era bastante superior a la que le decían a ella, aunque no llevaba tomándolo suficiente tiempo como para convertirlo en un peligro. De momento—. Además, hemos ido disminuyéndola. En serio —aseguró cuando ella bufó con desprecio, aunque sin fuerzas—. Sin contar este, el último episodio fue hace dos días. Al principio se sucedían cada pocas horas, aunque entonces, gracias a Dios, te encontrabas sin sentido. El doctor dice que tienes una inflamación enorme en el cerebro que debe disminuir de forma paulatina, y que, cuando la presión ceda, los dolores desaparecerán.

De nuevo las miradas de los dos hombres se encontraron y se leyeron el pensamiento. ¿Entonces por qué los ataques no habían empezado con la caída desde el carruaje, sino dos meses atrás, cuando la tiraron por la escalera? Cierto que en aquel momento se había dado un buen golpetazo en la sien, pero entonces no parecía haber congestión alguna…

La muchacha cerró los ojos con un suspiro. Su mano se movió por el borde de la cama, como si buscase algo de manera inconsciente. Keylan observó con cautela y anhelo esa mano delgada y tan distante últimamente, y no pudo soportar la tentación, aún a pesar de saber que era muy probable que fuera rechazado. Entrelazó sus fuertes y morenos dedos con los suyos, tan pálidos y frágiles.

La joven se quedó dormida al instante.

En cuanto Reskan cerró la puerta del dormitorio interceptó al hombre que se alejaba ya por el pasillo.

—¿Puedo tener unas palabras contigo, Storn? —El aludido se detuvo, aunque tardó unos instantes en girarse y encararse con él. Cuando lo hizo, su cara era una máscara indescifrable.

—Por supuesto. ¿Vamos a mi estudio? —El rey asintió y, siguiendo la invitación silenciosa de su anfitrión, lo precedió por las escaleras hasta la masculina habitación, amueblada con lujo y comodidad.

Declinó el confortable sillón que le fue ofrecido y en cambio se dirigió con pasos tranquilos al elegante mueble bar, donde los pulcros vasos se alineaban uno detrás de otro, y las copas colgaban boca abajo de pequeños orificios donde encajaban sus anchas bases. Las botellas de vino estaban tumbadas en estrechos cajetines cuadrados, mientras que las restantes bebidas se encontraban de pie, cuidadosamente clasificadas. Un par de pequeños cajones contenían servilletas, cucharillas, etcétera. Levantó una ceja en gesto interrogante, y ante su asentimiento llenó dos copas con generosidad, de *whisky* para él, y de *brandy* para el duque, antes de cerrar las puertas al acabar. Se la acercó, ya que se había despatarrado en el asiento que él había rechazado.

Con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, se sentó con gracia en el gemelo y dio un sorbo a su bebida, sin inmutarse cuando observó cómo su compañero se la tragaba de golpe, como si se tratara de limonada. Al instante el joven se levantó de un brinco, la rellenó colmándola casi hasta arriba y, regresando a su asiento, fijó su retadora mirada en la suya. Reskan contuvo una sonrisa socarrona.

—¿Vas a contarme qué demonios pasa? —preguntó en un tono muy suave, lo cual nunca era buena señal. El afilado examen de Keylan se mantuvo, pero el

peligroso brillo se acentuó, en clara advertencia.

—¿Debo saber de qué estás hablando? —contraatacó el duque con indiferencia. El monarca lo evaluó por encima del borde su propia bebida.

—No me insultes, por favor —exigió aún en calma. Su cuñado volvió a ahogarse en su copa, terriblemente irritado.

—Lo que ocurre es que estoy hasta las narices de no disponer de un rincón para mí mismo, ni siquiera en mi propia cabeza —gruñó con aire desesperado —. Me siento… agobiado —admitió a regañadientes, pasándose la mano por los ojos, pues las tres horas de sueño en ocho días no habían hecho desaparecer el inmenso cansancio que se había apoderado de su cuerpo, y sobre todo de su mente.

—Reconozco que tener la casa invadida de gente conlleva una molesta falta de intimidad, y por desgracia ha sido así más o menos desde que os casasteis —concedió Reskan pesaroso—. De todas formas, eso no explica el frío absoluto con el que te trata tu mujer, que ni siquiera te dirige la palabra. —Su tono era inquisitivo; esperaba una aclaración y él estaba muy tentado de mandarlo al diablo. Podía ser el hermano de su esposa, sin embargo, no le debía explicación alguna sobre el funcionamiento de su matrimonio. El problema era que iba a enterarse muy pronto, de todas formas.

—Ella me ha abandonado oficialmente. Bueno, aún no de cara a la sociedad, pero fue por lo que discutimos la mañana en que mi padre la atacó la semana pasada. —Una sombra, oscura y amenazadora, cruzó los ojos azules durante un instante, y el duque supo con exactitud lo que estaba pensando, porque sin duda era lo mismo que llevaba echándose en cara durante días: que, si no hubiese sido por él, ella no se habría encontrado indefensa en poder de aquel maniaco. Un tenso silencio se instaló en la sala mientras su cuñado lo taladraba con su dura e impertérrita mirada.

—Reconoce que te lo has ganado a pulso —arremetió sin piedad. Se limitó a asentir, concediéndole el punto—. ¿Y vas a aceptarlo sin más?

—¿Qué esperas que haga? ¿Obligarla por la fuerza a quedarse a mi lado? —

preguntó con sequedad.

—Esa sería una manera, sí.

—Pero no la que llevaré a cabo —aseguró orgulloso hasta la médula.

—Entonces escoge otra —lo retó con tranquilidad.

—Claro, qué fácil se ve todo desde la barrera. —Reskan sonrió, conociendo a la perfección los sentimientos que abrasaban vivo al hombre torturado junto a él.

—¿La amas? —La mirada rebelde se achicó, y los labios se fruncieron, como negándose a dar esa respuesta.

—No es asunto tuyo, Cetriar. —Se tragó la risa que le subía por la garganta para que el arrogante duquecito no se sintiese insultado.

—Explícame una cosa al menos. ¿Quieres que se vaya? —Un brevísimo gesto de alarma y dolor apareció en sus ojos, antes de que cerrase su expresión a cualquier emoción.

—No, pero eso no importará si ella pretende marcharse. —El rey decidió no acicatearlo, recordando un pasado no tan lejano cuando él pasaba momentos que parecían igual de insuperables.

—La relación entre una pareja es muy volátil al principio, como una guerra no declarada, mientras se adaptan el uno al otro, al menos hasta que ambos entienden y aceptan sus respectivos sentimientos. Después, las aguas se calman, y el mundo es maravilloso, los pájaros cantan, las nubes se levantan… Casi siempre —añadió con una sonrisa burlona. Keylan imaginaba que con una mujer como Kana, tan intrépida y temeraria, y siendo el propio rey como era, en ningún caso se trataría de un matrimonio cómodo. Aunque se diría que ellos eran extremadamente felices cuando estaban juntos, y que se echaban muchísimo de menos cuando se separaban.

—Ya. Pero parece bastante obvio que mi esposa y yo no disfrutaremos de la dicha conyugal —murmuró sombrío, mirando fijo el fondo de su copa. Como si en ese momento se diese cuenta de que aún estaba medio llena, se la llevó a los labios y la apuró de un trago. El rey hizo una mueca al comprender que con

toda probabilidad aquel tonto tenía planeado emborracharse antes de que cayese la noche, aunque tampoco podía culpárselo. El día estaba resultando bastante duro para ese hombre, y para ser justos no podía decirse que lo estuviese llevando muy mal.

—Ya se nos ocurrirá algo. De todos modos, es hora de comer, y sabes que con el estómago lleno pienso mucho mejor.

—No tengo hambre —musitó con terquedad el otro, mirando con ansia el mueble abierto de las botellas, aunque reacio a levantarse.

—Aun así nos vamos derechos al comedor —ordenó el rey, obligándolo a levantarse de un firme tirón en el brazo. Keylan maldijo con rabia, pero se dejó convencer, prometiéndose una buena cogorza en cuanto pudiese desmarcarse del pesado monarca.

Helailla se despertó antes del amanecer, y aunque detestaba remolonear en la cama se demoró dándole vueltas a todo lo que le había ocurrido últimamente.

Después de dieciséis días su estado físico había mejorado de manera considerable. El médico le había retirado el cabestrillo que mantenía inmóvil el hombro, el cual estaba bastante recuperado, y, aunque la muñeca llevaría mucho más tiempo, el lacerante dolor había disminuido un tanto. En cuanto a sus costillas, tardarían aún unas semanas en sanar del todo, pero el apretado vendaje no le resultaba más incómodo que el restrictivo corsé al que estaba acostumbrada.

Con respecto a la inflamación de su cabeza, esta había ido cediendo con notable celeridad a lo largo de los últimos ocho días, disminuyendo en el proceso los episodios devastadores que la atacaban con la fuerza de un rayo. Suspiró nerviosa, llevaba cinco días sin sufrir un ataque, y la esperanza de que hubiesen desaparecido para siempre se instaló en su mente, sin querer salir de allí.

El ruido sordo que escuchó a través de la pared le indicó que su marido

también tenía problemas para conciliar el sueño. Sofocó otro suspiro cuando pensó en Keylan. Estaba siendo difícil hacerse la dura cuando él pasaba gran parte del día metido en su cuarto, cuidándola o simplemente intentando entretenerla. Lo cual le estaba resultando bastante complicado, reconoció con una sonrisa triste, pues apenas le dirigía la palabra y, cuando lo hacía, sus contestaciones eran bruscas y escuetas.

Habían retornado a sus partidas de ajedrez, y el amargo recuerdo de los momentos de pasión que estas habían llevado aparejadas en el pasado creaba una tensión sexual entre ellos casi palpable.

Aun así, no tenía intención de ceder, su matrimonio estaba acabado y pensaba marcharse en cuanto estuviese físicamente en condiciones de hacerlo. Había terminado aceptando que su esposo no la quería a su lado, y ella odiaba ser una carga para los demás. Se enfrentaría al escándalo que la separación supondría y también a la pérdida que sabía que sentiría al alejarse de él, pero estaba acostumbrada a ver desaparecer personas y cosas de su vida. Un marido no sería lo más doloroso, se dijo con la mandíbula firmemente apretada.

Otro golpe en la habitación de al lado, esa vez parecido al de un tremendo batacazo, seguido de un silencio sepulcral, casi la hicieron salir volando hacia el dormitorio contiguo.

Era más que probable que su marido hubiese estado bebiendo otra vez y se hubiese desplomado en el suelo, inconsciente. Desconocía qué le pasaba, no obstante, aunque durante el día se moderaba un poco –ella sabía que bebía porque podía oler el alcohol en su aliento mientras estaba en su cuarto–, por las noches o bien salía hasta la madrugada y cuando regresaba lo oía moverse a trompicones en su dormitorio, blasfemar como un marinero por su propia ineptitud para desvestirse, o insultar al pobre Durin porque no le dejaba solo, o se encerraba en su dormitorio cargado con una buena provisión de licores y daba buena cuenta de ellos en soledad. Lalla lo escuchaba en ocasiones pasearse de arriba abajo, y también algún que otro murmullo quedo, como si

hablase consigo mismo. Infinidad de veces había querido acercarse y ver cómo estaba, aunque las había rechazado todas diciéndose que ya no era su esposa, no en la práctica al menos, y había regresado a la cama.

En esa ocasión se obligó a hacer lo mismo, con cierta incertidumbre por su estado, pero en lugar de volver a acostarse fue hacia la puerta de la terraza, que permanecía cerrada por el frío que hacía, y apoyó la frente en el cristal, esperando que el fresco vidrio le devolviera algo de cordura. Estuvo así unos minutos, y cuando se separó y abrió los ojos, tardó aún un momento en distinguir el punto amarillo en su campo visual. Cuando lo registró, sofocó un grito y abrió un poco más los ojos, muda de asombro. La pequeña esfera, que fue haciéndose más grande y brillante, volvió todo a su alrededor de un hermoso tono naranja intenso. Tuvo que entrecerrar los ojos y evitar mirarla directamente, porque todo ese resplandor le hacía daño, pero no los cerró, temiendo el momento en el que la imagen se desvanecería.

Sabía que aquella bola era el sol y que lo que estaba contemplando embobada era un deslumbrante amanecer. Escuchó su propio sollozo; ese era uno de los momentos que más había disfrutado cuando podía ver y, por primera vez en un año y siete meses, estaba allí, de pie frente a tan magnífico espectáculo, preguntándose debido a qué estúpida broma estaba ocurriendo aquello, y contando los segundos para que todo volviese a sumergirse en la oscuridad.

Sin dudarlo, y a pesar del fino camisón de raso, abrió la puerta, indiferente al frío que hacía a esas horas. Observó maravillada cómo la bola de fuego prendía las copas de los árboles y los techos de las mansiones vecinas. Advirtió que le fallaban las piernas ante todo lo que estaba absorbiendo, y con la mano buena se aferró al marco, sin querer perderse nada.

Cuando se sintió más estable, salió a la terraza, ansiando que aquel sol, débil aún, la acariciara también a ella. Necesitaba sentirse viva de nuevo y comprendió de repente que, aunque se había esforzado por seguir adelante con su limitación, por ser independiente y que nadie pudiese tenerle lástima, una

parte de ella había muerto con la pérdida de su visión, negándose a saborear una vida que ya no podía contemplar de primera de mano, que tenían que contarle, una vida a la que antes se había lanzado de lleno como la joven ingenua que había sido.

Los rayos del sol por fin llegaron hasta allí, y Lalla estiró los dedos de la mano para que la alcanzaran, y en ese momento, mientras veía cómo este la tocaba, sintió que estaba naciendo de nuevo, que Dios le daba una nueva oportunidad, y se prometió que por nada del mundo iba a desperdiciarla.

Supuso que la caída por las escaleras desencadenó algo que no alcanzaba a comprender. Trajo consigo aquellos infernales dolores, sí, pero también los fogonazos visuales que, aunque duraban apenas unos segundos, habían supuesto una esperanza.

El segundo golpe en la cabeza debió de terminar el proceso y, al descongestionarse la inflamación de su cerebro, era posible que estuviera recuperando aquel sentido que tanto había echado en falta. Si sería de manera definitiva o no, aún estaba por verse, pero antes de que el pánico se apoderase de ella decidió que iba a aprovecharlo al máximo, así que se quedó observando hasta que el sol estuvo en lo alto y otro largo rato, contemplando el bonito jardín y las preciosas vistas que tenía desde su terraza.

Entonces se giró hacia el interior de su habitación y por primera vez pudo apreciar la belleza de la casa de su marido. Su cuarto estaba decorado en tonos azules y amarillos, con increíble gusto y excelente calidad. Ella conocía las medidas exactas de esa habitación, al igual que las de media docena más de salas de la residencia y la distribución de todo el mobiliario, era todo cuanto había podido hacer en el escaso tiempo que había permanecido en la mansión desde su llegada hasta el ataque del asesino, pero verla «de verdad» le causó una fuerte impresión, tanta que tuvo que sentarse. Reconoció que no era lo mismo que medir pasos y calcular distancias hasta los obstáculos. Con una nota creciente de pánico pensó que con las personas sería muchísimo peor. ¿Cómo sería volver a ver a su hermano y a su padre? ¿A Dare, a sus primos?

Dios, ¿qué sentiría cuando tuviese frente a ella a Keylan?

# Capítulo 14

Los siguientes quince días Helailla los pasó muy sola, aunque fue por decisión propia. Esperaba que en cualquier momento aquel regalo caído del cielo le fuese arrebatado de las manos, y no quería ver de nuevo los amados rostros de sus familiares para pasar por el tormento de perder también aquello junto con su vista. Por una parte, hubiera debido hacerlo pues, aunque nunca lo había confesado, hacía tiempo que sus caras se habían vuelto borrosas en su recuerdo, y habría sido una manera de mantenerlas frescas en su mente para el futuro, pero se le antojaba demasiado duro y cruel, y se vio incapaz de intentarlo. Así que se mantuvo apartada de todos, alegando cansancio y necesidad de intimidad, y solo cuando tenía la seguridad de que ellos no estaban, salía a investigar la propiedad.

La casa era en verdad muy hermosa, y de proporciones tan gigantescas que las dos semanas se le pasaron volando. Pero llegó un día en que sus ansias de ver mundo superaron el pequeño universo que había creado en Mohern y, tras dudarlo durante un rato en la oscuridad de su cuarto, esperó a que amaneciera, se vistió y pidió el carruaje.

Crobs la miró con incertidumbre, pero no cedió, decidida a no desaprovechar ni un solo instante de los que le quedaran, y el mayordomo, que no la conocía bien, no le tuvo más remedio que seguir sus órdenes.

Cuando estuvo sentada en el cómodo asiento del coche realizó una lenta y profunda inspiración su pecho rebosante de dicha, anhelo y esperanza.

Podía sentirlo. El mundo era de nuevo suyo.

Keylan estaba seguro de encontrarse en el infierno, y además pensaba que era justo, pues él mismo había llamado con los nudillos a la puerta del diablo y le había sonreído con engreimiento a sus ojos demoníacos.

Tras semanas de vivir alcoholizado para poder soportarlo estaba hecho una piltrafa humana y sabía que su familia, política y carnal, volvía la cara con asco cuando tenía la desgracia de cruzarse con él por la casa. Por fortuna, eso no ocurría muy a menudo, ya que cuando no estaba enclaustrado en alguno de sus clubes, o moliendo a golpes a algún incauto en el cuadrilátero de Krein, bebía hasta quedarse sin sentido en su estudio o en su habitación. De momento, no le permitían la entrada en el club de esgrima, pues en su actual estado era demasiado peligroso para los otros contrincantes.

Incluso él sabía que había tocado fondo y que debía parar antes de que fuese demasiado tarde, sin embargo, desde el día en que había confesado los terribles pecados de su familia nada había vuelto a ser igual. Era malo admitir que su padre había sido un cabrón sin escrúpulos toda la vida, y que había terminado asesinando a su mujer, pero añadir a eso que él había matado Sebarian y que lo había ocultado todo haciéndolo parecer un trágico accidente…

Joder, la culpa lo carcomía desde hacía más de once años. Había arrancado a su familia de su lado por los remordimientos y la seguridad que tenía de que ellos sentirían aversión por estar a su lado.

Y había prometido confesárselo a su esposa, una mujer que lo despreciaba ya sin la carga de esa abominación sobre los hombros. Una mujer que a efectos prácticos lo había abandonado, y esperaba a estar lo bastante recuperada como para marcharse de su casa y salir para siempre de su vida. Una mujer que en los últimos días se había mantenido escondida para no ver en lo que se estaba convirtiendo. Si ella supiera.

Cogió la botella que se encontraba siempre al alcance de su mano y cuando estaba a escasos dos centímetros de su boca volvió a bajarla, asqueado.

Era entonces o nunca.

Le tembló ligeramente el pulso cuando volvió a dejarla en el suelo, donde estaba sentado con las piernas estiradas, y le tiritó mucho más cuando la levantó hasta su cara para poder comprobarlo. Maldición, si eso era lo que sentía ante la perspectiva de no dar un sorbo de alcohol, estaba mucho peor de lo que creía. Sintió una pizca de terror ante la posibilidad de haberse convertido en un alcohólico, aunque la desechó de inmediato. No llevaba bebiendo el tiempo suficiente como para estar «enganchado». Tan solo, estaba algo abrumado por todas las presiones a las que estaba siendo sometido. Pero ya era hora de que volviese a ser él mismo, se dijo mientras gateaba hasta el pie de la cama y, apoyándose en la gruesa columna que formaba parte del dosel, intentaba levantarse. Al hacerlo todo le dio vueltas, sin embargo, no cerró los ojos, sabiendo que así solo empeoraría las cosas. En cambio, tiró del cordón para llamar a su ayuda de cámara, que llegó poco después.

—Prepárame un baño, por favor —murmuró con voz pastosa y la mirada perdida aún en la botella del suelo. El criado lo notó y se apresuró a recogerla y esconderla entre los pliegues de su ropa, entendiendo que el pedido de su señor significaba que por el momento renunciaba a la bebida, aunque fuese por unas pocas horas.

—Por supuesto, milord. ¿Desea también desayunar? —La sola mención de la comida revolvió su estómago y provocó una mueca de repulsión.

—Supongo que debería comer algo —aceptó muy a su pesar, reconociendo que era lo mejor. Se figuró que iba por el buen camino cuando captó la mirada esperanzada del sirviente y la sonrisa que cruzó su rostro antes de darse la vuelta con rapidez.

—Todo estará listo en un momento, señor. Puede ir desvistiéndose mientras llenan la bañera. —Se detuvo de golpe con el picaporte en la mano y una elocuente mirada por encima del hombro—. Es decir, si se encuentra en

condiciones de… —Keylan dudaba de poder realizar la hazaña de quitarse la ropa él solo cuando no estaba seguro de si sería capaz de llegar hasta la bañera, que se encontraba en la habitación de al lado, a tan solo unos metros en línea recta, pero llevaba sin requerir ayuda para desnudarse desde que tenía catorce años, y por nada del mundo iba a pedirla entonces. Hizo un gesto displicente con la mano.

—No me obligues a ser descortés, Durin, y ve a lo que te he mandado —le ordenó con una mirada ceñuda mientras comenzaba a desabrocharse el primer botón del chaleco.

El ayudante asintió, convenientemente reprendido, y salió. Keylan abandonó el maldito botón que no cedía a sus intentos de dominarlo y, apoyándose con pesadez en la columna, dejó caer la cabeza hacia atrás con un golpe sordo al golpear contra ella. No sintió el dolor porque su mente estaba desgarrada entre dos pensamientos, a cada cuál más inquietante. Las ansias que tenía de volver a ver a su mujer y las ganas de sumergirse en un buen vaso de *brandy*.

Cuando una hora más tarde, recién bañado, afeitado y vestido, se dirigía a la sala de desayuno, tuvo que admitir que se sentía muchísimo mejor que en las más de tres semanas que se había mantenido nadando en alcohol. Aquello no lo preparó, no obstante, para enfrentarse a todos los rostros ceñudos con los que se encontró allí, pero le divirtió un poco sus miradas sorprendidas al verlo aparecer y aceptar el plato preparado con esmero por Durin, que lo había seguido como una sombra. Miró la comida sin mucho entusiasmo, aunque gracias al mejunje antiresacas del hombre podía sentarse frente a su desayuno sin pensar en vomitar. Cogió un bollo de canela recién hecho y, dándole un cauteloso mordisco, paseó la mirada por la sala y se dio cuenta de que todos lo estaban observando. Suspiró y mentalmente clavó los talones en los flancos de Talos y lo animó a salir al galope, imaginando que al frente estaba el enemigo, que lo superaba en número con diferencia, dispuesto a

atacar. Era hora de coger al toro por los cuernos.

—Antes de que me descuarticéis, y estoy seguro de que cada uno ha elegido ya una preciosa parte de mi anatomía, he comprendido lo imbécil y destructivo que he estado siendo estas últimas semanas, así que se acabó. El beber y el ocultarme de todos —añadió antes de que alguien se abalanzara sobre la pregunta en cuestión—. Sé que no tengo derecho a pediros nada, pero os ruego que me deis un par de días para recuperarme de los excesos de todo este tiempo, pues aún tengo las venas inundadas de alcohol. —El silencio reinó en la habitación durante unos instantes. Entonces Iriana se levantó y se acercó despacio a él. Cuando estuvo a su lado, Keylan corrió su silla, aunque no se levantó para seguir en inferioridad de condiciones frente a ella, y la joven aprovechó para sentarse en su regazo. La acción resultó de lo más natural, puesto que habían hecho lo mismo innumerables veces a lo largo de los años, cuando él la consolaba por la muerte de su madre; no obstante, de eso hacía mucho tiempo. La muchacha le echó los brazos al cuello y le besó la mejilla, y Keylan sintió un escalofrío.

—Me alegro de que estés de vuelta —susurró emocionada. También él. Hacía tanto, tanto que no estaba tan cerca de su hermana. Si hacía caso de sus fragmentados recuerdos, desde que cumplió los diez años y él determinó que era el momento de mandarla al internado. Su tío le dijo que era demasiado pequeña, que aquello, junto a las terribles desgracias que habían vivido, acabaría con ella; sin embargo, él no podía seguir mirándolos a la cara después de lo que les había hecho, y la envió lejos de todos modos. Al fin y al cabo, tenía el poder para llevarlo a cabo, pues su padre le había otorgado plenos poderes en su testamento, dejando como única barrera a sus decisiones a su abogado de toda la vida, un hombre fácilmente comprable, que se plegó raudo a sus deseos. Esa decisión fue, como había supuesto, el principio de la ruptura con su familia y el distanciamiento que no tardó en llegar lo dejó abandonado con sus demonios, que lo devoraron de un bocado en cuanto se quedó solo. Tragó con fuerza y, mirando de verdad a su hermana por primera

vez en siete años, se dio cuenta de los drásticos cambios que había sufrido y comprendió por qué Dare fruncía el entrecejo cada vez que ella aparecía en una habitación. Ya era una mujer, aunque a él le costase admitirlo.

—No estoy muy seguro de estarlo aún, gitanilla, pero lo voy a estar. —Reparó en que la joven se había ruborizado de forma deliciosa, y solo entonces se dio cuenta de que había utilizado el apodo cariñoso con el que la llamaba cuando era pequeña. Ella adoraba ese apelativo, y había dejado de utilizarlo cuando la mandó al colegio. En un gesto instintivo le pellizcó la nariz, como solía hacer también entonces, lo que arrancó una espontánea risa de ambos. Al levantar la vista sus ojos se encontraron con los de Rodan, que los miraba con una sonrisa triste en los labios. Aún sonriendo, Keylan se dirigió a ambos—. Me gustaría hablar con los dos después de desayunar, si no tenéis inconveniente —se obligó a añadir, pues no quería dar nada por sentado. Era cierto que era el jefe de la familia, sin embargo, desde ese momento iba a hacerlo todo diferente. Su tío dejó la servilleta en la mesa y lo observó, serio.

—Cuando quieras —afirmó, mirando interrogante a su sobrina, la cual se levantó con presteza de sus rodillas.

—Yo estoy lista. Es cuanto termines, Key…

—De momento es todo lo que puedo ingerir —admitió mientras se terminaba el fuerte café. Por encima de la taza observó a su cuñado, el cual estaba inusitadamente callado. Este también lo contemplaba, aunque era imposible discernir lo que pensaba, ya que sus ojos azules no mostraban ninguna emoción mientras lo taladraba con aquella implacable mirada suya. Se despidió del resto de los comensales con un gesto de la cabeza y siguió a sus familiares, sin dejar de atormentarse con la misma pregunta que lo había acosado desde que entrara en la sala. ¿Dónde estaba su mujer?

—¿Qué opinas? —inquirió Dariel segundos más tarde, cuando la puerta se hubo cerrado tras los tres. Murmullos de asentimiento invadieron el silencio, admitiendo que todos se cuestionaban lo mismo.

—Pienso —dijo Reskan mientras entrelazaba los dedos de sus manos y se las estudiaba, meditabundo— que es el momento justo de hacer las maletas. —Y aunque seguía sin mirarlos reprimió una sonrisa, pues supo que los había dejado con la boca abierta.

Keylan estuvo una hora reunido con su hermana y su tío. La mayor parte de ese tiempo se la pasó hablando él, explicándoles, con torpeza y bastante asustado al principio, por qué los había echado de su vida y se había encerrado en su interior. Les contó que sentía asco de sí mismo y que entendía que ambos lo despreciaran, que todo ese tiempo se había sentido indigno de ellos, que no solo se quedó destrozado por la muerte de su madre, sino por no haber sido capaz de salvarla. Les habló de la sensación de inutilidad, de fracaso absoluto por todo cuanto había hecho desde entonces con los dos. O quizá por lo que no había hecho. Les dejó ver, a través de su máscara de sofisticación e indiferencia, la tremenda carga que había sobrellevado todos esos años, pero sobre todo la soledad con la que se había obligado a convivir. Esa era su penitencia por el terrible pecado que había cometido. Por haber dejado a su pequeña hermana huérfana. Por haberse convertido en un asesino al acabar a sangre fría con una vida humana, su propio padre.

Y ya puestos admitió que solo con estar en la misma habitación con ellos sentía que los «contaminaba», por lo que había empezado a evitar su compañía hasta que dejó de querer estar en la misma casa, en el mismo condado, casi en el mismo país. Y terminó explicándoles su problema con las pesadillas, aquellas horribles garras nocturnas que tiraban de él en sus momentos más débiles y que querían tragarlo, y donde rememoraba, una y otra vez, lo que había ocurrido aquel trágico día. Incluso les contó que durante uno de esos sueños agredió a su mujer, y lo sucio y canalla que se sentía por ello.

Cuando acabó, el vacío y la furia seguían allí, aunque aquella rabia ya no era como un cáncer que lo carcomía, sino algo más parecido a un dolor sordo por

lo injusta que había sido la vida. Solo entonces los miró a los ojos, y vio lágrimas en las caras de ambos. Cerró los suyos, dispuesto al golpe final. «Dios, ahora es cuando me van a decir que en verdad me odian», pensó atormentado.

Como no estaba preparado el impacto casi le tiró al suelo, pero sus rápidos reflejos los salvaron a ambos. Clavó los talones al suelo y abrió los ojos de golpe, a la vez que extendía los brazos para recoger a su hermana y apretarla contra su pecho, donde lloraba desconsolada.

—¿Qué…? —Ella levantó la cabeza con el rostro surcado de lágrimas.

—¡Keylan! —La joven se detuvo, incapaz de seguir. Respiró hondo varias veces—. ¡Nosotros te queríamos! —Se mordió el labio inferior antes de admitir lo que llevaba años deseando decir, sin embargo, nunca se había atrevido—. ¡Sobre todo por lo que habías hecho! —confesó con un sollozo entrecortado—. Fuiste el mejor hermano cuando aquello ocurrió. Cuidaste de mí todos esos años, como si fuese una figurita de porcelana, temiendo que en cualquier momento fuese a romperme porque mamá no estaba. Yo me sentía tan triste, tan perdida, la echaba tantísimo de menos, pero tú estabas allí, cuidándome, protegiéndome, mimándome… Y de repente aquello se acabó. ¡Tú cambiaste! Me mandaste a ese internado donde todo me asustaba, y donde tú no estabas, y… —Le temblaron los labios, como si intentase no volver a llorar—. Creí que estabas enfadado porque habías tenido que vengarla, y ninguno de nosotros dos estuvo a la altura. Te dejamos a ti con el muerto… —Un quedo sollozo escapó de su garganta al percatarse de la mala elección de sus palabras. El cogió su cabeza y la apretó contra su pecho, fijando la mirada en su tío, que apretaba los puños a los costados y se esforzaba por no acercarse. ¿Qué estaría pensando?

—Iria, por Dios, tenías cinco años. ¿Qué esperabas poder haber hecho? Además, ese día ni siquiera estabas en la casa, gracias al cielo. —Ella se rebulló entre sus brazos, intentando separarse lo suficiente como para volver a mirarlo.

—No lo sé, lo que fuera con tal de que no te hubieses visto obligado a enfrentarte a él tú solo. Tenías doce años, Key, y estabas viendo cómo aquel bastardo estrangulaba a tu madre. —Él apretó la mandíbula, no por la palabrota, sino porque podía sentir el odio de la joven. Iriana nunca, desde aquel día, había vuelto a llamar papá a Sebarian y, aunque lo entendía, ya que compartía su rencor, sintió una creciente inquietud ante lo que aún no les había revelado.

—Eso es agua pasada. Ahora debemos enfrentarnos a hechos más acuciantes. E inquietantes —añadió con voz sombría. Los otros dos se tensaron al instante.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó su tío dando un paso al frente.

—Me temo que sí. —Con renuencia soltó a su hermana y le pidió que se sentara en el sillón. Fue hasta el mueble bar y sirvió una pequeña copita de jerez. Cuando se giró vio las miradas reprobadoras de ambos y se acercó a su hermana con una sonrisa socarrona. Al ofrecérsela ella lo miró, sorprendida.

—Yo no bebo. Además, es un poco pronto para dedicarse a estos menesteres, ¿no? —comentó cáustica. El duque la obligó a coger la copa, pero no dijo nada cuando ella la depositó en el borde de la mesa sin probarla—. ¿Por qué has considerado necesario ofrecerme alcohol antes de contarnos lo que sea que te mortifica? —preguntó algo asustada.

—Porque lo vas a necesitar —se limitó a contestar, sin querer afrontar la cuestión.

—Suéltalo ya, muchacho. La realidad nunca puede superar a la imaginación, y te juro que la mía está creando posibilidades de lo más siniestras.

—En este caso, sí —le prometió su sobrino en tono tan sombrío que se le erizó el vello de la nuca. Miró a su hermana a los ojos y eligió sus palabras con cuidado en honor a ella—. Sebarian está vivo y es quien intenta matar a Hela. —Por el rabillo del ojo vio la mirada de incredulidad de su tío y la extrema palidez de su rostro, pero su atención estaba fija en la joven. Si en algún momento había estado orgulloso de ella fue en aquel. Ni siquiera

parpadeó. Se limitó a mirarlo, tranquila e indiferente. Iriana obligó a su corazón a seguir latiendo a un ritmo normal, diciéndose que la noticia no tenía por qué afectarla, salvo la parte en la que ya sabían la identidad del atacante de su cuñada. Pero era simplemente eso, un nombre, una cara. Le agradeció a su hermano que hubiese utilizado el nombre de ese asesino y no su parentesco. Él sabía cuánto detestaba que lo relacionasen con ella. No se paró a considerar qué sentía al respecto de que aquel mal bicho hubiese resucitado, no valía la pena. Estaba segura de que su héroe, de pie frente a ella en ese momento, volvería a meterlo en la caja de madera de la que nunca tendría que haber salido. Inspiró con lentitud, comprendiendo que no estaba tan tranquila como pretendía. Miró de reojo la copita de jerez, y pensó en lo perspicaz que era Key; no obstante, apretó los dientes y negó para sí, incluso cuando se pasó una mano por el pelo y vio que le temblaba un tanto—. Mejor tú que yo, gitanilla. —Alzó la vista y vio la angustia descarnada en los ojos de Keylan. La reaparición de su padre había abierto muchas heridas en ese hombre. Sin mencionar que él sabía que, si su mujer había estado al borde de la muerte en dos ocasiones, había sido, de manera indirecta, por su culpa. Más losas que añadir a una conciencia ya acribillada por la culpa. ¿Cómo iban a desaparecer las pesadillas? Lo que le extrañaba era que tuviese la fuerza de voluntad suficiente como para alejarse de la bebida. Advirtió que él observaba el líquido ámbar con algo muy parecido al ansia y con lentitud deliberada se llevó la copa a los labios y se la bebió de golpe. Evitó un gesto de repulsión y parpadeó para evitar que le lloraran los ojos. Cuando volvió a mirar a su hermano comprobó que estaba más tranquilo, no supo si porque había desaparecido la tentación o porque pensaba que ella se estaba calmando.

—¿Estás seguro de esa afirmación, Keylan? —habló su tío—. Yo mismo vi el cuerpo de Sebarian. El tiro fue mortal —afirmó convencido.

—Sé que parece una locura. —Y les contó todo lo ocurrido desde que se despertara Hela. El olor a sándalo, la cicatriz y el resultado de su búsqueda en la tumba semanas atrás. Todo coincidía y por fin había un motivo claro para

que alguien intentara matar a su mujer.

—Dios, quién lo hubiera pensado. —Rodan se frotó la cara, crispado—. Tenemos que encontrarlo. La próxima vez Helailla puede no tener tanta suerte. O quienquiera que se encuentre con él —dijo mirando de soslayo a su sobrina. Keylan supo con exactitud lo que quería decir. Su padre parecía tener una fijación con Lalla, aunque en cualquier momento podía desviarse del camino trazado e ir a por su propia hija. Fuera cual fuese el caso, él no lo permitiría, no iba a perder más seres queridos a manos de aquel cabrón.

—Cariño, sé cuánto valoras tu independencia, sobre todo porque gracias a mi… desapego te la has ganado a pulso, pero te pido que entiendas que ese hombre no dudará en hacer cualquier cosa para llegar hasta mí, y tú puedes muy bien ser esa arma. —Iriana se mantuvo en silencio unos segundos y después asintió.

—¿Qué vas a pedirme? —preguntó a cambio.

—Necesito que te dejes escoltar por más guardias del rey —solicitó con suavidad. La joven estaba sorprendida. Desde que su hermano se había presentado en la sala de desayuno estaba hablando con ellos como no lo había hecho en años y les pedía las cosas, no se limitaba a exigírselas, como de costumbre. Comprobó que también su tío estaba desconcertado por esa nueva transformación e hizo una mueca. Cuando el cambio era para mejor, ¿quiénes eran ellos para quejarse?

—Vale, vale —aceptó algo acalorada por el vino al que no estaba acostumbrada—. Más soldados pululando a mi alrededor y no ponerme en el punto de mira de ese demente. ¿Algo más? ¿También vas a entrenarme como a Lalla? —preguntó con una risita producto de la maldita bebida. Keylan dejó resbalar sobre ella una mirada especulativa. No se le había ocurrido, pero la imagen de su esposa, meses atrás, cuando le contó que su educación había sido igual a la de un hombre, y otra de no hacía tanto, cuando se entrenaba a punta de espada con su primo… Pensó que en el encarnizado enfrentamiento con Sebarian, en el que estaba dispuesto a matarla, ella había conseguido herirlo y

salir con vida de aquello. Por los pelos, pero todavía estaba allí, con él.

—¿Te gustaría? —Por el rabillo del ojo vio que su tío iba a protestar, sin embargo, se detuvo. Su hermana borró la sonrisa de sus labios y lo miró con fijeza.

—¿Me lo permitirías? —preguntó en un susurro quedo. A él se le encogieron las entrañas. No porque creyese que Iria quería hacerlo por un sentimiento de igualdad de sexos, sino porque estaba seguro de que en el fondo la aterrorizaba que su padre se hiciese con ella y no fuese capaz de hacer absolutamente nada por defenderse de él. Como su madre. Tragó saliva.

—Si quieres, empezarás mañana. —Cuando vio cómo cambió la mirada de ella ante sus palabras, se esforzó por controlar la humedad de sus propios ojos —. O esta tarde, si la tienes libre —se apresuró a prometerle.

—Pero no quiero que me entrenes tú —musitó. Captó en el acto su mirada herida. Se acercó rauda y le tocó el brazo—. No es por ti, Key, pero he visto cómo te pones cuando Lalla se adiestra y no serás objetivo. —Él lo meditó un momento y aceptó que tenía razón. Miró a su tío y, aunque se mantenía en buena forma, pensó que le pasaría tres cuartos de lo mismo. Frunció el ceño.

—¿Y entonces a quién recurro? —Iriana no lo pensó, o no se habría atrevido.

—¿Y Brangor? —sugirió como al descuido. La penetrante mirada de su hermano se clavó en la suya.

—Deberías mantenerte alejada de él. En cualquier sentido —advirtió en tono afilado. Ella lo miró a los ojos y consiguió mentir.

—Solo quiero que me enseñe a defenderme. Es obvio que sabe hacerlo, tiene tropas a su cargo y ya se encarga de instruir a su prima. —El duque no parecía nada convencido—. ¿Tienes a alguien mejor? —presionó ella.

—Creí que querías a alguien objetivo —ironizó Storn, que sabía que aquello era un error.

—Y lo será. Él no siente nada por mí, y yo tampoco. Pienso disfrutar de mi presentación en sociedad el año que viene, y conocer a unos cuantos

caballeros de lo más interesantes allí. El conde es demasiado… mayor y mundano para mí. —Dios, estaba convirtiéndose en una mentirosa consumada, pensó, sin sentirse afligida por los embustes si con eso conseguía su objetivo. Keylan miró a su tío por encima de ella, interrogante. El otro alzó las cejas con una mueca. Aquello era una locura, se mirase por donde se mirase. Aún no había asimilado que su hermano estuviese vivo, y la rabia y el dolor se mezclaban en su interior amenazando con hacerlo explotar. ¿Qué importaba quién le enseñase un par de trucos a la muchacha? De lo que había que encargarse era de destripar a aquel cerdo de inmediato, antes de que la niña tuviese oportunidad de defenderse de él.

—Está bien, Iria. Tú ganas. Pero, si Dare no mantiene las manos en su sitio, me aseguraré de cortárselas. Nuestra amistad no valdrá nada tratándose de ti —prometió con una severa mirada.

Iriana volvió a respirar con normalidad mientras veía a los dos hombres salir de la habitación. ¿Creía que había conseguido la parte más difícil? Lo más duro sería convencer al conde de que todos los días pasase unas horas en su compañía, hablándole, enseñándole, tocándola.

Sonrió. Sobre todo, tocándola.

En cuanto se despidió de Rodan, Keylan se apresuró a buscar a su esposa, solo para enterarse de que había salido.

Miró estupefacto a Crobs.

—¿De la casa? —se obligó a preguntar.

—Con el carruaje, Excelencia. Se marchó esta mañana muy temprano. Estaba muy decidida —se sintió obligado a añadir, pues a él no le había gustado más que al señor que la duquesa se fuese.

—Lo imagino —lo tranquilizó. Se giró para marcharse, pero se le ocurrió algo—. ¿Supongo que la acompañaba alguien de la familia? —preguntó a la vez que recordaba quiénes no estaban sentados a la mesa durante el desayuno.

—No, milord, se marchó sola. —El duque hizo un esfuerzo tremendo por controlar cada músculo de su cuerpo y aparentar normalidad.

—¿Y los guardias? —El mayordomo pareció sinceramente aliviado de poder darle al menos una respuesta que lo satisfaría.

—La señora pidió que la escoltara una docena de soldados. —Parte de la tensión que se había instalado en su pecho y le impedía respirar cedió.

—Avíseme de inmediato en cuanto regrese —pidió antes de encerrarse en su estudio, evitando dar un portazo solo para salvar su orgullo ante el criado.

Dirigiéndose a grandes zancadas al alto ventanal, pasó por delante del dichoso mueble bar, donde aminoró un tanto sus pasos. Apretando los puños siguió hasta su destino y se quedó de pie, agarrado al marco de madera, absorto en el paisaje desvaído y algo triste que el mes de diciembre había traído consigo. Cómo se le había ocurrido salir en su estado… Tan solo hacía un mes desde el ataque, tiempo insuficiente para recuperarse de sus muchas heridas. Estaba mejor, eso lo sabía, solicitaba informes diarios al médico de sus progresos, pero… irse a la calle, sola… ¿Adónde? era la pregunta que lo acosaba sin piedad. ¿Lo había abandonado ya? ¿Era eso? ¿Se había marchado de la casa? Y, si no era así, ¿dónde estaba, por el amor de Dios? Podía entender que estuviese aburrida, cansada de permanecer día tras día encerrada en la mansión, sin nada que hacer, sin ver a nadie, puesto que no recibían visitas desde que estaba herida, sin embargo, todo eso no justificaba que pusiese en peligro su salud para salir a vagabundear por la ciudad.

Se agarró a la ventana con las dos manos, mirando al exterior sin ver nada. «Dios, Hela, ¿dónde estás?».

Helailla salió al jardín sintiéndose físicamente enferma. Quizá esa no fuese la palabra correcta, pero en verdad estaba desorientada y aturdida. De repente ver tantas cosas a la vez, todos esos colores tan fuertes y distintos, los objetos en movimiento, las formas, la luz del sol… Entrecerró los ojos porque este

parecía querer cegarla, y todas las nuevas sensaciones que llevaba experimentando en las últimas horas amenazaban con hacerle estallar la cabeza. Un estremecimiento le recorrió la columna y supo reconocer que era de miedo, un pánico atroz a que los dolores regresasen. Ya hacía tres semanas que no los tenía, y empezaba a creer que habían desaparecido para siempre, no obstante, en ese momento las dudas regresaron, junto con la fuerte jaqueca. Esperaba que se tratase solo de eso.

Buscó con desesperación algún lugar que le sirviese de refugio frente a la inclemente esfera amarilla que le taladraba el cráneo y divisó el banco de hierro protegido por las ramas de un enorme olmo. Se dirigió allí, y a pesar de lo inestable que se sentía no pudo sentarse, estaba demasiado agitada por todo lo que había visto y experimentado. Se quitó el sombrero y los guantes, y los dejó en el asiento. Dios, cuánto tiempo sin sentir… todo lo que normalmente se daba por descontado, pero lo importante que se volvía cuando se recuperaba tras perderlo, se suponía que para siempre…

—¡Hela! —Se giró con un torbellino de sus faldas melocotón mientras sentía cómo el corazón le latía a toda velocidad. Y, por primera vez desde que lo conociera, vio a su marido. La impresión la obligó a agarrarse con la mano derecha al respaldo del banco que tenía a su espalda. Dios santo, ¿ese era su esposo? se preguntó consternada y sin respiración. Por supuesto que lo era, había oído su voz, y reconocería sus pisadas y su olor en cualquier parte. De repente, él estuvo a su lado, y ya no tuvo tiempo de nada más—. ¿Por qué te has ido? —preguntó Keylan en tono seco. Fue lo único que pudo hacer para no cogerla en brazos y meterla en la cama, pues tenía toda la pinta de estar a punto de desmayarse, eso después de besarla hasta dejarla sin sentido en agradecimiento por no haberlo abandonado como a un perro.

—Necesitaba hacerlo, Key. No me preguntes por qué —contestó mirando hacia otro lado. El hombre frunció el ceño, no obstante, aceptó la explicación con docilidad, consciente en todo momento de que había regresado y se estaba molestando en dársela. Era todo un logro en esos días.

—Aún estás convaleciente, Hela…

—No es cierto —lo cortó—. Me siento bien. Al menos lo suficiente como para seguir con mi vida. —¿Era eso una indirecta de que pensaba dejarlo en breve?

—Si ese canalla se apoderase de ti de nuevo, ahora no podrías defenderte de él —atacó con crueldad, pero sabiendo que debía hacerlo. La vio temblar y, a pesar de que se moría por acercarse y calmarla, no lo hizo. Debía comprender.

—Tienes razón, por supuesto. Pero salí debidamente escoltada.

—Lo sé y, aunque preferiría que te quedases en la mansión un tiempo más, si tienes que salir, te ruego que además lo hagas acompañada por algún miembro de la familia. —Ella volvió su estupefacta mirada hacia él.

—¿No me lo ordenas? —preguntó en tono rebelde.

—No —contestó con voz queda. Quería decirle que le gustaría ser él quien fuese con ella cada vez que lo necesitase, pero no lo creyó prudente. La joven se mantuvo en silencio unos segundos.

—Tengo que irme —fue todo lo que dijo. Su marido la cogió de la muñeca con suavidad.

—Espera, por favor, tengo algo importante que contarte. —Helailla sentía que no iba a aguantar mucho más. Le dolía terriblemente la cabeza, los ojos le escocían una barbaridad, y todo el entorno parecía mecerse de forma vertiginosa a su alrededor. «Demasiadas emociones de golpe». Necesitaba tumbarse en una habitación a oscuras y en silencio para que su mundo volviera a estabilizarse, porque acostumbrarse a ver le estaba llevando más esfuerzo del que esperaba.

—¿No puede esperar? Tengo cosas que hacer —mintió, sintiendo que las piernas empezaban a fallarle. El duque la soltó de golpe, y la mujer notó cómo el cuerpo masculino se ponía rígido ante su rechazo, y se apartaba un paso.

—Desde luego. —Pero no la miraba, y Lalla detectó algo en el tono de su voz que no había escuchado antes. Parecía… desesperación. Y miedo.

—¿De qué se trata, Key? —preguntó con dulzura.

—No te preocupes, lo hablaremos en otro momento. —Se fijó en sus manos, que le temblaban, y en la mandíbula apretada, donde le palpitaba un músculo, y comprendió que al fin había llegado el momento en el que su esposo iba a sincerarse con ella. Durante un segundo la rabia la embargó. Era tarde. Su matrimonio ya no podía salvarse. Aun así, no podía engañarse, se moría por saber lo que él tenía que contarle. Se acercó y acarició su mejilla.

—Siempre tendré tiempo para ti. Cuéntamelo.

Al principio Keylan se tensó ante el gesto cariñoso, pero luego cerró los ojos, disfrutando del contacto. Cuánto echaba de menos aquellas caricias espontáneas de su mujer. El contacto físico con ella, como quiera que fuere. Un beso al despertar, un roce al pasar, darse la mano durante un paseo, ofrecerle el brazo al bajar de un coche… Todos esos pequeños gestos cotidianos que antes había dado por hecho, y de los que entonces no quedaban ni rastro.

Y hacer el amor… Dios del cielo, llevaba más de mes y medio sin tocarla de ese modo, desde la fatídica noche en Storncrass en que la poseyó en la silla, y las ganas que tenía de enterrarse en ella iban a volverlo loco. Pero ya no tenía ese derecho, se recordó con amargura. Sobre todo, cuando le explicara lo que había ocurrido once años atrás. Entonces sí que correría a hacer las maletas.

Sopesó la idea de ocultárselo un poco más, aterrado por la perspectiva de su reacción, pero se había comprometido con Cetriar en que se lo diría cuando pudiese soportarlo, y sabía que había llegado la hora.

La miró y se empapó de su imagen una última vez, tan dulce y hermosa, y se maldijo por ser tan cobarde.

—Dios, Hela, no sé por dónde empezar. —Tenía la voz quebrada y los hombros hundidos, y su mujer nunca lo había visto tan vulnerable. El miedo la embargó, cuestionándose qué podría ser tan horrible para tenerlo en ese estado.

—Solo ábrete a mí. El resto saldrá solo. —Y así fue. Una vez que empezó ya no fue capaz de parar, a pesar de haber contado esa historia varias veces en

los últimos días. Pero aquella era Hela, la mujer que amaba por encima de todas las cosas, y lo que más temía perder en el mundo. Aunque ya la había perdido, se recordó con amargura, motivo por el que pudo seguir hablando durante aquel interminable rato, desnudando su alma como no lo había hecho nunca antes, ni siquiera ante su hermana y su tío. Cuando acabó se deslizó en el asiento para poder apoyar la cabeza en el duro respaldo, y cerró los ojos, agotado, consolándose con que al menos su esposa no podía verlo en aquel estado de vulnerabilidad.

Helailla lo observaba con una nube de lágrimas que arrasaban su rostro. No se atrevió a hacer ningún sonido para que él siguiese recuperándose de lo que su revelación le había supuesto. También ella tenía que hacerlo, la verdad era que estaba conmocionada y no porque su marido hubiese matado a un hombre, que además resultaba ser su padre. Aquel desgraciado se lo merecía. Sino porque un niño se hubiese visto obligado a tomar aquella traumática decisión mientras presenciaba cómo asesinaban a su madre. Y además había tenido que vivir con la culpa de lo que había hecho y de lo que no durante once largos años. Él no lo había mencionado, sin embargo, en lo que había omitido estaba tan claro como el agua que la vergüenza y la culpa por no haber sido capaz de salvar a la duquesa lo carcomían por dentro, lo hacían sentir indigno frente a su familia, razón por la que los había apartado de su lado. Eso y que se creía un asesino. De ahí las pesadillas nocturnas que lo torturaban casi cada noche, volviéndolo loco.

Mientras lo veía temblar como una hoja, seguro de que ella no podía verlo, comprendió que lo amaba. Por todo lo que había hecho, y por lo que eso había obrado en él. La revelación, que había llegado con la velocidad de un rayo y la fuerza de un huracán, la paralizó y la asustó como nada antes en su vida, ni siquiera los angustiosos momentos en que luchaba por sobrevivir con aquel monstruo empeñado en acabar con ella, porque sabía con asombrosa claridad que, aunque había encontrado el valor para contárselo, su marido seguía empeñado en mantenerse indiferente y apartado de ella. Y ya no se veía con

fuerzas para soportarlo. Por eso iba a abandonarlo. Aunque era consciente de cuánto necesitaba en esos momentos de personas que lo quisieran y lo apoyaran, cuando esa conversación terminara, se marcharía de su vida. Y lo haría para siempre.

Keylan abrió los ojos despacio, esperando encontrar un montón de acusaciones en los de su esposa, además de repulsión. Incluso odio en aquella mirada gris azulada.

En cambio, esos preciosos ojos lo recibieron anegados de lágrimas, y la pena que vio en ellos le atenazó el corazón. Casi prefería su desprecio a su compasión.

Lalla percibió el cambio, y se limpió las molestas gotas con la manga del vestido, en un gesto impaciente. Sabía que el orgullo de su marido era muy frágil en aquellos momentos, y no quería romperlo demostrándole cuánto sufría por él. Volvió el rostro y se quedó pensativa, mirando serena la extensión de césped perfectamente cuidado a su alrededor.

«¿Ni siquiera puede mirarme a la cara?», se preguntó Keylan, roto por dentro. Agarrando con fuerza el borde del asiento, se lo clavó en las palmas de ambas manos mientras apretaba los brazos para levantarse, pero de repente detuvo el movimiento. No se iba a mover de allí hasta que lo supiese.

—¿No vas a decir nada? —preguntó emocionado, todavía sin reponerse del esfuerzo que le había supuesto desvelar sus secretos. Muy, muy despacio, ella lo miró. Una mirada larga y minuciosa. Keylan notó cómo esta pasaba por su pelo, su frente, sus cejas, sus ojos, su nariz, su boca y su barbilla. Al fin volvió a sus ojos. Se dijo que debía estar mucho más cansado de lo que pensaba, porque la joven no podía estar observándolo como si de verdad lo *viese*—. Por favor, di algo. Lo que sea —suplicó, suponiendo que ese tambor que oía rápido y estrepitoso era el redoble de su corazón desaforado.

—Pensaba —dijo tras inspirar hondo— que tienes los ojos verdes más bonitos que he visto nunca. No son del color de las esmeraldas como los de tu hermana, sino del mismo tono que el jade, oscuro, intenso y fascinante. A decir

verdad —confesó casi sin aliento—, eres absolutamente hermoso. —Keylan la miró embobado. Era la primera vez que le importaba que una mujer lo encontrase atractivo y aunque sabía que lo era, dado su indiscutible éxito con las féminas, nunca le había interesado en lo más mínimo. Hasta ese instante. Saber que a aquella mujer en particular le resultaba agradable a la vista lo excitó en el acto. *Hermoso*, se corrigió encantado, aunque aquella palabra no debiera resultarle muy halagadora. Pero lo era. Entonces una emoción insidiosa empezó a filtrarse en sus pensamientos, e hizo retroceder su placer a un segundo plano. Agrandó los ojos cuando cayó en ello. Él nunca le había dicho de qué color eran sus ojos, y antes le había hecho un repaso como si… ¿Y cómo demonios sabía ella si era un adonis o feo como un caballo? Al encararla la pilló con una descarada sonrisa en los labios.

—¿Me… me ves? —se atrevió a preguntar, seguro de que esa maravillosa sonrisa desaparecería en el acto. Sin embargo, no lo hizo. En cambio, se volvió más amplia y le llegó hasta los ojos cuando asintió—. ¿Cómo…? —No sabía qué preguntar, pues las dudas se acumulaban en su cerebro aturdido. Ella le explicó sus conjeturas, y meneó la cabeza, incrédulo por cómo funcionaban los engranajes de la vida. Al final, tendría que darle las gracias a su padre y todo, meditó con cierto humor negro. Miró a su esposa, su corazón repleto de dicha por la joven, ya que sabía lo importante que era para ella lo que le estaba ocurriendo—. Me alegro mucho, Hela, aunque lamento que no me lo contases cuando empezó todo. Supongo que debió ser un tanto apabullante y aterrador. —Intentó no sentirse dolido porque lo hubiera excluido de algo tan trascendental, aun sabiendo que se lo tenía merecido.

—Aún lo es —confesó con voz queda. Aunque estaba decidida a que viviesen vidas separadas, él había confiado en ella hacía un momento, y ella iba a hacer lo mismo—. Cada día abro los ojos esperando que todo vuelva a estar sumido en la oscuridad, o que de un momento a otro se apague la luz y mi vida quede reducida a lo que era antes. No podré soportarlo si ocurre de nuevo —admitió levantándose de golpe. Keylan también se puso de pie, y en

contra de lo que le decía su mente se acercó por detrás y la abrazó.

Helailla sintió los gruesos brazos alrededor de su cintura y supo que tenía que rechazarlo, pero la sensación del cuerpo masculino pegado al suyo la subyugó. Podía notar su duro pecho contra su espalda y cómo los fuertes muslos tocaban sus piernas. Aún a través de la ropa de ambos, era consciente de que el calor que emanaba aquel hombre la calentaba a pesar del frío de aquella mañana. Ninguno llevaba abrigo, aunque tampoco lo necesitaban. Rendida, se apoyó contra su pecho y dejó caer la cabeza sobre el hombro masculino, buscando la mirada hambrienta de él con la suya propia.

Keylan tenía los ojos fijos en los de su esposa, temeroso de parpadear por si ese simple movimiento la alejaba de él. Dios, la sensación era tan buena que le resultaba indescriptible. Sabía que ella podía sentir toda la magnitud de su deseo, pues su dura y enorme erección apretaba contra el final de su espalda. No pudo evitar cimbrear un poco las caderas, restregándose contra su voluptuoso cuerpo, y contuvo la respiración, esperando su reacción. Los iris femeninos se dilataron, y ese fue el único estímulo que necesitó; además, sabía que era lo máximo que iba a ofrecerle. Despacio, dándole tiempo para que lo rechazase, se inclinó y, cuando estuvo seguro de que no lo haría, sacó la punta de la lengua y le lamió el labio inferior. Ella jadeó y entreabrió la boca, y él aprovechó para mordisqueárselo, tirando de él, jugando. Se le aceleró la respiración al instante, de tanto como la deseaba, y sus manos subieron por voluntad propia a sus senos, los cuales abarcó con ansia. Escuchó el gemido, y no estuvo seguro de quién provenía, pero no le importó. Ella le estaba permitiendo tocarla, y eso era lo único que le interesaba en aquel momento.

Con un movimiento fluido la hizo darse la vuelta de forma que pudiese abrazarla como deseaba y besarla como Dios mandaba, y cuando se sumergió en su boca y le hundió la lengua hasta la garganta, sí supo quién sollozaba pidiendo más. Sin duda era él, aunque también ella se había metido por debajo de su chaqueta y le clavaba las uñas en los hombros, notó excitado como nunca. Sin poder controlarse ya, cogió un puñado de su falda y comenzó a tirar

hacia arriba de la tela con movimientos torpes y convulsos. Entonces su esposa apoyó las manos en su torso e hizo presión hasta que su petición se infiltró en su ofuscada mente. Levantó la cabeza muy a su pesar con gesto interrogante.

Helailla se enfrentó a aquellos hermosos ojos nublados por la pasión y tragó saliva mientras intentaba estabilizar su respiración y su descontrolado corazón.

Intentó apartarse, pero los brazos de acero de su marido seguían rodeándola como si se trataran de una extensión de su propio cuerpo. Apretó más fuerte contra sus marcados pectorales mientras sus ojos le decían lo que su boca callaba.

Al final entendió el mensaje y, aunque la estuvo mirando un rato más, aparentemente dispuesto a luchar, terminó soltándola.

La joven comenzó a retroceder, paso a paso, y después se giró; sin embargo, cuando ya se disponía a recogerse el vestido y salir corriendo, se dio la vuelta y volvió a mirarlo. Keylan levantó la vista hacia ella.

—Dudo que alguien piense que hubieses podido salvar a tu madre, nadie habría podido. No te culpo por nada de lo que hiciste para proteger a tu familia, y tampoco tú debieras hacerlo. Estoy orgullosa de ti. —Entonces sí se marchó, y lo dejó solo y confundido, atormentado con sus demonios.

Los dos hombres se volvieron para ver pasar a la joven corriendo a través de la puerta abierta del estudio. Incluso desde allí fueron testigos silenciosos de las lágrimas que surcaban su rostro y del dolor, casi palpable, que marcaba sus perfectos rasgos.

—¿Cómo pueden ser tan ciegos? —preguntó Dariel en un murmullo furioso.

—El amor a menudo lo es —adujo Reskan, mirando desde la ventana con el ceño fruncido a su cuñado, de nuevo sentado en el banco de hierro, con la cabeza entre las manos, en actitud derrotada. Habían observado desde allí

toda la escena, sin ningún reparo ni escrúpulo, ya que antes de marcharse y dejar a su hermana sola con su esposo debía asegurarse de hacer lo correcto. Y, pese a que después de lo ocurrido en el jardín disponía de esa certeza, sentía una tensión en el cuello, algo que le avisaba de que sin una ayudita esos dos nunca cederían. Pero si se iban, aunque fuese a dos calles de distancia, ¿quién iba a echarles una mano? La llamada en la puerta principal lo distrajo de sus intranquilas cavilaciones y un momento después, al girarse para comprobar de qué se trataba todo ese revuelo y toparse con los ojos más violetas que había visto nunca, todas sus preocupaciones se desvanecieron como si las hubiera barrido el viento—. Kana —susurró sin poder creérselo, a la vez que sus pies lo llevaban inexorablemente hacia ella. También su esposa se acercó despacio, con una enorme sonrisa en los labios. No les importó quiénes estuviesen en la habitación, en cuanto sus cuerpos se tocaron, se fundieron en un codicioso beso. Ni siquiera la insistente tos logró penetrar sus conciencias. Al final, una estruendosa carcajada rompió el silencio.

—Menos mal que te casaste con ella, Cetriar, porque ese beso incendiario me habría obligado a matarte. —Con renuencia, mucha renuencia, Reskan levantó la cabeza, y su sorpresa aumentó cuando descubrió allí al tío de su mujer. Miró de nuevo a la joven, la cual tan solo sonrió, y él se separó de ella para saludar como correspondía al hombre.

—Dacross, me alegro mucho de verte, aunque debo admitir que no entiendo nada —confesó desplazando la mirada de uno a otro—. Se suponía que seguías en Traguian, cariño, y que tardarías al menos otro mes en volver. —Ella fue a contestarle, pero entonces cuatro bulliciosos niños se lanzaron al interior de la habitación en busca de su padre.

Este los miró emocionado y se puso de rodillas en el suelo para que pudiesen abrazarlo. Abarcó a todos en un apretado achuchón y cerró los ojos, ahogando el nudo que tenía en la garganta. Cuánto los había echado de menos, por Dios. Acarició la suave cabecita de su heredero, que estaba en brazos de Adele, y suspiró satisfecho, sintiéndose completo por primera vez desde que

se marcharan.

Al final, su madre los mandó a tomar leche y galletas, con la excusa de que recuperasen fuerzas del agotador viaje y prometiendo a todos, en especial al ansioso padre, que volverían a reunirse en poco rato.

Mientras Dare y Cross se daban la mano con afecto, él aprovechó para robarle otro beso a su esposa. Al separarse ella pudo ver que seguía atónito.

—Si quieres, me vuelvo a ir —lo provocó, burlona. Él estrechó un poco más los brazos en torno a su cintura.

—Ni hablar. A partir de ahora no te alejarás de mí más que lo que abarque mi vista. Ni siquiera para salvar nuestro país. —Sus ojos despedían un brillo peligroso, y a la beldad morena no le cupo duda alguna de que hablaba en serio, y se sintió feliz—. Y ahora dime qué ha pasado para que estés aquí con un mes de antelación. ¿Nos han derrocado? —La risa argentina de su mujer le revolucionó la sangre en el acto.

—Nada tan dramático. Llevaba recorridos tres cuartos del camino cuando me encontré con Dacross. —El aludido se llevó un dedo a la sien en señal de reconocimiento y siguió hablando con su amigo—. Naturalmente, dado que vive a las puertas de Traguian, hacía tiempo que había oído de los ataques que sufríamos, de hecho, ellos mismos estaban siendo asaltados, al igual que otros reinos cercanos. Se trataba de una ofensiva a gran escala, por así decirlo, aunque siempre eran escaramuzas pequeñas, manejables. Pero el bueno de mi tío, junto con mi abuelo, Apol, Vasar y varios señores más se encargaron de solucionar el problema. Y ya que se pasó por el castillo, Cross se tomó la libertad de acometer el resto de cuestiones que teníamos pendientes, con la aprobación del Consejo, por supuesto. —El susodicho había dejado de hablar, esperando la reacción del rey a su intromisión en cuestiones tan importantes. Reskan lo miró fijo unos instantes y después asintió.

—Gracias, amigo. Con tu ayuda no solo has auxiliado a mi país, sino que has conseguido reunirme con mi familia más pronto, además de encargarte de escoltarla hasta casa. —Gran parte de la tensión que había embargado al joven

durante los últimos días se esfumó. Las decisiones que había tomado en nombre de ellos habían sido siempre con las mejores intenciones, no obstante, no dejaba de ser una intrusión en sus vidas, y no había estado muy seguro de cómo se lo tomaría ese hombre orgulloso y dominante.

—Para eso está la familia.

—Bien —terció Kana, deseosa de terminar con ese espinoso tema—. Mes y medio de continuo viaje me ha dejado agotada. Reconozco que me tomaría un reconstituyente té. ¿Me acompañáis, caballeros? —preguntó, ofreciéndole el brazo a Dare, a quien aún no había saludado como correspondía. Los tres hombres salieron con ella al vestíbulo, dispuestos a comerse unas cuantas de esas pastas de las que estaban disfrutando los niños.

—¡Cross! —Todas las miradas se dirigieron a la mujer que bajaba los escalones de dos en dos en su prisa por llegar abajo. Cuando lo hizo se tiró en los brazos del hombre rubio con un gritito de placer. También él se sumó al efusivo saludo mientras se reía, divertido.

—¡Por Dios, muchacha! Qué pensará tu marido, el duque, si te ve entre mis brazos de esta manera —dijo a modo de chanza.

—Probablemente que soy una descarada. Pero tú y yo sabemos que nunca he podido resistirme a ti. —Reskan la pilló lanzando una levísima y subrepticia mirada hacia el final del vestíbulo. Cuando entre las espesas sombras descubrió allí a su cuñado se le agrandaron los ojos del asombro, y casi se le paró el corazón de la impresión.

—Ni yo a ti, bonita —la lisonjeó el recién llegado con una de sus devastadoras sonrisas.

—Lalla —la llamó su hermano con voz suave. Al momento ella se giró hacia él y le dedicó una mirada directa, y ya no le cupo duda alguna. Aún en estado de *shock* hizo la primera pregunta que se le ocurrió—. ¿Por qué no nos has dicho que puedes ver? —dijo en tono recriminatorio. La estancia se quedó en silencio de golpe, y la joven respiró hondo mientras sentía que Cross retiraba las manos de su cintura.

—¿Puedes? —preguntó Dare alternando también entre la incredulidad y la acusación.

—Sí —afirmó en voz baja, aceptando sin cuestionarse que Res lo hubiese descubierto tan rápido. Él la conocía mejor que nadie—. Y lo he mantenido oculto porque tenía miedo de perderlo igual que había venido. De daros esperanza para nada. Pero, sobre todo, de volver a veros y… —No pudo seguir, todos sabían lo que quería decir. Y en el fondo, a pesar de sentirse levemente traicionados, la entendieron. Además, el momento era demasiado precioso para estropearlo con recriminaciones. Su hermano la abrazó, emocionado hasta la médula, y todos lo siguieron. De nuevo junto a Dacross, ella hizo algo que lo sorprendió, le besó en los labios, un beso rápido y superficial, como tantas otras veces habían compartido en el pasado, igual que él besaba a Kana. Pero no se esperaba que una vez casada siguieran haciéndolo. A pesar de todo era un hombre de mundo y un caballero, y tan solo sonrió. Kana fue la primera que reparó en que el duque estaba en el vestíbulo y, si se dio cuenta de que tenía las manos convertidas en sendos puños a los costados o que se le iba a partir la mandíbula de tanto apretarla, no dio muestras de ello.

—¡Keylan! Cuánto me alegro de verte. —Él recibió los dos besos en las mejillas con estoicidad, su mirada afilada fija en su esposa.

—Y yo a ti, Kana. Estás espléndida. —Sus duros ojos se desplazaron hacia Dacross, que parpadeó ante tanta agresividad gratuita.

—Te presento a…

—Dacross Severn —la cortó su marido—. Un muy buen amigo de la familia. —A todos les sorprendió que omitiese un detalle tan importante como que en realidad era el tío de su mujer, pero ocultaron su reacción. Las miradas de los dos hermanos se cruzaron y se mantuvieron entrelazadas en mutuo entendimiento durante unos segundos. El aludido se adelantó y alzó la mano, sonriendo.

—Encantado de conocerlo, Excelencia. He oído hablar mucho de usted. —

Keylan ni siquiera miró la mano extendida, sino que estudió al hombre que tenía frente a sí. Reconoció con unos celos que lo quemaban vivo que era un tipo asquerosamente guapo, con sus bonitos y expresivos ojos color café, una boca sensual siempre sonriente y unos rasgos suaves y armoniosos. Su pelo rubio, ni muy claro ni muy oscuro, que contrastaba con su rostro dorado por el sol, y su cuerpo atlético y musculoso, evidente incluso con toda aquella ropa encima, lo pusieron en guardia al instante. Era tan alto como él, y no tuvo problemas en mantenerle la mirada, entre divertido e intrigado. Después de un rato de escrutinio mutuo, su huésped levantó una ceja, interrogante. Al final, estrechó su mano, aunque a regañadientes.

—¿Sí? —contestó al anterior comentario del hombre—. ¿A quién?

—A mi… amiga. —Señaló a Kana, cuyas mejillas se cubrieron de un ligero rubor. A Keylan eso le pareció gracioso. Y sospechoso. Esa amazona no se ponía nerviosa por nada. Pero al parecer su marido no encontraba nada raro en ello, así que lo dejó pasar. Siguió evaluando al recién llegado, seguro de que no le gustaba en lo más mínimo. La reina, notando la animadversión que se iba generando en el ambiente, se apresuró a intervenir.

—¿Qué hay de mi tentempié? Keylan, ¿de verdad vas a permitir que me desplome en tu vestíbulo? —bromeó con una risa ligera, reclamando su brazo.

—No lo quiera Dios. —Y se dejó llevar hasta la sala donde se podían escuchar las risas y el alboroto de sus sobrinos, plenamente consciente de que su esposa se había acercado a ese cretino y se colgaba de su brazo como si fuese un salvavidas.

—¿A qué estáis jugando? —preguntó Kana media hora más tarde a su cuñada y a su marido, justo después de que la puerta se cerrara tras el duque, que había alegado un compromiso y se había marchado echando humo por la nariz. El resto de los presentes, es decir, todos los primos más las esposas, se quedaron en silencio, deseando escuchar la sabrosa explicación. Res alzó una ceja en

dirección a la duquesa.

—Para ti todos los honores, querida —la animó el rey con un gesto de la mano. Helailla abrió la boca y la volvió a cerrar, mirando a Cross. No podía decirle en su cara lo que había urdido de repente en la entrada de su casa, cuando había visto a Key oculto en la oscuridad. Miró implorante a Reskan. Este suspiró con dramatismo—. Creo que a mi hermanita se le ha ocurrido la excelente idea de poner celoso a su esposo, y la providencial aparición del bueno de Dacross se lo ha puesto en bandeja. O quizá todo se ha desarrollado sobre la marcha —acertó—. De cualquier modo, Severn, tu papel sería bastante decisivo en esta parte de la obra —añadió, centrando su atención en el aludido, quien los miraba a todos estupefacto.

—¿Lalla y yo? Pero si es como una sobrina más…

—Nosotros sabemos eso, pero él no. —El recién llegado miró a la joven, quien parecía bastante avergonzada de discutir aquello con toda su familia.

—¿Las cosas no van bien entre vosotros? —La amarga carcajada femenina solo lo sorprendió a él.

—Ese sería el eufemismo del siglo. Mi matrimonio está completamente roto, de manera definitiva —dijo en tono rotundo.

—¿Entonces por qué quieres hacer esto? —preguntó a cambio su amigo, sin comprender. Tampoco ella lo entendía. Tenía pensado marcharse, así que ¿qué estaba haciendo, en nombre de Dios?

—En realidad, no lo sé, Cross. Tan solo reaccioné. Pero, si decido llevarlo adelante, ¿me apoyarás? —le preguntó mirándolo a los ojos. La respuesta no tardó en llegar.

—Por supuesto. Aunque quizá esto me lleve a levantarme un día al amanecer. Ya sabes, un par de padrinos, veinte pasos en línea recta, dejarme matar para que no termines viuda… No resulta una perspectiva interesante. —Todo aquello fue dicho con una sonrisa ladeada, sin embargo, apreció la seriedad de sus palabras. Si llevaban el juego demasiado lejos, el resultado podía ser nefasto.

—No permitiremos que se llegue a esos extremos —afirmó el rey—. Eso siempre y cuando la señora acepte recoger el guante que ella misma se ha lanzado. —La empujó, mirándola con intensidad.

«¿Aceptaría?», se preguntaba nerviosa, tumbada en la cama de su habitación horas después, tras una larga conversación con su hermano, cuando se despidieron de los demás.

Res la había presionado por primera vez en su vida y la había obligado a reconocer ciertas verdades amargas, la más importante de ellas, que no quería separarse de su marido.

Se frotó las sienes en un gesto instintivo. Le molestaba un poco la cabeza; suponía que no debía forzar la vista, por eso se había retirado a su cuarto y se había tumbado un rato con las cortinas echadas y un paño húmedo sobre los ojos, en un intento por descansar. Pero sus pensamientos sobre lo que debería hacer no le permitían dormir.

La estratagema de utilizar a Cross para ver si podía poner celoso a Keylan se le había ocurrido de repente, al descubrirlo parapetado en la oscuridad, y a juzgar por su reacción al verlos juntos se diría que el plan tenía alguna posibilidad de triunfar. De hecho, Res había estado de acuerdo de inmediato en llevarlo a cabo, y si además su amigo aceptaba encantado dejarse usar…

Por otra parte, le preocupaba que su hermano estuviese tan decidido a forzar una convivencia con su marido, solos en su nidito de amor. Pensaba marcharse de Mohern a la mañana siguiente, llevarse consigo a toda la familia y exiliarla en aquel caserón. Vendrían a verlos, le aseguró, pero eso no evitaría que ella se quedase allí sin más compañía que la de Keylan. De todos modos, no tenía alternativa, había hecho un trato con él. Res la apoyaría con el tema de Dacross si de momento no abandonaba a Key y se quedaba en la mansión. Tenían que seguir pareciendo un matrimonio normal a ojos de la sociedad, la chantajeó, si quería su ayuda.

Y ella la necesitaba. Porque su marido era un hueso duro de roer.

# Capítulo 15

Reskan observaba a su maldito cuñado con los ojos convertidos en meras rendijas mientras lo maldecía en cuatro idiomas.

Después de inspeccionar toda la casa había tenido que recurrir al ayuda de cámara de Storn para preguntarle por su paradero, y este le había dicho que Su Excelencia se había ido a montar. Una tarea simple, ir a buscarlo, se dijo, aunque la sonrisa irónica del sirviente debió ponerlo sobre aviso. Al parecer, al jodido duque no le gustaban los muchos parques que rodeaban su mansión, y prefería cabalgar en algún lugar más… abierto e íntimo. A saber, saliendo de la ciudad, cuando la civilización tenía ya otro nombre. Le costó hora y media encontrar el sitio, y eso que el criado le había dado instrucciones muy precisas y hasta le había hecho un mapa, que en ese momento apretaba completamente arrugado entre sus dedos.

Su objetivo volvía a estar sentado en otro puñetero precipicio, con una pierna colgando por el borde mientras que su brazo derecho estaba apoyado en la otra, que mantenía flexionada. El viento jugaba con su pelo, revolviéndoselo, aunque no parecía notarlo. De vez en cuando aspiraba con fuerza del puro que mantenía entre sus labios, pero por lo demás era como si no estuviese allí, como si no fuese consciente de lo que lo rodeaba.

Reskan dudaba que hubiese conocido a un hombre más torturado que aquel, y por más que se había esforzado no encontraba la manera de hacerlo salir del pozo que él mismo había excavado con sus manos desnudas para evitar poder

escapar de allí. Si ni siquiera el amor que sentía por su hermana –y él sabía que estaba ahí– lo tentaba, ¿qué lo conseguiría?

Con pasos firmes para que lo escuchase llegar, se acercó. El duque giró la cabeza, y una sombra de incertidumbre y también de irritación cruzó su mirada.

—Debería tirarte de una vez. Así no se me detendría el corazón cada vez que te encuentro en un sitio como este —admitió antes de poder evitarlo. Keylan también dejó ver su sorpresa, y su expresión se suavizó. ¿A quién querían engañar? Se caían bien. Era más, eran buenos amigos, casi como hermanos.

—A pesar de la imagen que tengas de mí, no soy un suicida. Me gusta este sitio, eso es todo. —Con un suspiro de resignación el rey terminó sentándose en el suelo, aunque no tan al borde.

—Se te echó de menos en la comida —comentó como al descuido.

—¿Sí? ¿Quién, mi mujercita, tal vez? Se la veía muy ocupada dándole la bienvenida al buen amigo de la familia. —La frase se le escapó antes de que pudiese ocultar la amargura que lo embargaba. Dio una furiosa calada de su puro. Con un gesto de su cabeza que le sirvió para no enfrentarse a la seguramente divertidísima mirada de su cuñado, le indicó la caja de los puros, ofreciéndosela. El otro aceptó y se mantuvo en silencio mientras lo encendía. Key vio el perfecto aro que había hecho frente a él.

—¿Te refieres al príncipe Dacross Severn? —El duque volvió la cabeza de golpe, los ojos abiertos de par en par—. Es un hombre poderoso y algún día será rey. —Reskan hurgó en la herida sin inmutarse ni sentir cargo de conciencia. Si ese hombre era tan cretino como para permitir que su hermana se le escurriera entre los dedos, merecía sufrir un poco de su tortura psicológica. Oyó cómo le rechinaban los dientes y lo disfrutó—. Y sí, goza de la amistad de todos los Cetriar, en especial de la mía y de la de… Lalla. A decir verdad —añadió, echando sal a la herida—, durante un tiempo estuve seguro de que se casarían. —Vio que el polvorín que había alimentado estaba a punto de estallar y se levantó—. Pero no venía a hablarte de los antiguos

pretendientes de mi hermana, sino de nuestra partida. —Su cuñado parpadeó, confundido por el brusco cambio de tema.

—¿De qué hablas?

—Mañana nos marchamos, la familia al completo y… Dacross, por supuesto. —No pudo remediar hacer la aclaración—. No te preocupes, nos trasladamos a mi casa de soltero. Está a tan solo dos calles, lo bastante cerca para que todos nos mantengamos alerta para cuando tu padre decida hacer otro movimiento. Eso si no lo encontramos nosotros antes, aunque, si en este mes no hemos descubierto ninguna pista, es de imaginar que se ha enterrado en algún oscuro agujero hasta que las cosas se calmen, o hasta que bajemos la guardia. Ah, tu hermana y tu tío han aceptado acompañarnos una temporada, así que mi modesta casa estará al completo —dijo con una sonrisa divertida —. También he conseguido que Helailla consienta en quedarse aquí contigo. —Se sintió muy ufano por la absoluta perplejidad que mostró el otro ante esa afirmación. Si él supiera—. De momento —le advirtió, para que siguiera en ascuas—, no hará públicas sus intenciones de separarse. Le he explicado que la sociedad no solo la castigará con extrema dureza a ella por esa decisión, sino que toda la familia sufrirá las consecuencias, y que lo más sensato sería dejar ese tema para después del asunto de tu padre, que he terminado de contarle, ya que al parecer tú te quedaste a medias con tus revelaciones. —El duque tuvo la decencia de mostrarse convenientemente reconvenido—. Así que tenéis la casa enterita para vosotros dos. Por supuesto, la mitad de los soldados se mantienen en tu propiedad —advirtió sin dejar lugar a dudas de que aquello estaba fuera de discusión.

—¿Por qué os vais? —se sintió obligado a preguntar. El rey levantó las cejas en una elocuente mirada.

—Eso es evidente. —Keylan desvió la suya a la espectacular vista que tenía frente a sí. Después se levantó y se enfrentó a aquellos ojos que parecían verlo todo.

—Nunca he pretendido echaros.

—Y no lo has hecho. Pero llega un momento en el que dos personas necesitan estar solas, un momento en el que no hay retorno y, si traspasas ese punto, por mucho amor que haya, no será suficiente. ¿Quieres mirarte dentro de veinte años y recordar este instante, sabiendo que la perdiste simplemente por no quedarte a luchar? —Reskan podía ver el pecho de su cuñado subiendo y bajando como si le costase respirar, observaba su nuez moverse mientras tragaba de forma convulsa, notaba su mandíbula rígida y desencajada, y sus manos temblorosas alrededor de la pitillera, que sostenía como si fuera el objeto más preciado de su vida, pero no podía ver su mirada porque él rehuía la suya. Aún no estaba preparado para contestarle. Y por eso merecía lo que le iba a pasar—. ¿También vas a perderte la cena? —preguntó con ligereza esa vez, decidiendo ser el mejor aliado de su hermana.

—Creo que sí. Discúlpame con nuestro invitado —añadió con cierta dosis de sarcasmo. Al fin y al cabo, si iban a marcharse al día siguiente y lo evitaba ese día, no tendría que volver a verlo.

—Claro, estoy seguro de que Lalla lo entretendrá en tu lugar. —Keylan creyó notar que el rey hacía especial hincapié en la palabra entretener. Se mordió el labio. El otro ya había montado y se disponía a espolear a su caballo.

—Cetriar —lo llamó, aunque se había propuesto que no lo haría.

—¿Sí?

—¿Por qué no terminaron casándose? —No hacía falta añadir una sola letra más a su pregunta, y ambos lo sabían.

—No está claro —contestó evitando sonreír y, haciendo volar su mente, pergeñó una mentira creíble a la vez que las palabras iban saliendo de su boca —. La relación se enfrió cuando Lalla tuvo el accidente. Se trasladó de inmediato a Oscuridad y él no la siguió. Quizá lo vio como un signo de rechazo por parte de ella, o puede que no la quisiese porque era ciega —comentó con naturalidad—. Pero ahora vuelve a ver. —Lo miró con fijeza, sus ojos dos estanques azules matizados de un gris plateado—. Y sabes qué verá

ella cuando lo mire, ¿verdad? —Tocó con los talones los flancos de su montura y, marchándose, lo dejó allí plantado con una sola idea en su cabeza.

Por supuesto que sabía lo que ella vería. Al guapo, seductor, innegablemente encantador y lujurioso príncipe Dacross Severn.

Ni qué decir tenía que sí se presentó a cenar, aunque se detestó por ello. Incluso fue consciente de que prestó especial atención a detalles que normalmente pasaba por alto mientras se engalanaba para esa noche en particular, como seleccionar su mejor ropa, elegir un alfiler con una rotunda esmeralda para sujetar los pliegues de su pañuelo de un suave tono champagne, la cual sin lugar a dudas combinaba con el color de sus ojos y con la chaqueta de terciopelo oscuro que se estaba poniendo en esos momentos con la ayuda de Durin, y que él sabía que emitiría multitud de destellos cuando sus múltiples facetas se reflejasen en las innumerables velas dispuestas en los candelabros del salón…

Suspiró con cierta repulsión por sí mismo, mientras se peinaba con más esmero que de costumbre y se echaba una buena dosis de su colonia especial, con olor a limón, menta y bergamota, entre otros ingredientes igual de exóticos, que utilizaba en ocasiones muy exclusivas. Incluso el flemático ayuda de cámara alzó una ceja al verlo destapar el carísimo frasco.

Se estaba comportando como un imbécil, sin embargo, mientas salía de su habitación se justificó diciéndose que, puesto que su mujer había recuperado la visión, quería mostrar el mejor aspecto posible. Al fin y al cabo, desde que se casaron, él no había tenido que preocuparse por su apariencia. Y a esa vocecita que le susurraba en el oído que jamás lo había hecho por ninguna otra mujer, la aplastó de un manotazo sobre su hombro en la entrada del salón, como si tuviese una fastidiosa pelusa en su inmaculada chaqueta.

Claro que para molesto el principito aquel que le estaba destrozando los nervios, admitió media hora después, sentados para cenar.

Cuando, meses atrás, toda aquella tropa se había instalado en Storncrass, el rey le había pedido permiso, por decirlo de alguna forma, para implantar en su casa una de las normas sagradas de los Cetriar, que consistía ni más ni menos que en tirar por tierra la tradición de que el duque se sentara en una de las cabeceras de la mesa y su esposa en la otra, ya que entonces toda conversación personal entre ellos quedaba descartada. En lugar de ello, las cabeceras quedarían en desuso, y reorganizarían ambos laterales para que cada pareja se sentase junta, seguida finalmente de los miembros «solteros». Así dispuesto, la intimidad estaba asegurada cuando la ocasión lo requería, y las conversaciones seguían siendo fluidas durante las veladas. Por supuesto, todo volvería a su orden normal en las ocasiones en que se celebraran comidas formales, o cuando toda aquella horda de familiares se largara y volvieran a estar solos.

Como Hela no había puesto objeciones y, si era sincero consigo mismo, salvo una arraigada tradición a hacerlo de otra forma, tampoco él las tenía, al final ese había sido el proceder a partir de entonces, y las risas y los murmullos escandalizados abundaron en las comidas, ya fuesen en el salón o en la sala de desayuno, lo que convertía esos momentos en algo más informal y, por qué no admitirlo, placentero para todos.

Pero no esa noche en particular, reconoció para sí Keylan con un dejo de amargura mientras observaba cómo su esposa coqueteaba sin vergüenza con el principito.

Desconocía quién se había encargado de la distribución de los comensales, pero supuso que sería obra de Hela el que se encontrase sentada frente al guaperas y siempre galante Dacross, que no paraba de comérsela con los ojos, sin ningún reparo porque su marido se encontrase en la silla de al lado.

Miró al resto de los presentes y no detectó nada en su actitud que denotase que percibían algo fuera de lo común. Intentó fruncir el entrecejo, aunque al parecer ya no le era posible hacerlo más. ¿Es que en su mundo era normal que la mujer de uno flirtease con descaro con otro hombre frente a las narices del

esposo? ¿Y se suponía que él debía no solo permitirlo, sino mirar hacia otro lado? Observó a su cuñado, que a todas luces se deshacía por Kana, y supo que el rey no toleraría que esos ojos violetas se fijaran más de dos segundos en nadie más.

Apretó los puños mientras la furia hervía a través de sus venas como fuego líquido a punto de achicharrarlo. O se levantaba de inmediato de aquella mesa, o la sobrevolaría en busca de la yugular del rubio adonis. No se sorprendió cuando descubrió el tenedor fuertemente apretado entre sus dedos, al imaginar la escena.

La delicada mano de su esposa se apoyó en su brazo y lo paralizó al instante, fuera lo que fuera a hacer.

—¿No te gusta la sopa? —preguntó con una sonrisa blanda—. ¿Acaso hay algo que… te tiente… más? —Keylan parpadeó, preguntándose si la elección de palabras había sido a propósito o una simple pregunta de cortesía. Pero sobre todo se cuestionaba si la profunda y enigmática mirada gris azulada era una abierta indirecta como él creía, animada por la amplitud de esa primera sonrisa, o solo veía lo que quería. ¿En verdad había dicho lo que él que se figuraba? La triste verdad era que con solo imaginar que pudiera haberlo hecho ya había causado estragos en todo él. Su rabia se estaba transformando con increíble celeridad en desmedida pasión, motivada por la expectativa y un deseo largo tiempo acumulado, convertido en una gran frustración sexual, solitaria y muda, que solo precisaba una mirada, un roce, el aletear de unas pestañas, para explotar. Y ante todo eso su cuerpo entero estaba en tensión, esperando esa señal, por muy débil que fuera, para abalanzarse sobre ella y gozar de su esposa. Su sexo duro e hinchado, constreñido contra los ajustados pantalones de noche, le causaba un dolor insoportable. Y ella probablemente ni siquiera se había insinuado. Pero ya era demasiado tarde. Todo en la vida tenía consecuencias, y su mujercita iba a descubrir lo que quemaba el fuego. Era mejor que lo aprendiese pronto, antes de que terminara en la cama del principito y se viera obligado a matarlo. Dejó el cubierto sobre el fino mantel

y se inclinó un tanto hacia la joven.

—A decir verdad, sí, hay otro plato en esta mesa que me satisfaría mucho más —susurró pegado a su oído, para que solo ella pudiera escucharlo. Helailla sintió su cálido aliento junto a la oreja, e instantes después la grande y cálida mano que acarició despacio su muslo izquierdo. No dio un salto porque él se lo impidió presionando hacia abajo su pierna. De inmediato se apropió de unos pocos pliegues de su vestido y se lo subió hasta la cintura, aunque siempre con mucho cuidado de que frente a los demás no pareciese que ocurría nada fuera de lugar. Intentó levantarse y dejarlo con un palmo de narices, pero el muy canalla se limitó a volver a coger un puñado de su falda y, sentándose encima de la tela con total descaro, impidió cualquier vía digna de escape. Siempre podía armar un escándalo, claro, no obstante, se moriría antes de admitir que aquello estaba ocurriendo. Y el muy majadero lo sabía y contaba con ello.

—¿Qué estás haciendo? —Se enfrentó a él, furibunda. Keylan la observó por encima del borde de su copa de vino, en parte para disimular, pero también para calmar al cazador que últimamente aullaba con fuerza por reconquistar a su presa, a la que ya creía segura. Además, en esa ocasión sabía que no quedaría satisfecho con lo que tenía en mente, que lo dejaría más furioso y necesitado, aunque por supuesto sería impensable hacer nada más en aquella situación.

—Como tú misma has señalado la sopa no era de mi agrado. Pero hay un manjar del que pienso darme un banquete. —Sin darle tiempo a hacer más preguntas tontas, pues era evidente a qué se refería, su mano volvió a deslizarse por el terso muslo hasta llegar al vértice de suave vello que unía aquellas hermosísimas piernas, que en ese momento se encontraban cerradas a cal y canto. Hizo un gran esfuerzo por no mostrar la sonrisa que tironeaba de sus labios y, abarcando todo el triángulo con la mano, deslizó el corazón sinuosamente en línea descendente, como si se colase por una barrera invisible, hasta que llegó a su destino, aquel capullo que ya empezaba a

hincharse aún a pesar de sí mismo. Sin prisas, porque la cena aún iba por la mitad, movió apenas ese dedo, solo ese, hacia arriba y hacia abajo de nuevo, tan solo una insinuación de lo que podría ser, tentando, seduciendo, a pesar de las ganas que tenía el cazador de dominarla y castigarla, de obtener un triunfo rápido. Unos minutos después, Keylan tuvo la satisfacción de sentir cómo esos muslos se abrían de par en par para él, en clara invitación. A pesar de ello, las siguientes palabras de su mujer no pudieron ser más claras.

—Quiero que te detengas —masculló mirando su plato, las mejillas coloreadas de un ligero tono rosado. Dios, estaba tan hermosa, tan sensualmente lasciva, abierta para él mientras el resto del mundo comía a su alrededor, ajenos a todo… Echando un nuevo vistazo para comprobarlo, se detuvo en Severn, que desde que no disfrutaba de la atención de la duquesa charlaba muy animado con Alan y Briadan. Pinchó un par de pequeños trozos de carne guisada para seguir fingiendo y, si alguien se fijó en que de repente utilizaba la mano izquierda para comer, no dio muestras de ello. Después de un buen sorbo de vino redirigió su atención hacia la furiosa beldad que lo fulminaba con la mirada.

—Come, querida, o finge hacerlo. No querrás que toda esta buena gente se imagine lo que ocurre bajo el mantel… —Ella entrecerró los ojos, y él contuvo la respiración. Nunca era sabio presionar demasiado a una mujer como la suya, sin embargo, aún seguía estando rabioso. Y condenadamente excitado, le recordó el dolor a la altura de la ingle—. En cuanto a que me detenga… ¿Qué ocurre, princesa? ¿Vas a negarme a mí lo que estás tan dispuesta a entregarle a otros? —La mirada femenina se deslizó con rapidez hacia el príncipe, y aquello fue el colmo. Empujó con fuerza un dedo en el ardiente canal, y una vez allí lo movió en círculos por su interior. La muchacha jadeó, y un par de familiares la miraron interrogantes—. Bebe, Hela. La carne está excelente, pero muy caliente. ¿No estás de acuerdo, Marga? —preguntó con cortesía a la dama sentada a su izquierda, mientras le daba tiempo a su mujer para recuperarse, aunque sus dedos seguían insistiendo en jugar con

ella, entrando y saliendo a un ritmo enloquecedoramente lento.

Helailla no sabía qué mosca le había picado. Bueno, sí lo sabía, después del comentario anterior. Había intentado mostrarse receptiva con Cross, aunque decir que estaba oxidada en el arte del flirteo era quedarse corta, pues nunca lo había intentado, ya que cuando debió haberse iniciado en ello, en su presentación, ocurrió el accidente y se había recluido en Oscuridad. Parecía que fuera lo que fuera que estaba haciendo, lo estaba realizando con relativo éxito, pues su esposo estaba masturbándola bajo la mesa en presencia de todos los miembros de su familia. Solo de pensarlo le entraban sudores. Bueno, por eso y por la magia que ese granuja estaba creando con sus dedos, que abarcaban también su clítoris, grande y mojado. Con seguridad dejaría una enorme mancha en la silla. O peor aún, cuando se levantase con el resto de las mujeres, todos serían testigos del bochorno de verle el vestido empapado por la parte de atrás y sabrían a qué había dedicado la hora de cenar. Y se moriría de la humillación.

Se mordió el labio, pero no de vergüenza, sino por el placer tan intenso que estaba sintiendo, presintiendo que el final estaba cerca. Levantó la vista y se encontró que aquellos pozos jade a los que aún no se había acostumbrado la perforaban, y supo que no quería perderse nada de aquel momento. Denotaban tanta pasión, tanto deseo insatisfecho, un ansia tan desmesurada que durante un instante se paralizó y todas sus defensas cedieron, y ese instante fue suficiente para que toda ella se fragmentara y disfrutara de un orgasmo largamente esperado. Mordiéndose la cara interna del carrillo para mantenerse callada, saboreó su propia sangre y arqueó el cuello de forma sutil, incapaz de mostrarse del todo indiferente a lo que le estaba sucediendo. En reconocimiento a su labor, no despegó sus ojos de los de él mientras las oleadas de increíble placer la arrasaban para dejarla exhausta y satisfecha, como a una gatita tras un plato colmado de leche.

Keylan la devoraba con la mirada, contento de haberle dado aquello, de haber sido el artífice, pero el cazador se revolvía con renovada intensidad en

su interior, exigiéndole satisfacción además de la completa rendición de la mujer que tenía a su lado.

Miró con ansia la curva desnuda de su garganta, recurriendo hasta la última onza de su control para no clavar los dientes en aquel punto, sintiéndose como un león a punto de rematar a una gacela.

Reconocía que estaba loco, hacer aquello allí, con la sala llega de gente… Pero no había pensado, los celos lo habían superado, y después un apremiante deseo físico y la necesidad de reivindicarla como suya, de separarla de otro contrincante que a todas luces iba ganando…

Escuchó el roce de las sillas contra el suelo, y solo tuvo el tiempo necesario de alzar el muslo que apresaba la tela antes de que su esposa, titubeante, amagara para levantarse y salir con el resto de las damas presentes. Casi pudo oír el suspiro de alivio que en ningún momento dejó escapar cuando comprendió que saldría ilesa de aquella aventura.

—¡Dios mío, Lalla! ¿Qué le ha pasado a tu vestido? Perece que lo hubiera pisoteado una manada de elefantes… —La joven se apresuró a abandonar el salón mientras murmuraba una respuesta que a los hombres presentes les resultó incoherente, y Keylan se permitió una muy leve sonrisa al imaginarse el estado del hasta entonces encantador atuendo de su esposa. Cuando alzó la mirada de su copa se encontró con los enigmáticos ojos azules de su cuñado, que juraría que llevaban un buen rato examinándolo, y le faltó poco para rebullirse en la silla como un adolescente. Lo enfrentó impasible, y una lenta y socarrona sonrisa se formó en esa boca que parecía escupirle que por supuesto lo sabía todo. El rey alzó su propia copa, esta de *whisky*, a modo de brindis, y tras unos momentos, reconociendo la futilidad de cualquier otra cosa, imitó su gesto y bebió.

—¡Papá! —Helailla se tiró a los brazos de Eidrian con lágrimas en los ojos y se apretó contra él como si su vida dependiera de ello. Con el entrecejo

fruncido, el hombre la cogió de los hombros e intentó separarse un poco, pero ella se resistió, necesitando ese contacto.

—¿Qué ocurre, pequeña? Parece que hubiese regresado de entre los muertos. Sabíais que estaba en Vadia solucionando un asunto urgente con cierto conde insurgente. Por eso me marché apenas llegamos a la ciudad… —comentó extrañado ante la emotividad de su hija, consiguiendo soltarse lo suficiente como para mirarla a la cara, surcada de grandes e inexplicables lagrimones.

—Lo que no nos dijiste es que tardarías mes y medio en solucionarlo, y como, pese a haberte enviado una carta en la que te explicaba que tu hija estaba al borde de la muerte tras un segundo intento de acabar con su preciada vida, no regresaste en el tiempo estimado, empezamos a temer que también a ti te hubiese ocurrido alguna desgracia —explicó Reskan desde la puerta, donde el resto de los hombres se arremolinaban en divertida expectación, una vez aclarado que el monarca se encontraba sano y salvo.

—¿Qué? —dijo volviendo la vista hacia la joven—. ¿Te han atacado de nuevo? —Dio un paso atrás para evaluarla con la mirada, y de inmediato reparó en su muñeca dañada—. ¿Estás bien, mi vida? —preguntó con la voz impregnada de preocupación y una pequeña dosis de miedo, aunque era evidente que su estado actual no revestía peligro.

—Sí, papá, no te preocupes, me encuentro perfectamente —contestó, acariciando su mejilla en un gesto de consuelo muy necesario para el hombre.

—Cariño, lo siento, nunca me perdonaré no haber estado aquí cuando más me necesitabas —se reprochó. Abarcó la pequeña figura en comparación a la suya con sus fornidos brazos, y apoyó la barbilla en la coronilla de la muchacha.

—¿Asumo que mi carta no ha llegado a tus manos? —preguntó su hijo a su lado en voz suave, aliviado de saber que su padre se encontraba bien. Con el correr de los días sin que apareciese por allí para velar a su pequeña, su tesoro más preciado, sin tener tampoco noticias suyas, la preocupación y el desasosiego se habían ido apoderando de él, y la posibilidad de que el asesino

hubiese cambiado de forma inesperada de objetivo pasó por su mente en un par de ocasiones, aunque no lo hubiese puesto en palabras en beneficio de sus familiares. Con que se desesperase él ya era suficiente. Eidrian no abrió los ojos cuando contestó.

—Me temo que no, en ese caso sabéis que habría dejado cualquier asunto para correr a vuestro lado. Nada habría impedido que llegase hasta vosotros. —Aflojó su agarre para mirar a su hija y después lo observó a él—. Lo sabéis, ¿verdad? —Había una sombra en su tono, una especie de dolorosa duda. Sus dos hijos asintieron con expresión grave, y la tensión que parecía embargar al hombre se evaporó. Los tres se comunicaban sin palabras, y el mensaje fue claro. Pasado un momento Eidrian fue consciente de ese detalle y se quedó paralizado mirando a Helailla.

—Me parece que lo ha descubierto, hermanita. Ha tardado sus buenos diez minutos, lo cual demuestra lo bien que lo has hecho durante más de año medio —bromeó Reskan, disfrutando de la cara de pasmo de su padre.

—Oh, no seas más perverso de lo habitual, Res. —Sonrió al hombre mayor —. Debo reconocer, papá, que te conservas estupendamente. No has acumulado ni una sola arruga en el tiempo que me he perdido. Cualquiera diría que con los cuatro nietos que tienes te habrían salido al menos algunas canas nuevas, pero ni eso. —Res se rio por lo bajo. ¿Así que el malo era él?

—¿Cuándo… cuándo has recuperado la vista? ¿Y cómo? —preguntó todavía aturdido. Y sin esperar respuesta la alzó en vilo y comenzó a dar vueltas con ella por la sala mientras reía y gritaba a la vez, y gruesas lágrimas de alivio y felicidad rodaban por sus mejillas.

—¡Para! ¡Para! —pedía la joven, desternillándose con él—. En serio, estoy mareándome. —El hombre se detuvo de inmediato y, bajándola, la sujetó por la cintura para estabilizarla. Las piernas se le doblaron, y antes de que pudiese reaccionar Keylan la había cogido en brazos y se movía con lentitud hacia el sofá, donde se sentó con ella sobre sus rodillas.

—Dime qué te ocurre —pidió con voz suave y baja. Los demás se reunieron

a su alrededor, aunque mantuvieron la suficiente distancia como para dejarla respirar y no hacerla sentirse agobiada.

—Es solo… que mi cerebro aún no está acostumbrado a recibir tanta información, y los colores intensos, los movimientos muy rápidos, la luz directa del sol… Ese tipo de cosas… Todavía me cuesta asimilarlo, pero estoy bien, de verdad. —Sin embargo, mantenía los ojos fuertemente cerrados, y Keylan estaba seguro de que hacía verdaderos esfuerzos para sofocar las arcadas. Con un movimiento de la mano le señaló a su cuñado las numerosas velas repartidas por toda la estancia y este lo entendió al instante. En dos zancadas se dirigió a la mesa más cercana y fue apagando la mitad de las luces de los candelabros, lo que le confirió a la habitación un aspecto íntimo y acogedor, pero ya no tan deslumbrante como momentos antes. La joven pareció detectarlo, porque abrió los ojos y al percatarse del agradable cambio suspiró, aliviada.

—¿Mejor? —preguntó su marido.

—Sí. —Sin embargo, no hizo esfuerzo alguno por salir del círculo de sus brazos, lo cual le dijo todo lo que necesitaba saber. No se encontraba tan bien como aseguraba. Las miradas de Res y Dare, cuando se cruzaron con la suya, se lo confirmaron.

—Me pregunto —dijo el primero, entre otras cosas para darle tiempo a su hermana a recuperarse— por qué no recibiste la misiva que te envié. Como es natural, la dirigí a casa. —Se refería al castillo, en Vadia, donde había nacido, pues, por su matrimonio con Kana, su otro hogar era Traguian.

—Obviamente, porque ya no me encontraba allí cuando llegó. —Varias cejas se alzaron ante esa revelación—. El asunto de Okeand se solucionó con rapidez y eficacia. Baste decir que fue ejecutado y sus tierras confiscadas. La traición no puede ser tolerada y debe cortarse de raíz. Una vez que las pruebas, que eran muchas, fueron presentadas, no me quedó más remedio que dictar sentencia y cumplirla. Pero en Ashmian se celebraba una reunión que incluía a líderes de varios países vecinos que pretenden establecer alianzas

que podrían beneficiarnos a todos si al final llegamos a algún acuerdo en firme, y cuando se enteraron de que me encontraba en Vadia me invitaron a participar, dado que estaban interesados en que formáramos parte del grupo. —Reskan le prestaba toda su atención desde su asiento, mientras con un brazo alrededor de su esposa le acariciaba ligeramente el hombro. El resto de los primos también estaban pendientes de sus palabras, pues todos tenían sus propiedades en Vadia, y cualquier tema que afectase al país era de su incumbencia—. Es de suponer que, cuando Aung redirigió tu carta hacia Ashmian, yo ya había partido hacia aquí. —Res pensó que en efecto, aunque el mayor hombre de confianza de su padre hubiese movido cielo y tierra para hacerle llegar la noticia, esta no habría llegado a tiempo.

—Bien, ahora estás aquí —lo tranquilizó, consciente de lo que lo había afectado haber estado a punto de perder a su hija y no solo no haber sido capaz de evitarlo, sino no haber estado siquiera presente. Otra vez—. Mañana nos pondrás al corriente de los acuerdos que queréis forjar. De momento, será mejor que nosotros te contemos lo que ha estado ocurriendo por aquí. —Y eso hicieron, sin ahorrarle los detalles escabrosos, por muy dolorosos o terribles que fueran, pues era importante que todos estuvieran enterados de lo que ocurría para ayudar lo máximo posible. Además, la explicación también iba dirigida a Kana y a Dacross, quienes habían llegado horas antes y no estaban informados de la situación. Los tres miraron a Helailla con idénticos signos de aturdimiento, miedo, congoja y alivio. Se había salvado por los pelos y todos lo sabían.

—Lalla… —Kana se levantó de su asiento y, arrodillándose en el suelo a los pies de su cuñada, le cogió la mano en un gesto de cariño espontáneo. No supo qué decir, cómo transmitirle lo valiente que había sido, lo orgullosa que estaba de ella, de que hubiese sabido enfrentarse a ese cabrón sin escrúpulos sin caer presa del terror, y lo hubiese vencido, aún ciega y obviamente en inferioridad de condiciones—. Me siento honrada de que seas mi hermana —dijo en cambio.

Y aquello fue como la última venda retirada de sus ojos después de una larga y complicada operación, esa que desvelaba que el mundo volvía a tener colores y formas. Y vida. Supuso que aquel año y medio hubiese merecido la pena, a pesar del dolor, la desesperación, el vacío y la soledad.

Oh, nunca se había arrepentido. Amaba a esa mujer que tenía a su lado con los ojos empañados, tan raro en ella, y cuando veía al pequeño Drano, cuando lo abrazaba contra su pecho, *sabía* que sus ojos habían significado un precio muy pequeño para que ellos estuvieran allí. No obstante, en el momento en que todo ocurrió ella se había lanzado con rapidez a la autocompasión, alejándose de todas las personas a las que quería y que la querían, incluida Kana, que sufría sus propios traumas, ya que no solo se sentía la causante de que ella se hubiera quedado ciega, sino que además había perdido a su hermanastra a manos de su esposo ese mismo día, y a su padre poco antes, asesinado por esa misma hermana. No era que hubiesen sido trágicas pérdidas, pues ambos eran unas comadrejas cuyo único propósito en la vida era acabar con la de ella, pero, al fin y al cabo, eran la única familia de la joven y todo aquello, sumado al terrible cargo de conciencia de su accidente, supuso un duro golpe.

Que una mujer de la fortaleza y espíritu de su cuñada, con una valentía y arrojo que muchos hombres desearían, se sintiera orgullosa de ella, que nunca había sido más que una jovencita risueña y cabeza hueca, y posteriormente una mujer huraña e introvertida, hizo desaparecer la última losa que aplastaba su corazón y le permitía ser lo que deseara a partir de entonces.

Keylan se encontraba esa mañana de nuevo impotente frente a la ventana de su estudio, una vez más con la desagradable noticia de que su esposa había abandonado la casa apenas había amanecido con los primeros familiares, entre los que se encontraba, cómo no, el insufrible príncipe, en dirección a la casa de Reskan; según le había dejado dicho a Crobs, para ayudarlos a instalarse. Él se había levantado temprano, siempre lo hacía, pero además habría sido

imposible quedarse en la cama con todo el jaleo que la familia estaba montando. Sin embargo, la muy maldita se las había ingeniado para escapar antes de que bajase, y conociéndola ya no la vería hasta la noche. Encontraría una excusa tras otra para quedarse en la casa de su hermano. Junto a Severn.

Apretó los dientes. Se preguntó si debería dejarse caer por allí en algún momento del día con el pretexto de echar una mano, pero hasta a él le sonó débil y desesperado. Debía acostumbrarse a que ya no eran marido y mujer, que ella compartía su techo porque se lo había prometido a Reskan. Se pasó una mano por el pelo, como cada vez que se sentía ofuscado, reparando, incluso a pesar del remolino de sus pensamientos, en el silencio opresivo que embargaba la casa una vez que todos se habían marchado.

«¿De verdad te extraña que se haya ido?», se recriminó, irónico. Tenía que reconocer que lo de la noche anterior había sido un paso en falso, que lo único que había conseguido era alejarla más de él, no obstante, los celos eran una bestia que no atendía a razones, que actuaban por impulso, que solo pretendían dominar y vencer. Y aunque entonces había conseguido todos esos objetivos, cuando el calor del momento se había desvanecido, perdido el sabor del triunfo, solo podía reconocer que había retrocedido en su relación con ella. ¿Pero acaso quería avanzar? se preguntó nervioso. Porque llevaba meses alejándose inexorablemente de Hela, convencido de que era lo mejor para ella. Si bien la pesada carga que había supuesto el oscuro secreto que había guardado durante tantos años ya no representaba un peligro para su relación, aún estaban las angustiosas pesadillas que lo acechaban cada noche y suponían un riesgo demasiado grande que no estaba dispuesto a asumir. La única razón por la que no se había marchado era porque necesitaba seguir a su lado para protegerla de Sebarian, porque no podría soportar que ese malnacido le hiciese daño y él no hubiese estado allí. Y, aun así, había permitido que la atrapara en dos ocasiones…

Pero la amaba. Y comprenderlo lo había cambiado todo, de manera ínfima al principio, sin embargo, al verla con Dacross algo se había roto, unas

compuertas se habían abierto, probablemente directo al infierno si ella le daba alas… Como la noche anterior.

Pensó que lo primero que debía hacer era decidir si la quería para sí o la apartaba de su lado para siempre.

Porque el príncipe en verdad era un partidazo excelente para su esposa.

Cuando Helailla regresó aquella noche, era bastante tarde y estaba exhausta. El traslado de once personas y siete niños, junto a una larga fila de criados y una interminable sucesión de baúles y enseres varios, era una tarea por completo agotadora, aunque hubiesen comenzado al amanecer y todos hubiesen participado de manera activa.

Agradeció con una sonrisa a Crobs cuando la ayudó a quitarse el abrigo y recogió su sombrero y sus guantes, y se dispuso a subir las escaleras hasta su cuarto, soñando con su enorme y cómoda cama.

—Buenas noches. —Con un leve sobresalto giró la cabeza hacia el salón, cuya puerta estaba abierta, y donde la figura imponente de su marido se recortaba contra las luces del interior. Parpadeó, sorprendida por la imagen, pues en el poco tiempo que hacía que había recobrado la visión no se había acostumbrado a tanto esplendor reunido en un solo hombre. Asintió en señal de reconocimiento y se levantó el borde del vestido, dispuesta a seguir su camino—. ¿No vas a acompañarme a cenar? —preguntó él con voz suave. ¿La estaba esperando? Miró el reloj del aparador para cerciorarse de que había pasado con mucho la hora de comer.

—Ya he cenado con mi familia. —El rostro masculino permaneció inmutable mientras la observaba. Ella le devolvió un gesto inquisitivo.

—¿Ni siquiera tomarás un jerez conmigo?

—Estoy cansada, tan solo deseo acostarme. —La mirada penetrante de su marido, que se clavó en ella durante unos segundos interminables, le oprimió el pecho. El silencio parecía aullar en el enorme vestíbulo mientras los duros

rasgos, tan arrebatadoramente hermosos, parecían petrificados.

—Claro. —Helailla se dio la vuelta y subió la escalera lo más rápido que pudo sin parecer que corría, y solo aminoró el paso cuando sintió la relativa seguridad que le ofrecía el pasillo, lejos de él.

Keylan la observó subir, se percató de la esbeltez de aquel cuello que siempre lo había vuelto loco, apreció sin querer el suave balanceo de las femeninas caderas, el redondeado y perfecto trasero que el vestido no sabía ocultar…

Aflojó los puños, soltando un suspiro largo y cargado de tensión cuando desapareció de su vista, y regresó al salón y a la cena que hacía horas que se había quedado fría.

La miró sin mucho entusiasmo mientras cogía la copa de vino tinto y bebía un trago distraído. Así, sorbo a sorbo, fue apagando todas y cada una de las luces hasta que la sala quedó a oscuras, iluminada tan solo por el fuego de la chimenea, y se dirigió meditabundo hacia los inmensos ventanales que daban a la terraza exterior. Abrió las puertas y salió, indiferente a la tormenta que se estaba gestando con rapidez, al frío que se colaba por su delgada chaqueta, y posteriormente a la fina llovizna que de forma ocasional llegaba hasta él, a pesar de estar protegido por el techo, pues la lluvia caía con fuerza de manera oblicua. Y se quedó allí, de pie en la terraza, con el rostro y el pelo empapados, mirando cómo las fuerzas de la naturaleza iban ganando intensidad, cómo los rayos, aquellas poderosas descargas eléctricas que producían esos impactantes fogonazos de luz en forma de relámpagos, tan hermosos y llenos de poder, anunciaban la llegada de los truenos que, aunque en teoría no eran más que los sonidos de los rayos al caer, la verdad era que escucharlos resultaba sobrecogedor por su volumen estruendoso, intimidante, como si el cielo se abriese en dos y fuera a caer sobre uno.

Keylan notó que su propio temperamento seguía el ritmo de la tormenta, voluble, desafiante, agresivo, insatisfecho. Se sentía incompleto, con ganas de gritar, de golpear algo con fuerza con los puños, de salir corriendo al jardín y

dejar que la lluvia lo calara entero, hasta los huesos. Pero se mantuvo allí, en el borde de la terraza, completamente inmóvil, ajeno a la terrible necesidad que le corroía las entrañas.

Para demostrarse que podía hacerlo.

Ese día Keylan se obligó a ocultar la expresión de satisfacción cuando escuchó que los pasos de su esquiva mujer se dirigían hacia allí. Siguió disfrutando de su abundante plato de salchichas, jamón y huevos con aparente indiferencia mientras se abría la puerta. Segundos después levantó la vista y haciendo gala de su caballerosidad se levantó, fingiendo no percatarse del desconcierto que mostraba su esposa porque se le había adelantado.

—Buenos días —saludó mientras se acercaba como un depredador, en opinión de ella, y le ofrecía la silla contigua a la suya, la cual presidía la mesa —. ¿Has descansado?

—Sí, gracias. —Se sentó, a pesar de que habría preferido pedir que le subieran algo a su habitación, pero habría sido una grosería. Cuando se percató de que él no volvía a su sitio, lo buscó con la mirada y vio que estaba frente al aparador, preparándole un plato. Solo entonces se dio cuenta de que esa mañana no había nadie para servir—. ¿Por qué estás tú haciendo eso? —preguntó con curiosidad. Keylan la detectó y sonrió con un deje de ironía.

—Soy capaz de colocar unos cuantos alimentos en un plato. Sobre todo, si ya están cocinados. —Helailla se ruborizó. No había querido dar a entender que fuera estúpido. Estaba convencida de que era un hombre muy inteligente y lleno de recursos. En el tiempo que llevaban casados había podido comprobar que toda su riqueza no era meramente heredada, sino que, gracias a sus perspicaces inversiones y a una incomparable visión de futuro, había conseguido incrementar su patrimonio y, algo aún más importante, mejorar de manera sustancial las condiciones de todas sus propiedades.

—No he pretendido decir eso. —Él le dedicó una sonrisa pícara que le

aceleró el corazón.

—Y yo he querido decir que cuando desayuno solo, me gusta prescindir de la pompa y el boato propias del cargo, como lo es tener a un criado que esté zumbando a mi alrededor para servirme otra salchicha o rellenarme el café. Me parece absurdo. —Para enfatizar sus palabras cogió la cafetera y se echó de aquel líquido oscuro del que tanto disfrutaba. Arqueó una ceja, interrogante, pues a veces ella también se decantaba por esa bebida, sobre todo si había pasado una mala noche.

—Prefiero té. —Solícito, le preparó una taza, echándole la cantidad justa de leche y azúcar que le gustaba. Él siempre se fijaba en esas cosas. Contempló su plato, tan distinto al suyo, con arroz, pescado y… zanahoria. Levantó la mirada hacia él, que la observaba con atención.

—Es excelente para la vista —explicó.

—Mi vista es excelente. —Recalcó sin ofenderse, pues entendía que también a él le costase asimilar que el milagro no fuese a esfumarse de un momento a otro. Keylan se arrellanó en su silla, café en mano, y entonces se dio cuenta de su traje de montar. Frunció un tanto el ceño.

—¿Vas a salir a cabalgar?

—No, vuelvo de hacerlo —aclaró. El hombre miró el reloj sobre la repisa de la chimenea. Apenas eran las ocho. La miró con cara de incredulidad.

—Por el amor de Dios, ¿a qué hora te has ido?

—Estaba en el parque a las seis y media. —No pudo evitar sonreír ante la expresión de pasmo que demostró.

—Con seguridad hay un motivo lógico para algo así, aunque no consigo encontrarlo —murmuró, aún desconcertado.

—Yo no voy a montar para exhibirme. Me gusta cabalgar y eso, como bien sabes, no está bien visto. Así que a esa hora no hay nadie que pueda verme y, por lo tanto, censurarme. —Keylan recordó las ocasiones en que había podido verla galopar en Oscuridad de manera salvaje y descontrolada, llena de pasión y vitalidad, y eso cuando estaba ciega. Podía comprender perfectamente que

ahí en la ciudad se sintiera constreñida sin la posibilidad de dejar salir en cierta medida toda esa energía que llevaba dentro. Él mismo lo hacía, solo que no utilizaba los parques para desfogarse él y a Talos.

—Quería preguntarte por tu agenda. Ahora que te estás dejando ver comienzan a llovernos las invitaciones de nuevo, y me gustaría saber si cuento con tu aprobación para aceptar algunas de ellas. —En resumidas cuentas, le estaba preguntando si fingiría públicamente que su matrimonio seguía en pie. Interceptó su mirada y se la mantuvo durante un rato, sopesando la pregunta a la vez que la idea que había comenzado a poner en práctica con la inestimable ayuda de su familia y del propio Cross seguía cobrando forma en su mente. Al final asintió.

—De momento. Aunque no veo necesario que nos relacionemos en sociedad muy a menudo, pocas parejas lo hacen. Lo mejor será que cada uno haga su vida y que nos limitemos a los acontecimientos más importantes, aquellos que no podemos permitirnos rechazar. —Fingió no darse cuenta de la mirada cargada de furia helada que él le dirigió—. Puedes mirar tú las invitaciones primero, elegir las que te interesen personalmente, seleccionar aquellas otras a las que debiéramos asistir ambos y, si estoy de acuerdo, te lo haré saber. —Keylan respiró hondo, varias veces, sintiendo que la sensación de alivio porque había aceptado no desairarlo en público había durado demasiado poco. Decidió cambiar de tema.

—La casa parece un tanto vacía de repente sin la familia, ¿no? —Por supuesto, Lalla recayó de inmediato en que no dijo «sin tu familia», sino que daba por sentado que era de los dos, algo que habría resultado impensable hacía unos meses. Un insidioso calorcillo se coló en línea recta hacia su corazón.

—¿Sí? Apenas me he dado cuenta, con la de planes que tengo para los próximos días. —Su esposo levantó una ceja.

—¿Humm?

—Unas antiguas amigas a las que hace algún tiempo que no veo vienen en un

rato con el fin de retomar nuestra relación. De hecho —dijo tras dejar la servilleta en la mesa y levantarse para marcharse—, si no me doy prisa en cambiarme, voy a tener que hacerlas esperar. Y entonces te verás obligado a entretenerlas —lo amenazó con una sonrisa maligna.

—No me importaría —admitió solícito. La sonrisa femenina no se alteró, aunque se endureció un tanto.

—Estoy segura de ello. —El duque frunció el ceño, confundido, pero ella ya estaba en la puerta.

—Hela. —Giró la cabeza y le echó una mirada impaciente por encima del hombro—. ¿Comeremos juntos?

—Me han invitado a hacerlo en casa de los vizcondes Strankd. —Y anticipándose a sus siguientes preguntas continuó—. Luego tomaré el té con unas cuantas damas de rancio abolengo que apoyan un montón de causas de caridad, y en algún momento de la tarde recalaré en casa de Res, donde me quedaré a cenar. Después él, Cross, Kana y yo vamos a ir al teatro, así que llegaré tarde. —Se quedó el tiempo suficiente para poder vislumbrar la rabia en los ojos verdes de su marido. Pero disfrutarlo lo hizo fuera de la sala de desayuno, una vez que hubo cerrado la puerta, apoyada contra la pared, indecisa respecto a reírse a carcajadas por su evidente triunfo, sobre todo al mencionar su futura cita con Dacross, o temblar de miedo ante la temeridad de arremeter contra un león joven y hambriento, el cual era evidente que en ese momento estaba muy cabreado, y cuyo siguiente movimiento podía ser absolutamente impredecible, como devorarla de un bocado.

Cualesquiera fueran las posibilidades se estremeció de anticipación.

Los siguientes días fueron un calco del descrito por Hela a la hora del desayuno, cuatro mañanas atrás. En ese tiempo había visto la estela de su vestido cuando subía la escalera hacia sus habitaciones, o con mucha suerte había recibido un rápido y escueto «buenos días» al cruzarse en un pasillo. Ya

no habían vuelto a coincidir en el desayuno, ella se había asegurado de ello.

Sabía, porque en algún momento del día su hermana o su tío se pasaban a verlo, o bien se encontraba con alguno de los Cetriar en uno de los clubs o eventos a los que asistía, que ella había estado ahí o allá, siempre en compañía del príncipe, claro estaba. Parecía que todos disfrutaban proporcionándole esa información en particular mientras a él le chirriaban los dientes y los celos lo apuñalaban por la espalda. Como lo hacía ella, o al menos así se sentía él.

Se abrochó la chaqueta y escudriñó la habitación, intentando localizar los guantes, dispuesto a salir, ya que iba a desayunar con un buen amigo. De todos modos, era inútil esperar en la vacía y silenciosa mansión a que apareciera una inexistente esposa.

—Adelante —contestó a lo suaves toques en la puerta mientras seguía buscando los guantes, los cuales divisó encima de la cómoda. Cuando los cogió se giró y se encontró con su mujer parada en la puerta, que observaba con atención el dormitorio. Era la primera vez que lo veía. Se dio cuenta de que a ella le gustaba el sólido y elegante mobiliario de color cedro oscuro, en contraste con los tonos verdes y dorados de las cortinas, la tapicería y la colcha. Su mirada recayó por fin en la enorme cama ducal, que aún no había probado, y un ligero sonrojo que le cubrió el rostro y el escote descubrió sus pensamientos. Él intentó vaciar su mente de cualquier cosa que no fuese el simple hecho de que había ido allí de forma voluntaria—. ¿Deseas algo? —preguntó con suavidad. De inmediato los ojos grises volvieron a centrarse en él.

—Buenos días. Quería recordarte que esta noche nos han invitado a cenar en casa de Reskan. Estará toda la familia. —Keylan la miró con fijeza, queriendo gritarle que habría alguien más aparte de la *familia,* pero se negó a dejarse provocar. Nunca antes de desayunar.

—Ya. No he confirmado mi asistencia porque seguramente no podré ir. Discúlpate en mi nombre, si me haces el favor. —Se miró una vez más en el

espejo de cuerpo entero retocando una imaginaria imperfección de su pañuelo y se acercó a ella, que seguía bloqueando la puerta. Fue muy consciente del gran desconcierto que le produjeron sus palabras, tanto que no se inmutó cuando la deslizó con suavidad hacia la izquierda para poder salir, y ya estaba a punto de marcharse cuando consiguió reaccionar. Se giró en redondo y lo cogió del brazo. Keylan bajó la vista hasta la mano que lo mantenía cautivo, sin embargo, no la retiró.

—Pero… esta noche es Nochebuena —explicó como si no se hubiese dado cuenta de un detalle de tanta importancia. Él levantó su mirada jade hacia ella, carente de toda expresión.

—¿Y?

—Que… es una ocasión para pasar en familia. —Dejó caer el brazo, por lo que la joven tuvo que soltarlo.

—Y estarás rodeada de ella.

—Sí, pero ¿y tú? —Una expresión de impaciencia cruzó el masculino rostro mientras echaba una mirada por encima del hombro de la joven, hacia el reloj, para hacerle ver sin mucho tacto que tenía prisa por llegar a alguna parte.

—¿Yo qué, Lalla? ¿Adónde quieres llegar exactamente?

—Tu familia estará en casa con nosotros. Están invitados también —explicó como si él no estuviese enterado.

—Hace seis años que no paso las Navidades con ellos, así que no me supondrá un trauma. Ahora, si me disculpas… —Comenzó a girarse, pero ella ya había visto el fogonazo de dolor y pena en aquellos ojos torturados y supo que mentía. Keylan sintió la pequeña mano de su esposa deslizarse entre la suya y cerrando los ojos a su espalda se detuvo. Por Dios santo. ¿Qué pretendía de él? Se había jurado que no volvería a sentarse a la mesa con aquellos dos mientras se babeaban encima el uno del otro, porque la siguiente vez con seguridad haría alguna locura. Por eso había rechazado cada una de las invitaciones de sus cuñados para visitar la casa. La miró—. En serio, Hela, tengo una cita y llego tarde. —La mujer inspiró hondo, y aún con su

mano entre la suya se acercó a él, hasta dejar tan solo unos míseros centímetros de separación. Las pupilas masculinas se dilataron.

—Entonces prométeme que asistirás —pidió con voz dulce, tan escasa en los últimos tiempos. Keylan bajó la vista hasta sus labios, que se abrieron por voluntad propia y se mojaron cuando pasó la lengua por ellos, nerviosa.

—Convénceme —exigió, duro y atormentado. Helailla se estremeció de excitación y anticipación. No debía hacer aquello, no tenía siquiera que planteárselo, pero por un lado la sola idea de que Keylan pasara la Nochebuena solo, Dios sabía dónde, le atenazaba el corazón y le producía una pena enorme, además de un aplastante cargo de conciencia, pues sabía perfectamente que ella era la causante de que no disfrutase las fiestas junto a su hermana y su tío, una vez que habían hablado y vuelto a darse una oportunidad. Y siendo sincera debía reconocer que añoraba con desesperación las caricias de Keylan sobre su ansioso cuerpo, como para seguir negándose el sublime placer que solo él era capaz de proporcionarle. Así que cubriendo el escaso espacio que los separaba, se pegó a él y con la mano libre lo cogió de la nuca, sorprendiéndolo, y lo obligó a bajar la cabeza para poder apoderarse de esa boca carnosa y sensual que tantas fantasías estaba creando en su mente calenturienta en los últimos tiempos. Reconoció, mientras se perdía en la magia de ese primer beso, que la ceguera la había mantenido en una bendita ignorancia en cuanto a la suprema belleza de su marido y, al despertar sus sentidos ante tanto esplendor masculino, la imaginación, poderosa y en extremo peligrosa arma, estaba causando estragos en sus agitados sentidos. A fin de cuentas, era una mujer desatendida por su esposo, aunque fuera ella la que se oponía a dejarse seducir por sus muchos encantos… Notó que su marido se apartaba y abrió los ojos, desconcertada—. Verdaderamente, he de marcharme. La… persona con la que debo reunirme se estará impacientando —dijo con rostro impasible mientras se atusaba el pañuelo, como si aquel beso incendiario no hubiera significado nada para él. Helailla sintió un dolor agudo en el corazón y, con él, una furia densa y ardiente. Tampoco ignoró el

hecho de que él había dejado caer como al descuido que su acompañante podía ser del sexo femenino. Entrecerró los ojos, y poniéndose de puntillas pegó su boca a la del maldito, con los labios ya abiertos y, sin permitirle tregua alguna, lo obligó a abrir la suya e, introduciéndose en ella, se enzarzó en una frenética tarea por despertar su interés. Keylan sonrió con maldad, pero solo para sí. Muchacha tonta, había captado su inmediata atención desde el mismo momento en que apareció por la puerta de su dormitorio. Las veladas observaciones sobre con quién iba a reunirse y su abierto desinterés por sus avances amorosos no eran más que simples tretas para que se esforzase por conquistarlo, para que no diera marcha atrás con demasiada premura. Y parecía estar funcionando, pensó con un suspiro entrecortado cuando ella le permitió respirar un segundo nada más, antes de volver a hacerse con el control de su cuerpo metiendo sus codiciosas manos por debajo de su chaqueta, y con sorprendentes prisas encargarse de los botones del chaleco, para después pasar esas calientes palmas por los duros planos de su abdomen, que se tensó como un muro de hormigón al contacto. Pero aquello no pareció ser suficiente, y notó que, tirando de la camisa, se la sacaba de los pantalones, mientras su boca seguía apropiándose de su aliento y lo inundaba con su humedad y su erótico contacto. Cuando sintió que sus manos tocaban sus pectorales, intentando que sus propios pezones se pusieran duros, casi se volvió loco. Asumió el mando y, metiéndole la lengua hasta la garganta, consiguió un gemido ahogado en respuesta, mientras percibía que la muy lagarta había conseguido su propósito, pues los pezones le dolían con terrible necesidad. La soltó, y de un tremendo tirón partió la camisa en dos hasta la cintura. Sus ojos la abrasaron cuando la miró—. Chúpalos —ordenó con voz dura y ronca.

Helailla se humedeció los labios con anticipación, lo que le valió un gruñido masculino, y después lamió sin ninguna delicadeza aquellos guijarros duros y doloridos. Los gemidos, bajos e intranquilos, le encantaron y excitaron a partes iguales, y la impulsaron a seguir, un poco más, un poco más.

Para cuando el hombre que agonizaba de puro placer se quiso dar cuenta, ella ya había bajado hasta su vientre, chupando y besando todo lo que encontraba a su paso y, deteniéndose unos instantes en el hueco de su ombligo, hundió su perversa lengua allí, torturándolo y distrayéndolo de su destino real, que no era otro que la cinturilla de sus pantalones, a la que se dirigió sin contemplaciones; desabrochando los botones, la abrió con un tirón seco, que lo sobresaltó porque no se lo esperaba.

Intentó apartarse lo suficiente para mirarla, pero ella deslizó sinuosamente su mano izquierda por su torso y le metió tres dedos en la boca, exigente. Él obedeció y los sorbió, enardecido. Maldijo en silencio por ser tan débil, por haber perdido la batalla en cuanto aquella sirena empezó a cantar su canción de amor, atrayéndolo con sus malas artes. Estaba perdido y lo sabía. Lo admitía con deportividad, aunque una parte de sí –muy pequeña, debía reconocerlo– se preguntaba si aquello no sería una trampa, si la arpía de su mujer no iría a dejarlo con aquella tremenda calentura, porque en el fondo no podía creerse que después de tanto tiempo enfrentados ella fuese a ofrecérsele tan gustosa y atrevida, así, sin más.

Sintió que la femenina mano lo rodeaba y todo pensamiento coherente quedó en el olvido. Su cerebro estaba hecho puré. Solo podía pensar en esa mano que lo apretaba, acariciándolo de arriba abajo, y después en sus ojos ardientes, cuando ella se apartó un poco para arrodillarse frente a él con una sonrisa descarada en los labios magullados e hinchados. Dejó de respirar, temeroso de esperar que ella fuese a hacer lo que él imaginaba, no obstante, seguro de que era lo que pretendía. Lo supo por la forma en que lo miraba a los ojos, los suyos brillantes de expectación y pasión, y por su manera de sonreír, jactanciosa y risueña, que lo retaba a impedírselo.

Debería haberlo hecho, se dijo cuando su diosa dorada lo tuvo dentro de su aterciopelada boca, a punto de hincar las rodillas en el suelo, suplicando piedad. Dios, qué buena era. Se preguntó si habría adquirido práctica en esos últimos días con su principito rubio. Aquel pensamiento lo volvió loco de

rabia y, agarrándola del pelo con las dos manos, atrajo su cabeza aún más hacia su verga, dura como el granito, larga y gruesa como un garrote. Ella acusó la nueva postura con un quejido ahogado, tan llena estaba de él, pero siguió con su cometido. No, Keylan podía sentir que él aún no la había tocado. Sin duda, su mujer estaba haciéndole la mejor felación de su vida, pero su inexperiencia y sus ocasionales miradas en busca de aprobación la delataban. Aun así, los negros celos ya habían clavado sus garras, y siguió colmándose los puños con su melena, apretando fuerte los glúteos, en su afán por presionar sus caderas contra ella, por atiborrarle la boca.

Helailla disfrutaba enormemente de la pasión de ambos. Le gustaba sobre todo el poder que ejercía sobre él en aquella situación, y el placer que sabía que le estaba proporcionando. Sentía un ansia terrible por permitirle poseerla al final, sin embargo, no debía sucumbir a tal necesidad, por muy intensa que fuese. Le daría aquello, pero nada más, aunque el negarles la culminación los destrozara a ambos. Pero si quería sobrevivir a la parodia de matrimonio que tenían, si al final este concluía, debía fortalecer mucho más sus defensas. Y ese era un buen momento para hacerlo.

Keylan sabía que no podría contenerse mucho más. El placer era tan intenso que le dolía y, si no la detenía de inmediato, cometería el imperdonable error de verterse en ella. Intentó quitarle el miembro, no obstante, su mujer no estuvo de acuerdo, y cerró su voraz boca a su alrededor y sus manos en torno a sus nalgas. Apretó los dientes, aguantando con estoicismo, a la vez que tiraba de su pelo hacia atrás, pero tampoco eso funcionó. Ella siguió succionándolo con fruición, intentando sacarle el jugo, y endureciendo la mandíbula blasfemó para sí, porque se le acababa el tiempo y, con él, su reserva de autocontrol. En un intento desesperado por salir airoso de aquella situación le metió con suavidad el pulgar en la boca, y haciendo presión al fin consiguió que lo liberara. Aunque tuvo que obligarla, porque ella se resistía a soltar su presa. Con el ceño fruncido y los ojos nublados de pasión lo miró, enfurruñada.

—Aún no he terminado —lo regañó, acercándose de nuevo, dispuesta a

continuar. La cogió con firmeza por los hombros.

—Ya lo creo que sí —rectificó con voz pétrea mientras la ponía de pie y en el mismo movimiento la pegaba de cara a la pared. Ella jadeó de sorpresa cuando notó que le arremolinaba las faldas por detrás y el aire en las piernas y el trasero. Al comprender lo que él pretendía intentó girarse y protestar, pero una fuerte mano en su espalda se lo impidió.

—Espe... —La poderosa embestida, que la levantó varios centímetros del suelo y la dejó de puntillas, la obligó a gritar. Key se detuvo en el acto.

—¿Te he lastimado? —preguntó preocupado junto a su oído. Estaba pegado a su espalda, por lo que la joven pudo escuchar el tronar de su corazón, y su respiración entrecortada le hacía cosquillas en el cuello.

—No…

—¿Seguro? —En su voz se apreciaba que no estaba muy convencido. Lalla se percató en ese instante de que, si le decía que le estaba haciendo daño, se detendría. Saldría de ella y la dejaría escapar de una situación que se le había ido de las manos. Pero aquella mentira equivaldría a una traición. La realidad era que ella sola se había metido en ese lío, y que ya era demasiado tarde para echarse atrás, amén de que no quería hacerlo. Movió la cabeza de arriba abajo sin molestarse en contestar. De todos modos, no habría podido; en cuanto manifestó su conformidad, volvió a arremeter con su enorme asta, y le quitó hasta el hipo, de haberlo tenido. A decir verdad, estaba tan excitada y preparada para él que entraba y salía con mucha facilidad por su sensible canal, a pesar de las rápidas y enérgicas embestidas, similares a las de un toro en celo. Pensar en ello hizo que le sonriera a la pared. Parecía que le había hecho un trabajo fino a su esposo un momento antes, pues estaba de lo más entusiasmado. Echando la cabeza hacia atrás, la dejó caer sobre el hombro masculino, y cerró los ojos, incapaz de seguir el hilo de sus propios pensamientos un segundo más.

Keylan se sentía poseído por un demonio, alguien o algo con unos deseos concretos, exigentes y muy primitivos, que eran básicamente poseer, marcar y

disfrutar. Se veía a sí mismo como de lejos, mientras tomaba a su frágil esposa desde atrás, de pie contra la pared, con la falda levantada hasta la cintura y los senos fuera del corpiño del vestido, mientras amasaba uno con brusquedad y desconsideración, y masturbaba su clítoris hinchado y resbaladizo. Y mientras observaba cómo ese extraño la embestía contra la pared con fiereza innecesaria, golpeando sus caderas contra sus redondos glúteos y acariciando su entrepierna con movimientos rápidos y enérgicos, pensaba en que era una escena grotesca. Y en cuánto le gustaba.

En la distancia, también llegaban hasta él los lastimeros gemidos femeninos, y aunque su mente estaba dominada por el mismo diablo que dictaba sus actos en aquel momento, llegaba a comprender que los sonidos estaban provocados por el inmenso placer que le provocaba a la mujer.

Supo el momento exacto en que ella iba a perderse en el gozo más exquisito. El increíble cuerpo que allanaba se tensó, después se arqueó, y los voluptuosos gritos que rasgaron la alcoba le atravesaron el alma y se la partieron en dos. Entonces, los espasmos lo atenazaron, le apretaron el pene, rígido de por sí, lo envolvieron en su calor abrasador y una nueva humedad, y aunque estaba a punto y necesitaba correrse con desesperación apretó los dientes una vez más y aguantó, como un hombre, porque aún no estaba dispuesto a dejarse ir, ni a ella tampoco. Sabía, sin lugar a dudas, que después de aquella vez volverían a ser dos esposos únicamente nominativos, indiferentes, cada uno con vidas separadas, y que aquel momento difícilmente volvería a repetirse. Así que pensaba sacar todo el provecho que fuese capaz de aquel interludio. Salió con cuidado de su interior, y con una mano en su cintura la separó de la pared. Ella se tambaleó un poco y, agarrándose a su brazo, se apoyó en su pecho.

La llevó en brazos hasta la cama y la depositó con cuidado en ella, estirada y boca abajo. Le abrió las piernas con las manos y sumergió su lengua en su interior. Lalla dio un brinco, pero no fue muy lejos porque Keylan lo había previsto y tenía una mano en su trasero. Presionándola hacia abajo, la obligó a

volver a la postura inicial y, acercando de nuevo su boca a su sexo, chupó y lamió a su antojo. La muchacha se dejó hacer, ya que aún estaba bajo los efectos del sobrecogedor orgasmo. Cuando el hombre decidió que era suficiente, ella estaba de nuevo agitada, su néctar caía por los muslos y la jadeante respiración se le atascaba en los pulmones. El miembro masculino corcoveó en muda queja, y sintió una gota perlada escaparse a su control. Tenía que tomarla, en ese instante. Y así lo hizo. Metió una mano por debajo de ella, la levantó y de una profunda embestida la hizo suya. Lalla soltó un largo gemido, estiró la espalda, hasta los dedos de los pies, y lo acogió entero. Y eso era una proeza, pues era enorme, tan largo y grueso que muchas mujeres, una vez desnudo, habían sopesado echarse atrás, pero el Insaciable siempre las convencía.

Sacó la mano y la hizo echarse de nuevo. Después se tumbó por completo encima de ella, y con arremetidas largas y profundas la llenó una y otra vez, sometiéndola, obligándola a aceptarlo, retándola a negarlo.

«Mía».

Helailla lo escuchó decirlo al menos una docena de veces en quedos murmullos mientras la poseía de aquel modo dominante y decadente. Sabía que debía detenerlo, frenarlo de algún modo, cambiar la posición al menos. Pero no pudo hacerlo. Y no porque la aplastase con su tremendo peso, sino porque quería aquello. No se planteó el porqué, o habría tenido que admitir que lo que más que deseaba en el mundo era pertenecerle, como él exigía, así que se limitó a disfrutar del momento y a sentir. Y lo que sentía era maravilloso. Indescriptible.

Keylan metió las manos por debajo de los brazos de ella y cogiéndola de los hombros, hizo palanca, y clavó las caderas con fuerza y precisión en sus nalgas cuando los primeros espasmos lo atravesaban. La penetró rápido y profundo, pues deseaba que lo acompañara, no quería irse solo.

—Amor… —Esa simple expresión de cariño provocó su propia descarga, intensa y arrolladora. Se abandonaron al placer juntos, y sus gemidos se

mezclaron, junto al sudor y los miembros entrelazados, a la vez que el almizcleño olor a sexo impregnaba la habitación.

Minutos más tarde Helailla se obligó a moverse. Aún no se sentía lo bastante recuperada, pero al menos su corazón ya no amenazaba con salírsele del pecho, y su respiración se había normalizado lo suficiente como para dejar de sentirse mareada. Preparándose mentalmente para el dolor que se iba a autoinfringir, sacó su muslo de entre las piernas de su marido y se escabulló de entre sus brazos laxos en el momento en que empezó a tensionar su agarre al percatarse de su intención. Él abrió un perezoso ojo con aire risueño y adormilado mientras estiraba una mano, intentando alcanzarla, y la dejó caer en el lado que había ocupado tan solo un instante antes cuando no consiguió cogerla.

—Aún no he terminado —dijo con voz jocosa, imitando la frase anterior de la joven y esperando una sonrisa por su parte. Cuando esta no llegó, sino que su mujer, tan altiva como una reina, se limitó a bajarse la falda y a cubrirse los pechos sin mirarlo, frunció el ceño, disgustado. ¿Así que la tregua había llegado a su fin? Por fin ella alzó la cabeza, y sus ojos eran duros y fríos como la mejor espada de acero, y se le clavaron en el pecho con igual efectividad mientras la escuchaba hablar.

—Ya lo creo que sí —lo remedó con amarga ironía—. Querías que te convenciera de asistir a la fiesta de esta noche y considero que lo he hecho. Y bastante bien, por cierto, a juzgar por los resultados —añadió con brutalidad mientras lo observaba tirado aún en la cama completamente vestido, su miembro de nuevo hinchado y levantado a través de la bragueta abierta. Por primera vez en su vida Keylan se sintió expuesto e insultado, pero se mantuvo inmóvil, e incluso se agrandó más al seguir ella con su inspección. De repente, la joven se dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio por la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Cuando la abrió se giró para mirarlo—.

Espero verte allí. Hemos hecho un trato. Y yo he cumplido mi parte. —La puerta se cerró con suavidad tras ella.

Keylan miró la madera durante un rato, la rabia acumulándose en su interior. Alzó una mano y se agarró con fuerza la dura erección mientras sus ojos seguían fijos en la maldita puerta cerrada.

—Zorra —masculló con los dientes apretados.

# Capítulo 16

Lalla atisbó con disimulo y buena dosis de consternación la entrada del comedor una vez más. Hacía unos minutos que se habían sentado a la enorme mesa de Res y, aunque nadie lo había mencionado abiertamente, su hermano le había pedido al mayordomo que esperase un poco más antes de empezar a servir los primeros platos, ya que deseaban disfrutar del delicioso y fresco ponche navideño, tradición firmemente arraigada en la familia desde hacía generaciones. Podría haber sido una buena excusa, si no fuese porque ya era la tercera taza que tomaban, y a ese paso todos estarían seriamente embriagados para cuando trajeran la cena. La realidad era que, aunque las esperanzas se reducían de forma considerable a cada minuto que pasaba, seguían aguardando que Keylan los honrara con su maldita presencia.

Apretó los dedos en torno a la fina asa de porcelana, sintiendo cómo el rencor sustituía con rapidez a su preocupación por su testarudo marido. Habían hecho un pacto, demonios, y el precio que ella había pagado por tenerlo sentado a su lado esa noche le parecía demasiado alto, aún a pesar de haberlo disfrutado de principio a fin, se obligó a recordarse con un incómodo sonrojo y muchos calores para nada provocados por el ponche. Si a ese bastardo se le ocurría desentenderse de su acuerdo después de lo que le había permitido hacerle…

Sintió su presencia aún antes de escuchar a Iriana gritar su nombre, feliz de que se hubiese presentado. Se abrazó a él y compartieron una broma, que los

hizo reír a ambos. Después fue su tío quien le tendió la mano y le dio una palmada en el hombro, contento de que su pequeña familia estuviese al completo en una noche como aquella. Con paso tranquilo y una sonrisa compungida el duque se dirigió a la silla de la anfitriona.

—Lamento llegar tarde —se disculpó mientras besaba su mano con galantería y un inconfundible brillo travieso en los ojos al mirar al marido, un asiento más allá, quien levantó una ceja, inquisitivo—. Le encargué a la cocinera algo especial para agradeceros la invitación, y se ha esforzado tanto que lleva todo el día preparándolo. Aún lo traigo caliente. —Extendió el brazo en el que traía una enorme fuente tapada en la que todos habían reparado, y muerta de curiosidad Kana levantó parte del envoltorio y soltó un leve gritito de placer. Después lo destapó por completo para que todos pudieran ver lo que era, y los murmullos de asombro se extendieron alrededor de la mesa.

La tarta era una verdadera obra de arte. Constaba de tres hileras de rosas, la de abajo en tono frambuesa, la de en medio de oscuro chocolate y la primera de nuevo de frambuesa, y toda la parte de arriba estaba decorada con iguales filas de flores, aunque mucho más pequeñas, que formaban círculos y, artísticamente colocadas, frambuesas de verdad, en el centro negras y hacia fuera en tono rojo. A los comensales se les hizo la boca agua al observar esa belleza y comenzaron a dejar de lado las tazas de ponche.

—Ni se os ocurra, golosos. Mi presente va de postre. Eso siempre y cuando me decida a compartirlo con vosotros —amenazó la reina mientras le dirigía una encantadora sonrisa de agradecimiento a su cuñado—. Espero que tu cocinera sea tan generosa como para compartir la receta —pidió con suavidad. El duque emitió una risita entre dientes mientras se dirigía a su silla, a la derecha de Hela, a la que aún no había prestado atención. La miró entonces, y todo lo que habían hecho en su dormitorio esa mañana volvió a su mente como un relámpago. Y a su entrepierna. Se sentó antes de quedar en ridículo nada más empezar la noche—. ¿De qué es la tarta, Keylan? —

preguntó su cuñada mientras volvía a taparla después de darle una palmada en la mano a su marido, que había intentado meter un dedo en la rosada crema de una de las flores. A Key ese color le recordaba vívidamente los pezones de su esposa. Claro que hacía tiempo que ya no era capaz de pensar en el rosa sin relacionarlo con esa parte de su anatomía—. ¿Keylan? —Levantó la cabeza, confuso, y observó esos ojos violetas que lo miraban interrogantes.

—¿Humm? —Una mirada humorística revoloteó en ellos antes de mostrar una simple curiosidad.

—Era una tontería —adujo cuando los sirvientes comenzaron a llegar con la bienvenida cena, pues se había hecho algo tarde y todos estaban hambrientos. Él se giró para contemplar a su mujer, que estaba espectacular, y su mirada se perdió de manera inconsciente en el bajo escote de su vestido burdeos. El oscuro y rico color contrastaba con la pálida y cremosa piel de sus senos, tan… expuestos a la vista en aquel elegante modelo, y resaltaba su grácil cuello y el claro cabello de la joven, recogido en un elegante moño. A Keylan no le importaba que las demás damas presentes, incluida su hermana, llevaran trajes similares, ni que los hombres sentados a su alrededor fueran miembros de la familia. No, él solo podía observar con fijeza aquel escote indecente y echar mirabas furtivas al canalla de Severn, que volvía a sentarse frente a ellos y el cual no paraba de mostrarse amable y solícito y endiabladamente encantador. Con seguridad estaba deseando pasarle la sal para ver cómo ella se desbordaba por el vestido al inclinarse a cogerla. Cuando un minuto después ocurrió justo eso, y habría jurado ver al maldito parpadear repetidamente ante el espectáculo gratis, dejó caer la cuchara, asqueado, lo que atrajo la atención de su esposa, que enarcó una ceja. Él la miró con intensidad un rato, y la puso nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó al fin.

—¿Por qué has insistido tanto en que viniera hoy? —cuestionó en cambio. Ella dejó su propia cuchara a medio camino de su boca.

—Porque no quería que estuvieras solo en Nochebuena —contestó como si

hablara con un niño.

—¿Por qué? —Vio que ella no entendía—. ¿Para qué? ¿Para obligarme a estar sentado a tu lado, mientras coqueteas una vez más con tu príncipe azul delante de mis narices? ¿Para eso me invitaste? —La mujer estaba muda de asombro. ¡Pero si se estaba esforzando por hacer justo lo contrario! No habían hablado de ello, pero esa noche parecía que de forma tácita Cross y ella habían decidido que no era momento para dedicarse al juego de poner celoso a Key, así que se habían relajado y ambos estaban disfrutando de la velada. Quizá el problema estaba en que eran grandes amigos y se sentían bien juntos, y su esposo seguía viéndolo como un idilio en ciernes—. ¿No te has vestido así para él? —A su pesar, Lalla bajó la vista hacia su vestido.

—¿Así cómo? —En su voz se escuchaba la incertidumbre.

—Sin ocultar nada. Regalándolo todo. —La mujer levantó la cabeza de golpe, con ojos asesinos. Echó una ojeada a sus familiares femeninas y se detuvo en la joven Iriana. Después de evaluarla con ojo crítico durante unos instantes, su mirada se aclaró, y una sonrisa conocedora afloró a sus labios, lo que consiguió que su marido frunciera el ceño a cambio—. ¿Qué? —preguntó, sintiendo que se estaba perdiendo algo.

—Los celos no te sientan bien, Key. Ya eres demasiado dominante y desconfiado como para añadir ese sentimiento a la ecuación. —Le dedicó una sonrisa tierna y dulce que le hizo ansiar besarla hasta dejarla sin aliento—. Y te recuerdo, querido, que nuestro matrimonio lo es solo de nombre y que los dos podemos encontrar… distracción en otros lugares. —Estuvo a punto de atragantarse con aquella afirmación, pero consiguió hacerla. Los ojos masculinos llamearon y se acercó a ella.

—¿Eso es lo que de verdad deseas? —le susurró al oído, dolido—. ¿Revolcarte con él como lo hemos hecho esta mañana nosotros? —Sintió su beso en el pelo, ligero como una pluma—. ¿Que me acueste con otras mujeres? ¿Que les dé lo que te proporciono a ti con tanto gusto? ¿Que obtenga de ellas lo que tú me niegas? ¿Quieres que les haga el amor durante horas, que me

pierda en sus cuerpos perfumados, ansiosos y ardientes? ¿Que me beba sus gritos, que gima sus nombres y me vierta en sus entrañas como hago contigo? —Helailla se sentía rota por dentro, como una muñeca partida por la mitad, su corazón fragmentado en mil pedazos, uno por cada palabra que había escuchado. No, por supuesto que no quería que él fuera de ninguna de esas mujeres, y por descontado nunca jamás iba a acostarse con otro hombre que no fuera él, separados o no. Aunque era capaz de entender que podría llegar a disfrutar de la pasión con alguien diferente, no quería hacerlo. Se apartó de él, aunque solo fuera para poder respirar.

—Es opción de cada uno. ¿No crees? A fin de cuentas, este arreglo de convivir juntos es solo temporal, y no creo que permanecer célibes para siempre vaya con nosotros.

Lo sintió tensionarse y supo que iba a explotar de un momento a otro. ¿Cómo había podido liarlo todo tanto? Se suponía que iban a pasar una velada agradable, toda la familia juntos. ¡Era Nochebuena, por Dios! Dacross eligió ese momento para dedicarle un efusivo elogio, natural y elegante, y Keylan apretó tanto el tenedor que lo dobló por la mitad. Agrandó los ojos, esperando que de un momento a otro saltara por encima de la mesa y le clavara el cuchillo que aún sostenía en la mano izquierda. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza mientras buscaba con frenesí una manera de calmarlo, y de repente se le ocurrió y casi se rio, histérica, ante la tremenda locura que acababa de pasársele por la cabeza. Sin pensárselo dos veces, y antes de que le faltara el valor, escondió la mano bajo la mesa y la estiró hacia él.

Cuando Keylan sintió la caliente y pequeña mano sobre su muslo se le quedó atascada la respiración en la garganta. Sus furiosos ojos se desviaron hacia ella, que lo miraba con calma y suavidad mientras esos dedos subían por su pierna agarrotada, y con la seguridad de pasadas experiencias le desabrochó, uno a uno, los botones de la bragueta.

—¿Qué… estás… haciendo? —preguntó alargando las palabras, aunque era bastante obvio.

—Reconciliarme contigo. —Él se limitó a parpadear—. Estamos en Navidad, no quiero que sigamos guerreando. Esta noche fingiremos ser una pareja normal y disfrutaremos con nuestra gente de lo que nos ofrece la noche. Bueno, y para ser del todo sincera, también aprovecharé para vengarme un poquito por lo que me hiciste tú en la cena de casa. —La mano ya se había sumergido entre sus pantalones y, encontrado su objetivo, se había hecho con él y lo había sacado de su constreñida prisión. Había sido fácil, ya que en cuando sintió que lo rozaba, se había puesto rígido y grueso y más caliente que un jovenzuelo con su primera moza—. A propósito, este vestido me lo puse para ti —le confesó con un aleteo de sus larguísimas pestañas.

Keylan sentía que se ahogaba. Verdaderamente, su esposa estaba a punto de masturbarlo en medio de la comida familiar. Su hermosa e inocente mujer. ¿O quizá ya no era tan inocente? se preguntó echando un vistazo al condenado príncipe. Desechó el pensamiento, recordando que esa misma mañana había descartado que se hubiesen acostado, aún. Y después de la sesión de sexo que le había proporcionado dudaba que le hubiesen quedado ganas de probar al rubito. Así que se arrellanó en la silla, dispuesto a disfrutar de lo que su escandalosa esposa quisiera hacerle, saboreando su afirmación de que se había vestido para él.

Lalla estaba muy nerviosa, pensando que todos sabrían lo que estaba haciendo y, peor aún, lo que estaba por hacerle, pero cuando notó que la rabia lo abandonaba y se relajaba, confiando en ella, supo que no podía echarse atrás. Además, en verdad deseaba hacerlo. Gozaba de tenerlo a su merced y la excitación de lo prohibido. Intentó aparentar normalidad, como él había hecho aquella vez, y bebió un gran sorbo de vino para infundirse valor.

—No te vayas a emborrachar, cielo. Detestaría de veras que te indispusieras y me dejaras a medias —dijo con voz suave. Se encontró con sus ojos verdes, más oscuros y brillantes a medida que ella iba moviendo su pequeña mano con pericia por toda la longitud de su tronco, de arriba abajo, con movimientos lentos y rítmicos. Pinchó un jugoso trozo de merluza en salsa de limón y se lo

comió como si nada, mientras no dejaba de observarla—. Apriétala más fuerte, por favor, quiero sentirte más. —Hizo lo que le pedía, y tan solo una leve tensión en la mandíbula delató el cambio.

—¿Te gusta? —se atrevió a preguntar, el sonrojo visible en esa piel tan blanca. Keylan desvió su atención a sus pechos, en ese momento sonrosados, y se lamió los labios. Bebió de su copa.

—¿No lo sabes? —Ella negó con la cabeza y él esbozó una sonrisa perezosa —. Mentirosa, eres muy consciente del poder que tienes sobre mí, sobre todo sexualmente. Me tienes en tus manos. —Sonrió con gesto lobuno, pues la expresión era más que una metáfora en esos momentos—. Y me pregunto, mi diosa dorada, siendo así ¿qué vas a hacer conmigo? —la retó. Lalla estaba muy excitada. Podía sentir la humedad entre sus muslos y los pezones tensos bajo la camisola. Observó a su alrededor, inquieta, pero todo el mundo hablaba y reía, distendido y achispado, disfrutando de la fiesta. Como los niños más grandes también estaban presentes en esa ocasión especial, había más algarabía de lo normal, y los adultos les prestaban atención a ellos y no a la pareja que hacía cosas indecentes bajo la mesa. Se relajó un poco y se volvió hacia él.

—Voy a darte placer. Mucho —prometió, y agarrándolo con fuerza aceleró el ritmo, y extrajo una brusca inspiración por parte de su esposo, que atacó el pato a la naranja como si le fuese la vida en ello, lo que arrancó una sonrisa de suficiencia de la joven. Con el pulgar acarició la cabeza del glande con movimientos circulares, maravillándose de lo tersa y esponjosa que era. Ella sabía que estaba llena de terminaciones nerviosas, por lo que era extremadamente sensitiva al tacto, así que le dedicó un buen rato de caricias lentas y suaves.

—Tranquilízate —dijo él con voz dulce. Solo entonces se dio cuenta de que respiraba con dificultad, y que sus senos subían y bajaban con rapidez, casi amenazando con salirse del vestido. Tragó con fuerza.

—Deseo… —Se calló. No podía decirlo. Él cogió su mentón con delicadeza

y la obligó a enfrentarlo.

—¿Qué deseas? —preguntó con mirada ardiente y desenfrenada. Estaba al límite. «A ti», quería responder.

—Introducirte en mi boca —susurró, muy avergonzada de admitir aquello en aquel lugar. Keylan cerró los ojos un instante, cuando los abrió había un hambre voraz y abrasador en ellos.

—Y yo daría cualquier cosa de las que poseo con tal de que lo hicieras. Incluso mi porción de tarta. —Eso los hizo sonreír a ambos, y eliminó algo de la tensión que los embargaba—. Por favor, mi vida, apriétame más fuerte y más rápido. Necesito… —No pudo continuar porque ella lo obedeció de inmediato, y eso fue suficiente para hacerle perder el control. Con increíble velocidad, y aun así gran disimulo, cogió su servilleta de la mesa y la colocó encima de su verga. Segundos después se quedó rígido en la silla y alzó las caderas levemente. Helailla lo miraba con atención, y pudo percibir la tensión de su cara y los instantes que cerró los ojos, incluso la expresión de sublime placer que marcó su hermoso rostro al correrse, y solo ella sintió los espasmos de la mitad inferior de su cuerpo mientras lo atravesaba el fuerte orgasmo. Cuando terminó, utilizó la parte que aún quedaba intacta de la servilleta para limpiarle primero a ella la mano y después, mientras terminaba de asearse y de recomponer su ropa, la observó divertido coger su copa y bebérsela de un trago—. Gracias. —Apenas escuchó el susurro, cuando lo miró él estudiaba el contenido de su propia copa. Después, muy despacio, levantó la cabeza y la contempló—. No has comido nada y no va a pasar desapercibido. Prueba el faisán y también el salmón, te gustarán. —Sus miradas se entrelazaron durante un instante, el mundo pareció detenerse y el resto de las personas que ocupaban el salón se evaporó. Al final, una risa chillona, sin duda provocada por un niño, los sacó de su mundo privado. Ella asintió y picoteó de su plato, aún conmocionada por lo ocurrido. Por suerte la cena fue larga, y la cantidad de comida enorme, por lo que no se quedó con hambre. Cuando al fin llegó la hora de los postres, trajeron la deseada tarta

del duque y todos reclamaron una ración. Helailla la probó y suspiró de placer, el bizcocho era de chocolate, por dentro estaba relleno de mermelada de frambuesa, y era tan esponjoso y exquisito que daba pena comérselo. Fue un éxito total, y muchos lamentaron que no hubiese sobrado para poder repetir. La joven miró por el rabillo del ojo a su esposo y vio que él no había tocado su trozo. Alzó una ceja, pues sabía que le encantaban los dulces. Él sonrió con sorna.

—Yo ya he tenido mi postre, solo que antes de que terminara la cena —musitó para que nadie más pudiera escucharlo—. Y ha sido infinitamente más exquisito y dulce que cualquiera de los servidos en esta mesa —afirmó con rotundidad a la vez que empujaba su porción hacia ella. Los gritos de protesta del resto por lo que consideraban tráfico de influencias lo hicieron reír, así como el nuevo rubor de su esposa, pero como esta consideraba que se lo había ganado a pulso, terminó encogiéndose de hombros y aceptando gustosa su segundo trozo de ambrosía.

Después de una abundante y excelente comida regada de buenos vinos, y de despedir a unos enfurruñados niños –que querían seguir con la juerga junto a los mayores, pero que debían irse a la cama–, los adultos se relajaron en la sala de música mientras decidían quién amenizaría el siguiente rato con sus dotes artísticas.

—Yo voto por Lalla —dijo su hermano mientras atravesaba la estancia con las manos llenas de bebidas. Entregó la primera a Briadan, que se encontraba más cerca, y siguió su recorrido—. Canta como los ángeles, y esa arpa está pudriéndose, esperando que alguien le haga los honores. —Dare aceptó agradecido el *whisky* cuando su primo llegó hasta él y bebió un generoso sorbo. Sin inmutarse ante la ceja arqueada del rey, se mantuvo repantingado en su sillón, con la mirada perdida en un punto inexacto de la sala.

—¿Y qué me dices de tu esposa? —preguntó Osian con sorna. Las risillas

socarronas no se hicieron esperar. Res sonrió, ocultando en parte su regocijo. Era de sobra conocido por todos los presentes que Kana era una cantante horrible, y que era preferible ser torturado por el enemigo que escucharla destrozar una canción. Además, el único instrumento en el que era diestra era el piano. Bueno, y otro que no se atrevía a mencionar en público, ese lo tocaba a las mil maravillas…

—Estoy seguro de que todos queremos conservar la cordura —susurró. Las risotadas se extendieron por la sala, era obvio que estaban relajados. Le guiñó un ojo a su esposa, que lo miraba con ferocidad, aunque después de un segundo ella le sacó la lengua. Ay, lo que haría con esa lengüecilla descarada si estuvieran solos…

—Está bien, cantaré si me acompañas —aceptó su hermana con una sonrisa, tras las bromas anteriores.

—Ah, no, bonita, cantarás con tu marido. Yo reservo mi talento para mi mujer. —Los ojos azules grisáceos despedían chispas al encontrarse con los violetas, haciendo toda clase de promesas sin duda de otra índole. La reina sonrió socarrona—. ¿De qué otra forma si no conseguiré que se siente a mi lado en el piano? —Se escuchó un coro de asentimiento pues, como en todo, hacían un dúo espectacular; la profunda voz de Reskan era muy hermosa, y Kana tocaba realmente bien. Al final, mientras determinaban las piezas que iban a interpretar, llegó hasta Keylan, como siempre, un tanto apartado de los demás. Le entregó una colmada copa de *brandy* y, ya tan solo con su *whisky* en la mano, bebió un trago—. Relajado, ¿eh? —Keylan había estado observando a la familia, por primera vez en muchísimos años despreocupado y a gusto en una sala llena de gente, sin embargo, algo en la pregunta lo puso en guardia. Se volvió hacia él, y la afilada mirada, mitad enfadada, mitad divertida, le tensó todo el cuerpo. ¿Lo sabía? ¿Se había percatado del increíble regalo que su mujer le había dado bajo la mesa, delante de la totalidad de los miembros de la familia, incluidos los niños y el resto de las damas? Y lo que era más preocupante, ¿se habría dado cuenta alguien más, aparte de su siempre

omnisciente cuñado?—. Tranquilo, semental, vuestro secretito está a salvo conmigo. —Su voz se convirtió en un témpano de hielo—. Pero de ahora en adelante dejad vuestras orgías para los lugares privados. —Si Keylan había creído que aquel rostro no podía volverse más tormentoso, se equivocaba—. Y, por el amor de Dios, permite que mi hermanita conserve algo de inocencia, ¿quieres? Ya fue suficientemente malo mantenerme impasible mientras la sobabas delante de todos en tu casa, pero ser testigo de cómo ella te acariciaba a ti mientras se comía con toda tranquilidad unas gambas al champagne como si hubiese sido ambidiestra de toda la vida… —El rey dejó ver el escalofrío involuntario que recorrió su cuerpo y de un trago se acabó la fuerte bebida.

—¿No será que me tienes envidia? —preguntó risueño y tentando al destino, cabría añadir, porque bromear sobre algo así con el hermano de su mujer era sumamente peligroso. No obstante, a esas alturas de la noche, con la cantidad de alcohol que había corrido por las venas de todos, ya no se sentía capaz de medir sus palabras. Además, ese maldito se había percatado de los dos «episodios», así que era inútil disimular. Aguantó la fiera mirada unos segundos antes de bajarla hasta su propia copa y apurarla también.

—Para ser sincero, y ya veo que lo estamos siendo hasta el extremismo —ironizó—, sí, siento un poquito de pelusa. —El duque lo miró asombrado—. Después del tiempo que hace que llevamos casados, nunca se me había ocurrido urdir semejantes artimañas para excitarnos, y esa falta por mi parte me disgusta enormemente. Me considero muy imaginativo, sobre todo en el plano sexual.

—¿He oído hablar de sexo? —preguntó el siempre risueño Briadan, surgiendo detrás de ellos con el decantador en la mano y una sugerente ceja negra alzada. Los dos hombres se apresuraron a ofrecerle sus copas, lo cual lo hizo reír—. Es *whisky* —le explicó al duque, quien siempre que era posible bebía *brandy*. Hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Como si es matarratas —aseguró. Las cejas de ambos se alzaron, esa vez

con preocupación.

—¿Seguís sin solucionar vuestros problemas? Pensé que después del espectáculo de antes… —Res dejó la frase inconclusa, a pesar del codazo en las costillas de su primo, que lo acicateaba para que se explicara—. ¿Para qué narices os hemos dejado esa enorme casa para los dos solos, entonces? —Keylan se bebió media copa antes de contestar, reacio a hablar de su intimidad con nadie. Después suspiró. Era un suspiro de derrota, porque esos idiotas eran su familia, porque al menos uno de ellos entendería por lo que estaba pasando –ya que también estaba casado– y porque no tenía ni pajolera idea de cómo seguir con su matrimonio.

—Para alejar a mi esposa de las garras de ese rubito seductor. —Reskan siguió su mirada asesina hasta Dacross, que en ese momento estaba inclinado sobre el hombro de Lalla pasando las hojas de una partitura, mientras los dos se reían juntos de algo. Casi se atragantó con su bebida ante los evidentes pensamientos de Storn, y después tuvo que recordarse que él había llegado a las mismas conclusiones acerca del príncipe y Kana antes de descubrir la asombrosa verdad. Pero no iba a revelársela a su cuñado tan pronto.

—Yo habría pensado que eras lo bastante hombre como para mantener a tu mujer entretenida unos años más —lo embromó el barón, palmeándole la espalda. Res soltó una carcajada, festejando la broma de su primo.

—Sí, sobre todo después de lo antes… —El duque lo miró con rencor.

—Pero, bueno, ¿qué me he perdido? —quiso saber contrariado Briadan.

—Oh, algo verdaderamente digno de mención.

—Déjalo de una vez, Cetriar —le advirtió con voz grave. El rey se enderezó.

—¿O? —preguntó con voz suave.

—¿Keylan? —Los tres hombres se giraron cuando la melodiosa voz de Helailla los interrumpió—. ¿Me acompañas mientras toco el instrumento? —Se hizo un absoluto silencio entre el pequeño grupo. Dos de los hombres se limitaron a mirarla fijo, casi hasta la grosería, mientras el tercero fruncía el

ceño con fastidio, preguntándose qué demonios había ocurrido durante la cena. Por fin, él reaccionó y ofreciéndole el brazo se dirigieron a sus puestos.

—No te estires mucho o la chaqueta no te cubrirá —le susurró su cuñado, la voz impregnada de diversión. Se habría girado de buena gana y le habría partido la cara a ese desgraciado, a pesar de que Hela no se lo perdonaría con facilidad, pero entonces la evidencia de sus viles pensamientos quedaría a la vista de todos. Porque ciertamente la chaqueta apenas cubría el tremendo bulto de sus pantalones.

Sentada en el carruaje, mientras la ciudad pasaba con lentitud ante sus ojos a través de la ventanilla, Lalla recordaba la perfección de la noche.

Suspiró con satisfacción, creyendo escuchar aún la pieza que había compartido con su esposo, sus voces entremezcladas con las ricas notas del arpa, y volvió a sentir la euforia que la embargara entonces, mientras ambos disfrutaban de ese momento. Había visto en sus ojos la misma sensación que la apresara a ella mientras rasgaba las cuerdas de su instrumento, la zozobra, la comunión de espíritu con él, la certeza de que todo podía arreglarse…

Por supuesto el sentimiento fue efímero, tan solo mientras duró la fiesta, pero durante esas horas maravillosas la velada transcurrió como ella había soñado, en armonía, como la gran familia que eran, que se amaban y disfrutaban de su compañía los unos de los otros. Por eso las risas y las bromas, los comentarios jocosos entre los juegos de cartas o las partidas de ajedrez o las patochadas de algunos de sus primos abundaron durante la celebración y, cuando al final todos dieron por concluida la reunión y se despidieron, faltaba poco para el amanecer.

Su marido había disfrutado de lo lindo también, había escuchado su risa demasiadas veces aquella noche como para saberlo y, cada vez que percibió aquel sonido distendido y sensual, había sido como sentir su cálida mano por su nuca, tentándola.

Solo que en ese momento la magia se había roto, y cada uno estaba sumido en sus pensamientos, absorto en lo que su respectiva ventana podía ofrecerle, quizá volviendo a la realidad de un matrimonio sin futuro.

El carruaje se detuvo, y al enfocar la vista se dio cuenta de que habían llegado. De inmediato el lacayo les abrió la puerta, Keylan bajó y como el caballero que era la ayudó a salir. Subieron las escaleras y él buscó en su bolsillo.

—Cuando mandé de vuelta mi coche, al suponer que volveríamos juntos, le dije a Crobs que era posible que llegáramos tarde y que se fuera a acostar —le explicó a la vez que sacaba las llaves y abría la puerta. Después se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Muy amable por tu parte.

—Me parece innecesario tener a la servidumbre esperándonos durante toda la noche solo para abrirnos la puerta, como si fuésemos inválidos. O retrasados —refunfuñó—. Si regresas sola, está bien, así se aseguran de que llegas sana y salva, pero si yo te acompaño… —No se dio cuenta de que ella lo miraba con ternura, agradecida por su preocupación. Cuando él cerró de nuevo con llave y se giró, ambos se quedaron mirándose, sin saber qué hacer a continuación.

—Bien, será mejor que nos acostemos… Esto, es decir… Es tarde y… —Helailla inspiró con fuerza—. Buenas noches, Key.

—Yo también me voy a la cama. A la mía, por supuesto —se apresuró a especificar. Lalla estaba roja como la grana.

—Por supuesto —contestó en tono tajante. Keylan apretó los dientes mientras subía tras ella. ¿Cómo había podido estropearse tanto la noche? Incluso después de la increíble masturbación de ella había tenido la esperanza de que al llegar a casa… Pero no, claro, al llegar a casa todo volvería a ser como antes. Se detuvieron en su habitación.

—Que descanses —dijo con voz neutra, aunque sus ojos trasmitían algo muy diferente, algo ardiente, espeso y feroz, que ella se esforzó por ignorar.

—Tú también. —Él hizo una mueca. Ni en sueños.

—Lo intentaré. —Se dio la vuelta y se metió en su dormitorio.

Helailla suspiró agotada y, quitándose la multitud de horquillas que constreñían su pelo, dejó que la larga melena cayera hasta su cintura. Cogió el cepillo y se sentó en la cama, mientras las rítmicas pasadas la adormecían, escuchando los sonidos apagados de su esposo en la otra habitación. Reparó en el pequeño paquete sobre su tocador, en el que no se había fijado antes. Con curiosidad se acercó al mueble y lo tocó con dedos trémulos.

Por supuesto, sabía de quién era. Keylan había sido el único que no le había regalado nada esa noche, y aunque en aquel momento se había sentido decepcionada y triste, todo quedaba en el olvido con la visión del primoroso envoltorio en color rosa y el precioso lazo marfil.

Desvió la mirada hacia la puerta que comunicaba con el dormitorio contiguo, que desde hacía unos minutos permanecía en absoluto silencio, y una enigmática sonrisa asomó a sus labios. Sus piernas la llevaron de manera inexorable hacia allí, pero, cuando intentó tirar del picaporte, no cedió. Frunció el ceño. ¿Su marido había echado la llave? Lo intentó otra vez y nada. Bufó de indignación, si el muy desgraciado le había cerrado la puerta… Entonces esta se abrió de golpe, y un sorprendido Keylan apareció ante ella, con otro paquete en las manos.

—No podía abrir… —Ella dijo lo primero que se le ocurrió, nerviosa.

—Los dos estábamos intentando hacerlo a la vez —contestó con una sonrisa traviesa. Se echó a un lado y le hizo un gesto con la mano, invitándola a entrar.

—Pensé… —No se atrevió a decir lo que había imaginado, y menos sintiéndolo a su espalda, tan cerca de ella, abrasada por su calor.

—¿Qué pensaste? —la apremió en un susurro, rozándole el pelo con su aliento.

—Que habías cerrado la puerta que une nuestros cuartos —lanzó a bocajarro. Notó que él ya no estaba cerca, y entonces lo tuvo frente a ella, con el rostro pétreo.

—Nunca, entiéndelo bien, nunca haré tal cosa. Aunque nuestro matrimonio sea una farsa, serás tú la que tome esa decisión, no yo. —Lalla podía sentir la enorme tensión que lo embargaba, la furia que dominaba ese poderoso cuerpo, las peligrosas llamaradas de sus ojos verdes, que refulgían mientras la taladraban. Olió el alcohol en su aliento y al desviar la vista hasta la mesilla divisó un vaso vacío. Y no había que olvidarse de las copas que ya se había tomado en la fiesta. Incluso ella había bebido más de la cuenta. Debería marcharse, no quería repetir la escena de esa mañana, se aseguró mientras lo observaba y se percataba de que se había quitado la chaqueta y el pañuelo, además de desabrocharse el chaleco y tres botones de la camisa. Entonces sus dedos apretaron el envoltorio de seda rosa y lo alzó frente a sus ojos. Él parpadeó, azorado, y pareció recordar algo. Levantó su propia mano, en la que llevaba un paquete grande. Los dos sonrieron con timidez—. Yo… —empezó a decir él.

—Sé que debería haber esperado a mañana, pero pensé que era el mejor momento para dártelo —dijo ella de manera simultánea.

—También yo. —Volvieron a sonreírse, como dos niños—. Tú primero —pidió.

Lalla se sentó en el borde de la cama y Keylan la siguió. Con infinito cuidado ella desenvolvió el regalo, y le tembló la mano cuando abrió la caja de terciopelo. Contuvo el aliento cuando vio lo que había en su interior. De una larga y delicada cadena de oro pendía un intrincado colgante, hermoso y lleno de significados. Helailla sabía que su esposo estaba esperando algún comentario por su parte, sin embargo, todavía no estaba preparada para dárselo. Se limitó a mirar su obsequio y pasó un dedo en actitud reverencial sobre la superficie pulida del metal dorado, imaginando la multitud de precisas instrucciones que su marido le habría dado al orfebre para que quedase a su gusto.

Suspiró; la pieza de ajedrez, tan finamente creada, con un diminuto zafiro rosado dentro de los aros que formaban la cabeza de la figura, era única.

Conteniendo la emoción cerró los dedos en torno a la reina, mientras un torrente de recuerdos asaltaba su mente. Los primeros días en que Keylan y ella se habían conocido, el escandaloso pacto que habían hecho, tan estrechamente ligado a sus partidas de ajedrez… Y supo que él también evocaba esos tiempos, meses atrás, por eso le había hecho ese regalo. Y aquella revelación, tan sencilla y apabullante a la vez, alborozó su corazón como ni un millón de diamantes podría haberlo conseguido.

Keylan no necesitó que su esposa le dijera que le gustaba su presente. La expresión de su cara, de sublime placer y dicha, y el torrente de lágrimas que caía sin control y sin que ella lo supiese –estaba seguro– por su rostro, y empapaba la falda de su elegante vestido, hablaban por sí mismos. Se alegró de haberse estrujado el cerebro durante días para encontrar algo especial que darle, y no haberse limitado a las consabidas joyas que todos los maridos regalaban con el fin de acertar.

—Es… realmente es… —Levantó la mirada hacia él, y Keylan contuvo la respiración, emocionado al ver un sentimiento cálido y… hasta podría decir que le pareció que esa emoción desnuda que mostraban los ojos grises de su mujer se parecía bastante al amor…—. Me encanta. Muchas gracias. —Se inclinó hacia él y lo besó en la boca, algo ligero y sin pasión, no obstante, el contacto había partido de ella, y eso era una novedad extraordinaria. Sin embargo, cuando se apartó, ruborizada, su mirada ya no mostraba nada de lo que él había imaginado ver. Quizá había sido un espejismo, motivado por su propia necesidad de creerlo—. Ahora te toca a ti. —Señaló su propio paquete, que aún sostenía, y con cierta torpeza lo abrió. Se quedó inmóvil cuando la caja quedó al descubierto. La joven se removió inquieta a su lado ante su impasibilidad. Fue su turno de tocar con suavidad la superficie superior de la caja de madera de cedro, cubierta con un azulejo que originalmente había sido blanco. En ese momento estaba mirando con intensidad la imagen de su esposa, de cintura para arriba, y el corazón le golpeaba en el pecho con demasiada fuerza mientras reseguía con el dedo las delicadas facciones

pintadas a mano.

—Siempre quisiste que un artista me retratara. —Se sintió obligada a justificarse.

—Y tú siempre te negaste —contestó con voz ronca, sin desviar la vista de su obsequio.

—Yo… no podía soportar pasar horas enteras posando mientras no era capaz de ver lo que el artista estaba haciendo —admitió con un hilo de voz. Keylan levantó los ojos de golpe. Dios, nunca había pensado en eso, tan solo en que ella le negaba ese simple placer.

—Gracias, es un regalo maravilloso —admitió. Ella lo sorprendió con una carcajada nerviosa.

—Aún no has visto todo tu regalo —lo amonestó.

—¿Hay más? —Abrió la caja y descubrió que estaba repleta de puros, al menos medio centenar. Inspirando con fuerza, se dejó llenar las fosas nasales con el olor del tabaco.

—Dare me contó que parecías tener predilección por los cigarros de Vadia, así que, como parte de mi presente, todos los meses recibirás un envío solo para ti. —La cara de placer de su esposo fue recompensa suficiente por los preparativos que había tenido que hacer.

—Te lo agradezco mucho, pero lo que más me gusta es la caja en sí. —El rubor asomó al rostro femenino, y desvió la vista para no avergonzarse más frente a ese hombre apuesto que ya no era suyo. Sus ojos recayeron en la preciosa caja de terciopelo. Alzó la vista.

—¿Por qué todo lo que me regalas tiene que ver con este tono de rosa? —preguntó con curiosidad. La pregunta consiguió que la mirada tierna del hombre se convirtiera de repente en otra hambrienta y ardiente.

—Porque me recuerda a algo. Algo tuyo. —Ella lo miró sin comprender, pero cuando esos ojos de depredador bajaron hasta sus pechos apenas cubiertos por aquel escandaloso vestido y se lamió los labios en una erótica caricia de esa lengua pecaminosa, no le cupo duda alguna sobre lo que había

querido decir.

—No es cierto —negó con voz estrangulada. Él no levantó la vista, se limitó a llevar las manos hasta el escote del vestido y a bajarlo con un pequeño pellizco de sus dedos. El corte era tan bajo, y los pechos estaban tan constreñidos, que el leve tirón los desbordó, como él llevaba toda la noche suponiendo que harían. Helailla gritó de indignación, intentando taparse, pero no se lo permitió, cogiéndole los brazos.

—Míralos —ordenó con voz tensa. Ella, en cambio, no podía apartar la vista de sus ojos, con los suyos agrandados por la sorpresa y también por cierta excitación—. Míralos, Hela —repitió con voz dura. Lo hizo, y saber que estaba expuesta a él, así como observarse a sí misma, hizo que se le pusieran duros al instante. Dios santo, eran tal y como él decía… rosa claro. Gimió y cerró los ojos—. ¿Recuerdas las rosas que suelo regalarte? —preguntó con voz ronca mientras pasaba el dorso de un dedo por uno de esos guijarros. Abrió los ojos de golpe—. Su color me hace recordar tan intensamente tus pezones… —Le cogió uno entre dos dedos y, pellizcándolo con suavidad, le causó una marea de sensaciones que la sobrecogió. Los músculos de sus muslos se tensaron, y la incipiente humedad entre ellos la obligó a tragar saliva, desesperada—. Incluso la crema de la tarta de hoy me ha hecho pensar en ellos… —Ay Dios, aquello se le iba de las manos, pensó la joven cuando aquella cabeza morena se inclinó y se metió un pecho en la boca, y ella simplemente enredó las manos en el suave y tupido pelo, y lo obligó a tragar más de su necesitada carne. La culpa era de la maldita bebida y de la necesidad de prolongar un poco más la increíble sensación que había prevalecido durante la noche… y la increíble sensación que le estaba provocando esa maldita lengua experta en dar placer, se dijo mientras abría los ojos y se apartaba de golpe—. ¿Qué? —preguntó él con los ojos vidriosos por la pasión.

—Que te olvidas de un pequeño detalle —dijo ella con dulzura mientras se subía el escote de nuevo.

—¿Cuál? —graznó mientras fruncía el ceño al ser privado tanto visual como sensorialmente de su banquete.

—Que ya no soy tu mujer.

Dariel miraba con cara de pocos amigos el entrenamiento de la mañana. Era muy poco habitual de ver allí en la ciudad y, sin embargo, algo del todo cotidiano para aquellos hombres. Como guardia de la familia real, ejercitarse en la lucha era una de sus doctrinas, tan importante como comer o mantenerse con vida.

Y todo eso le trajo de nuevo a la cabeza la conversación de la noche anterior con su buen amigo el duque, que lo había acorralado durante la fiesta con su afable sonrisa mientras compartían el placer de fumarse un puro en la terraza.

—Tengo que pedirte un favor —había dicho Keylan de manera natural y relajada, apoyado en la columna. Dare había ocultado su sorpresa, ya que ese hombre, a pesar de que hacía tiempo que formaba parte de la familia y además se había convertido con rapidez en uno de sus mejores amigos, nunca solicitaba ayuda de nadie.

—Si pretendes que me deshaga con discreción de Dacross, desafortunadamente tengo que informarte que goza de mi amistad al igual que tú. —La expresión distendida de su compañero había desaparecido de golpe, y la había sustituido otra cargada de tensión y rabia.

—Ni por asomo. Para eso me basto yo solo.

—¿En serio? —Su voz no había parecido muy convencida. Keylan lo había observado y había visto que estaba pendiente de lo que ocurría en el interior de la sala de música. Había seguido su mirada y apretado la mandíbula tanto que le había extrañado que no le se quedase soldada. Hela estaba sentada al lado, cómo no, del maldito Severn, tan cerca que la pierna del hombre rozaba la tela de su vestido. Pero ni siquiera eso había sido lo peor. Lo que más había estrujado el corazón de Keylan había sido la manifestación de nostalgia y

absoluta felicidad que mostraba el rostro de su esposa mientras escuchaba hablar al príncipe. Ella nunca había tenido esa expresión estando con él. Y eso era muy difícil de soportar. Dare se había vuelto hacia él—. ¿Decías? —había preguntado en tono inocente, aunque se había contenido de inmediato al reparar en el aspecto asesino del duque.

—Nada importante. Tan solo que recientemente he descubierto una tumba vacía. —Había desviado la vista de la pareja y la había fijado en el conde—. Y en el desperdicio que eso supone —había terminado con una sonrisa malévola. Se había girado, dispuesto a regresar a la sala, pero el otro lo había cogido del brazo.

—Storn, no saques las cosas de quicio. Solo son amigos, hombre.

—Ni tú te crees eso. —Había intentado zafarse del apretón con que lo sujetaba, sin embargo, Brangor había incrustado más los dedos en su bíceps. Habría podido soltarse, pero solo si se hubiera enzarzado en una pequeña disputa física con él. Y no pensó en hacerlo.

—Sea lo que sea lo que se esté fraguando entre esos dos, todos sabemos que tú la has empujado a ello. —Las crueles palabras se le habían clavado en el corazón porque eran ciertas, no obstante, eso no había hecho que le dolieran menos. Él quería recuperar a su esposa, pero aparte de que las pesadillas seguían ahí, probablemente para siempre, ella estaba muy decidida a echarlo de su vida y empezar una nueva con el hombre que estaba sentado a su lado en la sala de música. Y su familia parecía apoyar aquella decisión, aunque a su vez lo tratara a él como a un miembro más. Había maldecido en voz alta y de manera muy florida, lo que había arrancado una sonrisa al otro hombre, que había terminado soltándolo—. Dejemos ese asunto, hoy es un día para pasarlo bien y no para revolcarnos en la autocompasión. ¿Cuál es ese misterioso favor que quieres que te haga? —había preguntado para cambiar de tema.

—Quiero que enseñes a Iriana a defenderse. —Los ojos azules se habían abierto como platos. Durante un rato se había quedado mudo de la impresión. Después había negado con énfasis, aún estupefacto.

—Estás de broma —había aseverado, incrédulo. Por primera vez en un buen rato, Keylan había sonreído disfrutando de la situación, aunque previendo las dificultades con las que se iba a encontrar para convencerlo.

—En absoluto.

—¿Por qué, en nombre de Dios, querrías hacer tal cosa?

—Parece bastante evidente. Tengo a un bastardo por padre que quiere matar a mi esposa y, después de dos intentos infructuosos por su parte, ya se habrá dado cuenta de que no es presa fácil, y eso que aún no le ha demostrado que sabe pelear como un hombre. ¿Y si decide cambiar de objetivo? —Key lo había fulminado con la mirada—. ¿Y si va a por Iria? —A pesar de que ya habían sopesado esa situación con anterioridad, Dare había sentido un escalofrío recorrer su espalda.

—Ya le hemos puesto su propia guardia, al igual que al resto de mujeres y niños —había farfullado, sintiendo de repente que no era suficiente. ¡Maldito Storn!

—También la tenía Hela en esas dos ocasiones. —El conde se había girado para que no pudiese ver su expresión. Necesitaba otro puro, así que lo había encendido. Le había pasado su pitillera al duque, que la había aceptado. Cuando ambos estaban exhalando el humo de sus respectivos cigarros, había aceptado lo inevitable.

—¿Por qué no le enseñas tú?

—Porque, como mi querida hermanita me ha señalado, estoy demasiado involucrado con ella para ser objetivo, al igual que Rodan. —«¿Y yo no?», se había preguntado con socarronería.

—Pues que lo haga alguno de los soldados, te recomendaré con gusto un par de ellos. Serán completamente de fiar, te lo aseguro —había dicho en tono hosco.

—Ella te quiere a ti —se había limitado a señalar. Dare se había girado con rapidez hacia él.

—¿Qué? —El duque había levantado las manos en gesto de impotencia.

—Aduce que sabes luchar y que llevas años adiestrando a tu prima. Le avergüenza hacerlo con un desconocido y dice que te comportarás, ya que está segura de que no sientes nada por ella. En cuanto a Iria… Afirma que eres demasiado mayor y sofisticado para alguien como ella, por lo que los dos estaréis a salvo. —Lo había dejado ahí, esperando su reacción. Dare había fruncido el ceño, y una expresión sombría se había adueñado de su rostro. Fue lo único que pudo hacer para ocultar lo que aquellas palabras le habían provocado de verdad: angustia, pesar, desilusión y… sí, cierto dolor.

—Sigo pensando que deberías encargárselo a otro —había dicho con voz neutra.

—Pero te lo estoy pidiendo a ti.

—¿Por qué?

—Porque ella se sentirá más cómoda y porque yo confío en ti. —Dariel había apretado los puños, sabiendo que frente a eso no podía negarse.

—Aprender a luchar conlleva meses o años de entrenamiento. No se consigue en unos días —había comentado con excesiva sequedad.

—No pretendo que la conviertas en una amazona de la noche a la mañana. Tan solo que le enseñes lo básico para defenderse. Muéstrale los trucos más viles que se te ocurran, aquellos que un hombre no espera que una dama conozca. Instrúyela sobre qué hacer con un cuchillo si por casualidad consigue hacerse con uno… Ese tipo de cosas. Si tenemos tiempo de más, puedes enseñarle a disparar, incluso a usar la espada, pero por todos los infiernos, no permitas que esté completamente indefensa para que ese cabrón se haga con ella si así lo quiere. —Las miradas duras y rabiosas de los dos hombres se habían encontrado y habían llegado a un acuerdo silencioso.

—Está bien —había aceptado, sabiendo que estaba firmando su propia sentencia de muerte, porque o bien esa muchacha acababa con él con sus sonrisas provocativas y sus sinuosas formas, o lo haría su hermano si no conseguía quitarle las manos de encima a la chica.

—Una cosa más —había añadido el duque. Dare había levantado las cejas,

socarrón.

—Para ser un hombre que nunca pide favores, te estás resarciendo con rapidez.

—No es eso. Quiero tu palabra de que no vas a tocar a mi hermana. —La mirada azul se había fijado en la verde durante un rato bastante largo.

—Será bastante difícil aleccionarla sin acercarme a ella y… tocarla —había aducido con una gran dosis de ironía.

—Sabes bien lo que quiero decir, Brangor. —Sí, claro que lo sabía y, aunque esas eran precisamente sus intenciones, había detestado que lo presionaran para hacerlo. Al cabo de un momento había asentido.

—Estamos de acuerdo, Storn. Al fin y al cabo, *lady* Iriana es demasiado infantil y sencilla para mi refinado paladar. Y, de todos modos, ambos sabemos que bajo ningún concepto tengo puestas mis miras en el matrimonio —había contestado, dolido por los comentarios anteriores que aquella fémina descarada había hecho sobre él, e intentando que su amigo confiara en su integridad. Tan solo esperaba que esa confianza estuviera justificada.

—Entonces tenemos un trato.

—Eso parece —había afirmado sombrío.

En aquel momento, apenas unas horas después y tras casi no haber pegado ojo, seguía dándole vueltas a ese insidioso asunto.

No tenía más ganas que entonces de empezar la molesta tarea a la que se había comprometido, pero admitía que debía hacerse porque, si no hubiese sido por el coraje y las enseñanzas que le habían inculcado a Lalla, ya estaría muerta.

Sabía que Iriana también tenía arrojo, y que podía adquirir ciertas habilidades, quizá un tanto callejeras y vulgares, dada la rapidez con que debería enseñárselas. Y si alguien debía hacerlo, reconocía que no podía soportar imaginar que otro hombre estuviera cerca de ella, poniendo sus codiciosas manos en ese cuerpo de escándalo. Ni aunque fuese uno de sus primos. Suspiró mientras volvía a prestar atención a sus soldados, a los que

había descuidado desde hacía un buen rato. Aquella *niña*, como la había calificado la noche anterior para salir del paso con su hermano, era demasiado peligrosa. Y ni siquiera la había tocado. Aún.

Iriana devoraba sin disimulo al alto e imponente hombre que supervisaba el entrenamiento de los soldados, ya que desde donde se encontraba todavía no podía apreciarse su mirada ávida y enamoriscada.

Repasó su postura relajada, con la musculosa pierna calzada en la alta y lustrosa bota negra apoyada en el muro bajo, mientras los brazos descansaban en esta y el consabido puro reposaba entre sus labios entreabiertos, tentadores.

Y prohibidos para ella. Toda expresión soñadora se borró de su rostro mientras recordaba la conversación que había escuchado durante la fiesta entre Keylan y ese odioso hombre, en la que lo había convencido para que le enseñase a defenderse.

«*Lady* Iriana es demasiado infantil y sencilla para mi refinado paladar. Y, de todos modos, ambos sabemos que bajo ningún concepto tengo puestas mis miras en el matrimonio». Uf, cómo escocían esas palabras y, aunque eran verdades como puños, el muy cretino podría haberse abstenido de soltárselas a su hermano. Pero ella ya sabía lo que se cocía en ese cerebro, ¿verdad? Dariel se lo había dejado meridianamente claro. Era por lo que presentía que se fraguaba dentro de sus pantalones por lo que estaba luchando, porque la pasión también podía llevar a un hombre al altar. Y, aunque la lujuria no sustentaría un matrimonio, sería una base bastante buena para que ese cabezota empezara a replanteárselo. Porque de lo que estaba segura era de que no se casaría sin la palabra amor flotando por el aire.

Dare la sintió antes de verla, y no habría podido explicar cómo ni bajo tortura, pero en un instante sintió el irresistible deseo de girarse a la izquierda para

encontrarse con su mirada a unos metros de distancia.

Todo su cuerpo se agarrotó. Todo. Sí, todo. Y eso lo puso furioso. Detestaba tener que ocultar una increíble y violenta erección ante la mera presencia de joven inocentona delante de una treintena de hombres sudorosos. Y ante ella. Sobre todo, ante ella. Mientras esperaba a que lo alcanzara, respiró hondo varias veces para calmarse, del enfado y del resto. La mayor parte del cabreo se esfumó, el resto siguió ahí, de hecho, aumentó cuando la visión morena de ojos verdes lo impactó de lleno.

—Buenos días. —Ah, qué voz tan dulce y sensual, como miel caliente sobre nata montada, lista para saborearla sobre esa piel tan suave y clara…

—Humm —fue todo lo que se atrevió a decir. Ella frunció el ceño. Paseó la vista con nerviosismo por los hombres que se entrenaban en la zona despejada de los establos y entonces fue él quien entrecerró los ojos, cuando reparó en que la gran mayoría de los soldados tenía el pecho al descubierto, mojado de sudor por el ejercicio, y la mitad de ellos había dejado de ejercitarse para observarla sin disimulo—. No deberías estar aquí —la regañó con voz dura. Ella parpadeó, sorprendida.

—He hablado con Key. Dice que has aceptado… enseñarme…

—Sí, pero no aquí. —La joven se lo quedó mirando, sin comprender, al parecer. Le hizo un gesto con la mano hacia la guardia—. Distraes a mis hombres. Y tampoco es correcto que te pasees por la zona de entrenamientos cuando están a medio vestir. A tu hermano no le gustaría —añadió con rapidez por si pensaba que estaba celoso. Fue entonces cuando la muchacha se dio cuenta de que en efecto esos hombretones estaban medio desnudos, porque hasta entonces la cercanía con Dariel le había impedido reconocer ese simple hecho. Observó a la treintena de machos con sumo interés y algo más que un intenso rubor en las mejillas cuando estos, al notar su escrutinio, la saludaron con la mano y le sonrieron, pero no apartó la vista, incluso les devolvió una sonrisa trémula. El conde maldijo con violencia y, agarrándola del brazo con brusquedad, la obligó a meterse en el edificio que albergaba las cuadras.

—¿Qué haces? —preguntó, empezando a enfadarse e intentando soltarse, sin éxito. Él continuó andando a través de la nave y terminó saliendo por el lado contrario, donde llegaron a otro claro que normalmente no transitaba nadie.

—Sacarte de la vista de los demás. Eres demasiado peligrosa. —Recordó que hacía escasos minutos ya se había dicho esa misma frase a sí mismo.

—¿Yo? ¿Y qué se supone que he hecho? —preguntó ofendida.

—Encandilar a todos esos pobres tipos. Que se habrían lanzado a probar tus numerosos encantos en un par de segundos.

—Yo no he… Además, son unos hombres muy amables. —Estaba tan contenta de que pensase que tenía ciertos atractivos que dejó pasar cualquier posible afrenta.

—Claro. Hasta que hubieses levantado uno solo de tus lindos deditos. Entonces habrías sabido lo que es una jauría hambrienta. —El placer iba aumentando por momentos. Le parecía increíble que ese hombre que la lisonjeaba fuera el mismo que la mantenía firmemente apartada de sí, como si fuera una plaga—. Bien, ¿qué es lo que quieres? —El brusco cambio de tema la desconcertó, aunque ya debería haber imaginado que el limbo no duraría.

—He venido a que me eduques, por supuesto. —La imagen que se representó en la mente calenturienta del conde le achicharró la parte delantera de los pantalones, tanto que casi se puso a dar saltos sobre sus botas y manotazos en sus partes para apagar el fuego que sentía *allí*. «Defensa personal», le recordó una conciencia que agradecía que apareciera de vez en cuando.

—¿Ahora? —preguntó asombrado.

—¿Y cuándo entonces? Dentro de un rato tengo que salir a hacer visitas; luego, como es Navidad, comeremos todos en casa de Reskan; más tarde tomaré el té con los Isvrslens; después, otra ronda de visitas…

—Me hago una idea. —La cortó con una mueca de desagrado—. ¿Y mañana? —La verdad era que no se había acostado. Se había echado una hora a lo sumo y se la había pasado pensando en el problema que tenía enfrente en esos momentos, y entre el sueño y el cansancio, los excesos con el alcohol que

imprudentemente había cometido la noche anterior por culpa de lo guapísima y encantadora que se ha presentado ella en la cena, y pensar en tener que pasar la mañana tocándola… No se veía muy capaz de soportarlo, la verdad.

—Mañana será una repetición de hoy, señor —contestó malhumorada, segura de que quería postergar algo que le resultaba desagradable, pero que le había prometido hacer a su amigo—. La vida de una dama está llena de compromisos —terminó en tono altivo.

—Ya veo. —La miró un momento más y después suspiró. Un suspiro lleno de agotamiento y aceptación de lo inevitable. Hizo señas a un mozo a través de la puerta abierta del establo y este se acercó presuroso—. Necesito una taza enorme de café muy cargado, sin azúcar. —Miró en su dirección con una ceja alzada en señal interrogante. Ella negó con la cabeza y el muchacho salió corriendo a hacer lo que le habían pedido—. ¿Debo entender que este es el momento del día en que te es más favorable que realicemos las clases, entonces?

—Sí, a estas horas es demasiado temprano para que la sociedad esté levantada. —Él alzó una de sus perfectas cejas negras.

—Tú lo estás.

—Levantada, vestida y desayunada. A tu servicio. —El conde le dio un descarado repaso con la mirada. «Ya me gustaría».

—Con esa ropa será bastante difícil que puedas maniobrar —advirtió. La joven sonrió, y sus ojos mostraron cierta expresión de travesura antes de que llevara ambas manos a la parte izquierda de la cinturilla de su falda. La mirada de Dare se agrandó y su corazón se aceleró, esperando inquieto mientras veía cómo ella soltaba despacio los botones. Entonces dejó caer la prenda al suelo y el hombre pudo reconocer los síntomas de la decepción cuando quedaron a la vista unos estrechos pantalones marrones, que hacían juego con la chaquetilla que llevaba puesta y que se insinuaba por debajo del abrigo—. Veo que vienes preparada.

—Una mujer siempre ha de estar dispuesta. —Dariel la miró con fijeza.

Después carraspeó.

—Entonces, vamos.

—¿Adónde?

—¿No querrás entrenar aquí? —preguntó sorprendido.

—¿Y dónde sino?

—¿En el interior de la casa, donde se está calentito? —inquirió como si hablase con un tonto. Ella lo observó, fijándose en que solo llevaba la chaqueta, y como lo espiaba en secreto muchas veces sabía que, si llevaba toda esa ropa, a pesar de la época del año que era, se debía a que ese día, por alguna misteriosa razón, había decidido no adiestrarse con sus hombres.

—No veo que tú tengas problemas con el frío —dijo cruzándose de brazos. Dare apretó los dientes.

—Yo no tengo problemas con nada. Serás tú la que los tengas. Sobre todo, si empiezas a desobedecerme a la primera de cambio —amenazó.

—No quiero hacerlo en la casa. Allí todos querrán entrar a mirar en algún momento y no podré concentrarme. Quedémonos aquí, donde nadie nos ve. Estoy segura de que en cuanto me hayas despatarrado un par de veces en el suelo, habré entrado en calor. —No supo qué lo convenció, si esos enormes ojos verdes implorantes, o la imagen de ella tumbada en el suelo con él encima, pero cuando el mozo apareció de repente con una inmensa jarra, que en realidad era de cerveza, tan repleta de café que se le iba cayendo según avanzaba a pesar de que venía a paso de tortuga, y se la entregó con un montón de disculpas por la tardanza, aduciendo que no quería derramar el preciado líquido, le ordenó, sin apartar la vista de la mujer, que cerrara la puerta de las cuadras y los aislara del mundo. Sorbiendo un trago del ardiente brebaje oscuro y fuerte, hizo una mueca por lo caliente que estaba y lo depositó en un muro. Acto seguido se dirigió hacia ella.

—Empecemos —dijo en tono cansado. Ella dirigió las manos hacia el primer botón del abrigo.

—No. De momento, mantenlo. Hasta que te despatarre, quiero decir, y no lo

necesites. —No pudo evitar añadir con una sonrisa perversa. Ella lo imitó.

—¿Qué… hago? —Él pasó una pierna por detrás de las suyas y de inmediato la tiró al suelo con un golpe sordo. Sintió algo de remordimiento, aunque ya había pasado por eso con Lalla, así que se sobrepuso rápido cuando vio la mueca de sorpresa y dolor en su hermoso rostro.

—Levantarte —dijo sin más. Ella lo miró con estupor desde el suelo, apoyada en los codos, y no pudo evitar soltar una carcajada—. Vamos, guapa, vas a tragar mucho más polvo antes de que termine la mañana, así que recompón tu orgullo y aprende. —Iriana entrecerró los ojos hasta que parecieron dos meras rendijas, como dos pequeños brotes verdes en un desierto. Se levantó con calculada lentitud y con la misma indiferencia comenzó a quitarse el largo abrigo—. Hace demasiado frío para que te desprendas de esa pieza todavía —la previno, pero no le hizo caso. Se daba cuenta de que iban a jugar fuerte, no podía ser de otro modo si él se encargaba de su adiestramiento, y con esa pesada prenda que le impedía los movimientos iba a estar tirada en el suelo cada dos por tres. Sintió su gruñido más que escucharlo, y lo miró cuando lo tuvo a su lado. Con una mano le cogió el abrigo, y en la otra llevaba la jarra de café, que puso entre las suyas—. Bebe unos cuantos sorbos cortos y rápidos —ordenó. Lo hizo, y siseó cuando se quemó la lengua—. Te he dicho sorbos cortos.

—Es repugnante. —Sonrió ante su cara de asco.

—Porque no tiene azúcar.

—¿Cómo puedes beber esto?

—Me despeja. No me he acostado —admitió ante su mirada inquisitiva—. Vamos, sigue, quiero que entres en calor. —Ella al final lo hizo, aun cuando el sabor amargo casi le daba arcadas, mientras pensaba que él estaba allí a pesar de no haber dormido. No era que ella hubiera descansado mucho, pero al menos sí algunas horas. Le devolvió la jarra cuando sintió el agradable calorcillo extenderse por todo su cuerpo—. ¿Mejor?

—Sí, gracias. —Él bebió un trago enorme, pese a su alta temperatura.

Cuando volvió de dejarla en su sitio, la miró.

—¿Lista? —La joven afianzó los pies en el suelo, lo cual lo hizo sonreír.

—Sí, pero no estaría demás que me explicaras unas cuantas cosas antes de despanzurrarme en la tierra. Es muy difícil prever lo que desconoces. —Dare asintió y procedió a describirle, con todo lujo de detalles, las jugarretas que podía esperar de un cabrón sin corazón que había intentado matar no una, sino dos veces, a la mujer de su hijo, y que en cualquier momento podía ocurrírsele hacerle lo mismo a su propia sangre. Y sin ningún escrúpulo o turbación, le mostró cómo neutralizar a ese mismo hijo de puta de manera efectiva y total, donde más le dolía a un hombre.

# Capítulo 17

El montón de papeles esparcidos por su mesa logró mantenerlo ocupado e inmerso en el trabajo durante toda la mañana, enfrascado en los numerosos problemas que todas sus posesiones y variadas inversiones le provocaban.

Depositó la hoja que estaba estudiando en ese momento sobre la mesa y se frotó los ojos con gesto agotado, concediéndose un instante para descansar y despejarse. Pero ese segundo de calma fue suficiente para que las sombras se cernieran sobre su corazón y notara las garras de sus demonios clavarse con saña en él. «Ya no soy tu mujer». Cerró los ojos, sintiendo un vacío insoportable que sabía que no sería capaz de llenar jamás. No sin ella. Pero Hela no parecía tener esos remilgos. Desde que había recuperado la visión no paraba ni un minuto en casa, iba de reunión en reunión, a almorzar y cenar con unos y con otros, de fiesta hasta altas horas de la madrugada… Ciertamente, se estaba comiendo la ciudad después de más de año y medio de reclusión forzosa. Y un marido desconsiderado que la había rechazado de todas las maneras posibles con seguridad no entraba en sus planes. Pero un príncipe, heredero de un maldito país entero, con una inmensa fortuna que poner a los pies de su futura esposa, además de la corona de reina…

Abrió los ojos como platos. Joder, sabía que ella pensaba abandonarlo de manera definitiva en algún momento, salir de la casa y hacerlo público, pero hasta ese instante no había comprendido que, si su relación con el rubito prosperaba, ella podía atreverse a pedirle el divorcio para tener vía libre

hasta el trono de aquel miserable.

No era que pensase que fuese una de esas mercenarias que valoraba las cosas según su precio y a las personas por el tamaño de su cartera. Su familia estaba tan podrida de dinero que podrían tirarlo a manos llenas desde el balcón de su castillo durante todos los días de sus vidas y seguir con los bolsillos llenos. Y no había que olvidar su dote, la cual había duplicado con creces su propia fortuna personal. Pero Hela era una princesa por derecho propio, maldita fuera. Su destino era ese, gobernar un gran país, y no limitar su mando a la fastuosa mansión en la que estuvieran residiendo en ese momento, con sus pequeñas e intrascendentales cuestiones domésticas, y tomar el té con las amigas.

Y aunque él había asumido su futuro abandono como un hecho, también había pensado que ella siempre sería su esposa, aunque solo fuera de nombre. La palabra divorcio lo estremeció, y eso sin pensar en el escándalo que acarrearía para las dos familias.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y, apoyándola en el alto respaldo del sillón, fijó la vista en el techo, cansado, taciturno y bastante desolado.

Dos ligeros golpecitos en la puerta fue todo el aviso del que dispuso antes de que esta se abriera de forma repentina. Pero ya sabía de quién se trataba. Nadie más osaría interrumpirlo en su estudio de ese modo.

La deslumbrante figura envuelta en terciopelo rosa entró con la confianza de quién se sabe bienvenida, y con movimientos lentos y sugerentes se acercó al hombre, que había empezado a fruncir el ceño en cuanto la vio. ¿Desde cuándo su pequeña hermana se había vuelto tan descaradamente sensual? ¿Y tan… mujer? Siempre había sido bonita, pero a sus diecisiete años se había convertido en toda una belleza. El problema era, con toda seguridad, que darse cuenta del obvio interés de Dare hacia ella estaba haciendo que la mirara como lo haría él, y no le gustaba nada lo que estaba descubriendo.

Cuando Iria se inclinó y lo besó en la mejilla, maldijo con profusión para sus adentros. Aquella muchacha desprendía un irresistible olor a lilas, tan

sugestivo que cualquier hombre con sangre en las venas querría pasar su lengua por aquel esbelto cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja, donde se demoraría un rato jugando y susurrándole lo que desearía hacer con ella. Y definitivamente la sangre de Dare era caliente. Hasta que él se la vaciara del cuerpo gota a gota.

—Estoy muy enfadada contigo, hermano —lo acusó en cuanto se sentó frente a él. La observó sorprendido.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Ayer era Navidad —se limitó a señalar en tono seco. Keylan se obligó a mantenerle la mirada.

—Ya sabes que tenía otra invitación anterior —se justificó, utilizando un tono que no admitiese réplica alguna, pero su relación con su familia había sufrido un brusco giro y debería haber sabido que, con ello, las mismas personas habrían cambiado. Su apocada hermana, que antes nunca se habría atrevido a cuestionarlo, no dudaba entonces en pasarle por encima y lo hacía demás con irritante frecuencia. Y cuánto le gustaba esa metamorfosis. Salvo en ese mismo momento, en que estaba mintiéndole.

—¿Y con quién comiste si puede saberse? —preguntó en tono belicoso.

—Pues no puede —contestó entre dientes. Ella se quedó extrañada, después parpadeó, y por último lo barrió con una mirada cargada de pena y reproche antes de bajar la mirada a sus manos, entrelazadas sobre su vestido. Keylan entrecerró los ojos… y resopló—. No es lo que piensas. —Su mirada verde esmeralda volvió a él.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces por qué lo ocultas?

—Porque tengo derecho a mi intimidad, jovencita. Y a no dar explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer. Pero lo que sí te aseguro es que no hay *ninguna* mujer. —Hizo especial hincapié en ninguna, porque era dolorosamente cierto. Ni siquiera tenía a la que legalmente era suya. Pareció que aquella declaración tranquilizaba a la joven, porque dejó correr el tema sin más preguntas.

—He empezado a entrenarme —dijo como al descuido. Demasiado indiferente.

—¿Y? —Le siguió el juego, como si hablaran del tiempo.

—No está mal, supongo. —«Es decir, que te encanta», tradujo él—. Me paso el día despanzurrada en el suelo, pero estoy aprendiendo unas llaves muy interesantes para bloquear posibles ataques. —«Es decir que Brangor no te quita las manos de encima en ningún momento, el muy maldito». Y, a juzgar por cómo le brillaban los ojos a la joven, a ella le encantaba sentir esas manazas por todas partes—. No es mucho lo que hemos podido hacer en dos días, no obstante, Dare asegura que seré capaz de defenderme de manera aceptable en poco tiempo, que tengo «madera», como Lalla —afirmó con voz exultante de entusiasmo y orgullo. Keylan sonrió, también contento, aunque por dentro maldecía. «Dare dice, Dare opina, Dare afirma…». Y solo llevaban dos días, por Dios. Esperaba que el conde cumpliera su promesa de cuidar de su hermana, y no solo de su seguridad, o un duelo al amanecer sería lo último de lo que tendría que preocuparse… Primero lo torturaría durante días. No, semanas, y cuando ya no quedara nada digno de ser considerado humano en él, entonces lo tiraría por uno de esos acantilados que tanto le fascinaban. Asintió a algo de lo que le decía Iria mientras imaginaba la escena y y disfrutaba como un crío de su travesura—. Entonces debieras decirle a Crobs que coloque un cubierto más.

—¿Humm? —preguntó del todo descolocado.

—Acabas de invitarme a comer —dijo con mirada inocente. Así que eso era a lo que se había comprometido hacía un momento… La miró fijo.

—Ah, ¿sí? —Ella se rio.

—Por supuesto, te lo he preguntado y me has dicho que sí. Eso se llama invitación, querido hermano. —Él sonrió.

—Sabes que esta es tu casa, aunque te hayas empeñado en mudarte de forma temporal a ese nido de locos. Puedes comer aquí cuando te plazca.

—Bien, entonces seremos dos, avisaré para que lo organicen. —Los ojos de

su hermano se clavaron en los suyos.

—¿Sabes algo que yo no sé?

—Bueno… Lalla estaba allí cuando me marché, y teniendo en cuenta que seguía enfrascada en un duelo a espadas con Dacr… —Se calló de golpe, aunque ya era demasiado tarde. La cara de su hermano se lo dijo todo. Él se levantó y se dirigió a los ventanales. Estuvo allí, callado un buen rato.

—¿Así que estaba entrenándose con él?

Parecía que lo compartía todo con ese hombre. ¿También la cama? Apretó los puños tanto que sintió las uñas clavársele en la carne, pero el dolor era bienvenido, le aliviaba el otro, aquel tan lacerante y desgarrador que le quemaba el corazón, amenazando con destruírselo y reducirlo a cenizas. «Storn, no saques las cosas de quicio. Solo son amigos, hombre». Las palabras del conde no lo calmaron porque le parecieron una pobre excusa para tranquilizar a un hombre celoso. Y lo estaba, qué demonios. Tanto que las alternativas eran o matar a ese bastardo o volverse loco.

Iriana se había comprometido a secundar la idea de fingir que Dacross y Lalla se «entendían» para acorralar a Key y obligarlo a reclamar a su esposa de una vez por todas, pero lo conocía mejor que los demás, y aunque se daba cuenta de que ese plan en parte estaba funcionando y haciéndole ver lo importante que su mujer era para él, sabía que estaba llegando al límite y le preocupaban las posibles consecuencias de forzarlo demasiado.

—Brangor estaba ocupado enseñándome a mí, así que el príncipe se ofreció.

—Claro —ironizó, su voz cargada de sarcasmo—. El bueno de Severn solo estaba haciéndole un favor quitándose gran parte de sus ropas y haciendo que estas se le peguen al cuerpo debido al sudor, poniendo sus desesperadas manos sobre su magnífica figura al ayudarla en algún movimiento, mirándola con lascivia, vestida con esa camisa ajustada y esos pantalones impúdicos…

—No seas mordaz, no te pega. Además, sé que él ya la ha instruido en la lucha en el pasado. —Key alzó una ceja, pero su actitud cambió. Intentó contenerse, olvidarse de las imágenes que él mismo había conjurado.

—¿Tú también piensas que solo son amigos? —La miró fijo, retándola a que le dijese la verdad. La joven se mordió el labio inferior, indecisa. Por un lado, quería ser digna de la confianza de su hermano y, por el otro, sabía que él aún no estaba listo para pelear por Lalla hasta el final. Necesitaba un empujoncito en aquel tema, y Dacross era la solución.

—Sé que son amigos. —Aquello era cierto. Se conocían desde hacía tiempo y mantenían una relación atípica entre un hombre y una mujer. Los ojos del duque se redujeron tanto que apenas se veía su color.

—Sí, pero ¿son algo más que amigos? —Así era Key, nunca se conformaba con lo obvio. Siempre buscaba algo más.

—La verdad, hermano, no ocupo ninguna de sus camas. —El hombre bufó.

—Te aseguro que en esta no ocurre nada digno de mención. —De inmediato se arrepintió de sus precipitadas palabras, y más cuando vio el bochorno de la joven. ¡Por Dios, no podía creerse que estuviera teniendo esa conversación con su hermana! La culpa era de Hela, por animarlo continuamente a mantener otro tipo de relación con su familia. Suspiró, eso no era cierto, ella los había unido de nuevo y le había proporcionado otra mucho más grande, la suya propia, que los aceptaba sin reservas, a él, a su hermana y a su tío, a pesar de las oscuras revelaciones que había sacado a la luz y que aún pendían sobre sus cabezas, con la amenaza de muerte sobre su esposa. Volvió a prestar atención a Iria, que estaba ojeando las numerosas invitaciones a fiestas y eventos para los próximos días.

—¿Piensas aceptar alguna? ¿Quizá el baile de esta noche de *lady* Harvest? —preguntó con aire desinteresado. Él sabía que solo intentaba cambiar de tema, ya que el rubor aún marcaba sus mejillas.

—No, hoy voy a ir al teatro con Eington. —La muchacha dejó la tarjeta encima de la enorme pila.

—Humm, he oído que han estrenado una obra excelente.

—Así parece. Las críticas son inmejorables.

—¿Cómo se titula? ¿*La…mujer atrevida*? —preguntó, dudando. Keylan

sonrió travieso.

—*La Seductora*. —Ella alzó sus finas y aristocráticas cejas.

—Es un título extraño para una obra que se representa en el centro de la ciudad.

—Pero ha conseguido picar tu curiosidad, ¿verdad? Eso y los estupendos comentarios que ya ha obtenido en tan solo una semana.

—Sí, supongo que tienes razón. Y también imagino que las entradas estarán agotadas desde hace días. Qué suerte que dispongas de tu propio palco —comentó con sarcasmo.

—En realidad, sí, salvo que en esta ocasión voy a ocupar el de Rush. —Los golpes en la puerta y la orden de entrar evitaron que el duque se diera cuenta de la mirada interesada de su hermana—. ¿Vamos a comer, gitanilla? —Un cosquilleo la recorrió ante la cariñosa palabra.

—Por supuesto. Pero no puedo quedarme mucho rato. Acabo de recordar que debo ultimar unos detalles para mi velada de esta noche.

Keylan se rio con ganas de un comentario ligeramente subido de tono de Eington. Por suerte, sus compañeras femeninas no tenían una alta sensibilidad que proteger, pues eran dos jóvenes y hermosas viudas que ya no se ruborizaban por una broma procaz.

Había hecho bien en aceptar la invitación de su amigo, pensó aún con la sonrisa en los labios. Llevaba demasiado tiempo encerrado en casa, esperando atisbar la estela de su esposa aunque solo fuera un momento, a que ella regresara temprano solo una vez… Aquello tenía que acabarse, se dijo con firmeza. Debía volver cuanto antes a su vida de soltero, pues era lo que le deparaba el futuro. Una sucesión de noches como esa en compañía de amigos disolutos y libertinos y… viudas de ojitos caídos y sonrisas sensuales, como la morenita que se le insinuaba cada vez que sus miradas se cruzaban.

Como entonces. Le sonrió con calidez, pensando si aceptar. La verdad era

que necesitaba una mujer. El Insaciable estaba desesperado por meterse entre las piernas ansiosas de una hembra, no estaba acostumbrado a las privaciones, a abstenerse de gozar de una fémina cada noche, y para ser sinceros, casándose ese tema en particular se le había complicado enormemente. Su frustración sexual había ido en aumento hasta límites insospechados. Joder, estaba harto de machacársela. Ni que estuviera en plena juventud.

Sintió un roce en el brazo, una caricia sinuosa, como la de una amante, y levantó la vista. La morena se relamía los labios mientras se comía con los ojos… su incipiente erección. Dios, aquella descarada pensaba que se estaba excitando debido a ella, y no por culpa de la terrible frustración de no poder hacerle el amor a su propia esposa, a la que deseaba con una desesperación que rayaba en la locura.

Y debía de estar loco. Porque a pesar de la muy evidente invitación de aquella dispuesta beldad, no estaba interesado en lo más mínimo. Ni en ella ni en la legión que se presentaría a sus pies cuando la noticia del ignominioso abandono de su mujer se hiciera pública. El Insaciable había muerto, al menos en cuanto a variedad de amantes. Tan solo quería a una debajo suyo, qué ironía que fuese la única que no desease estar allí.

La insidiosa mano reptó por su muslo, con un solo y muy evidente destino, a pesar de las otras dos personas que ocupaban el balcón, que gracias a Dios estaban también ocupadas susurrándose vete a saber qué al oído. Incluso le pareció ver que Rush cataba los redondos y suculentos senos de la joven pelirroja. Sonrió con cinismo mientras se deshacía de la insistente mano de la viuda, que casi había llegado a su objetivo.

—Ahora no, bonita. No me gustan los espectáculos públicos. —Se justificó con tacto mientras cabeceaba hacia la entrada, por la que en ese momento estaban entrando otras dos parejas, que la joven no conocía, estaba seguro, pues el duque de Irran estaba muy por encima de sus posibilidades, y el conde de Broxh acababa de regresar de un largo viaje de placer por el extranjero, por lo que dudaba que sus caminos se hubieran cruzado.

Keylan saludó a sus amigos, a los que conocía de sus años de colegio, y después se dejó presentar a las señoras, dos refinadas damas, de parecidas características a sus respectivas acompañantes. No les prestó más atención y volvió a sentarse mientras los demás entablaban una educada conversación de la que él se desentendió.

Empezaba a sentirse molesto con aquella situación, aislado. Reconocía que la culpa era enteramente suya porque se negaba a participar en la muy posible posterior orgía de aquellos siete, pero solo de imaginarlo le daban arcadas. Y pensar que aquellas travesuras le habían encantado y proporcionado un increíble placer hasta hacía poco…

Al menos disfrutaría de la obra cuando esta empezara, se dijo con fastidio, mientras observaba cómo los palcos a su alrededor se iban ocupando con celeridad, dado que se acercaba la hora de comienzo. Un movimiento a su derecha, en un balcón que debía estar vacío, atrajo su atención.

Y la vio. El resto de las personas que la rodeaban solo era un dibujo difuso, era ella, con su vestido plateado que, iluminado por los cientos de luces del teatro, creaba la ilusión de que brillaba como una estrella, con sus caderas abrazadas de modo juguetón por su increíble melena rubia y con la finísima diadema de diamantes de su maldita familia, que lanzaba destellos con cada parpadeo de sus hechiceros ojos grises, que lo taladraron desde la corta distancia que los separaba y, reparando también en él, lo hicieron sentir el único hombre del atiborrado edificio, la que retenía su atención como ninguna otra cosa en ese mundo podía conseguirlo.

Entonces una mano masculina osó tocar ese grácil brazo, por encima del largo guante blanco, que le llegaba hasta los codos, y una rabia incontenible le subió por la garganta. Ella concentró toda su atención en su acompañante y Keylan también. Por supuesto. Cómo podía haber dudado que sería otro que el siempre atrevido y oportunista de Severn. Ese malnacido era un roba esposas, y Hela se estaba dejando seducir con increíble facilidad por el brillo de la corona que él seguramente ya le había prometido. Por puro instinto sus ojos

volaron hacia la diadema de nuevo y suspiró. En ese mismo momento tuvo conciencia como nunca antes de que ella no solo parecía una princesa, sino que de verdad *era* una princesa. Y lo condenadamente lejos que lo dejaba a él ese detalle.

Miró el palco repleto de familiares de la joven, su palco, donde la realeza al completo atraía las miradas de todo el teatro. Reskan, Kana, Eidrian, Dacross y Lalla. Tres reyes y dos príncipes, acompañados de Iriana y Rodan. Todos indiferentes a la morbosa atención que despertaban, tan solo interesados en el espectáculo que iba a empezar en los próximos minutos. Ese era su universo, tan diametralmente opuesto al suyo, pensó con melancolía y el corazón en un puño. Él se había creído el ombligo del mundo hasta que se mezcló con su familia, incluso hasta que vio que Severn la merodeaba y comprendió que la pretendía. En ese momento, un ducado se le antojaba los harapos de un mendigo.

—No sabía que tu esposa también iba a venir hoy —le susurró Rush a su lado, con sorpresa. Apretó los dientes, pero admitió su propia turbación.

—Yo tampoco. —Su amigo lo conocía bien, por lo que detectó el tono duro en su voz.

—Quizás deberías cambiar de palco. El tuyo parece mucho más… deslumbrante en estos momentos. —Miró al marqués por encima de su hombro y detectó sin problemas su mirada apreciativa fija en la figura de su mujer. Por Dios, ¿otro enamorado? Eington se giró hacia él y cambió su expresión al percatarse de su enfado—. Es deliciosa y lo sabes. Pero, por lo que a mí respecta, te pertenece. Lo único que digo es que no sé qué diantres haces aquí estando *ella* allí. —Su amigo echó un vistazo despectivo a la viuda morena sentada a su lado, que estaba charlando muy animada con Irran—. La competencia ni siquiera merece figurar en la misma lista. —Keylan hizo un esfuerzo por no sonreír. Todo lo que Rush había comentado era cierto, por supuesto. La música anunció el comienzo de la obra y las conversaciones empezaron a detenerse, expectantes por comprobar si las críticas eran ciertas

y la representación en realidad era tan buena como decían.

—Ya —fue todo lo que le dijo al otro hombre, el cual solo lo miró fijo un momento y después fue a ocupar su sitio.

Keylan echó una última ojeada al palco de la derecha, donde todo el mundo se había sentado, el puñetero príncipe al lado de su mujer, por supuesto, y decidió que esperaría al final del primer acto para saludar a su familia política. Quizá para entonces hubiera conseguido tranquilizarse lo suficiente como para hacerlo sin tirar al maldito por el balcón.

Sus blanquísimos dientes refulgieron a través de su amplia sonrisa.

Helailla intentaba con todas sus fuerzas concentrarse en el argumento de la obra sin sucumbir a la terrible necesidad de desviar la vista al lugar que ocupaba su marido con sus… amigos.

Por supuesto, cuando Iriana había llegado, excitadísima, a casa de Reskan, diciendo que ya tenían planes para esa noche, y les contó que Keylan pensaba asistir al teatro, pero sin ocupar su propio palco, todos estuvieron de acuerdo en secundar la idea de la joven de utilizarlo ellos para coincidir con el duque y apretar otro giro de vuelta en la comedia que estaban representando.

Pero habiendo observado a su esposo con sus amistades, tanto masculinas como femeninas, reconocía que preferiría haberse quedado en casa y no haberse visto obligada a presenciarlo. Los hombres que lo acompañaban eran obviamente solteros empedernidos, calaveras disolutos, ricos, carismáticos, arrogantes y seguros de conseguirlo todo en la vida. Lo más inmediato a las hermosas y muy disponibles mujeres que los acompañaban. El nudo de turbación y ansiedad que le apretaba el estómago se contrajo un poco más cuando la morena que miraba con cara de adoración a su marido se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. El duque le regaló una sonrisa, mucho más íntima porque no abrió la boca para dibujarla, y sus voluptuosos ojos parecieron prometerle el cielo. Lalla sabía que era capaz de dárselo, y eso le

estrujó el corazón.

Suspiró, a esos hombres solo les atraían las mujeres sofisticadas, coquetas, sensuales y experimentadas. Y Keylan era uno de ellos. Lo único que lo diferenciaba de sus tres amigos era que estaba casado. Y ese era un error que pronto solucionarían. Pero él siempre sería el Insaciable.

Miró de reojo a Dacross, que la estaba ayudando sin poner objeción alguna, a pesar de estar ganándose la obvia animosidad del duque, y de organizar su tiempo a entera disposición de la «causa», en lugar de estar en algún otro lugar con alguna mundana dama, como esos jóvenes. En verdad era un gran amigo, y daba las gracias por poder contar con él.

El príncipe debió de notar su atención fija en él, porque levantó su mirada y sus ojos color café la observaron sonrientes. ¿Por qué no podía enamorarse de alguien como Cross? Se reprendió a sí misma de inmediato, porque ninguno de los dos sentía nada por el otro, ni lo sentirían nunca. Su relación iba por otros derroteros.

—¿No te gusta la obra? —susurró junto a su oído.

—Sí, es solo que no logro concentrarme —admitió sin reparos. Era fácil sincerarse con él, por eso era su amigo. El hombre se mantuvo en silencio unos momentos.

—¿No estarás preocupada por… esas señoras? —Helailla casi sonrió. Así que había tenido razón al suponer que aquellas mujeres no eran tan impolutas, al fin y al cabo.

—Dime que no son… prostitutas. —Se le ocurrió de repente.

—Claro que no. Allí dentro hay dos duques, un marqués y un conde. No se arriesgarían a ir del brazo de cuatro furcias en el teatro más famoso de Crasia delante de toda la buena sociedad. —Soportó con estoicismo la mirada inquisitiva de su compañera—. Tu padre me ha explicado quiénes son los acompañantes de tu marido —aclaró sin más. Por supuesto *esa* mirada siguió ahí, así que con una sonrisa contrariada continuó la explicación—. Son viudas, cariño, damas con mucha más libertad que Iriana o que tú para buscar…

diversión.

—¿Por qué será que me parece que tú no las ves como a damas? —preguntó con curiosidad.

—Algunas lo son, sin embargo, otras se arrebujan en su chal de viudedad y se lanzan en los brazos de cuantos hombres se cruzan en su camino, esperando más joyas, más vestidos, más de todo, como una simple fulana, pero de alto postín. No me malinterpretes, mayoritariamente, yo recurro a ellas cuando… tengo necesidad, pero, salvo excepciones, me parecen bastante mercenarias. —Helailla se sentía un poco acalorada y sabía que se había sonrojado, también, y que, si no fuese porque era una mujer casada, Cross nunca hubiese hablado con ella de un tema tan descarado. Aun así, le gustó que él compartiese aquello con ella. Así que lo normal era que él acudiera a las viudas… ¿Y ocasionalmente? ¿Iría a los burdeles de lujo para caballeros adinerados? No se atrevió a preguntárselo. Pero sí había una cuestión que le quemaba la punta de la lengua, algo que llevaba queriendo saber desde que habían vuelto a verse… El hombre detectó su mirada interrogante y alzó una ceja, burlón—. ¿Aún no he saciado tu increíble curiosidad? Es posible que tu marido acabe matándome, si no es por apropiarme de tu seductor cuerpo, será por envenenar tu aún inocente mente. —Su mirada malvada le dijo que no le importaba lo más mínimo seguir corrompiéndola un poco más.

—¿Qué pasó con Godena? —susurró con un hilo de voz.

Todo rastro de buen humor se desvaneció al instante del rostro de su acompañante. Sintió más que vio cómo su cuerpo se quedaba rígido de la impresión. La mirada, dura como el granito, se clavó como una daga afilada en ella. Las voces en el escenario se detuvieron, y la música, que subió de volumen durante unos segundos, anunció el final del primer acto. Entonces Dacross se levantó como un resorte y salió como un huracán, golpeando al recién llegado en el hombro, que se giró con lentitud hacia atrás, como si evaluase seguirlo para pedirle cuentas por su descortesía. Lalla contuvo la respiración cuando reconoció a Keylan, rezando para que decidiese no

ofenderse y que aquello no terminara en una pelea. La mirada jade volvió a ella y el ceño se mitigó un tanto.

—¡Key! —saludó Iriana cuando se percató de su presencia. Se levantó como un torbellino y lo besó en la mejilla—. ¡Qué alegría verte!

—¿Ah, sí? Recuerdo perfectamente haberte dicho esta mañana que iba a venir —dijo en un tono muy suave.

—Sí, claro, pero no estaba segura de que tuviésemos oportunidad de saludarte —salió al paso con maestría—. Y, como también mencionaste que la representación era muy buena y que tu palco estaría libre, hemos decidido utilizarlo. No estás molesto, ¿verdad? —preguntó en tono receloso.

—Por supuesto que no. Podéis hacer uso de él cuando deseéis. Al fin y al cabo, también es de mi esposa. —Recalcó la última palabra en un acto infantil, pero no pudo evitarlo—. Bueno, ¿y qué os ha parecido hasta ahora la obra?

—La verdad es que es muy buena —afirmó Kana, con cara de estar disfrutando de la velada. Key sonrió, le agradaba de veras su cuñada.

—No está mal —concedió Eidrian—. Pero, si me disculpáis, me gustaría tomar algo bien frío antes de que empiece de nuevo. ¿Alguien me acompaña? —De repente se desató el caos, todos quisieron salir a tomar el aire, beber algo o saludar a alguien, y la estampida que se sucedió en segundos dejó al matrimonio a solas y boquiabierto.

—Si no supiera que todos tenéis los ojitos puestos en el principito, diría que nos han dejado solos a propósito —apostilló el duque. En ese instante Lalla recordó la forma en que Cross había salido de allí.

—Quizá debiera ir a buscarlo… —Keylan apretó las manos, cerrándolas en sendos puños.

—¿Una riña de enamorados? —preguntó como al descuido. Los ojos grises se entrecerraron de manera calculadora.

—De amantes, más bien. —Al segundo siguiente estaba aprisionada entre la pared y el fornido pecho de su esposo, oculta, eso sí, por la cortina, de las

miradas curiosas de la sociedad. Sus dedos se clavaban en la suave carne de sus brazos y sus ojos llameaban, completamente furiosos, mientras la traspasaban.

—¡Malditas seas, zorra mezquina! ¡Eres mía! ¿Me oyes? ¡Mía! —Su boca cayó sobre ella sin piedad, y sin darle tregua su lengua arremetió contra sus tiernos labios; obligándola a dejarlo entrar, la invadió como a una ciudadela asediada. Sus embestidas, ardientes y descontroladas, repletas de necesidad y anhelo, estaban destinadas a poseer, marcar, dominar. Y aunque hubiese podido pensar en resistirse, él no se lo hubiese permitido. Jadeó buscando aire, embriaga de sus besos con sabor a vino y mareada de tanto placer, cuando una mano se posó sobre uno de sus senos, apenas cubierto por el satén de su vestido, y lo apretó con posesividad. Su otra mano subió por su cuello y lo encerró entre sus dedos laxos. Dejó de besarla y la taladró con una mirada ardiente y lujuriosa—. Admítelo, Hela. —Ella parpadeó, confusa.

—¿El… qué?

—Que me perteneces —gruñó él, con voz rasgada. Tiró del vestido hacia abajo y el pecho salió sin problemas de su prisión, a pesar de la débil protesta de su dueña. Demasiado débil. Apretó el pezón con el pulgar y el índice, y se puso duro como una piedra. No dejó de mirarla en ningún momento—. Confiesa que eres mía o te juro que dejaré que te retuerzas de dolor. —Él lo sabía, maldito fuera. Sabía cuánto le dolía el pezón y cómo necesitaba que se lo aplacara. La conocía íntimamente como ningún otro hombre. Presionó los dos dedos de nuevo y la joven sollozó de necesidad—. Dilo y te calmaré, lo sabes. Te proporcionaré un placer tan exquisito que probablemente conseguiré que te corras sin necesidad de nada más. —Lalla cerró los ojos, sintiendo cómo la humedad entre sus piernas iba ganando terreno.

—Ahora… en este instante… solo estamos tú y yo… y soy absoluta y completamente tuya. —Lalla no estaba dispuesta a concederle nada más, y esperaba de corazón que fuera suficiente y que pudiera entender lo que su confesión quería decir: que en aquellas circunstancias no estaba pensando más

que en él. Keylan la miraba con intensidad, con unos ojos fieros y necesitados. No era lo que quería escuchar, pero pareció que lo aceptaba, porque su mano voló hacia el bajo del vestido, el cual subió hasta su cadera, y comenzó a acariciarla entre las piernas como si su vida dependiera de ello, de manera desenfrenada y lujuriosa, penetrándola con los dedos de la mano libre. La joven comenzó a gemir con ansiedad, tan rápido estaba llevándola a la cumbre. Cuando su abrasadora boca se posó en el pezón aún rígido y, tragándoselo entero, lo succionó con voracidad, soltó un grito estrangulado y se corrió entre grandes espasmos y fuegos artificiales. Las lágrimas caían calientes por sus mejillas cuando él se chupó los dedos mojados con su elixir. Apoyó su frente en la de ella, los ojos cerrados.

—No llores. Ha sido magnífico —intentó reconfortarla.

—Me he conducido como una cualquiera —se recriminó. Él besó su boca una vez más, en esa ocasión de forma lenta y suave, aunque se moría por subírsela encima y clavársela hasta la empuñadura, y no parar hasta soltar un alarido que anunciase un orgasmo avasallador.

—Te has comportado como mi esposa, arrebatadora, sensual, apasionada y auténtica. Nunca te arrepientas de ser tú misma, ni de disfrutar del sexo. Conmigo. —Se sintió obligado a añadir. Le recompuso el vestido y se quedó rígido cuando sintió la mano femenina en el enorme bulto de sus pantalones. Se la sujetó con demasiada brusquedad.

—¿No quieres que…?

—El segundo acto está a punto de empezar. Tu familia llegará de un momento a otro. —En ese instante la puerta se abrió y apareció el príncipe. Se detuvo de golpe al verlos tan juntos, alzando una ceja en gesto arrogante.

—¿Me he perdido algo? —Lalla jadeó, sorprendida por su audacia. Hasta entonces habían sido muy sutiles en sus insinuaciones sobre un posible acercamiento entre ellos, pero esa pregunta dejaba en el aire una implicación mayor. Observó a Keylan para evaluar su reacción y esta la desconcertó aún más. El muy majadero estaba sonriendo.

—Una barbaridad de cosas, ¿no es así, querida? —Ella lo miró horrorizada. No iría a contárselo, ¿verdad?

—Hemos estado… ejem… hablando… —Lo miró con ojos implorantes.

—¿Hablando? ¿Es así como se llama ahora? ¿Así que cuando te hacía todas esas cosas en nuestra cama durante estos meses, y en esos otros sitios insólitos, estábamos *hablando*? —preguntó con voz extrañada. Helailla solo podía mirarlo con la boca abierta de par en par. Escuchó que Cross tosía con virulencia, pero su atención estaba fija en aquel malnacido que la estaba insultando frente a su supuesto… ¿Qué? ¿Pretendiente? ¿Amante?

—Maldito… desgraciado, arrogante hijo de perra, insufrible bastardo…

—Creo que lo que la señora intenta decir, con un vocabulario bastante florido, es que es un cabronazo sin corazón —declaró sin reparo el príncipe, mirándolo con cierta guasa. El duque se puso en guardia de golpe, listo para la batalla. ¿Qué era lo que molestaba al principito? ¿Que hubiese ofendido a su esposa, o haberlos pillado *in fraganti* un momento antes? Porque, aunque se le hubiese escapado la manita femenina en sus partes íntimas, cosa que dudaba, el aspecto de la dama era obvio. Toda ella anunciaba que acababa de ser saciada por un hombre, desde el rubor que cubría su rostro, la pasión que aún mostraban sus ojos, las marcas de dientes que se veían en su escote, el obvio desaliño de sus ropas arrugadas y torcidas… Era la viva imagen de una mujer satisfecha. Lo cual no podía decirse de él, cuya tremenda erección presionaba contra la tela de sus pantalones de gala y lo estrangulaban. Y estaba realmente celoso porque él abandonaría ese palco, su palco, en unos momentos, y sería ese cabrón el que la acompañaría el resto de la noche. Aunque el que ostentase el título de marido fuese él. Sonrió al otro, con una sonrisa fría e impersonal.

—Al menos yo no me meto en camas ajenas —le recriminó con voz dura. Los ojos marrones se fijaron en un punto a su izquierda y sonrió con socarronería.

—¿Ah, no? —lo provocó.

Keylan maldijo para sí. No necesitó mirar para saber que se refería a la

viuda que lo esperaba entusiasmada junto a sus compañeros. Y sabía que su mujer estaría pensando lo mismo, que la había llevado allí con el propósito de beneficiársela después de la función. ¿Y qué debía importarle a ella si estaba haciendo lo mismo con ese desgraciado? Pero las mujeres eran muy sensibles con ese tema. Además, él no tenía la más mínima intención de meterse entre las piernas de esa dama en cuestión. Si ni siquiera la había llevado él, por Dios, había sido cosa de Eington el presentarse con las dos mujeres y luego contarle a toro pasado que también había invitado a Irran y a Broxh. «Como en los viejos tiempos», había comentado. Pero él ya no formaba parte de esos juegos. Por supuesto, quería seguir relacionándose con ellos, eran sus mejores amigos, sin embargo, no tenía interés en disfrutar de alguno de los incentivos a los que ellos seguían acostumbrados. Esa vida ya no era para él. Y lo cierto era que no la echaba de menos.

El segundo acto comenzó en ese momento y el resto de la familia se apresuró a entrar.

—¿Te quedas con nosotros a ver el final? Después tenemos reservada mesa en el Clarendon para cenar —propuso esperanzada su hermana. Key miró de reojo a Hela, la cual tenía la cara aún crispada por su anterior afrenta. El príncipe se encontraba a su lado, sin tocarla, pero cerca, ofreciéndose como paño de lágrimas.

—No, gitanilla. He venido con unos amigos y están bastante… ansiosos porque vuelva con ellos. —Vio cómo su esposa se tensaba al escuchar sus palabras y se sintió bastante mejor. Si él tenía que retorcerse por saberla con el rubito, que ella sufriese imaginándolo con la beldad morena.

A la mañana siguiente, muy temprano, Storn recorría los silenciosos pasillos de su mansión con el ánimo aún por decidir.

Crobs apareció de la nada, como de costumbre, pero no se inmutó, porque ya se lo esperaba.

—Buenos días, Excelencia. ¿Ha dormido bien? —preguntó solícito. «No, mi buen y atento mayordomo. Tenía tantas ganas de arrastrar por los pelos a mi mujer hasta mi enorme y solitaria cama, y hacerle toda clase de indecencias a ese pecaminoso cuerpecito suyo, que no he pegado ojo en toda la noche de lo empalmado que estaba. Como cada maldita noche desde que tuve el infortunio de poner mis ojos y otras partes de mi anatomía sobre ella».

—Pasablemente bien, gracias. ¿La señora sigue en sus habitaciones? —«¿Manteniéndome convenientemente a distancia?».

—No, milord. Ahora mismo le están ensillando su yegua. —Keylan sonrió para sí. Humm, qué posibilidad tan interesante, montar con su esposa, aunque eso significara hacerlo en uno de esos aburridos parques.

—Gracias. Es todo. —Se giró hacia el fondo de la casa y salió por la puerta lateral, la de los criados, porque estaba más cerca de los establos, golpeándose la mano izquierda con los guantes de piel marrón, que aún no se había puesto, imaginándose las dos siguientes horas en compañía de su mujer. Sabía que podría convencerla de acompañarla…

Se detuvo de golpe, mientras la sangre se agolpaba en su rostro. No necesitaba ver la cara del hombre rubio que permanecía de pie junto a ella, sujetando las riendas del poderoso caballo alazán, con las patas, la crin y la cola negras como el carbón. Era de una belleza y una perfección absolutas. «Como su dueño», pensó con desprecio mientras observaba a la pareja que esperaba la montura de ella. Cuando la trajeron, escuchó el rechinar de sus propios dientes en tanto que aguantaba con estoicismo a que aquel hijo de puta abarcara la cintura femenina y la alzara con suavidad hasta dejarla sentada en la preciosa yegua blanca, para lo cual nunca había precisado ayuda. Cuando se pusieron en marcha, avanzó a grandes zancadas hasta el interior de las cuadras. El mozo lo vio de inmediato.

—Prepara a Talos. Y hazlo volando, muchacho, no dispongo de tiempo que perder. —Su furia era evidente para cualquiera que tuviera ojos en la cara, y el chico tropezó en su prisa por obedecer—. ¡Ten cuidado, por el amor de

Dios, no quiero que te malogres por correr! ¡Pide ayuda si es necesario! ¡A esta hora no creo que haya mucho por hacer!

Escuchó el ruido inconfundible de un cubo que caía al suelo, y maldiciendo furioso salió al patio, pensando que, si los dejaba trabajar sin su presencia, los pondría menos nerviosos. Pero eso no mitigó su propia inquietud. Con cada segundo que pasaba sin seguirlos, sus posibilidades de perderlos aumentaban. ¡Había unos cuantos de esos malditos parques en los alrededores, joder!

El mozo apareció corriendo con el enorme purasangre palomino y, sin demorarse un segundo más, se subió de un salto y, espoleándolo, se puso al galope de inmediato. Ahogó su impaciencia mientras esperaba a que su criado abriera la verja de la entrada y se giró con inquietud hacia ambos lados de la calle.

—¿Hacia dónde han ido mi esposa y su… acompañante? —preguntó al sirviente que permanecía firme tras la cancela, la frustración marcaba cada palabra.

—Escuché a *milady* decir que hoy tenía ganas de una buena cabalgada, por lo que sería mejor ir al parque Cathery.

La mandíbula del duque se tensó tanto que bien podría habérsele convertido en piedra. Con una inclinación de cabeza clavó los talones en los flancos del semental y salió disparado hacia el lugar al que la pareja se dirigía, conocido por sus largos senderos, propicios para las carreras de caballos y para las citas clandestinas, ya que estaban apartados del camino principal de los jinetes por grandes setos y altos y frondosos árboles centenarios. Apretó las riendas entre sus manos crispadas. La alusión a la buena cabalgada se refería a una inocente e inocua carrera con Severn o… La imagen de su mujer a horcajadas sobre los fuertes muslos del príncipe, mientras lo montaba con el desenfreno y la pasión que le constaban que ella podía demostrar en momentos como ese, su cara teñida de aquel rubor que el deseo le proporcionaba, sus labios entreabiertos al soltar gritos de placer, sus pletóricos pechos que

saltarían arriba y abajo al compás marcado por ella mientras se tragaba con voracidad en su húmedo sexo la… polla… de… Dacross…

Meneó la cabeza un par de veces para aclararse la visión, despejando su cerebro de aquellas horribles escenas que apunto estaban de matarlo de dolor.

Cuando estaba llegando a la entrada del parque, los vio. Con un fortísimo tirón de las riendas se detuvo en seco, no quería que detectaran su presencia, al menos no todavía.

Entró tras ellos y guardó una distancia considerable, de modo que si alguno se daba la vuelta no lo reconociera, el sombrero calado hasta los ojos contribuía bastante a ocultarlo. Echó un vistazo a su alrededor. No le sorprendió que estuviese prácticamente desierto. Algún caballero muy madrugador, como él, y un par de oficiales, acostumbrados a levantarse temprano y que echaban de menos estar a lomos de un caballo. Ninguna dama.

Tampoco lo pilló desprevenido que dejaran de inmediato el camino principal y se desviaran hacia uno de esos senderos tan íntimos, no obstante, se le revolvió un poco el estómago, a pesar de que aún no había desayunado. Con mucha lentitud y naturalidad los siguió, aunque antes de quedar a la vista se refugió entre los setos, esperando su siguiente paso. ¿Azuzarían a sus monturas o comenzarían a besuquearse y a desvestirse en plena calle? El corazón le golpeaba con tanta fuerza contra las costillas que estaba seguro de que le rompería una o dos. O tres o cuatro. Quizá fuera mejor no enterarse. Dar la vuelta y marcharse a casa… ¿Pero qué le pasaba? Nunca había sido un cobarde. Un libertino, un malnacido… Incluso un asesino, pero un maldito gallina, no. Así que, por mucho que lo matara ver a su esposa en los brazos de otro hombre, se quedaría y lo aguantaría como un valiente. Y luego muy posiblemente lloraría como un crío en casa. Suspiró, a qué estado pusilánime y lamentable quedaba uno reducido cuando una hembra al fin le echaba el lazo.

Estaba tan perdido en la autocompasión que no fue consciente del ruido de los cascos de los caballos en la quietud de la mañana. Tan solo la risa cristalina de su esposa, ese bien tan precioso y escaso, captó toda su atención.

Enfocó la vista en la polvareda que marcaba el lugar donde momentos antes habían estado ellos, y casi se cayó del caballo al comprender lo que aquello implicaba. No se habían reunido allí para una cita amorosa clandestina. El alivio que sintió fue tan intenso y arrollador que, si hubiese estado de pie, quizá no se habría sostenido. Con manos temblorosas buscó su pitillera en el bolsillo de su abrigo y se encendió un puro. Aquellos dos tardarían todavía un rato en regresar, el camino era largo, perfecto para disfrutar de una buena galopada, como ella deseaba, y aunque no le gustaba nada dejarlos solos, no era buena idea seguirlos porque sin duda alguna lo sorprenderían.

Le dio una larga calada al cigarro, pensando qué podría hacer para deshacerse de ese indeseable de una vez por todas porque, aunque Hela aún le era fiel, y esa certeza le daba cierta esperanza, estaba claro como el agua que, si Severn seguía rondándola como un halcón, dado lo deteriorado que estaba su matrimonio, ella acabaría cediendo.

«¿Pero qué es lo que quieres tú?», se preguntó con sinceridad. «Ni comes ni dejas comer» se imaginó la regañina de su esposa, que se lo echaba en cara con toda la razón.. Y la verdad era que tendría razón. La quería. Más que a su propia vida. Y ya no le asustaba ese sentimiento, ni reconocerlo en su fuero interno. Eso ya era un logro enorme en sí mismo. Pero seguía sin estar seguro de su futuro juntos, sobre todo teniendo en cuenta que no conseguía deshacerse de las puñeteras pesadillas… ¿Por qué? ¿Por qué seguían atormentándolo noche tras noche, como un látigo que lo flagelaba sin descanso, obligándolo a distanciarse de su esposa de forma inexorable, hasta el punto de que en ese momento era ella la que no quería saber nada de él, la que buscaba a otro hombre para ocupar su lugar, en su vida, en su cama? Aunque Hela se había esforzado por juntarlo de nuevo con su familia, por volver a establecer los vínculos que él casi había roto para siempre con ellos, aunque le había regalado la suya propia para que nunca más estuviera solo, para que dejara de sentirse aislado, aunque lo había convencido de manera irrevocable de que había actuado de la mejor y única manera posible aquel fatídico día en que

disparó a su padre … y al final resultara que no era un asesino, porque el maldito aún estaba vivo, la verdad, dura e innegablemente dolorosa, era que nada de lo que había hecho aquel día había podido salvar a su madre. Había permitido que muriera, a pocos pasos de él, entre las garras enloquecidas de su marido. Y por eso las pesadillas nunca desaparecerían.

Y con ello la posibilidad de un futuro con Hela también moría.

Sintió el retumbar del suelo antes de verlos llegar a galope tendido. El semental del príncipe era más rápido, pero también más pesado, al igual que su jinete. La duquesa y su yegua eran ligeras como plumas, y la muchacha era una amazona excelente. Keylan sonrió con nostalgia al recordarla cabalgar como alma que lleva el diablo en sus tierras de Oscuridad, cuando aún era ciega. Ese recorrido era pan comido para ella.

Llegaron casi a la par, y las risas de júbilo de ambos inundaron el silencio de la tranquila y solitaria mañana. Se detuvieron unos metros antes de llegar hasta él, y la sonrosada cara de la joven y los mechones de su moño medio desecho le parecieron encantadores.

Severn le dijo algo en tono guasón mientras le remetía un tirabuzón por detrás de la oreja con un aire tan íntimo, a la vez que ella lo aceptaba con absoluta naturalidad, que Storn se preguntó cuántas veces habrían compartido un momento como aquel. Y qué más habrían hecho. Entonces ella contestó a su broma dándole un golpe juguetón en el brazo con uno de sus guantes, que se había quitado para arreglarse el desaguisado del pelo. Dacross soltó una sincera carcajada ante las palabras de ella, y le guiñó el ojo con picardía, a lo que la joven contestó sacándole la lengua.

Keylan tenía la garganta tan estrangulada que sentía que ni una ráfaga de aire, por muy pequeña que fuera, podría penetrar en ella para permitirle respirar. Se sentía incluso mareado, débil y tembloroso. Notó un sudor frío correrle por la espalda. Hela y él nunca había tenido una relación así, una camaradería igual.

Tensó las riendas, y en el más absoluto silencio dio la vuelta a su montura y se internó en los arbustos, de regreso al camino principal.

El sonido de los cascos de un caballo al galope atrajo la atención de Dacross, que dejó de sonreír y se giró hacia su origen, detrás de él, pero el sendero estaba desierto, por lo que era obvio que el desconocido jinete se había marchado por el paseo central. Volvió su atención a su acompañante.

—¿Entonces quién le debe a quién una botella de oporto? Reconozco que preferiría que hubieses perdido tú, el vino de tu marido es excelente, y realmente me encantaría que le explicases que tienes que sisarle una botella porque tu… pretendiente te la ha ganado en una temeraria carrera al amanecer. A solas, por supuesto. —La mirada maligna del hombre la hizo reír.

—¡Que buena idea, Cross! —Esta se trocó con rapidez en una de horror—. Yo estaba segura de haberte vencido, pero no tengo reparos en mentir si con eso conseguimos poner celoso a Key…

—¿Quieres celebrar mi entierro o qué? —se apresuró a cortarla.

—Oh, vamos, a mi esposo le importa un rábano toda esta comedia —dijo con un hilo de voz. Él cogió su barbilla con dos dedos y la obligó a mirarlo.

—Ni tú misma te crees eso. —Su tono era firme y hasta duro. Ella parpadeó.

—¿Por qué… dices eso? —La ceja masculina se alzó.

—¿Quieres halagos? Nunca has sido de esas. Al menos no desde el accidente. —Helailla jadeó. Nadie solía hablar de aquel día catastrófico.

—¿Cómo te atreves? —musitó, enfadada.

—Yo estaba allí, ¿recuerdas? Y puse en peligro mi vida para sacarte de aquella habitación en llamas.

—Y… te lo agradezco…

—No quiero tu gratitud. Lo haría cien veces de ser necesario. Lo que intento decir es que sé lo que ocurrió, y lo que supuso para ti entonces y posteriormente. Cómo te cambió aquel maldito hecho… Adoraba a la jovencita alocada, bondadosa e irreverente que eras antes de ese día, pero no me gustaba nada en lo que te estabas convirtiendo después de aquello, esa cáscara vacía, esa mujer que no dejaba que nadie se acercase demasiado a ella, que no precisaba a los demás… Creí que nunca volvería a ver a la

verdadera Helailla. Y entonces apareció el duque de Storncrass y lo cambió todo. Te cambió a ti. Ese hombre bebe los vientos por ti y lo sabes.

—¡No es cierto!

—¿Y cómo llamarías a lo que ocurrió anoche? —la retó con una mirada feroz. Estaba claro que sabía perfectamente lo que había ocurrido en la intimidad del palco cuando se habían quedado solos. Pero ella no dudó.

—Posesividad. Todos los hombres consideran que sus esposas son simples propiedades que deben pertenecerles solo a ellos y Key, como todo macho que se precie de serlo, se siente insultado porque un competidor esté gozando de lo que es suyo.

—Eres más tonta de lo que pensaba, niña —la regañó su amigo. Ella alzó la barbilla con soberbia.

—Si pretendes seguir insultándome…

—Lo que quiero es que abras los ojos. Este juego está muy bien para darle unos cuantos celos a tu marido, no obstante, si lo llevamos demasiado lejos, puede que sea contraproducente. Un hombre enamorado que se cree un cornudo…

—¿Amor? ¡No me hagas reír! —La joven sintió tantas emociones juntas ante esa simple palabra: miedo, pena, esperanza, dolor, angustia y una opresión en el pecho tan grande que apenas podía respirar… Espoleó a su yegua sin piedad mientras las lágrimas le nublaban la visión, sin cerciorarse de si Dacross la seguía o no. Menos mal que conocía los caminos de ese parque como la palma de su mano. No así su propio corazón.

# Capítulo 18

Helailla patinó en el brillante suelo de la sala del desayuno cuando frenó en seco. Por fortuna pudo sujetarse a tiempo al alto respaldo de la silla que tenía más cerca y evitarse la humillación de caer de culo frente a la mirada curiosa de su marido, sentado a la mesa con un escaso plato de comida y la siempre humeante taza de café entre los dedos, a punto de llevársela a los labios.

Precisamente fue la sorpresa por encontrarlo allí lo que la llevó a resbalar. Bueno, eso y las enormes zancadas que iba dando por lo furiosa que estaba. De todos modos, ¿qué narices estaba haciendo él en casa? A esas horas lo normal era que ya hubiera salido hacia el club, o a alguno de los gimnasios que acostumbraba a visitar con tanta frecuencia, últimamente más, para poner a tono ese increíble físico suyo. Como si esos músculos de acero que conformaban ese cuerpo de escándalo necesitaran perfeccionarse más… Parpadeó como si despertara de un sueño. «Sí, uno muy húmedo», se reprochó.

Con los dientes apretados se sentó a la mesa, para nada dispuesta a marcharse y que ese maldito se diera cuenta de que lo evitaba. Por supuesto, era lo que hacía, pero la sutileza lo era todo en la guerra del amor. Frunció el ceño, vaya, otra vez esa palabrita. Con un gesto brusco le agradeció al criado el plato con el desayuno y, como si estuviese enfrentándose a la cosa más desagradable del mundo, atacó con fiereza su tostada.

Keylan la observaba a medias divertido y a medias taciturno. Su propio

humor era bastante negro, pero ¿y ella? Se suponía que venía de dar un largo y agradable paseo con su romeo y, por lo que había podido percibir, lo había estado pasando la mar de bien en su compañía, aunque debía admitir que le había sorprendido que regresara tan pronto. Alzó una ceja cuando vio cómo partía en dos la tostada debido a la fuerza con la que estaba untando la mermelada de arándanos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en actitud solícita.

—De maravilla —le contestó en tono cortante. La observó unos momentos más mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—¿Seguro? —La mirada gris azulada lo fulminó, y Keylan se preguntó qué había hecho para merecer tanto desprecio. Porque tenía claro que su enfado iba dirigido hacia él y no contra el príncipe. Entonces su intensa expresión disminuyó, supuso que haciendo un esfuerzo por comedirse.

—Sí, te lo aseguro. —Volvió a concentrarse en el desayuno, como si fuese algo de extrema importancia para ella, pero él sabía que en cuestión de minutos desparecería de la habitación y no volvería a verla en todo el día. Y no pensaba permitirlo. «Piensa, piensa».

—¿Qué se supone que he hecho, Hela? —La mujer levantó la cabeza del plato con rapidez para encontrarse a su marido mirándola con ojos burlones —. Es obvio que he cometido algún error que te ha molestado terriblemente, y te pido disculpas, sobre todo porque desconozco de qué se trata. Pero si ha sido tan grave como para que ataques a las pobres tostadas con tanta saña… —No supo qué la molestó más, si la desfachatez del muy cerdo, que estaba riéndose de ella, o los restos del pan que, desperdigados por todo el plato, confirmaban sus palabras.

—Tú siempre cometes alguna torpeza. Eres un zoquete —comentó con una exuberante sonrisa que en ningún momento llegó a sus ojos.

—Y tú te comportas con tanta dulzura con tu abnegado esposo, como la dama encantadora y candorosa que creí que serías…

—Nunca proclamé que lo fuera. Si lo imaginaste después de conocerme es

que te ilusionaste con una fantasía, señor.

—Supongo. Pero hubo quienes me aseguraron que en otra época esa era una descripción bastante fiable para describirte. —La sonrisa socarrona se borró de un plumazo de sus labios. Se levantó muy despacio, como si le costase un triunfo hacerlo. Keylan pensó que la había forzado demasiado y que abandonaría de inmediato la sala, no obstante, la mujer se dirigió hacia la cristalera, donde se quedó absorta en el paisaje exterior, de espaldas a él. El duque hizo una seña con la cabeza a los dos sirvientes y estos, apresurándose a salir, cerraron la puerta con suavidad tras ellos. Dejó la taza sobre la mesa con mucho cuidado y sin hacer ruido se giró en la silla hacia la figura rígida de su esposa, tan solo esperando.

—Esa muchacha ya no existe. Nunca podrás recuperarla —se limitó a afirmar sin volverse. Aunque de forma muy leve por la claridad del día, pudo ver su imagen en el cristal. Parecía tan frágil, tan distante, perdida en algún recuerdo ajeno a él.

—¿Por qué? —susurró a media voz, temeroso de romper el momento. Nunca le había contado su historia, y él ansiaba conocer su versión con unas ganas tremendas. Imaginaba que sería desgarradora y que por eso la mantenía oculta en lo más recóndito de su corazón. Podía entenderlo, quizá mejor que nadie, ya que había guardado su propio secreto durante más de once años, sin embargo, una vez que se había permitido sacarlo a luz también sabía la paz que aquel gesto traía consigo. Llevaba tanto tiempo en silencio que supuso que no contestaría, así que se sorprendió cuando escuchó el tenue murmullo.

—Porque está muerta.

—No es cierto, Hela. Ella eres tú, tú eres ella. Lo que ocurrió en aquel accidente te hizo daño de alguna manera, pero… —La joven se giró con virulencia, su cara una máscara de dolor y rabia.

—¡Ese *accidente* no se menciona jamás! —gritó a pleno pulmón.

—¿Por qué? Entiendo que fue espantoso, no obstante, saliste viva de él, y ahora que has recuperado la visión…

—¿Que salí viva? ¿Sabes cuántas veces supliqué morir después de aquel día? —preguntó con una expresión extraña—. ¿Crees que me sentía viva mientras mi mundo se volvía negro? ¿Cuando no podía ver a mis seres queridos, los colores, las formas? ¿Cuando las personas que se habían proclamado mis amigos me daban la espalda, uno a uno? ¿Cuando me chocaba contra las paredes y no era capaz de hacer nada por mí misma? ¡Lo perdí todo aquel día! ¡Y lo primero fueron las ganas de vivir!

—No. —Se acercó a ella, pero su mano se alzó, negándose a recibir un consuelo que a su entender nacía de la compasión. Sí, recordaba con claridad la pena de todos, incluida su familia, que no sabía qué hacer para confortarla, para comprenderla. Le pedían una y otra vez que siguiera con su vida, sin adivinar que sentía que se le había acabado en aquella explosión—. Cuéntamelo. —Ella abrió los ojos con horror y negó con la cabeza.

—No me pidas eso, Key. No he vuelto a hablar de ello desde que se lo relaté a mi familia, después de que ocurriera.

—Cuéntamelo a mí —pidió con suavidad. La cabeza femenina volvió a girar descontrolada de un lado a otro. La cogió por la cintura. Estaba tensa como la cuerda de un arco. Le acarició la nuca, despejada por el nuevo moño que se había hecho tras la cabalgada—. Cuéntamelo, mi vida. —La joven cerró los ojos, dejando que esos poderosos brazos la encerraran en un abrazo meramente consolador. Y por primera vez en más de año y medio las ganas de «vaciarse», de relatarle a alguien fuera de su círculo más íntimo todo lo que había ocurrido, fueron tan intensas que se le doblaron las rodillas. Las manos que la sujetaban la aferraron con más fuerza. Sintió la implacable mirada de su marido y se esforzó por encontrar esos ojos verdes que tanto la atraían. Entonces él cogió su mano y abriendo la puerta de cristal a su espalda salió al frío exterior, obligándola a seguirlo. Antes de que el primer temblor la atravesara, ya tenía su cálida chaqueta de lana sobre los hombros. Aspiró su aroma, tan masculino, y se arrebujó en su interior, no por el frío, sino para sentirlo a él a través de la excelente tela. El duque volvió a apoderarse de su

mano y la guio por el jardín como si tuviera un destino previsto. Un momento después supo cuál era cuando frente a ellos, a unos doscientos metros, apareció el invernadero. Cuando llegaron cerró la puerta, se apoyó en ella y la miró con gravedad. Estaba claro que no pensaba cejar en su empeño. Y no era que ella tuviera ningún secreto que guardar, simplemente, la horrorizaba recordar. Con paso inseguro y agarrándose a las solapas de la chaqueta, se dirigió al pequeño banco de piedra que había un poco más adelante y se sentó. Sabía que él la seguía con lentitud, escuchaba sus pasos pausados a su espalda. Cuando llegó al banco se mantuvo junto a ella, pero no la presionó sentándose a su lado, ni la forzó a empezar a hablar—. ¿Te importa si fumo? Estoy un poco nervioso. —Y aquello fue lo que la decidió. La constatación de que tampoco él estaba tan tranquilo como aparentaba. Asintió con la cabeza en señal de aceptación y miró por encima de una alta maceta, sin verla.

—Supongo que sabes parte de la historia —musitó.

—Sé que intentabas ayudar a tu cuñada a no morir desangrada. —Helailla se sobresaltó, como si hubiese sufrido el impacto de algo sobre su cuerpo. Keylan convirtió las manos en sendos puños, deseando acercarse a ella para abrazarla, pero esa era una lucha que debía ganar sola.

—Dios, había tanta sangre… Acababa de dar a luz, sin comadrona, solo su hermana, que la odiaba, y ella. En cuanto tuvo al niño, se lo quitó y la dejó allí tirada para que se desangrara… Así fue como la encontré. Solo era cuestión de minutos que muriera. Las dos lo sabíamos. Le hice un nudo en el cordón umbilical para retrasarlo, sin embargo, no era gran cosa, y me adentré en la casa para buscar algo, medicinas, toallas, lo que fuera que nos sirviera de ayuda. —Se detuvo de golpe, inconsciente de que tenía la frente perlada de sudor a pesar del frío que hacía, ni de que respiraba entre jadeos—. Encontré una botella y pensé que podría ser algún medicamento, pero mientras intentaba ver qué contenía tropecé. Resultó que la maldita botella tenía el éter con el que habían conseguido dejar a Kana inconsciente para secuestrarla y, al agitarlo, los gases tocaron la llama de la vela que yo llevaba… El resto es

evidente. Hubo una gran explosión que provocó un incendio. —El corazón de Keylan se estrujó sin piedad por toda la explicación. Hizo ademán de buscar en el bolsillo su pitillera, recordando que le había prestado la chaqueta a su dama. Dios, cómo necesitaba fumar.

—¿Por eso afirmas que la mujer que eras antes de esa catástrofe murió? —preguntó con voz ronca.

—Sí, la niña alegre y vivaracha, esa pánfila a la que solo le preocupaban los vestidos y las fiestas, desapareció ese día. En su lugar solo quedo yo. —Lo dijo como si fuera una pobre sustituta, la muy tonta.

—Eso no es lo que he oído. Según tengo entendido, hacías felices a las personas, eras buena y honesta, joven, sí, pero implicada en numerosas obras de caridad, preocupada de los más necesitados, de los débiles… Y te asegurabas con eficacia de que las personas que te rodeaban también se sintieran responsables de ayudarlos. Y en cuanto a la mujer actual, reconozco que me resulta tremendamente atractiva, y no me refiero a la parte física, que es inmejorable —se apresuró a añadir, pues las mujeres eran muy sensibles a ese respecto, dijeran lo que dijeran ellas—, sino a lo que ese desastre ha hecho de ti. Ahora eres mil veces mejor, más mujer, más plena, más madura, realista, valiente, obcecada y estupenda. Al principio, cuando nos conocimos, temí no conseguir sacar a la luz todas esas cualidades, que te hubieses quedado atascada en tu sufrimiento interior, pero creo que poco a poco has podido recuperarte. Y el hablar hoy de aquello ha sido el último paso. —Helailla lo miró con lágrimas en los ojos, sorprendida porque se daba cuenta de la verdad que había en sus palabras. Se sentía libre. Era cierto que siempre recordaría todo aquel episodio con cierto pesar, sin embargo, el dolor que acompañaba ese recuerdo había desaparecido, reemplazado por la esperanza de la vida que aún le quedaba por delante.

—Puede que tengas razón —admitió mientras dejaba salir el aire despacio. Él avanzó con lentitud hacia ella y le acarició la mejilla con el dorso del dedo.

—Gracias por compartirlo conmigo. Ha significado mucho para mí. —«Y

para mí». Pero no se atrevió a decirlo en voz alta. En su lugar se levantó y lo miró con ojos tranquilos.

—Has hecho bien en sugerirlo. Es el momento de ir cerrando capítulos.

Keylan se hallaba arrellanado en el sillón de piel del lujoso y a esas horas tranquilo club de caballeros, meditando esas malditas palabras que su insufrible mujer le arrojara a la cara el día anterior, como un guante que anunciaba la inminencia de un duelo al amanecer. Pero él no podía batirse con su esposa, ¿o sí? Sopesó la idea con cierto placer malvado, pero la dejó ir con un suspiro melancólico. No se imaginaba a su diosa dorada enfrentada a él con pistolas. A Kana sí, con toda probabilidad aquella guerrera sanguinaria le descerrajaría un tiro antes de que le diera tiempo de parpadear, pero su bella Hela… Frunció el ceño, su bella Hela era muy diestra con las armas de fuego, las espadas, el arco e incluso por lo que había oído se defendía bastante bien en la lucha cuerpo a cuerpo, aun cuando estuvo privada de la visión. Era solo que le costaba un triunfo imaginársela de esa guisa, a pesar de haber sido testigo de su adiestramiento.

La fantasía de que su altiva princesa lo volviera a amenazar con la punta de su curiosa y con seguridad peligrosa espada, pero esa vez en toda su gloriosa desnudez, lo excitó en cuestión de segundos. Claro que imaginársela con un hábito de monja lo pondría igual de caliente, con la privación a la que estaba sometido en la actualidad, caviló malhumorado. Tanta frustración no podía ser buena. Meneó la cabeza, intentando borrar esos pensamientos que no lo llevarían a ningún lado.

«Es el momento de ir cerrando capítulos». Primero llegó el escalofrío que le recorrió la columna vertebral, y luego sintió el desagradable sudor frío, pegajoso y tan vergonzoso, porque atestiguaba su miedo como ninguna otra cosa. Miedo a perderla.

¿Había dado ella a entender que su indeseado marido era uno de esos

capítulos que había que ir acabando? ¿Se disponía finalmente a abandonarlo de forma pública y terminante? ¿Era ese el final de todo? ¿Había decidido entonces aceptar las atenciones de Severn y convertirse en… su amante? ¿O su esposa? ¿Por qué no podía hablar claro la muy maldita?

Hastiado de darle vueltas a ese asunto, cogió un puro de la cara caja que había a su lado. Había una igual en cada mesa, junto a un decantador lleno, en su caso de excelente *brandy* –el camarero se lo había proporcionado al llegar, pues conocía todos sus gustos en cuanto a bebidas, tabaco y comida, como los del resto de socios–. Mientras lo encendía con más fervor del que deseaba pensó que sus vicios estaban aumentando alarmantemente desde que conociera a cierta fémina que lo llevaba por el camino de la amargura. Hacía un tiempo apenas fumaba de manera ocasional, y en ese momento cualquier excusa era buena para sentir el humor acariciando su garganta…

—Tienes una pinta horrible. —Con desgana, mucha desgana, abrió los ojos y los fijó en su suegro. Aquel viejo tiburón al que le encantaría despedazarlo por apropiarse de su niñita y de paso ponerla en peligro de muerte.

—Majestad —saludó en tono tenso.

—Déjate de majaderías, muchacho. Sabes que detesto que te dirijas a mí de ese modo. —Su mirada se afiló—. De hecho, empiezo a pensar que lo haces adrede. —Keylan no se inmutó, aunque blasfemó para sí, lamentando no poder jugar más esa baza. Le hizo un gesto con la mano, invitándolo a sentarse. Cuando el imponente hombre lo hizo, cogió su copa y se perdió en su interior, elucubrando las razones por las que habría venido a buscarlo. Porque si de algo estaba seguro era de que ese encuentro no había sido fortuito—. Lo decía en serio. Parece que te hubiera atropellado un carruaje a toda velocidad. —Dejó de observar su *brandy* para mirarlo a él, y alzó una ceja en actitud arrogante. Sabía que iba vestido de manera impecable, como de costumbre.

—¿Ah, sí? —dijo en tono condescendiente.

—No tiene que ver con tu aspecto, tienes la misma pinta de duque altivo y soberbio de siempre.

—Me alegra que aprecies mis virtudes —masculló entre dientes.

—No eran cumplidos —aclaró por si tenía dudas—. Son tus ojos. —Estos se achicaron, amenazando tormenta. No estaba de humor para aguantar tonterías, ni siquiera las de un poderoso rey, que además era el padre de su mujercita.

—¿Y qué te dicen exactamente mis ojos, *Majestad*? —lo pinchó a propósito.

—Que estás jodido. —Aquello le cerró la boca de manera muy efectiva. Porque era cierto. Dio un largo trago a su copa, intentando borrar a su negro y nada prometedor futuro con el ardiente licor que atravesaba su garganta, no obstante, ya había intentado antes ese camino y sabía que de nada le serviría.

—No sabía que fueses clarividente. ¿Forma parte de la extensa formación que recibís para ser reyes o… es un don natural que te ha concedido Dios en su inmensa sabiduría? —La pregunta irreverente rivalizó con su mirada guasona, sin embargo, el otro no se dejó provocar.

—En absoluto. Tan solo veo que mi hija pasa sus días y la mitad de sus noches en casa de mi hijo, o en bailes y acontecimientos sociales, pero siempre irremediablemente cerca de Dacross como una polilla alrededor de la luz. Y por tus criados sé que dormís en camas separadas, motivo por el que supongo que estás de tan mal humor. Al menos yo lo estaría si mi mujer no me permitiera ponerle las manos encima. —Las manos se le habían ido crispando según su suegro iba soltando toda esa sarta de… verdades, y en ese instante estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no saltar del sillón y tirarse al cuello de ese desgraciado—. De verdad, Storn, no entiendo tu actitud. —Diez, once, doce, trece… Inspiró con fuerza. Era lo único que se le ocurría para no ponerse a gritar—. Empiezas a ser la comidilla de la buena sociedad, y sé cuánto detestas eso. Siempre tan equilibrado y constante, tan poco dado a los escándalos, salvo los de las faldas, claro. Y ahora los rumores comienzan a dejarse oír. De momento solo son especulaciones, murmullos confusos en algún que otro oído, bastante inocente porque Lalla y Severn siempre están acompañados, y además con las fiestas navideñas la gente no sale tanto, pero

pronto los cotilleos serán tan grandes e imparables que, si vuestro matrimonio no estaba roto, indudablemente no importará, porque el escándalo que habréis generado en torno a él se lo habrá cargado. —El duque se limitó a mirarlo, en apariencia inmune a todo lo que había dicho. Tan solo el músculo que palpitaba con fuerza en su mandíbula desmentía su pasividad. Eidrian lo taladró con una de sus miradas reales, aquellas que habían hecho confesar a docenas de vasallos a lo largo de los años, y preguntó con brutal precisión—. ¿De verdad es eso lo que deseas? ¿Quieres perder a tu mujer para siempre?

Keylan leía con avidez el grueso libro que tenía apoyado sobre su estómago. Había empezado con él después de comer, desesperado por matar el tiempo, esa arma que amenazaba con destruirlo, permitiendo a su fértil mente perderse en temas delicados a los que ya había destinado demasiadas de sus fuerzas. Así que cuando la intrincada trama de aquella novela de misterio e inquietantes sucesos inexplicables captó su atención, y después lo absorbió por completo, el descanso a sus desgastados nervios fue absolutamente bienvenido. De eso hacía ya cuatro horas, y habían sido las cuatro horas mejor gastadas en muchísimos días, pensó tirado en el diván que había ordenado llevar a la terraza techada, uno de sus lugares predilectos de la casa, sobre todo en un día tan agradable, para estar a finales de diciembre. Aquel solecillo lo adormilaba, contribuyendo a proporcionarle aquella engañosa sensación de bienestar. Se llevó otra nuez a la boca y la masticó despacio, saboreándola, después le dio un sorbo al fuerte té. Suspiró agradecido, de vez en cuando no estaba mal que su mayordomo lo mimara un poco. Dejó la taza en la mesa auxiliar y se hizo otra vez con el libro. Listo para otro ratito de agradable lectura.

—¿Así que es aquí donde te ocultas? —Hizo una mueca de fastidio mientras cerraba las tapas duras. Se acabó la paz y la lectura.

—Esta es mi casa. No imagino cómo pueda llamarse a eso esconderse. —

Esperó sin moverse hasta que su hermana se puso frente a él y alzó una ceja cuando vio que su tío también la acompañaba.

—¿No vas a saludarnos? —preguntó la muchacha con voz petulante.

—Hola —se limitó a decir. Rodan sonrió, pero a Iriana no le hizo ninguna gracia.

—De verdad, Key, estás perdiendo cualquier barniz civilizado que pudieras tener.

—¿Qué esperas, gitanilla? Estoy tan a gusto con mis cosas y os presentáis sin avisar… —La cara herida de su hermana lo detuvo.

—Creí que habías dicho que esta era mi casa —susurró.

—Y lo es. Pero dado que has decidido mudarte por tiempo indefinido a la de Cetriar, al menos podrías tener la cortesía de mandar una nota o algo así —afirmó en tono contrariado.

—Y de esa forma tú podrías inventar alguna excusa para que no viniéramos, o simplemente ausentarte —aseguró. El duque la miró fijo, incapaz de conciliar esa imagen tenaz con la de su hasta entonces dulce hermanita, que siempre lo había idolatrado. Miró confundido a su tío, que a su vez lo observaba con socarronería, mientras se comía sus malditas nueces.

—¿Qué puedo decir? —contestó el hombre mayor a su pregunta silenciosa —. Las muchachas crecen.

—Sí. Y es una suerte porque de no ser así nos pasaríamos la vida dominadas por nuestros arrogantes y paternalistas hermanos. —Keylan ahogó un suspiro de fastidio.

—Ya. ¿Y a qué debo el honor de vuestra visita? —Oh, oh. Pregunta equivocada. Se dio cuenta en cuanto vio cómo aquellos ojos esmeralda se achicaban, pero por supuesto ya era demasiado tarde para retirar sus apresuradas palabras. Rodan, el muy bastardo, se arrellanó en su silla con cara de satisfacción.

—Estoy segura de que sabes qué fecha es, Key. —Él hizo memoria, pues todos los días le parecían una repetición del anterior.

—29 de diciembre.

—Navidad —dijo ella entre dientes, refiriéndose a las fiestas navideñas en general. Su hermano hizo un gesto conciliador con la mano mientras miraba con recelo a su tío. Este le mantuvo la mirada como diciéndole «espera y verás».

—Lo que tú digas, bonita. —A la joven pareció molestarle todavía más su actitud condescendiente. ¿Pero qué diablos quería de él?

—Mira que eres obtuso, chico —lo regañó Rodan. Su sobrina lo obsequió con una dulce sonrisa, y al duque se le acabó la paciencia. Él tan solo quería retornar a la tranquilidad de la tarde, con su excelente novela de trescientas páginas.

—¡Por el amor de Dios, queréis decirme de una vez por todas a qué habéis venido! ¿O pretendéis atormentarme todo el maldito día?

—Para eso ya te sirves tú solito, me temo. —Keylan alzó las piernas y se incorporó, dispuesto a levantarse, largarse y dejarlos con la palabra en la boca. Tenían razón, no estaba de humor para estupideces—. Ni se te ocurra marcharte, maldito. —Aquello sí lo detuvo. Se giró con los ojos entrecerrados para evaluar a su hermana, que no parecía avergonzada por usar ese lenguaje tan poco digno de una dama.

—Estoy seguro de que no he pagado una verdadera fortuna para llevarte a ese prestigioso internado con el fin de que termines utilizando el vocabulario de una lavandera, querida. —La regañina surtió efecto, pues sus mejillas adquirieron ese tono rosado que tanto parecía favorecer a algunas mujeres. Su hermana era una de ellas. Maldijo en silencio. Cuando los hombres repararan en ello no descansarían en hacer lo que fuera necesario para provocar esos rubores lo más posible. Intercambió una mirada con su tío y supo que estaba pensando lo mismo.

—Oh, vamos, no me sermonees. Tú has estudiado en sendos colegios elitistas y tu lenguaje deja mucho que desear en determinadas ocasiones. Y no te vayas por las ramas. Hemos venido porque estamos en plenas fiestas

navideñas y tú andas desaparecido. Tan solo disfrutamos de tu compañía en la cena de Nochebuena, y de eso hace días.

—He estado ocupado…

—Sí, puedo verlo… —Había tanto dolor en sus palabras que sintió un nudo en el estómago.

—Iria…

—¿Por qué, Key? Creí que habías decidido que querías a tu familia contigo.

—¡Y así es!

—¿Entonces por qué nos das la espalda de nuevo? —susurró con voz apenada. Él se acercó con grandes zancadas y la abrazó. Miró a Rodan por encima de su cabeza y vio los mismos pensamientos de la joven reflejados en su mirada.

—No era esa mi intención, os lo aseguro. Yo… estoy… necesito un tiempo para mí, para solucionar ciertas cosas, pero eso no significa que no os quiera a mi lado. —La separó un poco para poder mirarla—. No deseo volver a lo que teníamos antes, ¿de acuerdo? —Ella lo observaba con esos ojos color esmeralda, tan grandes y tan inocentes. La esperanza brilló en ellos, y asintió con una sonrisa trémula, que se fue ampliando hasta convertirse en una tan luminosa que le calentó el corazón.

—De acuerdo. —La besó en la frente.

—Entonces, ¿por qué no nos invitas a cenar? —propuso su tío mientras se terminaba las últimas nueces del cuenco.

—Por supuesto. Le diré a Crobs que lo disponga todo.

—O mejor aún. No pudiste acompañarnos la otra noche al Clarendon, y la verdad es que lo pasamos muy bien. Es un restaurante de lujo, decorado con excelente gusto, y la comida es deliciosa. Así saldrías de esta prisión autoimpuesta y… —Fue a negarse, pero la vio allí, con los ojos brillantes y la cara de nuevo ruborizada de excitación, y sus patentes ganas por visitar de nuevo aquel conocido restaurante eliminaron sus reticencias como no lo habrían hecho sus súplicas. Había estado allí unas cuantas veces y sabía que

su hermana no exageraba. Como mínimo la comida sería abundante, sabrosa y de innegable calidad. Y si había algo de lo que le gustaba disfrutar en la vida era de la comida. El sexo ya no lo mencionaba. Mejor no deprimirse a cada instante. Hizo un gesto defensivo con las dos manos.

—Vale, vale. Salimos a cenar. —Echó un vistazo a la vestimenta de ambos —. Aunque me temo que el Clarendon es demasiado exclusivo para aceptaros con esa ropa.

—No seas tonto. Por supuesto, nos cambiaremos. Tengo gran parte de mi vestuario aquí, y estoy seguro de que tío Rodan también. —Miró de forma interrogativa al aludido.

—No dejé mucho, aunque creo que podré encontrar algo que sirva para los altos estándares del Clarendon. Y, si no, supongo que me abandonaré a la clemencia de mi sobrino y le pediré algo prestado. —El duque dejó aflorar una sonrisa maliciosa.

—Qué suerte que tengamos medidas tan parecidas, ¿eh, viejo? Y que sea tan sumamente generoso con mis familiares. —Los tres se dirigieron hacia el interior, y una vez allí se dispersaron a sus respectivas habitaciones, esas que nadie osaba tocar, aunque permanecieran desocupadas durante meses.

Helailla permanecía tiesa como el palo de una escoba, con los nervios de punta y la mirada fija en la puerta de entrada. Se repetía constantemente que había sido una completa estupidez hacer aquello, pero cuando había recibido la nota le había parecido una buena idea, y se había lanzado a hacer los preparativos sin pensar en nada más que en llegar antes que ellos, para lo cual habían tenido que correr y no de forma figurada. En ese momento se preguntaba si de vez en cuando no debería medir las consecuencias antes de actuar.

Demasiado tarde. Justo entonces captó la melena negra de su marido que, acompañado de su hermana y su tío, entraba en el restaurante y se detenía a

hablar animadamente con el *maître*. Sintió el enloquecedor golpeteo de su corazón en los oídos.

—Tranquilízate, dulce. Ha de parecer que estamos disfrutando, no que te están torturando. —Echó una rápida mirada a su padre, que sí que aparentaba que iba a divertirse de lo lindo durante la noche y suspiró intentando calmarse.

—Tienes razón.

—Además, llevamos tanto tiempo jugando a este juego que ya debiera parecerte algo natural. ¿O es que te resulta tan desagradable fingir que te gusto? —preguntó Dacross con aire ofendido. Ella sonrió.

—Por supuesto que no. Eres un embaucador de lo más encantador. Ese es el problema, si seguimos simulando, es muy probable que termine enamorándome de ti —confesó con un teatral batir de pestañas. El príncipe cogió su mano por encima de la mesa.

—Pero eso no sería un problema, cariño. Sería la excusa perfecta para montarte a la grupa de mi caballo y partir al galope hacia mi castillo. —La risa argentina de la joven le atravesó el corazón a Keylan; lo habría destrozado, aunque se hubiese perdido el cariñoso apretón de manos, la cara ruborizada de su esposa o el innegable diálogo íntimo entre ambos. Pero se había percatado de todo. Poco importaba que no hubiese escuchado las palabras, o que el padre de ella estuviera sentado con ambos en la misma mesa, en su mente minada tras largos días de ser testigo de los inexorables avances del adversario en su territorio, aquella escena representaba más o menos una petición formal de mano. ¡ madre que los parió, esa mujer aún estaba casada con él!

—Vamos, Key. El *maître* lleva un rato intentando indicarnos cuál es nuestra mesa. —Su hermana se colgó de su brazo y lo empujó con suavidad, aunque con firmeza hacia su sitio, que por algún milagro estaba seis mesas a la derecha de la de ellos. Aun así, cuando Iriana se sentó y él se giró, comprobando que su tío también lo había hecho, maldijo con furia al percatarse de que el sitio que le habían dejado tenía unas excelentes vistas de

la pareja y dejaba al rey de espaldas. Bufó con desprecio. ¡Como si a él le interesara lo más mínimo su suegro!

—¡Ah, que contenta estoy de haber venido! Que concurrido está esto hoy, a pesar de las fechas que son. Humm… ¿No son esos lord Nescann y su esposa, Key?

Su hermano se volvió con disimulo para verificarlo y con un gesto de la cabeza saludó al matrimonio. Cuando su mirada afilada regresó al chispeante rostro de su parlanchina hermana, la especulación brillaba en sus ojos verdes. ¿No eran muchas las veces que últimamente estaba coincidiendo con su esposa y su enamorado en los más variopintos lugares? Y él nunca había creído en las coincidencias. Pero lo cierto era que la idea de salir a cenar había surgido de manera espontánea, y los Cetriar les llevaban una ligera ventaja, pues hacía un momento que les habían servido el primer plato. Tampoco podía creer que Iria fuera tan manipuladora, habida cuenta de que eso significaría que hasta su tío debía haber participado en aquel plan. Además, ¿con qué fin? ¿Acabar con su maltrecho matrimonio? Renegó en silencio, se estaba volviendo un paranoico.

Iriana apenas se atrevía a respirar por miedo a delatarse de alguna manera. No le había pasado desapercibida la mirada reflexiva de Key, repleta de conjeturas. Podía presuponer sin problemas lo que esa mente despierta y brillante estaba elucubrando, y ella no saldría muy bien parada si llegaba a descubrir la verdad. Su hermano odiaba la mentira, la duplicidad, por muy buenos motivos que se tuviera para hacerlo. Pero eso ahora daba igual, ella detestaba verlo tan abatido, dispuesto a tirar la toalla y dejarse arrebatar lo que más quería en el mundo, aquello que de verdad lo hacía feliz. Porque él merecía ser feliz por una vez en la vida. Y su razón para serlo estaba sentada en una mesa al otro lado del atestado salón cogida de la mano de un apuesto y gallardo hombretón delante de las narices de su impotente marido, que no movía ni un solo dedo para evitarlo. Y las ideas de todos comenzaban a escasear.

—Este vino es excelente, ¿no crees, Keylan? —Rodan llamó la atención de

su sobrino, que parecía estudiar el intrincado bordado del mantel blanco como si fuera a dedicarse a esa difícil labor de aguja e hilo para mantener a su mujer e hijos. El joven cogió su copa y clavó su dura mirada en la pareja que lo obsesionaba mientras se tragaba más de la mitad de su contenido, por lo que fue plenamente consciente del momento exacto en el que su suegro se levantó.

—Sí, excelente —acordó a la vez que sus ojos entrecerrados seguían al rey hasta otra mesa cercana, donde saludó a dos distinguidos caballeros con efusividad. Estos demostraron su evidente interés en que se sentara con ellos y, aunque él hizo gestos hacia la mesa de la que venía, los otros insistieron. Al final, pareció que lo convencieron, porque entre risas se sentó, saludando a su hija y a Severn, que le devolvieron el gesto con una sonrisa comprensiva. Si el duque hubiera podido echar humo por la nariz y fuego por la boca, seguro que no se habría privado, tan furibundo estaba. ¿Es que su suegro estaba confabulando para acercar a aquella parejita en contra de su propio yerno? ¿O simplemente confiaba tanto en aquel miserable que no era capaz de ver a la sanguijuela taimada que cobijaba bajo su techo? Sin embargo, había sido el mismo Eidrian el que le había recriminado su actitud indolente y le había hablado de los rumores sobre su esposa y el príncipe. ¿Y se escaqueaba y les planeaba una cena íntima en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, lleno a rebosar de la flor y nata de la sociedad? No entendía nada, pero tenía un incipiente dolor de cabeza, con toda probabilidad causado por aguantarse las ganas de armar un escándalo.

—La sopa de merluza y gambas estaba exquisita, ¿verdad? —preguntó Iriana.

—Y que lo digas. Qué lástima que no estemos en casa para poder repetir. Es lo que menos me gusta de comer fuera. —La joven rio, pues era consciente de la cantidad de comida que eran capaces de ingerir los hombres fornidos como los que la acompañaban. Por suerte los locales como el Clarendon también lo eran, y las raciones que servían eran más que apropiadas—. Pero este rodaballo con alcachofas y salsa de cilantro tampoco se queda atrás, ¿eh,

Keylan? —preguntó animado el hombre mientras se metía un trozo en la boca con obvio deleite.

—Humm —se limitó a contestar el aludido, escudriñando el frente como si su vida dependiera de ello. A él la comida le sabía toda igual, como si estuviese masticando arena. Cualquier placer que hubiese podido sentir por la salida familiar se había desvanecido al atravesar la puerta y encontrarse con su mujer en semejante compañía.

—Por Dios, Key, para esto podías haberte quedado en casa. —La voz exasperada de su hermana lo trajo de vuelta a la mesa. Desvió la vista hacia ella y vio su rostro apenado.

—¿Qué has dicho?

—Exactamente eso, chico. —Contraatacó su tío—. Se trataba de una agradable velada en familia, no de que te pases la noche vigilando a Helailla mientras nos haces el vacío más absoluto. —El ligero sobresalto que sintió no pasó desapercibido a sus acompañantes—. Por supuesto que los hemos visto, no somos ciegos, sobre todo cuando tú no eres capaz de despegar los ojos de ellos ni un solo segundo.

—Ellos… —Fue incapaz de seguir. Por un lado, necesitaba preguntarle a alguien, conocer su opinión sobre aquellos dos, para saber si él estaba desvirtuando esa relación. Pero, por el otro, su orgullo, firmemente arraigado en él, y, por qué no reconocerlo, también una no muy pequeña dosis de miedo le impedían desenmascararse de un modo tan público, aunque fuera con esas dos personas que lo conocían tan bien.

—Ellos están cenando amigablemente, como nosotros. Y han venido con Eidrian, aunque ahora él esté departiendo con unas amistades. —El duque apretó los puños, sin poder creer que su tío, a su edad, fuese tan cándido como para interpretar la situación de manera tan simple—. De todos modos, algunas relaciones llegan a un punto en el que es muy difícil recuperarlas, y es en ese momento donde las personas son más sensibles a encontrar a alguien especial que de repente se cruza en su camino. —Una gigantesca mano se apoderó de su

corazón, que latía desbocado, y lo apretó con fuerza desmedida, amenazando aplastarlo.

—¿Tú… sabes algo? —se atrevió a preguntar, aterrorizado por dentro. Rodan se debatía con sus propios principios, como sabía que les ocurría a todos los implicados. Se había comprometido a apoyar aquel loco plan para espabilar a ese tonto, y desde hacía meses parecía que era lo único que lo estaba haciendo reaccionar, pero no quería seguir viéndolo sumido en aquella desesperación; deseando el paraíso, aunque no tocándolo; pretendiendo que era suyo, no obstante, dejando que otro luchara por él. Oh, definitivamente, era idiota. Y su sobrino nunca se había comportado como tal. Era sorprendente lo que el amor le hacía a un hombre.

—Sé que, si tienes intenciones de seguir con ella, este es el instante en el que debes reaccionar, hijo. —Desplazó su atención a la otra mesa. Keylan también miró hacia allí y se quedó sin aire cuando vio como Severn metía su cuchara en la copa de cristal de Lalla y la sacaba llena a rebosar de nata, mermelada de fresa y trufa y luego, con despreocupada languidez y una oscura mirada de lujuria para nada contenida, se la introducía en la boca. El muy bastardo repitió la operación unas cuantas veces mientras su mujercita se deshacía en rubores virginales e iba comiendo pequeñas cucharadas del delicioso postre, absorta en el descarado flirteo de su compañero. Asqueado, desvió la vista y se encontró con las miradas de su hermana y su tío, fijas en su reacción. Por fin, Rodan sentenció—. O verás cómo se la queda él. —Las palabras cayeron sobre él como una losa de hormigón que lo aplastaba y le impedía respirar. Porque sabía que eran ciertas.

Helailla esperaba a que Cross regresara con el pulso acelerado. Sabía que él tardaría tan solo un momento, y aun así se sentía del todo expuesta allí sola en la mesa. Su mirada se encontró con la de su padre y este le hizo un gesto interrogante, pero ella se apresuró a tranquilizarlo, asegurándose de que

permaneciera con sus amigos.

«No lo mires, no lo mires, no lo mires», se ordenaba una y otra vez. Lo había conseguido durante toda la dichosa cena, concentrándose en las más que probadas artes de seducción de Cross, y tuvo que reconocer que en un par de ocasiones estuvo tan ensimismada por sus evidentes encantos que en verdad se divirtió. No era que la hubiera hechizado. Ella no lo veía como un hombre, tan solo como un amigo muy apreciado al que le debía un favor muy grande, además, pero ese truhan encantador sí sabía cómo encandilar a una mujer; y comprender que sus muchos atractivos tampoco estaban destinados hacia ella, sino que eran una pantomima destinada a un miembro del público, la ayudó a relajarse y disfrutar.

—¿Lo estás pasando bien, *esposa*? —La joven dio un pequeño brinco al escuchar el filo cortante en aquella voz tan familiar. Cuando alzó la mirada, los ojos verdes la taladraban inmutables desde la silla de al lado, la de Dacross, y su postura indolente, con los brazos cruzados y la sonrisa algo cínica, la pusieron nerviosa al instante.

—¡Key! Qué casualidad encontrarte aquí esta noche.

—Sí, ¿verdad? —contestó con excesiva suavidad. ¿Lo sabría? ¿Lo imaginaría, tal vez? Quizá estaban siendo demasiados encuentros casuales. Echó una mirada alrededor, evitando aposta la mesa de él.

—¿Estás… solo? —preguntó con curiosidad. Su mirada se agudizó.

—No. —La parquedad de su respuesta debería haberla puesto a la defensiva, lo cual con seguridad era su intención. Solo que ella sabía con exactitud con quién había venido.

—Eso es bueno. Crobs dice que últimamente pasas mucho tiempo en casa. —La cara de incredulidad de su esposo era todo un poema.

—¿Comentas mi vida privada con el mayordomo? —El rostro femenino adquirió un intenso tono rosado que le llegó hasta el escote de ese atrevido vestido en forma de corazón.

—Claro que no. Tan solo surgió durante una conversación, nada más.

—Ya. Y, exactamente, ¿de qué estabais hablando mi mayordomo y tú para que salieran a relucir mis recientes hábitos sedentarios? —En ese momento parecía muy relajado, de hecho, cogió su cuchara y, metiéndola en la copa, recogió una fresa rodeada de la cremosa trufa y la suave mermelada. Mientras se la llevaba a la boca con la mirada fija en la suya no pudo evitar recordar aquel día en el que estuvieron inmersos en un increíble deleite sexual, donde también intervinieron otros factores exteriores, como el helado. Tragó saliva mientras observaba cómo se lamía los labios, preguntándose si él aún recordaría ese episodio. Cuando sus ojos se encontraron jadeó, la peligrosa e innegable pasión que brillaba en ellos le confirmó que sin lugar a dudas él estaba pensando en esa ocasión.

—Storn, qué sorpresa verle aquí. —Ronroneó una voz que vino a destruir el momento.

—Severn —fue todo lo que dijo mientras su mirada, de nuevo dura y sin las emociones que antes la embargaran, permanecía fija en la de su esposa.

—¿Va a acompañarnos? Aunque como puede apreciar prácticamente hemos terminado… aquí. —Lalla bajó la cabeza ante la evidente indirecta de que no pensaba volver a casa después de la cena. Keylan no se inmutó. Apoyó la cuchara con suavidad sobre el níveo mantel, que dejó una fea mancha rosada y se levantó con calma.

—Me temo que no. Yo aún no he disfrutado de mi postre. —Y tras esas palabras se marchó, sin dirigirle a su mujer la obligatoria reverencia que se esperaba, como claro insulto hacia lo que presuponía que le estaba haciendo. Helailla soltó un suspiro tembloroso mientras veía esa amplia espalda alejarse. No sabía cuánto tiempo podría seguir con aquella estratagema.

—Solo un poco más —susurró su amigo colocándole con disimulo la mano sobre el hombro, apretó ligeramente antes de soltarla y volver a su sitio. Aquella pareció ser la señal para que su padre se despidiera de sus amigos y regresara con ellos, su cara una máscara de alegría por la agradable noche que había pasado. Minutos más tarde los tres salían del restaurante, ajenos a la

mirada jade que los observaba atormentada, devorando esa figura esbelta y perfecta, esas líneas puras y tan sensuales, como un vagabundo que encuentra una moneda de oro en el suelo y la contempla, incrédulo sobre su buena suerte, pero incapaz de agacharse a recogerla.

La puerta se cerró con un golpe seco, ni fuerte ni muy flojo, aunque a Keylan le sonó bastante irritante de todos modos. Pero claro, ese insignificante detalle implicaba que su esposa volvía a marcharse todo el día en compañía de cierto caballero al que personalmente desearía no volver a ver jamás, y mucho menos cerca de ella, y él tendría que quedarse enclaustrado en casa, suspirando por los rincones, soñando con una vida que nunca iba a tener.

Con pasos cansados, y eso ya decía mucho de por sí, pues eran las nueve de la mañana, se acercó a la ventana y, con cuidado de no ser visto y humillarse aún más, atisbó los coches que esperaban en la entrada principal.

Los hombres se habían apeado y conversaban entre ellos mientras vigilaban a la pandilla de mocosos inquietos a los que también se les había permitido bajar, con seguridad para que desahogasen parte de esa inagotable fuente de energía que siempre tenían, ante el largo viaje que los esperaba hasta el circo que habían montado en las afueras de la ciudad. Era obvio, mientras correteaban entre los coches, por sus caritas arreboladas y sus risas fáciles, que estaban extasiados ante la idea de asistir al espectáculo de payasos y trapecistas, además de ver a los animales que hacían acrobacias.

Reskan pescó por el cuello de la camisa a uno de sus hijos en medio de una carrera, y con el puro entre los labios le bastó una mirada penetrante para que el muchacho encorvara los hombros y pidiera disculpas. De forma involuntaria el duque sonrió, pues la estampa del rey en esos momentos, con una de sus lustrosas botas apoyada en el eje del coche, con aquel cigarro entre los dientes, mientras conversaba muy animado con Briadan y Osian al tiempo que no les quitaba ojo a los chicos era incomparable.

También debió de parecerle así a Kana, que soltó una carcajada desde su asiento, ya que las señoras habían preferido permanecer en los coches. Reskan levantó una de sus rubias cejas un tanto ofendido por su intromisión y, cogiendo la mano de su mujer, tiró de ella hasta que consiguió sacar su cabeza y parte de su torso por la ventana abierta, y sin mediar palabra se apropió de su boca en un beso voraz y descarnadamente posesivo. Cuando terminó, un buen rato después, la cara de ambos expresaba necesidad de más, pero ninguna incomodidad por el montón de testigos nada silenciosos que había presenciado el interludio. De hecho, Kana sonrió a la audiencia, que aplaudía y vitoreaba con entusiasmo, incluidos los niños, e incluso miró con ansia a su marido cuando este le guiñó un ojo, prometiéndole una continuación, con toda seguridad cuando consiguieran quedarse solos.

Keylan respiraba con dificultad, las manos crispadas alrededor de la cortina, observando aquella escena de cariño como un hambriento devoraría el escaparate de una pastelería. Era tan dolorosamente obvio que esa pareja se amaba… que ellos disfrutaban sin restricciones de lo que él ansiaba con tanta desesperación en su matrimonio y nunca tendría…

En ese momento su esposa apareció en su ángulo de visión, bajando las escaleras con el porte de una princesa, con un abrigo largo blanco que dejaba ver algo de la falda de su vestido, del mismo color, pero cubierta con pequeñas ramitas verdes. El sombrero de ala ancha, perfecto para protegerla de los rayos del sol que, a pesar de las fechas en las que estaban, había decidido aparecer para celebrar ese día de circo, enmarcaba ese rostro perfecto que también mostraba los signos de excitación propios de los niños por la aventura del día. Por un momento, lamentó no acompañarlos y perderse esa expresión, pero cuando vio a Severn adelantarse para ir a recibirla y la sonrisa sincera con que ella le respondió antes de coger su brazo e ir a reunirse con los demás… No, para nada quería pasarse el día detrás de esos dos, como un perro faldero, teniendo que aguantar los continuos avances de aquel miserable en su inexorable contienda por los favores de su mujer.

Pero como el idiota masoquista que era, se quedó pegado al cristal hasta que todos estuvieron de nuevo acomodados en los carruajes y el último de ellos desapareció de su vista, de camino hacia un día plagado de eventos entretenidos, risas compartidas y amigable conversación.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, atravesó su dormitorio y se internó en el de ella. Por fortuna, las criadas aún no habían comenzado a limpiarlo y se encontraba vacío. Barrió la estancia con una mirada hambrienta, reparando en todos aquellos pequeños detalles que tanto echaba de menos –el cepillo con varios pelos largos rubios, el camisón color celeste que hacía refulgir sus ojos y dejaba tan poco a la imaginación tirado en la silla, la última novela romántica en la que ella estaba enfrascada sobre la mesilla, el lecho con las tentadoras sábanas de satén rosa que él había encargado y que ella ya sabía por qué…—. Y aun así dormía envuelta en ellas… pensó sorprendido. Como un sonámbulo se acercó a la cama deshecha y se sentó. Pasó la mano con deliberada lentitud por todo lo largo de esta, cerrando los ojos, casi sintiendo su presencia mientras el aroma a lavanda y melocotón entraba por sus fosas nasales con la fuerza de un huracán.

Estaba tan cansado. De sentirse un ermitaño, solo en su propia miseria, cuando tenía tanto y a tanta gente a su alrededor. No quería seguir viendo el mundo a través de los demás, como lo llevaba haciendo desde hacía años, quería vivir y quería hacerlo junto a la mujer que amaba. Porque estaba harto de contemplar cómo otro intentaba arrebatársela delante de sus narices. Hela era suya. Era su mujer ante los ojos de Dios y de los hombres, y ya era hora de que todos se enteraran. «Pero ¿y las pesadillas?», le recordó su conciencia. Se cogió la cabeza con las manos en un gesto desesperado. «Podré con ellas», se juró angustiado. Era eso o perderla para siempre, y dicha opción era impensable.

Se dejó caer en la cama de su mujer, rodeado por su olor, agobiado y acorralado. Y a pesar de todo se quedó dormido casi al instante, ya que hacía días que no descansaba, echando de menos algo que ese cuarto parecía

proporcionarle.

El miedo. El miedo paralizante lo sofocaba. Veía que ese monstruo de largas y afiladas garras apretaba el cuello de su madre, que gritaba aterrorizada pidiéndole auxilio mientras intentaba tragar aire con desesperación para seguir viviendo un poco más, pero esas zarpas horribles no le daban tregua y su cara se amorataba un poco más a cada segundo que pasaba. Miró espantado cómo los ojos empezaban a salírsele de las cuencas a la que antaño había sido una mujer deslumbrante, hermosa donde las hubiera.

En ese momento parecía… una muñeca fantasmal, su rostro púrpura deformado por el horror y la certeza de que iba a morir… El monstruo se giró para mirarlo y jadeó al contemplar esa cara demoníaca, esa sonrisa terrible, teñida por la locura, esos ojos malignos y sanguinarios, amarillos y rojos, y su risa… Se diría que venía del mismo infierno, cruel, desalmada y vengativa…

Escuchó los gritos femeninos como si los soñase. «¡Hijo… ayúdame… por favor, sálvame…!». Después, nada. Tan solo el ominoso silencio. Abrió los ojos que había cerrado en algún momento, cuando ya no pudo soportarlo más, y la estupefacción le impidió entender lo que estaba ocurriendo.

Se sintió mareado, asqueado, la bilis le subía por la garganta… Su madre estaba desmadejada en el suelo, morada, con la lengua colgando como un perro, los ojos fijos en él… Y eran sus manos, rígidas como barras de acero, las que se clavaban en los finos huesos de su garganta. Las que la habían matado. La sádica risa de su padre, inhumana, lo sobresaltó y cuando miró al lugar que él mismo ocupara antes lo vio allí, impertérrito mientras se solazaba en la imagen que ofrecía de manera brutal, salvaje y despiadada. Sus manos se tensaron involuntariamente.

—Por favor, milord… Vais… vais a… matarme… —Las sorprendentes palabras, puesto que en aquella habitación no había nadie aparte de su padre y él, lograron penetrar su ofuscada mente. Abrió los ojos de golpe y se vio a si

mismo apretando el cuello de la doncella personal de su esposa. De inmediato la soltó, y ella, escabulléndose de la cama con toda la rapidez de la que fue capaz, se dejó caer en el suelo, frotándose el cuello y aspirando con avidez en un intento por volver a respirar con normalidad. Keylan, desorientado, miraba el dormitorio con ojos vidriosos, reaccionando al fin a los muebles y los objetos, recordando dónde estaba y cómo había terminado allí.

—Por Dios, Soiria, lo siento mucho —dijo con voz quebrada, sin atreverse a bajar de la cama y comprobar el estado de la muchacha por si la aterrorizaba de nuevo—. ¿Estás… estás bien? —preguntó con obvia preocupación. Las lágrimas que corrían por el rostro de la joven eran una respuesta contundente, sin embargo, necesitaba escucharlo.

—Creo… que sí.

—Por todos los santos… Me acercaría para verificarlo, pero no creo que desees que lo haga, aunque te juro por mi vida que ahora no te haré daño, muchacha. —Su voz sonaba sofocada por su sentimiento de impotencia y un sufrimiento tan grande que hasta la joven pudo notarlo.

—Lo sé, Excelencia. —Él se atrevió a mirarla, con expresión escéptica.

—¿Seguro?

—La señora… —La joven se mordió el labio con indecisión, sin embargo, sabía que el duque y ella tenían que salvar ese episodio como fuera—. Yo vi sus moratones en Storncrass. —Los hombros del hombre se encorvaron como los de un viejo, y ella se apresuró a continuar—. Y ella me contó lo de las terribles pesadillas que lo aquejan y que pueden volverse peligrosas para las personas que estén cerca de usted.

—Así que mi esposa te habló de eso. —El sentimiento de traición estaba ahí, perfectamente audible.

—Ella no quería que yo creyese que le había pegado. —Su penetrante mirada verde recayó en ella y la criada tragó saliva.

—Yo nunca golpearía a mi mujer.

—Eso es lo que *milady* pretendía dejarme bien claro. —Se mantuvo callado

mucho rato. Al final suspiró, cansado.

—Si me acerco, ¿te asustarás? —Ella tan solo tardó un segundo en negar con la cabeza. A pesar de ello él anduvo muy despacio, y cuando llegó a su lado se arrodilló y la miró con dulzura—. ¿Puedo? —preguntó, señalando su cuello. Ante el gesto afirmativo alzó la mano y le levantó la cabeza. Cerró los ojos unos instantes cuando vio los feos moratones que ya empezaban a formarse en torno a su garganta, y con mucho cuidado los rozó con el dorso de los dedos —. ¿Te duele? —preguntó con suavidad.

—Apenas.

—Empeorará —vaticinó con voz dura.

—Soy una chica fuerte, señor. No se preocupe.

—Ya. Verás qué fuerte eres cuando además empiecen los rumores.

—No habrá ninguno, milord. Me cubriré bien con mis vestidos y con pañuelos, y en unos pocos días los cardenales habrán desaparecido. Nadie se enterará, ya lo verá. —La cara de absoluto asombro del hombre la terminó de tranquilizar.

—¿Tienes intención de ocultarlo?

—Pues claro. ¿Qué ganaríamos sacándolo a relucir? De hecho, sería muy lioso, pues se preguntarían qué estaba haciendo yo en cualquier habitación donde usted pudiera estar… descansando. —Con la rapidez de un rayo él entendió lo que quería decir. Solo tenía pesadillas cuando dormía, y la doncella de Hela en ninguna circunstancia debería encontrarse en su dormitorio. ¿Y qué podría aducir él? ¿Qué había entrado en el cuarto de su esposa porque la echaba de menos? Le extrañaba que la criada no le hubiese preguntado de manera directa qué hacía él durmiendo en la cama de su mujer.

—¿Ni siquiera vas a comentárselo a la duquesa? —Ella le miró con seriedad.

—No, Excelencia. De verdad, es mejor así. —No hacía falta que dijese nada más. Al fin y al cabo, era la doncella personal de su mujer. Sabía perfectamente que dormían en alcobas separadas, y casi con seguridad que no

se acostaban juntos, así que contarle que había estado cerca de la cama del señor no iba a ayudar mucho en su relación de pareja. Eso sin contar con que al omitir que había atacado de ese modo tan feroz a otra persona, la sirvienta entendía que le hacía otro favor.

—No tienes precio, Soiria —dijo apesadumbrado por su bondad.

—Señor, usted es un buen hombre, solo que demasiado atormentado. Pero un día su mente y su corazón sanarán, y entonces nada le impedirá ser feliz. —La joven se cubrió la boca y lo miró con los ojos agrandados por el horror, consciente de lo impropio de sus palabras—. Excelencia, le ruego que me perdone por ser tan impertinente… —Keylan la interrumpió con una carcajada.

—No, es lo mínimo que te debo por lo que te he hecho. No te inquietes. —Se dirigió a la puerta que conducía a su dormitorio, y con el picaporte en la mano se volvió hacia la menuda mujer. Ella seguía de pie, observándolo con aprensión—. Soiria, si necesitaras algo… cualquier cuidado… lo que sea… ¿me lo harás saber, por favor?

—Sí, milord. Se lo diré sin que la señora se entere. —Él asintió y cerró la puerta tras de sí.

Únicamente cuando estuvo solo en su habitación la realidad de lo que acababa de suceder le golpeó como un mazo en pleno plexo solar. Todas sus recientes expectativas de recuperar a su mujer y poder así forjar un futuro juntos se desvanecieron en el aire como un castillo de naipes. No podía, bajo ningún concepto, formar un matrimonio normal con Hela, y ella nunca aceptaría otra cosa, como estaba demostrando. Y eso solo le dejaba una alternativa. Cedérsela a Severn.

# Capítulo 19

Era Nochevieja. La última noche del año, una fiesta para comer copiosamente, beber en abundancia, y celebrar junto a los seres queridos el final de una etapa y el comienzo de un nuevo periodo, en que las personas volvían, una vez más, a plasmar todas sus esperanzas, todos sus sueños, todas sus ilusiones, mirando los meses venideros con obvia positividad, como si por el simple hecho de iniciar otro ciclo significara que todo fuese a ir mejor.

Helailla no se sentía tan optimista, sentada frente al piano, mientras machacaba las teclas del caro y fino instrumento, presa de la desazón y la tristeza. Por eso había elegido esa pieza, famosa por su melancolía, su desgarradora pasión que arrastraba a un clímax de dolor y agonía. Sabía que su audiencia la escuchaba extasiada. Después de la opípara cena, regada de los mejores vinos, que habían corrido por la mesa en excesiva cantidad, de las risas y el ambiente distendido, estaban con ese humor apropiado para descansar y colmar los sentidos con su música desenfrenada.

Y mientras sus manos se mantenían ocupadas desgranando las notas de la triste melodía, su mente quedaba libre para preguntarse, una y otra vez, por qué Keylan no había ido. Había aceptado la invitación de Kana y Res el día anterior, entonces ¿por qué no se había presentado? Sabía cuánto odiaba ella que pasara esas fechas tan señaladas solo… Claro que estaba presuponiendo mucho, se dijo malhumorada. Su marido siempre sería el Insaciable y, ya que ella lo mantenía a pan y agua, era lógico suponer que él buscara placer en

otros brazos…

El dolor fue rápido e intenso, aunque lo sofocó con celeridad, negándose a que la hiciera trizas. Al fin y al cabo, ella misma se lo había buscado. Podría haber aceptado las migajas de lo que él le ofrecía, verlo de vez en cuando, coincidir en algún acontecimiento social, disfrutar de unos cuantos deliciosos revolcones… En su lugar no tenía nada. Pero sabía que a la larga eso la destruiría, no era una mujer de medias tintas, sobre todo desde que se había enamorado de él. Lo quería todo y, si no, mejor perderlo, aunque aquello la matara. Quizá algún día podría deshacerse del embrujo que tenía sobre ella y volvería a fijarse en otro hombre, alguien a quien no le diese miedo querer. Y quizá los cerdos en verdad volaran.

Iriana suspiró con dramatismo. La palabra achispada se ajustaba bastante bien a lo que sentía en ese momento. Las mariposas que le revoloteaban en el estómago no tenían nada que ver con todo lo que había comido, y sí mucho con lo que había bebido. Pero había pensado que así lograría borrar la pena porque su hermano hubiera decidido no presentarse al final. Se lo había prometido, el muy maldito. El mismo día anterior, cuando regresaron del circo, él le había asegurado que estaría en la celebración. Echó un vistazo a tío Rodan y vio la misma expresión atormentada en sus ojos cuando se encontraron con los suyos, aunque duró solo un instante, porque de inmediato su expresión se despejó y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios mientras se bebía media copa de *whisky* y se reía de algo que le decía Alan. Dichoso Key, no se daba cuenta de que con su actitud no solo sufría él, sino todos cuantos lo querían.

Al pasar el lacayo con la bandeja de las bebidas, acaparó una copa de champán. Al fin y al cabo, era la noche perfecta para ahogar las penas, ¿no?, se preguntó escudriñando con la mirada su segundo foco de malhumor. No tuvo que buscar mucho porque, aunque le molestara reconocerlo, había sabido toda

la noche dónde se encontraba en cada momento. Y allí estaba Dare, tan endemoniadamente guapo, con su frac azul marino, su chaleco tan solo una tonalidad más clara y el alfiler que prendía su pañuelo con un gran diamante azul que completaba el atuendo. Dios, cómo se ajustaban esos pantalones a sus musculosos muslos, y la entallada chaqueta a sus enormes hombros… Y esa melena negra, de mechones tan suaves, formaba un marco perfecto para esos ojos azules… tan fieros y seductores… «¡No! Deja de pensar en eso», se regañó mientras se terminaba la copa. «Ese hombre no es para ti».

Uf, tanto alcohol empezaba a hacerle efecto. La sala le parecía demasiado pequeña y hacía muchísimo calor. Sentía… claustrofobia. Su mirada recayó en el precioso violín que Reskan le había regalado el día de Navidad y suspiró emocionada. Al rey le había faltado tiempo para buscar ese tesoro entre las tiendas más exclusivas de la capital, nada más enterarse de que era una gran aficionada de ese instrumento, y de que se había dejado olvidado el suyo en Storncrass. Se le iluminó el rostro, hacía días que no lo tocaba; aunque le decían que tenía un don, le daba vergüenza y por eso solo lo hacía cuando estaba sola. Y en esa casa era muy difícil estar solo.

Como Helailla se puso a encandilar a su público con otra melancólica melodía aprovechó que todos estaban pendientes de ella para coger su preciado Guarnerius y desaparecer por la puerta que daba al jardín. Mientras se dirigía de forma subrepticia hacia allí, actuando con absoluta normalidad, se detuvo un instante para agenciarse una botella de ese preciado líquido amarillo claro con esas burbujitas tan agradables, que se subían con tanta rapidez a la cabeza si no tenías cuidado…

Dariel entrecerró los ojos a la vez que inclinaba la cabeza mientras observaba absorto a esa tontita escaquearse de la fiesta por detrás de las cortinas que ocultaban la salida al exterior.

Por supuesto, llevaba toda la noche siendo plena y dolorosamente consciente

de ella, cada puñetero segundo, y estaba deseando que las malditas navidades terminaran para verse libre de su incómoda presencia, o se volvería loco de remate. Claro que entonces seguirían quedándole las dichosas clasecitas de defensa personal…

Lo que en realidad necesitaba era largarse de una buena vez, pero el maldito padre de Keylan había vuelto a esfumarse y no daba la cara por ningún lado. Y había prometido quedarse hasta que ese asunto estuviera zanjado. Diablos, era en extremo frustrante permanecer de brazos cruzados, esperando de manera indefinida un golpe que podía llegar desde cualquier dirección, y mientras tanto verse tentado por una muchacha de ojos verdes con una sonrisa deslumbrante y un cuerpo aún más… «Ya, basta. Con la cantidad de alcohol que has consumido para poder aguantar a su lado no necesitas pensamientos como ese, amigo».

Pero ahora a la diablilla se le había ocurrido algo. Se había hecho con una botella de champán y con el violín que le había regalado su primo –ese que se moría por escucharla tocar, aun cuando ella se negaba a hacerlo en público–, y entre tumbos y bonitas eses se había escurrido de la velada. ¿Para reunirse con alguien? se preguntó enderezándose de golpe en el asiento. Con un rápido vistazo se cercioró de que todos sus parientes estuvieran presentes, así como los pocos invitados que Kana había convocado esa noche, pero aun así no pudo quitarse esa sensación de desasosiego y, maldita fuera, sabía que no se quedaría tranquilo hasta que no averiguara lo que estaba tramando. Además, había conseguido picar su curiosidad, así que, despacio y de manera natural, se levantó y se escabulló por la misma puerta que ella había utilizado momentos antes.

Flexionó los hombros. Hacía frío y la joven lo sentiría aún más con la finísima creación sin apenas mangas que lucía para aquella ocasión, así que dudaba que su intención fuera quedarse en el exterior. Afiló la mirada cuando la luna iluminó un movimiento más allá, a su derecha, e instantes después pudo apreciar que el tono aguamarina del vestido se movía en el interior de la

terraza acristalada. Sonrió con petulancia. «Te tengo».

Al llegar a la galería se quedó inmóvil en la entrada, con la respiración atascada en la garganta y los ojos agrandados por la impresión. Dios, no estaba preparado para aquello, ningún hombre en ese mundo lo estaba, se temía. Porque la visión de aquella mujer con el pelo suelto, las voluminosas faldas subidas hasta las rodillas, mostrando unas sugestivas medias del mismo tono azul verdoso que el vestido… Parpadeó, por si todo ese maldito alcohol le estaba gastando una mala pasada, en cuyo caso debía admitir que no quería salir del penoso estado en el que se hallaba… Pero no, al volver a enfocar la mirada comprobó que la erótica imagen seguía ahí. Se había descalzado, y esas increíbles piernas estaban apoyadas en la mesita auxiliar, separadas e invitantes… Dios bendito, la muy… desgraciada se había desabrochado al menos tres de los minúsculos botoncitos del ajustadísimo y casi inexistente corpiño y, si antes esos pechos deliciosos apenas conseguían mantenerse dentro de la ropa, en ese momento se balanceaban de manera precaria sobre el borde y le hacían la boca agua.

Parecía… una putilla y no la damita que en verdad era. Y cuando cogió la botella por el cuello y bebió directamente, consiguiendo que parte del espumoso líquido cayera por su barbilla, resbalara después por su grácil garganta, y segundos después por su escote, para perderse en el valle entre sus senos, el «camarada» del conde se espabiló de golpe y se irguió, como siempre que ella andaba cerca. «Nada como una mujer bonita espatarrada en un sofá, medio desnuda y ligeramente borracha para que mi amigo exija las presentaciones oportunas», rezongó excitado y malhumorado a partes iguales.

Entonces la joven, sin variar la postura, dejó la botella en el suelo, y con aire ausente empezó a doblar y a estirar las articulaciones de las manos en una repetición de movimientos que denotaba su sobrada práctica evitando tendinitis y similares a largo plazo. Lo sabía porque había visto a sus hermanas y a Lalla realizar esos mismos ejercicios multitud de veces. Acto seguido cogió el arco, lo tensó, girando el tornillo en el sentido de las

manecillas del reloj y evitando que las cerdas quedaran demasiado tirantes, y después añadió la resina, deslizándola hacia arriba y hacia abajo varias veces. Al fin, colocó el violín casi horizontalmente, apoyando la base entre el hombro y el lado izquierdo de su barbilla, puso el pulgar en el mango y el resto de los dedos en el diapasón, sobre las cuerdas, y acercó el arco a la parte inferior de estas. Todos esos preliminares le sirvieron para reconocer que la muchacha sabía lo que se traía entre manos, ya que sus movimientos fueron precisos y en extremos correctos. Tan solo un levísimo suspiro le avisó antes de que la primera nota rasgara el aire.

Un momento más tarde reconoció la melodía, y un escalofrío de anticipación le recorrió la columna. Dios, esa canción no. No se trataba solo de que fuera una composición atormentada donde las hubiera, sino que la letra hablaba básicamente de la tristeza, la soledad y el amor no correspondido. Pero se quedó hipnotizado mientras ella, derrochando arte con un estilo refinado y apasionado a la vez, desbordaba la pequeña terraza de intensas emociones. Incluso miró los cristales, extrañado porque estos no comenzaran a temblar, como si aquella música exuberante y vibrante fuera a quebrarlos de un momento a otro. Entonces, entre las tormentosas emociones que lo asaltaban, le llegó la dulce y suave voz de la joven, y el impacto fue tan enorme que se sobresaltó, como si le hubiese golpeado un rayo. Y con su voz llegó la maldita letra, como si ella no lo estuviera martirizando ya lo suficiente…

—*La tristeza te aplasta el pecho, como una caja de latón que, quedándose sin aire, se arruga por el peso de un insoportable dolor… En ocasiones nuestras miradas se cruzan, y quiero ver algo que sé que no está ahí porque él es incapaz se sentir… Soledad es saber que nunca me rendiré porque yo puedo amar por los dos… que mientras quede una brizna de amor en mi corazón, seguiré…* —Dare cerró los ojos, en un intento inútil por evitar que aquellas palabras penetraran en su mente—. *No hay nada más triste que te niegues a responder a mis abrazos, aun sabiendo que necesitas de mis besos… Desear estar solo cuando estás rodeado de gente, eso es lo*

*verdaderamente triste… Escúchame...* —Sentía la sangre fluir con excesiva rapidez por sus venas. Quería que se callase, que aquella melodía tan sublime, tan privada e íntima, cesara. Y a la vez deseaba con toda su alma que no terminara jamás—. *Soledad es abrir los brazos con ansia, abarcar cuanto me rodea y no encontrarte nunca, a pesar de que siempre te esfuerzas por estar a mi lado… Tristeza es saber que no te tendré jamás… que no seré tuya nunca… Que, si fuese más valiente, si te dijera que te amo, no cambiaría nada… Aun así, tú huirías…* —La música iba en crescendo, al igual que los latidos de su corazón, mientras se comía con los ojos a la figura semivestida tirada en el sofá, la mismísima imagen de la lujuria, su cara con una expresión de abandono tal que al conde le estaba costando un triunfo no recorrer los pocos pasos que los separaban, hincar la rodilla en el cojín, y tumbarse sobre ella para aliviarse allí mismo. Dios, estaba deliciosa—. *La tristeza, la soledad y la desilusión te aplastan cuando comprendes que tu corazón ha elegido mal, que tienes que vivir con ese error… con su continua indiferencia… mostrándole una sonrisa falsa al mundo… Y a él… Es triste acordarse de momentos pasados y saber que nunca más se repetirán…* —El recuerdo de ambos cuando se besaron a la luz de la luna en una terraza similar a esa, con su lengua dentro de su boca cálida y acogedora, los desmayados brazos enredados en torno a su cuello, acariciando su pelo, y su insaciable sed de aprender, de tomar cuanto él le daba y de ofrecer también, aunque no supiese muy bien qué, vino para atormentarlo, motivado por sus palabras—. *Tristeza es simplemente el amor no correspondido…* —Apretó tanto los puños que temió quebrárselos. ¿Por qué no se callaba? ¡Tenía toda la vida por delante! En unas semanas cumpliría los dieciocho y disfrutaría de su tan ansiada presentación en sociedad, y entonces todos los jóvenes del país se postrarían a sus pies, rogándole su atención. Y él sabía lo que sentiría si tenía que presenciar eso. De repente se dio cuenta de que no solo había dejado de cantar, sino de que tampoco escuchaba el violín. La dulce agonía había terminado, al fin.

Iriana dejó que la reverberación de las últimas notas resbalara por su cuerpo, reflejando el ansia que la consumía, que no sabía cómo afrontar, pues desconocía su procedencia. Entonces todos sus músculos se tensaron, como las cuerdas de su violín. En el silencio de la noche pudo escuchar una respiración jadeante a su derecha, en la entrada de la terraza. Con el corazón en un puño giró despacio la cabeza hacia allí y dejó de respirar cuando comprobó a quién pertenecía.

Tenía que ser él, claro. El adonis moreno que la devoraba con aquella mirada ardiente y lasciva reflejaba la imagen misma del pecado, sin esa fachada de urbanidad y civismo que él se esforzaba por mostrarle al mundo. ¿Y por qué se la había quitado? ¿Por una canción? «Bueno, querida, quizá que te pavonees medio desnuda ha colaborado un poco, ¿no crees? A eso se le llama incitar a un hombre», se dijo con maldad mientras veía deslizarse esos seductores ojos por su casi inexistente escote. «Bien, pues estimúlalo más. Incluso tú, con tu inexperiencia y la pequeña cogorza que tienes, sabes que es ahora o nunca». Tragó saliva. Definitivamente era más fácil planificar la estrategia que lanzarse a la lucha. Dejó el violín a un lado y, agarrando la botella de nuevo, dio un significativo sorbo sin quitarle los ojos de encima a su presa, que aún no se había movido ni un milímetro de su sitio.

Dare simplemente no podía. Dudaba que hubiese sido capaz de hacerlo, aunque la casa hubiese empezado a arder en llamas. Escuchaba su propia respiración agitada, como si hubiera estado corriendo por el jardín, los nervios crispados, el corazón que le tronaba en los oídos, la piel le picaba como impulsándolo en silencio a que se acercara a ella, los dedos le cosquilleaban de las ganas que tenía de tocarla. De hecho, se encontró frotándose las yemas de forma inconsciente… Tenía que salir de la terraza de inmediato, lo sabía, pero sus pies se negaron a obedecerlo, y se mantuvo allí plantado, saboreando la visión de aquella impúdica muchacha que lo miraba con innegable avidez. Y deseo.

Así que cuando terminó de beber y alzando la botella hacia él levantó una de

sus primorosas cejas, en claro reto, sus traicioneras piernas se movieron por voluntad propia hasta quedar a escasos centímetros y, cogiendo la maldita botella, le dio un inmenso trago, queriendo ahogarse en ella o en los sobrecogedores ojos de la joven, que no paraban de recorrerlo de arriba abajo con un descaro absoluto mientras él bebía. Por supuesto, su pene se inflamó aún más ante aquel interés y, cómo no, ella lo notó, porque su mirada se detuvo allí y sus ojos se agrandaron, con obvia fascinación.

Extendió su pequeña mano hacia delante y lo rozó. Dare gimió, desesperado, alarmado y estupefacto de que hubiera hecho una cosa así. Dios, esa descarada tenía ganas de jugar fuerte y, si lo permitía, con toda probabilidad terminarían en la cama; ella, perdiendo su tan preciada virginidad y él, disfrutando de una de las mejores noches de su vida. Y con los grilletes del matrimonio fuertemente apretados. Endureció la mandíbula. ¿Ese era su truco? ¿Acostarse con él para obligarlo a casarse con ella? Porque de ser así había elegido el decorado y la puesta en escena con suma maestría. Pero le dolía pensar que aquella jovencita en particular pudiera ser tan taimada. Observó sus mejillas coloreadas, los rápidos parpadeos de sus tupidas pestañas y cómo en ocasiones entrecerraba los ojos, en un intento por enfocar la vista, lo que demostraba que estaba bastante achispada. Suspiró con pesadez; como él, había bebido bastante más de la cuenta durante toda la noche, precisamente para olvidarse de esa fémina que tenía a su lado, pero no había resultado. Y por supuesto no lo haría mientras ella tanteara el duro bulto de sus pantalones con su inexperta e inocente manita que tanto lo estaba excitando.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, colocó la mano en su rodilla, cubierta por aquella media azul verdoso, y la fue deslizando hacia arriba por su muslo, arrastrando el vestido en el proceso. Los ojos verdes se oscurecieron, y la punta de aquella lengua tentadora surgió para atormentarlo mientras se lamía los carnosos labios. Sintió un clamor sordo en la ingle, cómo la sangre se le agolpaba en aquella parte y reclamaba más atención que la leve caricia de ella. E Iriana de forma instintiva lo supo, porque su mano se cerró en torno a

aquella gran hinchazón y, aferrándolo con fuerza, le arrancó un gemido de placer. Dios, sería capaz de correrse solo con unos cuantos apretones de esos, pensó consternado.

Sin razonar lo que hacía siguió ascendiendo por su pierna hasta que llegó a donde quería. Cuando dejó al descubierto su pubis, oscuro y misterioso, los cortos rizos tan seductores, tragó saliva y notó que le temblaba la mano, maldita fuera su estampa. Parecía un jovenzuelo en su primera incursión en el sexo, pero ella era tan sublime… Con cuidado rozó sus pétalos, y sonrió con suficiencia cuando se sobresaltó ante el inesperado contacto. Aunque la sonrisa se le borró de golpe cuando empezó a luchar con los botones de su pantalón en respuesta a sus expertas caricias, mientras sus embelesadores maullidos llenaban la estancia. Intentó apartarse, sin embargo, ella lo agarró por las nalgas para impedírselo. El asombro se reflejó en sus ojos azules cuando cruzó su mirada con la suya.

—Para —exigió con los dientes apretados mientras con la mano libre cogía la suya para evitar que cumpliera su propósito.

—No —se negó con contundencia a la vez que redoblaba sus esfuerzos por soltarse de su tenaza y seguir desnudándolo.

—Basta… —Por fin comprendió que, si él estaba decidido, no podría superar su fuerza, por lo que se dio por vencida. Dariel respiró aliviado, aunque la decepción pugnaba en su interior, pero se limitó a aplastarla sin piedad. Se dio la vuelta y se pasó la mano por el pelo, presa de la frustración. Atisbó la botella de champán medio vacía sobre la mesita y, recogiéndola con gesto frustrado, acabó el contenido de un solo trago. No era que terminar de emborracharse fuera lo que más le convenía en esos momentos, con aquella descarada todavía en la misma habitación que él, pero necesitaba algún reconstituyente para tener el valor de alejarse de ella y, si ese líquido espumoso era lo único con lo que contaba, bienvenido fuera.

—Dare. —La palabra, como seda líquida, se filtró por sus venas como el mejor *whisky* y lo embriagó de forma más efectiva que un litro de ese

excelente licor.

Se giró para encararla, dispuesto a soltarle un sermón sobre los incontables peligros de coquetear con un hombre. Quizá el siguiente con quien lo intentara no se comportaría tan caballerosamente como él… La imagen de una apasionada Iria que toqueteaba y se dejaba toquetear por otro que no fuera él lo puso furioso, y el reconocimiento de los negros celos no hizo mucho por mejorar su inestable humor. Cuando se enfrentó a ella, sin embargo, y la observó deshacerse de otros cuantos botoncillos de su corpiño para acto seguido sacarse con ambas manos los senos y exponerlos a sus hambrientos ojos, tanto el malhumor como las palabras de amonestación se le atascaron en la garganta, al igual que el aire de sus pulmones, que se quedaron vacíos, como si le hubiesen propinado un puñetazo en pleno estómago. De hecho, no se habría quedado tan conmocionado de haberlo apaleado. Tenía unos senos deliciosos, de un tamaño perfecto para que sus manos pudieran abarcarlos, eran firmes y orgullosos, con unas areolas grandes de un suave color rosado que le hicieron la boca agua en cuestión de segundos, y le pusieron el garrote más duro que nunca en su vida. Le faltó poco para hincarse de rodillas y lamérselos en ese instante. Suplicaría si era necesario.

—Por Dios bendito. ¿Qué estás haciendo? —musitó en un hilo de voz sin apartar la vista de esos jugosos melocotones. Iriana estaba sobrecogida por su escandalosa conducta, pero había sido consciente de su repentina retirada y, si quería gozar de aquel hombre esa noche, hasta ella sabía que tenía que tentarlo con algo verdaderamente impactante o lo perdería, así que nada de remilgos se dijo, y agradeció la ingente cantidad de alcohol que se había metido entre pecho y espalda, que en ese momento le servía para infundirse ánimos.

—Seducirte. —Eliminó los pocos pasos que los separaban y le ofreció aquel par de incentivos en bandeja. Como un sonámbulo el conde se vio a sí mismo cogerlos con sus manos, masajearlos, pellizcar esos impúdicos pezones que se tensaron de inmediato y se convirtieron en sendas perlas entre sus dedos codiciosos…… Gimió en voz alta, deseando probarlos. Se inclinó para

chuparlos, pero entonces ella se retiró. La miró enfadado—. Este sitio es demasiado público. —Como un idiota miró por encima de su hombro hacia donde ella señalaba y comprobó que tenía razón. Cualquiera podía verlos desde la zona del jardín por la que ellos habían llegado. Sus siguientes palabras le hicieron volver la cabeza con lentitud—. ¿Vamos a tu habitación? —El hombre inspiró con fuerza, intentando aplacar el clamor de su corazón y de otra parte de su anatomía.

—¿Sabes lo que estás sugiriendo?

—Sé lo que te estoy ofreciendo, Dare. —Oyó el rechinar de sus propios dientes al escuchar su nombre saliendo de esos labios.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

—Eso es obvio. Porque te deseo. —Su pene saltó dentro de sus pantalones ante esa verdad sin reservas.

—No tan obvio. Estás borracha. Como yo. Esto es una locura. —Pero sus manos seguían sobre sus senos, acariciándolos de forma distraída, y ella jugó sucio o la partida terminaría ahí. Cogió su cabeza con las dos manos y sin mucho esfuerzo lo obligó a bajarla hasta ellos. Los lamió con presteza, absorto en la tarea, e Iriana dejó salir de entre sus labios un largo gemido cuando el placer más absoluto la atravesó hasta los dedos de los pies. La lengua de él, feroz e incansable, estuvo a punto de volverla loca una y otra vez durante incontables minutos, alternando entre el más sublime gozo y el más terrible dolor. Quería más, mucho más de ese hombre, pero no sabía cómo obtenerlo sin alejarlo.

—Por favor… me duele, Dare… —Él alzó la cabeza y vio en aquellos pozos sin fondo color esmeralda su sufrimiento, su necesidad, que casi igualaba la suya propia. Podía satisfacerla, proporcionarle un orgasmo que la dejaría desmadejada y complacida, pero él quedaría como unos zorros, ansiándola con desesperación. Podía vivir con eso, se dijo mientras su camarada protestaba frustrado, apretando la tela de sus pantalones mientras amenazaba con reventarlos. Entonces ella volvió a acariciarlo, apretando su

carne entumecida, que ronroneó aliviada—. Te necesito —le suplicó.

—Puedo… —intentó.

—No —adivinó ella—. Lo quiero todo, todo lo que tienes para ofrecerme. Solo una vez, por favor, Dare… —¿Cómo lo sabía ella? ¿Acaso no era inocente como él pensaba? Una vez más la joven pareció leer sus pensamientos, porque un intenso rubor cubrió sus mejillas mientras se explicaba—. Mis amigas han reunido cierta información sobre… el acto, y sé que puedes darme… placer sin culminarlo, pero también sé que no es eso lo que quiero. Deseo unirme a ti de la única manera en que un hombre y una mujer pueden formar un solo ser. Quiero ser tuya.

Y aquella simple afirmación lo venció. De repente, ella solo fue consciente de su mirada salvaje, violenta y cargada de deseo, y un instante después estaba en sus brazos y él se movía con la gracia de una pantera al atravesar la terraza en dirección a la otra puerta, por la que se accedía al interior de la casa. Minutos después se encontraban frente a su propio dormitorio, y el súbito temor de que hubiese cambiado de opinión le paró el corazón, pero su mirada ardiente le dijo que no era el caso. Se relajó contra su hombro, allí, en la planta superior, los ruidos de la fiesta habían dejado paso al silencio más absoluto y la intimidad que tanto precisaban. Haciendo equilibrio, Dariel abrió la puerta y cuando atravesó el umbral la cerró de una suave patada. Sus ojos, brillantes aun a pesar de la oscuridad del cuarto, en el que solo las llamas anaranjadas del fuego de la chimenea aportaban cierta luz, permanecían fijos en los suyos, abrasándola con su mirada feroz y sin embargo contenida.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Iriana pensó en su respuesta a pesar del hormigueo que sentía en todo su cuerpo, a pesar de la ingente cantidad de alcohol que recorría sus venas libremente, a pesar de haber soñado con ese momento infinidad de veces durante meses, a pesar de cuánto le había costado convencerlo para llegar a

ese punto exacto. Lo pensó por todo lo que arriesgaba en su jugada, y por la posible reacción de él cuando aquello acabara.

Y la conclusión fue la misma.

—Enséñame lo que significa ser tu mujer, Dare. —Los ojos azules se oscurecieron, los músculos que la sujetaban con tanto cuidado se tensaron en clara respuesta al desafío. Su fama como soberbio amante era legendaria, allí y en su país, y los cotilleos que fluían en cada salón y acto al que asistía ampliaban su historial, pues nunca salía de allí solo. Y en unos momentos ella iba a descubrir de primera mano qué se sentía entre los brazos de ese consumado mujeriego, al que empezaron a interesarle las faldas con trece años y, con veintinueve, no había menguado ni un ápice su fascinación por ellas y, lo que era más importante, su voluntad por complacerlas. Sintió un escalofrío de anticipación. Él frunció el ceño.

—¿Tienes frío?

—No. Ganas de empezar. —Al principio el entrecejo permaneció ahí, como si se debatiera consigo mismo, aunque tras una ojeada a sus pechos, desnudos y expuestos, una lenta sonrisa se perfiló en sus hermosos labios.

—Eres una pequeña desvergonzada.

—Lo intento, de veras. —La carcajada masculina le supo a gloria. Incluso mitigó un tanto el sofoco de comportarse como una descarada, pero sabía que con mojigaterías no iba a conseguir que ese hombretón la desvirgara esa noche. Ay, Dios, ¿de verdad iba a permitir que Dare le robara la honra? «No pienses, no pienses, limítate a sentir».

Él la hizo resbalar hasta el suelo, permitiendo que sus cuerpos se rozaran en el proceso. Qué sensación tan deliciosa… Sin dejar de mirarla deslizó sus manos por sus hombros y arrastró las minúsculas manguitas hacia abajo, y con ellas la parte superior del vestido, que descansó desmayado sobre sus acogedoras caderas. Un par de botones por aquí, un par de tirones por allá, y la prenda cayó de forma irremediable al suelo y formó un charco azul verdoso a sus pies. Mientras ella se perdía en sus ojos, que le transmitían tantas cosas

prohibidas hasta ese momento, las enaguas siguieron el mismo camino. Tan solo cuando él le ofreció la mano para que saliera de la pequeña montaña de ropas que tenía esparcida a su alrededor, como un capullo de color, se dio cuenta de lo poco vestida que estaba ya. Tan solo el corsé, las medias y la camisola protegían su cuerpo de la mirada lasciva y voraz de aquel seductor… completamente vestido, por cierto. Alargó la mano hacia su pañuelo, no obstante, él se la apartó con delicadeza.

—Aún no.

—Pero… —protestó, incapaz de hilvanar las palabras para decirle que se sentía demasiado expuesta en ropa interior mientras que él no se había quitado nada.

—Me desvestiré en un momento, te lo prometo. —Sin darle tiempo para pensarlo la hizo dar la vuelta y, encargándose con absoluta eficiencia y pasmosa rapidez de su corsé, la liberó de la constreñida prenda. Después, y siempre por detrás de ella, se arrodilló a su lado y, mientras besaba sus nalgas a través de la camisola, soltó su liga y le bajó la media, dejando un reguero de besos húmedos por su muslo y su pierna. Repitió la operación con la otra media y, completada la tarea, después de un último y devastador beso en el sensible hueco de su rodilla, se levantó. La había dejado tan solo con la camisola, la cual, como pudo imaginar por la descarada y hambrienta mirada de Dare, no debía ocultar nada. En efecto, el diáfano tejido no servía para cubrir ese magnífico cuerpo, sobre todo cuando las llamas de la chimenea revelaban lo que la tela creía ocultar, esa cintura estrecha, esos muslos perfectos y esos rizos oscuros y tentadores que lo llamaban como el canto de una sirena—. Dios, eres perfecta. Pero quiero verlo todo —exigió con voz ronca.

Iriana titubeó, consciente de que ese era el momento de echarse atrás, el único del que dispondría. Estaba loca si pensaba regalarle su virginidad a un hombre sin estar casada con él y sin esperar una proposición por su parte después. Pero ella confiaba en que Dare se le declarase en algún momento…

¿Verdad? Sabía que se sentía enormemente atraído por ella, de ahí que estuviesen en esa situación. Solo que él no era de los que se casaban, y necesitaba tiempo… «Deja de darle vueltas a este maldito asunto, tonta, o se te va a enfriar el semental y adiós a tu gran noche con él».

Cogió aire como si fuese a sumergirse en las heladas aguas del Orian y, con un fluido movimiento del que cualquier cortesana se habría sentido envidiosa, se deshizo de la camisola y se quedó allí plantada, como Dios la trajo al mundo, frente al hombre más irresistible que había conocido, que la contemplaba absorto, ataviado con montones de ropa. Tragó saliva.

Dariel también, incapaz de apartar la mirada de ese cuerpo absolutamente arrebatador, ni siquiera el tiempo suficiente para parpadear. Era… exquisita, exuberante, abrumadora.

La tentación de cogerla en brazos, tirarla sobre la cama y embestirla sin más para correrse con unas pocas acometidas lo sofocó. Y ahí se iba su fama de conquistador y amante consumado, igual que el agua se escurría por un desagüe, pensó conteniendo una maldición.

—¿Te… parezco bien? —preguntó con un hilo de voz la joven. El conde se limitó a mirarla fijo. ¿Parecerle bien? Jesús bendito, era la mujer más hermosa, deseable y divina que hubiera conocido jamás, pero no sabía cómo expresarlo en palabras para borrar esa expresión de vulnerabilidad que le llegaba al alma.

—Cariño, no hay una mujer en este mundo que pueda superar tu físico. Si hubiese sabido con exactitud lo que ocultaban tus vestidos, habría caído rendido a tus pies hace muchísimo tiempo. —La miró con todo el deseo contenido desde hacía semanas, sin ocultarle nada de sus necesidades. Dejó que lo viera todo, esperando que no se asustara, rezando para que no cambiara de opinión. Porque una vez que se había embebido en ese cuerpo sublime estaba seguro de que no podría echarse atrás—. Espero que tengas claro lo que va a ocurrir, gitana, porque ya nadie podrá salvarte de mí —prometió con una mirada salvaje. Ella se estremeció, no supo si de miedo o de anticipación,

pero solo una frase salió de sus labios y no era la que él esperaba.

—Estás tardando demasiado en enseñarme lo tuyo. —Y con un gesto altanero de su mano señaló su cuerpo, todavía cubierto del cuello a los pies por la ropa de gala. Dare bufó, mitad sorprendido mitad excitado por su continua actitud descocada, sin embargo, hizo lo que le pedía. Y, mientras ella trepaba a la cama y se sentaba con las piernas recogidas en actitud expectante, se deshizo de la chaqueta, que tiró de forma descuidada sobre una silla. Sin dejar de observarla en ningún momento, comenzó a desabrocharse los botones del chaleco.

—Podrías hacerlo tú, ¿sabes? —sugirió con voz ronca a la vez que recorría su cuerpo con descaro. La idea pareció engatusarla durante unos segundos, sobre todo cuando se quitó el chaleco y los ojos se le abrieron, curiosos.

—Me parece que no. La vista es mucho mejor desde aquí.

—Qué lástima —susurró él, pensando en cuánto le gustaría estar lamiendo esos pechos mientras ella lo desvestía despacio. Aunque quizá fuera mejor no tenerla cerca. Si no, con toda probabilidad terminaría tomándola antes de llegar a la cama… y de acabar de desnudarse. Colocó el alfiler sobre la cómoda y, después de deshacerse el nudo del pañuelo, lo lanzó sobre la misma silla donde estaba reuniendo sus ropas. No tardó mucho en desembarazarse de la camisa para mostrarle un hercúleo torso repleto de músculos allá donde se mirase. «Ay dios, ay Dios, ay Dios», pensó Iriana mientras dejaba vagar la mirada por esos pectorales fuertes y bien definidos, y después por los abdominales marcados y duramente trabajados, esculpidos a la perfección, como pequeños ladrillos. Y suponía que aún le quedaba lo mejor…

Cuando se llevó las manos a la cinturilla del pantalón contuvo el aliento, expectante, y cuando en un mismo movimiento se los quitó junto a la ropa interior, los zapatos y los calcetines, y luego se incorporó con tan solo una sonrisa lobuna como único complemento a su esplendorosa desnudez, esa misma respiración se le atascó en la garganta al contemplar asombrada su enhiesto miembro viril, tan descarado como su dueño, que salía de entre esos

rizos negros tan sugerentes. Dios bendito, era inmenso, tan grueso y largo como… un gran calabacín, se le ocurrió con una pequeña risita histérica. ¿Seguro que *eso* tenía que entrar en su…? Lo miró horrorizada. Con toda seguridad no había entendido bien a sus amigas, se convenció mientras veía cómo seguía creciendo ante su detenido examen. Él comenzó a acercarse, y ella retrocedió por instinto en la cama sin perder ni un momento de vista *esa cosa*. Dare se detuvo en el acto, con el ceño fruncido.

—¿Te has echado atrás? —preguntó con obvio disgusto, pero dejando abierta esa alternativa para que la cogiera si lo deseaba, a pesar de haberlo negado con anterioridad. Ella levantó la vista hasta sus ojos e inspiró con fuerza, intentando reunir algo de coraje.

—No… no. Es solo que…

—¿Te asusta mi miembro? —quiso saber mientras se lo cogía con una mano y empezaba a acariciárselo de manera lenta y provocativa, repasando todo su cuerpo a la vez. Iriana jadeó ante esa perversidad que, siendo sincera, le encantó.

—Es muy grande, Dare —admitió con un susurro estrangulado.

—Eso dicen —afirmó con una sonrisilla traviesa—. Pero he conseguido satisfacer a todas las mujeres a las que he hecho el amor. Claro que ninguna era virgen. Pero, si me esmero mucho, estoy seguro de que también podré contigo. —Los labios femeninos se curvaron al fin, sabiendo que se estaba riendo de ella.

—Soy una tonta, ¿no?

—Por supuesto que no. Eres una mujer inexperta y muy, muy inocente. Y yo voy a encargarme de corromperte para que no quede ningún tipo de dudas de que mi lugar en el mundo es el mismísimo epicentro del infierno. Pero ya no hay nada ni nadie en este mundo que pueda detenerme de poseerte —prometió mientras llegaba a su lado, y cogiéndola por la cintura conseguía ponerla de rodillas sobre el colchón; dejándola a la misma altura que él, la abrazó con fuerza y fundió su boca con la de ella en el beso más sublime que jamás

hubiera soñado.

La sensación de piel contra piel, sin ningún tipo de restricciones, fue indescriptible. El calor que emanaba aquel cuerpo hecho de acero y músculos la abrasaba de una forma tan deliciosa que pensó que se derretiría en unos minutos. Claro que, si no se fundía por eso, acabaría haciéndolo por las cosas escandalosas que le estaba realizando a cada una de las zonas erógenas de su anatomía. Sus manos acariciaban con impudicia sus pechos necesitados, retorciendo sus pezones con sus diestros dedos hasta hacerla gemir pidiendo más; su boca lamía con voracidad todo aquello que sus manos abandonaban, calmando la angustiada carne con lametones lentos y largos, para luego de nuevo volverla loca con sus diabólicos dientes, que marcaban la piel y mordisqueaban sin piedad los trémulos pezones que, convertidos en dos diminutos guijarros, estaban rojos e irritados. Entonces esa lengua diestra y malévola se acercaba otra vez y, metiéndose la areola entera en la boca, la succionaba con fuerza, y el mundo se perdía de vista, para quedar solo ese increíble placer para sentir, para gozar.

—Oh, Dios… —susurró sin fuerzas. Él levantó la cabeza, y la forma en que la miró casi consiguió que saliera huyendo de la habitación. Jamás había contemplado tanta hambre, voracidad y deseo insatisfecho en la expresión de un hombre. Y era ella, la sencilla e ingenua Iriana, la que provocaba aquellas emociones a ese estupendo espécimen. El miedo se evaporó y lo sustituyó una nueva confianza. Dare miraba a aquella criatura exquisita con su larga melena negra; su piel de alabastro cubierta de un delicioso tono rosado; los endiablados ojos esmeralda, rasgados como los de una gata, brillantes de pasión y solo un poco entrecerrados, mientras disfrutaba de lo que le estaba haciendo; los suaves y voluptuosos labios entreabiertos, invitantes. Y al bajar la vista contempló con descaro los hermosos senos que llevaba un rato saboreando, con los pezones contraídos por sus besos y sus caricias, y sintió que, si prolongaba aquella dulce tortura mucho más, su rígido falo, ya terriblemente congestionado, con seguridad estallaría.

—¿Te gusta, gitana? —preguntó con voz pesada y ronca. La mujer pensó en mentir, por miedo a que la considerase una desvergonzada. ¿Pero qué sacaría con eso? Entonces quizá dejaría de hacérselo y se limitaría a obtener su propio placer. Suspiró.

—Mucho. —La suave carcajada en su oído le confirmó que había hecho bien siendo sincera.

—Me alegro porque tengo la firme intención de hacerte gozar intensamente durante las próximas horas, cielo. —Ella abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Horas? —La sonrisa presuntuosa de su compañero le envió escalofríos por todo el cuerpo.

—No creerás que me he ganado mi reputación por nada, ¿verdad? —preguntó con suavidad—. Y hablando de firmeza, hay una parte de mi cuerpo que también reclama cierta atención, bonita. —Por supuesto, la joven lo miró sin entender. Hasta que le cogió la mano y se la plantó sin más en su tiesa verga. Entonces sí que comprendió. Y, antes de que pudiese preguntar qué diantres tenía que hacer con esa cosa entre las manos, él se lo mostró de manera muy gráfica. En realidad, era lo que le había visto hacer un rato antes, y observar cuánto disfrutaba con su simple contacto en esa parte de su cuerpo la excito más que cualquier otra cosa que le hubiese hecho hasta el momento. Intensificando el apretón en torno a su miembro, sintió cómo crecía entre sus dedos en respuesta. Empezó a respirar más fuerte, en consonancia con los movimientos, los cuales aumentó de ritmo. Dariel jadeaba también, la mirada fija en ese puño que subía y bajaba por toda la longitud de su polla mientras sus caderas se movían al compás que ella marcaba. Alzó las manos para acariciarle los pechos como un sonámbulo, la cara congestionada, intentando evitar correrse de gusto en aquel momento…—. Para —susurró con la voz cargada de pasión—. Para, ahora, o no podré evitar verterme… —Aferró su mano con fuerza y se la puso tras la espalda. Después reclamó su boca en un beso tan desenfrenado y posesivo que ella estuvo a punto de marearse, y no

solo por todo aquel champán que aún recorría sus venas con libertad. Oh, necesitaba algo… y no sabía qué, pero tenía unas irrefrenables ganas de apretar los muslos con fuerza para mitigar el dolor sordo que sentía allí abajo. Advirtió que la levantaba como si apenas pesara más que una pluma y, tumbándola en el centro de la cama, se colocaba sobre ella después. Sentir todo el peso de un hombre como aquel debería haberla asustado, incomodado como mínimo, sin embargo, fue absolutamente delicioso. Una rodilla se instaló entre sus piernas e hizo palanca para abrírselas. «Ha llegado el momento», pensó entre eufórica y aterrada. Pero entonces notó la masculina mano entre sus cuerpos y cómo esta hurgaba con extrema delicadeza entre sus pliegues femeninos para arrancar pequeños suspiros de placer por su parte mientras sus bocas seguían con su duelo particular. Los dedos siguieron indagando hasta que tocaron su clítoris, que estaba hinchado, y se concentraron en ese punto y… Oh, señor, aquello sí que fue bueno. Los gemidos no se hicieron esperar, y las caderas femeninas se alzaron, ansiosas por encontrarse con esa mano que sabía hacer magia con sus toques suaves y… las embestidas profundas del largo dedo que se enterró en su vagina de repente. Iriana gritó, y Dare se bebió ese pequeño alarido con su boca, agarrotado de la pura necesidad de poseerla. Abandonó sus labios para perderse en los paraísos terrenales de sus pechos, intentando olvidar la increíble cueva estrecha, caliente y húmeda que le succionaba el dedo, en la que ansiaba entrar con violencia desmedida desde hacía un buen rato. «Tranquilo, "camarada". Ella es inexperta, a pesar de lo descarada y seductora que nos parezca. Hay que ser suaves. Tenemos que seducirla». «¿Seducirla?», le gritó su miembro desesperado. «¿Acaso no te das cuenta de que esta hechicera nos ha conquistado en cuanto se desabrochó el primer botón?». El conde bufó, por supuesto que sí. Hacía tiempo que estaba perdido, muchísimo antes de lo del botón. Pero con todo aún no estaba preparada. Le introdujo otro dedo por el húmedo canal, y con el pulgar siguió acariciando el centro neurálgico de su placer femenino, sintiéndose feliz de escucharla gemir una y otra vez, y de verla retorcerse con frenesí contra su

mano.

—Oh, sí, por favor… Dare… Te lo… suplico…

—¿Sí, gitana? —preguntó levantando la cabeza de sus pechos—. ¿Necesitas algo… más? —Iriana no sabía qué era, pero sí era consciente de que lo precisaba ya. La tensión que sentía entre los muslos era extrema, y el dolor y el placer se entremezclaban de manera difusa, confundiéndola.

—¡Sí! ¡Haz el favor de dármelo! ¡Ya! —Dariel se rio, encantado con la actitud desesperada de la joven—. ¡Maldito seas, hazme el amor ahora! —Él acercó su rostro al de ella, y entonces pudo apreciar que estaba desencajado por la pasión, así como por el evidente esfuerzo que hacía para controlarse.

—Aún no, preciosa. No estás lista. Pero te prometo que voy a hacer que lo estés en un periquete. —Antes de que pudiese protestar se arrodilló entre sus piernas y para gran decepción de la joven sacó sus dedos de su interior. Sin poder evitarlo sus caderas se alzaron, como pidiendo que esos dedos traidores volvieran a su sitio. Dare sonrió malévolo y entonces, sin desviar sus ojos azules de los esmeralda de ella, se inclinó y hundió la cara en su sexo. Iriana jadeó esa vez y hundió las caderas en el colchón, en un intento por evitar ese desconcertante contacto.

—¿Qué estás haciendo? —gritó desesperada. Lo cogió del pelo y tiró con fuerza para que la soltara, pero él ya había olido el aroma de su pubis y estaba embriagado, y por nada del mundo iba a cejar en su empeño de satisfacerla de ese modo. Así que le sujetó ambas manos con una de las suyas por encima de su cabeza, con la otra le abrió bien los labios vaginales y atacó sin misericordia el pequeño capullo rosa que, aunque ella no lo supiera, suspiraba porque lo besara. La mujer se tensó como las cuerdas de su amado violín, sin embargo, él siguió chupando y lamiendo esa tierna e inexplorada carne, incluso le regaló pequeños mordiscos a esa perla de incalculable valor. Sentía cómo ella iba derritiéndose a su alrededor. De hecho, el agarre de sus manos hacía un rato que ya no era necesario porque había dejado de forcejear, así que con lentitud fue deslizando las yemas de los dedos por esos temblorosos

brazos hasta los perfectos globos que lo volvían loco y los acarició con deleite. Estaba tan caliente que ya sí que no podía esperar, pero tenía que conseguir que se corriera antes de penetrarla. Sintió que las pequeñas manos le cogían la cabeza; enredándose en su pelo, lo obligaba a apretarse más contra aquel sexo delicioso y abrumadoramente caliente, y estuvo a punto de perder el control. Su lengua encontró esa entrada que tanto necesitaba otra parte de su anatomía y la embistió con fuerza, entrando y saliendo una y otra vez mientras la masturbaba con el pulgar y le frotaba el pezón endurecido de uno de sus pechos. Visualizó en su mente la provocativa escena y sintió que una gota de semen escapaba de la punta de su henchida verga. Maldición, estaba al límite. Por fortuna, Iriana se tensó y con un grito celestial disfrutó del primer orgasmo de su vida. Los espasmos que la atravesaron apresaron la lengua del conde, que se negó a sacarla hasta que la marea bajara y, cerrando los ojos con fuerza, aguantó como un campeón, sintiendo un sudor frío por toda la espalda. Cuando se quedó laxa y al fin se incorporó para observar la imagen de ella despatarrada sobre las sábanas de seda de color marfil, una incontrolable ternura se apoderó de él. Con dedos trémulos acarició su frente y le retiró unos mechones rebeldes que colocó con suavidad detrás de su oreja. Iriana entreabrió sus párpados lo suficiente para echarle una breve mirada y le regaló una sonrisa agradecida—. Dios, ha sido…

—¿El mayor placer que has experimentado en tu vida? —la ayudó, con evidente arrogancia.

—Por supuesto, sí, eso lo describe bastante bien. —Le tendió los brazos, invitante, y él los aceptó sin demora. Le lamió el lóbulo con increíble sensualidad y después le metió la lengua hasta el fondo en el orificio auditivo. El escalofrío que la recorrió le dejó ver que esa era una de las zonas erógenas de la joven y le encantó.

—Cariño —susurró en su oído—, ya no puedo esperar más. Ardo en deseos de enterrarme en ti, de que me acojas en lo más profundo de tu interior. —Se incorporó un poco y ella vio su mirada necesitada, descarnada, abandonada

toda arrogancia—. Por Dios, di que sí, gitana, porque no sé si podré soportarlo si me rechazas. —La humildad de su admisión le confirió un dominio de sí misma del que no había disfrutado nunca, el poder de ser mujer, y así mismo borró cualquier resto de miedo que todavía sintiera por lo que aún estaba por llegar.

—Sí. —La palabra, simple y abrumadora, impactó en la mente calenturienta y depravada de Dariel como la pólvora, y borró cualquier otro pensamiento consistente salvo el de hundirse por completo en la hechicera que tenía bajo él de manera implacable e irrevocable. Iriana sintió la gruesa punta del miembro abrirse paso por su canal y se tensó de inmediato, sobrecogida ante la invasión de ese cuerpo extraño. Dare rechinó los dientes, aferrándose a la última hebra de su autocontrol para no embestirla con fuerza y hundirse en esa cálida y resbaladiza gruta inexplorada. Jesús, el placer que sentía era tan indescriptible… y apenas le había introducido una mínima parte de su larga verga… Que Dios se apiadara de él cuando estuviera firmemente clavado en ella hasta la empuñadura… Si era que conseguía esa proeza, suspiró, sintiendo a la mujer que yacía bajo él rígida como una tabla de madera.

—Relájate, cielo —jadeó mientras se introducía un poco más en aquel paraíso húmedo. Iriana lo miró fijo durante un momento interminable, y él se ruborizó—. Entiendo. —Acercó sus labios a los suyos y murmuró en voz muy baja—. Perdóname, preciosa. —Antes de que ella pudiera preguntarle qué quería decir, la besó de forma apasionada, y un momento después con una embestida dura y rápida rasgó su himen. El grito fue absorbido por su beso, que se había vuelto más suave y concienzudo, pensado para embotar sus sentidos, para aplacar sus temores. Dare permanecía inmóvil, tan solo su boca se movía por sus ojos, sus mejillas, su cuello, sus orejas, intentando despertar su sensualidad de nuevo, que su cuerpo se adaptase a tenerlo dentro. La miró a los ojos, los suyos tremendamente preocupados—. ¿Estás bien? —Sopesó la pregunta. Sentía un intenso ardor en… aquella zona, no sabía si porque la había rasgado, o por estar tan dilatada, intentando darle cabida a su enorme

erección, pero en líneas generales el dolor inicial había cedido, y había dejado tras de sí una sensación extraña, casi cálida, de sentirse uno por primera vez con otro ser humano y, por raro que pudiera parecer, con alguien del otro sexo. Se removió, nerviosa por los sentimientos inquietantes que esa emoción le provocaba, y notó un agradable revoloteo allí donde sus cuerpos estaban unidos… Humm, qué interesante. Volvió a repetir el movimiento, esa vez haciéndolo algo más profundo. Dare gimió como si sintiera un gran dolor y, cogiéndola por las caderas, la inmovilizó—. Por lo que más quieras, estate quieta —gruñó, malhumorado. Ella obedeció.

—¿Te hago daño?

—Mucho, aunque no del modo que crees. Estoy intentando portarme de un modo civilizado y darte el tiempo que precisas para recuperarte de mi agresión, pero no lo conseguiré si sigues meneándote así. —La joven parpadeó, digiriendo sus afirmaciones.

—¡Por favor! Tú no me has atacado como un… lobo en celo y… y… yo no me meneo —contestó indignada, para acto seguido volver a escurrirse bajo él, y lo obligó a maldecir.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le llamas a eso, entonces? —gruñó.

—Curiosear, ya que tú estás tan condenadamente quieto. —Dare abrió mucho los ojos. Después los entrecerró. Con suma lentitud sacó casi en su totalidad su pene de esa funda aterciopelada. La muchacha jadeó, confusa, y lo hizo con mucho más ardor cuando volvió a sumergirse en ella con la misma parsimonia—. Hazlo otra vez —pidió con obvio entusiasmo. Él dejó escapar una gran carcajada.

—Por supuesto que sí, gitana. No pienso parar de hacerlo. —Y cumplió su promesa.

Las acometidas, suaves y condenadamente lentas al principio, la llevaron al límite de su aguante, y las manos del hombre, que parecían estar en todas partes, la colmaban de atenciones y la hacían disfrutar al máximo de aquel juego nuevo para ella. Iriana también quería tocarlo, y sus ansiosas manos

acariciaron su inmensa espalda, abrazaron su angosta cintura, y sus dedos se clavaron en esos duros glúteos con una lujuria desenfrenada. Estos se tensaron aún más ante el inesperado contacto, y el largo gemido gutural que profirió le transmitió sin lugar a dudas que a él lo satisfacía su osadía, por lo que cuando la tomó con embestidas rápidas y secas, casi violentas en su desenfrenada intensidad, entrelazó sus piernas con las suyas, enganchando los pies a las masculinas corvas, de modo que la presión que ejerció sobre ambas pelvis fue sublime y profundizó la penetración hasta un punto casi doloroso.

Los ruidos entremezclados de sus respiraciones jadeantes, el erótico chapoteo que ocasionaba su pene cada vez que se hundía en su lubricado canal, el chisporroteo del fuego que crepitaba con furia en la chimenea, el mismo que rugía en sus venas mientras se besaban con voracidad, consumidos por la pasión más avasalladora que hubieran sentido jamás, eran lo único que rompía el silencio en el pequeño mundo que habían creado para ellos, y los envolvía en la intimidad de un acto que ninguno de los dos habría soñado nunca que pudiera ser tan puro y a la vez tan cargado de tensión sexual.

Iriana se estremeció, y ese fue el único aviso que tuvo de que el mundo iba a caérsele encima y la aplastaría para alzarla después al cielo con todas sus estrellas al alcance de la mano. Gritó mientras hundía los talones en el colchón, alzando las caderas al encuentro de los duros embates de aquella pelvis incansable, clavando las uñas en las bandas de acero que conformaban los hombros de su amante. Solo entonces Dare permitió que las fuertes y gruesas sogas de su control se deshilacharan, relajó su cuerpo, del todo rígido un momento antes, y con un alarido de satisfacción se consintió a sí mismo disfrutar del mejor orgasmo de toda su vida.

—¡Iria! —aulló mientras derramaba su semen en su interior y unos extraordinarios espasmos lo atravesaban. Ella lo abrazó, sintiéndolo temblar aún, presa de una increíble placidez. Sentía una emoción inmensa en el corazón, e incluso sabía su nombre. Amor. Estaba perdidamente enamorada de ese hombre que la abrazaba con fuerza, cobijándola entre sus brazos y

acariciando su pelo con toda la dulzura del mundo. Suspiró, medio adormilada, como la gatita satisfecha que sin duda era en esos momentos.

—Es una buena cosa esta de hacer el amor.

—Sí, lo es. —Concedió él en un murmullo apagado. Sintió su respiración sobre el pelo al hablar, y la sensación la hizo sonreír. Durante un rato reinó el silencio en el cuarto, roto solo por el crepitar de los leños.

—Me alegro de que hayas sido tú, Dare. No te arrepientas nunca.

Pero él ya se arrepentía. Incluso mientras miraba su hermosísimo rostro, de una belleza sobrecogedora, con la plena libertad que le daba el saber que estaba dormida. De hecho, era peor, porque acurrucada en sus brazos, con los rasgos suavizados por el sueño, aún parecía más joven de sus diecisiete años… No importaba que el cuerpo que se entrelazaba con el suyo en ese momento, el que había acariciado, lamido y mordido un rato antes, fuera enteramente el de una mujer, con todas sus formas y curvas en los lugares adecuados, y que su dueña hubiera actuado con el descaro y abandono de una fémina en celo, con un deseo pleno, enardecedor y del todo excitante para un hombre con sangre caliente en las venas. Iriana había superado todas sus expectativas, había respondido a sus caricias y su agresiva forma de hacerle el amor exigiendo más, ofreciendo cuanto tenía y consiguiendo que se perdiera en una nube tóxica de desenfreno y lujuria desmedida.

¿Dónde estaba todo su autocontrol cuando se trataba de esa muchachita inexperta? Al otro lado de esa puerta, se dijo apenado. En el momento en el que la traspasó su disciplina se había evaporado. «Qué narices, todo comenzó cuando empezó a rasgar esa triste melodía con su violín. O en el instante en el que entró en el salón de Mohern, cuatro meses atrás». Allí hincó la rodilla, desesperado por poseerla, por llegar al punto exacto en el que se encontraban.

«¿Y ahora qué?».

Sabía cuál era el siguiente paso, el que le dictaba el honor. Había cometido

el imperdonable acto de arrebatarle la virginidad a una dama de alcurnia, y la pena a pagar por disfrutar de ese placer era el matrimonio, cadena perpetua junto a una mujer a la que no quería.

Sintió los pequeños temblores y el consiguiente sudor frío que lo empapaba, como siempre que se permitía pensar en ello. Desenredando sus miembros de los de la joven se levantó de la cama, cuidando de no despertarla. Se vistió sin hacer ruido, evitando en todo momento que su mirada recayera en ella, invadido por la culpa y el desprecio hacia sí mismo.

No podía casarse con ella. Lo había sabido siempre, y se lo había dicho de la forma más clara que había encontrado, no obstante, parecía que nada había podido impedir que terminaran en la cama.

Mentira. Él habría podido impedirlo. Si hubiera sido más fuerte, si no dejara que su polla gobernara su mente… Suspiró, ya no importaban los «si hubiera». Estaba hecho y no tenía solución, no podía recomponer su himen roto, ni las expectativas de la muchacha cuando despertara por la mañana. Unas expectativas que él no podía cumplir.

Su mirada voló por la habitación, en busca de cualquier bebida alcohólica, pero aún antes de que su mente registrase el detalle de que en el dormitorio de una dama no dejaban el correspondiente y bienvenido decantador, ya había decidido desestimar la cuestión. Todavía tenía demasiado alcohol en su organismo, el cual había contribuido generosamente a embotar su débil cerebro para que participase en aquella locura sin necesidad de empeorar más la situación continuando la borrachera.

En contra de su voluntad, y sabiendo que no podía evitarlo, se acercó a la cama y arrodillándose en el suelo observó a la joven que dormía, intentando memorizar esos rasgos perfectos, tan tentadores por su apariencia de extraordinaria inocencia y por la tenue sonrisa que perfilaban esos carnosos labios que no se atrevió a besar por temor a despertarla.

Y mientras se despedía de ella en silencio, con un extraño nudo en la garganta que le impedía pasar el aire hasta los pulmones, de repente cerrados,

supo sin lugar a dudas que le costaría mucho olvidar a esa mujer.

—Adiós, Iria. A pesar de todo, no lo lamento. —Pero la opresión en su pecho se acentuó. Porque sabía, con la certeza absoluta que daba la experiencia, que ella sí lo haría.

Iriana se desperezó poco después del amanecer, sin importar lo tarde que se había dormido. Sin perder un segundo se levantó y llamó a su doncella para que la ayudara a vestirse. Por supuesto, habría deseado despertarse al lado de Dare, pero no era tan ingenua como para esperar algo así. Sabía que él se aseguraría de que su reputación quedara intacta, y eso significaba abandonar su cuarto antes de que los criados o cualquiera de la familia pudieran merodear por la casa; sin embargo, le habría gustado despedirse de él, y quizá haber hecho el amor de nuevo antes de irse… Notó que se sonrojaba con el mero pensamiento. Una vez que los efectos del champán habían desaparecido por completo –bueno, no tan por completo, se dijo fastidiada, ya que tenía una tremenda jaqueca como consecuencia–, no se sentía tan descarada como la noche anterior.

Mandó a la criada a por el odioso reconstituyente de su hermano ante tales excesos, del que afortunadamente se sabía la receta pues Durin se la había proporcionado como *parte indispensable de su formación como futura esposa perfecta* –palabras textuales del a veces fastidioso ayuda de cámara–, y mientras tanto terminó de acicalarse. Puso especial esmero en su apariencia porque, al fin y al cabo, era la mañana del «después de» y quería estar radiante. Suspiró, algo nerviosa, sin saber muy bien qué esperar de ese momento.

Después de tomarse hasta la última gota del inmundo brebaje –casi habría sido preferible el infernal dolor de cabeza–, esperó un rato a que empezara a hacer efecto y, con una última inspiración que le clavó las ballenas del corsé en la carne, salió en busca de su destino. Significara eso lo que significara.

El primer sitio al que se le ocurrió ir fue a la sala de desayuno, pero aparte de encontrarse vacía, el mero olor de la comida le produjo fuertes molestias, así que salió de allí lo más rápido que pudo. ¿Pero adónde podía ir ahora? Era demasiado temprano para ponerse a deambular de un sitio a otro, sin embargo, estaba tan inquieta que tampoco podía quedarse sentada a esperar verlo aparecer…

Cuando se quiso dar cuenta estaba en medio del vestíbulo como un pasmarote, y el mayordomo la miraba como si de un momento a otro fuera a echar a andar hacia ella para preguntarle si se le ofrecía algo. Estaba a punto de darse la vuelta y huir Dios sabía dónde cuando la puerta del estudio se abrió, dando paso a un Reskan ceñudo y pensativo. Al verla toda su expresión cambió, y sonriendo la saludó con afecto.

—Buenos días, Iriana. Te has levantado temprano.

—Siempre lo hago.

—Lo sé, pero pensé que, después de lo tarde que terminó la fiesta, hoy remolonearías un poco más, como está haciendo el resto. —Su mirada, siempre tan astuta, se afiló mientras la estudiaba—. Aunque, pensándolo bien, no recuerdo haberte visto al final de la velada. —La joven tembló por dentro, no obstante, hizo un esfuerzo hercúleo por evitar mostrárselo.

—La verdad es que me excedí con el champán, y como echaba mucho de menos a Key… decidí retirarme antes que los demás. —Intentó consolarse diciéndose que ninguna de sus palabras era mentira. Los ojos azules grisáceos la observaron en silencio un momento, para suavizarse después.

—Claro, es comprensible. Ese hermano tuyo es más terco que una mula. —La muchacha suspiró, tanto aliviada porque la hubiese creído como preocupada por la empecinada actitud de Key de mantenerse alejado de su esposa.

—Sí, aunque confío en que pronto recupere la sensatez. Eh… ¿Has visto a Dariel…? Va… acercándose la hora de nuestras lecciones… de autodefensa… —Se obligó a añadir como una idiota cuando ciertas imágenes de clases sobre

besos húmedos y sedosas caricias pasaban por su mente pervertida, y seguramente le encarnaban las mejillas al rojo vivo. Para su sorpresa Reskan no reparó en su sofoco, sino que el ceño que le advirtiera antes regresó, y una mirada entre preocupada y enfadada sustituyó a la que mostrara con anterioridad.

—No, él se… ha marchado. —Cuando vio la palidez de su rostro y los ojos agrandados de estupor se adelantó y la cogió con gentileza del brazo.

—¿Ido? ¿Adónde? —preguntó con un hilo de voz, sin percatarse de que él la llevaba hacia el estudio y la ayudaba a sentarse en un sillón frente a la chimenea.

—No lo sé, maldita sea. —Tampoco él pareció darse cuenta de que había blasfemado en su presencia, lo cual ya decía mucho de por sí. Iriana sintió el pulso desbocado que resonaba en su cabeza—. He encontrado una nota suya al levantarme, y el mayordomo me ha dicho que se la entregó a las cinco, justo antes de que se largara como alma que lleva el diablo. Al parecer, a eso de las cuatro llegó un mensajero con una nota urgente para mi primo que lo impulsó a recoger todas sus pertenencias y marcharse sin despedirse de nadie. —El puño que estrujaba el corazón de la joven apretó otro poco, amenazando con quebrárselo.

—¿Todo? —atinó a decir. Suavizándose de manera visible, la mirada del rey demostró un deje de compasión.

—Su habitación está limpia, como si nunca hubiera pasado por allí. Lo lamento, querida, pero mucho me temo que se ha ido y que no piensa regresar en bastante tiempo. —Iriana sentía que se ahogaba en un mar de pena, notaba un rugido sordo en los oídos, y el puñal que le rebanaba el corazón lo hacía a conciencia. Pero no demostró nada de todo eso al hombre que la observaba con preocupación inclinado a su lado. Permaneció en silencio, asimilando la noticia, endureciéndose por dentro, porque aquello solo era el principio. Sabía, a través de la neblina de emociones que la acosaban, que aún estaba anestesiada, que la realidad, dura y aplastante, vendría después, y que

entonces tendría que estar preparada o se hundiría. Porque ese cobarde, ese malnacido egoísta, había escapado indemne con tan solo una nota después de disfrutar de su cuerpo virgen. Se volvió abruptamente hacia su acompañante.

—¿Qué decía la nota? —A ninguno de los dos le pareció relevante que quisiera conocer su contenido sin pertenecer siquiera a la familia. Reskan era muy consciente de que entre esos dos se había estado fraguando algo, y que el estúpido de su primo acababa de destruirlo con su extraño comportamiento.

—Tan solo que le había surgido un inconveniente, algo del todo inesperado, y que debía ausentarse del país durante un tiempo indefinido, con bastante probabilidad largo, pero que no nos preocupemos, que no es nada grave. —El evidente tono de censura, que no pudo ocultar, la previno. Buscó su mirada, que él rehuía a propósito.

—¿Qué más decía, Reskan? —El hombre se incorporó y fue hasta su mesa, donde jugueteó con varios de sus papeles.

—Nada más —murmuró.

—Por favor, dímelo. —Sus miradas volvieron a encontrarse, los ojos femeninos repletos de lágrimas contenidas. Res contuvo una grosería dirigida a su primo—. Será más fácil así. —Después de un momento de evidente incertidumbre, él asintió.

—No lo dice con claridad, no obstante, deja entrever que se trata de un asunto de faldas, que va tras una mujer. —El dolor fue tan agudo que Iriana lo sintió como un golpe físico y tuvo que inspirar con fuerza para soportar el impacto de aquellas palabras. «¡Noooo! Después de hacerme el amor a mí es imposible. No puede haber abandonado mi cama para correr tras la estela de otra…». No escuchó su propio sollozo estrangulado hasta que se vio en brazos de Reskan, acunada con delicadeza mientras le susurraba palabras tranquilizadoras que de ningún modo le servían de consuelo—. Ya basta, pequeña, el bastardo de mi primo no se merece ni una sola de estas lágrimas. Agradece que lo vuestro no llegara más lejos, si no, las consecuencias podrían haber sido desastrosas.

Aquello consiguió que el llanto cesara. Consecuencias. Dios santo.

# Capítulo 20

La puerta del estudio se abrió de repente, sin ningún tipo de aviso, ni tan siquiera unos golpecitos previos que anunciaran la evidente intención de alguien de invadir su retiro particular.

Supuso que su inesperado visitante no sería otra que su molesta hermana, que estaba adquiriendo la irritante costumbre de entrar sin llamar a todas partes, sobre todo teniendo en cuenta que debía estar de uñas porque la noche anterior no se había presentado a la engorrosa fiesta, como se había comprometido a hacer.

Pero cuando alzó la vista del montón de papeles que estaba firmando y se encontró con los ojos grises de su esposa se sorprendió de veras. Últimamente ella casi nunca lo buscaba por voluntad propia. Y esos ojos amenazaban tormenta, además.

Alzó una ceja en actitud interrogante ante su gesto fiero, allí de pie frente a su mesa, con las piernas separadas y los brazos en jarras sobre las caderas. Muy a su pesar se sintió excitado ante su pose irreverente. Incluso su mirada desafiante estaba destinada a enardecerlo. Maldita fuera por causarle ese cúmulo de sensaciones cuando no estaba destinada para él.

—¿Y bien? —se limitó a preguntar. Al fin y al cabo, si ella iba a saltarse las normas básicas de la buena educación y no pedir permiso antes de entrar en una habitación que sabía ocupada, él podía comportarse con la misma falta de corrección. Su mujer parpadeó, detectando la falla, aunque sin mencionarlo.

Bien, nunca había sido una hipócrita.

—Yo venía a preguntarte más o menos lo mismo —contestó en tono brusco. Él entrecerró los ojos. Hizo un gesto vago con la mano, señalando la pila de documentos que atiborraba la mesa.

—Como puedes ver estoy muy ocupado. No tengo tiempo para adivinanzas. —Ella se atrevió a comenzar a dar golpecitos en el suelo con el pie, como si se estuviera impacientando.

—No fuiste a casa de Res anoche. Todos te esperaron. —Fue su turno de parpadear, confundido. ¿Todo aquel despliegue de emociones por no ir a esa estúpida fiesta? Bueno, quizá estúpida no, era Nochevieja, y sabía cuánto les gustaba a todos ellos esa clase de celebraciones, tanto a los Cetriar como a los Lorian. Disfrutaban simplemente reuniéndose y charlando, deleitándose de la dicha de estar juntos… Y su señora esposa detestaba de forma particular que él no participara de esos acontecimientos junto al resto de la familia. Intentó sofocar el sentimiento de placer, el ligero calorcillo que fue expandiéndose por su pecho al recordar la multitud de ocasiones que había pasado junto a ese extraño y bullicioso grupo, pero no lo consiguió del todo. Y debía hacerlo, porque esos momentos iban a terminarse para siempre. Por eso, faltando a su promesa, se había negado a aparecer la noche anterior. Debía romper lazos con ellos lo antes posible. Aun así, se vio impelido a saberlo.

—¿Todos? ¿También tú me echaste de menos, querida? —preguntó en un tono que rezumaba mordacidad.

—No era una noche para estar solo —dijo a cambio, sin contestar la pregunta—. Siempre y cuando la pasaras solo —le espetó igualando su tono irónico.

—Siempre y cuando la pasara solo —remedó, los ojos brillantes. Helailla sintió que el puñal de la traición se clavaba con saña.

—Iriana lamentó que no asistieras —fue cuanto dijo, negándose a ponerse en evidencia.

—Lo superará —contestó en tono hosco. La mujer abrió la boca como si

fuera a añadir algo a esa aseveración en particular, no obstante, pareció considerarlo mejor y callárselo.

—¿Tampoco piensas venir a la comida de Año Nuevo? —murmuró, con la mirada en algún punto tras él. Keylan se fortaleció para lo que iba a hacer, porque iba a ser muy difícil entregarla a otro hombre. La imagen de Soiria con su frágil cuello entre sus manos crispadas y enloquecidas lo resolvió todo en cuestión de segundos.

—¿Y privarte de coquetear abiertamente con tu amante delante de los tuyos? Para nada, cariño. Por mí tienes el camino libre para revolcarte con él siempre que quieras. —El jadeo estrangulado de la joven lo inquietó porque sabía que estaba siendo muy cruel, sin embargo, se obligó a mostrar un semblante impasible ante su mirada estupefacta.

—¿Qué… quieres decir?

—No te hagas la tontita. Hace tiempo que me lo estás pidiendo a gritos, y reconozco que yo te he dado motivos más que de sobra para que te metas en su cama. Es muy simple, ha llegado la hora de formalizar nuestra relación. O la falta de ella. —Lalla comenzó a negar con la cabeza—. Quiero el divorcio.

Helailla no recordaba cómo había salido de casa, ni cómo había llegado a la de su hermano. Ni siquiera reparó en que, al entrar en el vestíbulo como una sonámbula, Reskan se estaba poniendo el abrigo para marcharse y, tras una breve mirada a su rostro desencajado y de un alarmante tono blanco, se lo volvió a quitar, ordenó que llevaran té a su estudio y cogiéndola de la cintura la arrastró con delicadeza hacia allí.

Tampoco fue consciente de cuánto tiempo estuvo sentada en aquel regazo tan familiar, llorando desconsoladamente hasta que los gritos que su mente aterrorizada la había impelido a soltar a raudales se le agotaron. Las lágrimas, parecidas a un manantial, tardaron un poco más, pues el dolor y la pena, la agonía, el rechazo y el miedo que se habían ido acumulando en su corazón

durante tanto tiempo se habían anquilosado hasta formar una gruesa costra en su pecho que ese día su marido le había arrancado con desmedida crueldad.

Se estremeció sin control, recordando cada palabra dicha para causar el máximo daño posible. Y lo había conseguido, se dijo sin poder contener otro sollozo. Le había dejado meridianamente claro que ya no la quería, en ningún aspecto posible.

«Quiero el divorcio», le había dicho con ojos duros como la piedra. Y ella se había quedado helada, sin siquiera ser capaz de pensar.

—Puede que me hayas convertido en un cornudo delante de toda la sociedad, pero los dos sabemos que, mientras que yo terminaré recuperándome con algo de tiempo del estigma de un divorcio, tú te hundirás hasta lo más hondo, y el hecho de ser una adúltera ya no les parecerá un detalle tan gracioso, sino una losa más que te arrastrará en tu ignominiosa caída. —Helailla se había tambaleado hacia adelante, y aunque él había hecho amago de cogerla, al final se había echado hacia atrás y parapetado tras su escritorio—. Siéntate, por el amor de Dios —no había podido evitar decir, nervioso al verla tan pálida e inestable; sin embargo, ella había seguido de pie, enfrentándolo con una inspiración temblorosa y los ojos abrumadoramente tristes.

—Keylan, yo no…

—No me malinterpretes —la había interrumpido, temeroso de que, si no terminaba pronto su representación, no lo conseguiría—. Soy muy consciente de que te he empujado a sus brazos, debido a mi negligencia y mi aún más grande indiferencia, pero eso no significa que lo acepte de buen grado, ni que vaya a lucir la cornamenta con orgullo, joder.

—Pero Cross y yo…

—¡Basta! No quiero los detalles escabrosos. —Había intentado no fijarse en las lágrimas que empañaban esos ojos suplicantes y que lo acosarían el resto de sus días—. Al fin y al cabo, es lo que deseabas, ¿no? Tú misma planteaste el asunto hace mes y medio. Lo único que te ha refrenado de hacerlo de forma definitiva ha sido tu hermanito, al que le encanta que todos bailemos a su son.

Y, de todos modos, no será tan terrible como lo he pintado, puesto que estoy seguro de que Severn y tú correréis a refugiaros a ese lejano país suyo en el que sin lugar a dudas es dueño y señor de todo cuanto lo rodea. Y cuando seas su esposa y te conviertas en princesa consorte, nadie osará mencionar el… bochornoso incidente que habrás dejado a tus espaldas. Al final, resultará que tu malogrado matrimonio con un duque mediocre pasará al olvido con la misma celeridad que el color bergamota el año pasado.

—¿De verdad…? ¿De verdad es esto lo que quieres? —Keylan la había mirado a los ojos, fingiendo que no veía la increíble vulnerabilidad escondida en los de ella, mientras mantenía los suyos fríos y convenientemente vacíos. Iba a mantenerla segura, de él y de su padre porque, si se divorciaba de Hela y ella se marchaba lejos, Sebarian olvidaría su obsesión por la joven e iría hacía su objetivo principal. A por él.

—Lo siento, cielo, pero no puedes cambiarle la piel a un leopardo. Eres demasiado poca cosa para el Insaciable. —La espalda femenina se había tensado en un esfuerzo sobrehumano por no derrumbarse. Keylan se había clavado las uñas en las palmas para que el dolor anestesiase un tanto sus emociones al decir la mentira más fragante de su vida. A pesar de todo, no pudo soltársela a la cara, por lo que se había girado hacia la ventana—. Nunca voy a amarte, así que ¿para qué seguir con esta farsa?

Si la silla no hubiese estado allí, delante de ella, Lalla se habría desplomado en el suelo. Nunca en su vida había sentido algo tan inhumanamente doloroso como en ese momento frente al hombre al que quería por encima de todo, oyéndolo decir todas esas barbaridades.

No supo cómo lo había hecho, ni de dónde había sacado las fuerzas, pero se había arrastrado fuera de aquella habitación que de repente le pareció un ataúd, sintiendo que ya nada importaba.

En ese momento, escuchando los tenues lamentos que salían por su maltrecha garganta, lacerada por sus anteriores gritos, salió poco a poco de los desagradables recuerdos.

Aún sentía la atormentada angustia que le produjera la cruel despedida de su marido, aunque poco a poco las caricias sedantes y las tranquilizadoras palabras de consuelo de su hermano lograron penetrar el muro de dolor y desolación en el que se hallaba envuelta y hacerla reaccionar.

—Oh… Res… Cómo voy… a seguir… adelante… ahora… —gimió entre respiraciones entrecortadas, aferrada a los fuertes hombros de su mejor amigo. Este la obligó a soltarse, no sin cierto esfuerzo, pues parecía que le iba la vida en aquel abrazo, y la miró con los rasgos contorsionados por la preocupación, el sufrimiento y la rabia.

—Dime qué te ha hecho ese cabrón ahora. —En circunstancias normales Helailla se habría acobardado ante su expresión asesina, sin embargo, estaba sobrecogida ante la perspectiva de perder a Key, de enfrentarse al escándalo que el divorcio generaría, tanto para ella como para su familia, eso siempre y cuando no estuviera embarazada, claro, entonces más le valía morirse de la pena, porque abandonada por su marido y con un hijo sin padre… Antes de dejarse arrastrar por la histeria se lo contó todo a Reskan, aún a pesar del tormento que supuso volver a revivirlo. Cuando acabó, las lágrimas volvían a fluir sin control, pero logró recomponerse tras otro abrazo consolador. El té llegó al fin, supuso que cuando al criado le pareció que la ausencia de alaridos era buena señal. La joven bajó la cabeza, avergonzada—. Déjelo todo en la mesa, gracias. Nos serviremos nosotros. —Cuando volvieron a quedarse solos el rey se levantó con ella en brazos y la depositó con infinito cuidado en su sillón preferido, el que solía apropiarse siempre que quería encontrar un lugar tranquilo para enfrascarse en alguna de sus novelas, y él se hizo cargo de la preciosa tetera de porcelana. Le entregó una taza humeante, y solo el tenue aroma ya sirvió para tranquilizarla. Lo miró agradecida y él sonrió en respuesta, ocupando el sillón de al lado—. Vale, cariño, ahora vamos a analizar la situación con frialdad.

—No hay nada que anal… —Alzando una mano, Res detuvo de forma abrupta su diatriba.

—He dicho fríamente. Ya has dejado salir todo ese veneno que el bastardo de tu marido te ha metido dentro, y lo has hecho de manera muy eficaz, por el estado en que has dejado mis tímpanos y lo destrozada que tienes la garganta. Admito que es una verdadera pena que Storn no esté aquí, porque me encantaría retorcerle el cuello y así encontrar una salida para mi propia rabia. —Inspiró profundo en un intento por serenarse y luego, apoyando la cabeza en el respaldo, se mantuvo callado un rato—. No encaja, Lalla —dijo al fin.

—¿El qué? —preguntó con voz ronca. Él hizo un gesto con la cabeza hacia su taza y ella obedeció. El líquido ardiente causó estragos en la carne herida, aunque después de un par más de sorbos se sintió mucho mejor. Solo entonces su hermano continuó.

—Sé que el plan estaba funcionando. Que ese idiota se moría de celos al veros a Dacross y a ti juntos, y que solo era cuestión de tiempo que explotara —adujo convencido.

—Quizá eso es lo que ha ocurrido. Se lo ha creído tan por completo que está convencido de que toda la sociedad lo considera un cornudo y sí, ha explotado. Quiere el divorcio —terminó con un hilo de voz.

—Eso no es cierto. —Cuando ella le miró insegura, él sonrió—. Cuando fuiste tú quien planteó esa opción casi se volvió loco. Le prometí que te había hecho cambiar de parecer, al menos hasta que nos encargáramos de la amenaza de su padre. —La joven seguía sin parecer muy convencida—. Está más claro que el agua que ese hombre te quiere, pero está muerto de miedo.

—¿Por qué?

—Porque no tolera la idea de hacerte daño, o incluso matarte, estando poseído por una de sus pesadillas. Y no soporta no dormir cada noche a tu lado, abrazándote. Está convencido de que, si te aleja de una vez por todas de él, Sebarian se olvidará de ti, porque dejarás de representar una forma de vengarse de su hijo. —Los ojos de Lalla se habían abierto con asombro.

—Por eso…

—Por eso ha hecho todo lo humanamente posible para que lo desprecies,

para que te lances a los brazos de otro hombre, para que tu amor por él muera de manera inexorable.

—Lo sabes —musitó con aire cansado.

—Cualquiera con ojos en la cara puede verlo, menos ese esposo tuyo. —Reskan estaba más tranquilo una vez que el color había vuelto a las mejillas de su hermana y su mirada ya no parecía tan desesperada. Entendía las razones que su cuñado creía tener para tomar esas medidas tan drásticas, pero eso no significaba que no fuera a darle una paliza cuando se lo echara en cara. Hacía demasiado tiempo que le tenía ganas como para seguir conteniéndose después de eso—. Ahora sería mejor que volvieras a casa y descansaras, aún se te ve pálida. —Ella mostró verdadero estupor ante sus palabras.

—Estás bromeando, claro.

—En absoluto.

—¿Esperas que después de lo que ha ocurrido me presente sin más en casa y me eche a dormir? —Su voz había subido de tono, pero aquello era muy chocante, incluso tratándose de su hermano.

—Es justo lo que quiero que hagas. Descansa, come algo, ponte espectacular y espera a que Dacross vaya a buscarte.

—¿Dacross? ¿Para qué? —Entrecerró los ojos—. No pensarás seguir con ese disparate, ¿verdad? ¡Ya ves que no tiene sentido!

—Pues yo creo que sin el bueno de Severn no conseguirás tener a tu esposo postrado a tus pies, jurándote amor eterno. Es el empujoncito que ese memo necesita. —Vio que ella iba a replicar y se apresuró a seguir—. Unos pocos días más, Lalla. Estoy seguro de que no podrá soportar más la presión de verte junto a otro hombre. Pero tendréis que bordar vuestros papeles.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no basta con reíros juntos y demostrarle lo bien que os lleváis. Tendréis que ser más convincentes. —La expresión de horror de la mujer lo hizo sentirse un tanto malvado.

—Pero Cross es…

—Lo sé, cariño. Por eso es el candidato perfecto para este plan. —Cogió su mano con cariño y se la apretó—. ¿Crees que podrás hacerlo? —Helailla intentó mentalizarse de que debería regresar a Mohern y con seguridad cruzarse con Keylan. Volver a enfrentarse a él, a sus ojos fríos e impasibles, a sus palabras hirientes, a su desprecio… «Está más claro que el agua que ese hombre te quiere, pero está muerto de miedo». «Bueno, ya somos dos», pensó con el corazón compungido. ¿Pero qué alternativa le quedaba?

El fuego hacía rato que se había extinguido, y él no había hecho nada por evitarlo. Entonces la habitación se quedó a oscuras, iluminada tan solo por aquella maldita y enorme luna redonda que tenía a sus espaldas. Por fortuna, en el caso de que tuviese que levantarse –cosa que no pensaba hacer–, Keylan conocía cada rincón del estudio como la palma de su mano. Sonrió con socarronería, pero todo cuanto necesitaba estaba a su alcance y para demostrarlo cogió el decantador medio lleno de *brandy* que tenía a su lado en el escritorio, junto a otros dos ya vacíos, y se colmó de nuevo el vaso hasta arriba, consiguiendo no tirarlo sobre la superficie de madera a pesar de la falta de luz.

Soltó un silbido apreciativo por su hazaña, aunque después frunció el ceño, pues lo había rebosado tanto que, si lo levantaba, seguro que lo vertería, y sería una pena desperdiciar unas gotas de tan excelente cosecha. Así que optó por la opción más sencilla, se arrodilló en el suelo y sorbió el borde del vaso sin moverlo de la mesa. Cuando lo vació medio centímetro lo miró, exultante. Después de unos momentos toda su dicha se desinfló, y dejándose caer hacia atrás terminó sentándose en el suelo, como un pobre tonto borracho, que no era ni más ni menos que en lo que se había convertido esa noche, a pesar de su promesa de no volver a caer en las garras del alcohol nunca más, después de su terrible experiencia de un mes antes. Sin embargo, abandonar a la mujer que se amaba y destruir de manera definitiva cualquier posibilidad de estar con

ella no era moco de pavo, y uno tenía que fortalecerse un poco para soportarlo.

Bueno, quizá no tan definitiva, sopesó aún confundido. Se había quedado pasmado e incrédulo cuando Crobs le había informado que Hela había regresado un rato después de su terrible confrontación, y había subido a su dormitorio «a descansar», según sus propias palabras. Cuando le había preguntado al mayordomo qué aspecto tenía su esposa, él se le había quedado mirando con cara de circunstancias, y le había soltado una impertinencia muy impropia de él. «Bastante mejor que usted, Excelencia». Pero claro, en cuanto ella había salido por la puerta de su estudio, después de decirle toda esa sarta de mentiras para sacarla de su vida de una vez por todas, se había lanzado como loco a por el *brandy*, y en aquel momento ya había acabado con la primera botella. Incluso se había deshecho del pañuelo y la dichosa chaqueta, que tanto lo constreñían, y después de pasarse las manos crispadas por el pelo un montón de veces lo habría tenido terriblemente despeinado. Seguro que presentaba un aspecto deplorable. Por supuesto que su mujer parecería un ángel en comparación.

Y luego el maldito mayordomo, en su afán por informarle de las andanzas de su esposa, le había dicho que esta había pedido que le subieran una bandeja y había comido en la cama, enfrascada en una de las noveluchas que tanto la atraían, y que después de un largo y reconstituyente baño se había puesto sus mejores galas para salir con el puñetero rubiales, que había tenido la increíble desfachatez de ir a buscarla a la misma puerta de su casa, delante de las narices de su marido. El cual había estado bebiendo botella tras botella encerrado tras la maciza puerta del estudio, meditando qué diantres significaba la desconcertante actitud de su esposa.

¿Acaso no había sido claro con ella esa mañana? ¿No la había mandado a hacer puñetas con la suficiente franqueza? ¿No había destrozado su corazón, junto al suyo propio, con la precisión de un cirujano que manejaba su bisturí con brutal eficacia? ¿Qué más necesitaba esa mujer para salir de su vida y

dejarlo ahogado por el dolor de su pérdida? ¿O era que había decidido vengarse y quedarse para restregarle en la cara su romance con el príncipe? Dios, eso no lo podría soportar.

Se levantó como pudo, medio a gatas, agarrándose al grueso tablero de la mesa. Cuando se halló sentado en su sillón, con el aliento entrecortado, pensando que era probable que hubiera bebido de más, solo pudo terminarse el trago de golpe, imaginando aquella posibilidad como algo espantosamente real.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, desmadejado en la silla, mirando al vacío, con el vaso aún en la mano, sin sentir nada más que un enorme agujero donde debía estar su corazón.

El ruido de la puerta principal al abrirse lo espabiló, y la risa cristalina de su mujer, seguida de las carcajadas masculinas, lo pusieron sobrio de golpe mientras una furia descontrolada se colaba por sus venas y se entremezclaba con el alcohol que las empapaba. Escuchó un gruñido sordo y feroz, sin ser consciente de que salía de su propia garganta.

Helailla ignoraba cómo había sido capaz de superar ese día sin morir en el intento, pero allí estaba, a las dos de la madrugada, con su vestido más atrevido y sensual, y mondándose de risa de las patochadas de su amigo, fingiendo que se estaba divirtiendo de lo lindo.

La verdad era que la confrontación con Keylan aquella mañana y su posterior desmoronamiento con su hermano la habían dejado exhausta, así que cuando al fin había apoyado la cabeza en la almohada, como él le aconsejó, se había quedado dormida en el acto. Lo de la comida había sido un poco más difícil, ya que el nudo que tenía en el estómago le impedía ingerir nada. A pesar de ello, se había obligado a picotear algo para fingir que todo iba bien, y se había pasado la tarde aparentando leer, pues le había sido imposible hacer nada más que rememorar una y otra vez los terribles momentos que

había pasado con su esposo ese mismo día.

¿En verdad Res estaba en lo cierto y lo único que pretendía era protegerla de su padre, e incluso de él mismo? Por supuesto estaba en su carácter renunciar a cualquier posibilidad de ser felices juntos si también suponía ponerla en peligro. Pero había sido tan convincente en su razonamiento para no quererla a su lado… Y sus argumentos habían sido tan… demoledores. Que ella no era suficientemente mujer para él, para contentar sus gustos y apetitos, para obligarlo a mantenerse fiel. «Sin embargo, Reskan insiste en que es pura fachada para alejarte de él. Que en realidad te quiere», se obstinaba su mente en recordarle. ¿O era su corazón? Había pensado que se había quedado en esa habitación de la planta baja, roto en mil pedazos por las palabras cortantes y malintencionadas de ese bruto zoquete. Pero ahí estaba ella, dispuesta a echar toda la leña al fuego por la muy pequeña e inverosímil posibilidad de que su hermano tuviera razón.

No estaba segura de cómo lo sabía, no había hecho ningún ruido, no obstante, sintió su presencia a su espalda, oscura y amenazadora, y colocándose el largo pelo hacia atrás, con un movimiento sensual y seductor, echó una rápida y subrepticia mirada sobre su hombro para comprobarlo. Y sonrió para sí cuando vio su figura camuflada entre las sombras de su estudio. Su cara quedaba oculta por la penumbra, sin embargo, pudo apreciar el vaso casi vacío que sostenía en su mano, y gracias a las revelaciones de su hermano, la postura indolente, con la cadera apoyada con descuido en el marco de la puerta, esa vez no la engañó. Por eso se acercó con decisión a su amigo y, cogiéndolo por las solapas del abrigo, se pegó a sus labios como una lapa, indiferente a sus ojos agrandados por la estupefacción mientras la cogía de la cintura para no trastabillar por el ímpetu de la joven.

Pero Dacross era perro viejo en cuestiones de seducción, a pesar de no haber cumplido aún los veinticinco, y entrecerrando los ojos giró la cabeza lo suficiente como para poder ver detrás de Lalla. Ajá, allí estaba el maridito de la dama y, por lo que podía observar, terriblemente celoso, pues su rostro

mostraba una ira ciega y arrolladora. «Démosle más carnaza», se dijo con absoluta malevolencia, agarrando a la joven por las caderas para acercarla más a su duro cuerpo. Cuando ella soltó un gemidito de protesta, él se encargó de que pareciese de complacencia, aprovechando para introducir la lengua en su boca y saquearla a conciencia, como el gran mujeriego que era. Helailla se agarró a sus hombros con la clara intención de apartarlo, pero a los ojos vidriosos por el alcohol y el dolor y la consiguiente rabia, aquello pareció el gesto íntimo de una amante pidiendo más a su hombre, y eso terminó desatando la furia ciega que llevaba consumiéndolo desde hacía semanas.

Helailla escuchó el inconfundible sonido del vidrio al romperse e imaginó a su marido con los restos del vaso entre sus dedos crispados mientras buscaba un nuevo foco para descargar su cólera, y supo que había forzado aquella situación hasta su punto más álgido. Tenía que sacar de allí a Dacross antes de que Keylan lo destrozara. Se apartó de él como un rayo, aunque el muy tonto no se lo ponía fácil, porque intentaba volver a cogerla de la cintura.

—Se ha… hecho tarde, Dacross. Es mejor que te marches —dijo mientras lo empujaba hacia la puerta. Pero la cara seria del príncipe mientras miraba por encima de la cabeza femenina no auguraba nada bueno.

—No voy a irme, cielo. No con él en ese estado —murmuró en voz baja, sin apartar la vista de su espalda.

—Por favor, Cross. No pasa nada, de verdad. Esto es lo que pretendíamos, ¿no?

—Me parece que no —gruñó con el semblante ceñudo.

—Vamos, tienes que irte, si no, no conseguiré nada. —Con un último empujón lo mandó fuera. Él hizo ademán de volver a entrar, pero se le adelantó y cerró la puerta hasta que solo dejó una rendija por la que asomó la naricilla—. Todo saldrá bien, es solo mi marido, ¿recuerdas? —Hizo amago de cerrar, no obstante, volvió a abrir—. Ah, besas muy bien. —Y con una sonrisa traviesa lo dejó en la calle como un pasmarote. Cuando se encontró en el vestíbulo, con su esposo tras ella como única compañía, la sonrisa se

esfumó de un plumazo. Se recogió el bajo del vestido, dispuesta a salir de allí lo más rápido posible.

—Reconozco que no me esperaba que la furcia de mi esposa fuera a follarse a sus amantes en mi casa. —Su voz espesa restalló en su piel como un látigo y causó heridas igual de profundas. Tocada en lo más vivo se giró con brusquedad hacia él.

—¡Sabes bien que eso no es lo que ha ocurrido!

—Quizá esta noche no, porque mi presencia lo ha evitado. Pero ¿y otras noches, cuando yo no he estado? —La rabia empezó a apoderarse de ella, por todo lo que le había hecho pasar durante ese tiempo, sin importar los motivos que lo habían impulsado a hacerlo.

—Si así ha sido, nunca lo sabrás, ¿verdad? —La mandíbula masculina se tensó, y los ojos verdes refulgieron anunciando peligro—. De todos modos, como tú mismo has dicho esta mañana de forma tan acertada, me has empujado a buscar otros brazos más solícitos, y te aseguro que Cross es… mucho más complaciente que tú en ese sentido. —Keylan se acercó a ella en dos zancadas y la cogió de los hombros con excesiva fuerza.

—¿Y por eso le ofreces tan alegre lo que a mí me has negado? ¿Por eso te acuestas con él? —gritó con desesperación.

—Exacto.

Helailla no supo qué la llevó a decir aquella barbaridad, pero tenía ganas de lastimarlo al menos una mínima parte de lo que él la había herido a ella, y qué mejor forma que decirle que otro hombre le había puesto las manos encima, poseído lo que él consideraba exclusivamente suyo. Y debió funcionar, porque su rostro se transformó de repente en una máscara de horror.

Keylan sintió que algo irremplazable se rompía en su interior. La rabia, el dolor más insoportable, la angustia absoluta, el abrumador sentimiento de traición… Todo se arremolinó en su interior mezclando una terrible poción que se bebió hasta la última gota, y el resultado fue… la venganza. Cruda, visceral, amarga pero justa. Era justo que ella padeciera parte de la

desolación que él sentía en aquel momento, que se sintiera tan miserable y vacía por dentro como él… La miró con rencor, con asco, y ella se estremeció ante esa nueva expresión.

—Bien, pues ya no más.

—¿Qué… quieres decir?

—Que, si has decidido convertirte en puta, qué mejor que ser la puta de tu marido.

Sacudió la cabeza con violencia negando sus insultos, pero a él no le importó, la agarró de la muñeca en un apretón de hierro y la arrastró escaleras arriba, ignorando sus gritos sofocados. Cuando llegaron a los aposentos del duque cerró la puerta con llave, sin molestarse en quitarla de la cerradura, y la llevó hasta la cama, donde de un empujón en el hombro la hizo caer. Antes de que pudiera recuperarse, le abrió las piernas, se colocó entre ellas, cogió sus manos con una de las suyas y se las inmovilizó por encima de la cabeza. Apoyó su rodilla izquierda en su vientre para inmovilizarla mientras su mano libre le subía las faldas hasta la cintura y después, de forma deliberada, con mucha lentitud, comenzó a desabrocharse los pantalones.

Helailla jadeaba sin control, por primera vez desde que lo conociera, muerta de miedo. Nunca había visto esa expresión mortífera en su rostro, tan aborrecible y despreciativa, tan llena de odio. Y lo que pretendía hacerle… Sabía que era su manera de castigarla por pensar que le había sido infiel, tomar lo que deseaba de ella sin su consentimiento, pero si lo llevaba a término pondría punto y final a su relación. Jamás lo perdonaría por ello.

—Por Dios, Key. ¿Qué estás haciendo? —susurró. Le temblaba tanto la voz que apenas se la entendió. Keylan parpadeó repetidas veces, como si el miedo latente en aquel murmullo lo sacara de un trance. Su rostro mostró una expresión perpleja, alternando entre el horror y el aturdimiento, como si no pudiera comprender qué estaba sucediendo. Paseó sus ojos desorbitados de incredulidad por su cuerpo expuesto, antes de soltarla y retroceder dos pasos.

—Hela… —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y durante

unos instantes fue incapaz de hacer otra cosa más que sumergirse en esos ojos grises, donde la angustia, el dolor y la amargura se mantenían agazapados, en un intento por no desbordarse—. Yo no quería que esto llegara a estos extremos… —Un sollozo escapó de sus labios cuando la verdadera magnitud de sus acciones se asentó en su cerebro, aún embotado por la cantidad de alcohol que había consumido. Sus pies siguieron el camino hacia la salida, incluso de espaldas—. No puedo soportarlo más… Tenerte bajo el mismo techo… Sentirte mía… Pero saber que vas a casarte con él… —Se dio la vuelta y se marchó, dando tumbos por los pasillos.

Tropezó unos pocos escalones antes de llegar al final de la escalera, ocupado como estaba metiéndose el flácido pene en los pantalones, la mirada borrosa cargada de lágrimas que se esforzaba en no derramar. Por fortuna, apenas fueron tres y, dado su estado de embriaguez, prácticamente no registró el batacazo. Se levantó con una palabrota, agarró el abrigo y el sombrero y, sin pararse a ponérselos, salió a la fría y húmeda noche, justo instantes antes de doblarse por la mitad y vomitar en las escaleras de su casa.

Bastantes horas después un duque mucho más malogrado que al marcharse entró tambaleante en su estudio. De inmediato reparó en su cuñado, apoltronado en un amplio sillón que había trasladado frente a la puerta para no perderse su llegada, aunque hubiese decidido subir directamente a acostarse y no pasar por allí, ya que la estancia se encontraba justo frente a la entrada.

Lo siguiente que vio fue la pistola que sujetaba en la mano derecha, apoyada contra su muslo. Se detuvo en el acto. No pudo interpretar nada por su expresión imperturbable. Su cara estaba tensa, y se notaba que había dormido poco o nada, pues unas tenues ojeras manchaban ese rostro perfecto.

Keylan cerró la puerta, encontrándose con los ojos asustados de Crobs mientras lo hacía, que seguía en el vestíbulo, acojonado. Aunque no tanto como para haberle avisado. Se giró hacia el interior, sabiendo que era

probable que lo hubieran amenazado, el rey era muy bueno en eso.

Se dejó caer con pesadez en el sillón más cercano, no muy seguro de poder seguir en pie.

—¿Vienes a defender el honor de tu hermana? —preguntó con altivez y bastante dosis de imprudencia. Los ojos azules grisáceos no flaquearon, pero estaban carentes de toda emoción cuando lo examinaron de arriba abajo, y repararon de inmediato en el feo hematoma de su pómulo derecho, desconociendo que se lo había hecho al salir precipitadamente de casa esa noche y caerse por las escaleras, y en el ojo izquierdo, que ya mostraba un bonito tono morado, así como en su labio partido y los nudillos pelados y ensangrentados de ambas manos, muestras de su reciente pelea con otro de los socios del último club donde había estado, del que acababan de echarlo.

—Vengo a saber qué le has hecho. —Una expresión de sorpresa cruzó las facciones demacradas de Keylan.

—¿No te lo ha contado con pelos y señales?

—Mira, Storn, no me hagas perder la paciencia. Te aseguro que no es una buena idea con esto en las manos. —No movió el arma de su sitio, aunque no hizo falta, la amenaza era clara, así como las evidentes ganas que tenía de usarla. Y eso que al parecer desconocía el motivo. Aun así, continuó en un obcecado silencio que puso a prueba esa famosa tolerancia de su cuñado—. Lo único que sé es que se presentó de madrugada, y que algo horrible le había pasado. He intentado que me lo contase, pero no lo he conseguido, ni ninguno de los miembros de la familia. De hecho, no habla de nada, y eso es de por sí malo. Así que, maldito cabrón, dime de qué puta forma maquiavélica has rematado a mi hermana después de la puñalada trapera de ayer por la mañana, o te juro que te volaré la tapa de los sesos sin pestañear. —Keylan se esforzó por ocultar su sorpresa. ¿Ella le había hablado del desagradable altercado que habían tenido? ¿Y aun así Reskan le había permitido volver con él, eximiéndola de celebrar con la familia la comida de Año de Nuevo? ¿Y por qué demonios no había ido corriendo a confesarle que había tratado de

forzarla?

«Dilo, maldito cobarde, has estado a punto de violarla». A pesar de las ganas que tenía de vomitar se levantó de golpe, lo que hizo que se mareara y se dirigió al mueble bar, donde se sirvió una copa de *brandy* a rebosar—. ¿No crees que ya estás hasta arriba de eso? —preguntó el rey con evidente desprecio en su voz. De todos modos, se la bebió de un solo trago, y antes de volver a sentarse se llenó otra, dejando las puertas abiertas. No creía que tardase demasiado en volver por allí— Además —continuó aquel insufrible pariente que le había tocado en suerte—, creía que lo habías dejado. En grandes cantidades, al menos.

—Hay momentos y momentos —refunfuñó, mientras miraba el fondo de la copa con la concentración de un borracho—. A veces uno necesita con desesperación la sensación de abotargamiento de la mente y de los sentidos, no poder pensar con claridad, que te anestesie el corazón.

—Sí, pero eso suele ser cuando se sufre en demasía. —Hizo una pausa lo bastante larga como para conseguir que lo mirase—. O cuando uno ha hecho algo terriblemente depravado y no puede vivir con ello en la conciencia. —Keylan sorbió su copa, rompiendo el contacto visual.

—Pregúntaselo. Sabes dónde encontrarla —susurró en tono ronco.

—Ya no está en mi casa. —El duque alzó la mirada al techo.

—No ha vuelto aquí —negó, adivinando sus pensamientos. La mirada verde, enfebrecida, chocó con la azul. Durante un largo momento el duelo fue intenso, pero Key sabía que no podía ganar.

—Mi padre… —Una sonrisa desganada curvó los labios del otro, generosa en la victoria.

—Se ha ido a Oscuridad. —El corazón de Keylan se paró. Sabía que se lo merecía, que era lo mejor, sin embargo, le dolió de forma atroz—. Todos se han marchado con ella, incluida tu familia. Solo me he quedado yo para esperarte. Y da gracias por ello. Si le hubiese permitido a mi padre venir en mi lugar, como era su deseo, te habría pegado un tiro sin preguntar, y después

se habría bebido tu mejor *whisky* para celebrarlo. —El duque no tenía la menor duda. El viejo le tenía unas ganas tremendas, aunque no podía decir que su hijo fuera una mejor opción.

—Bien. A fin de cuentas, no le ha ido tan mal, entonces. Supongo que después de mi… actuación tengo asegurado el divorcio, y estoy seguro de que el bueno de Severn forma parte de la comitiva para consolarla convenientemente, por lo que en breve anunciareis una nueva boda en la familia. —El tono sarcástico y agresivo no conseguía enmascarar los celos y el sufrimiento que sentía.

—Mira que eres imbécil. —Storn se levantó de un salto, echando veneno por los ojos, inyectados en sangre por el rencor, el alcohol y el insomnio.

—Si dejar que entre todos me convirtáis en el cornudo más grande de Dragarian es ser un idiota, sí, entonces efectivamente lo soy. —Res lo miró fijo, aguantando sin problemas las dagas que le enviaba a través de los escasos metros que los separaban. Al final, inspiró con fuerza, aflojando un poco la presión que ejercía sobre la culata de la pistola.

—Dacross es el tío de Kana. —Observó con gran placer cómo la mandíbula inferior de ese retrasado se iba desencajando hasta casi tocar el suelo, y siguió clavando el cuchillo en la carne fresca, viendo con inmensa satisfacción cómo la sangre manchaba la carísima alfombra, a los pies de ambos—. Era el hermano de su madre, y el que encontró a ambas el día del secuestro y el posterior incendio. Se metió sin pensárselo en la casa en llamas para sacar a Helailla de aquel infierno, y atendió a mi esposa cuando yo tuve que salir en busca de nuestro hijo recién nacido. Después consiguió llevarlas a las dos a casa, sanas y salvas. Desde entonces ha sido no solo un amigo fiel y bondadoso para mi hermana, sino que la ve como a otra sobrina más. Así que ya ves, maldito tonto, le debo a ese hombre más de lo que podré pagarle jamás en esta vida, probablemente en cien juntas. —Keylan negaba con la cabeza, la expresión incrédula de sus ojos podría haber resultado cómica en otras circunstancias.

—No…

—Estaba allí aquel día, Storn, puedo asegurarte…

—No niego que él hiciera todas esas cosas, es de su amor platónico de lo que reniego. —La sonrisa conocedora del rey le tensó todos y cada uno de los músculos del cuerpo—. Los he visto juntos, los he visto besarse, ella ha admitido… —contestó con voz desesperada. Su cuñado lo miró con interés renovado.

—Así que ella jugó fuerte al final, como le aconsejé. Y supongo que eso desencadenó los sucesos que han llevado a que se haya marchado a su propiedad.

—¿Jugado? ¿De qué estás hablando?

—Todo fue una pantomima. Un plan ideado sobre la marcha cuando apareció en escena Dacross y tú mostraste esos irracionales celos nada más verlos juntos y confundir su incuestionable amistad con una prometedora atracción. Pensamos que podríamos forzarte a desvelar que te importaba. Que lucharías para quitársela a tu contrincante y demostrarías que la querías. Pero has resultado un cobarde sin agallas y le has hecho un daño irreparable. —El peso de lo que había hecho empezaba a agobiarlo, sintió que las piernas le fallaban, y tuvo que agarrarse a la mesa con las dos manos para no caerse. Reskan frunció el ceño al verlo, sin comprender.

—¿Ella está bien? —susurró en un tono tan bajo que apenas entendió las palabras. Pensó en no contestarle, era lo menos que se merecía, sin embargo, el cambio que había sufrido en el último minuto había sido tan radical que no sabía qué pensar. Aquel era un hombre descompuesto, vencido, angustiado, arrepentido, definitivamente roto.

—Ya ha huido de ti antes, no es eso lo que me preocupa, sino su mirada perdida y extraviada, como si le hubieses hecho algo imperdonable, como si el dolor fuese insoportable. —Keylan cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos Reskan pudo ver en ellos la misma desolación, desesperación y tormento que en los de su hermana. Dejó la pistola sobre el escritorio.

—¿Crees… que se recuperará?

—Francamente no lo sé. Es una persona muy fuerte, pero me temo que la hayas perdido para siempre. Ahora tengo que irme. Tendré que cabalgar como un demonio si quiero alcanzarlos antes del anochecer, a pesar de los niños. —Iba a girarse hacia la puerta cuando sorprendió la extraña mirada de su cuñado… fija en la pistola que había olvidado en la mesa. Lo agarró por el brazo, advirtiendo que lo tenía rígido, como si estuviese manteniendo una silenciosa lucha feroz por hacerse con el control del arma, y sintió un escalofrío—. No seas idiota. Estás demasiado borracho y agotado como para ver las cosas bajo la perspectiva correcta. Además, me dijiste que no eras un maldito suicida. —Intentó bromear, pero aquel brazo lleno de músculos seguía ejerciendo una increíble presión—. Maldita sea, Storn. No voy a permitir que te revientes la cabeza en la casa de mi hermana. El escándalo sería monumental. Arrasaría a la familia y acabaría con cualquier posibilidad que tuviera de volver a casarse.

—¿Y un escándalo por un divorcio será menos dañino? —preguntó con sobrada ironía.

—Mucho menos, dónde va a parar. Al menos con un divorcio no se especulará en los salones de baile ni en las salas de té sobre muerte y sangre, que siempre son temas tan desagradables.

—No, en este caso se cotilleará sobre impotencia, esterilidad, cuernos y malos tratos. Qué bonito. —Una lánguida sonrisa perfiló los labios de Reskan, que respiró más tranquilo. Unos pocos segundos después, el cuerpo de su cuñado se relajó y casi cayó al suelo. Mientras lo sujetaba por la cintura, el monarca se apresuró a coger la dichosa pistola y guardársela en el bolsillo de la chaqueta, y luego lo tumbó en un largo sofá. El joven cerró los ojos de inmediato. Reskan lo miró desde arriba, con los puños apretados—. Me encantaría partirte la crisma. No sabes cuánto lo deseo. Es lo mínimo que te mereces —dijo con la voz cargada de emoción.

—Lo sé —admitió en un tono bajo y ronco. Aunque apoyó el antebrazo sobre

su cara y se tapó los ojos, el rey pudo ver las lágrimas que se deslizaban por sus pálidas mejillas.

—Pero no vale la pena. Me temo que ni siquiera notarías los golpes. Estás demasiado hundido en la autocompasión y en tu propia mierda. Adiós, Storn. Verdaderamente, dudo que volvamos a vernos. —La puerta se cerró con suavidad tras él, aunque Keylan no se enteró debido a los numerosos temblores que atravesaban su cuerpo.

¡Virgen santísima, qué había hecho!

Si no se hubiera sentido totalmente asqueado de su penosa actuación en cuanto la primera y mortífera ráfaga de rabia se hubo diluido, la confesión de Cetriar habría conseguido fulminarlo como un rayo.

Por eso se había marchado de inmediato de la mansión, avergonzado y aterrorizado, y por eso había vomitado otras dos veces, además de aquella en la entrada de su casa. Las arcadas por la ignominia de lo que le había hecho a su esposa lo habían acosado sin descanso, al igual que la acusación reflejada en esos tristísimos ojos grises, que resaltaban en aquel rostro pálido y asustado, rastrillado de gruesas lágrimas.

Dudaba que alguna vez pudiera borrar todo aquello de su cabeza. Con seguridad entraría a formar parte de sus pesadillas para atormentarlo con renovada fuerza. Y se lo merecería, por supuesto.

Debió quedarse adormecido un momento porque, en efecto, las imágenes de unas horas atrás, en las que insultaba a su mujer, la doblegaba y se preparaba para someterla, lo acosaron sin piedad con una nitidez tal, que pareció del todo real.

Abrió los ojos de golpe, cubierto de sudor y con la respiración acelerada. El corazón le martilleaba en las sienes, y los gritos de su mujer al suplicarle piedad le machacaban los oídos. Se giró hacia la izquierda con rapidez y vació el contenido de su estómago por cuarta vez en la fabulosa alfombra en tonos verdes, azules y ocres. La miró con fijeza, la mancha sería imposible de quitar. Igual que la de su honor.

Soltó una carcajada sombría, carente de todo humor. Qué importaba el honor cuando uno había perdido al amor de su vida, esa vez para siempre.

Helailla miraba las estrellas blancas y amarillas con ojos cínicos, intentando no caer en la tentación, pero al final no pudo resistirse. ¿Si pudiera pedir un deseo? «No haber conocido nunca a Keylan» fue lo primero que le pasó por la mente. El dolor, rápido como la hermosa estrella fugaz que había empezado esa tonta historia minutos antes, llegó en cuanto su nombre resonó en su cerebro. Intentó apartarlo, no obstante, en noches como aquella, cuando todos se habían retirado ya, se sentía sola, y su cuerpo traicionero lo ansiaba. «¿Cómo puedes necesitar las caricias de ese miserable?», se echaba en cara con rabia mientras secaba las inagotables lágrimas con la manga del vestido.

Escuchó el sonido de la puerta, y al girarse vio salir a Iriana, quien, envuelta en un grueso chal, miraba la noche sumida en sus pensamientos. Suspiró apesadumbrada, desde la inexplicable huida de Dare su cuñada había cambiado mucho. La muchacha de carácter fuerte y voluntarioso, de ojos risueños y sonrisa pronta, había desaparecido. Durante el largo viaje hasta Oscuridad, que tanto Rodan como ella habían querido hacer con los Cetriar –en parte por su propia seguridad, pero también para darle apoyo moral aún sin saber lo que le había ocurrido–, se había ido encerrando en sí misma cada vez más. Al principio se había esforzado por ocultar su mirada melancólica y sus ocasionales ensoñaciones, pero últimamente ya ni siquiera hacia el intento. Cada día que pasaba se la notaba más tensa y preocupada, y Lalla la veía… diferente.

«Al diablo con los hombres», se dijo dándose la vuelta con rabia. Iriana tendría que aprender a superarlo, pues Dare había demostrado ser otro bastardo egoísta. Se detuvo entre las sombras de un gran árbol de camino a los establos, donde iba a visitar a la nueva camada de gatitos, que había decidido instalarse entre la paja calentita con la cansada mamá. Menudo vocabulario

para una dama. Pero criarse con siete niños le abría el repertorio a una, y la verdad era que tenía bastantes motivos para intentar recordar cada una de aquellas medio olvidadas enseñanzas.

Saludó de forma mecánica a los guardias con los que fue encontrándose y al jefe de cuadras, que aún no se había acostado, y después de pasar a ver a Avalancha y a Ceniza, su hermoso potrillo gris, se encaminó al box vacío donde se había instalado la nueva familia. Allí se entretuvo un rato, mimando a los minúsculos y preciosos cachorros, y alabando a la madre por cuidarlos tan bien. Al final se marchó para dejarlos descansar, incluidos los dos mozos que deambulaban por allí para velarla a ella.

Atravesó el patio apenas iluminado por las luces del establo a su espalda y de la mansión más allá, e inclinó la cabeza ante uno de los soldados con el que se cruzó. Cuando lo sobrepasó percibió el humo del cigarro que se estaba fumando, y sin ser consciente de ello inspiró con fuerza para retener el olor. De inmediato lo recordó… «Key, siempre Key». Keylan la había traicionado del peor modo posible entre un hombre y una mujer. Había utilizado su superioridad física con el fin de obligarla a tener relaciones sexuales.

Se había detenido a tiempo, gracias a Dios. Pero había tenido miedo. Y quizá aquello fuera lo peor de todo. Temerle a la persona que amaba. ¿Se asustaría cuando lo viera de nuevo o el amor podría con todo, como decían los poetas?, se preguntó con sarcasmo.

Necesita tirar de ironía. Porque con sus actos Key también había roto una cadena invisible, pero de una importancia vital para cualquier relación: la confianza.

Mirando una vez más al cielo se preguntó, mientras el corazón le lloraba de pena, cómo se podía restaurar todo eso.

Reskan ya había redactado los documentos de divorcio, asesorado no por uno, sino por tres renombrados abogados. Le llegarían a su marido en algún momento del siguiente mes. No tendría por qué haberle advertido, simplemente, haber presentado el caso al Parlamento, pero no quería ser tan

fría e insensible como para que lo leyera en los periódicos una mañana durante el desayuno. Al menos creía deberle eso.

Su hermano le había pedido que esperara un poco más antes de dar ese paso tan drástico, advirtiéndole que fuera lo que fuese lo que hubiese pasado entre ellos, Keylan parecía tan aturdido como ella y aparentaba estar lamentándolo terriblemente.

Al parecer había ido a visitarlo a la mañana siguiente de que ella se presentara en su casa. No lo dijo, pero Lalla supuso que para partirle la cara, como mínimo, y le contó que tenía un aspecto horrible, como si se hubiese metido en una pelea callejera. Apestaba a alcohol, tenía los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida, y lo que era peor… Res le había dejado caer, como al descuido, que incluso temía por su vida.

Aquello sí que la asustó. Esperaba que ese idiota no hiciera alguna tontería y, aunque pensaba en esa posibilidad al menos una docena de veces al día, sintiendo que los nervios se la comían viva ante la visión de un mundo sin Keylan, siguió adelante con sus planes. Al fin y al cabo, él tampoco había hecho ningún movimiento para acercarse a ella, con toda seguridad en extremo contento de deshacerse de una esposa adúltera.

Llegó al lateral de la casa, donde la escasa luz la obligó a ir más despacio. No tenía ganas de acostarse. Sabía que la esperaba otra larga noche de insomnio, en la que ser revolvería entre las sábanas de su solitaria cama, echando de menos algo que no podía ser.

Los fuertes brazos que la atraparon por detrás, uno de ellos presionando su boca con tanta fuerza que casi le partió el cuello, la dejaron atónita durante unos segundos.

—Llevo un par de pistolas, una afilada daga, una espada que por supuesto sé usar y una porra. No me obligue a utilizar ninguna de ellas, ni contra usted ni contra ellos. —La giró un poco para llamar su atención sobre el par de hombres que mantenía una animada charla unos cincuenta metros a su izquierda. Ella forcejeó, en un intento desesperado por llamar su atención, no

queriendo quedar a merced de aquel desconocido. El abrazo se intensificó y le cortó el aliento—. ¿De verdad quiere intentarlo, duquesa? Sé que el soldado más joven se llama Petro y que acaba de casarse, y el otro, el moreno, tiene dos hijos pequeños, un niño y una niñita… —Ella se había quedado quieta como una estatua en cuanto empezó a hablar. Porque no quería que hirieran a sus hombres… y porque había identificado su voz. Y con aquel reconocimiento llegó el terror. Pero antes de que pudiera procesarlo y actuar en consecuencia, una ligera presión en su cuello durante unos segundos, hecha por una tercera mano, convirtió su mundo en oscuridad y silencio.

Volvió en sí con una leve sensación de mareo y la incertidumbre de no saber dónde estaba. Poco a poco fue reconociendo la tosca habitación en la que estaba prisionera como la casita del leñador, entonces en desuso, pues se había casado unos años atrás y junto a su esposa y sus dos pequeños se habían mudado a un hogar más grande y confortable.

Antes de que pudiese pensar en una manera de salir de allí, puesto que la casa solo constaba de la habitación en la que se encontraba, y esta únicamente disponía de una ventana tapiada por grandes tablas y la puerta de entrada, el chirriar de los goznes anunció que ya no estaba sola. Mientras una brisa fría movía los mechones de su pelo hacía su rostro, el primer escalofrío recorrió su columna.

—Vaya, vaya. Así que la bella durmiente por fin ha despertado. Y no ha esperado al beso de amor de un príncipe azul, qué desafortunado. Habría estado encantado de hacerle ese favor, querida. —El siguiente estremecimiento se deslizó por su nuca al escuchar la amenaza clara en las palabras susurradas con voz ronca en su oído, en un gesto íntimo. Quería girarse y encararlo, pero era una mujer casada y con experiencia, y sabía que ese gesto la pondría directamente donde él quería, en sus fauces. Entonces tomaría lo que quería de ella, porque según su mentalidad retorcida pensaría

que lo estaba invitando. Siguió de espaldas a él, sin estar preparada aún para enfrentarlo. Él se rio de ella, solazándose en su miedo—. No me diga que en el tiempo que hace que no nos vemos ha perdido todo su coraje, *lady* Storncrass, o me decepcionaría mucho. —Un pequeño silencio siguió a su pulla, y Lalla se sobresaltó cuando por el rabillo del ojo vio a un segundo hombre acercarse a un bulto en el suelo. Sin poder remediarlo siguió sus movimientos, y contuvo el aliento cuando al destapar la manta que lo cubría descubrió a una mujer con la cara llena de lágrimas y el terror marcando cada uno de sus rasgos. Tenía una ceja partida, un ojo medio cerrado, y la ropa rasgada por varios sitios, en especial en el escote, donde se le veían varios feos hematomas. En un primer momento creyó que se trataba de Soiria, pues el color del pelo y de los ojos era el mismo, pero después la reconoció: era la joven Marga, la criada que estaba aprendiendo a teñir la lana. Para su vergüenza, sintió un repentino alivio porque no fuera su doncella personal. El hombre le dio una patada en el estómago y la chica gimió, demasiado débil como para hacer algo más. Lalla soltó un grito ahogado y se giró con violencia hacia su captor, sus ojos repletos de recriminaciones, sin embargo, al ver esa cara marcada por primera vez, tragó saliva, horrorizada ante la terrible cicatriz que la desfiguraba. Enfocó la vista un poco por encima de su hombro, incapaz de seguir mirándolo. Por suerte él había estado disfrutando de la visión de la mujer apaleada y no se fijó en su reacción. Al fin la encaró—. Ah, la fierecilla vuelve —dijo con sorna—. Bien, como imagino que lo desconoce, esa es una de sus criadas, y le aseguro que… sirve excepcionalmente bien. —La risita baja del otro hombre le dio a entender a qué tipo de vejaciones, además de la paliza, habrían sometido a la joven y le puso los pelos de punta. Se le estrujó el corazón, sabiéndose culpable de aquel terrible acto—. Ahora bien, la seguridad y comodidad de la mujerzuela dependen por entero de usted, así que, si es una buena chica y se comporta con absoluta discreción, no alertando a su guardia mientras dure nuestra estancia aquí y colaborando en todas mis peticiones, ella saldrá del todo indemne, se lo aseguro. De momento,

y para que vea mi buena disposición, voy a quitarle la mordaza, no obstante, ante el más leve indicio de que vaya a gritar, mi amigo se cargará a la sirvienta. ¿Me ha entendido? —Helailla asintió, pero cuando él se subió al jergón donde estaba sentada y se inclinó hacia ella con las manos alzadas, retrocedió todo lo que pudo, aunque al tener las manos y los pies atados sus opciones no fueron muchas—. Tranquila. Solo voy a desatarle el pañuelo que tiene alrededor de la boca. Estoy seguro de que se muere por escupirme algunas bonitas palabras, ¿eh? —La mujer respiraba con dificultad teniéndolo tan cerca, y su pecho subía y bajaba de manera fatigosa con cada respiración acelerada. La mano, grande y callosa, se desplazó con infinita lentitud desde su hombro hasta su cuello, arrastrando el pulgar abierto por el escote, solazándose en su piel nacarada y suave como la seda caliente. Cuando llegó a la esbelta garganta apretó un poco mientras la recorría en sentido ascendente, lo que la obligó a levantar la cabeza para seguirlo. No lo miró en ningún momento, y fingió no advertir su resuello jadeante. Al final posó ambas manos en su nuca y, deshaciendo el nudo con destreza, dejó caer la suave prenda sobre su falda.

—Si vuelve a tocarme, lo mataré —susurró sin levantar los ojos, los puños crispados tras la espalda rígida. La carcajada masculina, cargada de tensión sexual y de desprecio, la asustó.

—Es usted una joya, *lady* Storncrass. Es una verdadera lástima que acarree una tara tan grande como la ceguera, en otro caso, sería un diamante de una perfección absoluta. —Helailla se quedó mirando estupefacta la espalda de su enemigo. Dios santo, ¿no sabía que podía ver? Hacía dos meses y medio que había recuperado la visión, y aún entonces era la comidilla de la buena sociedad en Crasia. ¿Cómo podía ignorarlo? Pues ella no pensaba decírselo, ya que esa información podría suponerle una clara ventaja a la hora de escapar.

—Eso pensaba mi marido, por eso me abandonó. —La mirada afilada del hombre la taladró. «No te quedes mirándolo a los ojos. Recuerda que no

puedes ver», se dijo, desviando la vista tan solo un par de centímetros a su derecha.

—¿En serio? Yo pensaba que más bien había sido al contrario, que había decidido cambiarlo por un premio mejor, como ese dios rubio que la acompaña a todas partes y que parece contar con el beneplácito de su familia. —El comentario fue hecho en tono jocoso, pero había un brillo calculador en sus ojos verdes, tan parecidos a los de su hijo.

—Dacross es el tío de mi cuñada, y nuestra relación es meramente fraternal, aunque eso no sea de su incumbencia —recalcó con altanería—. Keylan y yo no nos entendíamos. Por eso vamos a divorciarnos. —Las cejas negras se alzaron con sorpresa.

—Divorcio. Qué palabra más desagradable. Y me extraña que el conservador de mi hijo esté de acuerdo con ello. Pero por mucho que me entretenga su conversación no podemos demorarnos más en este momento. Necesito que haga ciertas cosas antes de marcharnos. —Helailla sintió una opresión en el pecho, y le empezaron a sudar las manos.

—¿Quiénes? —balbució.

—Sabe muy bien que voy a llevármela conmigo, preciosa. Atraerá al pez que quiero directo hasta mi red, por mucho que me hable de estúpidas separaciones. Los caballeros de hoy en día aún se rigen por un estricto código del honor. Y mi hijo hará gala del suyo en cuanto sepa que mantengo en mi poder a su esposa. —Y ella sabía que sería así. A pesar de que hacía tan solo un rato lo había acusado de no tener vergüenza, estaba segura de que arriesgaría su propia vida por salvar la suya. Y eso era algo que no podía permitir.

—No pienso colaborar. —Una fea sonrisa apareció en su cara y tiró de la enorme cicatriz.

—Claro que lo hará, duquesa. Porque, de no ser así, le pediré a mi amigo que deje de vigilar y se cargue a esa estúpida gimoteante que está en el rincón. —Lalla había intentado obviar los continuos y angustiosos gemidos de la

muchacha, suplicando porque ese monstruo no la obligase a callar de alguna manera horrible—. Sin embargo, no pararé ahí, señora, sino que los dos entraremos en la casa, habitación por habitación, y masacraremos a cuantos familiares y amigos encontremos en sus camas, durmiendo apaciblemente, indefensos. Mujeres y niños… —Helailla se metió el puño en la boca para evitar soltar un grito de angustia, pensando en los inocentes pequeños, en sus primas…

—Mis… primos… también están… Y mi hermano… Son guerreros… Saben defenderse y ustedes solo son dos… Y tenemos sesenta soldados…

—Me temo que ya no les quedan tantos —contestó con una sonrisa de disculpa—. Y, en cuanto a su temible familia, puede que alguno se despierte antes de que ensartemos su corazón con la punta de nuestras espadas. ¿Pero asumirá el riesgo de perder a unos cuantos ante la posibilidad de que uno me frene? Porque yo sí estoy dispuesto a correrlo. —Sin embargo, ella no y él lo sabía. No arriesgaría ni un solo pelo de sus seres queridos por salvarse. Bajó los hombros.

—¿Qué quiere que haga? —Cuando su mano cogió su pie ni se inmutó, dispuesta a soportar lo que fuese, pero esa vez no se sobrepasó. Parecía que el tiempo empezaba a ser esencial, por lo que se limitó a cortar el pañuelo y con rapidez hizo lo mismo con sus manos. A pesar de que la había maniatado con sedas, se frotó las muñecas, dolorida. El hombre acercó una silla a la desvencijada mesa y cogiéndola del codo la llevó hasta allí.

—Necesito que escriba una carta. Y no se deje llevar por la creatividad, ponga palabra por palabra lo que yo le diga. —Cuando la hubo terminado temblaba por dentro, tanto por el esfuerzo de haber fingido que no veía lo que escribía, aceptando su ayuda y su consiguiente cercanía para mostrarle donde empezaba y terminaba la hoja, si se estaba torciendo o quedando sin tinta, como por lo que la estaba obligando a redactar. La desesperación se había ido adueñando de ella mientras las contundentes palabras la iban alejando de su familia y la dejaban a merced de ese asesino—. Bien, déjeme releerla. —

Tardó un momento en repasar las palabras un tanto bailonas en su esfuerzo por aparentar inseguridad al escribirlas. Cuando llegó al final frunció el ceño—. ¿Por qué ha firmado como Hela? Le dije que pusiera "Tu hermana". —A pesar de que los atronadores latidos de su corazón le subían por la garganta, consiguió que su voz sonara calmada y su mirada pareciera serena cuando miró a algún punto por encima de su hombro.

—Res me llama así desde pequeña. Siempre firmo con ese nombre cuando le escribo. Le parecería extraño que de repente me pusiese tan formal. —La mirada afilada la estudió unos interminables momentos. Después cogió la hoja, la dobló y la metió en un sobre. Aquello debería haberla tranquilizado, pero no fue así. Aquel material de escritura era suyo y lo guardaba en su dormitorio, lo que significaba que habían entrado en la casa para conseguirlo. ¿Qué más habían hecho una vez dentro? ¿Asesinado a su familia como había amenazado? ¿Estaba acaso colaborando para nada? Él percibió su mirada asustada, porque cruzó los brazos sobre las rodillas, medio sentado en la mesa como estaba, y sonrió.

—¿Qué ocurre, princesa? —preguntó, guasón, debido al doble sentido de la palabra.

—Ya han estado en la mansión —musitó, tensa. Las negras cejas se alzaron un segundo antes de que sus ojos se desviaran al sobre cerrado que tenía en la mano. La mirada burlona había desaparecido, y en su lugar sus ojos se entrecerraron en una expresión calculadora que la asustó—. He notado el emblema de mi marido, y puedo oler mi perfume en el papel. —Se apresuró a justificarse. Su respuesta pareció conformarlo.

—Se hacía necesario recoger esto —dijo moviendo el sobre. Lalla decidió hacer un último intento por salvarse.

—Mi hermano no se tragará que me haya marchado sin decirle nada a nadie. —Señaló con un gesto vago de la mano—. Ahí menciono que me he llevado a una docena de soldados para mi protección, pero le aseguro que conoce el número exacto de hombres de los que disponemos. Tardará una hora a lo sumo

en hacer un recuento y comprobar que no es cierto. —La sonrisa confiada de él la puso nerviosa.

—Oh, pero es que esos hombres ya faltan, querida —le informó con voz suave. El vello de la nuca se le erizó.

—¿Los ha… matado? —susurró, aunque ya sabía la respuesta. No era la primera vez que medían sus fuerzas y sabía de lo que era capaz.

—No se aflija. Su único objetivo en la vida era morir por usted, igual que el de un árbol es dar sombra. Y han cumplido con ese propósito de manera ejemplar. —Lo dijo con un tono tan desenfadado, tan casual, que igual podría haber estado contándole la última obra representada en uno de los famosos teatros de la capital. Su cara de horror lo hizo reír—. Vamos, duquesa, no sea tan moralista. La vida es para los que saben lo que quieren y lo cogen con las dos manos, sin importar el precio ni las consecuencias. La gente cauta y cobarde se queda sin nada, con los bolsillos vacíos y la amargura de saber que no puede cambiar el mundo.

—Prefiero eso mil veces a convertirme en alguien como usted. —El desprecio de la joven no era nada comparado con el que mostraba la cara marcada de ese monstruo.

—Como desee. —En ese momento el otro hombre regresó con una gran bolsa de viaje que Lalla reconoció como suya, no obstante, simuló no haberla visto. Su suegro se dirigió a él—. Te has tomado tu tiempo.

—Eso parece un enjambre. Hay más hombres que mosquitos —se quejó malhumorado—. He estado sorteándolos como si fuera un conejo al que le sigue la pista una manada de lobos hambrientos.

—Bien, ya sabes qué hacer. No te demores, se está haciendo tarde y necesitamos poner todos los kilómetros posibles antes del alba. Llévate esto. —Le entregó la carta, que se guardó en un bolsillo interior del abrigo. Entonces se acercó a la criada, que lo miró con los ojos desorbitados de pánico, haciendo un ruidito sordo desde el fondo de la garganta, como si quisiera gritar, pero no se atreviera. Helailla se obligó a no mirar, a pesar de

que todas y cada una de las fibras de su ser la compelían a hacerlo. Escuchó ruidos como de lucha y cerró las manos con fuerza. Un momento después vio con el rabillo del ojo que el individuo la sacaba de la casa, amordazada.

—¿Adónde la lleva? —preguntó con cara implorante.

—Va a ocultarla en algún lugar, para que la encuentren por la mañana. —Sin embargo, no le creyó, lo leyó en su mirada cruel. Iba a replicar, pero él se le adelantó—. Tendría que preocuparle más su propio destino, duquesa, al menos el más inminente.

—¿Qué quiere decir?

—Mi amigo ha traído una bolsa con algunas de sus cosas —le informó mientras hurgaba en el interior con descaro—. Accesorios, zapatos, ropa… Me temo que nada elegante, pero sí muy práctico para nuestro largo viaje. —Una sonrisa felina teñía sus facciones mientras sacaba unos pantalones negros y una camisa a juego, además de una chaquetilla de lana del mismo color. Un momento después unas botas altas completaban el conjunto—. Me sorprende gratamente su elección de guardarropa, señora, aunque ya he descubierto que no es una dama al uso. Supongo que eso es lo que fascinó a mi hijo, ¿no?

—Lo atrajo la novedad. La imposibilidad de tenerme de otro modo que no fuera mediante una boda —mintió con descaro—. Una vez superada esa fase no quedó nada. Por eso su plan no funcionará.

—Eso sería un error de cálculo imperdonable. Sobre todo, para usted, puesto que entonces ya no la necesitaría. Viva. —Un miedo cerval apareció en los ojos grises, y él disfrutó con ello—. Desvístase. —La orden, escueta pero espeluznantemente clara, la paralizó. Negó con la cabeza—. Ahora, *lady* Storncrass.

—No —fue todo lo que pudo susurrar, tan bajo que apenas se la escuchó.

—Querida, por muy tentadora que sea, y le aseguro que lo es, no dispongo de tiempo para un *tête à tête* en estos momentos. Pero, aunque está encantadora con ese modelito de muselina y encaje, no es muy funcional para las largas horas que nos esperan a lomos de un caballo, así que cámbiese

rápido. —Dejando caer el montón de ropa en su regazo, se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, en una actitud muy relajada. Jadeó horrorizada.

—¿Con usted delante? —Una fina sonrisa curvó sus labios.

—No pensará que voy a dejarla sola, ¿verdad?

—Pero no hay más salida que…

—Se acabó. Si no lo hace por las buenas, la obligaré, y le aseguro que disfrutaré inmensamente en el proceso. —La intimidó con una veta cruel en los ojos. Tragó saliva.

—Solo una cosa más. ¿Cómo sé que cuando me haya cambiado no me atará y usted y su compañero se meterán en la casa y hará efectiva su amenaza de matar a mi familia? ¿Cómo sé que él no está haciéndolo ahora, mientras hablamos? ¿O que… los asesinó antes, cuando estábamos redactando la carta? —preguntó con el corazón en un puño.

—Podríamos haberlo hecho, sí. Pero se está comportando, por lo que no me ha dado motivos para castigarla. Además, algo así sería muy imprudente, ya que, por una parte, conlleva numerosos peligros y, por otro lado, su familia, junto a la de su cuñada, forman una de las más ilustres y poderosas de la faz de la Tierra. Una cosa es el problemilla que mantengo con mi hijo, en el que por desgracia usted se ha… visto involucrada, y otra muy distinta es empezar una guerra sin tregua con los Cetriar y compañía por haber masacrado a la mitad de sus integrantes. —Helailla estaba anonadada ante una lógica tan desquiciada, aunque se abstuvo de contestar. Si con ese razonamiento conseguía que no tocaran a sus seres queridos, que así fuera. Vio que su impaciencia y tolerancia habían llegado al límite y, respirando temblorosa, llevó la mano al primer botón de su corpiño, mientras la mirada hambrienta de los ojos verde oscuro la seguía, y la sonrisa malévola y lasciva de su boca se ampliaba hasta convertirse en una carcajada cruel.

# Capítulo 21

La desaparición de Helailla en un principio pasó desapercibida, ya que ese día estaba previsto que fuese temprano al pueblo a visitar a la mujer del párroco, que estaba enferma desde hacía varios días y tenía tres hijos de los que hacerse cargo; y después pensaba pasarse por el hospital, el cual siempre andaba necesitado de manos extras, e incluso iba a hacer una parada rápida por la escuela, que tanto precisaba una ayudita económica para comprar nuevos libros y material escolar diverso. El techo requería una urgente reparación, y las escaleras que daban a la primera planta empezaban a pudrirse, lo que las convertía en una trampa mortal para niños y adultos… Y a la pizarra no le vendría mal ser sustituida… Estaba claro que aquella ya había dado de sí todo lo que era capaz. Tenía pensado reunir a unas cuantas damas locales para tratar el tema y ver qué podía hacerse para empezar las reformas cuanto antes, entorpeciendo las clases lo menos posible.

Así que cuando la hora de comer pasó, y ella siguió sin aparecer nadie parpadeó, pero cuando las sombras del atardecer comenzaron a alargarse sin que los cascos de su indómita yegua blanca resonaran por el camino de entrada sí que empezaron a inquietarse. Al final Reskan mandó a un par de sus hombres al pueblo a buscarla y entró en el dormitorio de la joven, inquieto. Se sintió algo mejor en aquel entorno familiar envuelto en el olor de ella, y se paseó distraído entre sus cosas, preguntándose dónde diablos podía haberse metido.

Tocó con la punta de los dedos su cepillo de plata y de inmediato sus ojos recayeron en el sobre con su nombre colocado en el centro del tocador. Un mal presentimiento, junto a un innegable nudo de temor, lo paralizaron durante un interminable momento, mientras sus dedos aún permanecían suspendidos sobre las cerdas del cepillo. Después, con una inspiración brusca, cogió el sobre y, rasgándolo con rudeza, lo tiró sobre la mesa mientras leía el breve contenido de la carta. Con ella en la mano, y la cara pálida y contraída, buscó la cama con las piernas y se dejó caer en ella. La releyó otras dos veces, intentando encontrarle algún sentido.

Res,

He decidido salir de escena durante un tiempo.

Me siento presionada por unos y por otros para dirigir mi vida en sentidos que no estoy segura de querer tomar.

Sé que os mueve el amor y la preocupación por mí, pero ya no soy una niña huérfana a la que hay que sobreproteger, ni tampoco la pobre cieguita que necesita un perro guía para caminar.

Ahora soy una mujer casada que debe seguir su propio camino, cometer sus propios errores. Vivir su propia vida.

Aquí me siento agobiada, rodeada de gente que no me ve como soy. Incluso tú. Sobre todo, tú.

Por eso me marcho. Para buscar mi camino sola, tranquila y en paz. Lejos de los hombres sobreprotectores que no me dejan respirar.

Como Keylan y tú.

No es un adiós, querido, tan solo un hasta luego.

Cuando sepa quién soy y adónde voy, volveré a por vosotros.

A por ti.

P.D. Espero que no te importe que me haya llevado conmigo a una docena de soldados para protegerme. No te preocupes. Estaré segura con ellos.

Te quiero.

Hela.

Reskan tenía el ceño tan fruncido que la cabeza empezaba a dolerle. La boca apenas era una delgada línea y su cerebro trabajaba a mil por hora, analizando todas las posibles explicaciones a aquella locura.

—¡Briadan! —vociferó mientras su mirada se perdía de nuevo en la carta, pero esa vez sin verla. Unos veloces pasos resonaron en el pasillo antes de llegar hasta la puerta.

—¿Qué ocurre? —Escuchó la voz jadeante a su espalda y sus resonantes pisadas a medida que se le iba acercando, amortiguadas después por la gruesa alfombra. Cuando vio la punta de las relucientes botas a su lado le tendió la nota sin más. Le bastó medio minuto para leerla, y otro medio para recuperarse de la impresión—. ¿Qué significa esto? —preguntó con la voz embargada por la tensión y la preocupación.

—Y yo qué sé —contestó; levantándose, fue hacia la ventana para mirar la puesta de sol, con sus matices azules, amarillos, naranjas y hasta rojos—. No le encuentro sentido, maldita sea. Anoche estaba tan normal. —Levantó las cejas en gesto irónico—. Bueno, todo lo normal que puede estar en su situación, sea esta la que sea —masculló entre dientes, porque no le hacía ninguna gracia la ignorancia en la que lo tenía sumido su hermana. Le había preguntado varias veces sobre lo ocurrido aquella madrugada con el duque, pero se había negado en redondo a contárselo, al igual que al resto de la familia, los cuales también habían hecho el intento de uno u otro modo.

—No sé, Reskan, quizá la procesión iba por dentro. Puede que de verdad la estuviéramos agobiando. Pero esto… irse así, sin más… —Aquello le dio una idea al rey, que se dirigió con zancadas rápidas hacia la entrada del dormitorio—. ¡Soiria! —llamó a voz en grito. Cuando pasaron varios minutos sin que apareciera su tono aumentó varios grados—. ¡Soiria, maldita sea! ¿Dónde estás? —bramó. Una criada apareció con evidentes signos de inquietud.

—Majestad. ¿Puedo ayudaros en algo?

—Necesito hablar con la doncella de mi hermana —explicó con impaciencia.

—Ella está enferma. Si puedo serviros…

—Estoy aquí —susurró la joven mientras se acercaba despacio. Reskan la evaluó con una rápida mirada, captando su extrema palidez, las ojeras oscuras, la rigidez de sus movimientos y la forma en que se tocaba el vientre. En dos pasos llegó hasta ella y la cogió en brazos, indiferente a las exclamaciones de las dos mujeres. La metió dentro del dormitorio, cerró la puerta y la sentó en la silla.

—Majestad… —Su sonrojo y nerviosismo eran evidentes.

—¿Qué te ocurre, Soiria? —preguntó solícito.

—Nada, señor…

—Dímelo —exigió en un tono que no admitía discusión. La cara de la muchacha estaba roja como la grana, y se retorcía las manos, nerviosa.

—Yo… yo… es un tema de mujeres… —Los dos hombres se miraron, incómodos, pues entendieron en el acto que ella estaba «en esos días del mes».

—¿Tanto te afecta? —cuestionó muy suave.

—Sí, desde… que me hice mujer, los dos primeros días son muy duros para mí. Lalla lo sabe y me permite quedarme en cama, descansando. Lamento haberos molestado, Majestad, volveré a mis tareas de inmediato…

—No es eso. Mi hermana puede dirigirte como considere necesario y es comprensible que guardes reposo si estás enferma. Lo que ocurre es que Helailla ha desaparecido y quiero saber desde cuándo no cumples tus funciones. —Los ojos marrones se agrandaron, asombrados y alarmados.

—Oh, Dios mío —exclamó invadida por la culpa. Inspiró insegura un instante, sujetándose el estómago ante un calambre particularmente doloroso —. Empecé a sentirme mal por la tarde, y ella lo notó después de la cena, así que me mandó a mi cuarto enseguida. Me dijo que se desvestiría sola y que no me requeriría por la mañana tampoco, que no me preocupara, que la mayor

parte del día lo pasaría en el pueblo y yo podría descansar hasta la hora en que tuviese que prepararse para la cena, momento en el cual seguro que ya me encontraría mejor. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Es por mi culpa. Si yo no hubiese desatendido mis deberes, habría dado la voz de alarma a primera hora, incluso puede que anoche… —Reskan le tocó el hombro en un gesto de consuelo.

—No te castigues. No podemos controlarlo todo. Ahora necesito tu ayuda para esclarecer lo que ha pasado. —Ella asintió con un vigoroso movimiento —. ¿Se ha llevado algo? ¿Ropa, artículos íntimos, accesorios, esa clase de cosas? —Cuando hizo ademán de levantarse, la ayudó, y la joven se dirigió con lentitud hacia el armario. Lo abrió, rebuscó en él y luego procedió a registrar en la cómoda, hurgando entre los cajones con la eficiencia y rapidez de quién estaba acostumbrado a meter y sacar cosas de allí a diario. Mientras tanto Briadan fue a abrir la puerta cuando llamaron con unos discretos golpes, y habló en voz baja con uno de los guardias. Reskan alternó su atención entre ambos lugares, ansioso y preocupado. Al fin ella terminó la inspección. Se volvió hacia él con el ceño fruncido—. ¿Y bien, falta algo?

—Bastantes cosas. Tres camisas de estilo masculino, de esas que usa para entrenarse. Tres pantalones, tres chaquetas, los tres sombreros a juego, dos pares de botas, dos pares de guantes de montar, una capa, media docena de medias de lana, horquillas, un neceser pequeño preparado siempre con cosas prácticas para viajar… Pero ningún vestido, joya o…

—Artículo propio de una dama que ha decidido marcharse por propia voluntad —terminó por ella con voz neutra—. Gracias, Soiria, me hago una idea. Ahora vuelve a la cama y no te levantes hasta que estés recuperada. — Ella negó con la cabeza.

—No puedo…

—Hazme caso —ordenó mientras abría la puerta y la empujaba con suavidad hacia el guardia que esperaba fuera—. Llévala a su habitación y asegúrate de que la atiendan debidamente. —Se volvió para encararse a su

primo.

—Nunca llegó allí —fue lo único que dijo este, confirmando lo que él ya intuía. Asintió.

—Ya lo suponía. —Meditó un segundo—. Quiero un recuento de los hombres. —Briadan enarcó una ceja.

—No creerás que se ha marchado sola, ¿verdad?

—¿Marchado? No estoy pensando que haya salido de aquí por su propio pie. —El otro hombre no mostró ningún signo de sorpresa.

—Me temía que estuvieses considerando esa posibilidad —dijo mientras empezaba a dirigirse hacia la salida. La puerta se abrió antes de que llegara, y un Osian muy alterado entró como una tromba, despeinado y con una expresión muy extraña en el rostro.

—¡Reskan, tienes que ver esto! —Los tres se precipitaron hacia fuera.

Cuando llegaron al sitio en cuestión, un espeso trozo más de bosque a medio kilómetro de la mansión, los caballos jadeaban del esfuerzo al que los habían sometido. Res se quedó sin aliento mientras se deslizaba de la montura, observando la pila de cadáveres con el uniforme de los De Trarr teñido de rojo, y los enormes buitres que arrancaban cuanto podían de sus restos.

Entonces la vio. El cuerpo femenino que, envuelto en una capa, coronaba la montaña de muertos. Echó a correr hacia la horrible escena, sin escuchar a sus primos, tropezando, hasta que llegó hasta ella, y con manos que le temblaban convulsamente le quitó la capucha y observó los ojos marrones que lo observaron sin vida. Siguió mirando esos ojos, sin acabar de creérselo, sin atreverse a respirar por temor a que fuese un sueño y que al despertar se encontrase frente a otros, esa vez grises y muy amados.

—Res, ya está. No es ella —le decían Briadan y Osian como desde muy lejos, tirando de él para que bajara de ese montón de muerte. Parpadeó mientras miraba una última vez el rostro de la joven criada—. No es Lalla, vamos. —Al final se levantó y se dejó sacar de allí, permitiendo que los indignados carroñeros volvieran a su cena.

—Conseguid transporte, tenemos que enterrarlos. No permitáis que esas bestias sigan destrozándolos —musitó con furia. Osian dio las órdenes, y dos de los guardias se pusieron a espantarlos mientras se seguían el resto de instrucciones.

—Ya sabemos qué ha sido de la escolta de Lalla —dijo Briadan sombrío—. Pero ¿y la criada?

—Seguramente para asegurarse su colaboración —contestó el rey, más tranquilo—. Esos cuerpos llevan bastantes horas ahí. Apostaría a que se la llevaron en algún momento de anoche, por lo que nos llevan bastante ventaja —explicó mientras miraba el negro cielo, a excepción del lugar en el que estaban, iluminado por las antorchas que habían encendido.

—Pero ¿quién la tiene? Habría apostado toda mi fortuna por ese maniaco desgraciado que la lleva persiguiendo desde hace meses, no obstante, de ser así sería ella la que estaría presidiendo esa pila… —Un escalofrío recorrió a Brian al imaginar la escena.

—La ha cogido él, estoy seguro —afirmó Res con convicción.

—Entonces ¿dónde vamos a buscarla? Pueden haberse dirigido a cualquier parte. Si su intención es hacerle daño a Storn antes de ir tras él, podría cortarla en trocitos y esparcirlos por medio mundo e ir enviándole uno cada semana. —Reskan cerró los ojos un instante. Cuando los abrió se sacó la carta del bolsillo y volvió a leerla una vez más, repasando cada palabra con lupa, por si acaso. Nada. Su mirada perdida recayó en la firma. *Hela*. Nadie la llamaba así. Salvo su marido. Una nueva luz apareció en su mirada.

—Vamos a Mohern. Papaíto ha decidido finalmente reencontrarse con su hijo.

Keylan dejó que Talos marcara su propio ritmo tranquilo y pausado a través de la verde hierba que los rodeaba, y con un suspiro resignado alzó la cara al sol naciente, deseando que insuflara algo de vida a su destartalado corazón. Hacía

un tiempo bastante bueno para estar a mediados de marzo, y el inminente comienzo de la primavera podía olerse en aquel trocito de paraíso.

Aun así, los primeros rayos de sol, tan esquivos durante los largos meses de invierno y otoño, apenas entibiaban su alma desnutrida. Habían pasado dos meses y medio desde aquella fatídica noche en que casi abusara de Hela y ella huyera despavorida, y cada día había sido como morir lentamente de una larga y dolorosa enfermedad que se lo estuviera comiendo vivo desde dentro.

A menudo se preguntaba, si pudiera ver en su interior, cuánto quedaría de él a esas alturas. Se sentía vacío. Y solo. Y no únicamente porque ella lo hubiera abandonado. Echaba de menos a su hermana y a Rodan, y por extraño que resultara a su cuñado, a Kana y a los niños, al resto de primos y sus mujeres, y a Dare, desde luego. Sonrió con desgana, incluso a su suegro, al que nunca había logrado caer bien. Toda aquella gente había terminado colándose en su corazón, y formaba parte de su familia, pero habían optado por seguir a su esposa, para apoyarla y protegerla.

Desde luego lo prefería así, la mayor prioridad seguía siendo ella, ya que nada hacía pensar que su padre hubiese cambiado de objetivo aún, aunque estaba seguro de que lo haría con el tiempo, cuando comprendiera que ya no formaban una pareja. Y eso sucedería pronto, se dijo pensando en la carpeta con los papeles del divorcio que había llegado el día anterior.

Reskan tenía intención de presentarlos de inmediato en el Parlamento en nombre de su hermana, y el muy bastardo pensaba aducir maltrato físico como motivo de la demanda. La reputación de Keylan quedaría hecha trizas, por supuesto. Le vetarían la entrada en cualquier casa elegante durante meses, incluso años, y ni en sueños las mamás de las muchachas casaderas, que antaño le habían arrojado sus niñitas a los pies, permitirían que estas estuvieran a menos de quinientos metros de prudencial distancia de él. Encontrar de nuevo esposa sería misión imposible.

Como si quisiera volver a intentarlo.

En realidad, le daba igual lo que atestiguaran para alejarla de él siempre y

cuando no tuviera que volver a verla en persona. Solo de imaginar enfrentarse a Hela, con sus cabellos rubios que enmarcaban ese rostro amado y hermoso, con sus labios rosados y aquellos turbulentos ojos grises, acusadores y llenos de sufrimiento y de miedo de él…

Cerró los ojos con fuerza, intentando por milésima vez bloquear las imágenes que lo torturaban desde entonces, y con un esfuerzo hercúleo soterró los recuerdos en lo más profundo de su mente.

Agotado sonrió socarrón, al menos las pesadillas habían desaparecido. Algo que un par de meses atrás parecía del todo imposible. En ese tiempo, acompañado tan solo por su soledad y miserias, había tenido oportunidad de pensar con detenimiento en lo que su familia y Hela le habían dicho de manera incansable y él se había encabezonado en negar a lo largo de los años. Que la muerte de su madre no había sido culpa suya, que, si no hubiese ocurrido aquel día, probablemente habría pasado otro cualquiera –quizá no estando él presente, con lo cual se habría ahorrado el espeluznante espectáculo–, pero al menos así había sido testigo de la maldad de su padre y, aunque se hubiese creído un asesino gran parte de su vida, también le había dado la oportunidad de sentir que había hecho algo por defenderla, lo cual no habría sido posible de no haberse convertido en espectador involuntario de aquella tragedia. Supuso que quitarse ese trauma emocional de encima había conseguido que los sueños recurrentes que lo habían acosado desde hacía más de once años se marchitaran y murieran. Como su corazón.

Era una triste ironía que el mayor de los dos grandes motivos por los que la había alejado de su vida hubiese desaparecido cuando la había perdido para siempre.

Divisó la verja de Mohern a lo lejos y suspiró resignado ante otro día mediocre y tedioso en una ciudad detestable. Al principio pensó en regresar a Storncrass y sus suaves colinas y verdes bosques, a la paz de la que allí carecía, con sus amigos que intentaban animarlo a todas horas, deseando que volviese a ser el calavera divertido y despreocupado de su época de soltero.

Ninguno entendía que ese tipo indolente y malcriado ya no existía. Claro que la versión edulcorada de por qué su joven y bella esposa estaba pasando una temporada en una de sus lejanas propiedades al poco de casarse no los convencía. Pensaban que se había cansado de ella, pues, al fin y al cabo, era el Insaciable y ya había aguantado demasiado con una sola mujer en su cama. De hecho, había sobrepasado con creces sus más altas expectativas, así que trataban de seducirlo con toda clase de tentadoras propuestas, desde salidas escandalosas a famosas bacanales de cuatro o cinco días, pasando por noches de ajetreadas juergas en clubs y burdeles de alto postín, o entretenimientos como la ópera o el teatro, donde después de la función las actrices y bailarinas los esperaban, ansiosas por una buena cena y un mejor revolcón.

Keylan había desestimado con una sonrisa afable y una cortés negativa cada una de ellas, a pesar de las burlas y los comentarios despreciativos de sus colegas. Todos menos Eington se habían reído de él, aduciendo entre carcajadas asombradas que el Insaciable por fin había caído en las garras del amor, seducido por una muchachita virgen que lo había domado y… dominado.

Pero claro, Rush era al único al que había confesado que iban a separarse y los motivos que tenían para hacerlo. Bueno, no todos, se dijo intentando no pensar en aquella noche, pero, después de requerir su ayuda el día en que su padre había secuestrado a Hela a las puertas de la librería, había tenido que contarle parte de la historia, y aunque no le desveló la identidad del atacante, por muy amigo suyo que fuera desde hacía años, sí terminó revelándole que se había ido distanciando de su mujer con el fin de que el asesino dejara de perseguirla, aunque en su intento porque fuera creíble no se lo había contado a ella, y ante su actitud fría y lejana, había terminado abandonándolo.

El marqués recelaba un tanto de esa historia descolorida e incompleta, era obvio por cómo lo miraba con sus ojos entrecerrados y pensativos cuando salía a colación el tema. Era un hombre en extremo inteligente. No obstante, por fortuna se abstuvo de hacer más preguntas, con seguridad porque dado su actual estado le daba demasiada pena como para presionarlo aún más.

Recordó que las primeras semanas ni siquiera había sido capaz de saber cómo se llamaba, tan ahogado en alcohol como estaba, y cuánto le había costado dejarlo cuando comprendió que no podría seguir así para siempre. Fue incluso más duro que la primera vez, porque en realidad no tenía ganas de salir de ese agujero que había cavado a su alrededor, sin embargo, lo había conseguido. Al parecer, Lucifer aún no tenía ganas de tenerlo sentado a su derecha.

La verja de la entrada se abrió para dejarlo pasar, y estudió su propiedad sin entusiasmo. Era hermosa, amplia y perfectamente cuidada, pero no le apetecía nada quedarse allí. El único motivo por el que no se marchaba era por la ilusa idea de que, si ella decidía ponerse en contacto con él, era probable que lo hiciera allí, donde lo había dejado la última vez. Era un pensamiento descabellado, lo sabía, no obstante, cada vez que pensaba en hacer las maletas un sudor frío le recorría la espalda y cambiaba de parecer con rapidez. Además, estaban en plena temporada, y la ciudad sería, con seguridad, el primer sitio donde preguntaría por él.

Su plan solo tenía un fallo. Su esposa no iba a buscarlo nunca.

Desmontó y recorrió el sendero hacia la casa con paso cansino, frotándose los ojos debido a otra mala noche. En el vestíbulo entregó el sombrero y los guantes, ya que al hacer tan buen tiempo no se había puesto el abrigo.

—Tiene una carta, Excelencia. —Por un instante, breve pero intenso, su corazón se saltó un latido. ¿Era posible que la hubiese conjurado de tanto pensar en ella hacía tan solo un momento? Sacudió la cabeza, riéndose de sí mismo—. Ponla junto a las demás, Crobs.

—Milord, el muchacho que la trajo dijo que tenía que dársela en persona. Que era de vital importancia que la leyera cuanto antes. —Keylan se giró con lentitud hacia el mayordomo, el cual exhibía una pequeña sonrisa en su habitual inexpresiva cara. Sus pulsaciones se incrementaron hasta que pensó que le daría un infarto sobre el suelo de mármol. Extendió la mano mientras no le quitaba la vista de encima. El hombre se acercó con parsimonia, siempre

guardando las formas, cómo no, y le entregó el sobre. Cuando bajó la vista se lo quedó mirando con fijeza, sin percatarse de que Crobs había abandonado su puesto, como muy pocas veces en su vida, para darle una privacidad que en verdad necesitaba en esos momentos. El sobre color rosa asalmonado con el emblema de los Storncrass grabado en la parte superior derecha que usara su esposa en su correspondencia personal de inmediato le trajo recuerdos de ella, en su estudio, en la biblioteca, o incluso en su dormitorio, cuando escribía a alguna de sus amigas o contestaba invitaciones, o simplemente era amable ante las muchas solicitudes de ayuda que recibía a diario. Siempre que había visto su impecable y colorido material de escritura repartido por la casa había pensado que representaba la belleza femenina, la moralidad y la ingenuidad, además de la amistad, la comprensión y lo clásico. Todos ellos principios de alto valor de los que su mujer tenía en abundancia.

Le temblaban tanto las manos que a punto estuvo de dejarlo caer. Mientras hacía equilibrios para que no terminara en el suelo, el aroma a sándalo ascendió hasta sus fosas nasales y le heló la sangre en las venas. Dios santo. Sin más preámbulo lo abrió, y sus peores miedos se vieron confirmados cuando no encontró la letra redonda y perfecta de su mujer, sino una mucho más alargada y agresiva que pudo reconocer aún a pesar de los años.

> Si quieres volver a ver a tu duquesa viva y entera, será mejor que llegues a casa con la mayor celeridad posible.
>
> Por supuesto, te esperamos solo y desarmado, o *lady* Storncrass sufrirá las desagradables consecuencias de tus desmedidas ansias de acción.
>
> Y todos sabemos cómo acabó la situación la última vez que decidiste hacerte el héroe.
>
> Corre.
>
> Tu amantísimo padre

Esa vez la escueta nota sí resbaló entre los inertes dedos. Le costaba respirar. Intentó apoyarse en la mesa redonda del centro del vestíbulo, donde

se colocaba la bandeja de la correspondencia, pero la volcó con su peso, y arrastró el enorme y exquisito jarrón repleto de flores frescas. Logró no seguir el mismo camino que el mueble y los accesorios, y mantenerse de pie, aunque a duras penas conseguía hilvanar dos pensamientos coherentes. Crobs llegó corriendo ante el estrépito de la porcelana rota.

—¡Excelencia! ¿Qué ha sucedido? —Procuró salir del aturdimiento que nublaba su mente, consciente de que precisaba cada segundo y que no podía desperdiciar ninguno en nimiedades como el miedo o la angustia. Ya tendría tiempo para desesperarse durante el largo viaje de tres días hasta Storncrass.

—Un pequeño accidente. Crobs, pide que ensillen de nuevo a Talos. —Pensó en cambiar de montura, ya que había estado horas a lomos de su semental, sin embargo, el purasangre palomino era el más rápido y resistente de todos sus caballos, y la compenetración que ambos sentían era única—. Una cosa más —dijo cuando el mayordomo se disponía a cumplir sus directrices—. Diles a los guardias que esta vez he dado orden de que no me acompañen. —La cara de susto del sirviente era todo un poema.

—Milord… eso no es muy recomendable…

—Hazlo —exigió con voz dura y subió las escaleras de dos en dos. No tenía tiempo para bregar con las inquietudes de las personas a su cargo, ya tenía bastante con sus propias preocupaciones.

Se dirigió con paso resuelto a su dormitorio, con rapidez y eficacia preparó una bolsa con un par de mudas y algunos objetos de primera necesidad, se cambió de ropa por otra más cómoda y, volviendo a bajar en apenas veinte minutos, se encaminó a su estudio, donde fue directo a un cuadro que representaba el mar en calma mientras el sol se ponía en el horizonte. Lo había pintado su madre, había sido realmente buena y pintar la había alejado del mundo hostil que la persiguió en su desgraciado matrimonio.

Keylan no se entretuvo en la belleza del lienzo, tan solo tiró del lateral y, al abrirlo, desveló la caja fuerte. Utilizó la llave que había bajado consigo de su dormitorio y sacó un fajo de billetes que se guardó en el bolsillo de la

chaqueta de montar. Después volvió a cerrarla y a dejarlo todo como estaba. Sin perder un momento se acercó a un mueble alto del que cogió un estuche de piel. Lo abrió, extrajo las dos pistolas idénticas que contenía, las revisó con movimientos precisos y las volvió a guardar. Salió del estudio en tiempo récord llevando bajo el brazo el estuche, la necesaria pólvora y una caja llena de balas.

El viaje hasta Storncrass debería haber durado tres días si hubiese viajado en carruaje a una velocidad constante pero decente, hubiese parado para hacer las comidas oportunas y hubiese pasado las noches en posadas, durmiendo en una cama mullidita. Pero no hizo nada de eso. Forzó a Talos hasta lo indecible y, cuando fue evidente que su adorado caballo ya no podía más, lo dejó en una excelente caballeriza, al cuidado del dueño, que le prometió por su vida que lo trataría como a un rey, y alquiló a un sustituto fuerte y brioso y, lo que era más importante, descansado.

Esa fue la única parada que hizo. No comió, y tan solo bebió algo de agua de la cantimplora que llevaba atada a la silla y, por supuesto, no se permitió cerrar los ojos ni medio segundo durante la dura travesía, por lo que a las cuarenta y ocho horas de haber salido de Mohern ya estaba en una loma, mirando la mansión a lo lejos.

*Casa*, había dicho su padre. No había tenido ninguna duda de que se refería a esa, de entre todas sus propiedades, al sitio donde había terminado o empezado todo, según se mirara, once años atrás.

Sin preocuparse de lo que le depararan personalmente los próximos minutos espoleó a su caballo, rogándole a Dios que al menos esa vez pudiera salvar a la mujer a su cuidado de las garras de ese monstruo.

Helailla llevaba tanto tiempo sintiendo esa mezcla de tensión y nervios que le parecía que ya nunca sería capaz de relajarse.

Tenía una fuerte contractura en el cuello, y las manos grandes y amenazantes

de su captor no conseguían disolver los nudos de rigidez, al contrario, se los atenazaban aún más.

Detestaba que la tocara. Era superior a sus fuerzas. Sentía arcadas desde lo más profundo de su estómago y tenía que tragar de forma continuada para intentar aplacar las ganas de vomitar. Cerró los ojos en un intento por evitar la imagen que el inmenso espejo de enfrente le devolvía. Ella sentada a la enorme mesa del salón donde él insistía en que hicieran todas las comidas, incluido el desayuno, con él parado a su espalda, masajeándole a conciencia el cuello y los hombros, disfrutando en exceso de su incomodidad. Podría aprovechar para intentar escapar, pero el reciente recuerdo de lo ocurrido la tarde anterior la disuadió, y él sonrió de manera velada, como si lo supiera.

Entonces había tenido una oportunidad y la había cogido, como un náufrago un salvavidas en pleno mar turbulento, sin embargo, aquel hombre era demasiado listo y fuerte, y la había sometido sin problemas. Por supuesto, su castigo había sido ejemplar. Siempre lo eran. Sus ojos malignos la habían observado durante un rato, y después había llamado a Renerd, su compinche. Con el corazón en un puño había observado cómo ambos hombres hablaban en voz baja y una lenta sonrisa, cargada de lascivia, se había marcado en las repulsivas facciones del subordinado. Entonces había empezado a acercarse a ella, una mole de un metro ochenta y cerca de cien kilos, cuyos pasos habían resonado por la habitación como pequeños cañonazos. Había retrocedido instintivamente en el sofá, pero la mantenían atada de pies y manos casi todo el día, así que cuando al fin lo había tenido al lado y se había puesto sobre ella para besarla con su apestosa boca, aplastándola bajo su enorme peso, no había podido hacer nada para detenerlo.

Lo había intentado, había forcejeado, alzado las caderas para sacárselo de encima, sin embargo, había sido como intentar mover una montaña con el dedo índice, y sus torpes y débiles movimientos solo habían servido para enervarlo más, para excitarlo, como el bulto que presionó su estómago había confirmado. Con gruñidos ahogados y palabras soeces le había explicado con

todo lujo de detalles lo que pensaba hacerle, y sus manos ansiosas y brutales le habían rasgado la camisa en su prisa por descubrir sus maduros pechos y aplastárselos con saña. Había gritado y llorado, para su terrible vergüenza, y aún más cuando se los había metido en la boca y le había mordido los pezones, amenazando con arrancárselos.

Pero no había acabado con ella. La callosa palma de su mano se había colado a través de sus pantalones, una vez abiertos los botones, que casi había arrancado con las prisas, y había hurgado con torpeza entre sus piernas. Le había lastimado la tierna carne cuando le introdujo tres dedos enormes de golpe, creyendo que así le proporcionaba placer, y metiéndolos y sacándoselos con fuerza y rapidez, a la vez que por su respiración parecía que fuera a darle un síncope.

Entonces él había metido la mano libre entre sus cuerpos y empezado a hurgarse los pantalones. Lalla había sentido un terror absoluto y, a pesar de saber que sería inútil, había luchado con todas sus fuerzas para que aquello no ocurriera. Aun así, había sentido la punta del pene enorme y rígido entre sus muslos, listo para entrar.

—Ya basta. —El gigante ni se había inmutado. Se había pegado más a ella, dispuesto a embestirla—. Renerd, suéltala. —El hombre había girado la cabeza y lo había mirado por encima del hombro. Sus ojos estaban vidriosos y tenía la cara desencajada.

—No. Ni hablar.

—Te he dicho que la sueltes. Te advertí que solo podrías jugar un poco con ella, no que te dejaría follártela. —Pero el esbirro estaba demasiado excitado y, volviéndose hacia la joven, le había abierto más las piernas. El sonido de una pistola que se amartillaba había resonado en la sala y captado su atención. Las venas de su cuello se habían hinchado, y su mirada se había vuelto salvaje.

—La quiero. La necesito —había expresado con voz violenta.

—Ve a buscar a la criada y desahógate con ella. Ahora, Renerd. —Un

momento interminable cargado de tensión y, por fin, levantándose, se había marchado furibundo.

Helailla no había sentido ni frío ni calor. No le había importado su desnudez. Simplemente, se había quedado inmóvil, incapaz de asimilar que se había salvado por los pelos. Cuando fue capaz de reaccionar había desviado su mirada hacia su captor y se había estremecido. Aquel ser depravado tenía los párpados semicerrados, observando su cuerpo con una inquietante tranquilidad impregnada de un deseo descarnado que no se había molestado en disimular, sobre todo teniendo en cuenta que su miembro erecto asomaba entre su bragueta desabrochada y se lo acariciaba con movimientos lentos y acompasados. Había parecido tan desapasionado en eso como en todo lo demás, pues su respiración no se había alterado en lo más mínimo. Tan solo sus ojos habían demostrado algo de emoción mientras la recorrían con lujuria. Su mano había apretado con fuerza su verga una última vez y había eyaculado con un suspiro entrecortado, sin importarle que su semen saltara a chorros y le manchara los pantalones y la chaqueta.

Inmediatamente después de su liberación se había recompuesto la ropa, lo cual hizo que ella recayera en su propio estado. Se había subido los pantalones y los había cerrado con cierta dificultad, ya que seguía con las manos atadas, aunque no pudo hacer nada por cubrirse los pechos pues la camisa estaba destrozada.

Había sentido la suave manta sobre sus hombros cuando él se la había echado por encima, y las lágrimas le habían escocido en los ojos al recordar lo que había estado a punto de suceder.

—Si vuelves a intentarlo, Helailla, le permitiré que llegue hasta el final —había amenazado con voz neutra, haciéndole entender que de verdad le daría igual si aquel salvaje la violaba una y mil veces.

—¿Por qué no lo ha hecho usted? —se había atrevido a preguntar. La tensión en el ambiente había crepitado como un leño cuando ardía en el fuego y se escuchaba el chisporrotear de la madera al quemarse.

—Porque lo recuerdo —había susurrado rabioso junto a su oído, la furia, el deseo, la admiración y el recelo entremezclados en sus palabras.

Ella también. Nunca olvidaría la noche, poco después de haberla secuestrado, en que habían acampado junto a un río para dormir. Sebarian le había dicho que podía bañarse en las tranquilas aguas y, aunque la condición había sido que debía hacerlo delante de él, al final había cedido, pues supuso que esa exigencia se mantendría durante todo el tiempo que permaneciese en cautiverio, y no pensaba permanecer sin lavarse durante días o incluso semanas. Ya se sentía mugrienta después de unos pocos días…

Así que se había quedado con la camisola puesta y se había metido en el agua, que estaba helada. Después de bañarse y lavarse el pelo había salido, dispuesta a vestirse cuanto antes, pero él se había interpuesto entre ella y sus ropas, y la había recorrido de arriba abajo con una mirada lenta y perezosa. Cuando sus ojos regresaron a su cara, mostraban con claridad sus intenciones, y Helailla se había horrorizado. Pensó en salir corriendo, sin embargo, sabía que sería una estupidez, pues la alcanzaría en dos zancadas. Así que se había limitado a quedarse quieta mientras él se le acercaba, como un lobo merodeando a su presa; no obstante, cuando la había cogido entre sus brazos y comenzado a besarla, se había retorcido y luchado como una posesa, a pesar de sus risas, incluso cuando, tumbándola en el frío y duro suelo, había sobado sus senos a través de la mojada camisola y clavado la dura protuberancia de su falo hinchado en su suave entrepierna.

La joven había estado muerta de miedo, pero no pensó dejarse vencer con facilidad. La habían entrenado durante años, y ese era el momento de sacar a la luz todas esas enseñanzas. Haciendo acopio de una fuerza que desconocía que tuviera, y mientras él estaba con la guardia baja chupándole uno de los pezones, lo había empujado y eso lo había hecho cambiar de posición levemente; entonces había echado la pierna atrás cuanto pudo y le había asestado un tremendo rodillazo en sus partes nobles.

El aullido de dolor había resonado en la quietud de la noche como algo

violento y aterrador. Lalla había mirado asustadísima hacia donde habían montado el campamento, preguntándose cuánto tardaría su inseparable secuaz en llegar corriendo para socorrerlo. Aunque se había ido a cazar algo para cenar, con seguridad habría escuchado el espeluznante grito… Había mirado a su agresor, que permanecía tumbado en el suelo, hecho un ovillo y gimiendo, agarrándose los genitales con las manos. Parecía herido de muerte, pero Dare le había explicado que no tardaría en recuperarse, y que cuando lo hiciera estaría furioso.

Entonces la había visto. La empuñadura de metal con motivos dorados la había obligado a parpadear, y antes de que pudiera racionalizarlo la tuvo entre sus manos, se le había subido encima, y había observado cómo él se giraba hacia ella, aún dolorido y confundido.

Estuvo a punto de castrarlo. La cuchillada, rápida y limpia, se clavó a unos centímetros escasos de su pene, y la joven siguió aferrada a la daga, que retorcía dentro de la herida mientras Sebarian intentaba arrancársela de las manos. Un momento después se había sentido izar desde atrás y supo que había perdido la ínfima ventaja con la que contaba. Los refuerzos habían llegado, y con ellos posiblemente su muerte, lenta y agonizante.

El padre de Keylan se había incorporado con un gemido y se había sacado el cuchillo lanzando una maldición al tiempo que la perforaba con una mirada que prometía toda clase de represalias. Se había levantado con cuidado y se había acercado a ella con deliberada lentitud. Se había puesto a su lado y había levantado la mano, cerrada en un puño. Helailla se había obligado a no reaccionar mientras veía venir el derechazo, pues se suponía que no podía ver; no obstante, cuando recibió el puñetazo en plena cara, el impacto la había derribado al suelo. Sebarian había obligado a su secuaz a levantarla una y otra vez, en cada una de ellas le había dado un terrible golpe en alguna parte de su cuerpo. Había pensado que su vida acabaría en aquel claro a orillas del río, y que después se limitarían a tirarla a él. Al final, fue el otro hombre el que había tenido que repetirle con insistencia que iba a matarla, y él a desangrarse

si no le permitía coserle la herida.

Pero a Sebarian le había costado detenerse, la había mirado con odio y la respiración entrecortada, preguntándose qué hacía falta para que esa muchacha menuda y testadura gritara o siquiera llorara. Para que suplicara compasión. Le había dado una paliza de muerte y sin embargo se había limitado a permanecer allí de pie, delante suyo, en espera del próximo impacto, y cuando ya no había podido mantenerse erguida, había permitido que su hombre la sujetara para recibir otro y otro. Incluso había momentos en los que pensaba que lo miraba fijamente, retándolo, pero eso era imposible, había meditado furioso, pues no se había encogido ni un milímetro cuando la estaba aporreando sin piedad, cosa que habría ocurrido de poder ver, ya que protegerse de los golpes era un acto reflejo en todo ser vivo.

Al final se había marchado hacia el campamento y el sirviente había tenido que llevarla en brazos, porque ella había sido incapaz de caminar, de tan rota que estaba. De hecho, no pudo cabalgar sola durante tres días, y se había visto obligada a hacerlo junto a Renerd, que por cierto había estado encantado, a juzgar por el bulto que se había apretado con insistencia contra su trasero.

Desde entonces su captor nunca más había intentado ponerle una mano encima con fines amorosos, aunque ella sabía que lo deseaba. Y que ese tormento le molestaba y lo incitaba a ser más hiriente en sus comentarios y en sus castigos.

Las otras dos ocasiones en las que había intentado escapar lo había lamentado terriblemente, y aún había seguido buscando nuevas oportunidades. Cualquier cosa con tal de evitar que Keylan apareciera. Porque una vez en Storncrass no contaría con ayuda. En cuanto llegaron, Sebarian y Renerd se reunieron en los límites de la propiedad con otros dos tipejos y los cuatro, a punta de pistola, apresaron a todo el servicio de la casa, incluidos los mozos de las cuadras, y los encerraron en las mazmorras; dejaron en libertad tan solo a una criada que se encargaba de preparar las comidas y atender las necesidades más básicas.

Así que su marido, cuando se presentara y sabía que lo haría, estaría solo.

Movió los hombros, intentando que la soltara.

—Ya basta. Me encuentro mejor. —Pero las tenazas que reseguían su nuca no se aflojaron.

—Sigues tan tensa como las cuerdas de un arco —murmuró con la cabeza baja, pendiente de lo que hacía. Helailla creyó detectar un movimiento, tal vez una sombra a su espalda. Levantó la vista, aunque sin variar su postura, y se quedó sin aliento cuando se encontró con la mirada de ojos verdes de su esposo a través del espejo. El tiempo pareció detenerse; el flujo de aire, espesarse; la sangre en sus venas, calentarse al rojo vivo. Él le hizo un gesto tranquilizador y sonrió levemente—. Yo no me acercaría más, hijo. Al menos si deseas que permanezca enterita. —La rapidez con la que la pistola se apretó contra la sien de Helailla los pilló a ambos por sorpresa. Él se detuvo de inmediato—. Has venido demasiado rápido. No te esperaba hasta esta noche, al mediodía como muy pronto —dijo en tono acusador. El duque se alejó de las sombras y se acercó a la pareja. Una de las cejas de su padre se alzó y se congeló donde estaba.

—Me conminaste a que me apresurara. —Una carcajada desagradable cruzó la sala.

—Y por primera vez en tu vida has decidido obedecerme. —La sonrisa se borró de sus facciones—. ¿Dónde están mis hombres?

—Digamos que los despedí. —Los ojos verdes, de una tonalidad más rica, como la de Iriana, se achicaron en una expresión peligrosa.

—¿Tú solito? —preguntó en un tono de mostraba incredulidad. Keylan no se dejó provocar, aun cuando el comentario fue hecho para recordarle un momento en extremo doloroso.

—He crecido, papá —fue todo cuanto dijo, a modo de puya. Sebarian giró la cabeza a ambos lados, como si buscara algo.

—Vamos, levántate —ordenó a la mujer tirando de ella con firmeza. Su marido avanzó un paso, y la pistola se incrustó en su cabeza y la hizo jadear

—. No me provoques, chico. Ya deberías saber lo ridículamente fácil que resulta eso.

—Ya me tienes. Déjala —exigió en voz tensa.

—No me creo que te hayas presentado solo y hayas liquidado a tres tipos de la peor calaña sin parpadear. Seguro que has venido cargado hasta los dientes con los soldados de tu cuñadito, ¿verdad?

—No. No hay nadie más aparte de nosotros —afirmó con calma.

—Vamos a comprobarlo. —Cogió a Lalla del brazo y con el arma aplastada en su cráneo la colocó delante de él, a modo de escudo—. Quítate la chaqueta, Keylan. —El aludido hizo lo que le pedía con movimientos lentos. Su padre hizo un gesto con la mano para que el chaleco y la camisa siguieran el mismo camino. Cuando estuvo desnudo de cintura para arriba, la mano que empuñaba el arma hizo una floritura rápida indicando que se girara. No hubo titubeos a pesar de que sabía lo que iba a encontrar, desde el principio había estado claro para qué quería que se desvistiera. Una sonrisa socarrona se dibujó en los labios del hombre mayor cuando la pistola fue visible a su espalda, sujeta en la cinturilla de los pantalones—. No te has esforzado mucho —adujo—. Cógela con dos dedos y tírala al fondo de la sala. Y, Keylan. —Su voz sonó en clara advertencia—. Yo que tú tendría muy presente a quién estoy encañonando. —Storn hizo lo que le ordenaban, y se deshizo del arma sin pensárselo dos veces. Volvió a ponerse frente a él—. Ahora las botas. —Por fuera se mantuvo impasible, no obstante, maldijo con fuerza. Con la primera no hubo problemas, pero al quitarse la segunda se escuchó el ruido inconfundible de algo pesado y metálico que golpeó el suelo. La desagradable carcajada le hizo rechinar los dientes—. Me parece que ahí va tu plan B, ¿eh? —El joven hizo una mueca de desagrado.

—Eso parece.

—Ahora ve hacia la puerta. —Key negó con la cabeza.

—No voy a ninguna parte sin ella.

—Tu esposa también nos acompaña, tranquilo. Lo que ocurre es que no me

fío de que en este momento no nos esté rodeando la mitad de la guardia de tu amigo el rey. Así que subiremos al tejado para comprobar cómo está de despejadito el día. —Su hijo fue a replicar—. Ahora —ordenó apretando el brazo de la joven. Se dirigió al vestíbulo con pasos lentos y tranquilos. Procuraba moverse con mucha calma para no ponerlo nervioso. Llegaron a las escaleras y empezaron a subirlas. En todo momento echaba ojeadas sobre el hombro para comprobar que Helailla iba detrás suyo y que ese cabrón no le hacía daño. Intentaba que sus miradas se cruzaran para tranquilizarla, sin embargo, ella se esforzaba por evitar sus ojos, y eso lo estaba empezando a poner nervioso. Un par de veces ella tropezó en su ascenso por aquellos escalones, y sin el agarre de su padre se hubiera caído—. ¡Maldita sea! ¡Ten cuidado, mujer, o terminaré disparándote por accidente! —se quejó. Al fin llegaron a la puerta que daba al exterior, y ante el leve titubeo que mostró se escuchó la voz apremiante de su padre—. Ábrela, Keylan.

Cuando salieron al exterior tembló un tanto. Hacía algo de frío, y aunque Sebarian le había permitido ponerse la chaqueta, la llevaba abierta, y sin la camisa tenía el pecho al descubierto, aunque no iba a quejarse. Ya tenían suficientes problemas.

Se quedó en medio del tejado, entre los bártulos de los obreros, pues estaban arreglando unas goteras aprovechando los días de descanso de las lluvias, y observó con atención a su padre mientras iba de un lado a otro comprobando que abajo todo estaba despejado. Cuando pareció quedar conforme se acercó a él, de nuevo esa sonrisa torcida en su rostro. Miró la cicatriz con renuencia. La había imaginado un centenar de veces, pero era peor en la realidad. El lado izquierdo de su cara era un amasijo de carne deformada por aquella horrible marca irregular, alargada desde muy debajo de la mejilla hasta la sien, donde la bala se había hundido hasta el hueso y formado un agujero que no había conseguido rellenarse de carne… Debería haber sido una herida mortal…

Sus pensamientos debieron de reflejarse en sus ojos porque la desagradable sonrisa que lo persiguiera en sueños durante años se amplió.

—Fue un verdadero milagro… —contestó mientras se la acariciaba casi con ternura, aunque sus ojos demostraban todo lo contrario. Hablaban de cuánto detestaba esa herida y lo que significaba.

—Te dimos por muerto —susurró con la voz entrecortada.

—E hicisteis bien. Supongo que prácticamente lo estaba. Con toda probabilidad hasta alguno me tomó el pulso, seguro que el bueno de Viker. Estaba tan hecho polvo que ni me lo encontraría. —Sus ojos se volvieron un tanto vidriosos al perderse en los recuerdos, pero su dedo seguía muy firme en torno al gatillo—. Los dos angelitos que mi hermano mandó para que se deshiciesen de mí casi se mean del susto cuando recobré el conocimiento al tirarme como un saco en ese agujero —recordó con una carcajada—. Iban a echarme unas paladas de tierra y dejar que me asfixiara. No les hacía falta esforzarse mucho, de todos modos, básicamente estaba muerto. Pero me las arreglé para convencerlos de que, si me sacaban de esa tumba, me metían en un barco y me cuidaban hasta que estuviera recuperado, los recompensaría con generosidad. Les dije que poseía una fastuosa plantación a miles de kilómetros de aquí, en Macadia, de la que mi familia no sabía nada, y que por lo tanto no podíais tocar.

—No tienes ninguna propiedad en Macadia —aseveró Storn.

—Pero ellos lo desconocían, ¿verdad? Y yo habría sido capaz de inventarme que era el hijo de Dios reencarnado con tal de salvarme. Así que los persuadí de que sería una pena dejarla perder pues era el único propietario. —Los ojos le brillaban de regocijo, el cual desapareció un segundo después, cuando la consabida pregunta llegó.

—Supongo que te ayudaron, a pesar de lo bien que se les pagó. ¿Entonces por qué no regresaste cuando te recuperaste?

—Subí a ese barco moribundo y, después de una semana en la que tanto el capitán como la tripulación al completo pensaron una docena de veces en lanzarme al mar porque simplemente sería más sencillo, ya que de todos modos iba a palmarla allí, nos atacaron. No nos dimos cuenta de nada, en un

momento todo estaba en calma y al siguiente estaban abordando la embarcación. Eran piratas, y de los peores, en busca de cualquier cosa que pudieran vender, en especial del tipo de la que respira, ofrece diversas posibilidades de servilismo y con la que se obtiene rápidos y grandes beneficios económicos. —Keylan echó un rápido vistazo a su esposa y, por el leve estremecimiento que percibió, se percató de que hasta ella, envuelta en su inocente mundo de privilegios y bondades, había entendido que aquellos saqueadores se dedicaban al comercio de esclavos—. Por desgracia, en aquel momento yo no ofrecía ninguna de esas posibilidades, pues apenas tragaba el suficiente aire como para catalogarme como «ser vivo». Iban a tirarme por la borda, haciendo gala de su bien merecida fama, pero el bueno de Renerd los convenció de que era un noble de alto rango y que, si conseguían que me recuperara, lograrían sacarme alguna utilidad. —El duque frunció el ceño ante la mención del secuaz, recordando el momento, un rato antes, cuando ambos habían sentido el chispazo de reconocimiento al encontrarse en la parte posterior de la casa. Con una rabia ciega, tanto por la traición de tantos años atrás como por haber participado en el secuestro de Hela, le atravesó el corazón con su espada sin parpadear y borró del mapa a los tres esbirros de su padre, a los que había estado observando durante un rato desde lejos. No creía que los hubiera contratado por su inteligencia, precisamente, pues, aparte de la altura y la constitución de un toro, no se molestaron en vigilar sus zonas con el debido celo—. Así que me llevaron con ellos y permitieron que los dos sirvientes me atendieran, y solo Dios sabe cómo lo conseguí, pero sobreviví. Cuando estuve lo bastante fuerte quisieron saber mi identidad, sin embargo, les dije que mi familia estaba arruinada y que por eso me había pegado un tiro, para no acabar en la cárcel de deudores —dijo mirando a su hijo con malignidad mientras se tocaba el hueco en la sien—. Es obvio que me creyeron, pero eso supuso un problema porque, si no podían pedir rescate por mí, no les servía para nada… Por fortuna, siempre caigo de pie. Le resulté simpático al jefe de la banda y terminé siendo su esclavo. Para él era como un

chiste que alguien de la nobleza se pasara el día cargando piedras para construir nuevas casas, sembrando cosechas de sol a sol, tirando de un arado, trabajando sin descanso en la fabricación de la cerveza… Y después se dedicara a enseñarle buenas maneras. Ya sabes, educación, formas, protocolo… Mientras yo iba perdiendo mi lado civilizado le enseñaba a él a comportarse como un caballero. Irónico, ¿no?

—Pero conseguiste escapar —musitó Keylan en un susurro, consciente de cuánto debía haber afectado aquello a su padre, que siempre había sido tan orgulloso y arrogante. El gran duque de Stormcrass. No solo había perdido el título y las propiedades, y se había visto obligado a huir de su país natal, sino que se había convertido en el siervo de escoria que lo había humillado hasta lo indecible.

—Sí. Es lo que pasa cuando el tiempo corre y te confías. Al final la vigilancia se vuelve más laxa porque piensas que el perro está amansado. En uno de los viajes a por provisiones nos llevaron a Renerd y a mí para ayudar. Poland, el otro criado de tu tío, había muerto tiempo atrás por las palizas, no estaba hecho de la misma pasta que nosotros. Los muy cretinos cargaron el barco y se marcharon a disfrutar de las putas del burdel más cercano, dejando solo tres hombres para vigilarnos. Nos duraron cinco minutos y, después de desvalijar el barco, nos largamos con viento fresco. —Sus ojos mostraban la inmensa satisfacción que aún lo embargaba por aquella huida.

—¿Cuánto hace que estás libre? —preguntó en voz baja.

—Más o menos un año. Y sí, estuve prisionero durante diez largos años —contestó como si lo hubiese escuchado formular la pregunta. Aunque lo que en realidad Keylan se preguntaba era otra cosa.

—¿Fuiste tú quien me disparó? —Una chispa de contrariedad apareció en los ojos rodeados de arrugas a la vez que un jadeo entrecortado salió de la garganta femenina.

—Acababa de llegar y estaba deseoso de llevar a cabo mi venganza. Nada demasiado elaborado, simplemente matarte, y después de un tiempo prudencial

aparecer de la nada y sacar alguna historia de pérdida de memoria o algo así, pero el incompetente de Renerd no sabía hacer ni la o con un canuto, incluso contando con la ayuda de otros cuatro idiotas. Después me alegré porque cuando te casaste con la dama abriste un nuevo camino para torturarte antes de ir a por ti. —La abrazó por la cintura, dejando resbalar la mano con confianza por su cadera. Él dio un paso al frente—. Chist, chist, querido Keylan. Tus celos llegan un poco tarde, ¿no crees? A decir verdad, un mes. Durante ese tiempo tu mujercita y yo hemos intimado bastante. ¿No es así, encanto?

—Quíteme esa pistola de la cabeza y le recordaré con exactitud cuánto. Va a cambiar el tiempo. ¿No cree, Sebarian? —La sonrisa provocativa se borró de un plumazo de la cara del hombre, y la sustituyó una mueca rencorosa y malvada. La herida que ella le había causado aún no había terminado de curarse, y cuando el clima estaba a punto de variar el dolor era más intenso, como les ocurría a las articulaciones de las personas mayores. A Keylan aquella mirada de odio le gustó aún menos que la actitud lasciva de antes.

—Dime que no la has tocado —exigió con extrema dureza.

—¿Tocar? Antes me la cortaría. —La sonrisa maligna de Helailla enfureció a su padre, que parecía estar a punto de dispararle.

—¿Qué ocurre? —preguntó confundido.

—Oh, nada. Tu padre se está acordando de algo. —Los ojos de este se achicaron de un modo peligroso.

—Realmente, ¿cómo puedes soportarla? Reconozco que es hermosa hasta decir basta, pero sus defectos de carácter son tantos y tan grandes, y si a eso le añadimos la tremenda tara de su ceguera… Por Dios, hijo, con tu título y tu fortuna podrías haber encontrado algo mucho mejor, por muy princesa que sea… —Keylan se había quedado perdido en la parte de la minusvalía. ¿Su padre no se había enterado todavía de que su esposa había recuperado la vista? Pero eso no tenía sentido. La noticia había corrido como la pólvora, se había publicado en los periódicos, había encabezado las noticias de sociedad durante semanas. Era del todo imposible que no hubiese escuchado ni el más

leve rumor… A no ser que después del segundo atentado se hubiese escondido lo suficientemente lejos y profundo como para que las poderosas, influyentes y vengativas familias Lorian, Cetriar, De Trarr y Severn no pudiesen hallarlo y descuartizarlo. Eso explicaría que no hubiesen encontrado ni una sola pista suya a pesar de haber peinado la ciudad durante meses. ¿Y Hela estaba fingiendo que seguía ciega? ¡Claro! Por eso evitaba mirarlo, para que él no la descubriera sonriéndole, o haciéndole cualquier tipo de gesto que no vendría a cuento porque se suponía que no debería verlo—. En cuanto a tu pregunta de si la he forzado, admito que me he visto tentado, sin embargo, esta zorra es extremadamente hábil hasta con un cuchillo de mantequilla —admitió casi escupiendo las palabras. Por primera en mucho tiempo, Storn sonrió.

—Lo sé, la han entrenado a conciencia para eso. —La expresión de asombro de su padre no tenía precio.

—¿Y encima una marimacho? En serio, tu gusto por las mujeres es penoso. Casi lamento quitártela de encima. Te voy a hacer un favor. —Keylan se envaró de golpe. Sebarian comenzó a arrastrar a Lalla con él—. Quédate donde estás —le ordenó a su hijo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mientras lo seguía muy despacio, sin realizar movimientos bruscos.

—Oh, vamos. No pensarás que toda esta charla insustancial era para hacernos amigos, ¿verdad? Hemos puesto las cosas en su sitio. He saciado tu curiosidad, por mi parte he sacado fuera algo de veneno, pero el resultado estaba escrito. Tu esposa está aquí hoy para que la veas morir antes de que acabe contigo. Después, serás un pobre loco que no pudo soportar que su mujer lo dejara y mucho menos hacer frente al escándalo y al posterior estigma de un divorcio, así que en un momento de enajenación mental la asesinaste y luego, presa de la vergüenza y la cobardía, te suicidaste. Y el resultado final para el papaíto resucitado y con la memoria recién recobrada será el mismo. La restitución total de su rango y riqueza. —Se detuvo cuando llegaron a un largo tablero de madera que descansaba apoyado entre dos cornisas. Tendría

unos treinta centímetros de ancho y unos cinco metros de largo, aunque era muy grueso, al menos quince centímetros. Sebarian echó un vistazo breve hacia abajo y soltó una risita entre dientes. La caída desde allí sería monumental. Dudaba que pudieran rascar los restos del suelo. Cogió de la mano a Helailla y la instó a subirse al tablón. Ella se tambaleó un poco, pero la estabilizó con firmeza. Keylan se adelantó, la cara marcada por el horror. Su padre negó con la cabeza, en un gesto casi suave.

—¿Qué… qué ocurre? —preguntó la joven en un susurro asustado.

—Verás, niña. Estás sobre una tabla apenas igual de ancha que tus pies, suspendida en el aire, y si quieres llegar al otro lado tendrás que ser muy ágil. Espero que tengas un buen sentido del equilibrio —dijo jocoso soltando su mano. Keylan dio otros dos pasos en su dirección, pero Sebarian, sonriendo con confianza, avanzó hasta él y le impidió salvarla. Iba a verla morir.

—¡Corre! ¡Corre! —Los ojos color esmeralda se abrieron de sorpresa ante el grito, y un segundo después de puro asombro cuando miró sobre el hombro y vio que la mujer se precipitaba como una energúmena por la larga pasarela. Ya casi había llegado al final y a la seguridad del suelo cuando se giró por completo para apuntar y disparar. Como se había mantenido a una distancia prudencial de su hijo, evitando posibles ataques por sorpresa, este no llegó a tiempo de evitar el tiro, y la detonación sonó como un cañonazo de muerte y destrucción a sus oídos. Dirigió la vista hacia su esposa y vio su cuerpo tirado, completamente inerte. Cogió una barra delgada de hierro del suelo y como un poseso golpeó a su padre con ella en la cabeza. Este se desplomó en el acto, y él no perdió un segundo, salió corriendo, atravesó el tablero, que se combó bajo su peso, y fue hasta su mujer—. Dios mío, Hela, Dios mío, dime que estás bien, por favor. —Ella seguía inconsciente. Su pulso pulso era errático y demasiado leve más que para aventurarlo, y su respiración apenas era el suspiro de una mariposa—. Cariño —suplicó con lágrimas en los ojos y la voz rota—, despierta, estoy aquí. Abre los ojos, amor. Dime algo, lo que sea. —Se le escapó un sollozo y después otro cuando sus palabras solo

recibieron el silencio por respuesta. La sangre empezó a acumularse en sus manos, una por delante y otra por detrás de ella. La bala había entrado y salido, no obstante, él sabía que la herida delantera estaba en el corazón…—. Hela, no me dejes o me moriré yo también… —De repente un grito espeluznante, surgido del mismo demonio, rasgó el aire y cargó la mañana de maldad. Keylan alzó los ojos a tiempo para ver cómo su padre se abalanzaba hacia ellos con la barra en alto, como si fuera una lanza, dispuesto a trincharlos juntos. Con toda la rapidez de la que fue capaz tanteó por debajo de la pernera derecha de su pantalón, un poco por encima del tobillo, y con un tirón brusco arrancó la pequeña pistola que llevaba sujeta allí. Con un movimiento fluido y preciso que solo años de práctica proporcionaba, estiró el brazo, apuntó y, cuando casi le tenía encima, disparó. Tan solo mucho más tarde, en otro momento y lugar, recordaría con claridad la bala al incrustarse en el cráneo de Sebarian, justo entre los ojos, su robusto cuerpo, tras diez años de trabajos forzados, levantarse en el aire por el tremendo impacto y terminar cayendo por fuera del tejado, allí donde evaluara él mismo la caída un rato antes, y la tranquila seguridad que sintió porque ese cabrón malnacido no volvería a salir de la tumba para hacerles daño nunca más. En ese instante, sin embargo, un tremendo ruido de cascos de caballos y hombres que gritaban se tragó ese importante acontecimiento. La mención de sus nombres lo sacó de su ensimismamiento. Se arrastró por el suelo, con su inconsciente esposa en sus brazos, y echó una furtiva mirada por el lateral. La rubia cabellera de su cuñado fue lo primero que vio, y dejó escapar el aire, aliviado—. ¡Ayuda! —gritó a pleno pulmón, a punto de volverse loco—. ¡Hela está herida! ¡Que alguien me ayude! —De inmediato todos empezaron a moverse, la gran mayoría comenzó a entrar en la casa, mientras Reskan ladraba órdenes a diestro y siniestro con cara de querer descuartizar a alguien.

# Epílogo

Keylan contempló esa imagen llena de vida y energía con el corazón compungido, a pesar de que correteaba libre como un pajarito detrás de los tres niños que reían alborozados, excitados por la persecución. Era una carrera desigual, pues aquellos tres diablillos estaban acostumbrados a seguir ese ritmo durante mucho tiempo, y además no acababan de recuperarse de una herida casi mortal.

Hacía un mes que le habían disparado por la espalda y la bala había salido por el pecho, a escaso centímetro y medio del corazón. Un poco, solo un poco más a la izquierda, y la habría matado en cuestión de segundos. Y en ese momento no estaría allí para verla corretear por el campo con sus sobrinos, aparentemente ajena a las tribulaciones de su marido.

El que sí parecía comprenderlas muy bien era el hombre que se acercaba con paso garboso hacia él, sacando su pitillera.

—Mis chicos están machacando a tu mujer —se jactó orgulloso.

—Correr con todos esos metros de vaporosa tela no debe de ser muy cómodo. Nunca entenderé para qué necesitan tantas capas de enaguas.

—La moda de las mujeres es todo un misterio para un simple hombre —acordó con una sonrisa divertida. Le ofreció un puro que, por supuesto, aceptó. Desde el ataque cualquier excusa era buena para fumar, ya que había reducido el consumo de alcohol al mínimo, tan solo reservándolo para algún que otro momento de placer—. ¿Estás preocupado? Porque, aunque ha

costado, está del todo recuperada. —Keylan lo sabía, su parte racional lo entendía, pero su corazón se resistía a aceptarlo. Después de los infernales días en que la odiada fiebre llegó y la arrasó, y los delirios, los temblores, los sudores, el terrible calor que emanaba de aquel débil cuerpecito que se iba quedando en los huesos, la casi continua inconsciencia… pareció que jamás se recuperaría, que después de todo la perdería. Que aquel monstruo se la quitaría… Era difícil no andar vigilándola como una mamá gallina a su polluelo, temiendo que recayera. Se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Me parece que al menos la mitad del tiempo que llevamos juntos me lo he pasado al lado de su cama, rezando porque sobreviviera a alguno de los ataques de mi padre.

Sus miradas se cruzaron y compartieron los mismos pensamientos. Con qué satisfacción lo imaginaba por fin ocupando la tumba que le habían preparado muchos años atrás en aquel lejano bosque. Esa vez Briadan y Noa se habían asegurado de que terminara allí, sepultado bajo docenas de paladas de tierra.

Aun así, había ocasiones en las que vislumbraba que la mirada cargada de autoreproche impregnaba los ojos azules de su cuñado. Sabía que se sentía culpable por no haber llegado a tiempo. Habían cabalgado como locos durante semanas, sin apenas comer ni descansar, intentando alcanzar a su hermana y al cabrón que la había sacado de su casa bajo sus propias narices, y luego habían perdido un tiempo precioso en Mohern, el que habían considerado el destino final de ese demente.

Reskan se consideraba responsable de que su hermana hubiese estado en esa cama durante casi un mes, a las puertas de la muerte. Keylan conocía de ese sentimiento y, aunque fuera injustificado, no podría convencerlo de que no debía cargar con ese peso en su conciencia, al igual que él lo sentía con fuerza, y amenazaba con asfixiarlo. Durante unos minutos se limitaron a contemplar fascinados el espectáculo de vida y pasión que pasaba ante sus ojos mientras disfrutaban de sus cigarros.

—Ese problema ha desaparecido para siempre. —Él asintió—. ¿Y ahora

qué? —preguntó con voz cuidadosamente suave. Key sintió la tensión apoderarse de todos y cada de los músculos de su cuerpo.

—Supongo que el divorcio tardará unos meses, y que mientras tanto Hela… illa se marchará contigo. —El frío comenzó a apoderarse de su pecho, y pronto se extendería por su corazón y lo congelaría, aunque eso no evitaría que le sangrara de dolor. Lo sabía porque ya lo había sentido antes. Su cuñado se plantó frente a él con los brazos cruzados y le lanzó una fiera mirada,

—¿Ni siquiera ahora vas a luchar por ella, maldito seas? —La presa se rompió.

—¿Cómo, joder? Está decidida a dejarme, y hace bien porque no le he reportado más que dolor y humillación, y no hablemos de que casi la matan tres veces por mi maldita culpa. Aunque Sebarian ya no esté y mis pesadillas hayan desaparecido, no soy digno de ella… —Una ceja rubia se alzó ante la mención de la repentina ausencia de los sueños, algo que los había preocupado a todos.

—El divorcio no se ha presentado aún al Parlamento —comentó con voz neutra mientras volvía a mirar a su hermana y a sus hijos, que seguían correteando entre las flores. Aun así, pudo apreciar la cara de asombro del duque.

—¿Por qué? —susurró este.

—Bueno, una pequeña falta de forma en alguna cláusula, un documento importantísimo extraviado durante un tiempo indeterminado, un retraso inexplicable de un ayudante de un abogado, la larga convalecencia de Lalla… —La mirada brillante, en extremo inocente y a la vez tan taimada de su cuñado, se clavó en las pupilas de Keylan.

—¿Has paralizado el proceso? —preguntó sin asomo de incredulidad, sabiendo bien de lo que era capaz su cuñado.

—Digamos que lo he retrasado hasta que dos miembros de mi familia, extremadamente cabezotas, recapaciten sobre su situación y se decidan a expresar sus verdaderos sentimientos. —Storn miró a su mujer, que se reía sin

descanso mientras atrapaba a Ivener entre sus brazos, y las dos caían juntas en el manto acolchado de flores.

—Puede que sea muy tarde para eso —dijo con voz pesarosa.

—¿Te has arrancado el corazón? Porque yo diría que eso pegajoso que veo correr es sangre, lo cual significa que aún duele como el demonio. —A su pesar el duque sonrió—. Dile que la quieres. No puedes permitirte perderla. —Reskan llamó a sus hijos, que no querían marcharse, aunque la promesa de bizcocho de castañas para merendar los convenció de manera inmediata. Saludó a su hermana con la mano y se llevó a sus pilluelos asegurándoles que pensaba comerse medio bollo antes de que les diese tiempo a sentarse a la mesa, lo cual dio lugar a una nueva carrera, esta con la perspectiva de un premio de primera.

Keylan miró a su esposa, aún resollante en el suelo, sus piernas extendidas cubiertas con decoro con la falda, los brazos afianzados en el suelo y la cabeza echada hacia atrás, alzada al sol. Tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y una expresión arrebolada. Nunca había estado tan deseable. Ni tan lejos.

Desconocía en qué situación estaba su matrimonio, y eso lo hacía sentir inseguro. Cuando recuperó la consciencia, él había salido de escena, y las mujeres de la familia se habían encargado de cuidarla. Había ido a verla todos los días, por supuesto, pero eran visitas cortas para no cansarla e impersonales. Durante los últimos días, ahora que estaba bien de nuevo, ambos habían estado ocupados ayudando a muchos de los familiares a empacar sus cosas, pues con la amenaza de Sebarian eliminada de una vez por todas, todos volverían a sus vidas y obligaciones, largo tiempo postergadas.

Struan y Osian, por tener mujeres e hijos, habían sido los primeros en marcharse, seguidos de Eidrian, que había viajado a Vadia hacía dos días, y Reskan le había comunicado que lo harían a la mañana siguiente, pues habían dejado la pesada carga de gobernar Traguian en manos del Consejo durante demasiado tiempo, y con él se iría su incondicional guardia personal, Briadan,

Noa y Alan. Se preguntó si Hela conocería los planes de su hermano y si pensaría marcharse con ellos al despuntar el alba.

El momento más complicado vino cuando Severn se despidió de él. El adonis rubio había llamado a su estudio y se había acercado con semblante serio.

—Solo vengo a decir adiós —había dicho sin molestarse en sentarse. Los ojos de ambos se habían encontrado, midiéndose en silencio. Ambos se habían descartado como posibles adversarios y por tanto enemigos, pero en los ojos color café había podido advertir un fuerte rencor y una manifiesta amenaza. Keylan se había levantado, aunque se había quedado del otro lado de la mesa.

—Supongo que debo darle las gracias. —El príncipe había alzado una ceja en actitud interrogante—. Por salvarle la vida a mi mujer. —Si le sorprendió que estuviese enterado del incidente, no lo había demostrado.

—No quiero su agradecimiento. —Storn había asentido—. Lo que sí voy a hacerle es una advertencia. —Su oyente no había movido un solo músculo—. Si vuelve a lastimarla, de la manera que sea, no lo encontrarán nunca. Lo que deje de usted, quiero decir. —A pesar de sentir unos celos abrasadores recorrerle las venas, se había obligado a permanecer impasible.

—¿Por qué la protege con tanto celo? —Había bastado una mirada a los ojos de color jade para encontrar lo que quería.

—No sea estúpido, hombre. No la quiero de ese modo. Ella es para mí como Kana, una sobrina más. La protegería con mi vida. Creo que lo he demostrado. Pero nada de sentimientos románticos. —Y en ese instante, mientras volvían a evaluarse, Keylan había comprendido por primera vez que era cierto.

—Aun así, gracias —había admitido con humildad—. Porque con ello consiguió llevarla hasta mí.

—Espero que eso no sea lo peor que le ha pasado en la vida.

—Yo también.

Al parecer todos daban por hecho que al final terminarían juntos, él era el único que tenía reservas. Si tan solo pudiera desahogarse con alguien… Pensó

en su hermana, y un nudo inquietante se alojó en su estómago.

Ya se había enterado de la inexplicable partida de Dariel y, aunque por supuesto no había visto con buenos ojos una relación entre ellos, al parecer a Iria la había afectado mucho su marcha. Le habían contado que estaba muy cambiada y que su vivaracha hermana era una sombra solitaria de la que fuera antaño. Además, estaba la molesta cuestión de que se había negado a volver de Oscuridad. Le había mandado una carta con Kana, alegando que no deseaba enfrentarse a lo que quedaba de temporada, afrontando las aburridas visitas matutinas, los tediosos tés de la tarde, los pícnics, las agotadoras fiestas hasta el amanecer…

Prefería quedarse en la apacible tranquilidad que había encontrado en la propiedad de Hela y pasar el verano allí, como una viuda que guardara luto, acompañada de Rodan, que había insistido en permanecer con ella. Le había pedido permiso a Reskan, ya que su esposa no podía dárselo, y el muy majadero se lo había concedido. Bien, pues no pensaba permitirlo. En cuanto atase el deshilachado hilo del que pendía su matrimonio, pensaba ir a buscarla, hacerla entrar en razón y traerla de regreso a casa. Dare era su amigo, pero ni en el mejor de los casos sería un buen marido, cosa que acababa de demostrar. Además, la llevaba doce años y, aunque se consideraba una diferencia de edad más que aceptable, a él no le gustaba ni un pelo.

—¿No piensas acercarte? —La dulce voz de su esposa se filtró por su espina dorsal y le provocó un estremecimiento. Miró hacia ella, no obstante, seguía en la misma posición de antes, de cara al sol y con los ojos cerrados. Entonces, muy despacio, giró el rostro hacia él y lo miró. Keylan contuvo el aliento. «Ahora o nunca», se dijo dándose ánimos y yendo hacia ella.

—¿Quién ha ganado? —preguntó con voz un tanto estrangulada, maldiciéndose por parecer un muchacho consumido de amor.

—Los chicos, por supuesto. Tienen unas energías inagotables y la conveniente ventaja de que a su edad aún no deben bregar con las molestas enaguas. —Su marido sintió que una sonrisa tironeaba de sus labios. Se sentó

a su lado.

—¿Te encuentras bien? —Una expresión muy suave impregnó los rasgos femeninos.

—Estoy perfectamente, Key. No voy a recaer —le aseguró.

—Solo estoy preocupado. La herida es muy reciente y hace muy poco que te has levantado de la cama —se justificó.

—¿Te preocupas por mí? —preguntó en un susurro.

—Claro, yo… Dios, Hela, con todo lo que te he hecho es lógico que pienses que me importas un comino. —Inspiró con fuerza—. Después de aquella noche… —Poniendo su mano sobre sus labios antes de que continuase, la joven le impidió seguir.

—No quiero hablar de aquello.

—Lo imagino, no obstante, si dejamos que se encone entonces jamás podremos superarlo. Sé que vamos a divorciarnos, pero si existe una pequeñísima posibilidad de que podamos ser amigos en algún momento… No quiero perderte del todo. No podría soportarlo —confesó con voz rota.

—¿Por qué? —lo apremió en tono duro. La miró con ojos tristes.

—¿Qué?

—Dime por qué quieres que forme parte de tu vida cuando ya no estemos juntos, aunque sea como amiga —le exigió. Keylan se perdió en esos ojos grises azulados que siempre le recordaban a un mar tormentoso, y supo exactamente lo que quería saber. El miedo lo atenazó, tanto o más intenso que cuando la había tenido entre sus brazos, encharcada en su propia sangre, a punto de morir. Solo que esa vez el que podía morir desangrado por unas cuantas palabras suyas era él. «Pero sin riesgo no hay victoria», se dijo.

—Porque te amo —confesó en voz baja pero clara, y el terrible desahogo que supuso soltar esas palabras lo dejó mareado y débil. Los ojos de ella se abrieron, y la respiración se le hizo más trabajosa, sin embargo, no dio muestras de alegría extrema, ni batió palmas, ni se puso a reír, histérica. El nudo en el estómago se contrajo hasta límites insospechados.

—No has dado muchas pruebas de ello en estos meses —lo acusó—. De hecho, te has esforzado considerablemente en demostrarme justo lo contrario.

—Lo sé. Tenía mis motivos.

—Ah, sí. Todas esas patochadas de heroísmo y caballerosidad. Como has podido comprobar, no se mantiene un matrimonio con eso, sino con cariño y confianza. —Su amargura era tan evidente que Keylan supo que, si alguna vez había sentido algo por él, hacía tiempo que había muerto.

—Creí que hacía lo correcto protegiéndote de mi padre. Y de mí —explicó sin fuerza, en un inútil esfuerzo, lo supo entonces, por justificarse.

—Tendrías que haberme encadenado a ti. Con todo lo que tuvieras a tu alcance. Y haberte inventado lo que no encontraras. Así no habría habido hombre en la Tierra que me hubiera tentado. —Los dos se miraron, sabiendo que la estratagema de Dacross había quedado al descubierto, pero la moraleja estaba ahí, entre ambos. De todos modos, los resultados fatales de aquel plan salieron a relucir de nuevo.

—Hela, lo que te hice aquella noche fue imperdonable. No estaba en mis cabales, la presión de verte con él durante semanas y después, cuando me confesaste que te habías acostado con él… Perdí el norte y me volví una fiera, un animal…

—Ya basta. —La mirada de incredulidad de su esposo la taladró.

—¡Estuve a punto de forzarte!

—Sí. —En su mirada había reproche, pena y cierta dosis de dolor que el tiempo transcurrido no había conseguido borrar. A pesar de todo, una suave sonrisa asomó a sus labios mientras seguía observándolo—. Y, si lo hubieras hecho, esta conversación no estaría teniendo lugar porque tú y yo habríamos terminado para siempre. Entiendes eso, ¿verdad? —Él asintió, su grave expresión denotaba que hacía algo más que comprenderlo, y a ella le bastó—. Aquella noche me asustaste, Key.

—Dios, Hela, lo sé… Y nunca podré perdonarme por ello. Te juro por Dios que… —Le falló la voz, y tuvo que aclararse la garganta para poder continuar

—. Jamás volverá a ocurrir. Espero que llegue el día en que puedas perdonarme y haré lo que sea necesario para restituir tu fe en mí.

—Sé que lo harás —admitió mientras acariciaba su mejilla—. Y de igual modo yo me esforzaré en ser una mejor esposa. —Los ojos verdes se abrieron, incrédulos.

—¿Disculpa?

—Nunca debí meter a Cross entre nosotros y te pido disculpas por haberte herido con ello. —Keylan dejó que su mirada resbalara por los prados que rodeaban la casa, en un gesto defensivo. Aquellos meses que había tenido que soportar verla junto al príncipe habían sido muy dolorosos y estresantes, y aún no había podido superarlo del todo.

—¿Y ahora qué? —susurró, paralizado de miedo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a coger mi amor y a pisotearlo, como me merezco? —preguntó en tono grave.

—¿Cómo puedo saber que de verdad me quieres? —musitó en un hilo de voz, la inseguridad patente en cada hermoso rasgo de su rostro.

—Porque eres lo más hermoso que me ha pasado nunca. Porque en cuanto te vi supe que estaba atrapado, que mis días de soltería habían terminado. La seducción fue solo una excusa barata para llevarte ante un altar porque sabía que era demasiado poco para ti. Eres una princesa, y no me refiero a tus orígenes de nacimiento. Aunque nuestro matrimonio ha parecido, desde el principio, una guerra encarnizada, con un asesino que nos rondaba y un montón de familia continuamente a nuestro alrededor, tú siempre estabas en el centro, como el alma que a mí me faltaba, que me habían arrebatado a los doce años. Tú estabilizabas mi vida, la hacías más plena, la llenabas de ilusión. Incluso gracias a ti he hecho las paces con mi familia y las pesadillas han desaparecido. Ahora soy verdaderamente libre para estar contigo, para formar una familia. Para ser feliz. Porque en el tiempo que hemos estado separados he podido darme cuenta de que, si no estás, todo cuando me rodea carece de

sentido. Yo no valgo nada. —Se calló, incapaz de expresar todo lo que contenía su corazón, pero rezando por encontrar inspiración divina para convencerla—. Quédate a mi lado, Hela, y te juro que no te arrepentirás. Te lo juro por mi vida —suplicó con un sollozo, permitiendo que las lágrimas que le oprimían la garganta se desbordaran por sus mejillas. Helailla también lloraba en silencio mientras los espasmos embargaban su cuerpo. Se atrevió a abrazarla y no lo rechazó, sin embargo, permaneció muda mientras dejaba que le acariciara la espalda con movimientos lentos y tranquilizadores—. ¿Qué estás pensando? —preguntó cuando no pudo soportarlo más.

—Que me has convencido de que me quieres —dijo con la cara enterrada en su clavícula.

—¿Y qué quieres tú, cariño? —El silencio duró apenas cinco segundos, aunque a él le parecieron cinco años.

—A ti. —Keylan volvió a respirar y aflojó un tanto los hombros, que tenía agarrotados. La separó un poco para verle la cara.

—¿Y eso qué significa? —susurró.

—Siempre te he amado. Quizá desde que te encontré medio muerto en mis tierras y pensé que nunca podría llevarte a la casa yo sola. O cuando intentaba salvarte durante todos aquellos días y tu miserable vida se me escurría entre los dedos. O en tu magistral seducción, mientras me enseñabas los secretos de la pasión. No sé cuándo con exactitud. Simplemente ocurrió. Pero tú me apartabas una y otra vez de un manotazo, y me cansé de intentarlo. Al fin y al cabo, eres un maestro en eso. Lo de Dacross fue una última intentona a la desesperada.

—Lo sé. Fui tan ciego de creer que me serías infiel cuando serías incapaz de traicionarme de esa forma, aunque no me quisieras. Los celos son como un cáncer que se come todo lo bueno que hay en uno y dejan solo putrefacción a su paso. —Ella acarició su mejilla todavía húmeda y sonrió.

—Olvidémoslo y empecemos de nuevo. Los dos juntos. —Keylan se apoyó en la pequeña mano, como un gran felino que se dejara mimar.

—Sí. —Miró con ojos rebosantes de amor a su diosa dorada, aquella a la que había estado a punto de perder en tantas ocasiones y de tan diferentes maneras, y dio gracias porque alguien tan pequeña y delicada hubiera sido así de fuerte. Ella lo había transformado en muchos aspectos, y se alegraba de todos y cada uno de esos cambios porque le permitían estar a su lado en ese momento. Ya nunca volvería a estar solo, aislado en un mundo oscuro, perseguido por fantasmas del pasado, escuchando a sus demonios que se reían a mandíbula batiente frotándose las manos porque estaban un poco más cerca de hacerse con él. Su mundo estaba repleto de esperanza, de luz y de calor, y el tremendo hueco de su corazón estaba lleno de amor, el que él sentía por Hela, y el que su mujer le regalaba a él a manos llenas—. Sí —afirmó con renovada fuerza y, buscando su boca con avidez, se perdió en la marea de sensaciones que siempre lo inundaban cuando la tocaba.

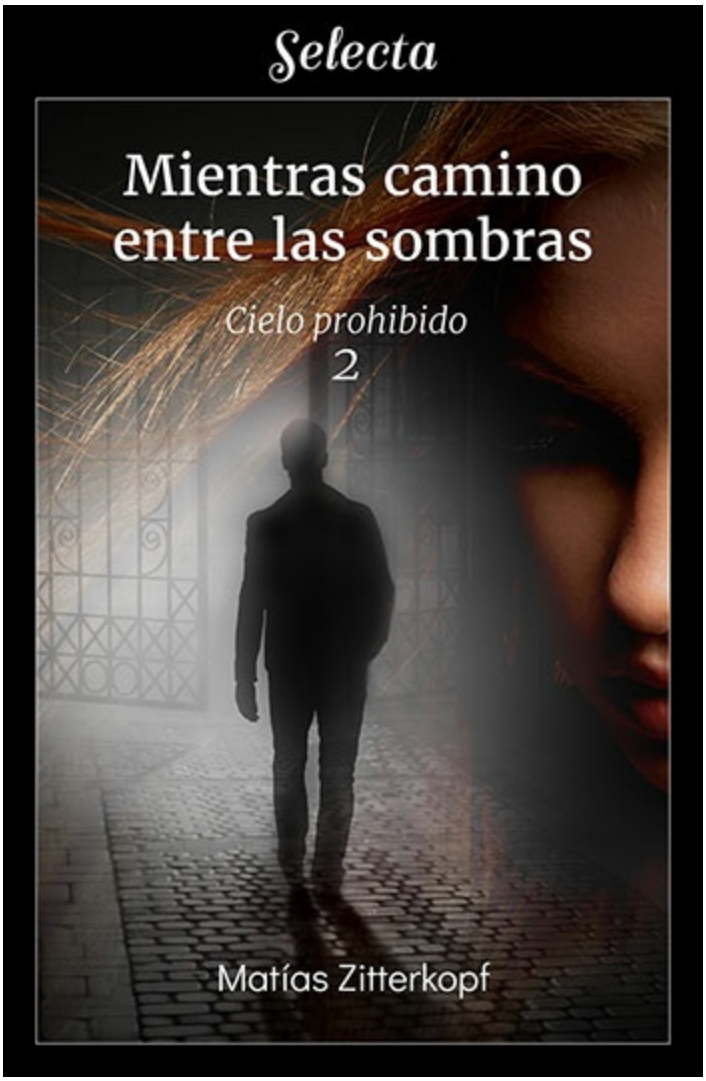
Si te ha gustado

*No puedo dormir contigo, cariño*

te recomendamos comenzar a leer

*Mientras camino entre las sombras*

de *Matías Zitterkopf*



# 1. La ciudad de los muertos

Mechones de cabello rojo flotaban en la brisa cálida de noviembre mientras sus brazos se enredaban alrededor de su cuerpo; unas uñas largas y pintadas de negro aparecían en su espalda, casi atravesando su ropa para clavarse en su piel.

Justo en ese momento se había quedado pensando en los cambios, en cómo la vida daba vueltas de manera interminable y tejía situaciones inesperadas a su antojo para llevar a las personas a convertirse en versiones nuevas de sí mismas. Las caídas, los golpes, pero también las alegrías momentáneas, que ahora esperaba fueran duraderas, sin duda la habían hecho crecer.

Si no fuera por el movimiento de su pelo o por la forma en la que el vestido azul que llevaba puesto flotaba en el aire, la chica podría haberse confundido con una estatua, con los pies plantados sobre la tierra y la mirada perdida en el horizonte. Al igual que los altos pinos que crecían junto al acantilado, solemnes y en silencio.

Aquel lugar conocido y hermoso también le traía recuerdos de cambios y de alas negras que se desplegaban como inmensos mantos bajo un cielo oscuro para revelar secretos.

Sentado sobre un espacio donde la hierba crecía alta y salvaje, y se mezclaba con pequeñas florecillas de color lila, él la observaba con cierta admiración y detenimiento, como siempre había hecho desde la primera vez que sus ojos se posaron en ella y se quedaron viéndola para siempre.

Podría decirse que la conocía de memoria; las tonalidades de rojo que su cabello tomaba dependiendo de la intensidad del sol; su pequeña cintura, donde sus manos se ajustaban a la perfección; la forma en que mordía sus labios rosados cuando estaba nerviosa. Ella había cambiado bastante en poco tiempo; ya no era la chica con la que había discutido en la cafetería del

Highland una mañana sobre una manzana o por el nombre que debía llamarla. Pero, de todos modos, su esencia y todo lo que ella era estaban allí en ese momento. Las pecas desparramadas sobre su pequeña nariz eran las mismas, como un pedacito de cielo estrellado que había decidido descender y llover sobre su rostro. Sus ojos inmensos de color miel, adornados por unas pestañas onduladas, lo miraban igual que antes, llenos de un amor inmenso que a veces sentía no merecer. Y, aun así, cuando pensaba saber tanto sobre ella, cuando parecía conocerla entera como a un mapa del Paraíso, todas sus líneas y trazos, la chica podía hacer cosas inesperadas que rompían con los esquemas; era todo un mundo por explorar.

Amelie seguía parada cerca del precipicio, se encontraba sobre unas rocas blancas, llenándose del perfume que la flora ofrecía por ese lugar, un tanto dulzón en esa época del año. Había unas cuantas flores de color púrpura que nacían bajo los troncos viejos y agrietados de los pinos, otras surgían de entre las rocas y, al abrirse, regalaban su aroma y belleza.

Bastian se encontraba a pocos metros de ella y no dejaba de mirarla mientras decenas de semillas blancas de los dientes de león se le enredaban en el cabello como copos de nieve en el invierno. Tenía miedo de que ella estuviera tan cerca del borde del acantilado, ese lugar tan especial donde le había contado quién era en verdad o, más bien dicho, donde ella lo había descubierto por fin.

El muchacho se levantó del suelo, caminó con lentitud esa poca distancia que los separaba mientras sacudía su pelo y, enredando sus brazos alrededor de la cintura de Amy, apoyó su mentón sobre el hombro de la muchacha para hablar cerca de su oído.

—Hola, precioso ángel de las alturas —bromeó Bastian usando una voz exagerada que parecía sacada de tiempos antiguos, como un caballero medieval o como ella creía que uno hubiera hablado. Al escucharlo, Amelie soltó una risilla—. Discúlpame si interrumpí tu momento de reflexión, pero me estaba aburriendo sentado solo allá atrás.

—No te preocupes, amor. No estaba pensando en nada, solo contemplaba el paisaje. Todo se ve tan hermoso desde aquí arriba —respondió ella, una sonrisa amable se pintó en sus labios—. ¿Recuerdas ese día? Estamos en el mismo lugar de aquella vez, cuando me dijiste que eras mi ángel guardián. ¡Qué nerviosa estaba! Tuve que sentarme porque me temblaban las piernas y casi me desmayo cuando me lo confirmaste. Y luego flotaste en el aire haciendo espirales…

—Por supuesto que lo recuerdo, no eras la única que estaba nerviosa, ¿sabes? Era la primera vez que alguien veía mis alas —dijo él y le besó la mejilla con suavidad—. Alguien humano, quise decir.

—Sí, recuerdo tu cara, estabas sumamente confundido. No entendías lo que estaba pasando...

—Sentí lo mismo cuando te conocí.

—¿Cuando me viste en la cafetería? —cuestionó ella, descansando sus manos sobre las del muchacho, que se encontraban sobre su estómago.

—Mucho antes que eso. Me refiero al momento en el que te vi por primera vez. El día que me encomendaron cuidarte —respondió él y sonrió, recordando el momento. Había estado nervioso porque era nuevo en eso, ni siquiera sabía cómo debía proteger a un bebé, pero, apenas la vio, toda una sabiduría se despertó en su interior.

Amelie respiró de manera entrecortada ante aquellas palabras.

—¿Por qué nunca te pregunté sobre eso antes? ¿Tú estabas allí en el hospital cuando nací?

—Sí, eras una pequeña bebé calva y regordeta —bromeó el muchacho y comenzó a reírse.

—Y tú ya eras un viejo pervertido —replicó Amelie y sacó la lengua, aunque él no pudiera verla.

—Hablando en serio, siempre supe que serías especial y no me equivoqué —comentó, recordando el momento exacto en que la había conocido. Le parecía tan lejano ahora, pero no le fue difícil conjurar las imágenes de su

pasado.

—¿En serio? Bueno, gracias por confiar en mí, entonces —dijo la chica, apretando con suavidad las manos de su novio—. Supongo que ahora viniste hasta aquí porque tienes miedo de que me caiga. ¿Todavía me sigues cuidando y cumpliendo aquella promesa?

Ambos miraron hacia abajo. En el fondo del acantilado se podía ver un lago de aguas blancas, que parecía una gran serpiente que se movía habilidosa entre las rocas. El ruido de las aguas rápidas que chocaban contra todo lo que encontraban les llegaba como un eco apagado hasta las alturas, como una canción vieja y olvidada. De tanto perderse en el movimiento del agua pronto le dio vértigo a ella y giró sobre sus pies para mirar al chico que la sostenía en sus brazos de manera segura.

—Lo admito, me descubriste. Tengo un poco de miedo de que te caigas. —Se rio—. Pero no te cuido como un ángel, te cuido como un novio ahora.

—El mejor novio del mundo. —Amelie sonrió y se humedeció los labios. En ese instante se dio cuenta de que Bastian no podía dejar de verla, cada cosa que hacía le llamaba la atención y así había sido desde hacía días o décadas, teniendo en cuenta lo que le había contado. El muchacho se quedó por varios minutos con su mirada verde puesta en la chica, penetrando las capas de piel como si pudiera ver su interior, como si estuviera dándole un vistazo a su alma y a su corazón, que latía con fuerza. Ante su mirada tan intensa, ella tuvo que bajar la vista porque se había sonrojado un poco.

—Lo siento, todavía no me acostumbro a tenerte siempre tan cerca y tan mía. Solo hace una semana que Dios me dejó estar contigo y todavía me cuesta creerlo —explicó Bastian, levantando la cara de Amelie con su dedo índice para que ella lo mirara. Los grandes ojos redondos de su novia lo vieron de lleno, la luz tibia del sol iluminaba su rostro blanco.

—Está bien, es que me miras de esa manera tan profunda que me deja sin palabras y no sé qué hacer. —Las manos de Amelie volaron con gracia hasta las mejillas de Bastian y las yemas de sus dedos le acariciaron el rostro. El

sol detrás de su cabeza formaba un halo de luz naranja, parecía la imagen de un santo, como la de las estampas religiosas que tenía su abuela en una caja de madera en Santa María, junto con los rosarios de cuentas grandes.

—O sea que mi mirada es profunda, ¿tengo otro tipo de mirada? —interrogó él un tanto curioso y divertido a la vez. Le encantaba escuchar las cosas que ella decía, a veces se le ocurría cada locura que le causaba tanta gracia y terminaba por reírse a carcajadas, como nunca antes lo había hecho. No existía nadie que lo pudiera hacer reír de esa manera y ese era otro sentimiento nuevo para él: el de expresar la felicidad a través de la risa y lanzarla al mundo.

—Sí, tienes muchos tipos de mirada. Pero hay una en especial que... —dijo ella lamiendo sus labios con delicadeza—. A veces me miras como un león, como si yo fuera una presa indefensa y quisieras comerme.

—¿Un león? Eso es raro, pero lo de comerte no es tan disparatado —bromeó él y le mordió el cuello con suavidad mientras rugía como un felino. Escuchó cómo ella se reía porque de seguro sus labios le hacían cosquillas y su aliento cálido sobre la piel le producía escalofríos.

—¡Bastian! ¿Ves? ¡Quieres comerme! —exclamó ella divertida y trató de apartarlo poniendo las manos sobre su pecho.

—Mucho más que comerte, pequeña. —Apretándola con fuerza contra su cuerpo, cerró todo espacio existente entre ellos y la besó en los labios, lleno de pasión y de ganas contenidas. Había querido besarla así toda la tarde, tenerla solo para él. Le encantaba la suavidad de los labios de Amelie y su sabor dulce, la forma en que se movían y se amoldaban a los suyos, cuán cálido se volvía su cuerpo cuando la tocaba. Un mundo de sensaciones se había hecho presente en él en ese corto tiempo y le era difícil controlarse en ciertas situaciones.

—Bastian... —Amelie suspiró tratando de apartarse, pero el chico no le dio chance y su abrazo se volvió más fuerte, sus dedos le acariciaron la espalda por sobre la delicada tela del vestido.

—¿Sí? —preguntó él en medio del beso; entrelazando los dedos en el

cabello rojo y ondulado de su novia, jugó con él.

—Necesito respirar. —Ella se rio y se apartaron por fin. Si hubiera sido por él, hubiera seguido besándola por horas.

—Lo sé. Ya que mis besos te dejan sin respiración, literalmente, y no quiero matar a mi novia con besos, deberíamos buscar otra actividad —bromeó él, esbozando esa sonrisa encantadora que ella amaba—. ¿Qué quieres hacer, Amy?

—Mmm... ¿Algo más que besos, tal vez? —preguntó ella, dándole una mirada pícara, y luego se rio.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso? —interrogó él un tanto sorprendido, sus cejas un poco más levantadas que de costumbre. Sus facciones se volvieron rígidas al igual que sus músculos. No se había esperado aquel comentario.

En todo ese tiempo de conocerse, aunque solo había pasado una semana desde que Bastian por fin había podido amar a Amelie sin ataduras, nunca habían tenido intimidad. Y aunque muchos, incluidos sus amigos, ya darían ese hecho por sentado, ellos habían tenido otras cosas en qué pensar; cosas como no morir enfrentándose a un demonio o encontrar el valor para decirle a su jefe, que era Dios, nada más ni nada menos, que lo quería dejar todo por una humana.

—No era en serio, aunque esa sonrisa encantadora destruye todas mis defensas y tal vez... —bromeó Amy—. Pero… quiero hacerlo, aunque tengo miedo de arruinar las cosas. Supongo que tú antes de ser ángel tuviste experiencias. —Suspiró antes de seguir hablando—. Te voy a confesar algo vergonzoso, pero yo... nunca he estado con alguien antes y eso me pone un tanto nerviosa —acabó por decir a la vez que se sonrojaba. Él sabía que nunca había hablado de ese tema tan abiertamente, ni siquiera con Nadia. Fue por eso que supo que de verdad ella se sentía segura con él y apreció lo que le estaba confiando. El chico solo la miró a los ojos y sonrió con dulzura.

—Sí, tuve experiencias antes de ser un ángel. Pero fue hace tanto tiempo que

ni siquiera recuerdo lo que se siente o cómo se hace, para ser honesto. —Se rio para reconfortarla—. Te va a sonar trillado porque todos los chicos que quieren acostarse con su novia lo dicen siempre, pero realmente no quiero que hagas nada de lo que no estés segura todavía.

—Lo sé, pero, a diferencia de esos chicos, tú siempre has sido distinto. Contigo me siento segura y por eso te creo, aunque uses frases trilladas. —Recuperó la seriedad luego de dejar salir una carcajada—. Solo quería dejarte en claro que no puedes esperar mucho de mí en ese aspecto, no puedo convertirme en una diosa de la noche a la mañana.

Bastian se rio porque Amelie lo decía en serio y esa era una de las cosas que le gustaba acerca de ella: que podía decir algo gracioso usando un tono grave. Pudo notar que ese tema la tenía bastante preocupada y tal vez por eso había escapado a sus caricias los días anteriores. Había observado mucho a los humanos, había sido uno y la entendía. Había visto incluso hasta los propios amigos de alguien casi empujarlo a vivir esa experiencia porque ellos ya lo habían hecho. Y a pesar de que no siempre las cosas salían mal, había personas que se lamentaban de haber dado un paso tan importante con alguien a quien no conocían del todo y, al final, no era algo que quisieran recordar. Y, como era lógico, no pretendía que su novia estuviera en ese último grupo; deseaba que recordara aquello como algo hermoso.

—No es bueno hablar de diosas, porque hay un solo Dios, todos lo encontramos de una manera diferente, pero en verdad hay uno solo... —comenzó a decir el muchacho y se interrumpió, sacudiendo su cabeza—. Bien, eso es tema de charla para otro momento. Lo que quiero decirte, Amy, es que yo no espero nada de ti en ese sentido. No estoy contigo porque hace años no tengo intimidad, ni siquiera te das cuenta de ello siendo ángel si vamos al caso. No espero que seas una diosa, como tú dices, solo espero que seas tú, la Amelie divertida y hermosa que se pone nerviosa ante situaciones nuevas. Si los demás te presionan para que lo hagas, los mandas al demo... a otro lado. Pues yo, que soy tu novio, no te pienso presionar y déjame decirte que en ese

tema solo nosotros dos tenemos derecho a opinar y decidir. ¿Entendido?

Amelie lo miró y sonrió aliviada, asintió con la cabeza y, abrazándolo fuerte, descansó su cabeza sobre el pecho del muchacho.

—Repito. ¡Eres el mejor novio del mundo!

—Gracias, nena. Ahora, yo repito ¿qué quieres hacer? —dijo él con una sonrisa gigante pintada en los labios.

—Hay algo que quiero hacer antes de volver a casa. Quiero pasar por el cementerio, no he visitado a mi familia desde el funeral y creo que es hora de volver a saludar.

—Tú sabes que las almas de tus familiares no están allí realmente, ¿verdad? Me hubiera gustado averiguar si estaban bien allá en el Paraíso, pero todo pasó tan rápido que ni siquiera pude volver a Mikah. Lo siento mucho.

—Está bien, no te preocupes ni te sientas mal por ello. Yo sé que no están en el cementerio, pero es uno de los lugares en donde los humanos encontramos la conexión con aquellos que ya no están entre nosotros.

***

Cuando abandonaron el acantilado, el auto comenzó a marchar por la ruta y Amelie observó lo que pasaba frente a sus ojos. El cielo se tiñó de ese color que adquiere cuando el sol se vuelve débil por las tardes, era un lienzo rosa con toques de dorado. Las luciérnagas encendieron y apagaron sus luces sobre la hierba y se posaron sobre los campos de dientes de león para iluminar los copos blancos como si fueran lámparas.

El cementerio quedaba de camino a Puerto Azul. En todo el trayecto, Amelie pensó que en un mes las clases habrían terminado y que luego se irían de viaje de egresados. La idea no la convencía demasiado, prefería quedarse con Bastian y no irse por ahí con todos sus compañeros de clase. No era que sus compañeros le desagradaran, su actitud había cambiado mucho en ese tiempo. Además, Nadia y Alexis estarían allí y eso era diversión asegurada. Ya

pensaría qué hacer, aún no se lo había comentado a los chicos ni a Bastian. Él no iría al viaje porque sentía que no era lo apropiado, solo terminaría el año escolar porque en su nueva vida como humano necesitaba tener el secundario completo, al menos si quería ser alguien en el futuro. Con la desaparición de los problemas celestiales, habían llegado los mundanos.

Cuando el auto se detuvo frente a los grandes portones de hierro negro retorcido, Amelie suspiró hondo y decidió bajar. Se detuvo a contemplar la entrada. Había dos columnas a ambos lados del portón y, sobre ellas, dos vírgenes cubiertas por mantos blancos, con estrellas bajo sus pies, y una de ellas estaba pisando una víbora. Ambas se encontraban enfrentadas y se miraban la una a la otra con cabezas casi gachas y ojos piadosos, como los de las madres que sufren por sus hijos.

El sol se seguía poniendo lentamente, pintando el cielo de colores rojos, naranjas y azules, un panorama bastante bello en contraste con el lugar en el que se encontraban. Allí parecía haberse alojado la oscuridad del mundo.

Bastian la tomó de la mano una vez que hubo bajado del auto y notó la presencia de una anciana de cabellos blancos muy cerca de la entrada. Se encontraba detrás de una mesa llena de cajones de madera que tenían en su interior pequeñas macetas negras con flores de todos los colores imaginables.

—¿Quieres que compremos flores, Amy? —interrogó Bastian, caminando en dirección hacia la mujer, que pareció escucharlo por las palabras que salieron de su boca a continuación.

—Yo creo que les gustarán mucho. Llevo tiempo trabajando aquí y sé que a todos ellos les gustan las flores, les alegra un poco la eterna estadía. Aprecian mucho que sus familiares los recuerden y los visiten, aunque no sea muy seguido —dijo la anciana sonriente, inclinando su cabeza en dirección al cementerio. Su voz sonaba quebrada y cargada del cansancio que solo los años producían.

«Con *ellos* se refiere a los muertos», pensó Amelie, aún sin poder responder y sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. Una sensación desagradable le

embargó el cuerpo y el alma al escuchar a esa anciana hablar de tal manera, como si trajera a los muertos a la vida con sus palabras.

—Está bien, llevemos flores entonces —respondió la muchacha por fin y sonrió al ver un racimo que sobresalía en el centro de un cajón de madera—. A mamá le encantaban estas. Siempre había un jarrón lleno de violetas en cada sala de la casa, creo que por eso son mis favoritas también.

Y las imágenes que creyó perdidas en su mente aparecieron al instante, como un mar que se alejaba, pero volvía con fuerza a la costa en forma de olas para arrastrar todo a su paso. Los recuerdos estallaron en su cabeza y salpicaron todo. Aquellos desayunos familiares en la cocina se hicieron presentes. Martina, su padre y ella sentados alrededor de la mesa redonda de madera, mientras los primeros rayos del sol se colaban por las ventanas abiertas junto con el sonido de los autos cuyos dueños se iban a trabajar. Apareció su madre en el espejo de su memoria, siempre tan ocupada, pero poniendo tanto esmero en cada cosa que hacía. Su perfume surgió de la nada mezclado con el de tostadas y café, y se le metió por la nariz para tocarle el alma. Eso hizo que suspirara fuerte y se llevara una mano al pecho, donde latía su corazón.

Cuando Bastian hubo pagado por las violetas, se las dio a Amelie. Se acercaron hasta el pesado portón y, mientras él lo abría, Amy sintió que alguien la tomaba de la mano de manera gentil pero firme: era la anciana, que había aparecido allí de un momento a otro. Sus dedos eran largos al igual que sus uñas y la piel sobre su palma estaba llena de arrugas. En uno de sus dedos llevaba un anillo ovalado, de piedra negra como el ónix y un engarzado de plata que simulaba garras que atrapaban la piedra preciosa.

—Gracias, querida —dijo la anciana, sus pequeños ojos negros eran profundos y misteriosos, pero a la vez tan familiares. Amelie se quedó perdida en ellos, tratando de descifrar aquella sensación de familiaridad, como si la conociera de alguna vida pasada.

—No, gracias a usted por animarme a comprar las flores. Son muy bonitas —le dedicó una sonrisa lo más amable que le fue posible producir. En

realidad, la había asustado un poco, la había encontrado desprevenida y se sentía confundida.

—No, querida. No me refiero a eso... Ellos te agradecen por las flores tan hermosas que vas a llevarles.

Los vellos de los brazos de la chica se erizaron y se soltó de la mujer al instante para acercarse a Bastian. No había querido pasar por descortés o mal educada, pero ¿qué manera de asustarla era aquella? Resopló un tanto frustrada y sacudió la cabeza, se mostró bastante molesta cuando la anciana ya había girado sobre sus pies y regresado a su lugar.

—¿Qué te pasa? No resoplas a menudo, pero cuando lo haces es porque algo te molesta. Lo sé, dato *creepy* de tu exángel que no hacía más que observarte todos los días —comentó Bastian, empujando el portón que chirrió al abrirse —. No te preocupes, me cubría los ojos mientras estabas en la ducha.

—Tonto, no estoy de humor para bromas ahora. Esa mujer me puso los pelos de punta hablando de los muertos de esa manera. Como si supiera qué es lo que quieren, como si ellos sintieran que estamos aquí. *Eso* fue *creepy*. Aterrador, diría yo.

—No le hagas caso a la anciana, Amy. Se nota que ha trabajado mucho en este lugar, debe haber visto cosas en la noche y no creo que esté tan cuerda la pobre —bromeó Bastian y luego frunció el ceño una vez que ya estaban dentro del lugar. Había cientos de construcciones, mausoleos antiguos y bóvedas hermosas pegadas unas a otros como altos edificios, angostas calles se extendían entre ellos como si fuera una ciudad alejada de la vida donde todo sucedía en un tiempo diferente.

—¿Ha visto cosas en la noche? —preguntó Amelie con los ojos como platos —. Gracias por reconfortarme. ¿Qué te pasa a ti ahora? ¿Por qué esa cara de torturado?

—¿No puedes verlos? ¡Están por todos lados! —protestó el muchacho como si fuera un niño al que no le pasaban la pelota en un partido de fútbol y estuviera haciendo un berrinche.

—¡Bastian! Si estás tratando de asustarme, te recuerdo que soy muy buena dando rodillazos en la entrepierna —amenazó Amelie. Aproximándose a su novio, se aferró a su brazo tratando de no estropear las violetas. Estar cerca de él siempre la hacía sentir tranquila y protegida, pero la verdad era que las sombras estaban por todos lados y comenzó a mirar a cada rincón, tratando de entender a qué se refería el chico.

¿Qué había en la penumbra? ¿Qué cosas se escondían entre las sombras? ¿Espíritus? ¿Fantasmas de la gente muerta que rondaban las callejuelas de piedra del lugar?

—Me refiero a los ángeles, tontita. A las estatuas, mejor dicho. ¿A quién se le ocurre que son niños de rizos dorados, sobrealimentados y sin nada allá abajo? —explicó señalando a las estatuas de piedra que eran regordetas e imitaban niños con pequeñas alas en sus espaldas. De pronto, se llevó la mano a la parte baja de sus jeans y se apretó un poco entre las piernas para que ella entendiera a qué se refería.

Ante el último comentario y ese gesto, Amelie soltó una carcajada estridente y luego se cubrió la boca con la mano porque no quería pasar por irrespetuosa en ese lugar.

—Creo que te lo dije una vez cuando hablamos del cuadro de Clara. Es imposible que un ser humano los represente tal cual son si uno en un millón los puede ver. Todo es difícil de comprobar, incluso la parte de que no tienen nada allá abajo —comentó ella para molestarlo.

—Esa parte se puede arreglar fácil, ¿quieres ver? Nos olvidamos de todo lo que hablamos antes y lo solucionamos en este mismo instante —afirmó él, con el lado izquierdo de su labio curvado hacia arriba, formando una sonrisa pícara y tentadora.

—Hmm... Sé más respetuoso, Bastian. Ya casi eres todo un humano y no quiero que mi primera vez sea en un cementerio —dijo ella, pegándole en el hombro con su mano libre y los dos se rieron por lo bajo.

Caminaron entre las hileras de lápidas de todos los tamaños y colores.

Amelie leyó los nombres y las fechas escarbadas en la piedra, algunas tumbas parecían tener más de cien años y la humedad y el musgo verde comenzaban a cubrirlas. El sol se seguía ocultando, ahora deprisa. Entonces, los faroles ubicados por todo el lugar comenzaron a encenderse, y lanzaron rayos de luz débil y amarilla que la oscuridad engullía sin problemas.

Pronto llegaron hasta una pequeña elevación en el terreno; tenía césped y un árbol de manzanas muy extraño se hallaba en la pequeña colina. La mitad estaba completamente viva, sus hojas se encontraban verdes y ya había dado frutas. La otra parte, en cambio, estaba seca y sin vida, como si un relámpago lo hubiera alcanzado en una noche de tormenta. Bajo el tétrico árbol había cuatro tumbas. Allí descansaba su familia, en un silencio eterno y casi inquebrantable.

—Te dejaré un momento sola, estaré caminando cerca de aquí. No dudes en llamarme si te sientes mal —dijo Bastian con dulzura y le besó la cabeza.

Amelie asintió y le devolvió una sonrisa. Luego, lo vio alejarse y comenzó a colocar las flores que había comprado sobre la tierra. Se arrodilló en un espacio entre las dos tumbas del medio y suspiró antes de hablar.

—Lamento no haber venido antes, en verdad, no estoy convencida de que ustedes estén aquí o de que me escucharán, pero cuando los recuerdos comienzan a perderse en la mente, cuando sus caras se me van desdibujando, necesito encontrarlos en algún lugar y por eso vine a este lugar. Siempre te dicen que las personas que amamos y mueren se van al Cielo y nos cuidan desde allí. Se hace difícil creerlo porque no podemos verlas, tocarlas o sentirlas cerca. Pero aquel muchacho que anda caminando por el cementerio me dijo que las almas sí van al Cielo, él lo llama Paraíso. Así que, si en verdad están ahí y pueden ver cosas, habrán visto que desde el accidente no he tenido días fáciles, aunque traté de ser lo más fuerte posible. No entiendo la razón por la que suceden algunas cosas porque supongo que soy muy joven todavía. Entonces, traté de guardarme todo el dolor adentro, pero creo que debería permitirme llorar, gritar y golpear muebles cuando me suceden cosas

feas, creo que es lo normal —soltó Amelie, sin creer que tenía tanto para decir. Se detuvo para respirar una bocanada de aire fresco que le llegó hasta los pulmones y le aclaró los pensamientos—. Dejando todo eso de lado, porque creo que ya me fui por las ramas, quiero que sepan que estoy bien, que Bastian me cuida como siempre lo ha hecho y que a pesar de que no lo demuestre a los demás, porque mi nueva familia es lo mejor que me podría haber pasado, los extraño mucho y nunca me voy a olvidar de ustedes. Tal vez algún día me vean llegar con el pelo blanco, los ojos cansados y arrugas en la cara. ¡Solo espero que me reconozcan! Los amo como siempre —dijo la muchacha sintiendo los ojos húmedos, pero notó que una sonrisa se había dibujado en sus labios y la paz se había instalado en su cuerpo por fin.

Se levantó del suelo, limpió sus rodillas con las manos y se alejó de la colina a paso lento entre el canto de los grillos y los destellos de las luciérnagas.

***

Bastian metió las manos en los bolsillos de sus *jeans* gastados y caminó entre las tumbas, pateando el suelo de manera descuidada y sin prestar mucha atención a los alrededores; no había nada allí que atrapara su interés de momento. Creía haberlo visto todo. El viento había comenzado a soplar y revolvía el polvo que se había instalado en el piso. Todas las luces del lugar se habían encendido porque el sol ya se había ocultado. El cielo se había cubierto de noche oscura y de estrellas titilantes como gemas.

Algo que vio sin querer volvió a llamar su atención. Detuvo su marcha frente a una estatua de piedra gris, una que no era como las otras que él tanto criticaba. Frente a sus ojos se erguía un ángel guerrero, su cuerpo era del tamaño de una persona promedio y sus ojos estaban puestos en el cielo. En la cabeza llevaba un casco que, si hubiera tenido colores, hubiera sido dorado, y a sus costados se desplegaban dos alas. Cargaba una gran espada, una muy

parecida a la que Bastian había tenido una vez. El arma era tan enorme y su hoja tan ancha que nadie lo creería capaz de levantarla con sus pequeñas manos. Nadie sabía como él que los ángeles poseían una fuerza tremenda, él había sido guerrero una vez y había ganado una gran batalla. Las manos le ardieron por tomar aquella empuñadura y blandir la espada en el aire, pero ahora ya no era uno de ellos.

—No seas codicioso, Bastian. No puedes tenerlo todo —se dijo a sí mismo y volvió a patear el suelo. Allí había unas piedritas blancas que rodaron por la tierra y, golpeando algo, produjeron un sonido metálico. Los ojos del muchacho se dirigieron hacia el lugar de donde había provenido el ruido y se encontró con un gran mausoleo que parecía tener cientos de años. Pensó, al verlo, que la persona que había sido enterrada allí debía ser importante porque era enorme, tal vez algún héroe local.

Aquel edificio era el más imponente en la ciudad de los muertos. Tenía una puerta de metal negro, cerrada con grandes y gruesas cadenas. Unas enredaderas crecían por sus paredes y trepaban hasta alcanzar su techo en forma de cúpula. Sobre la puerta había una inscripción en latín que se encontraba ilegible por la corrosión de la humedad y el viento.

Impulsado por una extraña fuerza, se acercó con cautela, observando otro ángel guerrero sobre el techo de la estructura. Giró su cabeza para mirar por sobre su hombro y notó que la espada del ángel anterior señalaba a ese otro ángel. Pero este último era distinto, pues no miraba hacia el cielo, sino que miraba el piso. Unas manchas de color rojo oscuro nacían de las esquinas de sus ojos, como si estuviera llorando sangre.

El muchacho se acercó hasta la puerta de la bóveda, estiró su brazo y, justo cuando sus yemas rozaron las frías cadenas –que le produjeron una sutil vibración en la yema de los dedos–, alguien lo tomó por el brazo con fuerza y su corazón se detuvo. Nunca antes había sentido miedo, esa sensación de adrenalina que le recorría el cuerpo y la sangre que se precipitaba sin ritmo alguno.

—¡Bastian! ¿Ahora te dedicas a profanar tumbas? Vayámonos de aquí, se ha puesto oscuro y este lugar no me gusta para nada.

—Siendo honesto, a mí tampoco... —dijo él, notando que era Amelie quien había tomado su brazo. Su respiración se volvió regular, al igual que el latido de su corazón. Siguió mirando el mausoleo un poco más y luego tomó la mano de su novia para comenzar a caminar hasta el auto.

Una vez que estuvieron dentro del vehículo y este se encontraba en marcha, ambos se sintieron mejor. Cada uno con sus razones, habían sido un tanto movilizados por esa visita al cementerio.

—No puedo creer que ya sea noviembre, pero me alegro de que por fin voy a terminar quinto año —comentó Amelie sonriente, era algo que había estado sintiendo ese último tiempo—. Ni siquiera sé que voy a estudiar luego, tal vez fotografía, o Clara puede enseñarme pintura mientras me tomo un año para pensarlo.

Bastian la escuchaba con atención. Deseaba poder ayudarla a decidirse, pero le parecía mejor que ocupara un tiempo para elegir su profesión. Se dio cuenta de que él también debería empezar a preocuparse por ello. Antes solo tenía que pensar en proteger personas, no había tenido otro trabajo más que ser un ángel guardián. Ahora necesitaba dedicarse a algo que le diera para comer.

—Te voy a extrañar cuando te vayas de viaje de egresados, se me hará eterna la semana. Aunque a veces no me hayas visto porque estaba escondido entre las sombras, nunca te tuve lejos más de un día y ahora no puedo seguirte —dijo el muchacho, mirándola por un segundo, y luego volvió sus ojos a la ruta.

—¿Necesitas dinero para el viaje? Podría pedirle a Héctor un préstamo y luego devolvérselo. O puedo pagarte el viaje yo misma, así vendrías conmigo. Los demás te consideran un compañero más a pesar de que hace poco tiempo que te sumaste al grupo.

—Está bien, Amy. Tengo bastante dinero ahorrado, la Iglesia me ha pagado sumas moderadas cada mes desde hace muchos años para mantenerme como

humano cuando era necesario vivir en su mundo. Podría haberlo gastado en el viaje, pero...

—Pero ¿qué? El Vaticano te cortó los viáticos… —se adelantó ella y se rio.

—No es eso… Lo gasté en una sorpresa para ti y para mí, para ambos… —Soltó la noticia y la muchacha pudo observar cómo la esquina de su labio se torcía en una sonrisa. Ya había logrado atrapar su atención.

—¿Qué es? Dime, Bastian, por favor —chilló Amelie muerta por la intriga —. ¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo, no es una sorpresa, tontita —se burló él y soltó una carcajada.

—¿Y si te suplico con voz de niña? Algunos hombres encuentran eso muy sensual y creo que puedo llegar a ser muy persuasiva.

—¡¿Qué?! Yo me sentiría un pervertido. —Bastian no pudo contener otra carcajada—. Nada de voz de niña, pero, si me das muchos besos, te lo digo.

Amelie se acercó y comenzó a acariciar el cuello de su novio con labios húmedos y cálidos, una de sus manos apretó con suavidad el muslo de la pierna del muchacho. Él tuvo que concentrarse bastante para seguir manejando porque las sensaciones que recorrían su cuerpo eran tan nuevas pero atractivas que su instinto le decía que tenía que cerrar los ojos y disfrutarlo y, si hacía eso, se estrellarían contra el primer auto que transitara la ruta.

—Tus besos son muy convincentes, pero me harán perder el control y, en esta situación, eso no es nada bueno. ¿Estás segura de que nunca besaste a nadie antes? —bromeó él—. Y la sorpresa sigue siendo sorpresa.

—¡Bastian! ¿Estás seguro de que no eres un demonio? Me gustabas más cuando no podías mentirme o guardar secretos —se quejó ella y, volviendo a su lugar, se cruzó de brazos.

El auto se detuvo frente a su casa de color arena.

—No te haré esperar mucho, mañana por la mañana te buscaré y te llevaré hasta la sorpresa —anunció el muchacho. Puso el cabello de Amelie detrás de su oreja y le besó la mejilla con dulzura.

—Ahora me gustas más. —Ella rio—. Yo también te daré una sorpresa, tengo que consultarlo con la almohada, pero es algo que realmente quiero hacer.

—¿Es lo que estoy pensando y de lo que estuvimos hablando por la tarde? —preguntó Bastian y tragó fuerte.

—Tal vez... —bromeó, lanzando una risilla y sacudiendo su cabeza—. Mentira, y no es que no quiera que eso suceda, pero creo que se debería dar de forma natural, no me parece que haya que fijar un día y horario en el calendario para eso. Parecería un trabajo y eso sería horrible.

Los dos se rieron a la vez. Amelie estaba feliz, hacía unos días todo había sido oscuro, había estado a punto de morir, de ser un demonio, luego un ángel, y ahora esos recuerdos parecían algo tan lejano que ni siquiera la afectaban.

—A veces me pregunto cómo se te ocurren esas cosas que dices. —Bastian sonrió y le acarició la mejilla con su dedo pulgar, sus otros dedos descansaban detrás del cuello de Amelie.

—Tengo una mente brillante... para decir tonterías. Desearía que pudieras quedarte conmigo esta noche.

—No puedo, no me gusta que tu familia me vea aquí todo el tiempo y piense cualquier cosa. No seré tu ángel ahora, pero siempre voy a cuidarte.

—Siempre serás mi ángel.

Bastian atrajo a Amelie hacia él y sus labios se encontraron, chocando con fuerza. Se fundieron en un beso apasionado que duró unos minutos.

—Si mi sorpresa o la idea de lo que se viene para nosotros dos no te asusta, no deberás preocuparte por dormir sola y yo no me preocuparé por lo que los demás puedan pensar. Pero lo sabrás mañana, preciosa.

—Está bien, no puedo esperar a saberlo. Si no logro dormir, será tu culpa y te lo haré saber.

Volvieron a reír y se despidieron. Amelie corrió hasta su habitación y se metió en la cama, sintiendo cómo la felicidad la envolvía como si nada pudiera herirla. Sin embargo, muy en el fondo de la mente, entre las sombras y

en una oscuridad profunda, una voz le decía: «No nos olvidamos de ti, humana».

***

—Creo que les hemos dado bastante tregua, hemos sido permisivos y blandos, mis fieles seguidores —dijo un hombre de cabellos rubios y ondulados, que le acariciaban los hombros; parecían recortados de manera perfecta.

Se encontraba a la cabecera de una larga mesa de madera oscura y sentado en una silla de alto respaldo, muy anticuada y con acolchonado blanco. Sus comensales asintieron, pero no emitieron palabra alguna porque él no había pedido opinión ni consejo, sino que había asegurado algo con total convicción. Muy rara vez aquel ser pedía la palabra de sus súbditos.

—Es hora de reclamar lo que es nuestro por derecho y no dejar la muerte de Zaira en el olvido. Nosotros no nos olvidamos de los nuestros, no dejamos a un hijo caído en el pasado como cierto dios que conozco. Además, la oscuridad lo aprueba, ya ha dormido por mucho tiempo.

Su tono denotaba burla y sarcasmo mientras sus ojos de color turquesa se posaban por un segundo en cada uno de los rostros de sus aliados, quienes bajaban la mirada hacia la mesa. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios mientras lo hacía, y su cabeza se torció hacia un costado con sutileza, como si estuviera pensando.

Con una mano de largos dedos sostenía una copa de vino tinto, tan rojo como sangre que se deslizaba por el suelo de noche, y con la otra golpeaba lentamente sus dedos sobre la madera de la mesa. Era el único sonido que interrumpía el silencio abrumador además del crepitar de las llamas de las velas que iluminaban la gran sala.

Aquel lugar contaba con varios candelabros que irradiaban una luz tenue, y las sombras de los objetos se movían de manera espeluznante. Destellos de luz

producidos por las velas golpeaban la vajilla de oro y las copas de cristal que se extendían por toda la mesa, y desprendían brillos por doquier. Alrededor de su cabeza tenía una pequeña corona, como hojas de laurel hechas de la plata más fina y forjadas con el fuego más caliente.

La habitación donde se encontraban era enorme, llena de ventanales inmensos que estaban enmarcados por cortinas negras, aunque no se podía ver nada más que roca a través de los cristales. Por esas ventanas no ingresaba la luz; allí no había claridad alguna.

Aquel lugar se encontraba lejos y cerca a la vez, en nuestro mundo, pero escondido de la vista del hombre. Un mundo paralelo que los humanos conocían por nombre y al que varios irían a descansar eternamente.

—Aunque, siendo honesto, me gustaría jugar un poco como lo hace él. Si no, las cosas se vuelven tan aburridas aquí por los siglos de los siglos. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que nos divertimos a lo grande, la última vez que el terror del mundo fue nuestro... Pero tenemos que hacerle creer que es todopoderoso.

El hombre de cabellos rubios levantó el dedo índice de su mano libre y señaló hacia arriba; riendo, los demás demostraron que estaban vivos y que entendían a lo que se refería con ese gesto. Hablaba de Dios.

—Si Él puede decidir, hacer las reglas y romperlas a su antojo, nosotros también, y no creo que nuestro Jefe Supremo esté en contra de esta decisión. Las complicaciones que nos ha traído esa muchacha son imposibles de creer, alguien tan insignificante... Por eso he decidido que vamos a asustarla, a volverla loca, a torturarla y a quitarle lo que más quiere, como Dios lo ha hecho conmigo.

—Aaron, si me permites disentir, ¿no es esa muchacha...? —se atrevió a preguntar un hombre de cabellos oscuros y barba negra. Los ojos de todos los presentes se dirigieron a él y eso lo puso nervioso porque sabía que se había equivocado al hablar.

—¿Disentir? ¡Por el Señor de las Tinieblas! Qué atrevimiento, mi querido.

Esto es algo inaudito, no puedo creerlo.

Los rasgos de Aaron no se inmutaron en lo más mínimo, aunque sonaba consternado. Su mirada, en cambio, cargaba una oscuridad monstruosa, una ira inconmensurable.

Era difícil calcular su edad; su rostro de piel delicada era pálido y sus labios, rosados. Podía tener miles de años, pero lucía joven. Todo en él era perfecto, sus rasgos eran de una simetría imposible. No se podía decir que fuera del todo masculino, pero tampoco afeminado; era una rara mezcla de todo lo que podría tentar a alguien y hacerlo pecar. Eso era lo que sabía hacer y algunos decían que era aún mejor que el mismo Diablo.

La copa que tenía en su mano estalló en mil pedazos de solo pensar en lo que el otro hombre había estado a punto de decir. No era que nadie lo supiera por allí, pero era algo que no le gustaba recordar. El vino voló por el aire y manchó el rostro del hombre que se había atrevido a cuestionarlo.

—Lo siento, señor. Yo no quise...

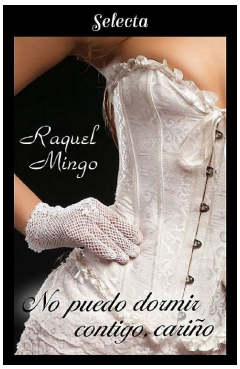
—Silencio, Alan. Hazte un favor y deja de humillarte todavía más —dijo de manera cortante levantando una de sus manos, y luego sonrió el tipo de sonrisa que pretende ser amable, pero era falsa como la maldad que finge ser buena—. El día que necesite tu opinión, te lo haré saber. Y como tan hermosa velada ha sido arruinada, mejor se van todos de una vez. La próxima vez que estén comiendo esa basura cocinada en las llamas del foso como los demonios ordinarios, recuerden los manjares que se perdieron hoy por pronunciar palabras indeseadas.

El ruido de las sillas se dejó escuchar y todos se apresuraron a abandonar el lugar, preocupados. Sus capas negras y botas acariciaron los suelos de piedra lisa y brillante. Antes de que Alan atravesara la puerta, una bola de energía negra alcanzó su espalda y lo hizo estallar en miles de chispas naranjas que se esparcieron por la sala hasta desvanecerse por completo.

—Y creo que el día de escuchar tu opinión no llegará nunca, mi querido — agregó Aaron, y una risa tenebrosa que llegó a cada rincón del Inframundo

hizo temblar el globo hasta su centro, aunque los humanos pensaron que solo había sido un temblor en algún país lejano.

**Unas inocentes partidas de ajedrez... que se volverán muy indecentes. —Si yo gano obtendré un beso. —¿Y qué gano yo si pierde? —¿Y si le digo que a cambio le ofrezco enseñarle algunos de los muchos placeres físicos a los que una señorita como usted no tiene acceso?**




Dicen que hay un tiempo y un lugar para todo. Después de largos meses recluida por propia voluntad en un reducto de paz y protección, aislada incluso de familiares y amigos, puede que haya llegado el momento de que Helailla vuelva a la vida que la reclama a pesar de ella misma, y de la que un día renegó por miedo y decepción.

Supuso que tras un terrible revés del destino jamás sabría lo que se siente al ser amada, pero he aquí que hay un hombre arrogante y terriblemente sexual que se niega a darse por vencido a pesar de sus constantes negativas. Él parece no entender que es mercancía dañada, y en su lugar la llama su princesa...

Y ella empieza a querer claudicar.

Keylan Lorian, duque de Storncrass, conocido popularmente como el Insaciable, se detiene, tras un serio percance, en casa de una doncella de hielo y sin saber cómo, todas las bases de su bien cimentada existencia se desmoronan en cuestión de días. Ella es mucho más de lo que aparenta, y si hubiese prestado atención a algo más que a su encantador cuerpo, a su esquiva sonrisa, o a sus grandes y brillantes ojos grises…

El apellido Cetriar debiera haberle dado una buena pista del terreno fangoso en el que se está metiendo, pero está demasiado mareado por esas curvas de vértigo, a la vez que se esfuerza por ocultarle sus más oscuros secretos.

Aquellos que no solo le destruirían a él, sino a toda su familia, incluida la diosa dorada a la que, a pesar de todo, no puede evitar decidir conquistar...

**Raquel Mingo** Nací en Madrid. Tuve una infancia complicada y difícil, por lo que a menudo creaba mundos de fantasías con los que poder olvidar por un rato la fea realidad de la vida. Siendo muy joven escribí algunas historias cortas (todas de amor); de haber sido otras mis circunstancias podría haber dirigido mis pasos hacia la literatura mucho antes, pues descubrí las novelas románticas a los diecisiete años y quedé tan prendada de ellas que desde entonces no he parado de devorarlas en mis ratos libres. Actualmente, compagino un estresante trabajo de once horas, educar a un hijo en edad escolar, llevar una casa y encontrar tiempo para convertir un montón de ideas en algo hermoso con sentido y emoción, soñando con que llegue el día en que pueda dedicarme a ello en cuerpo y alma.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Raquel Mingo
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-54-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks @megustaleer @megustaleer

# Índice

No puedo dormir contigo, cariño

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Si te ha gustado esta novela...
Sobre este libro
Sobre Raquel Mingo
Créditos